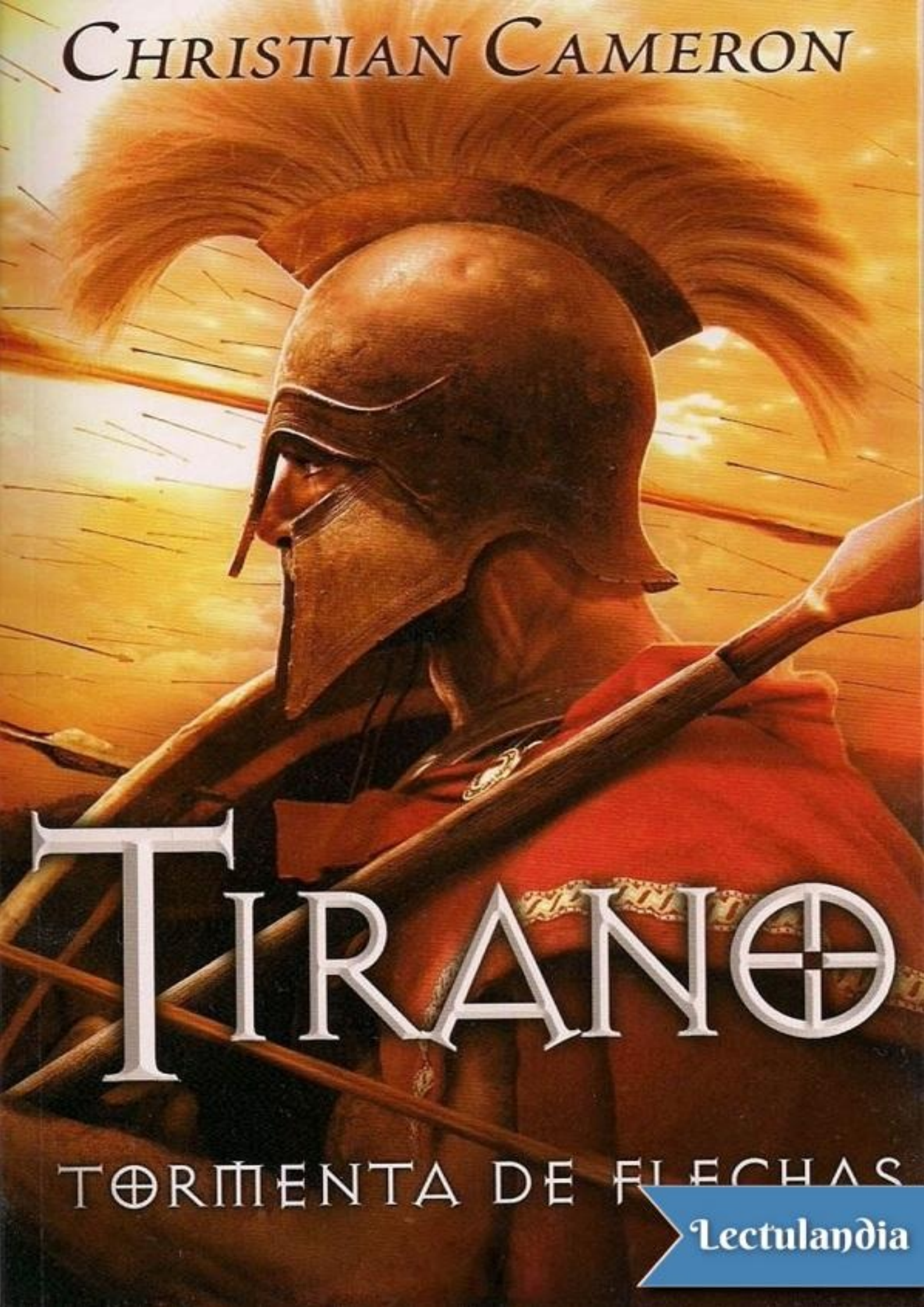


CHRISTIAN CAMERON



TIRANO

TORMENTA DE FLECHAS

Lectulandia

Kineas de Atenas ha recorrido un duro y sangriento camino desde que comandó la caballería ateniense en la campaña de Alejandro Magno contra los persas. Ahora que las viejas heridas le producen dolores atroces y sus sueños están poblados de compañeros de armas muertos, por fin puede darle la espalda a la guerra y escapar de un destino como mercenario. La princesa guerrera Srayanka, del clan de los Manos Crueles, lleva en el vientre un hijo suyo, y una vida nueva aguarda a nuestro héroe en las fértiles costas del Euxino.

Pero lejos de allí, al otro lado del mar de hierba, Alejandro sigue empeñado en la conquista del mundo. Sus ejércitos en Afganistán están listos para aniquilar a los escitas orientales si estos no se someten. El honor obliga a Srayanka a luchar con los hombres de su clan contra «el monstruo», y Kineas sabe que no tiene más remedio que seguirla y enfrentarse al que ha sido a la vez su héroe y su perdición. Conducir un ejército en tan épica marcha, atravesando territorios hostiles hacia los confines del mundo conocido, pondrá a prueba la destreza y el coraje de Kineas hasta límites insospechados. Y aguardándole al final del viaje habrá un hombre a quien antaño adoró, el hombre cuyas falanges han hecho morder el polvo a cuantos ejércitos se ha enfrentado y cuyas victorias lo han convertido en un dios.

Lectulandia

Christian Cameron

Tormenta de flechas

Tirano II

ePUB v1.0

rodricavs 26.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Tyrant. Storm of Arrows*

Christian Cameron, 2009

Traducción: Borja Folch

Editor original: rodricavs (v1.0)

ePub base v2.0

Para Sarah

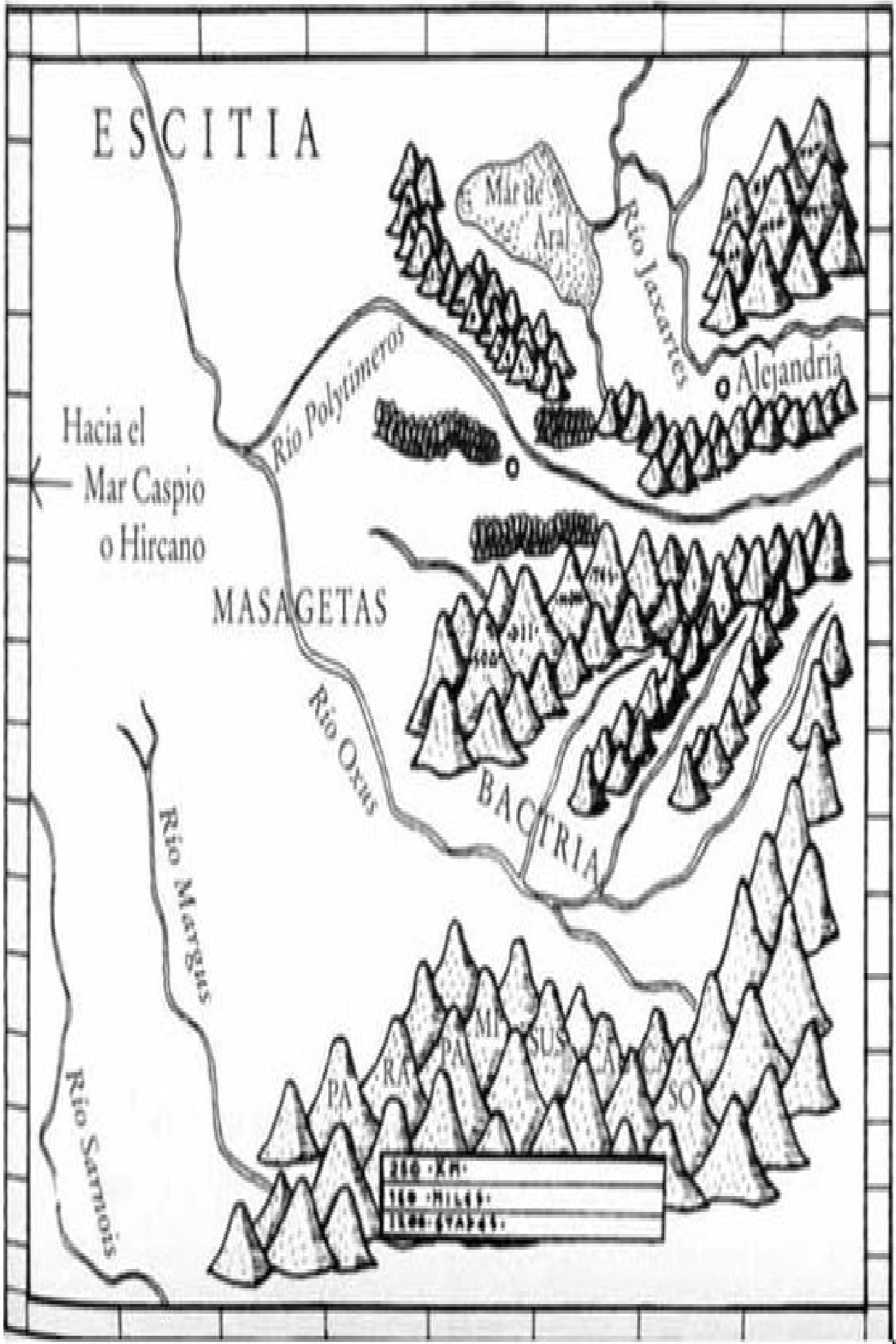
ἔλθε μοι καὶ νῦν, χαλεπᾶν δὲ λῦσον
ἐκ μερίμναν ὅσσα δέ μοι τέλεσσαι
θῆμος ἰμῆρρει, τέλεσον, σύ δ' αὐτά
σύμμαχος ἔσσο.

SAFO, Himno a Afrodita



ESCITIA





El conquistador de Asia entró indignado en la tienda y arrojó su casco dorado contra el perchero de la armadura, junto a su catre de campaña. El bronce golpeó el poste de madera con un ruido metálico. Los criados se paralizaron.

—¿Dónde carajo están mis reclutas? —gritó—. Antípatro me prometió ocho mil soldados más de infantería. ¡Ha enviado tres mil tracios y un puñado de griegos amotinados! ¡Quiero a mis macedonios!

Miembros de su Estado Mayor lo siguieron hasta la tienda, encabezados por Hefestión. Hefestión no temía a su real amo, menos aún sus berrinches, y mantenía bien alta la cabeza de cabello bronceado. Sonreía.

Detrás de él, Eumenes y Calístenes se mostraban más inseguros.

Alejandro se rascó la cabeza con ambas manos, intentando quitarse el sudor y la suciedad del pelo.

—No os quedéis en el umbral como ovejas. Entrad o iros a la mierda.

Hefestión le alcanzó una copa de vino y se sirvió otra para él.

—Bebe, amigo —dijo.

Alejandro bebió, y luego repuso:

—No es justo. Si la gente se limitara a hacer lo que le dicen...

Hefestión arqueó una ceja y ambos se echaron a reír. Así, sin más.

Alejandro dio vueltas al vino en su copa y miró a Eumenes.

—¿Ha dicho por qué? —le preguntó.

Eumenes, de menor estatura y nada endiosado, aceptó la copa que le ofrecía Hefestión, quien rara vez servía a nadie que no fuese el Gran Rey en persona, y miró a su señor a los ojos. Eran desiguales, azul y marrón, el iris azul rodeado por un círculo negro y un poco más abierto de lo normal. Unas veces Eumenes pensaba que su amo era un dios, y otras, que estaba loco. Sea como fuere, a Eumenes, hombre valiente y curtido en una docena de reñidas batallas, no le gustaba mirar a los ojos a Alejandro.

Eumenes de Cardia era griego, no macedonio, con lo que ser portador de malas noticias le resultaba doblemente duro. Los soldados competían por dar buenas noticias a Alejandro. Cuando lo que tenían que comunicarle era malo, conspiraban para evitar ser el chivo expiatorio.

—Señor —dijo Eumenes con prudencia—, ¿queréis leer la carta o preferís que os diga lo que yo pienso?

Si estaba de humor, Alejandro prefería que le hablaran claro. Eumenes carecía de la habilidad de Hefestión para relacionarse con su señor, pero se trataba de una emergencia y necesitaba que Alejandro actuara como rey.

—Cuéntame —replicó Alejandro.

Eumenes miró a Hefestión y no recibió indicación alguna. Así que obedeció a su señor.

—Leyendo entre líneas, diría que Antípatro envió un ejército a conquistar las ciudades del Ponto Euxino; y tal vez las tribus sakje.

—¿Sakje? —preguntó Alejandro.

—Los escitas occidentales —contestó Calístenes.

—¿Las amazonas? —volvió a preguntar Alejandro. Calístenes resopló con desdén. Alejandro se giró rápidamente hacia él.

—¿Por qué estás aquí, señor?

Calístenes arqueó una ceja.

—Porque no sabes distinguir entre un escita y una amazona.

Alejandro pareció complacido con esta observación y se dejó caer en un diván. Hefestión se tumbó a su lado. Los criados trajeron comida y más vino.

—De modo que Antípatro emprendió una campaña contra los escitas —observó Alejandro.

—No en persona —aclaró Eumenes—. Envió a Zoprionte.

—Tiene la cabeza llena de serrín —protestó Alejandro—. Seguro que la fastidió. Eumenes asintió.

—Creo que allí perdimos a los reclutas que nos faltan.

—¿Se fueron a cazar amazonas, eh? —gruñó Alejandro.

Eumenes negó con la cabeza.

—No, señor. Si no me equivoco, y mis fuentes insisten en este punto, todos nuestros reclutas han muerto.

Alejandro rodó por el diván y se levantó.

—¿Zeus Amón, padre mío! ¿Zoprionte ha perdido un taxeis entero?

—Zoprionte ha perdido un ejército entero, señor. —Eumenes aguardó el estallido de ira—. Y él también ha muerto.

Alejandro se quedó paralizado junto al diván. Hefestión alargó el brazo y le puso una mano en la cadera, pero Alejandro la apartó con brusquedad. Hefestión frunció el ceño.

—Casi derrotaron a mi padre. A Filipo, mi padre. Lo hirieron; lo hirieron de gravedad. —Alejandro hablaba en voz muy queda.

Eumenes, que lo recordaba, asintió.

—Sí, señor.

—Y a Darío; esos sakje vencieron a Darío. —El rostro de Alejandro permanecía impassible. Parecía un colegial recitando la lección ante su tutor.

Calístenes se encogió de hombros.

—Más que vencerlo, lo evitaron, si hay que dar crédito a Heródoto. Aunque, de todos modos, consiguieron que Darío quedara como un idiota.

Alejandro lo fulminó con la mirada.

Calístenes arqueó una ceja hirsuta y dijo:

—En efecto, fue precisa la intervención de Atenas para vencer a Darío.

A Alejandro le ardían las mejillas de tanto que se le subió la sangre a la cabeza.

—Atenas frenó a Darío —repuso—. Esparta frenó a Jerjes. Yo conquisté Asia. Macedonia. Ni Atenas ni Esparta.

El filósofo lanzó una mirada desafiante a Alejandro y éste se la sostuvo. Transcurrieron prolongados segundos. Luego el filósofo volvió a encogerse de hombros.

—Lo que tú digas —cedió Calístenes, asintiendo.

Un tenso silencio llenaba la tienda. Fuera se oía a los nuevos reclutas, conducidos a sus cuarteles en el extenso campamento; un campamento tan grande y tan bien construido que los hombres ya lo llamaban ciudad.

Alejandro volvió a sentarse en el diván.

—Y Ciro —dijo, como prosiguiendo una conversación anterior.

Todos se quedaron mirándolo hasta que Calístenes por fin lo entendió.

—Sí —afirmó—. Sí, dices bien, Alejandro. Ciro perdió la vida luchando contra los masagetas. Mucho más al este de aquí.

—¿Masagetas? —Alejandro se reanimó—. ¿Amazonas?

—Los masagetas son los escitas orientales —explicó Calístenes—. Cierto es que sus mujeres combaten, y a veces tienen reinas guerreras. Pagan tributo al Rey de Reyes. Hay masagetas que sirven a Besos y a Espitamenes. La reina de los masagetas es Zarina.

Alejandro alzó su copa en reconocimiento a Calístenes.

—Sabes cosas muy útiles. —Bebió, y se quedó mirando por la puerta de la tienda.

Eumenes comenzó a removerse cuando el silencio se prolongó más de la cuenta. Calístenes, en cambio, no movía una pestaña. El observaba a Alejandro.

Alejandro acarició el pelo de Hefestión. Luego miró al chico persa que recogió su casco y le sacó brillo con un paño antes de colgarlo en el perchero de la armadura. Alejandro sonrió al chico.

Calístenes seguía sin quitarle el ojo de encima.

—Antípatro nos ha costado más que unos pocos miles de reclutas —dijo Alejandro al cabo de unos minutos. Se echó hacia atrás de manera que sus rizos dorados se mezclaron con la melena de Hefestión—. La leyenda de que somos invencibles bien vale un par de taxeis y quinientos hetairoi.^[1]

—Eres invencible —soltó Hefestión. En boca de otro hombre, habría resultado adulator. Dicho por Hefestión, era la mera constatación de un hecho.

Alejandro se permitió esbozar una sonrisa.

—No puedo estar en todas partes a la vez —repuso. Volvió a rodar por el diván e

hizo una seña al silencioso esclavo que aguardaba a los pies de la cama—. ¡Quítame la armadura! —le ordenó.

El hombre le abrió el peto y lo puso en el perchero. Alejandro se despojó de la túnica y quedó desnudo, las marcas de la armadura bien claras en su carne mortal.

Desnudo, ni alto ni especialmente hermoso, Alejandro cogió su copa de vino, y al encontrarla vacía alargó el brazo para que se la llenaran. Los esclavos tropezaron entre sí cuando se apresuraron a enmendar el fallo.

Calístenes rió ante su ansiedad y su temor. Alejandro se sonrió con suficiencia.

—Los persas son muy buenos esclavos —observó.

Apuró la copa y volvió a alargar el brazo, y se repitió la misma pantomima. Incluso el cardio tuvo que reír. Los esclavos sabían que se estaban riendo a su costa y eso aún los volvía más temerosos. Se derramó vino, y aparecieron más esclavos para limpiarlo.

—No puedo estar en todas partes —repitió Alejandro—. Y Macedonia no puede permitirse parecer débil. Esos escitas deben ser castigados. Su victoria sobre Zopronte tiene que parecer el golpe de mala fortuna que ha sido. En cuanto Besos entre en vereda, deberíamos dedicar una temporada a aplastar a los masagetas.

Calístenes percibió la consternación de los demás hombres.

—Alejandro —comenzó el filósofo con mano izquierda—, los masagetas viven lejos, hacia el noreste, más allá de los kushán. Y habitan el mar de hierba que, según Heródoto, ocupa una extensión de cincuenta mil estadios. No los aplastaremos en una sola temporada.

Alejandro levantó la mirada y sonrió. Fue una sonrisa alegre que restó años de tensión, guerra y bebida a su rostro.

—Sólo puedo dedicarles una temporada —dijo Alejandro—. No son más que bárbaros. Además, quiero una amazona.

Hefestión golpeó al rey en broma y terminaron forcejeando los dos en el suelo.

Parte I

Honras fúnebres

El sol brillaba sobre el río Borístenes, la crecida de la lluvia avanzaba como una manada de caballos y resplandecía como hierba mojada bajo el sol. El campamento sakje se veía despejado y limpio tras varios días de lluvia, buena parte del estiércol de los caballos había desaparecido en el barrizal que anegaba todas las calles, las yurtas de fieltro y los carromatos relucían como si estuvieran recién hechos. Kineas había interpretado la salida del sol como una señal favorable y se levantó de la cama pese al dolor de sus heridas y su reciente temor a la muerte.

—Deberías buscar la piedra —dijo la niña. Tendría once o doce años, iba vestida con pieles de caribú y una capa roja que ondeaba al viento. Kineas ya la había visto por el campamento, una delgada figura de cabellos caoba y con un caballo plateado de la manada real.

Kineas se agachó, haciendo una mueca por la tremenda punzada de dolor que sintió en la cadera y que se irradió hacia la ingle y la pierna. Le dolía el cuerpo entero y la mayoría de movimientos lo mareaban.

—¿Qué piedra? —preguntó. La niña tenía los ojos grandes, intensos ojos azules con un borde negro que la hacían parecer loca o poseída—. Es cosa de *baqca*, ¿verdad? —insistió Kineas—. Lo de buscar la piedra.

La niña se encogió de hombros, se entrelazó las manos en la espalda y comenzó a menear la cadera adelante y atrás, adelante y atrás, de modo que el pelo le cubría y descubría la cara. Iba sucia y olía a caballo.

El sakje de Kineas no alcanzaba para hablar con mimo a un niño.

—Lo siento —dijo—. No entiendo.

Ella le dedicó la mirada que los niños reservan para los adultos que tardan demasiado en comprenderlos.

—La piedra —repitió la niña poniendo más énfasis—. Para el túmulo del rey. — En vista de su incompreensión, señaló un viejo túmulo, el kurgan de algún antiguo señor de los caballos que se alzaba junto al gran meandro—: En la cima de todos los túmulos, el *baqca* pone una piedra. Tendrías que ir a buscarla. Lo dice mi padre.

Kineas hizo una mueca, tanto por el dolor como por el esfuerzo de comprensión.

—¿Y quién es tu padre, pequeña? —preguntó, aunque al hacerlo se dio cuenta de dónde había visto antes aquel perfil de nariz larga y los delicados huesos de sus manos.

—Mi padre era Kam Baqca —respondió la niña, y salió corriendo entre risas.

En cuanto la niña habló, Kineas supo que había visto la piedra en sueños; la había visto y desdeñado. Ahora le daban miedo sus sueños y, si podía, los olvidaba.

Pero aun así reunió a una docena de criados suyos sindones y a unos pocos griegos: a Diodoro y Niceas porque eran amigos, y a Anarjes, un caballero de Olbia, porque Eumenes estaba herido y él lo sustituía. Juntos cabalgaron una docena de estadios río abajo.

—¿Qué andamos buscando? —preguntó Diodoro. El también se estaba recuperando de una herida, y el cabello pelirrojo que salía del vendaje en que llevaba envuelta toda la cabeza brillaba bajo un gorro sakje de piel de zorro y lana roja. Temerix, el herrero sindón, se aproximó.

—Buscamos una piedra —contestó Kineas.

—Para kurgan —añadió Temerix, como si fuese la cosa más normal del mundo—. Kineas la ve en sueños. Venimos a buscarla.

Los ojos del joven Anarjes se abrieron como monedas fúnebres al oír hablar con tanta naturalidad sobre los poderes divinos del hiparco.

Diodoro arqueó una ceja y asintió lentamente. Rebuscó bajo su clámide y sacó un frasco de arcilla del que bebió un buen trago. Luego lo ofreció a los demás.

—¿Nunca habéis pensado que nuestras vidas eran mucho más sencillas como simples mercenarios? —preguntó.

Kineas y Niceas intercambiaron una mirada.

Diodoro señaló con el puño que sostenía el frasco.

—¡Fijaos! Kineas lleva una clámide tracia. Aquí Anarjes, uno de los mejores luchadores que hemos visto jamás, un olímpico, por Apolo, lleva pantalones sakje como si fuese lo más normal del mundo. Todos nuestros hombres usan sus gorros. —Diodoro se tocó los vendajes y el gorro sakje que los coronaba—. ¿Acaso ya ni siquiera somos griegos? —preguntó. Bebió otro sorbo de vino del frasco y se lo pasó a Kineas.

Kineas, por su parte, se encogió de hombros.

—Pues claro que seguimos siendo griegos. ¿Viajar a Persia te convirtió en persa?

Diodoro se puso serio.

—Me volvió mucho más persa de cuanto lo era antes de ir allí. ¿Te acuerdas de Ecbatana? Jamás volveré a pensar en Grecia de la misma manera.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Kineas.

—Corren rumores de que tú y Srayanka tenéis intención de llevarnos a Oriente para luchar contra Alejandro —dijo Diodoro—. Os he oído hablar de ello. Lo decíais en serio, ¿verdad?

Kineas meneó la cabeza.

—Lot insiste y Srayanka quiere darle su apoyo. La reina de los masagetas ha enviado mensajeros a los asagatje. Ayer llegó otro. —Eché un trago.

Diodoro gruñó y le arrebató el frasco.

—¡Oye! ¡Que ese vino es mío! Tenemos otros asuntos pendientes antes de

emprender una campaña contra el niño rey. El tirano, por ejemplo. —Diodoro oteó el horizonte. A su derecha, el Borístenes fluía hacia el mar Euxino. A la izquierda, el viento ondulaba el mar de hierba hasta donde alcanzaba la vista, y otros cuarenta mil estadios más allá; al menos, eso sostenía Heródoto—. No quiero luchar contra Alejandro. No quiero ver más bárbaros fascinantes. Me gustaría retirarme a Olbia y ser rico.

Kineas seguía cabalgando, acompasando el movimiento de las caderas al de su montura. Padecía, pues aun habiendo pasado semanas en un catre en el carromato de Srayanka, o quizá debido a ello, le dolían todo los músculos.

—Las cosas cambian —repuso Kineas.

Diodoro asintió.

—Desde luego. Los partidarios de la paz tomaron el poder en Atenas mientras nosotros ganábamos esta campaña.

Kineas se rió, cosa que también le hacía daño.

—Atenas parece muy lejana —dijo.

Diodoro volvió a asentir y pasó el frasco al silencioso Temerix.

—A eso me refiero. Al partir de Atenas contigo, creí que se me iba a partir el corazón. Cuando estábamos fracturando el imperio de Darío, a menudo soñaba con el Partenón. Luego emprendimos esta campaña. Ahora Atenas está demasiado lejos para recordarla y soy un caballero de Olbia. Ahora sueño con encontrar esposa y comprar una granja a orillas del Euxino. —Diodoro hizo una pausa—. Me da miedo acabar en una yurta en el mar de hierba.

Kineas había parado su caballo sin darse cuenta. Miraba fijamente la piedra que había visto en sueños, y el día le pareció más frío.

—¡Hera! —exclamó. Y pronunció en voz alta una plegaria pidiendo protección divina. Diodoro lo observaba.

—Es tal como la soñé —susurró Kineas en voz muy baja—. La piedra es más ancha por la parte de arriba. Cuando la desenterremos, el fondo tendrá forma de cabeza de caballo. Le daremos la vuelta y la cabeza de caballo señalará la tumba de Satrax.

Diodoro negó con la cabeza, pero a medida que los sindones fueron cavando la tierra en torno a la piedra, se puso meditabundo, y cuando apareció la forma oculta de la base de la piedra, se mesó la barba con fastidio.

—¿Recuerdas cuando éramos simples mercenarios? —preguntó Diodoro otra vez.

Enterraron al rey a la antigua usanza. Fue el último acto del ejército que había ganado la batalla en el Vado del Río Dios, y mientras los hombres cortaban terrones bajo la lluvia, Kineas percibía que el espíritu que los había animado se alejaba como el río crecido a sus espaldas arrastraba el agua de la lluvia hacia el mar.

Los griegos pusieron de su parte. Diodoro, Niceas, Filocles y Kineas cortaron terrones codo con codo, las clámides empapadas y la tierra fértil de debajo de la hierba volviéndoseles limo pegajoso en manos y pies. En varios estadios a la redonda, los sakje y los griegos trabajaban juntos; cada guerrero cortaba suficientes terrones para cubrir a un hombre y su caballo. Luego los cortadores llevaban los terrones a los constructores, en su mayoría granjeros de tribus sindonas que vivían río arriba; los sakje los llamaban «el pueblo de la tierra». Ellos desenterraron las cámaras del túmulo y las reforzaron con pesados troncos que el río traía flotando desde los bosques del norte.

Tiempo atrás, en aquel mismo vado, Satrax había preguntado a Kineas si le gustaría ir al norte a ver los bosques.

Y ahora el rey estaba muerto. Kineas negó con la cabeza ante los designios de los dioses, ante Moira y Tiqué,^[2] el destino y el azar. Se irguió y se frotó la cadera, que lo hacía padecer en cada trayecto hacia su propia pila de terrones. Sólo podía llevar un bloque de tierra y hierba a la vez; tenía mejor el hombro derecho, pero los tajos del brazo de la brida y de la pierna izquierda aún le causaban problemas.

Diodoro, Niceas y Filocles, también con heridas, trabajaban junto a él. Kineas estaba empeñado en hacer la parte que le correspondía sin quejarse, pero en el trayecto siguiente el brazo izquierdo le dolió tanto que tuvo que dejar el terrón en el suelo y sentarse bajo la lluvia.

—Necesito un guantelete —dijo—. Parmenio tenía uno.

Filocles asintió.

—Supongo que Temerix podría hacerte uno —repuso el espartano.

—¡Mirad! —exclamó Niceas, señalando el nuevo kurgan.

En el montículo, Marthax y Srayanka, caudillo y sobrina del difunto rey, discutían acaloradamente, levantando los puños; sus voces se oían a medio estadio.

Ambos habían compartido el peso del diseño y la construcción, pero ahora no se ponían de acuerdo en nada. Discrepaban en el tamaño del kurgan, en la ubicación de las cámaras, en la orientación de la puerta y en el papel que ellos mismos desempeñarían en los ritos finales. Cuando Kineas veía a Srayanka, ya fuera en encuentros fortuitos o en breves citas cuidadosamente acordadas, ella olía a tierra y sólo hablaba de la perfidia de Marthax. Intentaba ocultar su ira pero, en la llanura, los guerreros estaban más que enterados de las discusiones de sus líderes. Cortaban el tepe, lloraban la pérdida y les preocupaba el futuro.

Aparte de los terrones, se esperaba que cada guerrero llevara un presente al túmulo del rey. En torno a la base del cuadrado de tierra, otros sindones abrieron una zanja. Una larga reata de caballos, en su mayoría bestias de carga, todos con sus mejores galas, aguardaba a ser sacrificada para las exequias.

La batalla había costado a los aliados miles de hombres, pero la campaña en sí

había estrechado los vínculos entre sakje, sármatas y griegos del Euxino. Ahora todos trabajaban juntos, casi sin necesidad de órdenes, para construir una imponente tumba en honor al rey de los sakje. Los ladrillos de adobe levantaron un muro, luego un bloque y finalmente una pirámide chata de hierba mientras diez mil hombres y mujeres hacían sus ofrendas de tierra y oro. Y cuando la tarde tocaba a su fin, las nubes comenzaron a rasgarse y las semanas de llovizna dieron paso a una noche templada. Los últimos cargamentos de terrones subieron hasta la cima truncada y se encendieron antorchas; entonces Kineas y una docena de baqcas menores de los distintos clanes izaron la piedra elegida y la arrastraron hasta lo más alto del kurgan, donde fue cuidadosamente colocada. Ninguno de los baqcas puso en entredicho la elección de Kineas ni su derecho a estar allí, y celebraron un silencioso y venerable aquelarre mientras hacían su trabajo.

Para cuando la piedra estuvo en su sitio y le hubieron dedicado un cántico, ya era noche cerrada y se trajeron más antorchas. Cuando Kineas cruzaba dos árboles dispuestos a modo de puente, los caballos de la zanja que tenía debajo comenzaron a respingar y relinchar. Tenían miedo, y era lógico.

Marthax y Srayanka se turnaron para hacer bajar a los caballos; primero los agarraban del cabestro y luego asestaban el golpe mortal con una espada corta, acuchillando a las bestias en el cuello, donde el músculo era blando y la arteria estaba cerca de la piel. Compartieron la tarea como primos y sacerdotes, pero Kineas veía el hierro de la columna vertebral de Srayanka y la estudiada posición de sus hombros, y una temporada en la silla de montar compartida con Marthax permitió que reconociera la misma tensión en el corpulento caudillo sakje.

Ambos anhelaban ser considerados dignos... del trono. La competición había comenzado. Kineas deseó que la resolvieran con presteza. Los griegos del Euxino tenían otras preocupaciones, y necesitaban una mano firme en aquellas llanuras.

Kineas deseó estar seguro de que Srayanka era la reina que los sakje necesitaban. O incluso de que Marthax fuera apropiado para ejercer de rey.

Deseó que muchos hombres no hubiesen muerto; Nicomedes y Ajax, el devoto Agis, Cleito y su hijo Leuconte, Varo de los Gatos Esteparios y tantos otros, muchos de ellos amigos y compañeros. Laertes, a quien conocía desde la infancia, que lo había seguido hasta los confines del mundo. Sin embargo, de entre todos ellos, el rey Satrax era el único cuya muerte afectaba a todos los hombres del ejército. Satrax era el hombre que mantenía unida a la tropa, y su muerte marcaba un final.

Las antorchas llameaban y chisporroteaban bajo las últimas gotas de lluvia. Al oeste, las estrellas aparecían en el cielo. El suelo hedía a sangre de caballo, y la luz de las antorchas relumbraba parpadeante sobre el oro, el hierro y la lana.

Marthax vestía de rojo, pues estaba en su derecho como comandante de la escolta del rey fallecido. Llevaba la espada del rey en brazos, y con ella subió a la pirámide

de tierra y hierba hasta plantarse en lo alto.

Srayanka, vestida de la cabeza a los pies con pieles blancas salpicadas de crines azules y conos de oro, subió tras él llevando en sus manos el casco del rey, que dejó en la misma cúspide de la pirámide. Entonces tomó la espada que Marthax sostenía. La alzó hacia las tinieblas.

Un trueno retumbó en la distancia y la multitud de guerreros emitió un sonido como el susurro del viento sobre la llanura de hierba.

—Vencedor en dos grandes batallas, azote de los getas, amo de diez mil caballos —entonó Srayanka. Kineas entendía bastante bien el sakje cuando lo pronunciaban despacio. Además, la había oído practicar aquel cántico durante diez noches.

Una vez más, pareció que los guerreros suspiraran.

—Joven como un dios, rápido en la batalla, terrible para sus enemigos, arrebatador de vidas, amo de diez mil caballos —prosiguió Srayanka, y de nuevo suspiraron.

Marthax estaba de pie tras ella con los brazos cruzados.

—Sabio como un dios, dador de oro, grande en la paz y el consejo, amo de diez mil caballos —añadió Srayanka, la espada inmóvil en su mano. Sus brazos eran como barras de hierro, bien lo sabía ahora Kineas.

Satrax había contribuido a unirlos, pero también había sido un adolescente insensato empeñado en quedarse a Srayanka para sí. En el fondo, Kineas no lamentaba tanto que hubiese fallecido.

—¡Fue el rey de los sakje! —gritó Srayanka, con voz súbitamente grave y desahogada. Y con la última palabra dio la vuelta a la espada y la clavó en la hierba.

Los guerreros lanzaron un grito atronador, un bramido de pesar y cólera, de victoria y pérdida, y luego se dirigieron al banquete que les aguardaba, un festín a los pies del nuevo túmulo, un último festín con el antiguo rey. Comieron, bebieron y lloraron, y los bardos entonaron canciones de las batallas. Y todos los griegos, los sakje y los sármatas fueron como hermanos y hermanas.

Por última vez.

Ataelo, el guerrero masageta que estaba al frente de los exploradores de Kineas, presentó al último mensajero de Oriente levantando el brazo:

—Cabalga cincuenta días en un buen caballo rumbo al este, más allá del Caspio, pasado el lago del Mar de Hierba y pasados los sármatas; con otros cinco caballos de refresco, para cabalgar cincuenta días y no para descansar, porque allí está la reina de los masagetas. —Los ojos de Ataelo miraron en derredor. La tienda abierta estaba atestada y había más guerreros sakje en torno a ella. Se mantenía bien erguido, consciente de la importancia de la ocasión—. Este hombre es como mi primo. Qares habla por la reina. —Ataelo dio un paso atrás.

El mensajero de los masagetas era más bajo que Ataelo, aunque guardaba cierto parecido con él: tirabuzones negros como un espartano, el rostro curtido y la nariz respingona como un sátiro. Llevaba un manto de seda encarnado sobre la armadura de escamas de bronce que resplandecía como una llama a la luz del sol. En la mano sostenía una espada corta sakje con la empuñadura de esmeralda. La blandió ante el consejo de jefes y oficiales griegos sentados en torno a la hoguera que ardía ante el carromato vacío de Satrax.

Las reglas del consejo sakje permitían que cualquier persona interesada asistiera, de modo que cientos de hombres y mujeres, muchos de ellos armados, y docenas de niños se habían congregado en la colina del consejo. Nunca estaban del todo callados, y tanto el murmullo de sus comentarios como el suspiro del viento obligaban a los oradores a gritar para hacerse oír. El mensajero de los masagetas tenía la voz grave y se le oía bien.

—¡Guardianes de la puerta occidental! —gritó Qares, y Eumenes, todavía envarado por las heridas, tradujo en voz baja—. ¡La reina Zarina, señora de todos los jinetes de Oriente, os llama para que acudáis a la reunión de todos los sakje! ¡Iskander, a quien los griegos llaman Alejandro, Rey de Macedonia, amenaza con declarar la guerra en el mar de hierba! ¡Zarina solicita la ayuda de los masagetas! —Mostró la espada—. Envía esto, la espada de Ciro, como recuerdo de su necesidad. Dejemos que Iskander oiga el trueno de vuestras monturas y pruebe el bronce de vuestras flechas.

Srayanka dio un paso al frente y aceptó la espada. Hubo vítores entre la muchedumbre expectante, pero también silbidos de desaprobación.

—¡Dejemos que Zarina haga su propia guerra! —gritó un joven jefe guerrero del clan de los Caballos Rampantes. Se tiró de las trenzas con fastidio—. ¿Y quiénes sois vosotros, Manos Cruelles, para tomar la espada de Ciro? ¿Eh? ¿Eh? ¡Dádsela a Marthax!

Parshtaevalt, uno de los jefes de Srayanka, dio un manotazo en la espalda al Caballo Rampante.

—¡Silencio! —rugió—. Srayanka es la heredera del rey.

Kineas escuchaba opiniones encontradas y se retorció en su banco.

A su lado, Filocles afilaba una rama con su navaja.

—Acaban de terminar una guerra —dijo Filocles en voz baja—. Ahora no quieren otra.

Srayanka levantó la espada y aguardó a que se hiciera el silencio.

—¡Acepto la espada de Ciro para los asagatje! —gritó—. No vamos a enviar diez mil jinetes a Oriente. Dile a Zarina que ya hemos combatido a Iskander en Occidente. —Y se volvió hacia la multitud—: Pero ¿dejaremos que nuestros primos se enfrenten solos al monstruo? ¿Acaso Oriente no nos envió a Lot?

Lot se abrió paso a empujones. El príncipe sármata era alto, rubio y de ojos claros, había dejado atrás la primera juventud pero aún estaba en excelente forma. Tenía una nueva cicatriz que le cruzaba la cara desde el ojo derecho hasta la comisura izquierda de los labios. Cuando se aproximó a Srayanka, alargó el brazo y ella le entregó la espada. La alzó por encima de su cabeza y la muchedumbre comenzó a callar. Cuando habló, su excitación y su marcado acento del este hicieron que resultara difícil entenderle.

—De la misma manera que vosotros necesitasteis nuestros caballos —gritó—, ahora la reina Zarina os pide apoyo cuando más lo necesita. Incluso un diezmo de vuestras fuerzas le sería de gran ayuda. Cuando partí hacia Occidente prometí a Zarina que llevaría a los asagatje de regreso conmigo. ¿Vais a convertirme en un mentiroso? —Se volvió hacia Kineas—: ¿Y van a abandonarnos nuestros aliados euxinos? Olbia y Pantecapaeum y todas las ciudades del Euxino se han beneficiado de nuestra alianza. ¿Apoyarán ellas a las tribus?

Eumenes tuvo que hablar deprisa para seguir el ritmo de Lot, y el esfuerzo de traducir el difícil dialecto estaba agotando al joven. Kineas le puso una mano en el hombro y notó la calentura de la fiebre en su piel desnuda. Se volvió hacia Filocles.

—Lleva a este muchacho a su catre —le ordenó Kineas—. ¡Chitón! ¡Mi sakje es lo bastante bueno para entender esto!

Pese a su afirmación, Kineas miró en derredor buscando a Ataelo. El griego de Ataelo no era excelente, pero traducía bastante bien. Ataelo se acercó con su esposa, Samahe.

—¿Señor? —preguntó Ataelo.

—Ayúdame a hablar —contestó Kineas.

Ataelo se plantó junto al hombro derecho de Kineas.

Kineas se levantó.

—Yo no soy el señor de los griegos euxinos —gritó. Ataelo tradujo. Luego Kineas prosiguió, hablando despacio, medio escuchando la versión de Ataelo—: No puedo hablar en nombre de Olbia o Pantecapaeum. Cuando la falange de Olbia haya resuelto los asuntos de nuestra ciudad, estaremos dispuestos a escuchar planes de alianza y guerra en Oriente. Nosotros somos, aliados leales. Pero todavía no estamos preparados para hablar.

El príncipe Lot meneó la cabeza y esta vez habló con más cuidado, imprimiendo a su acento sakje una rítmica cadencia como si declamara un poema épico. Ataelo se esforzaba para no rezagarse.

—Por ser nobles aliados. Por defender el territorio, ¡valientes! ¡Manteneos firmes! Pero ahora, dice, ¡no hay rey de los sakje! ¡No hay ejército sakje! No hay aliados para ir al este a luchar contra el monstruo con los masagetas. Dice que se va a poner a llorar.

Marthax se levantó. Se dirigió al centro del círculo, pero no pidió la espada de Ciro. Era un hombre alto y fornido con una barba rojiza y una enorme barriga. El jefe militar más conocido de los sakje, primo del rey, su brazo armado. Y uno de los dos aspirantes al trono.

—¡Claro que están por irse a casa! —dijo Ataelo, traduciendo sus palabras.

Kineas estaba bastante acostumbrado a escuchar a Marthax y siguió directamente el discurso sakje, con un oído puesto en Ataelo para comprobar que lo estaba entendiendo bien.

—Mi pueblo vuelve a casa para recoger la cosecha y enviarla por río —dijo Marthax—. Satrax soñaba con llevar un ejército al este para unirse a los masagetas. Era un gran rey, pero en el fondo también era un niño. Deseaba vivir una gran aventura. Ahora ha muerto. —Marthax se cruzó de brazos y miró al príncipe Lot—: Las cosas cambian. Las estaciones cambian. Antes de que Zoprionte llegara, quizás habríamos podido enviar guerreros hacia el sol naciente para socorrer a nuestros primos de las puertas orientales. Pero eso no llegó a ocurrir. Distintos soles salieron y se pusieron, y ahora tenemos que llenar nuestros carromatos de grano y prepararnos para sobrevivir a otro invierno en las llanuras. Tal vez la próxima primavera podamos enviar un diezmo de nuestros jóvenes guerreros al este para que se reúnan con la reina Zarina y los guardianes de las puertas orientales.

Un joven jefe de los Caballos Rampantes se levantó para hablar; el mismo hombre que había gritado a Srayanka. Marthax le dedicó una reverencia y fue a sentarse a su sitio, y entonces el joven guerrero, con el brazo en cabestrillo, se puso en medio del círculo.

—Soy Graethe de los Caballos Rampantes —dijo. Tenía el acento de su clan, que Kineas había llegado a identificar como propio de los sakje del norte. Pero hablaba despacio, según era costumbre en el consejo, y Kineas podía entenderlo todo bastante bien—. Mi señor se ha llevado a nuestros guerreros al mar de hierba a pasar el verano al viento y a vigilar a nuestros sindones. Si estuviera aquí, diría que Zoprionte no era el único lobo que amenazaba nuestros rebaños, sino tan sólo el más fuerte. Los Caballos Rampantes no cruzarán el mar de hierba para ir a la puerta oriental. Dejemos que los masagetas resuelvan sus propios asuntos.

Una jovencita, o tal vez una niña, que estaba sentada detrás de Marthax jugando con un arco, atrajo la atención de Kineas. Los niños de los sakje siempre andaban por todas partes; gozaban de una libertad sin límites. Pero aquélla era la niña que se había presentado como hija de Kam Baqca.

En lugar de lanzar flechas de juguete, había enrollado la cuerda del arco en una flecha y se servía de ella para hacer girar la flecha cada vez más deprisa. Kineas había visto a un joyero de Atenas usar un taladro, y se preguntó si la niña habría inventado la herramienta por su cuenta. Ella la usaba para hacer agujeros en el gran escudo de

cuero sin curtir y en listones de madera; la punta de flecha de bronce fue cortando la cubierta de bronce y las cuerdas de cuero hasta que toda la estructura estuvo a punto de ceder.

Kineas alargó el brazo para detenerla y la chiquilla lo miró a los ojos. Eran ojos ancianos para un rostro tan joven, intensos y azules como el agua fría, y Kineas detuvo el movimiento de su mano como si lo hubiera picado un insecto.

Ella sonrió. Era una niña a punto de ser mujer, y su sonrisa era entre traviesa y perversa.

El Caballo Rampante seguía con la misma perorata. Marthax lo observaba con los párpados entrecerrados. Srayanka, por su parte, miraba al muchacho como si fuera a echársele encima. Cuando éste tomó aire para una nueva proclama, Srayanka se levantó y alzó la mano con la espada para impedirle continuar.

—¡Grande es la sabiduría del Caballo Rampante! —exclamó Srayanka—. Sabemos que ocuparon su lugar en la batalla y que no irán al este a apoyar a los guardianes de la puerta oriental. ¿Tienes algo más que añadir?

El joven inclinó la cabeza y no dijo nada, pero la fulminó con la mirada.

—Agradecemos tus palabras, Graethe. —Srayanka apretó con mano firme el hombro del joven y éste se sentó. Uno de los jóvenes jefes de Srayanka, Bain, se rió y aulló, y Graethe se puso rojo.

Srayanka se volvió y lanzó a Bain una desafiante mirada.

—¡Silencio! —gritó.

El rostro de Bain era la encarnación de la malicia adolescente, pero se apaciguó cuando Urvara se puso en pie. Hija de Varó, el señor de los Gatos Esteparios que había muerto en la gran batalla, Urvara tenía sus propias cicatrices; acababa de estrenarse con el arco, y Kineas la recordaba reagrupando a su gente para apoyarlo en la carga final. Sólo tenía dieciséis o diecisiete años, las cejas muy pobladas, labios carnosos y brazos fibrosos como las cuerdas de un arma de asedio. Bain la amaba.

—Los Gatos Esteparios miran al sol naciente —dijo Urvara, señalando hacia el este con su fusta.

Tenía una voz profunda y serena para ser una chica tan joven, y Kineas tuvo que admitir que Srayanka no era un caso único; entre los sakje se daban mujeres excepcionales. Amazonas, pensó.

—Iremos al este hacia el sol naciente y prestaremos nuestra ayuda a los guardianes de la puerta oriental —concluyó Urvara sucintamente.

—Las tierras de vuestro clan están en el este —repuso Marthax sin levantarse—. Vuestros hogares están de camino —agregó con desdén.

—Vinimos aquí —replicó Urvara sin más—. Mi padre murió por el rey de los asagatje. Sé lo que piensas, Marthax, pero me da igual. —Y se sentó.

Los ojos de Srayanka buscaron a Kineas, que enseguida se levantó. La mayoría de

los hombres que estaban en torno a Marthax gruñeron como para sus adentros.

Antes de que dijera palabra, Marthax también se levantó. Era un palmo más alto que Kineas.

—Aquí no tienes voz —dijo.

Kineas lo miró de hito en hito.

—Aquí mi «clan» es el más grande —protestó Kineas. Miró a los presentes en la tienda. Algunos ojos se mostraban abiertamente hostiles; los de Graethe, por ejemplo. Otros, amistosos; Parshtaevall de los Manos Crueles asintió, como indicándole que hablara.

Kineas dio un paso hacia Marthax.

—Hemos muerto por vosotros —prosiguió—. Resistimos en el vado y repelimos a Zoprionte hasta que vosotros llegasteis. Mi pueblo murió. Mis amigos murieron. —Kineas levantó un brazo cubierto de cicatrices fruto de su participación en la lucha y miró de nuevo a los allí presentes—. Mi ciudad sigue en manos de un tirano y su guarnición de macedonios, y debo hacer algo al respecto o mi «clan» se quedará a vivir con vosotros para siempre. —Se encogió de hombros y dio la espalda a Marthax, lo cual hizo que la piel de entre los omóplatos le picara al volverse hacia la muchedumbre, y pensó: «¿Cuándo he dejado de confiar en el caudillo?»—. Debe permitírse nos ir a reclamar nuestra ciudad antes de que los ciudadanos desesperen y actúen con imprudencia. —Giró en redondo hacia Marthax—: Y tú no puedes pretender darme órdenes y luego hacerme callar en el consejo. Eras el caudillo de Satrax. ¿Quién eres ahora?

Marthax no esperaba que Kineas lo atacara. Como tampoco Srayanka, que puso la cara de preocupación de una mujer que duda de la prudencia de su hombre. Marthax dio un paso atrás como si lo hubieran herido y se puso tan encarnado como su atuendo.

—¿Que quién soy? —preguntó—. ¡Soy el rey de los sakje! —bramó.

Pandemónium. Los jefes de todos los clanes se pusieron en pie: unos protestaban, otros vitoreaban o gritaban para ser escuchados.

Marthax aprovechó la ocasión para hablar:

—Soy el primo de Satrax y era su caudillo. He comandado todas las tribus en la batalla y he salido victorioso de cada contienda. Yo encabecé la expedición contra los getas cuando los masacramos. —Alargó el brazo a sus espaldas y blandió su escudo—. ¡Soy el poderoso escudo de los sakje! —rugió.

El escudo se hizo pedazos en su mano y el silencio se apoderó de la tienda; el silencio del terror y los augurios.

Una voz aguda llegó de detrás de Marthax, como el falsete de un hombre o la voz de un niño pequeño.

—¡Podrás ser rey hasta que el monstruo haya muerto y las águilas vuelen! —

chilló la voz.

Marthax tiró los trozos de su escudo al suelo y fue a por la niña, pero ésta se escurrió bajo la lona de la tienda y se esfumó.

—Eres hermoso —dijo Srayanka. Estaba tumbada a su lado sobre un montón de pieles. La lluvia producía en el techo del carromato un sonido semejante al de la orilla del mar, y su mano callosa lo acariciaba con perezosa familiaridad.

La barrera idiomática impedía que Kineas respondiera de la misma manera. Podía decirle que era hermosa; podía decir que sus senos eran hermosos, sus piernas bonitas, todo un catálogo de atributos corporales; pero ninguno transmitiría lo que él quería decir. En griego, le diría que su belleza lo asombraba cada vez que la veía descubierta, que nunca se cansaría de contemplar las complejas curvas que dibujaba su vientre firme al unirse a las caderas, que el suntuoso terciopelo de su piel y su contraste con las manos endurecidas por la lucha lo excitaban como ninguna otra mujer lo haría jamás; pero el griego de Srayanka seguía limitándose a cincuenta verbos y unos pocos cientos de nombres, y la clase de sutileza que hacía exactos y personales sus cumplidos estaban por el momento tan lejos de su alcance como una comedia de Aristófanes.

Hacían el amor esporádicamente, a menudo con prisa y siempre en secreto. Que eran pareja se sospechaba y contrariaba a todo el campamento, cada día más reducido. Especialmente aquella noche.

Los sakje se estaban marchando. El consejo había terminado en desacuerdo y arrebatos de ira antes de que se le reconociera formalmente a Srayanka su derecho a exponer su candidatura al trono; pero los bandos ya se habían definido.

Todos ellos juntos, los sakje y los olbianos, habían combatido en una gran batalla, la mayor batalla que cualquiera de ellos pudiera recordar. Diez estadios al norte del carromato-yurta donde Kineas yacía entrelazado con Srayanka, el campo de batalla del Vado del Río Dios seguía siendo una tumba turbulenta tres semanas enteras después de que el ejército de Zoprionte hubiera muerto allí. Más de veinte mil macedonios con sus tropas auxiliares y sus aliados habían perecido; y casi un tercio de esa cifra de guerreros sakje, y un millar de griegos euxinos. Los muertos superaban en número a los vivos, y la lluvia que caía como lágrimas de dioses arrepentidos pudrían los cadáveres tan deprisa que los hombres temían tocarlos o levantarlos. Los animales carroñeros todavía atestaban el campo, dándose un festín de macedonios muertos que yacían indefensos, despojados de armaduras.

Los hombres decían que aquel campo estaba maldito.

Kineas lo sentía como una herida abierta porque los muertos sin enterrar se le aparecían en sueños, exigiendo exequias. Pese a su dilatada experiencia, no concebía que un ejército pudiera ser exterminado y no pudiera enterrar a sus muertos. Eso lo

aterraba. Como lo aterraban las voces del sinfín de muertos.

—¿En qué piensas, *airyanám*? —preguntó Srayanka. Se apoyó en un codo. Iba desnuda para combatir el húmedo calor, y no tanto por descaro como por no ser consciente de que alguien pudiera llevar ropa en una noche tan calurosa. En el interior de su carromato, desdeñaba la ropa mientras reinaran la humedad y el calor.

Kineas se obligó a apartar sus pensamientos del campo de batalla y regresar al carromato junto a su amada, junto al maravilloso cuerpo que los dioses le habían dado, junto a sus ambiciones y sus caprichos. Pero fue sincero.

—Pensaba en los muertos sin enterrar —contestó.

—Alimento para los cuervos —repuso Srayanka, encogiéndose de hombros. Hizo un gesto para desviar la indeseada atención de las criaturas del averno—. Nombrar es llamar, Kineas. —Le puso un dedo en los labios—. No hables de los muertos tan a la ligera. Eran enemigos. Ahora han pasado al más allá. El campo está maldito y los sindones lo evitarán durante una generación. Luego la hierba crecerá más verde gracias a la sangre, y después crecerá el grano. Así son las cosas. Y la Madre acogerá en su seno a los agitados espíritus, y el tiempo todo lo curará.

Kineas la observaba, sentada como una estatua de Afrodita, marcando con la mano sus argumentos a propósito de los muertos como un erudito en el ágora.

—Deberías ser reina —dijo Kineas—. Tienes cabeza para ello. —Se mesó la barba desaliñada y se rascó la cabeza—. Hoy no tendría que haber hablado. Hablé cuando no me tocaba y me temo...

—¡Calla! —exclamó Srayanka. Meneó la cabeza, haciendo oscilar la melena suelta—. Marthax es más fuerte que yo, Kineas. —Lo observó un momento a la luz de la única lámpara de aceite—. No conduciré a mi pueblo a una guerra entre hermanos. Marthax no será un mal rey; lo conoces. Hace lo que cree que debe hacer. —Suspiró—. He trabajado duro para que el pueblo te acepte como mi consorte. —Se encogió de hombros, sus rotundos senos subieron y bajaron, la cobertura de músculo cimbrió desde las caderas hasta el cuello, y Kineas la deseó. Pero era un hombre disciplinado y se guardó de tocarla.

Srayanka se volvió para mirarlo.

—En cambio, a ti te temen.

—¿Porque soy extranjero? —preguntó Kineas, resiguiéndole el flanco con un dedo.

—Y porque eres baqca, y porque me amas. Eres como una criatura de un canto épico, y auguras cambios. —Lo besó—. Porque podrías gobernarlos con mano de hierro, y eso les da miedo.

Kineas meneó la cabeza.

—Yo no quiero gobernar —replicó.

—Pero lo harías si pensaras que es por el bien común. —Srayanka pronunció la

expresión «por el bien común» con la entonación de Kineas.

Y éste se encogió de hombros:

—Escucha, amor mío. Juntos podríamos doblegar la voluntad del ejército. Convertirlo en tu ejército. —¡Ea!, ya lo había dicho. Sus propios oficiales querían marcharse, pero él tenía que ofrecer... apoyo a la reivindicación de Srayanka al trono.

Srayanka le agarró la cabeza con las manos y le dio un beso.

—No, *airyanám*. Te lo agradezco, pero no. Era el ejército de Satrax; y él ha muerto. —Con un ademán, indicó los inescrutables designios de los dioses—. Si hubiese vivido un año más, yo habría sido su heredera; lo habríamos sido los dos. —Volvió a encogerse de hombros—. No voy a enfrentar a los soldados griegos contra los hombres de los clanes.

Kineas se incorporó a su lado.

—¿Y qué vas a hacer? —le preguntó—. ¿Qué vamos a hacer?

Srayanka guardó silencio un buen rato; oyeron a miles de caballos pastando: el siempre presente rumor del campamento sakje. En algún lugar, unos hombres gritaban junto a una fogata.

—Iré al este —respondió al fin Srayanka—. Muchos de los guerreros más jóvenes siguen estando dispuestos, e incluso animados, a combatir al monstruo en el este. Le diré a Marthax que estarán bajo mi mando y él aceptará, porque así se evita la guerra.

Kineas había visto venir que aquélla sería la decisión de Srayanka. Siempre supo que ella estaba a favor de enviar una expedición al este para apoyar a los masagetas. Lo que no se había figurado era que fuera a ir en persona.

—Pero... —repuso Kineas. Y se interrumpió. «Pero ¿y nosotros qué?» Era demasiado egoísta por su parte. La elección de Srayanka estaba bien clara, y la había tomado como la heroína que era. ¿Acaso él iba a ser menos?

—Tengo que arrebatarse Olbia al tirano —dijo al fin Kineas—. Luego podré reunirme contigo.

Así de simple; y el futuro quedó fijado. Aquel «reunirme contigo» retumbó en su cabeza, halló eco en su mundo de sueños, como una profecía; y, de repente, sintió frío.

Srayanka negó con la cabeza.

—No. Quiero decir, ¿qué es el mudo griego? ¿Locura? ¿Demencia? Vosotros, los griegos, tenéis muchas palabras para pensamientos estúpidos. Tú puedes ser el tirano de Olbia; puedes ser rey. «Te adoran como a un dios.» Has convertido su ciudad en algo, y ahora tu ejército es fuerte. El grano te hará rico, tus hoplitas te darán seguridad y tu alianza con los sakje te hará grande.

Kineas se arrodilló y tomó las manos de Srayanka entre las suyas.

—No quiero ser rico —protestó, y mientras lo decía ya sabía que sus palabras eran tan ciertas como trilladas. La idea de una larga marcha hacia el este para luchar

contra Alejandro al lado de Srayanka se extendía como un sueño y, en comparación, la vida cotidiana del patronato y la política se le antojaba una pesadilla—. No quiero ser tirano ni rey. Te quiero a ti. —Sonrió como un muchacho—. He soñado que vencía a Alejandro.

Entonces ella sonrió, y Kineas tuvo un poco de miedo porque no era una sonrisa de amor, sino de triunfo.

—Entonces seré tuya, *airyanám*. Juntos llegaremos lejos —profetizó Srayanka, y posó sus labios en los suyos—. Incluso a las montañas del este, hasta Alejandro.

Tras haber hecho otra vez el amor, ella lo envolvió con su cuerpo a pesar del calor húmedo y el sudor que desprendía, y juntos cayeron dormidos. Y Kineas apenas había agradecido el placer de aquel sueño, con la pierna tersa y firme de Srayanka encajada entre las suyas, cuando se encontró... *sentado a horcajadas en el árbol, con una rama colocada entre las piernas. En la otra punta de la rama, dos águilas exigían comida desde un nido entre los muslos de Srayanka. Sus graznidos ahogaban las palabras de Srayanka. Cuando Kineas tendió un brazo hacia ella, el polluelo más grande lo picó y se cayó…*

Miró alrededor, y todos los soldados que tenía detrás eran desconocidos con espléndidas armaduras, y él llevaba un guantelete chapado en oro en el brazo que veía a través de las rendijas del casco. Estaba seco, sentado a lomos de un caballo de color metal oscuro, y la batalla estaba ganada, el enemigo roto; al otro lado del río, los supervivientes trataban de reponerse entre los maderos del ribazo, junto a un aislado árbol muerto que ofrecía la única protección posible contra la broncínea lluvia de flechas sakje. Entonces él alzó la fusta de Srayanka, le dio tres vueltas en el aire y todos comenzaron a vadear el río. Estaba preparado para la flecha cuando ésta llegó, y casi la recibió con gusto, pues la conocía muy bien; además, para entonces ya se encontraba en el agua, unas manos lo agarraban...

Estaba muerto y caminaba por el campo de batalla, pero era otro campo de batalla, el de Issos, y los muertos se levantaban a su alrededor como hombres despertados de su descanso antes de hora. Y entonces también ellos se pusieron a caminar, frotándose las heridas, algunos metiéndose los intestinos en el vientre. Intentaban en vano hablar, muchos se encogían de hombros, y luego todos, griegos y persas, comenzaron a alejarse del campo de batalla... y se les sumaron los muertos de Gaugamela, más persas y menos griegos y macedonios, todos arrastraban los pies avanzando en una columna de muertos desdichados.

Una única figura se destacaba en la columna. Tenía dos heridas profundas, una en el cuello y otra debajo de la axila, y no llevaba peto, su rostro flácido y desprovisto de sentimiento estaba negro y podrido; pero Kineas reconoció en él a Clístenes, un amigo de la infancia que había caído en una infame batalla en las

riberas del Eufrates. Kineas percibía en Clístenes un halo de tristeza. De hecho, la tristeza irradiaba de él como el calor de una hoguera. Su mandíbula, casi descarnada tres años después de morir, se movía sin emitir ningún sonido. Alargó una mano y apoyó los huesos de los dedos en el antebrazo de Kineas, surcado de cicatrices.

—¿Qué? —inquirió éste—. ¡Habla!

La mandíbula de Clístenes volvió a moverse, más como si masticara carne que como si intentara hablar. De la boca abierta salió arena. La figura putrefacta recogía la arena que iba vomitando, cogiéndola con las manos. Y se la ofreció a Kineas como si fuese un pago o una ofrenda.

Kineas se aterrorizó incluso en sueños. Retrocedió tambaleándose.

—¡Despierta ahora o muere durmiendo! —dijo la voz de Kam Baqca...

Ruidos en la oscuridad, y demasiado movimiento, y el carromato oscilando como si un hombre se subiera a él. Kineas saltó del lecho de pieles y su mano ya había empuñado la espada cuando el grueso fieltro que cubría el carromato se desgarró y una flecha le dio de refilón en la espalda causándole una punzada de dolor. Había antorchas en la oscuridad, y destellos de armas.

Srayanka se estaba poniendo de rodillas y Kineas la empujó hacia abajo justo cuando otra flecha se clavó profundamente en la madera de la plataforma del carromato.

—¡Los muertos! —gritó Kineas en griego.

Una silueta negra se subió a la plataforma con una espada en cada mano. Kineas aún estaba adormilado, tenía la mente en otro mundo.

El rostro de la criatura era negro. Titubeó, una reacción demasiado humana, y luego blandió ambas espadas a la vez. La niebla del sueño se disipó un poco más y Kineas se dio cuenta de que su adversario era un hombre con la cara tiznada. Mientras reparaba en ello, comprendió que el torpe ataque de aquel hombre era una distracción, y al agacharse para esquivar un golpe volvió la cabeza y vio a otra figura negra en el extremo opuesto del carromato, iluminada por la lámpara de aceite. Levantaba un arco, también titubeando, como si no supiera hacia dónde disparar.

Kineas no vaciló. Hizo un tajo a su primer adversario, un mandoble largo por encima de la cabeza con una rotación de muñeca al final, de modo que la torpe parada del hombre no logró impedir que la curva invertida de la hoja egipcia le cortara el cuello. Se desplomó sin un grito, con la cabeza medio cercenada y chorros de tinta negra manando a la luz de la luna.

Kineas brincó hacia atrás y golpeó al arquero, y su golpe rebanó el arco a la altura de la empuñadura. Un extremo del arco partido salió despedido hacia atrás y le atizó en la mano, haciéndole soltar la espada a causa del dolor, mientras que el otro

extremo acuchilló el rostro del arquero. Kineas le propinó una patada y el arquero cayó del carromato. Otra flecha silbó en la oscuridad y pasó entre las piernas de Kineas.

—¡Alerta! ¡Nos atacan! —gritó Kineas en sakje. Oyó movimiento en las fogatas de los alrededores y gritos a lo lejos, pero los agresores eran silenciosos y de otro mundo, y a Kineas se le empezó a erizar el pelo del cogote.

Pese a la reinante oscuridad, vio que la empuñadura de su espada relucía sobre las alfombras del suelo del carromato, se agachó y la cogió. La notaba escurridiza por la sangre de su herida, así que se agachó otra vez para secarse la mano. Srayanka se levantó desnuda de espaldas a él, tensando un arco, y disparó antes de volver a esconderse detrás de los bancos.

Fuera, un hombre instaba a un ataque general. Kineas le oyó ordenar que todos «fueran juntos». Y una discusión; en sakje. Humano. Kineas inspiró profundamente y se calmó, desterrando así los últimos jirones de sueño.

El cerebro le funcionaba. Eran hombres; meros hombres, no espíritus vengativos que no habrían necesitado armas ni órdenes. Y él les traía sin cuidado; estaban allí para matar a Srayanka. Sólo eso explicaba el titubeo de los primeros agresores.

Al parecer, Marthax había hallado una solución al problema sucesorio.

El plan y su ejecución se sucedían sin solución de continuidad, y Kineas saltó de la plataforma del carromato y cargó directamente contra las voces que oía en la oscuridad. La espada egipcia derribó a un hombre que se volvía para enfrentarse a su arremetida, y empujó el cuerpo que se desplomaba para abalanzarse sobre otro hombre equipado con armadura completa. Éste le dio un mandoble y los aceros resonaron cuando Kineas paró el golpe.

Kineas retrocedió, situándose de manera que el hombre con armadura quedara entre él y la fogata para poder ver. El hombre al que había derribado gritaba (así que no era ningún monstruo de las tinieblas), y con sus gritos ahogaba cualquier otro sonido. El que llevaba armadura fue a por él, y Kineas se batió en retirada esquivando los pesados golpes, pero sus estocadas daban contra la gruesa loriga. No había suficiente luz para actuar con precisión, y se sentía apremiado por la falta de tiempo; de un momento a otro podía alcanzarlo un mandoble o una flecha por la espalda, y su cuerpo desnudo ofrecía mejor blanco que el de aquellos agresores pintados de negro.

Paró el siguiente golpe con la espada, empujó el otro acero hacia arriba y entró en el radio de acción de su oponente. Entonces forcejeó con él, agarrándolo por la cintura, y lo tiró al suelo, donde cada escama de la armadura le raspó el pecho desnudo. Ésa era la clase de lucha para la que estaban entrenados los griegos, y Kineas sabía que no había ningún sakje que pudiera con él. Su contrincante yacía derribado en el suelo, con los dedos de Kineas en la nariz, el pulgar en el ojo y la rodilla en la ingle; una salpicadura de sangre, olor a excrementos, y su hombre estaba

muerto. Kineas aguzó el oído mientras se limpiaba la sangre del ojo del hombre y sintió náuseas; porque una cosa era ejercitarse en matar a un hombre de cerca, y otra muy distinta, hacerlo.

El hombre herido seguía chillando, y más a la izquierda, cerca del carromato, había pelea. Perdió unos segundos preciosos buscando su espada y echó a correr, aterrado al pensar que se había demorado demasiado y que ella ya estaría muerta.

Pero Srayanka no estaba muerta. Estaba en el carromato, luchando, y justo debajo de ella, el espartano Filocles blandía su pesada lanza negra. Tenía una flecha clavada en el hombro y otra en la pantorrilla, y dos hombres muertos a sus pies. La lanza negra mantenía a raya a un corro de adversarios, pero había más al otro lado del carromato, adonde Srayanka estaba disparando.

Kineas se aproximó en silencio y golpeó, y el acero egipcio atravesó limpiamente el cuello del hombre; luego dio un mandoble bajo, con el que cortó los tendones de las piernas de otro hombre. Entonces bramó:

—¡Atenea!

Y Filocles dio dos estocadas con la lanza. Un hombre se precipitó contra el costado de Kineas y de repente se vio en medio de una melé, rodeado de espadas por todas partes.

—¡Apolo! —se oyó gritar desde el otro lado del carromato. Era la voz de Diodoro.

Kineas se cayó, los pies le resbalaron al pisar sangre en la hierba mojada, y un acero silbó al rozarle el pelo. Rodó por el suelo hacia Filocles, se puso en pie y atacó a un nuevo adversario que paró el golpe y se le acercó para luchar cuerpo a cuerpo. Kineas le agarró la espada y se quedó paralizado: era Parshtaevalt.

—¡Kineas! —exclamó Parshtaevalt, y retrocedió. Entonces ambos lucharon espalda contra espalda durante una eternidad, quizás un minuto; el calor y el contacto de sus espaldas juntas significaban vida y seguridad.

—¡Apolo! —se oyó vocear de nuevo en la noche, una y otra vez, y la presión sobre Kineas iba cediendo. Golpeó bajo, algo que siempre resultaba peligroso a oscuras, y su rival se desplomó con un gruñido. Kineas retrocedió hasta notar la espalda de Parshtaevalt contra la suya e inspiró profundamente.

—¡Atenea! —gritó.

—¡Apolo! —respondieron otros hombres, y de pronto los tuvo a todos alrededor. Se abrió paso entre ellos, una horda de guerreros sakje y griegos mezclados. Allí estaba Urvara, desnuda como Srayanka, empuñando un arco rodeada de Gatos Esteparios. Detrás de ella, se erguía Bain, el joven jefe guerrero de los Manos Crueles, que cubría a Urvara arco en mano. Echó la cabeza hacia atrás y aulló como un lobo.

Kineas no tenía tiempo para ellos; corrió hacia el carromato.

Srayanka seguía allí, hermosa y fatal a la luz de la lámpara de aceite. Tenía un corte superficial en el cuello que le había sangrado por el costado derecho, haciendo que pareciera una estatua en blanco y negro.

—Ha sido Marthax —reveló.

—¡Estás viva! —exclamó Kineas.

—Ha sido Marthax —repitió Srayanka—. Quiere guerra. ¡Idiota! ¡Idiota! ¿Por qué no ha hablado conmigo?

—Nos tiene demasiado miedo —respondió Kineas. Entonces se dio cuenta de que ambos iban desnudos; de hecho, todos salvo los agresores muertos y heridos iban desnudos.

Srayanka asintió.

—Trae a los jefes que me sean leales —le dijo a Parshtaevalt, que se había acercado hasta allí.

Kineas se volvió y encontró a Niceas detrás de él, meneando consternado la cabeza.

—¿Qué te propones? —preguntó Kineas a la mujer que amaba.

—Coger a la gente que quiera marcharse y huir —contestó Srayanka—. De lo contrario habrá guerra cuando salga el sol, y los sakje ya nunca más volverán a unirse.

—Nos ha traicionado y ha incumplido el juramento de hospitalidad —dijo Urvara.

Srayanka meneó la cabeza.

—Tal vez.

Habló deprisa en sakje; demasiado para que Kineas la siguiera, y la mujer más joven asintió. A Kineas le dijo:

—O este ataque es cosa de uno de sus hombres, y se verá obligado a aceptarlo cuando se haga de día, o lo ha planeado él mismo y tiene otros mil jinetes aguardando para abalanzarse sobre nosotros al amanecer. Me llevo de aquí a mi pueblo y a los Gatos Esteparios, y a todo el que quiera venir.

—¿Ahora?

—Ahora. Me marcho al norte y al este. Cabalgaré hacia el norte hasta la Ciudad de las Murallas. Si me admiten, conseguiré dinero y grano. A partir de ahí, seguiré hacia el mar de hierba.

Kineas permaneció callado en la oscuridad, aún confundido por el sueño, con la agri dulce excitación del combate en las venas, e intentó pensar.

—¡Nunca más volveré a verte! —protestó Kineas.

Srayanka le sonrió y bajó del carromato para abrazarlo.

—Es la voluntad de los dioses —repuso Srayanka—. Pero creo que no somos dos miembros de un clan perdidos en las llanuras. Tú eres baqca y yo sacerdotisa.

Volveremos a vernos —dijo—. Ve y recupera tu ciudad. Luego, si así lo deseas, sígueme. Puedes ir por mar hasta la Bahía del Salmón; cualquier griego euxino sabrá mostrarte el camino. Nosotros iremos despacio; llevaremos muchos caballos y carromatos, y niños. Si no nos encuentras en el mar de hierba, sigue la ruta comercial hasta Maracanda. Es la ciudad más grande de la estepa.

—¿Maracanda? —preguntó Kineas. Una ciudad mítica. Meneó la cabeza—. Si yo puedo alcanzarte, ¡Marthax también! —observó Kineas. Las heridas le dolían; las nuevas, y las antiguas aún más. Pero lo que Srayanka decía tenía sentido. Y las llanuras no estaban tan vacías como solía creer. Había rutas y caminos.

—Marthax no querrá alcanzarme —dijo Srayanka. Le agarró la cabeza y tiró de ella para darle un beso hasta que, a pesar de sus heridas y de la sangre que la cubría, Kineas fue consciente de que estaban desnudos y a oscuras.

—¡Tengo que ser doña Srayanka! —exclamó ella, poniendo fin al abrazo y empujándolo—. ¡Vete!

—¡Escúchame! —suplicó Kineas—. Escucha, amor mío; puedo reagrupar a mis hombres en una hora. Marthax jamás se enfrentará a nosotros; los Gatos Esteparios, los Manos Crueles y mi falange lo aplastarán al amanecer. Serás reina.

Srayanka sonrió; una sonrisa que le dio a entender que ya lo había considerado y que, por más que lo amara, no necesitaba sus consejos políticos.

—Sería reina de nada —replicó—. En cambio, así, mi hijo será rey. Ahora vete.

—¿Hijo? —repitió Kineas estupefacto mientras ella lo apartaba y llamaba a Irene, su trompetera.

Y entonces ya no era amante o guerrero sino general, y tenía trabajo que hacer. La columna de Srayanka, con manadas de caballos, rebaños de ovejas y cabras y cien carromatos pesados partió hacia el este al amanecer. La caballería griega de Kineas escoltó su partida y los exploradores de Ataelo vigilaron a Marthax.

Marthax montaba su corcel, el sol naciente brillaba en su casco dorado y en su manto rojo, y sus guerreros llevaban el escudo en ristre, pero no se movieron.

El sol ya estaba en lo alto del cielo cuando los hoplitas de Kineas emprendieron la marcha hacia el sur. Como se dirigían a casa, iban contentos. Cantaron el pean mientras desfilaban ante los hombres de Marthax. Habían combatido juntos contra Macedonia y ninguno de los bandos parecía interesado en buscar problemas.

Kineas hizo caso omiso de la mano de Diodoro en su brida y de sus admoniciones, y se separó de la columna. Subió al trote a una pequeña loma donde Marthax, imponente con su manto rojo, contemplaba la escena, montado en su caballo de batalla, un animal magnífico que sacaba no menos de dos palmos a cualquier otro caballo del ejército. En torno a él, sus caballeros y sus jefes. Kineas los conocía bien. Habían sido compañeros de armas hasta la víspera.

—¿Somos enemigos? —preguntó Kineas sin más preámbulo.

Marthax parecía triste. Se encogió de hombros.

—¿Te casarás con ella? —preguntó él a su vez.

—¿Con doña Srayanka? Sí, tengo intención de casarme con ella.

Kineas llevaba un saco de tela en la mano y jugueteaba con el cordón que lo mantenía cerrado.

—Entonces somos enemigos —respondió Marthax despacio—. No puedo permitir que tú, el rey de Olbia, te cases con mi más poderosa jefe de clan.

Kineas lo miró a los ojos y pensó en el último año; planear y llevar a cabo una campaña con aquel hombre a su lado, su humor, su gran corazón, su invencible tamaño y su mente despejada.

—Te equivocas —repuso en voz baja—. No soy rey de Olbia. No quiero tu trono; y tú tampoco.

Marthax, un hombre impasible que no conocía el miedo, apartó la mirada para fijarla en la estepa.

—Yo seré rey —dijo—. Y no soy un Satrax, así que no voy a tolerar sus artimañas. Si no se casa conmigo no se casará con nadie.

Kineas meneó la cabeza.

—Te estás portando como un idiota. ¿Quién te da esos consejos? No se casará contigo. ¡Ni siquiera la deseas! Y su postulación al trono es mejor. Al primer error que cometes, las tribus te abandonarán.

Marthax se volvió lentamente hacia él. Se encogió de hombros.

—He dicho —sentenció—. Si regresa del este, será mi súbdita, mi esposa o un cadáver.

Kineas abrió el saco y dejó caer el contenido al suelo.

—Anoche estuvo a punto de convertirse en cadáver —dijo.

Los caballeros que estaban a su alrededor perdieron la compostura, y un murmullo de descontento llegó como una brisa sobre la hierba.

Marthax observó la cabeza cortada.

—¡Has matado a uno de mis caballeros! —exclamó, aunque parecía más confundido que enojado.

—Este atacó su yurta ayer noche —protestó Kineas, señalando la cabeza de Graethe—. Iba con cincuenta hombres. Todos están muertos. —Kineas miró alrededor—. Permíteme hablar claro. Tú, y sólo tú, has dividido a los clanes. Éste pagó por su intento de asesinar a la dama. Ahora ella cabalga hacia Oriente para luchar contra el monstruo. Dejarás que se marche. *Dejarás que se marche*. —Kineas inspiró profundamente—. Yo soy el señor de las lanzas errantes y de los caballos voladores. Y soy baqca. Hazle daño en su marcha hacia el este y quemaré tu Ciudad de las Murallas, y ningún mercader vendrá nunca más al mar de hierba.

—Que te jodan, griego —soltó Marthax, irguiéndose en la silla.

—Se acabó el oro. No tendréis dónde vender vuestro grano. Será el fin de vuestro estilo de vida. ¿Cuánto tiempo serás rey, Marthax? ¿Hasta después del verano? — Kineas acercó su caballo. Marthax se alzaba más alto que él, pero Kineas estaba demasiado enojado para tener miedo.

—Marchaos antes de que os hagamos daño —dijo Marthax entre dientes.

De pronto la niña apareció allí, abriéndose paso entre los caballos sin ser vista. Se plantó al lado de Kineas.

—*Fingiré ser rey hasta que las águilas vuelen* —dijo la niña—. *Le dejarán los huesos limpios.*

—Y llévate a este diablillo carroñero contigo —añadió Marthax.

Kineas levantó a la niña con un brazo, dio media vuelta a su caballo y cabalgó de regreso a su columna. La niña se estuvo retorciendo hasta que logró saltar de su regazo al suelo.

—¡Tengo que ir a por mis caballos! —exclamó.

Kineas la dejó marchar. Un escita, incluso niño, no era nada sin sus caballos, y Kineas comprendió el impulso. Al observar cómo corría por la hierba hacia la manada real, vio que el príncipe Lot y los sármatas estaban montando. Llevaban menos caballos de refresco y ningún carromato, y vivían en tiendas de fieltro grueso. Eran unos doscientos, más otros cincuenta heridos que iban en angarillas arrastradas por los caballos disponibles.

El príncipe Lot lo vio y se aproximó. Su griego era terrible, y su sakje artificioso. Transcurrido un minuto, Kineas había deducido que los sármatas querían viajar con los griegos. Kineas cabalgó hacia la cabeza de la columna llamando a Eumenes. El chico, ya todo un hombre, tenía tres heridas y aún viajaba en carromato, pero se encontraba lo bastante bien para incorporarse y traducir.

—Dice: «Deseo viajar contigo. Hablé con la dama; cabalga demasiado deprisa para mis heridos.» Dice: «Puedo mostrarte el camino, y mis heridos tendrán más tiempo para descansar.» —Eumenes escuchó la última frase de Lot y sonrió cansado. Señaló hacia la nube de polvo que Srayanka y sus clanes dejaban tras de sí—. Dice: «Ella tendría que haber sido reina.»

Kineas sonrió ante la primera buena noticia de la mañana.

—Estaré encantado de llevaros conmigo —dijo. Lo repitió hasta que el príncipe Lot sonrió de oreja a oreja.

Kineas también contaba con un puñado de *prodromoi* sakje. Ataelo había reclutado casi a una veintena con generosas promesas de caballos, y los había convertido en su pequeño clan, en el que se incluía una nueva esposa. Ninguno de ellos había desertado, ni siquiera los dos Caballos Rampantes, y proporcionarían a Kineas una buena avanzadilla para su pequeño ejército adondequiera que marcharan. Otra de las recomendaciones del viejo Jenofonte, pese a que seguramente habría sido

demasiado conservador para aprobar el empleo de «bárbaros» en dicha tarea.

Kineas hizo señas a Ataelo, que no quitaba ojo a las huestes sakje, para que se acercara, y le dijo que incluyera a los sármatas en sus cálculos. Ataelo gruñó. Cabalgó hasta la columna de angarillas, donde las chicas adolescentes montaban caballos más ligeros con los arcos en ristre.

—Para ellas, para explorar —dijo Ataelo. Se dirigió a Lot, que asintió.

Kineas los dejó en ello y se dirigió a la cabeza de la columna, pero de repente la esposa de Ataelo soltó un grito de guerra que halló eco en otros exploradores. Dio la vuelta a su caballo a tiempo para ver la desgarbada figura de Herón, el hiparco de los *hippeis* de Pantecapaeum, que hacía avanzar a la retaguardia. Lucía su perpetuo ceño fruncido mientras observaba cabalgar a su tropa.

Había movimiento en el campamento de Marthax. En la llanura de hierba, doce caballos galopaban. Tras ellos venía un pelotón de sakje, todos con armadura. Eran más lentos que los caballos que perseguían y perdían terreno. Más atrás, el grueso de las fuerzas de Marthax había comenzado a avanzar.

—¡Mierda! —exclamó Kineas. Se puso de rodillas sobre el lomo de su feo caballo de guerra e intentó ver a través del polvo que ya levantaba el frente de Marthax. Éste tenía tres mil efectivos de caballería, no más, y no podía esperar salir airoso de un enfrentamiento contra los hoplitas de Kineas y su caballería griega. Pero podía hacer mucho daño hostilizando el avance de Kineas. Podía obligarle a perder semanas. Y eso podía costarle a Kineas la ciudad de Olbia, dejaría al ejército varado en la estepa a merced del invierno.

Todo esto pasó por la cabeza de Kineas en cuestión de segundos, mientras observaba cómo la niña montaba un corcel blanco al galope, hacia él, con otra docena de caballos claros aja zaga. Los jinetes que la perseguían iban abandonando la persecución a medida que la retaguardia de Herón les bloqueaba el paso, contentándose con maldecir y agitar el puño en el aire. Herón gritaba órdenes a sus hiperetas, sin dejar de fruncir el ceño.

Lot había formado a los sármatas en un bloque y los había alineado con la tropa de Herón. Los hoplitas ya se desplegaban hacia la derecha. Filocles, el espartano, había sacado a sus hombres de la línea y corría con ellos hacia Herón; la pluma transversal escarlata se le agitaba al correr. Los griegos, por su parte, llevaban todo el verano en guerra. Eran capaces de pasar de la formación de columna a la de línea en cualquier dirección, de prisa y sin órdenes redundantes.

La línea de Marthax se detuvo a considerable distancia, a no menos de dos estadios de los griegos y los sármatas.

Ataelo tenía una flecha tensada en la cuerda y miraba a Kineas. Kineas negó con la cabeza y cabalgó hacia la niña.

—¿Qué carajo has hecho? —le gritó, con más aspereza de la que pretendía.

—Coger lo que es mío y lo que es tuyo —dijo la niña. En torno a ella pululaban dos docenas de caballos, todos blancos y plateados.

—¿Has robado los corceles? —preguntó Kineas.

—Mi padre dijo que, después de Satrax, tú serías rey —contestó con la simplicidad de la infancia—. Satrax está muerto. Son tuyos, excepto los potros blancos. Esos son míos.

Kineas estuvo tentado de darle una azotaina.

—¡Por Ares y Afrodita! —exclamó—. Herón, dame cuatro hombres con una bandera de tregua para devolver estos caballos.

Herón escogió a cuatro soldados de caballería que parecían asustados. Se frotó la frente y dejó que el yelmo beocio de bronce le colgara del barboquejo.

—Prefiero que me llames Eumeles —dijo—. Al menos, delante de mis hombres.

Kineas reprimió su fastidio. Herón se tomaba muy en serio a sí mismo; pero, cuando no se comportaba como un efebo con su primer amante, le daba por asumir el papel de buen oficial.

—Muy bien, Eumeles —se corrigió Kineas.

Las huestes sakje guardaban silencio a lo lejos.

El príncipe Lot tomó a Kineas del brazo. Habló deprisa, enfáticamente, señalando a Marthax en las líneas enemigas.

Ataelo azuzó a su caballo para acercarse y tradujo:

—Dice que Marthax no es rey. Dar caballos, para que Marthax sea rey. Tú para hacerlo rey.

Ataelo asintió, y la niña rió:

—¿No querrás ser tú quien convierta a Marthax en rey de los sakje, verdad?

Kineas se sentó en la silla y renegó, pero no quería ofender a Srayanka. Deseó tenerla a su lado para que le aconsejara.

Ambas tropas se vigilaron mutuamente durante una hora, hasta que los sakje empezaron a marcharse poco a poco. Eran disciplinados cuando convenía, pero el ejército de Marthax no estaba tan unido ni tan motivado como Kineas había temido. Ante sus ojos, hombres y mujeres abandonaban la formación, recogían sus campamentos y partían; primero caballeros de poca monta, luego otros más importantes. En tres horas, Marthax se quedó con tan sólo dos mil jinetes.

Llegados a ese punto, Kineas ordenó a su línea que formara en columna. Dio instrucciones a sus oficiales: a Menón y Filocles para la infantería, a Diodoro, Herón y Lot para la caballería. Fueron lentos y cuidadosos, pues formar un cuadrado vacío partiendo de una línea no era un juego de niños, y luego marcharon con los lanceros en la parte más exterior y la caballería en medio con los heridos y el equipaje.

Ya bien entrada la tarde, Kineas empezó a creer que habían perdido contacto. Aunque sabía lo rápido que Marthax podía echársele encima si decidía avanzar.

Llovía otra vez; densos nubarrones de tormenta galopaban sobre las llanuras, deteniéndose para empapar a la columna entera y desbordar el río, de modo que el agua marrón corría entre los troncos de los árboles y arrastraba más cuerpos del campo de batalla, repugnantes formas abotargadas que se deslizaban con la corriente, adelantándolos río abajo.

—La gloria de la batalla —dijo Filocles a su lado, mientras observaba dos cadáveres.

Kineas había detenido a su caballo en una colina, tan sólo veinte estadios al sur del gran meandro. Filocles abandonó las filas de la columna para reunirse con él. A lo lejos, media docena de chicas sármatas habían dispuesto sus monturas más o menos en formación de escaramuza sobre un risco del río, desde donde vigilaban el terreno que acababan de dejar atrás.

Filocles se quitó el casco y se pasó la mano que tenía libre por el pelo. Kineas hizo caso omiso del humor del espartano.

—Si Jenofonte hubiese contado con media docena de chicas sármatas, jamás habría tenido que preocuparse de los exploradores —dijo Kineas.

—Y jamás habría escrito la *Anábasis* —repuso Filocles con ecuanimidad.

Kineas se rió; la primera risa franca del día.

—Llevo todo el día pensando en Jenofonte —confesó.

—¿Porque tenemos que llegar a Olbia con vida? —preguntó Filocles—. Marthax no nos seguirá. Su ejército se marcha a casa.

—Lo he visto —asintió Kineas.

—Lo has visto, amigo, pero ¿te has parado a pensar? Marthax acudió al consejo en representación de la facción que exigía poner fin a la guerra. Ahora paga el precio: aunque quisiera, no podría luchar contra nosotros o contra Srayanka.

Kineas no lo había pensado así.

—Ya sabía yo que por algo te conservaba a mi vera, espartano.

—Ahora soy ciudadano de Olbia —corrigió Filocles—. No lo olvides.

Permanecieron juntos observando bajo la lluvia el avance del ejército, por fin rumbo a casa.

3

Las lluvias del final del verano aplanaron el mar de hierba y llenaron los ríos hasta profundidades que sólo un hombre montado podía cruzar, incluso en los mejores vados. Limpiaron la sangre y arrastraron consigo los abundantes cadáveres del vado del río Dios hasta el mar, donde los vecinos de la ciudad de Olbia los veían pasar flotando, hinchados, repugnantes y apestosos. Siendo mercaderes, muchos de ellos llevaban la cuenta aproximada de lo que veían y sonreían forzosamente.

Llovió durante días, de manera que cada hogar estaba mojado y en ninguna casa griega había un rincón realmente seco, porque la humedad se pegaba a las mantas y las túnicas de lana. El humo que se alzaba sobre la ciudad hablaba de fuegos que ardían mal por culpa de la leña empapada, y el olor de la madera quemada competía con el hedor de la lana mojada y la subyacente acritud del estiércol.

Quienes contaban cadáveres en el río miraban hacia las puertas y las carreteras que conducían a la ciudad preguntándose qué había ocurrido en el mar de hierba. Aguardaban noticias de sus hermanos, sus padres, sus hijos y maridos, de sus amantes; prácticamente de toda la población de hombres libres. Unos pocos habían pasado flotando. Las mujeres los lloraron. Los hombres alzaron la vista hacia la ciudadela, con su guarnición macedonia, y sus maldiciones se elevaron a los cielos.

Los días pasaban y seguía lloviendo, y las maldiciones manaban como la lluvia. Las imprecaciones comenzaron a fluir día y noche. Un par de macedonios, en realidad peones de granja pese a los aires que se daban, fueron acorralados y apaleados en el ágora por una turba de esclavos. El comandante de la guarnición, Dion, respondió brutalmente, enviando a dos tercios de sus hombres a arrasar el mercado al alba, donde perecieron doce hombres, uno de ellos ciudadano.

Tras la tempestad, llegó la calma. Dion dijo al tirano que tenía a la ciudad atemorizada.

El tirano lo llamó idiota y bebió más vino sin aguar.

A la noche siguiente, otro jornalero macedonio fue degollado. Los insensatos que lo hicieron habían dejado su cuerpo ante la puerta de la ciudadela. Dion dio sus órdenes y, por la mañana, tomó represalias.

La muralla de la ciudad estaba resbaladiza a causa de la lluvia. Los hombres que trepaban en la húmeda oscuridad agradecían las gruesas sogas de cáñamo con nudos a cada tanto, y más aún los fuertes brazos de sus amigos y esclavos en lo alto de la fortificación. Permanecieron allá arriba tras unos momentos de terror, se abrazaron y

desaparecieron en la noche.

—Estamos demasiado lejos de la puerta —dijo un hombre mayor. Le dolían las recientes heridas, y su genio, nunca del todo sereno, estaba encendido—. Si tienen arqueros en las murallas, ya podemos darnos por muertos.

Los hombres que tenía alrededor iban agachados, atentos como cazadores, escuchando cualquier sonido procedente de la ciudad que tenían debajo. Las murallas más cercanas quedaban a dos estadios de allí. Todos los hombres estaban de pie junto a la cabeza de sus caballos, con ambas manos levantadas, listos para sofocar cualquier relincho.

—¡Silencio! —ordenó el hipereta—. Atentos a las antorchas.

—Ya tendrían que estar aquí —observó uno de ellos.

—Quizá los han interceptado en la muralla —dijo otro.

—¡Callaos de una puta vez!

El susurro del hipereta transmitió más furia que si hubiese gritado.

Se oía un retumbar de pasos en la ciudad baja; demasiado ruido, y nada que hacer al respecto. La madera se golpeó contra la piedra cuando una mujer cerró las persianas de un portazo al asomarse a su balcón para ver qué pasaba.

Respiración ronca, piernas que avanzaban vigorosas, pies que chapoteaban por entre la mojada inmundicia de la ciudad sin importarles el cieno. Escudos que golpeaban espaldas, correas que cortaban el resuello de los hombres y les dejaban magulladuras en los hombros. Ojos que se esforzaban por seguir al hombre que tenían delante, uno tras otro, de modo que la larga hilera serpenteaba como un gusano a través del barrio de los esclavos al que la mayoría de hombres libres sólo acudía para echar un polvo rápido contra la fachada de una casa, a lo sumo. Esta vez no.

La ciudadela, otra muralla de roca que se encumbraba en la oscuridad. Y ninguna soga. Ningún amigo dentro.

Desde luego, eso no era del todo cierto.

La poterna estaba abierta.

Dion percibía que la ciudad estaba inquieta. Esperaba encontrar resistencia. Se alegró. Había llegado la hora de hacer limpieza.

—¡Seguidme, chicos! —ordenó a sus hombres, un cuarto de taxeis de reclutas macedonios novatos, apenas lo bastante profesionales para cerrar una formación. Corría la voz del número de macedonios que habían bajado flotando por el río, pero él hacía oídos sordos. Dion tenía sus órdenes.

Mientras sus hombres de servicio abrían la puerta principal de la ciudadela, se volvió para arengar a quienes tenía detrás.

—Matad a todo el que encontréis en las calles —dijo. Su voz se hacía oír a pesar de la lluvia, de modo que incluso los hombres pegados a las torres de la puerta lo oyeron claramente. Sus rostros habrían servido de modelo para una escultura de las Furias.

A un gesto de su mano, sus pesadas sandalias resonaron en el túnel de acceso a la ciudadela, y la guarnición de Dion bajó trotando a la ciudad baja. El sol salía entre las tinieblas de Oriente. Los hombres podían ver los escudos de quienes tenían delante mientras corrían, transmitiendo amenaza con su pesada carrera.

Un mendigo fue sorprendido en la entrada del ágora, y las entrañas se le derramaron sobre el regazo cuando la espada de Dion lo rajó.

Un par de antorchas se alzaron por encima de la puerta de los delfines como dos estrellas rojas que anuncian la mañana.

Los jinetes montaron en cuestión de segundos, saltando a lomos de sus caballos con la práctica de todo un verano cabalgando sin cesar, sin la menor preocupación por el ruido que pudieran hacer. Después de un mes, la espera había tocado a su fin.

—¡Ahora! —ordenó Kineas.

Bajaron la prolongada colina aldeaña al puerto interior y luego fueron directos a las puertas que los aguardaban abiertas de par en par. Aunque había cadáveres por el suelo, los caballos no se asustaron; ya habían visto cadáveres antes. Los cascos golpeaban el suelo con fuerza, hacían más ruido que la marcha de los hombres de Dion y eran más mortíferos, y allí por donde pasaban sólo dejaban el silencio de la expectación.

En la ciudadela, en cuanto la guarnición cruzó la puerta, los hombres que acechaban pegados a los muros saltaron al patio y masacraron la guardia. Los hombres que saltaban de las murallas habían sido tan novatos como sus víctimas, pero meses atrás, y los peones de granja macedonios murieron resignados como los corderos de un sacrificio. Unos pocos tuvieron tiempo de gritar y uno de ellos intentó alcanzar la puerta. Murió con una pesada lanza negra atravesándole el peto de cuero por la espalda.

Dion limpió su espada con el harapo que el mendigo llevaba por abrigo y condujo a sus hombres hacia el espacio abierto del ágora. Era lo bastante inteligente para no preguntarse por qué estaba vacía, por qué no había ni un solo mercader montando allí

su tenderete; sin duda, los muy cobardes sabían que iría en busca de sangre. Formó a sus hombres en una apretada falange. Aunque sus movimientos ahogaban cualquier otro sonido, algo lo tenía inquieto, y cuando el último hombre ocupó su puesto, Dion ordenó silencio.

Ruido de cascos.

Dion se estaba volviendo para bramar una orden, cuando una lanza se le clavó bajo la axila. La punta le salió a través del cuello y sólo vivió unos segundos, lo suficiente para ver a los lobos que se abalanzaban sobre su falange. Parecían lobos...

—¡Matadlos a todos! —bramó Menón al tiempo que arrancaba su espada de un cadáver.

Kineas había subido con sus hombres por la calle que rodeaba la ciudadela. Seguía esperando una lluvia de flechas o de arena al rojo vivo, pero una antorcha lo saludaba con entusiasmo desde lo alto de la gran torre que coronaba la puerta y, poco después, entró por el túnel que retumbó con el batir de los cascos de su caballo contra los adoquines del suelo. Ya estaba en la ciudadela: más sangre en el patio, una docena de macedonios muertos con la armadura puesta y Filocles y sus veinte lanceros ya en formación frente a los cincuenta celtas de la escolta del tirano que aguardaban al otro lado del patio.

En aquel frío y gris amanecer, Kineas vio al tirano y a su adlátere persa al fondo, sacando a más celtas de sus barracones.

Kineas se volvió hacia Antígono, el hipereta de Eumenes y uno de los jinetes que lo habían acompañado desde el principio. Antígono era un celta galo de nacimiento.

—Diles que se aparten, y aceptaremos sus servicios. De lo contrario, pueden resistirse y morir.

Antígono avanzó en el relativo silencio del patio de palacio. Todos llevaban la resignación escrita en la cara, incluso el tirano.

La ciudadela había caído. El clamor ante el éxito de la escalada de las murallas puso el telón de fondo a la voz de Antígono. La calle del ágora estaba llena de hoplitas de la ciudad que daban caza a lo que quedaba de la guarnición. Los gritos de los mozos macedonios se oían al otro lado del río y la cabeza de Dion ya estaba ensartada en una pica en lo alto de las puertas.

Antígono habló en la lengua celta de sus padres, gesticulando repetidamente hacia los lanceros que tenía detrás y una vez hacia el tirano.

El jefe de los celtas, un hombre alto y delgado con un pesado torque y grandes brazales de oro, dio un paso al frente sosteniendo su pesada espada tracia con ambos puños. Tenía tatuajes azul oscuro que comenzaban en las piernas, desaparecían bajo la túnica y volvían a aparecer a la altura del cuello hasta cubrirle el rostro. Asintió con desenvoltura a Antígono y luego a Kineas.

Cuando habló, su voz parecía triste. Su griego era bueno, aunque tenía un marcado acento.

—Comemos su comida. Aceptamos su dinero. Hemos hecho un juramento. —El fornido celta se encogió de hombros—. Morimos aquí. —Señaló con la espada el patio adoquinado de la ciudadela.

El tirano se rió. Fue una risa amarga. Se puso derecho y dio unos pasos al frente algo borracho, como de costumbre.

—Bueno, hay cosas que merece la pena comprar —soltó desde el cobijo de la última fila de celtas—. Al final, has venido a por mi ciudad —le dijo a Kineas.

Kineas sintió que la ira de los dioses se apoderaba de él. De no haber sido por aquel hombre, Agis y Laertes seguirían con vida, igual que Nicomedes, Ajax y Cleito. Y el rey.

—He venido a por ti, traidor —susurró con voz bronca. El tirano se estremeció.

—Es curioso ver cómo coinciden el interés público y el personal. Me figuro que no puedo ofrecerte oro para que me dejes vivir.

—Lucha conmigo cuerpo a cuerpo —gruñó Kineas—. Si vences, mis hombres te dejarán en libertad.

Hizo avanzar el caballo por la izquierda para ver al tirano con más claridad. Otro jinete lo seguía de cerca.

Era un reto estúpido, y se sintió como un estúpido al asumirlo. Apenas se tenía en pie después de las heridas sufridas en el vado del río Dios y el asalto nocturno. El combate individual era para jóvenes que deseaban ser Aquiles, no para hombres maduros que estaban enamorados.

El tirano echó un vistazo alrededor y rió forzosamente.

—No. No lo creo. Aunque vengas, esta gente me matará como a una vaquilla.

Kineas lo negó moviendo la cabeza.

—Sólo un hombre deshonesto teme la deshonestidad del prójimo —citó.

El tirano escupió:

—Ahórrame tu filosofía. Y el resto de vosotros, ¿tenéis planeado seguirlo a él? ¿Seréis tan leales a él como lo habéis sido conmigo? ¿Eh, Kineas? ¿Estás listo para montar al león?

Kineas se irguió en la silla.

—No tengo intención de hacerme con el control de la ciudad —dijo fríamente. El tirano sonrió.

—Mientes. —Se encogió de hombros—. Pero ¿qué más me da? Tu ignorancia traerá la muerte a todos los hombres que están aquí, pero yo ya habré muerto. Mi papel en esta historia se acaba aquí, ¿no es cierto?

Los hippeis, que pedían a gritos la muerte del tirano, entonaron un cántico. Los celtas prepararon sus escudos.

—¿Mi ignorancia? —preguntó Kineas—. ¿Ignorancia? ¡Lo que ignoro es qué clase de hombre traicionaría a su ciudad entregándola a una guarnición extranjera! Y no he venido aquí a discutir con semejante traidor.

El tirano se puso muy derecho, como un soldado en un desfile militar. Destacaba entre sus celtas.

—¡Escúchame, cabrón aristócrata! —gritó—. El mundo está a punto de irse a la mierda. Cuando Alejandro y Parmenio van a la guerra, ¡escucha! El monstruo ha perdido la cabeza. ¡Necesitamos a Antípatro! Ahora todo se desmoronará; todo lo que hizo el niño rey se vendrá abajo como un tenderete expuesto a una racha de viento; y todos sus lobos se pelearán por el botín. ¿Estás preparado para eso?

Detrás de Kineas, Antígono traducía la conversación. El jefe celta escuchaba pacientemente con la espada al hombro, postura que al parecer podía mantener durante horas.

Detrás de los celtas, en la escalinata del palacio, el administrador persa del tirano sacó un arco, un elegante arco recurvo que resplandecía encerado. Lo elevó hacia Kineas; pero, antes de que tuviera ocasión de disparar, recibió una flecha en el pecho y una segunda en la ingle y cayó al suelo gritando. Sus chillidos rasgaron la humedad matutina e hicieron que los hombres, incluso los más curtidos, se estremecieran. El tirano se volvió para mirar por encima del hombro. Sonrió; una sonrisa enloquecida de calavera. Luego cogió una daga del cinturón del celta que más cerca tenía y la blandió en lo alto como un atleta.

—¡Tu turno, Kineas! —exclamó—. ¡Por todos los dioses, Hama, os libero a ti y a tus hombres de vuestro juramento!

Y, dicho esto, se clavó la daga en el cuello.

Arrimado a Kineas, Ataelo, el escita, azuzó con las rodillas a su caballo y éste se encabritó, retrocediendo y agitando las patas como un boxeador. En su intento por subir a los cielos, se apoyó sobre el cuello del caballo y disparó otras dos flechas por encima de los celtas.

A diferencia del persa, el tirano se desplomó sin emitir sonido alguno.

Antígono habló de nuevo en la gutural lengua celta. El cacique, Hama, dedicó una respetuosa mirada al cadáver retorcido y asintió.

—Creo que vivimos —dijo, y apoyó con cuidado la punta de su espada contra el suelo—. Nuestro juramento muere con él.

Los demás celtas envainaron sus armas o las depositaron con delicadeza sobre el adoquinado mojado.

Filocles se dirigió al cadáver del tirano como Ares reclamando su botín.

—Ha muerto bien —declaró el espartano.

—Así muera yo también —dijo Kineas.

Este ordenó que se formara una guardia para proteger a los celtas antes de que

una turba de sus propios soldados lo alzara sobre un escudo y se lo llevara al ágora. Y mientras la ciudad lo aclamaba pensó en Srayanka, que ya estaría en el mar de hierba, viajando rumbo a Oriente.

Tomar la ciudad había sido la parte fácil. Porque el rey Satrax había muerto, la alianza con los sakje estaba rota, Alejandro el Rey de Reyes se encontraba en el mar de hierba y los viejos dioses del Caos se reían.

El funeral de Cleito fue un gran acontecimiento. Entre la batalla en el vado, la toma de la ciudad y los excesos del tirano, casi cada casa de la ciudad tenía algún muerto que llorar. Los caídos en la gran batalla llevaban tiempo enterrados y el trofeo se alzaba desde entonces al borde de un campo de enemigos insepultos, un lugar maldito para cualquier griego y una idea turbadora; pero los fallecidos seguían estando presentes en la memoria de sus conciudadanos y había que hablar en público para honrarlos.

Cleito, que una vez fue el hiparco de la ciudad y que siguió siendo líder de la facción aristócrata hasta su muerte, permanecía sin enterrar porque el tirano había negado a su familia el derecho a celebrar el funeral. Había temido la reacción popular.

Ahora la silla curul de marfil del tirano estaba en manos de Kineas. Éste no llevaba diadema ni residía en palacio; de ahí que se despertara como de costumbre en el cuartel del hipódromo, donde la silla curul de marfil del tirano permanecía arrimada a una pared a modo de recordatorio o de acusación. Se hallaba en un punto intermedio entre el poder absoluto del tirano y su antiguo rol como hiparco y *strategos*, es decir, comandante militar. Así que ordenó la celebración de un funeral público y fue obedecido.

El ejército llevaba cinco días en la ciudad. En el puerto había barcos atenienses que exigían grano, y las primeras barcazas llenas iban camino del puerto, bajando el río embravecido por la crecida. El mercado de otoño se abría en la explanada que quedaba al norte de la ciudad, si bien aún se tardarían semanas en reunir los cargamentos para los mercaderes atenienses, que poseían los barcos más grandes del mundo. La tercera noche, Kineas había ido a las caballerizas y embridado la yegua geta, a lomos de la cual salió por las puertas en penumbra y dejó atrás todas las granjas hasta llegar al mar de hierba. Cuando amaneció, se sentó en la orilla del mundo de Srayanka y alzó los brazos como un baqca...

A través de las llanuras que se perdían bajo el nuevo sol, pasado el campamento donde Marthax digería el fracaso de sus planes, luego al norte y al este bordeando la bahía del Salmón; ahí estaba ella, levantada al alba, desnuda hasta la cintura, limpiándose los dientes con un palito, y dio un respingo cuando él se le acercó y sonrió...

Se despertó aterido de frío y cansado como un borracho, pero otra vez contento.

La noche siguiente, Kineas soñó con que las tribus de Srayanka cabalgaban por el mar de hierba, y con los muertos, y con el árbol. Intentó apartar esos sueños de su mente. Ansiaba estar lejos, en Oriente.

En el otero al norte del mercado, estaba acampado el pequeño ejército sármata. Esclavos de la ciudad les habían construido cabañas para que se refugiaran de las lluvias del final del verano; sin embargo, la presencia del príncipe Lot a su lado servía para recordarle a Kineas, si es que era preciso recordatorio alguno, que la temporada de navegación tocaba a su fin y que pronto tendría que zarpar, pues aún seguía queriendo marcharse. Cinco días en Olbia habían revelado un sinfín de motivos por los que quedarse. La asamblea se había reunido dos veces y en ambas ocasiones se había levantado para anunciar su partida, pero también en ambas ocasiones había hablado sobre las leyes del tirano que había que revocar y sobre la importancia de restablecer el imperio de la ley.

Al cuarto día, la asamblea lo nombró arconte.

Regresó al cuartel y conversó con Filocles y Diodoro durante horas, y luego se sentó en la silla curul de marfil que había en el ágora y anunció el funeral de Cleito.

El día del funeral prometía ser cálido y soleado, y la procesión comenzó a formarse bajo las estrellas de la madrugada, el primer cielo raso y estrellado que veían desde hacía días. Diodoro y los hippeis se congregaron antes del primer arbol del amanecer en la arena del hipódromo. Tenía buenos oficiales a su mando, hiperetas veteranos, y todos los hombres de las filas habían servido al menos en una batalla; algunos, en tres.

Niceas gruñó:

—No tienen el mismo aspecto que el año pasado.

Kineas se frotó el mentón y, aunque no era un día para risas, sonrió.

—No —confirmó. A medida que se acostumbraba al poder, iba aprendiendo a hablar menos y pensar más—. Desde luego que no.

Niceas gruñó otra vez:

—El tiempo pinta bien. El cielo está despejado.

Detrás de él, los hippeis iban entrando en la formación. Si la mañana de la gran batalla se habían congregado quinientos soldados, menos de cuatrocientos lo harían ese día.

Los supervivientes del cuarto escuadrón de Cleito, ahora al mando de Petroclo, eran los más fuertes. Su unidad se había incorporado tarde a la batalla y participado sólo en la carga final, y pese a estar formada por los hombres de más edad, la experiencia y los buenos caballos los habían mantenido a casi todos con vida.

Pero Nicomedes había muerto; y su hipereta del tercer escuadrón, Ajax de Tomis, yacía en un sudario de lona, bien cosido, listo para embarcar rumbo a Tomis, donde

su padre le daría sepultura. Su escuadrón se había enfrentado solo a la caballería macedonia y casi todos sus hombres acabaron pereciendo. Los supervivientes formaban una fila silenciosa en el segundo escuadrón.

Leuconte había muerto bajo la lluvia y la confusión de la incursión nocturna, y Eumenes, pese a sus tres heridas y la traición de su padre, encabezaba el primer escuadrón al lado de Cliomenedes. El padre de Eumenes, Cleomenes, había desempeñado un papel decisivo en la rendición de la ciudad a los macedonios, bien por buscar su propio beneficio o porque sinceramente creyera que Macedonia prometía un futuro más próspero a la ciudad. Murió en el mar de hierba, no sin haber convertido a su hijo en un hombre rico y sumamente impopular.

Clío era el más joven de sus oficiales, el hijo adolescente de Petroclo, que había comandado el escuadrón durante la angustiada última hora de la gran batalla y se esforzaba en mantener su autoridad pese a su popularidad y evidente coraje. Ambos tenían a sus órdenes a los jinetes más jóvenes, y su escuadrón había conocido el combate más largo, si no el más duro. Los hogares de los ricos, arracimados en torno a la estatua de Apolo, seguían estando llenos de heridos de este escuadrón; de ahí que, por el momento, sólo veinte soldados estuvieran en condiciones de desfilar.

Sólo el segundo escuadrón, a las órdenes de Diodoro y ahora compuesto por todos los jinetes mercenarios, parecía preparado para otro día de batalla. Un verano de campaña había convertido a Diodoro en un buen oficial, y el galo Antígono era el perfecto hipereta: sereno, autoritario y eficiente. Su nombramiento simplificó la integración de la antigua guardia de escolta del tirano, porque hablaba su idioma y podía reclamar ciertos privilegios de nacimiento que impresionaban hasta al mismísimo Hama, su caudillo. Había casi un centenar de celtas, todos ellos jinetes natos. La reciente enemistad no significaba nada para ellos, que otorgaban más importancia a sus interminables tabúes y rituales. Un oficial griego no tardaría en acabar harto de ellos. Antígono no tenía ese problema. Pero, por razones políticas, sólo Hama y una decena de sus celtas cabalgarían con el segundo escuadrón en el desfile. El resto permanecía en sus barracones. Aquél era un desfile de vencedores.

También estaba Herón. Aquel joven tan alto no era menos desgarbado en la silla que caminando por la hierba, e incluso el más alto de los caballos de batalla capturados era demasiado pequeño para él. Su escuadrón, hombres de la ciudad vecina de Pantecapaeum, que en realidad no estaban al mando de Kineas, también habían participado en la desesperada defensa de Nicomedes en el flanco izquierdo del ejército. Habían tenido más suerte y podían contar cincuenta sillas llenas. Pero la suya había sido una amarga victoria. Ahora eran exiliados. La victoria en la gran batalla había otorgado poderes a la facción democrática de su ciudad, y el escuadrón de hombres ricos, aristócratas hasta el último soldado, ya no era bien recibido en casa.

Kineas y Diodoro habían sido víctimas de un caso semejante. Sabían lo mucho que dolía el exilio: conocían la humillación y el sinfín de desaires que los ciudadanos imponían a los hombres sin estado. Pero Herón era un tipo difícil que se anclaba en su rencor, desdeñando cualquier intento por mejorar su suerte, y sus hombres seguían su ejemplo. Permanecían con Kineas porque, en su mayoría, no tenían adonde ir.

Por último, formados en el extremo izquierdo de la línea de hippeis, estaban los veinte sakje de Ataelo, la mitad de ellos mujeres. Lucían extrañas combinaciones de armaduras sakje y griegas, montaban caballos caros e iban cubiertos de oro. Resultaban exóticos y peligrosos, y participarían en el desfile pese a las protestas de ciertas facciones de la ciudad, igual que los sármatas.

Todos los supervivientes habían sacado provecho de la batalla, haciéndose con lo mejor de los caballos de combate y las armaduras macedonios. El día de la batalla, los caballos macedonios estaban famélicos y cansados, pero un mes en las praderas, incluso bajo la lluvia, les había devuelto parte de su espíritu, y cinco días de acceso a los graneros de la ciudad se tradujeron en que hasta el último hombre fuera montado como un príncipe.

Diodoro fue al encuentro de Kineas a medio galope y lo saludó con decisión, llevándose el puño al peto. Kineas le correspondió.

—Ha dejado de llover —observó Diodoro. Sonrió; sus angulosas facciones y pecosas mejillas irradiaban placer. Disfrutaba mandando, y el futuro le preocupaba menos que a Kineas—. Quizás haya esperanza, después de todo —agregó—. La verdad es que tienes muy buen aspecto.

—¿Por qué demonios estás tan contento? —preguntó Kineas.

—Estoy harto de la lluvia. Y Coeno se encuentra mejor. Anoche le bajó la fiebre. Y comió. —Diodoro se echó el yelmo hacia atrás y el pelo rojizo le asomó a la frente—. Tienes que verle. Es un regalo de los dioses.

El humor de Kineas mejoró de inmediato. Coeno, uno de sus más viejos amigos, uno de sus mejores hombres, había sido dado por muerto.

De modo que Kineas tuvo un aspecto diferente cuando ocupó su lugar al frente de los hippeis y los condujo a las calles, a través de las puertas de la ciudad y por el linde del mercado hasta el lugar donde los sacerdotes de Apolo aguardaban con la falange, todos los hombres de la ciudad. Había sitios vacíos en la falange, igual que entre los hippeis; pero, con el ánimo renovado, Kineas se alegró al ver que en las filas también había hombres que habían regresado a la ciudad en los carromatos de los heridos.

Cada mañana, dos o tres heridos se probaban la armadura y, o bien volvían vencidos a sus camastros, o bien se abrían paso entre una niebla de mareo y debilidad para asistir a la asamblea de tropas. Los restablecimientos habían alcanzado su apogeo. Kineas, que visitaba a los heridos dos veces al día, abrigaba pocas esperanzas

para los hombres que seguían perdiendo peso o cuyas heridas seguían provocándoles fiebre.

Sitalkes, el chico geta, era uno de ellos. Coeno había sido otro, con heridas leves que de pronto se habían infectado, pues llevaba postrado desde que el ejército dejara a Marthax. Si él se había recobrado, aún había esperanza para los demás.

El movimiento en el campamento sármata lo sacó de su ensimismamiento. El príncipe Lot iba montado a lomos de una yegua macedonia. Saludó a Kineas con el brazo y éste le correspondió. Un vistazo por encima del hombro le bastó para saber que Menón aún tardaría un rato en tener a la falange en orden.

Apretó las rodillas contra su caballo de combate macedonio y cabalgó a medio galope por la hierba segada, sufriendo dolores atroces en la cadera con el ritmo de los cascos de su corcel sin nombre.

Lot le dio la bienvenida alzando el puño.

—¡La lluvia cesa! —exclamó en griego. Señaló el cielo a espaldas de Kineas, donde se veían nubes azul oscuro en el horizonte oriental que parecían el vidriado de una costosa vasija.

—La lluvia cesa —confirmó Kineas. Los sármatas habían luchado en todas las acciones que había dirigido Kineas. La superioridad de su armadura y su destreza para el combate había mantenido a muchos de ellos con vida a pesar de la paliza recibida, y la mayor parte de sus sillas estarían ocupadas si formaran. Su yeguada, reforzada por su parte del botín macedonio y geta, constaba de casi mil caballos que guardaban por turnos muchachas bien armadas y que estaban dejando sin grano a los granjeros de Olbia, otro problema al que Kineas se tenía que enfrentar.

—La lluvia cesa y el suelo vuelve a ser duro —constató Lot—. El suelo duro hace bueno el camino hacia el este. —El príncipe sármata se arrimó a Kineas—. Necesito cabalgar; necesito estar en casa.

Kineas se pasó al sakje, idioma en el que se expresaba con poca naturalidad pero que Lot manejaba con fluidez.

—Al menos un mes hasta que cabalguemos, primo —dijo.

Kineas había adoptado la costumbre de dirigirse a los grandes jefes tribales como primos, mayores o más jóvenes según dictaran la edad y el rango.

Lot tenía un magnífico, aunque bárbaro, bigote rubio, y con la mano derecha solía separárselo y enrollar las puntas, hábito que a veces los hombres imitaban a sus espaldas.

—Necesito cabalgar —repitió en sakje—. Mi sobrino me preocupa.

Kineas se encogió de hombros.

—¿Sobrino? —preguntó, tratando de adivinar a cuál de los numerosos sármatas o incluso sakje consideraría su sobrino.

—El hijo de la hermana de mi esposa. Mi heredero. Me preocupa. —Lot dirigió la

mirada hacia el mar de hierba como si pudiera verlo cabalgando en la distancia—. Nunca pensé estar fuera tanto tiempo. —Parecía apesadumbrado—. No sabía que el mar de hierba fuera tan extenso.

Kineas levantó una mano para hacerlo callar. Lot había cumplido con creces para alcanzar la victoria en el vado del río Dios. Desde aquel día, no había dejado de insistir a los sakje y a los griegos en que lo siguieran al este, donde su tribu y las demás de la confederación masageta, los sakje orientales, estaban siendo hostigados por Alejandro. Y los cinco días de espera en Olbia le estaban poniendo los nervios de punta.

—¡Paciencia! —aconsejó Kineas—. Hoy lloramos a nuestros muertos.

Lot inclinó la cabeza. Luego hizo una seña a sus nobles, que salieron en fila hacia la columna. Niceas les había guardado sitio; eran extranjeros, pero también aliados, y junto con el pequeño escuadrón de prodromoi de Ataelo representaban a todo el reino de los sakje del mar de hierba.

Un reino que quizás ahora fuese enemigo de Olbia. Kineas sacudió la cabeza para despejarse, porque aquél era día de luto y la política tendría que esperar.

Eladio, ahora sumo sacerdote de Apolo, fue a su encuentro. Eladio era un sacerdote anciano y muy conservador, pero se había mantenido firme en la falange. Menón había reparado en que el viejo loco había finalizado la batalla en primera línea.

—¿Encabezarás la procesión? —preguntó Eladio.

Kineas negó con la cabeza.

—No. Retomaremos las costumbres de la ciudad anteriores a la llegada del tirano. Delante irán los sacerdotes de Apolo, seguidos por los hippeis, los aliados y la falange, y luego el cuerpo de Cleito y su guardia de honor. Yo cabalgaré con ellos.

Eladio asintió.

—El dios te sonríe, arconte —dijo—. He interpretado los augurios para ti durante todo el verano, y digo que eres querido por todos los dioses, por Apolo y Atenea más que por ningún otro.

Kineas evitó, por bien poco, contestar con cinismo. El orgullo desmedido nunca era bien recibido, y Eladio no era un mojigato. Al menos, no del todo.

—¡Gracias! —repuso Kineas con prudencia.

El cortejo fúnebre salió a su hora porque el ejército llevaba un verano entero de campaña a sus espaldas. Los sacerdotes cantaron, y la falange oyó la melodía y cantó con ellos, escandalizando a los sacerdotes más jóvenes que no habían servido en el ejército. Y luego, cuando la procesión traspasó las puertas, Eladio entonó el pean, y todos los soldados se le unieron, miles de gargantas esforzándose para alabar a Apolo, el mismo cántico que había templado sus nervios en los últimos segundos antes de la carga macedonia. Delfines de oro se alzaban a ambos lados de la puerta, el

templo de Apolo era visible al final de la larga avenida de los dioses y el pean seguía elevándose a los cielos con su letra de reverencia y victoria. Kineas se sintió incapaz de cantar, porque el llanto le había hecho un nudo en la garganta, y cuando se volvió para ver la columna vio que muchos hombres lloraban abiertamente mientras cantaban; sin embargo, la fuerza del pean crecía como si todas las voces que faltaban también estuvieran allí, y por un momento la distinción entre el mundo y... *el mundo se desdibujó y Kineas oyó a Ajax a su lado, su voz pura llena de orgullo, y la más áspera de Nicomedes también resonaba en su oído, y la de Agis, que reverenciaba al dios, y a muchos otros.*

Cuando el panegírico terminó, había tantos hombres llorando que parecía que el propio dios padeciera. El templo devolvía el eco de sus lamentos a través del ágora, sonido que magnificaban los hombres demasiado heridos para desfilarse pero formados en filas ordenadas a los pies de la escalinata del templo, y también las mujeres, madres y hermanas y amantes y esposas.

Los soldados de caballería que portaban las cenizas de Cleito subieron la escalinata y las depositaron donde Kineas y Petroclo habían colocado una estatua de bronce de Niké procedente de la casa de Nicomedes. Los sacerdotes celebraron el oficio divino en el templo y bendijeron al pueblo y la ciudad, y entonces Eladio levantó los brazos y se volvió hacia Kineas.

Kineas desmontó de su corcel macedonio y subió la escalinata, el muslo le escocía a cada paso que daba, haciendo que el ascenso resultase lento y doloroso. Se detuvo bajo la estatua de Niké, de modo que las alas quedaron sobre su cabeza, y se volvió hacia el gentío.

—Hablo a la ciudad entera, a los ciudadanos y a las esposas y a las madres y a los granjeros y a los herreros y a los griegos y a los sindones e incluso a los esclavos —dijo. Un año de hablar en público había pulido su estilo, y la ocasión le brindó un silencio sepulcral.

»Nada de lo que yo pueda decir hará más grandes a los muertos a los ojos de los dioses —prosiguió Kineas—. Cleito, que dio su vida para salvarnos del tirano, fracasó porque era un hombre solo. Pero todos los caídos juntos retiraron al macedonio del campo de batalla y lo mataron. Y todos juntos acabaron con el tirano y liberaron la ciudad. Todos los muertos se sacrificaron por igual para lograr el triunfo de la ciudad.

Paseó la mirada por el ágora y tuvo la sensación de estar viendo a muchos hombres que habían fallecido, y tal vez incluso a algunos que aún no habían nacido.

—Cuando nos enfrentamos a Zoprionte en la batalla, ningún hombre se arrojó. Los sakje resistieron y los griegos resistieron. Los hippeis resistieron y los hoplitas resistieron. Los ciudadanos y los mercenarios resistieron juntos. De hecho, también los esclavos se mantuvieron firmes, y hoy esta ciudad tiene doscientos hombres libres más porque, como esclavos, no se acobardaron.

»La virtud, la libertad y la confianza son cosas que atañen a todos los hombres, no sólo a unos pocos políticos o a unos pocos soldados —agregó—. Te voy a reprender, Olbia, a plena vista de todos los dioses. Dejaste que un puñado de hombres dictara tus leyes y pagara a otro puñado de hombres para guardar tus murallas, y esos pocos se convirtieron en tus gobernantes. ¡Políticos y mercenarios! —bramó Kineas, y las paredes devolvieron el eco de sus palabras.

»Cleito murió para derrocar al tirano —prosiguió—, y fracasó porque era un hombre solo, asesinado por su voz. Nosotros nos metimos en un baño de sangre para detener a Macedonia; sí, y perdimos a cientos de los mejores hombres de esta ciudad en la flor de la vida. Pero a nuestro regreso derrocamos al tirano en una hora gracias a un millar de manos dispuestas a ayudarnos a entrar en la ciudad y en la ciudadela. ¡No permitáis que esta lección caiga en el olvido, ciudadanos de Olbia! ¡Mujeres de Olbia! ¡Esclavos de Olbia! ¡En vuestras manos tenéis las llaves de la ciudad y las llaves de vuestras cadenas!

«Cadenas, cadenas, cadenas», repitió el eco.

—Si Cleito hubiese vivido, ahora sería arconte —concluyó Kineas—. Era un hombre honesto, un orador convincente y un legislador cualificado. Pero está muerto. —Kineas hizo una pausa y luego señaló a otra Niké, también de casa de Nicomedes, a su lado en la escalinata—. De haber vivido, también Nicomedes podría haber sido arconte. Deseaba el puesto con toda su ambición y tenía talento para llevar a la ciudad a la grandeza. Pero cayó en la batalla.

Kineas miró a la multitud, donde algunos hombres gritaban como si les hubieran pagado para ello:

—¡Pues llévanos tú!

Kineas negó con la cabeza.

—He actuado como arconte durante unos días para ocuparme de que se diera sepultura a los caídos y se aprobaran buenas leyes. Pero no seré tirano. Y si me quedo, o yo mismo me convertiré en vuestro señor, o vosotros me haréis tomar el poder. Tengo que ir al este a luchar contra Macedonia para conservar la libertad que acabáis de ganar. Nuestros aliados de las llanuras siguen necesitando nuestra ayuda, y voy a reunirme con ellos. Cuando regrese, seréis un estado fuerte, con una asamblea libre, y daré mi voto y rezongaré cuando mi moción sea derrotada, y beberé vino en una taberna renegando porque mi bando haya tenido menos voces.

Luego refirió la historia de la campaña, desde que corrieran los primeros rumores a propósito de Zoprionte hasta que la asamblea votó ir a la guerra, pasando por la batalla contra los getas y concluyendo con la última de ellas; un relato largo que le dejó la voz ronca cuando llegó al final. Mencionó a tantos caídos como pudo, desde el joven Kyros, que había sido un gran atleta, el primero en caer en combate, hasta Sático de los Cíclopes, fallecido en el patio del palacio del tirano. Pronunció sus

nombres y relató sus hazañas hasta que la muchedumbre lloró otra vez ante tan elevado número de caídos. Y mientras hablaba, el sol ascendió hasta lo más alto del cielo.

Cuando se calló, Eladio saludó al disco del sol y todo el pueblo aplaudió entusiasmado para entonar, acto seguido:

*Comienzo cantando a Deméter,
la diosa de cabellos brillantes,
y a Perséfone, su hija, también blanca
y de finos tobillos. El Hades se la llevó,
Zeus se la dio a su hermano,
el clarividente Señor del Trueno.*

Cantaron el himno hasta el final y luego otro a Apolo con el sol de lleno en sus caras. Y entonces Kineas levantó los brazos pidiendo silencio y convocó la asamblea para el día siguiente. Hizo una reverencia ante los símbolos de las tumbas de Cleito y Nicomedes como si ambos hombres estuvieran allí con él, y luego bajó renqueante la escalinata del templo, montó en su caballo y se marchó.

Aquella noche, Kineas soñó otra vez con la columna de los muertos, y de nuevo un amigo muerto vomitó arena; en esta ocasión lo hizo Graco, un amigo de la infancia que llevaba mucho tiempo fallecido. Pero el tono del sueño cambió y le dio menos miedo. Y luego se le apareció una mujer.

—He venido a ofrecerte una elección —dijo. Tenía la piel blanca de una diosa y se parecía a su madre; o a otra mujer a quien conocía tan bien como a su madre.

Kineas le sonrió en el sueño porque era un sueño muy griego, un bienvenido alivio que poco tenía que ver con la angustia del árbol, los animales totémicos y los extranjeros que habían infestado sus sueños desde que llegó a las llanuras. Iba vestida con una prenda muy peculiar, una falda acampanada y una chaqueta ceñida que le dejaba los pechos al descubierto. Kineas había visto una vez a una sacerdotisa ataviada de esa guisa, y también estatuas antiguas.

—Plantea tu elección, Diosa —instó Kineas.

La mujer se rió cuando la llamó diosa.

—Si te quedas aquí, serás rey. Gobernarás con atino y prudencia, y tu ciudad será la más rica del círculo de los mares.

Kineas asintió.

—Si viajas al este, tu vida será corta... —prosiguió la mujer. Kineas la

interrumpió sin querer.

—¿Esta es la elección de Aquiles? —preguntó—. ¿Si voy al este, tendré una vida corta pero gloriosa? ¿Y el mundo entero conocerá mi nombre?

La mujer sonrió, y fue una sonrisa agorera de esas que aterraban a los hombres.

—No me interrumpas —le advirtió—. El orgullo desmedido tiene muchas formas.

Kineas guardó silencio.

—Si vas al este, tu vida será corta y sólo tus amigos y tus enemigos conocerán tu nombre —precisó la mujer.

Kineas asintió:

—Parece una elección fácil.

La diosa sonrió. Le dio un beso en la frente...

Al despertar, reflexionó sobre el significado del primer sueño; un sueño real, de eso estaba seguro. Necesitaba a Kam Baqca para interpretarlo, pero se le ocurrió que Eladio no era tan tonto como a veces pretendía. El segundo sueño no precisaba interpretación.

Kineas se levantó, notando aún el beso de la diosa en la frente y con una sensación de bienestar, un ánimo muy distinto del que tenía el día anterior. El sol brillaba en la arena del hipódromo. Y al fondo del pabellón, Sitalkes estaba incorporado en la cama y Coeno pidió un libro, y el humor en el cuartel cambió como si el sol hubiese penetrado en su interior. De hecho, Kineas se preguntó si los hombres eran seres más simples de lo que él suponía para que un día de sol pudiera cambiar en tal medida su estado de ánimo o bastara para curar a hombres heridos que habían abandonado toda esperanza y se habían vuelto de cara a la pared, aguardando la muerte. Los hombres se recobraban en la ciudadela y en sus hogares, como si la caricia del sol transmitiera la curación del Señor del Arco Plateado.

Kineas tenía prevista una reunión matinal con los capitanes atenienses en calidad de arconte en funciones, pero mucho antes de eso se puso su segunda mejor túnica y una clámide ligera y salió del cuartel a solas. Compró un zumo de frutas en un tenderete del ágora, comió un pastelito de semillas ante el puesto de un joyero, adquirió un bello anillo de oro para Srayanka y subió la escalinata del templo de Apolo justo cuando terminaba la plegaria matutina al sol.

Kineas aguardó a que el último cantante hubiera salido hacia el vestuario antes de abordar al sacerdote, y le sorprendió ver a una muchacha sakje desfilando con las doncellas.

El sacerdote guardaba sus vestiduras, examinaba la fina lana en busca de manchas mientras la iba doblando.

—Eladio —dijo Kineas—. El Señor del Arco Plateado ha visto oportuno devolvernos el sol.

Eladio asintió.

—Mi señor oculta su ira.

Kineas arqueó una ceja.

—¿Ira?

Eladio se encogió de hombros.

—¿Quién conoce los designios de los dioses? —preguntó—. Pero me imagino que mi señor no estaba complacido con los cuerpos sin enterrar en el vado del río Dios y ocultó el sol, tal como el Señor de los Caballos envió sus aguas para que cubrieran a los muertos en el vado.

Kineas asintió lentamente. Su madre y sus tíos habían sido creyentes; en todo veían la mano de los dioses.

—Quizá sea como dices —admitió.

—O no —replicó Eladio—. No peco de orgullo desmedido. ¿A qué debo el honor de que asistas a mi plegaria matutina?

—¿Quién es la muchacha sakje? —inquirió Kineas.

—Su padre era sacerdote; un gran profeta, aun siendo bárbaro. Su hija siempre es bienvenida.

Eladio sonrió a la muchacha que ya se marchaba.

—¿Conocías a Kam Baqca? —se sorprendió Kineas.

—¡Por supuesto! —exclamó Eladio—. Viajaba mucho. Pasó el invierno aquí en varias ocasiones.

Tomó a Kineas del brazo y lo condujo hacia el interior del templo.

—Siempre pienso en Kam Baqca como en una mujer —comentó Kineas.

—Nosotros le conocimos antes de que hiciera ese sacrificio —dijo Eladio, y acto seguido meneó la cabeza—. No creo que hayas venido a hablar de chamanismo bárbaro, por interesante que sea.

—Tengo un sueño —contestó Kineas.

—Tienes sueños poderosos, arconte. En realidad, me fijé cuando los sakje te trataron como a un sacerdote. —Eladio se volvió y comenzó a caminar hacia el jardín del templo—. Ven, demos un paseo.

Kineas se colocó a su lado.

—Sí. Los dioses siempre han estimado conveniente enviarme sueños poderosos.

Eladio asintió.

—Es un gran don. Percibo la voluntad de los dioses para contigo, y es fuerte. No necesito ser sacerdote para decirte que el interés de los dioses no siempre es una bendición. —Esbozó una sonrisa—. Los poetas y los dramaturgos siempre han estado de acuerdo en este punto.

Kineas se detuvo y miró al sacerdote como si lo viera por primera vez. Eladio era cualquier cosa menos humilde, y la ironía que acababa de mostrar no era propia de su

personaje público.

Eladio enarcó una ceja.

—¿Recibes algo más que sueños, arconte? ¿Percibes la voluntad de los dioses estando despierto? ¿O las voces de los muertos?

Kineas se mesó la barba.

—¿Haces que la cabeza me dé vueltas, sacerdote! —Dejó vagar la vista por la quietud del templo—. No sé cómo responder a esto, no soy consciente de recibir otros mensajes de los dioses. Pero tal vez no les preste la debida atención. Dime a qué te refieres.

Eladio se rascó el mentón.

—Escucha, arconte. Tienes poderes sacerdotales. Los he visto en muchas partes; es bastante común entre los medos. No todos los hombres con poderes sacerdotales devienen en sacerdotes. ¿Conoces todas las clases de adivinación?

Kineas negó con la cabeza. Se sentía como un colegial. Su tutor le había enseñado cosas sobre adivinación.

—Hay tres clases, me parece recordar —respondió.

—¿Tu tutor era seguidor de Platón? Espero que no fuese pitagórico. Hay tantas clases de adivinación como pájaros en el cielo, pero te resumiré las tres principales para que puedas estar alerta. —La voz de Eladio asumió un tono profesional—: Mi padre me enseñó que existen tres clases de adivinación. Está la adivinación natural; la voluntad de los dioses revelada en el vuelo de los pájaros, por ejemplo. Yo la practico a diario. O tal vez en las entrañas de un sacrificio, como el que llevé a cabo para ti en el campo. ¿Recuerdas? Luego está la adivinación oracular; la voluntad de los dioses transmitida directamente a través de un oráculo. Esta puede ser difícil de interpretar: versos, palabras arcaicas; a menudo parecen no tener sentido o dejan a quien escucha más confundido con el enigma de lo que estaba con la pregunta. Y por último está la adivinación de los sueños; la voluntad de los dioses susurrada a través de las puertas de asta en nuestras mentes durmientes. —Eladio se encogió de hombros—. Los muertos también pueden hablar sirviéndose de cualquiera de estos canales; o, mejor dicho, podemos adivinar lo que dicen. Por ejemplo, existe el *kledon*, en el que un dios, o un muerto, pueden hablar en boca de un transeúnte, o incluso a través de una muchedumbre, para que un sacerdote pueda oír el discurso del dios manifestándose al azar. —Sonrió—. Me temo que empiezo a ponerme pedante. Cuéntame qué has soñado.

Kineas le contó el sueño sobre sus amigos muertos.

Eladio meneó la cabeza.

—Rara vez he tenido un sueño tan poderoso —observó un tanto irritado—. No me extraña que los bárbaros te traten como si fueras sacerdote. ¿Y lo has soñado dos veces?

Kineas asintió.

—O más.

Eladio arrugó la frente.

—¿Más?

Kineas miró hacia otro lado, como si de repente le interesaran más los mosaicos del dios que cubrían las paredes interiores del jardín del templo. No quería decir a Eladio que había tenido el sueño a diario desde la noche en que habían atacado a Srayanka.

Eladio se frotó las manos.

—Me parece posible —dijo con prudencia— que los muertos de la gran batalla quieran ser enterrados. Y que hablen por boca de tu viejo amigo.

Kineas estuvo de acuerdo.

—Lo suponía. Pero no puedo organizar el entierro de diez mil cadáveres, ni aun poniendo a trabajar a todos los esclavos de esta ciudad. Y hoy me ha parecido que Kleistenes me ofrecía un regalo; bastaba con que yo tuviera la inteligencia para tomarlo.

Eladio asintió:

—Mi primera interpretación es la obvia. Lamento decir que no puedo descartarla sólo porque su consecución sea imposible; los dioses hacen grandes peticiones. Por otra parte, tu idea a propósito del regalo es interesante. Rezaré por ti; te aguardo a última hora del día.

Kineas hizo una reverencia.

—Gracias por tu ayuda, Eladio.

El sacerdote le acompañó hasta lo alto de la escalinata.

—El antiguo arconte nunca vino al templo sin cincuenta soldados y un montón de pergaminos con nuevas órdenes e impuestos —dijo—. Ojalá te quedaras.

Kineas negó con la cabeza.

—Hablabas en serio, Eladio. Todo iría bien al principio, pero en cuestión de un año me erigiría en rey o me exigiríais que lo hiciera.

Eladio se quedó en lo alto de la escalinata, sus pálidas vestiduras azules ondeando al viento de agosto.

—¿Puedo darte un consejo, mi señor? —preguntó Eladio, y entonces, ante su ademán de asentimiento, prosiguió—: En hombres como tú, esto suele ir a más. Las voces vienen más a menudo, y los muertos no te dejan en paz.

Se encogió de hombros, como si le avergonzara tener que admitirlo.

—¿Qué puedo hacer? —preguntó Kineas.

Eladio meneó la cabeza.

—Obedece la voluntad de los dioses —respondió.

Kineas asintió lentamente.

—Lo hago, en la medida de lo posible.

—Por eso habrías sido un gran rey para nosotros —dijo Eladio. Aguardó a que Kineas estuviera en mitad de la escalinata, a la altura de la estela de Nicomedes—. ¡Los dioses te aman! —sentenció, levantando la voz para que lo oyeran todos cuantos hombres hubiera en el mercado, a los pies de la escalinata del templo.

Kineas dejó que una sonrisa asomara a sus labios. No contestó abiertamente. A media voz, le susurró a la estela de Nicomedes:

—Los dioses también amaban a Edipo. —Negó con la cabeza mirando a Eladio y, sin dirigirse a nadie en concreto, murmuró—: Y mirad cómo terminó.

Su primera reunión oficial de la mañana fue con los capitanes atenienses. Desplegó la silla curul de marfil y la llevó a las gradas del hipódromo para ver el entrenamiento matutino mientras atendía a los capitanes, y Niceas y Filocles se apostaron uno a cada lado de él. El almirante de la flota aliada, Demóstrate, oriundo de Pantecapaeum, era un rico mercader, antiguo pirata y hombre clave de la alianza que había derrotado a Macedonia. Y al igual que Kineas, sabía que la guerra no había terminado.

Los capitanes atenienses se mostraban cautos y sumamente respetuosos, cosa que lo hizo sonreír.

—Arconte —comenzó Cleandro, su portavoz—, que todos los dioses bendigan tu casa y tu ciudad.

Cleandro conocía a Kineas de toda la vida; habían compartido tutor en su más tierna infancia. Pero optó por fingir ignorarlo, bien fuera por respeto o por temor.

Kineas inclinó la cabeza, sintiéndose como un impostor o un comediante.

—Bienvenidos a Olbia, caballeros —saludó—. Que Apolo y Atenea y todos los dioses bendigan vuestra empresa y el viaje de regreso a casa.

Intercambiaron cumplidos, religiosos y de otras clases, durante varios minutos, hasta que finalmente Cleandro entró en materia.

—Sabemos lo dura que ha sido la guerra para tu ciudad —dijo con prudencia.

Kineas se tocó la mandíbula.

—Sí —dijo.

Cleandro echó un vistazo a sus compañeros. Eran hombres poderosos, los capitanes de los barcos de grano de Atenas, con grandes inversiones en sus cargamentos aunque ninguno de ellos fuera propietario.

—Queremos preguntar, con el debido respeto, si se reunirán cargamentos suficientes para llenar nuestros barcos antes de que termine la temporada de navegación.

Cleandro lanzó una breve mirada furtiva a la ciudadela que se alzaba a espaldas de Kineas. «¿Tienes suficiente grano para alimentar a Atenas?» Ésa era la verdadera pregunta.

Kineas asintió.

—La guerra ha ralentizado el flujo de grano desde el mar de hierba —contestó Kineas—. Muchos granjeros tuvieron que abandonar sus tierras cuando los macedonios avanzaron. Y los aliados necesitaban grano para alimentar a su ejército y a los caballos de los sakje. —Esta indirecta, poco más que una mera mención de la

alianza entre las ciudades euxinas y los sakje, causó cierto revuelo entre los capitanes atenienses—. Pese a ello, estoy convencido de que enviarán suficiente grano para llenar vuestras bodegas. La cosecha principal no llegará a puerto hasta dentro de un mes. Habréis constatado con vuestros propios ojos que la guerra no llegó hasta aquí; que nuestros campos están llenos de grano a ambas márgenes del río hacia al norte, hasta donde un barco puede flotar. El grano que ahora llega al mercado es de la cosecha del último otoño, cuya venta se vio interrumpida por tormentas tempranas y rumores de guerra. Irá llegando despacio, pero ese goteo pasará a ser un verdadero torrente tras la festividad de Deméter.

Demóstrate carraspeó y, cuando le prestaron atención, sonrió.

—Todo el grano del Borístenes vendrá a Olbia —dijo—. Y mi ciudad, Pantecapaeum, tendrá todo el grano del norte que se transporta por el río Tanais hasta la bahía del Salmón. Ahora mismo estamos reuniendo nuestros cargamentos.

Cleandro sonrió, lo mismo que otros capitanes.

—Ésas sí que son buenas noticias. Pero un mes es mucho tiempo para que nuestros barcos permanezcan amarrados en puerto. ¿Podrías organizar un envío más rápido del grano? En años precedentes, hemos llenado las naves antes de la festividad de Deméter.

Su tono daba a entender que, para la flota de grano de Atenas, ningún favor era demasiado pequeño.

Kineas miró de hito en hito a Cleandro.

—No —respondió—. Ahora mismo no hay grano suficiente para llenar vuestros barcos.

Cleandro abrió las palmas de las manos.

—Arconte, no somos idiotas. En estos momentos, tu ciudad vende grano a los bárbaros que hay acampados al norte del mercado: aliados de guerra. Y tú mismo compras grano. Envíalos a casa y déjanos comprar el grano. Atenas necesita el grano ahora mismo.

Esta vez fue Kineas quien sonrió.

—No —insistió—. Lo siento, Cleandro, pero creo saber mejor que tú cuáles son las necesidades de Atenas. Atenas necesita un aliado fuerte y fiable en el Euxino, y necesita que alguien mantenga a raya a Alejandro para que no se cierna sobre el mar de hierba con la consiguiente amenaza para el comercio oriental. Y mi ejército tiene que comer.

—Pero nuestros barcos están inactivos —protestó Cleandro—. Tal vez —y sonrió como un hombre de mundo—... tal vez preferirías vendernos parte de tus propias reservas de grano... Llevas semanas comprando.

Kineas hizo como si reflexionara un momento.

—Ese grano es de la ciudad, no mío. O, mejor dicho, es del ejército, adquirido

tras la venta de parte del botín de nuestra victoria.

—Y que ahora podrías vendernos sacando un beneficio —insistió Cleandro.

—Sólo que necesito ese grano para alimentar al ejército —repuso Kineas.

—El ejército está en casa —dijo Cleandro—. La necesidad de grano ya pasó.

Kineas frunció el ceño. Fue un gesto deliberado, hecho con intención de amedrentar, cosa que consiguió. Todos los capitanes atenienses dieron un paso atrás.

—Corres peligro de decirme cómo debo manejar mis asuntos —dijo Kineas—. Necesito ese grano. Y —hizo una pausa para llamar la atención—... necesito vuestros barcos.

Cleandro se atragantó.

Kineas sonrió y se puso de pie.

—Cleandro. No seas tonto. Nací y me crié en Atenas, y nunca le haría daño a ella ni a su flota de grano.

Cleandro sonrió con picardía.

—Sabía quién eras antes de zarpar de Atenas —soltó. Se encogió de hombros—. Tus raíces atenienses quizá sólo sirvan para hacer de ti un tirano peor. Piensa en Alcibíades. —Metió la mano bajo su manto y sacó un pergamino—. Tengo una carta para ti.

Kineas frunció el ceño.

—¿De Licurgo? —preguntó. Fue su facción, y la de Demóstenes, la que lo había enviado al exilio y había dispuesto que entrara al servicio de Olbia.

Cleandro negó con la cabeza.

—De Focionte —respondió. Focionte era el más grande militar vivo de Atenas. Como general, había vencido a Filipo de Macedonia, Tebas, Esparta; era uno de los mejores soldados del mundo. Y era amigo de Alejandro. Kineas había aprendido el manejo de la espada con él.

Cogió la carta casi con reverencia.

Cleandro se rió.

—Tu padre y Focionte eran líderes de la facción que favorecía a Alejandro —dijo—. ¡Figúrate! ¡Y ahora tú has aniquilado un ejército macedonio!

Kineas se encogió de hombros.

—Focionte luchó contra Filipo, y eran amigos merced a los rituales de hospitalidad —dijo Kineas. Cleandro sonrió con ironía.

—¿Qué diría Polieuctas?

Kineas sonrió abiertamente. Su tutor Polieuctas, discípulo de Platón, nunca se cansaba de insistir sobre los males de un poder macedonio sin restricciones y sobre la traición de Alcibíades. Pese a ser un hombre venal que aceptaba demasiados sobornos, había sido un buen maestro y un político hábil.

—Pienso en él constantemente —confesó Kineas.

—¡Y decir que te dábamos por muerto! —exclamó Cleandro.

—¡Bah! No tan muerto —dijo Kineas, y se abrazaron—. Ahora que ya parezco menos un tirano extranjero, quizás os avendríaís a alquilarme vuestros barcos por un mes —propuso—. Tengo mucho oro macedonio a mi disposición.

Bosquejó su propuesta y los capitanes atenienses comenzaron a regatear. Kineas les ofrecía un buen dineral por su tiempo, dineral que se sumaría al de sus cargamentos; ellos, por su parte, veían más margen de beneficio y el riesgo para sus naves era real.

Cleandro solicitó una reducción de los aranceles portuarios, pero Kineas no daba su brazo a torcer. El arancel sobre el grano era la principal fuente de ingresos de la ciudad, sin embargo la posibilidad de hacerse con grandes cargamentos de la más pura salsa de pescado en la bahía del Salmón y la garantía de ser escoltados por el navarco de Pantecapaeum acabaron cerrando el trato. Cleandro tendió la mano y todos se la estrecharon.

—Detesto transportar caballos —dijo Cleandro, y los demás capitanes se mostraron de acuerdo.

—A mí me preocupa la profundidad del agua en la entrada del lago Meotis —soltó otro.

—Caballeros —interrumpió Kineas, levantándose de su silla de marfil—, éstos son problemas profesionales y cuento con que los resolváis. ¿Estamos de acuerdo?

Cleandro se encogió de hombros.

—Sabes cómo conseguir lo que quieres; se nota que eres ateniense.

Kineas soltó una carcajada y los capitanes se retiraron. Luego miró sonriente a Diodoro, quien correspondió a su sonrisa.

—Ganas el premio de déspota benevolente —dijo Diodoro—. Interpretado a la perfección. Te conseguiré una máscara y podrás hacer el papel de tirano en el teatro.

—Me conformaré con una copa de vino —repuso Kineas.

Su segunda reunión oficial de la mañana fue con León, el antiguo esclavo de Nicomedes. León lo aguardaba en el pórtico del cuartel, apoyado contra una de las columnas de madera tallada, observando el regateo de los capitanes atenienses. De hecho, mientras aguardaba, había entrado a probar la sopa que hervía a fuego lento en el hogar, le había añadido un pellizco de especias y había cepillado la clámide de Kineas antes de colgarla pulcramente en el perchero de la armadura. De vez en cuando, Kineas intercambiaba una mirada con él a modo de disculpa, pero León siempre sonreía irónicamente y se buscaba otra tarea para entretener la espera.

Cuando Diodoro llevó una copa de vino a Kineas y se fue a supervisar la instrucción de la caballería, León por fin se le acercó.

—Arconte —dijo—. Te saludo.

Kineas se levantó de la silla curul de marfil y le estrechó la mano.

—¡Liberto León! —saludó Kineas—. ¡Ciudadano, si ayer no entendí mal en la asamblea!

La asamblea había dado el paso de otorgar la ciudadanía a los doscientos libertos del ejército, gesto que no se debió tanto a un arrebato de patriotismo como a reconocer que los huecos en la falange y la vida económica de la ciudad debían rellenarse de inmediato.

León sonrió. Iba vestido con una elegante túnica, una buena pieza de lana con una fina cenefa verde en el dobladillo. Era una prenda valiosa, aunque ya la tenía cuando era esclavo.

—Nicomedes me legó la mitad de su fortuna —dijo sin más preámbulos.

Kineas apoyó una mano en las anchas espaldas del africano.

—¡Bienvenido a los hippeis! —exclamó—. ¿Sabes montar?

León lo miró a los ojos.

—La otra mitad te la legó a ti —agregó—. En caso de que Ajax falleciera.

—¡Oh! —se sorprendió Kineas—. Vaya.

León le entregó un pergamino.

—Tenemos que dividir sus bienes entre nosotros. —León apartó la vista un momento antes de añadir—: Reúno los requisitos para ingresar en los hippeis. Y con creces. Y sí, sé montar. —Pese a la seriedad del asunto, sonrió—. En realidad, todos los nubios saben montar. —Su sonrisa se convirtió en mueca—. No puedo hacerme cargo de sus negocios. Sus relaciones comerciales se basaban en su red de amistades; hombres que le debían favores, hombres que deseaban su patrocinio. Yo heredo su dinero, pero no su poder.

Kineas aún estaba digiriendo la impresión de la riqueza repentina.

—Debes de ser muy rico —comentó Kineas. León le lanzó una mirada mientras comenzaba a sacar brillo a un casco que alguien había dejado encima de un banco.

—Somos muy ricos —puntualizó León.

—Debía de quererte mucho —señaló Kineas.

León removié los hombros como si le incomodara un manto.

—Podría decir lo mismo de ti —replicó el nubio.

—Él amaba a Ajax —dijo Kineas.

En el exterior, Diodoro y Niceas se gritaban mutuamente por algo relacionado con los caballos. Filocles se abrió paso a través de ellos. Ataviado con un simple quitón de lino y capa, un sombrero de paja de ala ancha y una cartera de rollos al hombro, parecía un filósofo. Sólo la anchura de sus espaldas y los desmesurados músculos de sus brazos permitían vislumbrar el monstruo en que se transformaba al combatir.

—Me hizo esclavo —dijo León, y la voz le tembló por vez primera—. Y ahora

me ha hecho rico.

Filocles cruzó el suelo del cuartel hasta el pesado cántaro que siempre estaba lleno de vino barato y se sirvió un vaso. Luego sirvió otro más y salió a la arena del hipódromo para llevárselo a León.

—Tienes pinta de necesitarlo —observó—. Me he enterado de tu buena fortuna en el ágora. De la de ambos. Hay una buena dosis de... resentimiento. —Se encogió de hombros—. Pero no es universal.

—Quiero marcharme de Olbia —confesó León—. Lamento importunarte, arconte. —Bebió un sorbo de vino, lanzó una mirada a Filocles y siguió mirando a Kineas—. Tenía que informarte, señor.

Filocles acercó una banqueta e invitó a León a sentarse.

—Bebe tu vino tranquilo. El arconte puede dedicarte algo de tiempo. Al fin y al cabo, eres uno de sus hombres.

Kineas seguía esforzándose por asimilar las riquezas que de pronto había heredado. La crisis personal de León casi le resultaba más llevadera.

—Dice que sabe montar —Kineas le comentó a Filocles, y se dio cuenta de lo intrascendente que era aquello después de lo que León acababa de revelar.

—Quiero marcharme —insistió León—. No puedo quedarme aquí, en su casa, con sus clientes y sus relaciones. —Se encogió de hombros—. No es la vida que deseo.

—¿Y qué es lo que deseas? —preguntó Filocles. Acercó otra banqueta y se sentó.

Kineas contemplaba un tapiz mientras trataba de estimar el valor de la riqueza de Nicomedes, preguntándose qué haría con ella. La reacción de León era comprensible, ningún hombre quiere ser esclavo, y era evidente que León no era hijo de esclavos, pero a Kineas le costaba comprender la poca sensibilidad del nubio. Nunca se había vestido de luto, nunca se mostraba alicaído, y Nicomedes había sido un hombre muy popular.

—Quiero ir a Oriente contigo, con el ejército —dijo León—. A cambio, ayudaré a sufragar los costes. —A Kineas le dijo—: Antes de que me apresaran y me hicieran esclavo, era guerrero. —Sonrió titubeante—: Y tal vez en Oriente pueda establecer mis propios contactos comerciales. —Le cambió la cara, como por un mal recuerdo—. O encontrar... una vida.

Kineas se sirvió un vaso de vino y lo apuró. Luego repuso:

—León, contribuiste a salvar mi ejército. Siempre estaré en deuda contigo. ¿Por qué me preguntas? Claro que puedes acompañar al ejército; ahora te cuentas entre los hippeis. Probablemente posees más caballos que un sakje —concluyó, encogiéndose de hombros.

A León le temblaban los labios. Le asomaban lágrimas a los ojos, y Kineas se volvió hacia otra parte para ahorrarle el apuro.

Filocles estrechó los hombros del antiguo esclavo.

—Di lo que tengas que decir, León —le instó.

León se irguió y meneó la cabeza.

—No. No soy un pelele.

Filocles apuró su vaso de vino.

—¿Qué edad tienes? —preguntó.

—Unos veinte —contestó León.

—No hay nada vergonzoso en pedir protección. Kineas, presta atención. León necesita tu ayuda, pero es demasiado orgulloso para pedirla.

—Igual que algunos espartanos que he conocido —repuso Kineas.

—Es una epidemia que hace estragos entre los griegos —convino Filocles—. Lástima que se haya extendido hasta África. —Dio una palmada a León—. Di lo que tengas que decir, muchacho.

León inspiró profundamente.

—El abogado de Nicomedes quiere que divida el patrimonio. Creo que tiene intención de estafarme. Como antiguo esclavo, no tengo amigos, ni esclavos ni libres. Tú eres un hombre justo. —Lanzó una mirada a Filocles—. Igual que tus amigos. —Hizo una pausa—. Lo he estado meditando. Quiero ir al este. Y quiero que mi fortuna se quede aquí, pero que no desaparezca. Quiero ser ciudadano cuando regrese. Si mantenemos los bienes en común, tu nombre y el mío unidos, ningún hombre nos robará. Y se lo pensará dos veces antes de asesinarme.

Kineas nunca había sido admirador de la esclavitud en ninguna de sus formas pero, aun siendo comedida, la explicación de León, a saber, que abandonado a su suerte perdería su fortuna y tal vez la vida, ponía de manifiesto hasta qué punto la esclavitud despojaba a un hombre de su dignidad y sus derechos.

—¿Asesinarte? —preguntó Kineas sorprendido—. Continuamente se liberan esclavos que se vuelven ricos.

Filocles resopló como un caballo de batalla:

—No, mi crédulo amigo ateniense. La gente dice que continuamente se liberan esclavos y que se vuelven ricos. Tales esclavos se supone que son la causa de la mala política y devienen en el blanco de los comediantes; ahora bien, ¿alguna vez has conocido alguno?

—Thais era esclava antes de convertirse en hetaira —contestó Kineas. Meneó la cabeza—. De acuerdo, mensaje recibido. —Miró a León—. Ya sabía yo que me repugnaba la esclavitud. Muy bien, ¿en verdad se proponen asesinarlo?

—Demóstenes, el sobrino de Nicomedes, lo estaba comentando hace un rato en el ágora —dijo Filocles. Miró muy serio a Kineas, que supo interpretar su mirada.

—Muy bien —repitió Kineas. Sentía cierta ira, la clase de sentimiento que le sobrevinía cuando lo engañaban en el ágora o le mentían sobre la frescura de un

pescado. Se levantó y estrechó la mano de León—. Filocles ha sido abogado. Dejemos que redacte un documento de alianza. Creo recordar que se te dan bien las matemáticas.

León inclinó la cabeza.

—En efecto. Y lo mío me ha costado —dijo.

—Ayúdame a confeccionar un *logistikon* para este pequeño ejército —propuso Kineas—. Y luego podrás ayudarme a gastar parte de nuestro dinero. —Apoyó una mano en el hombro del muchacho—. Bienvenido a mi Estado Mayor.

La tercera reunión fue la más dura en todos los sentidos; más aún por ser tan inesperada. León estaba absorto en un rollo de números y Filocles había ido a guardar las obras que había adquirido en el mercado cuando Sitalkes, todavía renqueante por culpa de su herida, se asomó a la puerta del despacho privado de Kineas, donde el arconte estaba sentado consultando un montón de pergaminos.

—Ha venido un caballero a verte —dijo. Estaba asustado, o quizá sumamente conmovido.

Kineas vio a Arni, otro esclavo liberto, detrás de Sitalkes. Se levantó, pero el hombre que entró lo pilló desprevenido.

—¡Isocles! —exclamó. Isocles era el padre de Ajax. Ajax, que estaba muerto, su cuerpo envuelto en lino, embalsamado. Que había caído sirviendo a Kineas, luchando por Olbia, un héroe.

El buen hombre tenía el rostro demacrado a causa de la aflicción.

—Kineas. —Se quedó callado un momento en el umbral—. Mi hijo ha muerto.

Sus palabras se apagaron, e Isocles dio un paso al frente, abrazó a Kineas y lloró.

Niceas, que también había querido a Ajax, se llevó al padre de allí y dejó a Kineas en paz para que leyera la carta de su héroe de la infancia.

Focionte de Atenas a Kineas, hijo de Nicocles, saluda: El destino, que te asignó el papel de soldado de Macedonia y luego el de exiliado, ahora te ha encumbrado. Nos llegan informes de tu generalato en Olbia y de que venciste a las fuerzas que Antípatro envió a conquistar las ciudades del Euxino.

Aquí hay estúpidos que parlotean sobre una guerra contra Macedonia. La idea de que Atenas es una potencia mundial no se olvida fácilmente, y los hombres, sean jóvenes o viejos, se engañan a sí mismos sobre el poder de su ciudad incluso cuando les cito el ejemplo de Tebas.

Te escribo no como suplicante ni como amigo de Macedonia, aunque podría encajar en ambos papeles. Te escribo como el hombre que te enseñó el manejo de la espada. El partido antimacedonio te reivindica como si fueses una posesión suya, su

esclavo, y se atribuye todas tus acciones como propias. Te pediré que reúnas a tu ejército y que marches sobre Tracia contra Antípatro.

Cuando te exiliaron y te enviaron a Olbia, fuiste una herramienta, una espada. Pero ahora que eres comandante, eres también el hombre que empuña la espada. Cuidado con lo que cortas.

Por favor, transmite mis saludos al joven Graco, a Laertes, hijo de Talo, a Diodoro, hijo de Glauco, y a Coeno el Nisayo.

Kineas leyó la carta de Focionte con placer, porque podía oír sus gruñidos al pronunciar las palabras en voz alta y veía que en el pergamino había palabras borradas y otras añadidas con esmero. Focionte era el más grande soldado ateniense de su generación, quizá de todos los tiempos, y uno de los más íntimos amigos y aliados políticos de su padre.

El segundo rollo era de Licurgo, o mejor dicho, de un escriba a su servicio. No contenía saludo ni fórmula de encabezamiento.

Tu exilio se levantará de inmediato. Considera la restitución de Anfípolis tu próximo cometido, y Atenas será grande otra vez.

Anfípolis era una colonia griega en Tracia que Macedonia había tomado hacía tiempo. La reconquista de Anfípolis, una vieja ambición de la asamblea ateniense, exigiría el derrocamiento absoluto de Macedonia como potencia. Kineas hizo una mueca.

Diodoro entró desde el campo de maniobras tocándose una magulladura del brazo.

—Ares es mi testigo, necesito más tiempo para curarme. El joven Clío acaba de derribarme en la palestra.

—El verano ha musculado al chico, y tú te estás haciendo mayor —sentenció Kineas.

Diodoro hizo un gesto de dolor.

—Esto te aliviará el escozor —dijo Kineas, pasándole la carta de Focionte. Diodoro la leyó mientras bebía vino, luego se sentó y volvió a beber.

—No puede ser que ya esté enterado de la batalla —comentó Diodoro.

Kineas le pasó el otro mensaje.

—El viaje por río desde el campo de batalla a esta ciudad no es tan largo —señaló—. Y tampoco hasta Atenas por mar, en un barco rápido.

Diodoro meneó la cabeza. Comenzó a leer.

Kineas se mesó la barba.

—Aquí hay algo que se me escapa —dijo por fin—. ¿Anfípolis? ¿Se han vuelto locos?

Diodoro dejó el segundo rollo.

—Sí —afirmó—. Me temo que Demóstenes y Licurgo están tan ansiosos por restaurar su partido que son capaces de cualquier cosa. Y nosotros no les costamos nada. Pueden tirarnos como si fuésemos dados sin pagar ningún coste político. —Diodoro miró el pergamino otra vez—. ¿Han levantado todas las órdenes de exilio o sólo la tuya?

—Las de todos —contestó Kineas—. ¡Pobre Laertes!

—Habría hecho cualquier cosa para ganar la estimación del viejo Focionte —dijo Diodoro. Y acto seguido sonrió—. Igual que yo.

Kineas asintió.

—He pensado que eso te haría sentir mejor.

—No vas a llevarnos a combatir a Tracia, ¿verdad? —preguntó Diodoro.

Kineas negó con la cabeza.

—Me voy al este —repuso—. Y, si reúno los hombres y el dinero suficiente, me llevaré un ejército.

Diodoro cogió la carta de Focionte y se la señaló a Kineas.

—¿Contra Alejandro?

Kineas entrecerró los ojos, como resguardándolos de un sol invisible.

—Contra Alejandro —corroboró. Y entonces, dado que él y Diodoro estaban más unidos que la mayoría de hermanos, sonrió y le dijo—: ¡Al Hades con Alejandro! Quiero a Srayanka, y para conservarla aplastaré a la invencible Macedonia. Juro que tomaré por asalto el Olimpo.

Diodoro sonrió y le dio una palmada en la rodilla.

—Ya lo sabíamos —replicó, y esquivó el puñetazo de Kineas.

La honda aflicción de Isocles no se pasó en un día. Kineas envió a los prodromoi a buscar los mejores lugares donde desembarcar en la bahía del Salmón, y el pobre hombre seguía apenado. Kineas emprendió la compleja tarea de trasladar tropas y caballos por barco, enviando grano y dinero a los lugares elegidos, e Isocles seguía entristecido. Iba de un lado a otro del cuartel con desgana, hasta que León lo instaló en casa de Nicomedes, ahora domicilio de Kineas. Cada día acudía al cuartel y se sentaba con los veteranos a escuchar relatos sobre su hijo; relatos que todos los hombres contaban de buena gana. Ajax y su implacable heroísmo ya formaban parte de la tradición de la compañía. El chico se había criado con el embriagador vino del Poeta, y las hazañas de Aquiles le habían hecho hervir la sangre. Había dejado una estela de combates singulares y brillantes proezas a lo largo de aquel sangriento

verano, y su padre los oyó todos, adornados por el paso del tiempo hasta tal punto que Ajax parecía destinado a ocupar un lugar entre los héroes de la *Ilíada*, lugar que le asignaba hasta el último jinete de los hippeis.

Sin embargo, tras haber pasado tres días escuchando alabanzas a su hijo y bebiendo vino, Isocles se abrió paso hasta donde estaba Kineas rodeado de su Estado Mayor, leyendo listas de bienes para embarcar con su pequeño ejército, y explotó como un nido de avispas arrojado contra el suelo.

—¡No tenía por qué ser un héroe! —gritó Isocles sin preámbulos.

Diodoro se puso de pie de un salto; Isocles tenía los andares y el aspecto de un loco, los ojos se le salían de las órbitas y empuñaba una espada.

Kineas puso una mano en el brazo derecho de su amigo.

—Es la aflicción —le dijo a Diodoro.

Isocles estaba chillando, la espada prácticamente olvidada mientras daba empujones para acercarse a Kineas.

—¡Era joven y guapo! ¡Era bien amado, despierto en los negocios! Te lo confié un verano, para quitarle la insensatez de la cabeza, y ahora está muerto. ¡Muerto para siempre! ¡Muerto en una guerra que no era de su incumbencia!

Niceas lo agarró por detrás, sujetándole los brazos, pero Isocles se revolvió y casi logró zafarse, lo cual no era nada fácil. Filocles quiso cogerlo por la cintura, pero Isocles le dio un codazo en la cara y le rompió la nariz, que comenzó a chorrear sangre.

—¡Lo mataste! ¡Todos vosotros lo matasteis con vuestra cháchara de gloria y honor!

Isocles escupió las palabras «gloria» y «honor» como si fueran veneno.

Kineas pensó en contestar razonadamente. Hacía más de un año, durante un agradable simposio en Tomis, había advertido a Isocles que su hijo podía morir. Pero Isocles no atendía a razones. Y, aunque Kineas tenía una dilatada experiencia en ver morir a quienes amaba y seguir adelante, la muerte del joven Ajax también le había afectado; tanto era así, que rara vez pasaba ante el cuarto donde yacía su cuerpo amortajado sin tocarlo o derramar una lágrima.

—Todos le queríamos —susurró Kineas a media voz.

—Si le hubieseis querido, no estaría muerto. —Isocles se detuvo en medio de la habitación, con Niceas sujetándole los brazos y Filocles, su rostro una máscara de sangre, agarrándolo resueltamente por la cintura—. Lo utilizaste por su heroísmo, igual que otros hombres usan a una prostituta por su sexo.

Lloró amargamente.

Aquella acusación hirió al arconte en lo más hondo. El implacable heroísmo de Ajax había sido un fundamento del *daimon* de los hippeis.

Kineas guardó silencio. No tenía respuesta para la aflicción de Isocles, y percibía

la justicia de sus acusaciones. Nunca había querido llevarse a Ajax, pero sí había querido la juventud y el entusiasmo del chico, porque su compañía era grata y le levantaba la moral.

Isocles había dejado de forcejear. Estaba plantado en medio del barracón, llorando.

—Todos referís historias sobre su heroísmo. Podría haber muerto en cualquiera de ellas. Os regocijabais en ello; os distanciabais y contemplabais cómo se arrojaba en brazos de la muerte.

Niceas estaba pegado a la oreja de Isocles; le sujetaba los brazos desde detrás.

—Tu hijo era un gran hombre —dijo—, pero tú eres un jodido idiota. —Inspiró profundamente. Isocles ya no oponía resistencia—. Cada día decíamos a tu hijo que mantuviera la cabeza gacha y que dejara de tentar a los dioses. —La voz se le quebró y también se puso a llorar—. ¿Cuántas veces? —gritó Niceas, sacudiendo al padre—. ¿Cuántas veces le dije que se cubriera la espalda y no abandonara su sitio en la línea?

—La noche anterior a la gran batalla —explicó Filocles, con las consonantes nasales tan rotas como su nariz—, Kineas le dijo que se dejara de chiquilladas y se comportara como un adulto.

León, que había conocido al muchacho en otro aspecto, habló con la vacilación propia de un antiguo esclavo.

—Mi amo, Nicomedes, le pidió muchas veces que tuviera cuidado.

—Si Nicomedes estuviera vivo, lo mataría —gruñó Isocles—. Sobre él pesa la mayor responsabilidad de todas.

Filocles, que también había llevado los laureles de un héroe militar, se puso en pie.

—Brilló intensamente con luz propia —dijo—. Brilló por su virtud y su honor y murió joven, y por siempre estará con los dioses.

Isocles dirigió unos ojos cuerdos y atormentados hacia él, las órbitas blancas como estelas en el rojo de su tez.

—Guárdate tu filosofía, espartano. Está muerto. Podría haber vivido y brillado con la misma intensidad cultivando trigo y criando hijos bajo el sol.

Filocles asintió.

—O quizá lo habría lisiado una enfermedad o un accidente. O quizá se habría ahogado en un barco. Eligió su camino, Isocles, y a pesar de tu aflicción, eres injusto con quienes fuimos sus amigos. Eligió la manera en que quería vivir y morir; más que la mayoría de hombres, casi como un dios. Yo lo honro. —Filocles se encogió de hombros—. Adoraba la guerra, que es algo estúpido y terrible para adorarlo y que le mostró su verdadero rostro destruyéndolo.

Isocles y Filocles estaban frente a frente, muy cerca, el uno derramando lágrimas de sus ojos enrojecidos y el otro aún sangrando por la nariz de tal modo que parecía

estar llorando lágrimas de sangre.

Entonces Isocles se dejó caer entre los brazos de Filocles.

Y lloraron juntos.

Después de la profunda pena, la parte más dura fue decidir quién iría y quién se quedaría. Muchos ciudadanos, la mayoría de los hippeis, tenían poco interés en proseguir la campaña. Siendo hombres ricos, habían visto más guerra de lo que jamás esperaron. Al igual que la mayoría de veteranos, pocos de ellos querían volver a combatir. En cuanto a los oficiales, todos eran hombres importantes o jóvenes a punto de ascender como resultado de su servicio militar. La campaña contra Alejandro no añadiría ningún mérito a sus laureles civiles, y a sus padres tampoco les apetecía verlos marchar. De hecho, la asamblea había votado a favor de autorizar la expedición sólo como tributo a los servicios prestados por Kineas a la ciudad, y no fueron pocos quienes se levantaron para pronunciarse en contra de ella, encabezados por Alceo, que se la tenía jurada a Kineas por la disciplina impuesta durante la campaña. Por primera vez en meses se aludió a Kineas como aventurero y mercenario, acusaciones a las que respondió levantándose para renunciar en público al arconazgo. La ciudad exigió que se enviara un ejército «a abrir rutas comerciales en el este», pero los hombres que iban a ir llamaban a las cosas por su nombre.

—Vamos a luchar contra Alejandro —decían en el ágora.

Al final, la expedición contó con la renuente autorización de la ciudad, y luego con la de Pantecapaeum, ciudad hermana de Olbia, sita más al este.

Entre los hijos más jóvenes, había bastantes que estaban dispuestos a seguir a Kineas adondequiera que fuera, y todos los soldados profesionales de Kineas se alegraban de partir; servir como soldado era su oficio, y no era probable que fuera a haber otro conflicto en la zona de Olbia en un futuro inmediato. Junto con el grano, por el río llegaban desde las llanuras rumores que daban a entender que Marthax ya no tenía tropa alguna sobre el terreno y que todos los caciques habían regresado a sus feudos para ocuparse de sus granjeros y sus cosechas, tal como Filocles había predicho. También corría la voz de que Macedonia estaba en guerra contra Esparta y, por consiguiente, no disponía de hombres para vengar a Zoprionte.

Lo mejor de todo, a ojos de la asamblea, era que Kineas tuviera previsto llevarse consigo a los celtas. Que siguieran con vida era un tema espinoso para los elementos más democráticos de la ciudad, puesto que durante más de cinco años habían sido la herramienta de opresión del tirano. Muchos consideraban que deberían haberlos masacrado con la guarnición macedonia. Su presencia en el hipódromo era más pasto para Alceo y sus nuevos aliados: hombres corpulentos, entre ellos galos e incluso germánicos, que infundían miedo a griegos y sindones.

Ahora los trescientos hombres de Menón, los primeros mercenarios que el tirano

había contratado, eran todos ciudadanos; pero ciudadanos sin oficio ni beneficio. Menón seguía al mando de la falange y había dicho a Kineas en privado que prefería quedarse en la ciudad, aunque no tenía inconveniente en permitir que su lugarteniente Licurgo o cualquier otro de sus hombres se alistaran para la expedición a Oriente. Los mercenarios habían sido contratados para oprimir a la población, y luego permanecieron para endurecer a los novatos de la ciudad. Pero los hombres de la ciudad ya eran todos veteranos y los mercenarios tenían poco que hacer y nadie a quien oprimir.

Y, por supuesto, algunos de los ciudadanos más pobres, o que estaban al borde de la pobreza, veían la expedición como la oportunidad de tener una paga regular y una vida a la que se habían acostumbrado durante el verano.

Kineas había visto todo aquello con anterioridad, a lo largo de toda su vida. La guerra engendraba guerra, y los hombres que habían saboreado la victoria y el saqueo optaban por la vida de soldado, ansiosos por conseguir más dinero fácil, olvidando con indiferencia las noches bajo la lluvia, el dolor de las heridas y el miedo incesante.

Al final reunió a trescientos jinetes «griegos» al mando de Diodoro, bien montados e instruidos, una fuerza mejor que cualquier escuadrón de mercenarios bajo la bóveda de los cielos, con los celtas y todos los exiliados de Herón en las filas. También contaba con otros trescientos soldados de infantería, todos ellos hoplitas, al mando de Licurgo, y con Filocles, que aunque rehusó tener graduación, aceptó un papel impreciso. El botín de Macedonia permitió a Kineas proporcionarles mulas a todos, y las riquezas de Nicomedes le permitieron imaginar que podría alimentarlos.

También contaba con cincuenta sindones, los supervivientes de la compañía que Temerix había formado y todavía comandaba. Eran psiloi, armados con arcos sakje y pesadas hachas, hombres tatuados que no temían a nada y buscaban la muerte y servían como avanzadilla de la falange.

Luego estaban el príncipe Lot y los sármatas, doscientos caballeros con las armaduras más pesadas de la estepa.

En total, con la inevitable cola que todo ejército arrastraba, tenía casi mil bocas que alimentar y más de dos mil animales que trasladar. Sólo una flota mercante ateniense tenía la capacidad de transportar tantos efectivos y el alimento para abastecerlos, incluso para una semana. Por suerte, tenía una a mano. Todavía le preocupaban el alimento y el forraje para la marcha, y pese a disponer de unos cuantos baúles de oro y de gran cantidad de plata, sabía que llegaría un momento en que se vería obligado a confiscar alimentos para continuar, perspectiva que lo asustaba.

Ya había enviado a Ataelo con sus exploradores y una docena de sármatas en una galera a localizar posibles campamentos a orillas de la bahía del Salmón y a buscar una ruta tierra adentro. Antes de que la asamblea se reuniera, envió a Eumenes con

Arni y una docena de jinetes celtas a visitar Pantecapaeum y Gorgipia en la costa este del Euxino e incluso Dioskurias, al sur, en barco, con órdenes para comprar ganado y hacer que lo enviaran a la bahía del Salmón. De todos modos, Eumenes debía ausentarse de la ciudad; las facciones políticas pedían su sangre por la traición de su padre, o eso se decía. Cada día que pasaba en Olbia le dolía más, y su presencia se usaba políticamente contra Kineas, pues ya había quien iba a por él.

Había días en que se preguntaba por qué se marchaba y por qué conducía a mil hombres al mismo destino. Según la noción que los griegos tenían del poder, era rico y poderoso. Podía ser tirano. Podía ser rey.

Y la muerte le aguardaba en el este.

Pero Srayanka, también. Y empezaba a hartarse de las críticas de la asamblea.

Sólo habían transcurrido dos meses desde la batalla del vado del río Dios, y la asamblea ya había retomado sus tradicionales discusiones; la unanimidad del principio del verano se había disipado junto con la amenaza de Macedonia. Como Kineas ya había renunciado al título de arconte y a la posibilidad de ser tirano, peces más pequeños comenzaban a rondar la silla curul de marfil, en busca de poder. Así se lo contó Kineas a Filocles.

—Peces, dices —respondió Filocles. Estaban sentados juntos en la asamblea, reunida en el hipódromo por su aforo y porque el equilibrio de poder en la ciudad se había alejado de la ciudadela—. Más bien, buitres.

Demóstenes, el sobrino de Nicomedes, había llevado a cabo, de la noche a la mañana, la acrobacia política de dejar de ser un aristócrata esnob que utilizaba su posición para eludir el servicio militar, para transformarse en un verdadero demócrata empeñado en devolver plenos poderes a la asamblea. El hecho de que hubiese eludido servir con los hippeis y no hubiese entrado en acción en todo el verano seguía molestando a muchos en la asamblea, pero la memoria política era breve y Demóstenes prometía actuar en una serie de frentes que agradarían a los votantes, los hombres de la falange. Y, cuando Alceo denunció a Kineas por su antidemocrática actitud de dar cobijo a los celtas y al «hijo traidor de Cleomenes», fue Demóstenes quien se puso de pie en medio de los abucheos para brindarle su apoyo.

Una de sus primeras propuestas fue que la expedición de Kineas al este se postergara hasta que éste hubiera saldado sus cuentas con la ciudad. La propuesta fue recibida con silbidos cuando la presentó por vez primera, pero en la tercera reunión de la asamblea ya había pasado suficiente vino por los labios de todos para que la idea pareciera tener cierta validez.

Kineas pasó el resto del día muerto de vergüenza ajena. La resolución para pedirle cuentas había fracasado por un amplio margen, pero no había sido abucheada.

—¡Por Ares y Afrodita! —exclamó Kineas al tirar su manto sobre la cama—.

¿Cuentas? ¿Qué cuentas?

Filocles sonrió, mesándose la barba.

—Me imagino que el honorable Demóstenes sabe de sobra que no llevamos las cuentas.

Diodoro entró llevando del brazo a su hetaira, que se hacía llamar Safo. Era una mujer elegante de treinta años, con buena osamenta, la nariz larga y un aire imperioso que no dejaba traslucir su sentido del humor ni su educación. Diodoro había contratado los servicios de la hetaira con su botín de la batalla, y parecía satisfecho con el intercambio.

—¿Mal día en la asamblea? —preguntó Diodoro. Las pecas le brillaron al sonreír.

—¿Por qué no piden cuentas a la ciudadela? —repuso Kineas con una voz lastimera que sus hombres no le habían oído jamás.

Diodoro se encogió de hombros.

—Demóstenes no quiere ver las cuentas. Quiere tomaros a ti y a tu expedición como rehenes hasta que le des algo a cambio.

Kineas se sirvió vino de una jarra y se lo bebió de un trago, fulminándolos a todos con la mirada.

—¿La herencia de su tío, tal vez? —preguntó Safo. Arqueó las cejas depiladas—. ¿Alguien me serviría una copa de vino?

—¡Vaya, qué idiota! —exclamó Kineas, cayendo en la cuenta—. ¡Pues claro que se trata de eso!

Filocles lo miró como si tuviera dos cabezas. Diodoro ladeó la suya como un perro que examina un hueso particularmente bueno.

Kineas negó con la cabeza.

—No, no lo había pillado —confesó.

Diodoro meneó la cabeza.

—A veces pienso que tenemos suerte de que decidieras no ser tirano.

Kineas se sentía disgustado por no haber acertado a ver tan simple estratagema.

—He tenido muchas cosas en mente estas últimas semanas. —La excusa sonó débil, incluso para él—. ¿Podrá convencer a la asamblea?

Diodoro resopló y Filocles se hizo eco.

—Si sigues yendo de un lado a otro con la cabeza en las nubes, mostrándote dolido y guardando silencio, pues sí, sospecho que finalmente convencerá a la asamblea. Por otra parte —arguyó Diodoro—, si gastamos unas cuantas lechuzas de plata en vino para los votantes y empezamos a recordarles que Demóstenes es un cobarde y un presuntuoso, lo más probable es que pierda terreno. ¡Qué diablos! ¡Pero si todos sirvieron con Alceo! Recordarán que es un idiota sin que debamos insistir.

Filocles meneó la cabeza.

—Demóstenes no cederá terreno sin más. Ya ha clavado las garras en el

patrocinio político del traidor Cleomenes, y ha heredado a muchos de los clientes de Nicomedes aunque no haya obtenido el dinero. —Filocles hizo una pausa—. Tampoco es que esté en contra de lo que aquí nuestro zorro sugiere. Cuando Ulises dice que hay que templar las lanzas al fuego, los meros mortales no se niegan a encender una hoguera.

Safo bebía su vino, contemplándolos. Kineas apenas la conocía. Diodoro se la había presentado y de vez en cuando se sentaba en una silla durante sus simposios y cantaba o tocaba la cítara, pero que fuera inteligente sólo lo sospechaba. Oriunda de Tebas, vendida como esclava por Alejandro, era silenciosa, y su buen humor podía verse interrumpido por súbitos arrebatos de profunda desdicha. Pero algo en el modo de mirarlos cobijada tras su copa de vino insinuaba inteligencia.

—¿Algo que sugerir, Despoina? —preguntó Kineas.

Ella negó con la cabeza.

—No estoy en mi terreno —dijo Safo con cautela.

Diodoro se aproximó y la cogió por el codo.

—Safo es más sabia que cualquier mujer que yo haya conocido; antes de que la esclavizaran, era la hija de un beotarca de Tebas y la hermana de otro.

Filocles sonrió.

—Yo soy de Esparta, donde las mujeres dan su opinión y los hombres escuchan —observó.

Safo levantó la cabeza, dando las gracias a Filocles con una sonrisa.

—Sea, pues —dijo—. Demóstenes tiene ayuda. Y dinero. Bolsillos más hondos que los tuyos, señor, aun con el dinero que Nicomedes te legó y con tu parte del botín. Y busca impedir la expedición porque alguien que lo respalda no quiere que salga. —Safo miró atentamente a Kineas, y el peso de sus ojos hicieron que éste pensara en las mujeres escitas. No recordaba a una sola mujer griega que le sostuviera la mirada de aquella manera—. Tengo motivos para odiar a Alejandro, y haré cuanto esté en mi mano por verlo morir ahogado en sangre y maldiciendo a los dioses. Si puedo ser de ayuda contra una babosa como Demóstenes, ruego me mandéis.

Kineas se frotó el mentón.

—De modo que, si gastamos dinero en comprar votos, él gastará más.

Safo se encogió de hombros.

—Me parece que es mejor jugador de lo que pensáis; al menos, su amo lo es. Creo que lo que busca es provocarte. No cuenta con ganar esta mano, aunque le gustaría. Probablemente quiere que emprendas esa expedición; mientras permanezcas aquí, él no tendrá ningún poder. Pero eso le bastará para poner en marcha una campaña con miras a desacreditarte, y podrá usarla contra Petroclo y su hijo Clío cuando tú te marches. —Safo arqueó una ceja depilada—. ¿Me equivoco al suponer que te propones otorgar el poder a Petroclo y su hijo durante tu ausencia?

Diodoro asintió. Kineas reparó en que, aunque Safo parecía tener más que decir, Diodoro la interrumpía sin pensárselo dos veces. Kineas vio la nube que ensombreció los rasgos de Safo cuando Diodoro tomó la palabra.

—¡Sí! —exclamó éste—. Al margen de lo que piense Safo, y estoy convencido de que sabe lo que dice, Demóstenes es la clase de hombre que Pericles consideraba un «idiota». Sólo mira por sí mismo. Busca tu descrédito de modo que, mientras tú estés ausente, él pueda trabajar para reclamar la herencia, y tal vez usar el caso como trampolín para ocupar el puesto de Petroclo. —Se volvió hacia Safo—. ¿Quién es el amo de ese hombre? ¿Supongo que no será Alceo?

Safo meneó la cabeza.

—No lo sé. Pero la esposa de Alceo es Penélope, y siente predilección, ¿cómo decirlo?, por la compañía de las mujeres. A través de ella he sabido lo que acabo de decir. Si me entero de algo más, me encargaré de que seáis informados, caballeros.

Diodoro la miró con sincera admiración.

—Siempre me han gustado las mujeres con instinto político —manifestó—. La compañía de mujeres, nada menos.

Kineas se mesó la barba y miró a Filocles, quien se encogió de hombros y dijo:

—¡Solución espartana!

Kineas lo miró inquisitivo.

—¡Matarlo! —aclaró Filocles.

Todos los presentes inhalaron bruscamente, salvo Filocles, que se sirvió más vino y rió entre dientes.

—Hace pocos días, ostentabas el poder absoluto en esta ciudad —observó—. A efectos prácticos, todavía lo ostentas. Olvida las lindezas atenienses con ese pendejo. Llámalo a filas para que cumpla el servicio militar y, si se niega, haz que la asamblea vote su castigo.

Todos hablaron a la vez. Diodoro se estremeció ante las drásticas medidas de Filocles, y así lo hizo saber.

—¡Antidemócrata! —gritó.

Niceas acababa de llegar del campo de maniobras que quedaba al norte de la ciudad. Los escuchó, bebió vino y sonrió abiertamente, presentando un aspecto que lo asemejaba a un demonio o un monstruo.

—Bastará con amenazarlo —dijo, aprovechando una pausa.

Diodoro respondió con desdén:

—En política, nunca amenazas. Sólo actúa.

Niceas se encogió de hombros y sostuvo la mirada de Diodoro hasta que el aire de superioridad de éste se esfumó. Eran viejos amigos, también viejos antagonistas, y Niceas recordó al otro ateniense que, pese a sus aires aristocráticos, no tenía conocimientos en política asamblearia. Y consiguió todo eso tan sólo enarcando una

ceja con sorna.

—Demóstenes es un jodido cobarde que este verano ha eludido el servicio militar. Tiene miedo de su propia sombra. No me refiero a una amenaza vacía, a una bravuconería. Lo que propongo es un poco de jodido terror y la promesa de más. —Niceas miró de hito en hito a Diodoro—. Dejad que yo me encargue.

Kineas se pasó los dedos por la barba, un hábito que tenía intención de romper, y se prometió un afeitado y un buen corte de pelo. Terminó su copa de vino y les sonrió.

—Pienso que todos lleváis razón. Tengo que deciros que es un placer contar con tan buenos amigos y tan buenos consejos.

—Mejor que estar deprimido y sufrir en silencio, ¿verdad? —dijo Filocles en tono de broma.

Kineas no le hizo caso.

—Filocles, pide dinero a León y sácalo a la calle. Niceas, que Demóstenes se haga una idea de mi descontento con sus actos. Y que no te pillen.

—¿Esta noche? —preguntó Niceas.

—¿Puedes organizarlo? —interrogó Kineas.

—Dame un día más —dijo Niceas—. Y a Temerix.

Kineas asintió.

—Y Diodoro, tal vez tú tendrías la bondad de invitar a nuestro amigo a visitarnos... ¿tal vez pasado mañana? Diodoro se mesó la barba pelirroja.

—No me gusta —objetó Diodoro—. Si pillan a Niceas, le estaremos dando lo que quiere. —Se encogió de hombros, miró a Niceas y sonrió—. ¡Ojalá Niceas fuese un tirano!

Filocles soltó otro resoplido:

—Si él fuera un tirano, nosotros haríamos esto a diario: apretar las tuercas a todos los hombres de la ciudad.

Safo se rió y dijo:

—Será por eso que lo llaman democracia.

La noche siguiente Kineas ofreció un simposio. Los asistentes eran en su mayoría amigos y oficiales aunque, después de la campaña, ningún círculo era ya tan exclusivo como antes.

Diodoro compartió un diván con Safo, siendo aquélla la primera vez que lo hacía en público. Fue objeto de unas cuantas miradas, Olbia era una ciudad chapada a la antigua, e incluso en Atenas la presencia de una mujer, de cualquier mujer, en un simposio amenazaba con una bacanal; pero su lugar como héroe de la ciudad estaba tan afianzado que a las miradas siguieron inevitablemente sonrisas.

Uno de quienes sonrió fue Petroclo, que estaba recostado con su hijo Cliomenedes, tratando de ignorar la presencia de la mujer. Cliomenedes no podía obviarla, ya que tenía que inclinarse hacia ella para hablar con Diodoro, a quien idolatraba. Por consiguiente, la interrogó acerca de su vida, su peinado, su papel de cortesana; a lo que ella contestó con claridad, franqueza e inteligencia.

Filocles compartía diván con Kineas. Iba particularmente bien vestido, con una hermosa túnica de lana y bonitas sandalias de piel oscura, y olía como un talento de oro. Kineas se preguntó a quién querría impresionar el espartano, e incluso intentó bromear al respecto; broma que, por cierto, cayó en saco roto.

Niceas compartía diván con Sitalkes; era el primer simposio al que asistía el muchacho geta. Todavía se estaba recobrando de su invalidez, y le dieron una copa de vino muy aguado para evitar que se excediera bebiendo. Un poco más allá, Menón compartía su diván con Cratero, un hoplita de la ciudad que se había forjado una reputación durante la campaña y que ahora era firme candidato a sustituir a Licurgo como lugarteniente de Menón. Licurgo ocupaba el diván siguiente con Herón de Pantecapaeum; dos hombres taciturnos que probablemente permanecerían callados durante toda la cena. Pero ambos eran oficiales y ambos habían convenido incorporarse a la expedición al este. Licurgo era el hombre de más edad, a excepción de Petroclo, con una barba entrecana, piel pálida y ojos claros. La barba tenía mechones blancos donde le crecía a través de las cicatrices del rostro. Los pies y las piernas estaban llenos de manchas por la tierra incrustada durante veinte campañas. Herón, en cambio, era joven y de pelo moreno, iba afeitado y tenía la tez rubicunda como los sindones, sin una sola mancha en las piernas.

Coeno compartía su diván con el joven Dion, el heredero de la familia política que antes encabezaban Cleito y Leuconte. Dion había servido con honor e incluso con distinción a lo largo del verano, y la muerte de su padre en la batalla lo convertía en heredero de tres fortunas. Era próximo a Cliomenedes en edad y temperamento, y

Kineas había designado a Coeno para atraerlo a su facción y tal vez darle un cargo. Coeno, con su educación, sus costumbres aristocráticas y sus modales intachables, lo tendría fácil para ganarse el afecto del muchacho.

Likeles, otro de los viejos compañeros de Kineas, ocupaba un diván él solo, aún demasiado dolorido para ser un acompañante desenvuelto en una cena. No iría al este porque sus días de soldado en activo seguramente habían tocado a su fin; y las feas cicatrices en cuello y espalda indicaban que incluso los movimientos rutinarios le dolerían quizá durante años. Pero sonreía tan a menudo como el dolor se lo permitía, contento de estar vivo. Se quedaría en Olbia para ayudar a Cliomenedes a controlar a los hippeis, y también para garantizar las comunicaciones entre la compañía y la ciudad. Con Arni como administrador, se haría cargo de sus fortunas y propiedades, los representaría en los pleitos y mantendría a los lobos alejados de sus varias puertas. Tenía suficiente experiencia en política ciudadana para desempeñar esa tarea, y Kineas esperaba que la reputación que se había forjado durante el verano impidiera que sujetos de la calaña de Demóstenes se volvieran demasiado osados.

Los dos galos, ahora convertidos en propietarios, compartían un diván. Andrónico, el más corpulento, era rubio y de ojos azules, mientras que Antígono tenía el pelo negro, los ojos verdes y tatuajes que asomaban por el cuello de su túnica. Ambos habían practicado durante un año para asistir a un simposio, con Filocles y Diodoro como entrenadores, y ambos aguantaban bien el vino y podían disertar, aunque el más bien limitado dominio del griego de Antígono tendía a dejarlo sonriendo cordialmente en vez de conversar.

León estaba recostado a su lado y cerraba el círculo de divanes, ya que en el otro tenía a Kineas y Filocles. Crax compartía su diván. El bastarno también había iniciado su vida con Kineas como esclavo y ahora era libre y más rico, gracias a una reata de caballos y a un estante repleto de copas de oro hechas en Macedonia. Crax había recibido muchos golpes en la gran batalla, pero ninguno le había desgarrado la piel y era el que presentaba un aspecto más saludable. Todos los demás veteranos tenían heridas y estaban tumbados en los divanes con una comodidad rayana en la somnolencia. A diferencia de ellos, Lot ocupaba una silla, incómodo con las costumbres griegas, pero feliz de tener una copa al alcance de la mano y de estar en compañía de hombres a los que apreciaba. Propuso el primer brindis, ofreció una libación a sus propios dioses y dio las gracias a su anfitrión.

—¿Quién está más cerca de mí que mis hermanos de batalla? —preguntó Lot—. ¿Quién podría estar más cerca que los hombres que me seguirán al este para luchar contra Iskander?

La osada declaración de Lot acalló a los hombres un rato y, cuando se reanudó la conversación, fue superficial y rara vez ahondó en ningún tema, y sólo los esfuerzos de Safo en un extremo del círculo y de Coeno en el otro, ambos, cada cual a su

manera, maestros en el trato social, impidieron que la reunión se sumiera en el silencio.

La cena propiamente dicha fue espléndida, obra de las cocinas de Kineas y de los cocineros de León, o viceversa. No habían dividido su fortuna y, por el momento, poseían los bienes de Nicomedes en comandita. Ninguno de los dos parecía tener prisa por dividir el patrimonio, ya que tal división allanaría el terreno a los pleitos.

Les sirvieron demasiado opson^[3] para el gusto de Kineas, pescado seguido de pescado, ostras en salsa, langosta en más salsa, trozos de pan que parecían decoraciones más que un plato principal, pero no había ningún moralista ateniense presente para censurar tanta decadencia, y habida cuenta de cómo habían comido durante el verano, en verdad nadie podía acusarlos de permitirse lujos licenciosos. Todos comieron en exceso. Lot derramó salsa de langosta sobre su bello traje de seda y se rió, y Filocles, que ya iba achispado, tropezó con un jarro de vino y salpicó media habitación. Para cuando pasaron el último cordero y el último pan ácimo para rebañar la última salsa de pescado, todos estaban un poco grasientos.

Mientras cenaban, conversaron sobre asuntos de la ciudad, tales como pleitos y política, y escucharon cortésmente a Safo tocar su instrumento y cantar. Cuando hubieron dado cuenta de los platos principales, arrimaron los divanes y bebieron juntos, los heridos sonrojándose enseguida, aunque los demás tampoco tardaron en ponerse colorados y levantar la voz, momento en que Safo sonrió y se retiró.

Diodoro trató de retenerla sujetándole la mano.

—¡Quédate! —pidió—. No eres una matrona griega, que se impresiona con lo que los hombres dicen cuando beben.

Safo negó con la cabeza, y su sonrisa le advirtió que la había lastimado.

—Soy una hetaira —repuso Safo con fría cortesía—, no una flautista.

Cuando se hubo marchado, Diodoro miró atribulado a Kineas.

—¿Quién sabe? —se preguntó Diodoro en voz alta.

Kineas lo sabía, pero se rascó la barba y mentalmente tomó nota de explicar a Diodoro cuando tuviera ocasión lo que para él saltaba a la vista: que, en lo que a ella concernía, seguía siendo una matrona de Tebas. Los abusos, la esclavitud y peores cosas no habían alterado su concepto de conducta decorosa. La honró por ello.

Cuando Safo se hubo ido, la conversación subió de tono, los chistes fueron un poco más soeces, pero cada orador parecía estar aguardando algo, y la fiesta careció de rumbo hasta que Kineas se puso en pie. Esperó a que el ruido cesara y alzó su copa, y los demás alzaron las suyas como si hubiesen pasado toda la velada aguardando aquel momento.

—Quiero hablar de la expedición al este —anunció. Y les sonrió—. ¡Contra

Alejandro!

Suspiraron al unísono, como aliviados. Lot profirió un estridente chillido, semejante a un grito de guerra sármata.

—¿Tenemos permiso para decirlo en voz alta? —preguntó Filocles.

Kineas estaba sobrio y serio.

—Voy al este porque necesito salir de esta ciudad y porque mi destino está allí. Moira me aguarda en el este. No puedo hablar más claro.

A su alrededor, los hombres que estaban al corriente del poder de sus sueños asintieron, todo regocijo olvidado, mientras otros se mostraban perplejos. Menón se rió.

Kineas no le hizo caso.

—Yo tengo que ir —prosiguió—. Vosotros, no. Muchos de vosotros, todos, a estas alturas, tenéis aquí propiedades y motivos para quedaros. Todos estáis en condiciones de afincaros en una granja y buscar esposa. Y os aprecio demasiado para obligaros a venir. En realidad... —La voz se le quebró. Bebió un poco de vino para disimular su confusión y luego dijo—: En realidad, no cuento con regresar. Y no deseo que ése sea vuestro sino.

Lo miraron llenos de preguntas, con los ojos rebosantes de dudas, y vio la vacilación que buscaba. Había reflexionado el asunto durante días, decidiendo hacer lo posible para que aquellos a quienes más amaba permanecieran en Olbia.

Pero Filocles hizo un ruido burlón con los labios y se echó a reír.

—Tu vida y tu muerte están en manos de los dioses —dijo—. Y lo mismo vale para cualquier hombre aquí presente.

Kineas lo fulminó con la mirada; sin embargo, como tantas otras veces, Filocles no le hizo el menor caso.

—Nuestro intrépido líder cree que va a morir en el este —aclaró Filocles en tono de mofa—. Por supuesto, estaba igualmente convencido de que el reciente combate en el Borístenes significaría su muerte. Cualquiera diría que los sueños que los dioses le enviaron estaban equivocados.

Todos los hombres rieron, porque para ellos no había burla mejor que los escasos momentos en que Filocles volvía su lengua, afilada como el bronce, contra Kineas. Pues era precisamente ser conscientes de que Kineas era su líder, en muchos aspectos el mejor de todos ellos, lo que tanto les hacía disfrutar cuando se convertía en el blanco de las bromas.

Kineas señaló al espartano.

—Te burlas de cosas sagradas —lo reprendió.

Filocles sonrió abiertamente.

—No, amigo mío, me burlo de ti. A no ser, claro está, que al igual que el pesado del niño rey te hayas nombrado dios.

Kineas entornó los ojos, y la vista se le tiñó de rojo al apoderarse de él la ira. Se levantó del diván y avanzó muy indignado hacia su amigo.

—¡No quiero arrastrar a mis amigos a la muerte! —bramó.

Filocles se puso de pie, levantando su considerable estatura como para recordar a Kineas que la rabia no le serviría de nada, y se volvió a reír.

—Tus amigos te seguirán hasta el fin del mundo —dijo Filocles—, aunque sólo sea para ver qué haces luego.

El grupo lo vitoreó y a Kineas se le bajaron los humos, complacido de que tantos de ellos clamaran por acompañarlo y conmovido, e incluso divertido, por el tono de Filocles.

—¡Y pensar que te considero mi amigo! —exclamó.

—Demasiados hombres te alaban y muy pocos te hablan claro —repuso Filocles en voz baja, aprovechando el alboroto y las risas—. Nos necesitas. Y maldita sea mi estampa si permito que te vayas y encuentres una manera de morir.

Luego se volvió hacia los demás.

—¡Oídmme, hombres de Olbia! —gritó—. Kineas de Atenas marcha al este, no para abrir una ruta comercial, sino para hacer la guerra contra Alejandro, rey de Macedonia. Hace esta guerra no por su propio provecho, sino en nombre de todos los hombres de Grecia. Si hubiera un león suelto en una ciudad vecina, ¿acaso no cogerais vuestras lanzas e iriais a matarlo? Pues entonces coged vuestras lanzas y venid con nosotros, porque el monstruo anda suelto en el mar de hierba.

Y todos se levantaron de los divanes y se apiñaron, y Kineas los abrazó a todos en medio de una tormenta de afecto que fue para él una lección de humildad.

Al alba del día siguiente, mientras los invitados al simposio dormían inquietos la borrachera, Demóstenes se despertó con un ruido estruendoso. Gritó hasta despertar a sus esclavos y les hizo la vida más imposible que de costumbre, exigiendo que le explicaran qué hacía una rana muerta en su copa de agua. Les metió tanto miedo en el cuerpo que transcurrieron horas antes de que uno de ellos se atreviera a decirle que tenía una larga marca de ocre rojo dibujada en la garganta como una gigantesca boca sonriente.

Se desmayó.

No apareció cuando fue invitado a la cena en el cuartel, y sus excusas fueron vagas.

Más tarde, Kineas habló con los supervivientes del simposio en el cuartel. Estaban con el ánimo mucho más sosegado por la bacanal de la víspera.

—Esta será la mayor expedición en su género desde que Darío cruzó las llanuras

—dijo Kineas, señalando un ejemplar de Heródoto; en concreto, el ejemplar de Isocles—. La diferencia es que contaremos con la cooperación de la mayoría de tribus, o al menos no seremos el blanco de su rotunda hostilidad. Pero la cuestión principal no serán las acciones hostiles, sino la comida.

Hizo un ademán hacia León, que estaba sentado con Niceas.

—Hemos calculado un logistikon basado en mil hombres y dos mil bestias —prosiguió Kineas—. Todos vosotros habéis servido este verano el tiempo suficiente con los sakje para saber cómo viven en la estepa. Con nuestros exploradores y los sármatas, nunca deberían faltarnos ni pasto ni carne.

Los profesionales de la caballería asintieron.

—Nos faltará grano para los caballos y pan para la tropa. Los soldados griegos comen pan. El opson está muy bien, pero es grano lo que necesitamos. Y es más fácil comprarlo por el camino que intentar llevarlo con nosotros.

Filocles levantó la mano.

—El grano es muy barato aquí —señaló. Otros hombres asintieron manifestando su acuerdo. Olbia era la capital del comercio de grano. Los cereales fluían en torno a ellos como las aguas del río Borístenes, incluso en un verano castigado por inundaciones y batallas.

Kineas asintió.

—También lo he pensado —dijo—, y así he aprendido otra lección de guerra. Escuchad. —Cogió el pergamino de León—. Supongamos que cada soldado coma una ración de grano al día y que cada caballo coma dos raciones —citó textualmente. Los soldados de más edad asintieron, conformes con las cifras—. Eso significa que nuestro pequeño ejército consumirá cinco mil raciones de grano al día. —Levantó la vista del pergamino—. Cada hombre puede cargar con diez raciones de grano además de su equipo. Cada caballo puede acarrear veinte raciones de grano además de su equipo. De modo que el ejército puede emprender una marcha con alimento para diez días. —Kineas los miró a todos, uno por uno—. Hay un mínimo de diez mil estadios hasta el techo del mundo donde nos aguardan los masagetas. En el mejor de los casos, si no sufrimos retrasos, nos llevará sesenta días cruzar el mar de hierba. Los sakje conceden cincuenta días a sus mejores hombres y noventa a las tribus.

Comenzó a hacer marcas en la pared del cuartel con un trozo de carbón de la chimenea.

—Ninguno de nosotros ha cruzado esas tierras hacia el este excepto el príncipe Lot y, por supuesto, Ataelo. Sólo cuento con su información y con las aportaciones de los mercaderes más aventureros de Olbia y de Pantecapaeum. Si vamos hacia el norte para seguir a Srayanka, corremos el riesgo de tropezamos con Marthax, aunque sus fuerzas estén desbandadas. Y tendremos que atravesar los grandes pantanales para ir hacia Oriente. Srayanka seguirá la gran ruta de los sakje, las praderas altas que se

extienden hacia el este por Sogdiana y Bactria hasta el país de los masagetas.

—Tendremos que aguardar hasta la primavera —señaló Coeno encogiéndose de hombros con despreocupación. Niceas lo miró con desdén.

—Deduzco que tenemos otra opción —dijo a Kineas, enarcando una ceja.

Kineas asintió.

—He enviado a Eumenes para organizarlo —prosiguió—; o eso espero. Los mercaderes cruzan la altiplanicie que media entre el Euxino y el Caspio, al que algunos llaman océano Hircano, siguiendo el curso de grandes ríos, y luego organizan la travesía del océano Hircano cuando llegan. Si puedo, llevaré todo el ejército a lo largo del río Tanais y a través de la altiplanicie hasta el río que los sakje llaman el Rha. Si avanzamos con empeño, llegaremos a la desembocadura del Rha antes de las primeras nevadas.

Dibujó en la pared con el carbón, indicando la posición del lago Meotis y de la bahía del Salmón, el curso del Tanais, el curso del Rha y el remoto mar salado. Diodoro silbó.

—Salimos del mundo conocido —observó.

Mirando alrededor, Kineas vio el mismo pensamiento reflejado en el rostro de todos los presentes. Asintió.

—Cuando algunos de vosotros decidisteis seguirme a Olbia, dejamos nuestro mundo atrás —dijo. Se rascó la barba y bebió un sorbo de vino—. Cuando nos adentramos en el mar de hierba en primavera, dejamos el mundo atrás. Esto queda mucho más lejos, pero el mundo continúa. Petroclo y León y otros mercaderes conocen el Tanais y el Rha bastante bien, y sus factores dan fe de que existe una ruta que cruza hasta el océano Hircano, una ruta por la que muchos hombres han viajado. —Kineas se volvió un momento para mirar el bosquejo de la pared—. El príncipe Lot ha hecho el viaje varias veces, igual que Ataelo.

Niceas levantó la mano.

—¿Y luego cruzamos ese océano Hircano con un cargamento de caballos cada vez?

Kineas hizo un gesto indicando que aquello estaba en manos de los dioses.

—Veinte barcos cada vez. Trasladan caravanas, Niceas. Podrán trasladarnos a nosotros.

Niceas meneó la cabeza.

—Las caravanas tienen cien jinetes y doscientos caballos —dijo—. ¿Y qué pequeño reino recibirá a nuestro ejército sin sentir que tiene que masacrarnos?

Kineas se rascó la barba.

—Sí —repuso. Y se encogió de hombros—. Nicomedes comerciaba con un reino del mar Caspio.

Filocles se rió.

—Sí, ¿ya te has encargado de eso? O sí, ¿es una buena pregunta?

Kineas enarcó una ceja al ver que se le presentaba la ocasión de recuperar parte del terreno que había perdido la noche anterior.

—A mi entender —contestó, esforzándose en hablar como un orador ducho en retórica—, nuestra compañía cuenta con un hombre excepcional, a quien los dioses han otorgado la facultad de hacer buenos discursos, en una lengua que rezuma miel y talento para la filosofía; el mismo hombre que irá de aquí a la otra orilla del mar Caspio con las caravanas del verano y organizará un recibimiento como es debido y un campamento de invierno en el país bárbaro de Hircania.

Filocles lo fulminó con la mirada, pero los demás hombres rieron. Niceas gruñó.

—Si enviamos a Filocles —protestó—, estoy convencido de que nos masacrarán.

—A no ser que él los mate antes de nuestra llegada —apostilló Diodoro.

Kineas miró en derredor.

—Bromas aparte, ésa es mi intención —declaró—. Cruzar el altiplano y el mar antes de que caiga el invierno, e invernar en el país de los mil reinos; así es como se llama.

—Encantador —repuso Filocles—. Apuesto a que lo llaman los mil reinos porque hay cien mil bandidos luchando entre sí.

—Sí —dijo León, sonriendo—. Namasto es el más sanguinario de todos. Allí es adonde vamos.

Todos lo miraron, y él se encogió de hombros.

—Allí tenemos un factor —explicó León—. Después de perder a media docena de mercaderes, mi amo, es decir, Nicomedes, envió a un mercenario.

—¿Y? —preguntó Filocles.

—Ahora hay mil y un reinos —explicó León—. Y Namasto comercia con nosotros. Hircania tiene riquezas.

Filocles se inclinó hacia delante, interesado a su pesar.

—¿Y qué significa Hircania?

León sonrió de oreja a oreja.

—La tierra de los lobos —contestó el nubio.

Niceas se irguió y se rascó la nariz.

—¿Comida? —preguntó.

Kineas miró a León, y León se puso en pie. Al principio la voz le tembló, porque no estaba acostumbrado a hablar ante grupos de hombres, y a medida que fue hablando lo fue haciendo más deprisa, hasta que su voz sonó estridente.

—Marcharemos con una vacada de bueyes y grano para diez días —indicó—. Los meotes y los sindones cultivan las riberas del Tanais remontándose hasta los grandes lagos, y nosotros no viajaremos tan lejos siguiendo el río.

Kineas lo interrumpió, porque percibió la ignorancia de la concurrencia y porque

León no estaba haciendo un buen papel.

—Buena parte del grano que se comercializa a través de este puerto y de Pantecapaeum procede del Tanais —aclaró.

Los soldados asintieron. León, envalentonado, miró a Kineas antes de proseguir:

—Una vez en el paso, dejaremos el Tanais y cruzaremos las tierras altas hasta el Rha. Los mercaderes lo hacen cada año en verano y otoño. —Su voz parecía más sosegada, y habló más despacio a medida que fue cogiendo confianza.

Licurgo, el antiguo lugarteniente de Menón y ahora comandante de infantería, levantó la mano.

—Hijo —dijo con autoridad, y saltaba a la vista que era lo bastante mayor para ser padre de León—, ¿intentas decirnos que podemos conseguir grano en el camino?

León sonrió atribulado, bajó la vista a sus pergaminos y frunció el ceño.

—Sí, señor.

Licurgo hizo una seña a un esclavo para que le llevara agua.

—Pues entonces dilo, hijo.

León balbuceó algo ininteligible y volvió a empezar:

—Será tiempo de siega cuando abandonemos la bahía del Salmón, o poco faltará. Para cuando se agoten nuestras raciones, la cosecha ya estará almacenada y tendremos acceso al grano más barato en el círculo del mundo.

Kineas volvió a levantarse.

—Yo pagaré el grano; al menos, el de este invierno.

Licurgo gruñó.

—Eso convencerá a los haraganes —dijo—. Al menos, hasta la primavera.

Kineas sonrió.

—Y entonces será demasiado tarde para que cambien de parecer —apostilló. Menón se rió.

—Le dio resultado a Jenofonte —dijo—. Estoy casi tentado de unirme a vosotros.

—¿Qué vamos a sacar de esto? —preguntó Licurgo—. Yo voy, digas lo que digas; te he seguido este verano y me gusta la idea. Pero pienso en los chicos de las filas, ¿qué hay para ellos?

—El botín que podamos sacar —respondió Kineas—. ¿Alguien quedó decepcionado con el botín del campamento macedonio?

Diodoro resopló, pero Coeno lo hizo callar.

—¿Dices en serio que llegaremos a saquear el campamento de Alejandro? —preguntó Coeno—. No estoy seguro, pero diría que eso cuenta como orgullo desmedido.

Kineas abrió las manos y admitió que Coeno llevaba razón.

—No puedo decir eso, puesto que estamos hablando de una marcha de diez mil estadios; no menos de diez mil estadios. Cuatrocientas parasangas^[4] o tal vez más.

Diré que espero alguna clase de pago por parte de los masagetas. —Ladeó la cabeza para mirar a Filocles y añadió—: Si conoces a tu Heródoto, nos dirigimos de cabeza a la tierra de los sakje orientales, el país de los grifos^[5] y el oro.

Licurgo asintió.

—Eso puedo venderlo —dijo—. Sobre todo, si dejan el botín de la última campaña aquí, a buen recaudo, y se marchan sabiendo que pagarás para llenarles la panza.

—Hasta que nos quedemos sin dinero —terció Niceas.

—Entonces tendremos que empezar a coger lo que necesitamos —dijo Diodoro. Algunos de los más jóvenes lo miraron. Él les sostuvo la mirada y se encogió de hombros—. Sin duda, es espantoso. Pero eso es lo que hacen los ejércitos.

—En el mar de hierba no hay a quien saquear —señaló León—. Y después de la hierba viene el desierto. —Miró en torno a sí—. Aunque lo más probable es que cualquier ejército que llevéis allí sea la fuerza más poderosa de Hircania. Habrá contratos en abundancia, si queremos pasar la primavera luchando para sus pequeños tiranos. Puedo preparar uno con antelación a nuestra llegada, si eso es lo que queréis.

Licurgo se encogió de hombros.

—Ya cruzaremos ese desierto cuando lleguemos a él —dijo, y todos rieron.

Después de escuchar a Kineas y a León y de debatir planes a medio hacer, estaban muy cansados. Las discusiones habían comenzado a tomar un cariz personal y la resaca del vino de la víspera era como un veneno. Fue entonces cuando entraron Safo, Arni y una docena de esclavos del cuartel con jarros de agua, jarras de vino y hogazas de pan.

—¡No hay mujer igual! —exclamó Diodoro, que fue recompensado con una sincera sonrisa de su compañera.

Kineas mordió el pan, tierno y crujiente, y saboreó el aceite.

—Safo, eres un dechado de virtudes.

La aludida bajó la vista y sonrió.

—Imploro un favor, Kineas.

Kineas se limpió la barba con un pedazo de pan.

—Lo que tú digas —respondió Kineas, esperando una broma.

—Permíteme acompañar al ejército —dijo Safo.

Kineas lanzó una mirada a Diodoro, que parecía tan sorprendido como si un rayo de Zeus hubiese caído en medio de ellos.

Safo aprovechó la oportunidad que le brindaba su vacilación.

—Todo ejército tiene seguidores —observó—. Yo puedo organizados. Sé montar. Soy dura como una piedra.

Kineas, cuyas manos recordaban los músculos de las piernas de Srayanka, dudó que Safo fuese tan dura como ella creía, pero no podía pasar por alto el hecho de que

estaba en lo cierto. Todo ejército tenía seguidores. A menudo sus fortunas afectaban a la moral del ejército. Los generales y estrategos solían ordenar que los abandonaran a su suerte, como si los hombres que servían en sus filas no tuvieran sentimientos por los cuerpos que calentaban sus camas o las voces que compartían sus fogatas. Y se equivocaban.

Kineas miró a Diodoro; Safo era de su propiedad en muchos sentidos, al menos temporalmente. Diodoro sonrió arteramente, y Kineas se preguntó si no estaría enterado de la solicitud de Safo desde el principio. A Kineas, como a la mayoría de hombres, no le gustaba que jugaran con él, pero Safo le gustaba bastante, igual que la idea de tener un «oficial» al mando de los seguidores.

—¿Te avienes a obedecer mis órdenes? —preguntó Kineas—. Y, si te ordeno que regreses a casa, ¿obedecerás dócil como un cordero?

Safo levantó la vista.

—Siempre soy dócil como un cordero, estrategos —repuso Safo.

Hasta entonces, nadie se había dirigido a él como estrategos. Notó que se ponía rojo. Aun así, endureció su tono de voz.

—Eso no es una respuesta —protestó.

—Sí, estaré de acuerdo en obedecerte... en todo.

Levantó un poco los ojos en la última palabra, de modo que Kineas entrevió un destello de su color. La mirada le afectó. Volvió la cabeza hacia otra parte y trató de ignorar la pulsación que le bajó de la cabeza a la ingle. Y se topó con los ojos de Diodoro y su ceja enarcada. Kineas apartó la vista otra vez, confundido, se excusó para salir a tomar el aire y contó hasta cien en sakje. Después se reunió de nuevo con su compañía, bromeó y se rió de ellos, reincorporándose a la marea de camaradería masculina.

Tras haber compartido el pan y el vino, Kineas se levantó y llevó su copa al centro de la estancia.

—Hace un año, en esta misma habitación, pedí a mis oficiales que prestaran juramento. Si vais a acompañarme contra Alejandro, os pido que juréis otra vez. — Alzó su copa.

Niceas se levantó y le brindó una de sus escasas sonrisas.

—¿Quién iba a pensar, hace un año, cuando teníamos un tirano que domar y la amenaza de Macedonia aún era incierta, que hoy estaríamos planeando enviar un ejército al este?

Diodoro, sobrio, alzó su copa.

—¿Quién iba a pensar que seríamos oficiales con mando? ¿Hombres ricos? ¿Ciudadanos?

Coeno alzó su copa.

—¿Quién iba a adivinar cuáles de nosotros caeríamos y cuáles viviríamos para

cabalgar otra vez?

Andrónico alzó su vino.

—Propón tu juramento, strategos. Pues yo ansío cabalgar.

Entonces Kineas alzó su copa.

—Escúchanos, Dios que sacudes las montañas y cuyos rayos llenan de temor a los hombres. Escúchanos, Diosa del olivo que dispones los auspicios. Escúchanos, Dios cuyos caballos cabalgan las mismísimas olas, cuyas manos desatan tempestades o las impiden. Que todos los dioses nos oigan. Juramos ser leales los unos a los otros y a la compañía hasta que quede disuelta por nosotros en consejo.

Kineas pronunció las palabras y los demás las repitieron con entusiasmo, sin que faltara una voz, tal como lo habían hecho más de un año antes, y las nuevas voces no fueron menos potentes que las viejas.

A pesar de que la reunión concluyó bien entrada la tarde, Kineas se echó un manto a los hombros y se fue a la palestra. Necesitaba sentir el daimon del ejercicio. Estaba lo bastante introspectivo para cuestionarse los motivos que lo habían impulsado a aceptar que la tebana los acompañara en la expedición al este. Sospechaba que lo lamentaría mientras su poco ejercitado cuerpo fantaseaba con ella.

Olvidó sus ojos verdes en la arena de la palestra. Para cuando hubo soltado los músculos en torno a sus dos heridas y desentumecido los muslos tras diez días de lasitud, el sol estaba bajo en el cielo y él decidido a correr.

Su presencia atrajo a otros hombres, su progreso por la pista de ejercicios congregó a un pequeño séquito y su anuncio de que iba a correr suscitó un coro de aprobación. Filocles apareció a su lado, también Diodoro, y Coeno.

Corrieron bien, sin mucha conversación aparte de algunas bromas groseras a propósito de la longitud de las piernas de Kineas, bromas que se repitieron cuando aminoró la marcha cerca de la granja de Gade y apenas le quedaba suficiente aire en los pulmones para seguir corriendo. Menón encabezaba el pelotón, con su piel oscura intacta por no haber sufrido heladas ni agotamiento, y corría con la cabeza bien alta como si pudiera seguir todo el día y la noche entera, cosa probablemente cierta. Filocles permaneció junto a él todo el rato, y sus siluetas apenas eran visibles para Kineas, una espalda negra y otra blanca en la distancia.

Kineas iba el último, un estadio o más por detrás de los primeros, y corría empujado por su voluntad y su fastidio, quemando los últimos restos de vino, mal genio y tentación, el aire saliendo de su boca en forma de jadeos hasta que recobró las energías. Con las puertas de los delfines a la vista, volvió a levantar la cabeza y corrió a través del ágora en buena forma, recuperando parte del terreno perdido. Menón ya estaba frotando a Filocles con un estrígil en el mármol del pórtico de la palestra, y el vapor de los baños sabía a gloria, pero Kineas ya se sentía mejor antes de pasar ante

el templo de Apolo y disfrutó de su baño con la devoción de un hombre que quizá no vería un gimnasio en sesenta mil estadios, o tal vez nunca más.

Estaba tendido en la cámara de vapor con un esclavo masajeándole cuidadosamente el bíceps en torno a la herida, cuando Eladio se sentó en la losa vecina.

—Debe de estar bien ser tan joven —dijo el sacerdote—. Me hubiera reconfortado poder correr a tu lado; pero, de repente, cuando hemos visto las puertas, un dios te ha regalado nuevas fuerzas y has salido disparado como si yo me hubiese detenido.

Kineas rió y señaló a Filocles, que ya se despedía, limpio, ungido, masajeado y vestido para el paseo de regreso.

—Tienes que ser viejo, si has terminado detrás de mí —bromeó.

—Menón parece una estatua de Ares —comentó Eladio—. Y tu amigo el espartano podría ser Zeus.

—Te veo muy lisonjero, sacerdote.

Kineas se dio la vuelta para poder mirarlo a los ojos.

—No es que los muertos te estén exigiendo algo —dijo el sacerdote de pronto.

Kineas sintió que se le revolvía el estómago, como si acabara de ver un cadáver.

—Más bien se trata de que intentan darte algo —prosiguió Eladio. Por alguna razón, su voz sonora y melodiosa no encajaba con el mensaje que le estaba transmitiendo. Como si un ente ajeno estuviera usando su voz para hablar.

—¿Qué intentan darme? —preguntó Kineas.

—Filocles podría ser Heracles, o Aquiles resucitado —prosiguió el anciano sacerdote, como si no hubiese dicho nada trascendente.

—Eso lo tienes que averiguar tú —dijo el esclavo en griego con acento persa. Kineas se incorporó bruscamente y se volvió hacia el esclavo.

—¿Qué has dicho? —inquirió.

El esclavo se atemorizó, temiendo un golpe.

—¿Amo? —preguntó, y retrocedió un paso.

Kineas miró al sacerdote.

—¿No lo has oído? —le preguntó.

El sacerdote estaba perplejo:

—¿Hablas su lengua bárbara? Dudo que hable mucho griego.

Kineas tardó un poco en ponerse de nuevo bajo las manos del esclavo.

—¿No me has hablado de mis sueños? —preguntó a Eladio tras un prolongado silencio.

Eladio hizo señas a un esclavo que se puso a masajear las piernas del anciano.

—He interrogado a los dioses y he buscado respuestas en los augurios, pero no me ha sido concedida ninguna. Es una pregunta difícil.

Kineas notó el sudor frío del miedo a pesar del vapor y de la agradable fatiga de la carrera.

El miedo no lo abandonaría. Y apartó de su mente todo pensamiento sobre Safo.

La expedición cobró ímpetu por sí misma de tal modo que el día en que los primeros barcos de grano izaron las velas, Kineas tenía voluntarios de toda la costa norte del Euxino, muchos de ellos no aptos para el servicio, y a una multitud entusiasta para despedirlos. Estaba en la playa con Petroclo, observando el embarque de los últimos caballos y de los últimos soldados.

—Te echaré de menos, Kineas —dijo Petroclo—. La ciudad te extrañará.

Kineas abrazó al hombre mayor y luego abrazó a su hijo, Cliomenes, que actuaría como hiparco de la ciudad. Ambos hombres, padre e hijo, eran ahora los personajes políticos más influyentes de Olbia, aunque todavía había facciones. Demóstenes, el sobrino de Nicomedes, había hecho en buena medida suya la retórica de Cleomenes el viejo, el padre de Eumenes, quien había entregado la ciudad a Macedonia, hecho que ya se empezaba a borrar de la memoria de muchos ciudadanos. Demóstenes no había salido de su casa en toda la semana, pero el terror se le pasaría. Tenía dinero y voces en la asamblea. No estaría quieto por mucho tiempo.

Por otra parte, Kineas había dispuesto o, para ser más exactos, Diodoro, Filocles y Safo habían dispuesto, que la asamblea eligiera a Petroclo como arconte. Era uno de los hombres más ricos de la ciudad, tenía cientos de clientes y había ganado su fortuna gracias al trabajo duro y a su sagacidad, y su hijo era un héroe de guerra. Juntos tenían suficiente influencia para mantener a Demóstenes a raya.

Kineas entregó la silla curul de marfil a Petroclo con alivio y cierto orgullo.

—No te sientes en ella demasiado a menudo —le advirtió—. Se vuelve adictiva.

Petroclo la aceptó y asintió con gravedad.

—La guardaré hasta tu vuelta —dijo.

Pero Kineas negó con la cabeza.

—No cuento con regresar —respondió. Señaló a Demóstenes, que asistía al embarque de tropas con el ceño fruncido, rodeado por una escolta de esclavos armados y algunos seguidores, en su mayoría hombres que también habían seguido a Nicomedes.

Kineas pensó con amargura en sus conciudadanos y en los griegos en general. Había visto a su padre mover ficha en el juego de la democracia y ahora era él quien participaba. Hombres como Cleomenes el viejo y Demóstenes jugaban sin reglas ni ética, corrompiendo con dinero a quien conviniera con tal de salirse con la suya, sin tener nunca en cuenta la eudaimonía de la ciudad en su conjunto, o así lo veía Kineas. Detestaba que buenos hombres como Anarjes, el hijo de un granjero rico que había

cabalgado con el segundo escuadrón, servido lealmente todo el verano y actuado como segundo oficial de Eumenes cuando éste yacía herido, ahora se levantaron en la asamblea para exigir que Kineas rindiera cuentas del dinero de la ciudad que había gastado. El lo hacía a instancias de su nuevo amo político, y Kineas lo lamentaba y estaba dolido. Y eso aún le daba más ganas de marcharse, antes de que una auditoría contable le pusiera trabas. O antes de perder la gran estima de que había sido objeto.

Saludó al gentío con el brazo y abrazó al anciano una vez más, y luego se adentró en las olas rompientes y trepó a la galera de Demóstrate. El navarco le tendió la mano por la borda.

—Podrías haber gobernado —dijo Demóstrate a modo de saludo.

Kineas apreciaba a aquel hombre tan feo. Demóstrate era un comandante competente, pirata retirado y aliado leal.

—¿Tú lo harías, si tuvieras ocasión? —le preguntó Kineas.

Demóstrate se rió, rugiendo como Poseidón.

—¡Jamás! —contestó—. Es más fácil calmar las olas de una tempestad que negociar las mareas de la opinión pública. —Dedicó a Kineas una sonrisa torcida que le hizo parecer un sátiro—: Bastante hice con dejar la piratería.

Kineas sonrió para sus adentros y dijo menos de lo que quizás habría dicho tiempo atrás, se dirigió a la toldilla de popa donde Filocles, Diodoro y Niceas aguardaban, y el disco rojo del sol salió por el este, lamiendo las olas con lenguas de fuego, de modo que pareció que zarparan hacia Oriente por un camino en llamas.

Parte II

Las tierras altas

El mismo sol ardía como una línea de fuego sobre la hierba de las praderas que se extendían tras la playa de la bahía del Salmón, donde una docena de galeras estaban varadas de popa. Las olas lamían sus proas acorazadas, y las gaviotas chillaban y volaban en círculo sobre los pescadores sindones que sacaban de su barca una red repleta de peces plateados para llevarlos al mercado donde los venderían por dinero contante y sonante.

Más allá de las naves de guerra, la flota de grano de Atenas permanecía fondeada en la bahía del Salmón, a buena distancia de la arena y el barro. Los grandes cargueros no estaban contruidos para ser varados como los barcos de guerra; con su tamaño, requerían el soporte de un volumen de agua, pues de lo contrario sus cascos podrían partirse al romperse las pesadas cuadernas por la excesiva tensión. De modo que fondeaban en aguas profundas y las barcas locales y barcazas contruidas a toda prisa vaciaban sus bodegas y llevaban sus cargamentos a la playa, invirtiendo el procedimiento habitual.

Los vaqueros sármatas azuzaban a los caballos de refresco para que saltaran directamente por la borda y se zambulleran en el mar. Entonces las chicas se lanzaban desnudas al agua, agarraban con los puños las crines mojadas y nadaban hasta la orilla con sus monturas.

Filocles, también desnudo bajo el sol de finales de verano, reía.

—Poseidón, Señor de los Caballos y Señor del Mar, debe de quererte bien, ateniense —dijo.

Kineas dedicó media sonrisa al espartano.

—Todos los dioses aman a los hombres precavidos —repuso.

—Afrodita no —objetó Filocles con una sonrisa irónica—. La diosa nacida de la espuma odia a los hombres que planean demasiado sus actos. —Frunció el ceño—. Nunca mencionas a la Nacida de la Espuma cuando haces ofrendas.

Kineas reparó en Safo, ataviada como una matrona a pesar del sol reinante y con un gran sombrero cónico de paja, sentada en la playa abajo en una banqueta junto al considerable mobiliario de campaña de Diodoro.

—No me hables de Afrodita —dijo Kineas—. Sólo pido que no me ponga la mano encima hasta que vea a Srayanka.

—Hermano, así es precisamente cómo los mortales se buscan problemas con la Nacida de la Espuma —advirtió Filocles. Sus ojos seguían contemplando a las chicas sármatas que salían del agua a lomos de sus caballos—. ¿Alguna vez te has preguntado por qué Poseidón es Señor de los Caballos y Señor del Mar?

Kineas, con la mente llena de cifras y de los pormenores del desembarco, negó con la cabeza.

—Debo confesar que no.

Filocles hizo caso omiso de la indirecta.

—Antes pensaba que era porque quizá nuestros antepasados, aquellos dorios venidos a Esparta que la tomaron en tiempos posteriores a Menelao y la bella Helena, habían traído a un señor de los carros y, como los nativos tenían a un señor del océano, al unirse ambos pueblos unieron también sus dioses.

Kineas se interesó por la lección de su amigo muy a su pesar.

—Nunca sé decir si deberías estar enseñando en el ágora como filósofo o ser arrojado desde un peñón por blasfemo —declaró con fingida preocupación. Pero estaba escuchando.

—En cambio ahora, viendo a esas chicas, me pregunto si la respuesta no está escondida, como tantas otras lecciones, en la obra del Poeta —dijo Filocles—. Adondequiera que viajasen los aqueos de largas cabelleras, llevaban carros; está en la *Ilíada*.

—¡Cierto! —exclamó Kineas, asombrado de no haber pensado nunca en aquel asunto a pesar de que la *Ilíada*, como para tantos niños atenienses, había sido el centro de todas sus fantasías militares desde la primera vez en que la escuchó en el patio embaldosado de su padre.

—Y, sin duda, el Poeta vio muchas veces lo que ahora estamos viendo nosotros antes de perder la vista —agregó el espartano, protegiéndose los ojos del sol con la mano—. Tal vez yo fuera demasiado ingenuo. Tal vez el Señor de los Caballos y el Señor del Mar siempre han ido de la mano.

—O tal vez acabas de fijarte en que las chicas sármatas van desnudas y en que son extraordinariamente hermosas —repuso Kineas.

Filocles soltó un gran suspiro.

—Afrodita te ronda, hermano —dijo. Su irónica sonrisa le quitó diez años de encima—. Cuando las mujeres me remueven las entrañas, es porque me las remueven.

Sin embargo, Kineas no disponía de tiempo para entretenerse contemplando mujeres desnudas de ninguna clase porque, en cuanto el grueso de su ejército hubo desembarcado, tuvo que ponerlo en orden defensivo, tuvo que ponerlo en marcha por secciones, tuvo que dar instrucciones para cubrir distintas eventualidades. No iba a hacerlo avanzar todo de una sola vez, sino que lo enviaría fraccionado a cruzar los tres mil estadios que los separaban del mar Caspio.

Eumenes había hecho su trabajo. Rebaños de ganado mayor aguardaban en la playa, convenientemente cercados junto con las ovejas de los pastores sindones. Tierra adentro, los prodromoi de Ataelo habían marcado el camino con las señales

que usaban los sakje: estacas con trozos de lana, cráneos de animales muertos, piedras apiladas. Kineas sabía interpretarlas, y las chicas sármatas lo hacían aún mejor. A decir de todos, hacía mucho tiempo que Ataelo se había marchado; sin embargo, Eumenes los estaba aguardando cuando las primeras naves de guerra embarrancaron en los bancos de arena, y él y Filocles y León tenían que partir hacia el este en cuanto las primeras tropas estuvieran listas para viajar; a saber, la infantería al mando de Licurgo, porque serían los más rápidos en embarcar y los mejores para defender los campamentos.

Kineas dividió el resto del ejército en dos grupos. Ataelo se había marchado con el primer grupo: sólo la élite de los prodromoi, acostumbrada a vivir de la tierra. Habían partido en cuanto sus caballos nadaron hasta la orilla para explorar la ruta que el ejército seguiría por las tierras altas. Kineas esperaba recibir a diario informes de los exploradores; Ataelo contaba con jinetes suficientes para enviar un mensajero cada mañana.

Diodoro estaba al mando del segundo grupo, compuesto por el grueso de la infantería griega y los psiloi sindones. Irían tan rápido como pudieran hasta la costa del mar interior, donde las naves los aguardarían para embarcarlos, cubiertos por dos escuadrones de caballería olbiana.

El príncipe Lot estaba al mando del resto: los sármatas, el escuadrón de caballería de Herón y las tropas de Eumenes. Avanzarían por la pista que había abierto Ataelo en etapas cortas; saldrían una semana después y cubrirían el avance de los demás grupos, porque eran los mejor preparados para sobrevivir en la estepa.

La infantería griega formó y partió del campamento dos días después de desembarcar, con sus pertenencias cargadas a lomos de mulas. Todos los soldados de infantería acababan de pasar un verano en campaña. Llevaban demasiado equipaje, pero lo mismo sucedía con los soldados del mundo entero. Sus cuerpos eran duros, y cantaron al emprender la marcha.

Los hoplitas partieron a un ritmo que les permitiría recorrer una parasanga, treinta estadios, en una hora; un ritmo que ellos y sus burros podrían mantener todo el día si fuese preciso. Salvo una desgracia, cruzarían en treinta días las tierras altas que separan el lago Meotis y el mar Caspio, con sus ciénagas, sus riscos y desfiladeros, y aún tendrían tiempo de comprar grano para comer mientras aguardasen a los barcos de León en el Caspio.

Todo el ejército marchaba, y comía, como habían marchado los soldados griegos durante generaciones. Los hombres formaban rancho aparte; grupos de ocho o diez hombres y sus mujeres y esclavos bajo un jefe de fila. Marchaban juntos, combatían juntos como fila y comían juntos; compraban su comida en el mercado cotidiano y la cocinaban por turnos en la fogata del grupo cuando acampaban. Ese fuego era a menudo el centro de sus vidas, hogar y hoguera a la vez. No tenían tiendas ni mantas

además de los mantos que todos llevaban consigo, y sobrevivían y marchaban lloviera, nevara o hiciera un sol implacable.

El sistema era tan antiguo y tan propio de los griegos que incluso las clases altas, la caballería y los oficiales, seguían el mismo sistema. En lo más alto del escalafón, el estrategos estaba dispensado de cocinar; tenía muchas otras cosas de las que ocuparse. Pero podía hacerlo y, de vez en cuando, lo hacía. Los principios democráticos griegos no se circunscribían a la política, y fuera espartano o ateniense, olbiano o heracleo, cada soldado heleno sabía que su comida era responsabilidad suya.

Por aquel entonces, Kineas era muy dado a pensar en la comida. De noche, soñaba con el suministro de alimentos cuando no estaba luchando contra los sueños del árbol y, despierto, cavilaba sobre cuándo enviar grano adelantándose al ejército, reflexionaba sobre la adquisición de mulas adicionales, evaluaba posibles desastres en la agricultura y la guerra y las consecuencias de tan pocos suministros.

—Haz lo que consideres mejor —había dicho Kineas a Filocles antes de que éste partiera envuelto en su clámide escarlata de spartiate, montado al lado de León, cuya magnífica clámide azul no había conocido el desgaste de una temporada en el campo; componían todo un estudio de contrastes—. No te ciñas a mi plan. Juzga tú mismo sobre el terreno. Si podemos circundar a caballo el norte de ese mar Hircano, el Caspio, o si te parece mejor, o si no puedes contratar el envío por barco, o si la estación está demasiado avanzada...

Filocles puso una mano en el hombro de Kineas.

—Ya nos has contado todas tus preocupaciones —le dijo.

Kineas sonrió con ironía.

—Estaré preocupado hasta que vuelva a verte —confesó Kineas, y León cambió el peso de pierna, violentado por la evidente emoción que embargaba a ambos hombres.

Kineas sonrió a León.

—No te lo tomes muy a pecho si nuestro plan acaba siendo descartado —le advirtió—. Quizá nunca lleguemos a Hircania.

—No te defraudaré —repuso León.

—Entretendré el largo camino disertando sobre tus defectos y te lo devolveré curado de cualquier culto heroico —bromeó Filocles. Acarició el cuello de su caballo de batalla, un espléndido animal que había conservado durante años de campañas mediante el simple expediente de combatir a pie—. No te he echado en falta, bestia —le dijo—. Los muslos me arderán como un río de fuego antes de la noche.

Abrazó a Kineas, y se dieron palmadas en la espalda durante un minuto entero. Luego se separaron y Kineas abrazó a León.

—Cuídate —le dijo, y se volvió para ocultar sus lágrimas.

A Kineas le resultó difícil despedirse de Filocles.

Una hora después, Kineas estaba en lo alto de una colina, casi con toda seguridad un antiguo kurgán como el que ahora albergaba el cuerpo de Satrax, y observaba a su infantería con orgullo. Había subido al kurgán solo a fin de tener tiempo para pensar, todo un lujo para un comandante, aunque sólo lo fuera de mil hombres. Saludó con el brazo a Filocles, todavía sentado en su caballo como un saco de grano, y a León, que cabalgaba como un centauro y montaba cargando con su escudo, siendo uno de los pocos hombres a los que Kineas había visto hacer tal cosa. Ninguno de los dos reparó en él hasta que se hubieron adentrado un estadio en la llanura, sus voces eran un cántico en el viento, hasta que León se volvió por casualidad para mirar la cima del viejo montículo y Kineas lo vio trotar al lado de Filocles. El espartano se volvió en la silla, miró, se cubrió los ojos con la mano y entonces saludó.

Kineas correspondió a su saludo con entusiasmo. Se sorprendió a sí mismo llorando otra vez. Siguió agitando el brazo hasta que tuvo que forzar la vista para verlos, y entonces se sentó en la hondonada de la cima, apoyando la espalda contra la piedra, y cerró los ojos.

—Quieran los dioses que vuelva a veros otra vez —rezó.

—Los verás —dijo una voz grave a sus espaldas; pero, cuando se volvió, allí no había nadie más que la niña sakje.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Kineas.

Lo miró con la cara de desconcierto que ponen los niños cuando los adultos pierden los papeles.

—¿Saber qué, señor?

Kineas se mordió la lengua para no replicar. La voz había salido de ella y, sin embargo, no era la suya.

—Seguro que hay otras personas a quienes podrías rondar, niña.

—No —contestó ella simplemente, y dio la vuelta hasta donde él estaba para sentarse en la piedra sagrada que coronaba el kurgán. La espada que debería descansar en la piedra o en la tierra adyacente o bien se había oxidado tiempo atrás disolviéndose en el suelo, o bien la había robado con sus poderes un yáta-vu, un hechicero. Los mortales normales y corrientes evitaban sentarse en las piedras de los kurgán, porque temían a los espíritus de los muertos. Ella no.

—¿Cómo te llamas, niña? —preguntó Kineas.

—¿Cuándo vendrás a por tus caballos, strategos? —preguntó ella—. Suspiran por ti; y montas sangre bajuna. Eres rey. Te lo digo yo. Mi padre también lo dice. Le duele verte a horcajadas en un jamelgo geta cuando deberías montar un caballo real.

Kineas se sentó en la grada de tierra cubierta de hierba creada por el lento hundimiento del techo del kurgán y suspiró.

—Son buenos caballos —admitió.

—Y a mi padre le contraría que no vayas a trepar al árbol. Dice —y aquí arrugó la cara y cuadró los hombros para poner la espalda bien derecha, una visión espeluznante—, dice que te dejas guiar por el miedo en lugar de por tu percepción de baqca.

Kineas volvió a suspirar.

—Kam Baqca está muerto —dijo. La chiquilla se encogió de hombros.

—Mucha gente está muerta —replicó la niña—. ¿También debería estar callada?

Kineas habló precipitadamente porque no quería discutir y porque lo estaba fastidiando.

—Nosotros no creemos que los muertos hablen —explicó.

La niña lo miró desde debajo de sus oscuras cejas rectas.

—¡Eso no es verdad! —protestó.

Kineas captó su propio error y se rió de su incapacidad para vencer a una jovencita en un debate.

—Los muertos pueden hablar en las grandes ocasiones —admitió Kineas.

—Los muertos pueden hablar siempre que a los dioses les venga bien permitir que lo hagan —repuso la niña, como si enseñara una lección—. De modo que no deberías mentir. Los muertos hablaron a Ulises en la Odisea. Si el Poeta lo dice, tiene que ser verdad, ¿no te parece? —Lo miró.

Kineas notó que el vello del cogote se le estaba erizando.

—¿Has leído al Poeta? —preguntó.

—Por supuesto —contestó la niña con absoluto desdén—. Y en las obras... en las obras, los muertos hablan sin parar. Vi una en Olbia.

Kineas meneó la cabeza.

—¿Quién eres?

Ella se levantó riendo, como lo haría cualquier niña feliz de doce años.

—Nihmu Caballo Blanco de la Realeza Sakje —contestó orgullosa—. Kam Baqca fue mi padre y Attalos de los Cíclopes mi abuelo. Arraya Solitaria fue mi madre y Srayanka la Arquera fue la madre de mi padre. —Recitó de un tirón su impresionante linaje con el sonsonete de las cosas aprendidas de memoria.

Kineas la ayudó a bajar de la piedra como haría con cualquier niña y recordó a sus hermanas en los olivares de la familia, y de cómo habían afirmado ser mujeres en cuanto habían aprendido a caminar. Aquella niña parecía tener cualquier edad y ninguna.

—¿Dónde estás acampada? —le preguntó.

—Con los prodromoi —contestó Nihmu.

—Todos los exploradores se han ido al Caspio —dijo Kineas. Estaba perplejo otra vez. Un trueno retumbó a lo lejos, una tormenta de final de verano que no traía lluvia.

La niña frunció el ceño y meneó la cabeza deprisa.

—¡Más vale que corras! —advirtió. Lo agarró de la mano y se puso a tirar como cuando una de sus hermanas quería una golosina de miel en el ágora—. ¡Corre!

—¿Por qué? —preguntó Kineas. Ahora ella parecía estar muy lejos.

—¡*Porque morirás!* —profirió la otra voz grave. Pero la niña se mostró tan asustada como él y echó a correr colina abajo perdiéndose en la creciente oscuridad.

Cuando Kineas despertó, Niceas estaba a su lado, sacudiéndolo.

—Sabía que te habías escabullido para echar un sueñecito —le dijo.

Kineas miró alrededor y poco a poco se dio cuenta de que estaba acurrucado contra la piedra del kurgán. Tenía el cuerpo helado y estaba asustado.

—¿Qué me está pasando? —preguntó al cielo.

Niceas olvidó sus chanzas y adoptó un aire preocupado.

—¿Qué ocurre?

Kineas se cogió la cabeza con las manos.

—Los velos entre el mundo de los sueños y el mundo de la vigilia se están desgarrando —respondió—. O me estoy volviendo loco.

La noche siguiente, Kineas soñó con su propia muerte, y soñó con el árbol, y soñó con esqueletos que le ofrecían la arena que manaba de sus bocas; un arquero persa, otro hombre a quien había comprado una copa de vino después del saqueo de Tiro. A veces, ni siquiera eran reconocibles; lo peor fue un cadáver decapitado que vomitaba arena por el muñón del cuello. Sueños como éste le impedían descansar, y comenzó a tener miedo de apoyar la cabeza en su manto. Y era incapaz de enfrentarse a los sueños del árbol. La idea de trepar al árbol era como una afrenta a su helenismo, y los sueños eran peores ahora que habían dejado atrás la ciudad.

Por la mañana cabalgó entre los campamentos. Observó a los granjeros sindones y a los pescadores meotes secar sus salmones. Observó a los capitanes griegos comprar salsa de pescado de cien en cien frascos en el mercado de la playa y cargarlos a bordo antes de levar anclas y remar lentamente a través de las olas verdosas de aguas someras hacia los bancos de arena que casi impedían navegar por el lago Meotis. Cuando sus velas se perdieron en el horizonte, empezó a pesar sobre él la enormidad de su compromiso con la expedición, pues había comprometido su fortuna personal y las riquezas heredadas; y eso, sumado a la falta de sueño, lo convertía en un peligro.

Kineas sabía que Niceas lo vigilaba con creciente inquietud, quizás incluso enojo. Niceas hacía lo posible por mantenerlo ocupado organizando inspecciones, cabalgadas por la playa, celebrando un simposio a orillas del mar para despedir a los marineros de Pantecapaeum. Nada de esto ocupaba plenamente a Kineas, y su mal

genio se iba acrecentando. Igual que el de Niceas.

Al cabo de unos días de inactividad y más noches de sueños atroces, la sección de Diodoro emprendió la marcha, cargando con casi todo el grano que quedaba en el almacén que había montado Eumenes. Los rebaños ya se habían reducido en un tercio.

—¿Por qué no nos vamos con Diodoro? —preguntó Niceas—. El príncipe se las arreglará sin problema para cruzar las tierras altas. Ares podría cabalgar todo el camino hasta Maracanda sin nosotros.

—Si quieres, ve tú con Diodoro —repuso Kineas.

Niceas dio media vuelta y le plantó cara.

—¡No seas imbécil, strategos! —le espetó—. Llevas toda la semana incordiando y no tengo por qué aguantarlo. Intento ayudarte y no me dejas.

—Me es imposible dormir —reveló Kineas. Niceas le pasó una jarra de vino que quedaba del simposio.

—Filocles me dijo cómo remediarlo —dijo—. Empieza a beber. Ya te diré cuándo puedes parar.

—Soy el comandante de esta expedición —protestó Kineas—. No puedo emborracharme.

Niceas le acercó más la jarra.

—Vino griego para tener sueños griegos, según Filocles.

Kineas negó con la cabeza.

—Lo siento, amigo mío, pero aún no estoy tan mal.

Niceas enarcó una ceja.

—Que los dioses me libren del día que estés peor.

Kineas logró sonreír.

—Llevas razón. Tengo que marcharme de este campamento.

Niceas se frotó la nariz.

—¡Ya iba siendo hora!

—Vayamos a cazar. Alcanzaremos a Diodoro en el camino. Informaré a Lot.

El agobio de Kineas disminuyó en cuanto se alejó del lago Meotis, de modo que, cuando su caballo dejó atrás el primero de los grandes meandros del Tanais sólo sentía una terrible fatiga. Permitió que Niceas lo guiara durante unas cuantas parasangas y acamparon en un risco que se alzaba sobre el río como una fortaleza construida por la naturaleza.

—Sólo quiero dormir —dijo Kineas.

Niceas le pasó una copa de asta llena de vino aguado.

—Primero bébete esto —ordenó.

Kineas dirigió la mirada hacia las granjas de la otra orilla del río.

—Según Heródoto, estamos en Asia.

Niceas se encogió de hombros.

—Ya he estado antes en Asia —señaló—. Si insistes en seguir con esto, mañana tendremos que cazar.

Kineas asintió. En lugar de relajación, sólo sentía las angustias de un comandante alejado de sus tropas.

—No tendría que haber abandonado al ejército —dijo, y se bebió el vino. Luego tomó otra copa y finalmente cayó dormido.

El árbol se elevaba por encima de él, una interminable profusión de fecundidad, cargado de fruta madura; manzanas, limones y otras variedades jugosas que oscilaban en un derroche de vida y color. Los pájaros bajaban en picado y salían disparados del árbol, arrancando comida en la maraña de ramas. Y en torno a las ramas de frutas, siguiendo hacia arriba, hasta una capa de ramas y nubes que ocultaban el horizonte, había ramas de madera noble y de conífera, todas lozanas y perfectas, sin enfermedades, de modo que el árbol era todos los árboles y cubría el mundo entero.

Los pies se le hundían en el barro y la sangre de los muertos junto al tronco del árbol, y al moverse notaba los huesos que rompía al pisar por más cuidado que pusiera. Tenía que trepar; de hecho, veía a una pareja de aguiluchos acunados en una de las ramas que tenía encima, y le estaban gritando, y tenía que ir con ellos. Las necesidades de las aves eran más apremiantes que las suyas. Pero, cuando comenzaba a abrirse paso entre la inmundicia, un cadáver se levantó de la mugre para enfrentarse a él. Se levantó con garbo, sin la rigidez que tan a menudo mostraban los muertos, y el rostro del cadáver estaba terso y limpio y sin marcas, a

pesar de las heridas que presentaba en el cuerpo.

Era Ajax.

Ajax sonrió. Fue una sonrisa llena de tristeza y de otras cosas: camaradería, amor, pérdida y añoranza. Pero era una sonrisa. Tendió la mano a Kineas y Kineas se la estrechó.

En torno a ellos, otros cadáveres aparecieron, cadáveres que conocía, los hombres de sus otros sueños, un silencioso clamor de muertos y carne en putrefacción. Kineas los rehuía, pero lo tenían cercado, cada uno con un puñado de arena.

Más allá del desgarrador espectáculo de los compañeros y los amigos muertos, hombres cuyas muertes en muchos casos llevaba sobre sus hombros, que habían muerto a sus órdenes o a su lado, había una espantosa llanura sembrada de muertos persas y getas y de otros pueblos que se extendía hasta el horizonte.

Ajax tiró de él y luego lo empujó hacia el árbol, interponiendo su cuerpo entre Kineas y los demás muertos. Kineas se agarró al tronco y se encaramó a la primera rama con toda la fuerza de su sueño, subió una pierna a la rama y quedó colgado, aterrado y sudoroso, mientras Ajax desaparecía en una melé de muertos, y Kineas tuvo la sensación de haber abandonado al muchacho, lo dio por muerto y lloró. Y el llanto era un atroz dolor descarnado que le oprimía los ojos como si los suyos propios amenazaran con salirse de las órbitas, y entonces granos de arena le manaron de los ojos llenándole las manos, arena mezclada con sangre, y gritó y gritó y...

Niceas le sujetaba los brazos y le murmuró al oído hasta que se calmó. En su mente anegada en miedo y fatiga, Kineas supo que Niceas le hablaba como lo haría a un caballo asustado, y eso lo reconfortó, y a pesar de sus temores volvió a quedarse dormido.

Le asombró regresar al sueño en el mismo lugar, con una pierna sobre la áspera corteza de roble de las ramas bajas del árbol. No podía ver el suelo, sólo aquella niebla baja que corría a ras del mar de hierba en otoño, y los muertos habían desaparecido. Estaba en el árbol. Tuvo que admitir, empujado por el sueño, que se había resistido a ir al árbol desde el día de la batalla, y que ahora lo hacía con gusto.

Trepó hasta la rama en la que había visto a los aguiluchos, pero ya no estaban; habían subido más alto, según veía ahora. Se asomaban desde su rama, su inmaduro plumaje marrón apagado tenía algo de cómico, y lo miraban con ojos curiosos, y le gritaron armando mucho alboroto cuando él se encaramó a otra rama. A aquella

altura, cada rama era tan grande como un noble árbol de un bosque imperial en Persia, o en la arboleda de un templo en Arcadia, y trepar por el tronco era cuestión de elegir con cuidado puntos de apoyo para las manos y los pies en la rugosa corteza. Buscaba y trepaba, y la cabeza se le llenó de recuerdos de juventud, recuerdos de estar sentado en el polvo del ágora de Atenas escuchando a tutores y filósofos, unos más sabios que otros, algunos oradores brillantes y uno incapaz de decir más que unas pocas frases sin que le fallara la voz y se quedara mirando estupefacto el mundo que los rodeaba, a menudo entre los abucheos de sus compañeros: sus propios abucheos.

¿Porqué? ¿Por qué había sido tan desdeñoso y burlón? Aquel hombre era discípulo de Platón, una mente brillante que estudiaba muchas cosas en el círculo de los cielos. Pero, con su discurso vacilante, se había ganado las burlas de los pupilos y sus tutores no habían hecho nada para detenerlos, hasta que el pobre hombre había huido del ágora. Aun en sueños, Kineas hizo una mueca al recordar que él había sido el primero en gritar un insulto, sintiéndose osado, viril, adulto.

¿Por qué no los habían reprendido sus tutores?

¿Tal vez porque ellos mismos, meros tutores de los ricos ociosos, se regodeaban con la turbación de alguien con más talento que ellos?

Era un recuerdo profundamente doloroso, un acto innoble mediante el que había incitado a otros a portarse mal. Y había sido uno de los momentos que definieron su liderazgo sobre los demás jóvenes: su osadía lo había convertido en líder.

La consecuencia de una mala acción había sido su propio éxito como líder. Por supuesto, su liderazgo de los jóvenes aristócratas había sido la causa de que lo enviaran con Alejandro para luego exiliarlo. Y Moira lo había enviado desde el exilio para que fuera arconte de Olbia, y luego hasta allí.

Reflexionó sobre todo ello y trepó más arriba.

Había otras formas de horror aparte de los cadáveres en descomposición...

Se despertó por la mañana, más descansado que desde hacía semanas, por culpa de los ronquidos de Niceas. Bajo el risco donde habían acampado, el Tanais discurría majestuosamente, todavía crecido por las aguas de la lluvia que había durado un mes, ancho como un lago. Amaneció, y el sol subió al éter pintado de rosa cuando el carro alado de Apolo inició su trayecto a través de los cielos. Kineas escuchó los sonidos del bosque que tenía detrás, observó a una manada de ciervos acercarse al río debajo del risco, un lanzamiento de jabalina fácil que dejó correr porque percibía la paz de Zeus en todo el Tanais y no abrigaba deseos de romper la tregua. Los pájaros cantaban.

Estaba confundido por sus sueños. Hacía años que no pensaba en cómo había atormentado al erudito en el ágora, pero ahora sabía que el sueño era real; de hecho,

ahora recordaba el incidente y su secreta vergüenza. Volvió a sentirla otra vez. Asintió ante aquel pensamiento porque había aprendido algo. Estaba cansado, pero extrañamente pletórico de vitalidad.

—No tendría que haberme mantenido alejado del árbol —dijo en voz baja.

—No —dijeron el viento y los ronquidos y los pájaros en el cielo. Resultó aterrador, pues aquel «no» fue perfectamente audible.

Kineas se puso en pie de un salto, pero allí no había nadie más que Niceas con sus prosaicos ronquidos y los ciervos que corrían por la orilla del río como si los persiguieran los lobos. Mientras los miraba, los ciervos aflojaron el paso, se detuvieron y, con infinita cautela, se pusieron a beber de nuevo.

Kineas suspiró y se dispuso a encender el fuego con manos temblorosas como después de un combate. Fue paciente y meticulado, y recordó muchas cosas: las primeras partidas de caza con su padre, sus primeros días en el campo con Niceas. Cortó ramas menudas con el cuchillo de comer y partió otras más grandes al mismo tamaño. Sacó del morral el tubo de carrizo, conservado cuidadosamente durante diez años de campañas, y soplando a través de él avivó el rescoldo y encendió el fuego con las ramas que había preparado, añadiéndolas de una en una hasta tener una buena fogata. Puso una perola de cobre encima para el té y se sentó satisfecho.

Abajo, en el río, saltó un salmón, y luego otro. Un águila se lanzó en picado desde la derecha, atrapó un salmón con sus poderosas garras y reemprendió el vuelo, batiendo con fuerza las alas para compensar el peso de su presa, de modo que el ave voló río abajo unos cuantos dactyloi a ras de la superficie del agua.

—Gracias, Señor de los Cielos, Guardián del Trueno —dijo Kineas.

El augurio era de los mejores y, además, la tregua del dios la había roto el propio Señor de los Cielos. Jabalina en mano, Kineas bajó con cuidado del risco y avanzó de árbol en árbol siguiendo la ribera. A lo lejos, veía una serie de granjas cercanas al siguiente meandro del río; sus chimeneas humeaban en la nueva mañana.

El ciervo dominante levantó la cabeza y Kineas, que se hallaba a sotavento, se quedó inmóvil. Una hembra levantó la cabeza; luego otra. Era un lanzamiento muy largo, y el tiempo que tardaría Kineas en cambiar de postura para efectuarlo lo hacía imposible. Aguardó.

Se irguió otra cabeza: un macho joven. Dio un paso hacia Kineas y volvió la cabeza como si intentara ver algo en la otra orilla del río.

Kineas permaneció inmóvil.

La hembra bajó la cabeza y siguió bebiendo; luego el ciervo joven dio unos pasos e hizo lo mismo. Kineas avanzó poco a poco, casi pegado al suelo.

Una cabeza se irguió. Kineas no veía muy bien, pues al ponerse a cubierto había sacrificado su ángulo de visión. Se detuvo. Ahora los tenía a su alcance, pero estaba mal situado tras un montículo de hierba donde había caído un árbol, probablemente

con la crecida del último deshielo, que al pudrirse en el limo formó una serrezuela en miniatura.

Encima de él, sobre el risco, apenas a un pletbron de distancia, Niceas se incorporó y se desperezó. Las cabezas se irguieron, atentas a ese nuevo movimiento. Al otro lado del río, el águila lanzó un estentóreo chillido de satisfacción tras el festín de salmón. Cuando las cabezas de la manada giraron a la vez, Kineas rodó por el suelo desde detrás de su montículo y se puso de pie. Presa del pánico ante su súbita aparición, el cervato chocó con una de las hembras y ambos tropezaron, perdiendo una zancada, y su jabalina voló, trazando un arco hacia los cielos antes de caer y clavarse entre los omóplatos del cervato. Dio un paso y cayó, despatarrado, ya muerto. La hembra lo lamió antes de huir.

Kineas abrió el ciervo en canal, dedicó a Artemisa una oración que había aprendido de niño y lo destripó en un árbol cercano. Dejó al ciervo colgado y se lavó en el río antes de trepar el risco con un par de chuletones envueltos en hojas de roble.

—Alguien se encuentra mejor —comentó Niceas. Estaba acurrucado con su manto y una copa de asta en la mano.

Kineas dejó los chuletones con su envoltura de hojas junto al fuego.

—Sí —dijo. Lucía una sonrisa que le partía el rostro como la corona de honor de un atleta.

Niceas se puso a cortar ramas verdes de un aliso.

—Si querías ir de caza, podrías habérmelo dicho —bromeó.

Kineas se encogió de hombros.

—No sabía qué quería —respondió.

—Bueno —dijo Niceas. Pinchó la carne de ciervo con cuidado, ensartando tres palos elásticos en cada chuleton para luego clavarlos en la tierra arrimados al fuego, cuyas brasas apiló junto a cada uno de los enramados que sostenían la carne. Los chuletones comenzaron a chisporrotear casi de inmediato y la barriga de Kineas hizo un ruido. Ambos se echaron a reír.

—Está caliente —advirtió Niceas. Había hervido agua en la perola de cobre y añadido unas hierbas que le habían enseñado a usar los sakje y un poco de miel. Sentaba bien tomar aquel brebaje por la mañana y, además, así se ahorraba vino.

Kineas tomó la copa que Niceas le alcanzaba y bebió. Sonrió.

—Terminaremos por convertirnos en sakje —dijo—. ¿Qué hierba es ésta?

—Los sakje la llaman «garella» —contestó Niceas—. Encontré una mata por aquí cuando acampamos.

—Es amarga —observó Kineas—. Suerte de la miel.

Niceas se encogió de hombros.

—Está caliente y quita la sed. A Srayanka, tu Medea, le gusta. Por eso aprendí a usarla.

Kineas asintió y bebió más. Le supo mejor. ¿O fue cosa de su imaginación?

—Podríamos regresar a Atenas —dijo Niceas.

Kineas se apartó del fuego como si se hubiese quemado.

—¿Qué? —exclamó.

—Que podríamos regresar a Atenas —repitió Niceas—. Te han levantado el exilio y te han devuelto las propiedades. ¿Cierto?

Kineas miró al otro hombre.

—¿A qué viene esto?

Niceas se encogió de hombros, arrancó los palitos del suelo y cogió un pedazo de carne. Olía deliciosamente y tenía muy poca grasa.

—Las llanuras no te sientan bien —respondió—. Todos esos sueños. Y la guerra. Ya hemos tenido bastante guerra, ¿no?

Kineas miró a su hipereta como si lo viera por primera vez.

—¿Ya has tenido bastante guerra?

—Con la primera vez tuve bastante —replicó Niceas—. Pero, como le pasa a Menón, es la única vida que he conocido. Estoy aguardando... aguardando a que te retires para poder retirarme también yo.

Kineas observaba el rostro de su amigo.

—Yo no regresaré a Atenas, viejo amigo.

Niceas meneó la cabeza.

—Claro que no. Ha sido una estupidez mencionarlo, sólo que... sólo que no veo un final. Cabalgamos hacia el este. ¿Y luego qué? Encuentras a tu Medea y sois felices por siempre jamás. ¿Qué pasa con los demás muchachos? ¿Tomamos una esposa sakje y nos afincamos o qué? ¿Luchamos contra Alejandro? ¿No haremos más que seguir luchando contra Alejandro? ¿Quizá seguiremos avanzando hacia el este? ¿Volveremos aquí y le declararemos la guerra a Marthax? —Niceas se iba enojando a medida que hablaba—. Es el cuento de nunca acabar, Kineas. A este paso, te convertirás en un jodido Alejandro. ¿Y para qué?

Kineas se rascó la barba, herido en lo más hondo.

—Se lo prometí a Srayanka.

Niceas asintió.

—Se lo prometiste. ¿También le prometiste a Eumenes? ¿Diodoro? ¿Antígono? ¿Coeno? ¿A mí? —A cada nombre, levantaba la voz—. Dejaremos nuestros putos cráneos perdidos en un páramo tártaro más allá del fin del mundo, ¿no?

Kineas apuró la garella y se sentó. Dobló las piernas y las rodeó con los brazos.

—¿Por qué no dijiste todo esto en Olbia? —preguntó.

Niceas se encogió de hombros.

—En realidad, no se me ocurrió hasta que vi lo que esta campaña te estaba haciendo. Y hasta que vi zarpar los barcos. Eso me dolió.

Kineas miró hacia otro lado.

—Yo tengo que hacer esto. Vosotros no. Ya os lo dije en Olbia.

La voz de Niceas fue amable, en lugar de enojada.

—Eso son paparruchas, hiparco. Todos te seguiremos adondequiera que decidas ir. Nos has entrenado para que seamos así y así es como somos. Diodoro no te abandonará, yo no te abandonaré. Ahora Eumenes tampoco te abandonará. Casi resulta divertido, porque cada uno de nosotros tiene su pequeño séquito; los condenados que siguen a los condenados que siguen a Kineas.

Kineas pensó en los muchachos que abucheaban al filósofo que se daba a la fuga. En lugar de darle una réplica enojada, asintió.

—¿Serviría de algo si prometiera que ésta será la última vez? —preguntó.

Niceas negó con la cabeza.

—No. Porque siendo quien eres, no será la última vez. Pero ayudaría a quienes te seguimos que planificaras un poco el viaje de vuelta a casa, no sólo el viaje de ida.

Kineas miró a su amigo a los ojos.

—Yo no volveré a casa —dijo.

Niceas le sostuvo la mirada.

—Lo que tú digas. Sin embargo, puede que los demás lo hagamos.

Kineas asintió.

—Lo entiendo.

—¡Bien! —exclamó Niceas—, porque la carne está hecha.

Una hora después, cabalgaban por las llanuras, entre los bosques de robles y el río. Vieron granjas y labriegos meotes, más pálidos que los sindones pero con atuendos del mismo colorido. Eran prósperos, y las mujeres lucían alhajas de oro, incluso cuando trabajaban con la azada en sus huertas o recolectaban la cosecha. La pareja que iba a caballo pasó en dos ocasiones ante grupos de cientos de meotes que segaban trigales. Había grano en todos los canastos, y más en los delantales. Los graneros de piedra y de adobe punteaban el paisaje a lo largo del río, cada uno con su pequeño atracadero y lleno de grano a rebosar.

Kineas meneó la cabeza.

—El vellocino de oro —dijo.

Niceas asintió.

—Alejandro pierde el tiempo en Persia —repuso—. Éstas son las granjas más ricas que he visto jamás.

Cuando el sol llegó a lo más alto del cielo, Kineas se detuvo junto a un grupo de meotes sentados a la sombra de un gran roble, comiendo pan y queso. Desmontó. Los hombres lo miraban con recelo.

—¿Alguno de vosotros habla griego? —preguntó.

El campesino de más edad se levantó y se aproximó, pero negó con la cabeza.

—¿Sakje? —aventuró Kineas.

El campesino sonrió, mostrando más dientes que huecos. Eran un pueblo bien parecido, con el pelo tan rubio como sus cosechas en otoño y la estatura de quienes comían bien a lo largo de todo el año.

—Un poco —contestó el campesino.

—¿Conoces Olbia? —preguntó Kineas.

El labriego asintió.

—Somos de Olbia. Un ejército viene hacia aquí, siguiendo el Tanais. Mi ejército. Pagaremos por grano. —Kineas se encontró con que el sakje lo obligaba a ser sucinto.

El labriego asintió.

—Soldados vienen. Jinetes vienen —dijo—. Dicen lo mismo. Pagan oro por grano —añadió aprobando.

Kineas le mostró una lechuza de plata.

—Compraría pan y queso, si pudiera —dijo.

El campesino se encogió de hombros. Se dirigió adonde estaba su esposa y regresó con un cesto lleno de pan y queso.

—Por nada —dijo con evidente orgullo—. Por amigo.

Niceas asintió.

—Cualquier campesino haría lo mismo. Son buena gente. —Fue hasta su caballo, cortó un pedazo de venado y se lo llevó al campesino—. Por nada —dijo en sakje, y el campesino le sonrió.

Siguieron cabalgando, comiendo sobre la marcha.

—La disciplina de la columna debe ser buena —comentó Niceas—, de lo contrario esa gente se largaría en cuanto viera soldados.

—Estamos en tierras de los Gatos Esteparios —dijo Kineas.

—Dudo que esos meotes estuvieran de acuerdo —replicó Niceas—. Esto es tierra de nadie. —Miró a Kineas desde sus pobladas cejas—: Podrías construir algo aquí —añadió.

Kineas lo miró.

—¿Construir algo? —preguntó.

Niceas gruñó y siguieron cabalgando.

Pasaron la noche en una sólida casa de piedra. Kineas se acostó junto al fuego, el frío arreciaba por la noche, y cayó dormido en cuanto apoyó la cabeza en las pieles.

Los dos aguiluchos volvían a estar encima de él y armaban alboroto. Les sonrió y ellos lo contemplaron con curiosidad, y entonces comenzó a trepar hacia ellos. Apoyó una pierna en una rama alta del gran árbol, se arrimó para no perder el

equilibrio y abrazó el tronco...

Abrazó su cintura, y ella hizo ademán de apartarlo, sólo con la palma de la mano y sin empujar mucho. Le levantó la túnica con la mano libre hasta que tocó la cálida vitela de su cadera con los dedos, y su erección cobró vida propia.

—No, mi señor —dijo ella, sin demasiada convicción. En realidad, más por cansancio que por rechazo. Era bonita, senos turgentes y cintura de avispa, y todos los hombres jóvenes la deseaban. Le había sonreído varias veces, y ese día, cuando vino al establo con dos cubos de agua, él la había besado, y ahora la tenía debajo en un lecho de paja.

Paseó la mano por debajo de la fina lana, por el montículo de su vientre y por sus senos. La prenda se amontonó en torno a sus caderas, y las movió porque estaba incómoda.

—¡Basta! —exclamó, con un poco más de énfasis—. Por favor —suplicó.

Le acarició el pezón, y éste cobró vida bajo su mano y la hizo gemir.

—No, amo. Señor. No —dijo. La besó y ella respondió, despacio al principio y luego con más ganas, hasta que se puso a tirar de él y él la penetró, derramándose tan aprisa como había entrado. Entonces ella se levantó, se sacudió la paja, se arregló la túnica y se limpió los muslos, y luego se fue a abrevar a los caballos.

«Nunca volvió a sonreírme —pensó Kineas—. La violé. Era una esclava y rechazarme hubiese sido como negarse a comer. Pero llamemos a las cosas por su nombre: fue violación.»

—Sí —dijo Kam Baqqa. Iba montada en su gran caballo de batalla, y se alzaba majestuosa ante él—. Aunque no fue hecho con ira, estuvo mal. Cuando un amo fuerza a un esclavo, ¿cuál es el crimen?

Kineas pensó que aquélla era una pregunta retórica, pero el sueño se demoró, igual que la pregunta, y...

Se despertó con aquella pregunta en mente, sabiendo a ciencia cierta que su cuerpo pensaba que Srayanka estaba demasiado lejos.

Se levantó y tomó un brebaje con miel que fue de su agrado y comió pan. El campesino le habló largo rato, disertando sobre la cosecha, al parecer, y esperando que la sequía se prolongara. Kineas entendía una de cada cinco palabras, sin embargo sabía que el hombre tenía buena intención.

Reanudaron la marcha de buena mañana, una lechuza de plata más pobres y con los caballos cargados de comida. Las vigas de la casa estaban llenas de víveres, hierbas, queso, carne seca, y la familia poseía cuatro copas de oro.

—¡Esta gente es rica! —exclamó Niceas—. ¡Pero no tienen esclavos!

Kineas se rascó la barba y siguió cabalgando.

—Una forma de riqueza en sí misma —señaló, pensando en sus sueños.

Niceas asintió pensativamente.

—¿Qué te ha estado contando esta mañana?

Kineas volvió a rascarse la barba.

—Me hablaba de la cosecha y del tiempo. Y de algo más. Creo que me prevenía contra los bandidos, aunque puede que tan sólo reprobara el hecho de serlo.

Niceas gruñó.

—¿Has visto las marcas de fuego en la piedra? —preguntó.

Kineas se había fijado en ellas.

—Eran recientes —observó, y Niceas asintió.

Aquella tarde alcanzaron la retaguardia de Diodoro. Coeno se sorprendió al ver a Kineas, pero sus hombres montaban guardia con eficacia y fue recibido, saludado y vitoreado mientras él y Niceas cabalgaban a lo largo de la columna. Se detuvieron para pasar la noche con la caballería y compartieron un venado que Coeno había matado, con la intención de reanudar la marcha por la mañana pese a las protestas de Diodoro.

Aquella noche Kineas tuvo otro sueño de juventud que lo sumió en el silencio al despertar, un sueño en el que él y otros chicos atormentaban a un perro. Había sucedido. Lo había olvidado.

Cuando después del desayuno montó, Diodoro fue a su encuentro a caballo junto con Safo y varios miembros de su Estado Mayor.

—El strategos no debería andar solo por estos pagos —dijo Diodoro—. Los lugareños afirman que hay bandidos en las colinas.

Niceas gruñó. Kineas enarcó una ceja.

—¿Debería tener miedo? —preguntó.

Diodoro se encogió de hombros.

—Bien sabes a qué me refiero —dijo.

—Ataelo habrá explorado el territorio —respondió Kineas.

—Este valle es tan ancho que Ataelo podría situar a una de sus exploradoras de torso desnudo a cada estadio y no lo cubriría —bromeó Diodoro—. Sólo quieres correr aventuras.

—Sí —afirmó Kineas. Cualquier cosa que añadiera sólo daría pie a más chanzas.

Desde detrás de Diodoro, Safo sonrió. Iba montada en un caballo de combate, un animal que pocas mujeres serían capaces de manejar. Lo hacía bien.

—Eres un cabrón con suerte —observó Diodoro. Tras una pausa, agregó—: Deja que vaya contigo.

Kineas lo pensó un momento. Pocas cosas le gustarían más que cabalgar en compañía de sus dos últimos atenienses, dos de los tres hombres que más amaba en el mundo; pero negó con la cabeza, mirando hacia la columna.

—Te necesitan —repuso.

Diodoro hizo una mueca.

—Palabras más ciertas nunca fueron pronunciadas —soltó a regañadientes, y se encogió de hombros—. También te necesitan a ti —añadió.

Safo acercó a ellos su caballo.

—La razón, mi señor, puede morar dentro de un hombre —dijo, citando a Sófocles.

—Y, sin embargo, abandonarlo cuando surgen problemas —apostilló Diodoro, rematando la cita con delectación. Se miraron de hito en hito, y compartieron una sonrisa que asomó en las finas arrugas de los ojos de Safo.

Kineas los miró.

—¿Debo deducir que tengo vuestro permiso para irme? —preguntó.

Diodoro asintió, riendo.

Cabalgaron siguiendo el curso del río durante media jornada y Kineas no dijo nada aparte de algún comentario sobre los campos y el tiempo. Finalmente, al coronar una larga sierra para ver otra a lo lejos y tierras altas en todas direcciones, Kineas se volvió hacia Niceas.

—¿Alguna vez piensas en las malas acciones que has cometido? —preguntó.

Niceas miró hacia el río.

—Constantemente —respondió.

—¿Y? —preguntó Kineas.

Niceas lo miró y frunció el ceño.

—¿Y qué? Lo hecho, hecho está. No puedo deshacerlo. Sólo procurar no volver a caer en el mismo error.

Kineas se rascó la barba.

—Si alguna vez regresamos a Atenas, te voy a erigir en filósofo.

Niceas enarcó una ceja.

—Si alguna vez regresamos a Atenas —dijo—, vas a montarme un burdel. Quizás enseñe un poco de filosofía a los chicos y las chicas.

Kineas sonrió ante la idea y siguió cabalgando, guardándose sus pensamientos para sí. Después de cenar, se acurrucaron en sus mantos junto al fuego crepitante y, por primera vez en semanas, el sueño eludió a Kineas.

—Echaba de menos esto —dijo.

Niceas dio un resoplido.

—¿Cómo? ¿Cuatro semanas en Olbia y ya echabas de menos acostarte en el suelo?

Kineas se puso boca arriba y contempló la bóveda celeste.

—Desde hace más tiempo. ¿Recuerdas al barquero con el que cruzamos el Danubio?

—¿El que creía que todos moriríamos cuando aparecieran los getas? Jamás olvidaré aquella noche. ¿Por qué?

Kineas dijo:

—Esa noche pensé que una docena de hombres y un par de esclavos eran una responsabilidad que pesaba mucho sobre mis hombros. Me parecía curioso poder olvidar la carga que supone estar al mando.

Niceas gruñó.

—¿Y tú? —preguntó Kineas—. ¿Por qué la recuerdas?

Niceas se removió; intentaba cambiar de postura sin que se le escapara el calor atrapado bajo su manto.

—Fue la última noche que dormí con Graco —dijo. Niceas y Graco habían sido amigos y amantes durante años, y Graco, por supuesto, había muerto al día siguiente.

—Soy un idiota —dijo Kineas.

Niceas se acurrucó junto a su espalda.

—Sí —afirmó—. Y ahora, a dormir.

Cuando a la mañana siguiente montaron a lomos de sus caballos, vieron que el terreno se elevaba a ambos lados y que el río discurría deprisa por un estrecho cañón, de modo que ya no sería posible vadearlo ni cruzarlo. Kineas mató otro venado a caballo, un lanzamiento montado que le valió la sonrisa de Niceas.

—¡Fanfarrón! —Niceas meneó la cabeza—. ¡Podrías haber perdido tu mejor lanza!

Kineas correspondió a la sonrisa, descuartizaron la res y luego se bañaron en las gélidas aguas para lavarse la sangre.

Aquella noche fue la más fría hasta entonces. Kineas volvía a sentir el peso de sus responsabilidades y se preguntaba si podría largarse y olvidarlas sin más. De nuevo yació insomne; aún temía a sus sueños, con la complicación añadida de que estaba ahíto de dormir. Niceas ya roncaba a su lado, y hacía demasiado frío para salir del manto y de la pesada manta de lana que los cubría a los dos. Como el frío arreciaba, se arrimó más a Niceas y luego se preocupó por su ejército. La mayoría de los hoplitas que iban en la vanguardia no tendrían ni una manta de sobra. Pensó en los soldados de Jenofonte en la Anábasis y se preocupó; y, preocupado, se durmió.

Ajax lo empujó deprisa al árbol, y sus amigos muertos ya eran menos. Kleistenes había desaparecido. Kineas se sentía como un cobarde mientras se encaramaba al árbol y comenzaba a trepar. Le resultó fácil alcanzar la altura de antes, y entonces...

Corría por los campos situados al norte de la granja de su padre, a toda velocidad. Cazando conejos.

Se encontraba entre los últimos hombres del campo, pues todos los adultos y los entusiastas de la caza estaban desplegados delante formando un amplio círculo

detrás de los perros. Podía oír a los perros, sus burdos aullidos, sus ansias animales de matar, y le daban asco, y las piernas se le ralentizaban, las pocas ganas de ver el resultado coincidían con su propia fatiga. Un poco más adelante se cayó, de modo que hasta los chicos más lentos lo adelantaron.

Los aullidos de los perros dieron paso a un coro de gruñidos y luego a feroces rugidos que le aterraron. Siempre le aterraban. Aflojó más el paso, esperando eludir el final, pero aun así lo percibía: el intenso olor a tierra y cobre de un animal desgarrado por una docena de mandíbulas.

—¡Eres una vergüenza! —lo regañó su padre—. ¿Qué te he dicho?

Kineas se encogió.

—Me has dicho que no debía llegar el último —contestó Kineas—. ¡Lo he intentado! —gimoteó.

El puño de su padre le alcanzó en la sien y lo derribó. Podía oler el conejo muerto y el sudor de su padre y de los demás hombres.

—¡Esfuézate más! —dijo su padre.

Se despertó exhausto, con la vejiga a punto de reventar. Era demasiado temprano para la nueva luz del día, y el frío calaba tan hondo que tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para separarse del calor que le daba Niceas. De la fogata no quedaba más que el rescoldo, que apenas irradiaba calor, y ninguna luz; y a oscuras tropezó con las jabalinas antes de encontrar un sitio donde aliviarse. Toda una vida de disciplina de campaña lo obligó a echar lo que quedaba de leña al fuego, pero no encontró la leña y fue dando traspiés, maldiciendo el frío.

—Mea por mí, ya que estás de pie —murmuró Niceas.

Kineas encontró la leña cuando tropezó con ella. La recogió a ciegas y, mientras buscaba el último tronco decente, oyó un caballo. Dejó la leña junto al rescoldo y buscó una jabalina a tientas. Apenas podía sostenerse de pie con la fatiga del sueño.

—¿Has oído eso? —preguntó.

—Un caballo —respondió Niceas.

Oyó que Niceas apartaba las mantas y se levantaba. Reinaba un silencio sepulcral. Kineas alcanzó las mantas aún calientes y sacó su espada. Se echó el tahalí al hombro y buscó las sandalias a tientas. No estaba seguro de estar despierto; a duras penas podía centrar la atención.

Niceas chocó con él.

—Dos caballos —le susurró al oído.

Atentos y en guardia, los dos hombres se agacharon espalda contra espalda. Al cabo de unos minutos habían recobrado los mantos para envolverse con ellos.

El día comenzó a despuntar en el cielo; el primer atisbo de la cola del lobo.

—Si van a venir, lo harán ahora —dijo Kineas.

No lo hicieron.

Cuando hubo salido el sol, encontraron huellas en el lecho del torrente que corría a los pies del campamento. Un poco más al oeste, Niceas encontró la huella de un caballo herrado con una pesada herradura como las macedonias. Meneó la cabeza.

—Podría ser cualquier cosa —repuso—. Quizás uno de los nuestros que pasó ayer por aquí. Ataelo, tal vez.

Kineas no podía apartar de su mente la idea de que los estaban vigilando. Los montes se alzaban a ambos lados del río y cualquiera podía moverse en los bosques de allí arriba sin ser visto.

—En cuanto salimos del lecho del torrente, quedamos a la vista —señaló.

—¿Y qué? —preguntó Niceas.

—Está bien. Larguémonos de aquí.

Kineas regresó al campamento, se terminó la infusión y luego se ató la clámide.

Cabalgaron por el lecho del torrente hasta llegar al camino un par de estadios río abajo, y entonces cabalgaron deprisa siguiéndolo, alternando el trote con breves trechos a medio galope.

El Tanais iniciaba allí un gran meandro, y el valle se hizo más amplio y profundo. El río fluía casi hacia el norte. Cuando el terreno se elevó, Kineas buscó el sendero para desviarse hacia el este.

—Buena vista para descansar los ojos —dijo Niceas.

Kineas, atento al camino, levantó la mirada y vio a una chica sármata con el torso desnudo sentada en un poni a medio estadio de allí.

Ataelo los recibió en lo alto del desfiladero por donde el camino al este atravesaba la sierra para luego seguir hacia el Rha y el mar Caspio. Le acompañaban una docena de jinetes, dos de ellos heridos.

—¡Por hacer feliz! —proclamó Ataelo, y le agarró el brazo. Kineas abrazó al sakje. Luego señaló a una de las chicas sármatas, que hervía un cráneo humano en una olla.

—¿Qué demonios es eso?

—¡Regalo de boda! —exclamó Ataelo, y se rió, golpeándose la rodilla con la mano encallecida. Estaba tan contento con su réplica que la tradujo al sakje y la repitió. Todos sus prodromoi se pusieron a dar alaridos.

Kineas meneó la cabeza.

—¿Regalo de boda? —repitió con asombro.

—Chica sármata necesita matar hombre antes de boda —explicó Ataelo—. Limpia cráneo para menos peste, ¿sí? —Sonrió.

—¿A quién ha matado? —preguntó Kineas.

—Bandidos —dijo Ataelo—. Por encontrar bandidos en monte. Granjeros dicen

«bandidos nos matan para robar nuestro grano».

Niceas torció el gesto y gruñó.

—¿Con herraduras macedonias? —inquirió el hipereta.

Ataelo lo miró sin comprender. El griego de Ataelo era bastante bueno, pero nada indicaba que alguna vez fuese a ser mejor que «bastante bueno» por más tiempo que pasara con ellos.

Niceas desmontó y levantó la pezuña de su caballo de combate macedonio.

Ataelo asintió con entusiasmo.

—Y persa. Y sakje.

Señaló hacia dos ponis de pelo gris plomizo manchados de sangre.

—¿Qué sabes de Filocles? —preguntó Kineas.

Ataelo se encogió de hombros.

—Ocho días por delante. ¿Más? Por montar duro —dijo Ataelo, señalando hacia el este. Kineas asintió.

—¿Y de Nihmu? —preguntó.

—¿Por niña? —preguntó Ataelo—. ¿Niña yátavu Nihmu? ¡En alguna parte! Por estar bajo pies de mi poni cuando lucho o por tirar piedras a los bandidos. ¿Quién sabe dónde está la niña por ir? —Sonrió—. Yo por tener sus caballos.

Saltaba a la vista: la docena de corceles reales descollaba entre las monturas de los escoltas como si los animales fueran de otro género.

Niceas explicó a Ataelo que Diodoro se encontraba uno o dos días por detrás, y Lot una semana detrás de él.

Ataelo vigilaba los montes que se alzaban a sus espaldas mientras Niceas hablaba. Cuando éste hubo terminado, Ataelo le tiró de la nariz y le guiñó un ojo.

—Hora de buscar bandidos —dijo—. Por tomar sus caballos, morder polvo. Cuando Diodoro por venir, bandidos dispersados. —Señaló al otro lado de la sierra, hacia el Caspio y la Hircania—. Bandidos como lluvia, por luchar. En las llanuras altas. Todo el camino hasta el Rha. Perdí dos hombres llevando espartano a la costa.

Kineas se rascó la barba.

—¿Cuántos bandidos, Ataelo?

—Muchos y muchos —contestó Ataelo—. Matar bandidos aquí, por hacer tener miedo a los otros. ¿Sí?

Kineas comprendió que Ataelo ya había trazado un plan, de modo que asintió.

Ataelo sonrió. Hizo señas a una de las chicas sármatas, que desmontó de su yegua, quitó la manta de la silla de lomos de su caballo y arrojó al fuego dos brazadas de helechos húmedos de rocío. Un humo gris azulado se elevó hacia el cielo. La chica sármata puso la manta encima del fuego con un grácil movimiento, cortando así la humareda. Acto seguido, la apartó y se elevó otra nube de humo. Repitió tres veces la operación.

Ataelo gruñó con satisfacción.

—¡Qué ingenioso! —exclamó Kineas.

—¿Hemos visto hacerlo alguna vez? —preguntó Niceas.

—No —contestó Kineas.

Ya había un oteador galopando cuesta arriba procedente del camino del este. Tiró de las riendas al llegar al campamento y Samahe de los Manos Crueles, la esposa de Ataelo, le dio una orden a gritos. El muchacho sonrió, desmontó, cogió otro poni de la manada, volvió a montar y se fue al galope.

Un par de chicas sármatas llegaron galopando desde otra dirección. Antes de que el sol hubiera ascendido tres dedos más, había doce jinetes reunidos que cabalgaban raudos por el lecho de un arroyo de los muchos que zigzagueaban entre los bosques de la sierra. Un hilo de agua corría sobre las rocas bajo los cascos de sus caballos, pero las riberas estaban despejadas de hojas y maleza a ambos lados del cauce hasta la altura de la cruz de sus monturas, cosa que indicaba lo crecidos que bajaban aquellos angostos valles cuando llovía.

Ataelo parecía saber hacia dónde cabalgaba. Kineas se alegraba de montar a su lado.

Las sombras se habían alargado cuando se detuvieron. Todos los sakje y los sármatas desmontaron y se aliviaron sin soltar las riendas. Kineas y Niceas los imitaron.

Un ligero olor a humo flotaba en el viento frío y se superponía al fuerte olor a orina. Una muchacha rubia de ojos claros le dio agua en una calabaza que Kineas levantó en señal de agradecimiento antes de beber. Aparentaba unos catorce o quince años. Llevaba dos calaveras en la ornamentada silla de su caballo.

Kineas le sonrió y fue correspondido.

—Nosotros por golpear a ellos de noche —dijo Ataelo—. ¿Entiendes por golpear? —preguntó, golpeándose la palma izquierda con el puño derecho.

—Lo entiendo —dijo Kineas.

—Por vigilar dos días, desde que las chicas pelean y Samahe por encontrar campamento. —Ataelo se encogió de hombros. Algo quedaba sin desvelar, una historia que hizo que Samahe arrugara la nariz y que una de las chicas se ruborizara y frunciera el ceño en su silla. Una historia que nunca llegaría a conocer, pensó Kineas.

—¿Sabías que veníamos? —preguntó Kineas, atando cabos de repente.

—Nihmu dice por venir, dice «proteger al rey». —Ataelo se encogió de hombros—. No por necesitar niña para decir por proteger.

—¿Anoche nos vigilabas? —preguntó Niceas.

—No. Por hoy desde que el sol salió por allí. —Ataelo cerró un ojo y levantó una mano, con la palma abierta, justo por encima del horizonte.

Niceas meneó la cabeza.

—Ayer noche nos seguían el rastro. Si nos han visto llegar...

Kineas respiró hondo, de súbito ansioso por terminar con aquello.

—Si tenían intención de tendernos una emboscada, han tenido todo el día para hacerlo —repuso.

Las sombras se alargaban en los prados que tenía debajo y el aire se enfriaba a medida que los rayos del sol caían más lejos. Niceas y Kineas tuvieron que aplicarse para refrenar la impaciencia de sus caballos. El caballo geta de Kineas era el peor, se inquietaba constantemente y volvía la cabeza al menor movimiento, de modo que Kineas tuvo que desmontar y sujetarle la cabeza.

La muchacha rubia le dedicó una mirada de lástima; lástima por lo mal entrenado que estaba su caballo.

En dos ocasiones oyeron voces, y en ambas eran de unos persas que cogían agua del Tanais, debajo de ellos. Luego, cuando el sol aún era visible, vieron a un par de jinetes que salían del prado y cabalgaban un trecho corto monte arriba, desde donde tenían una buena visión del camino del este a sus pies.

Ataelo gruñó indignado porque, por casualidad o por alguna razón, los nuevos oteadores estaban mucho mejor situados que la pareja a la que reemplazaban para avisar al campamento de que se aproximaban. Chasqueó la lengua mientras los observaba y, al cabo de un rato, llamó a un guerrero de los Caballos Rampantes de su banda y ambos salieron cuesta abajo por la parte trasera de la sierra. Samahe desmontó y se tumbó en el mantillo, protegiéndose los ojos con la mano.

El tiempo transcurría despacio. Las mujeres sármatas estaban muy nerviosas y en cambio sus caballos seguían tranquilos, mascando en silencio cualquier cosa que tuvieran a su alcance, aunque por lo demás inmóviles. Niceas sacó y envainó la espada una docena de veces. Kineas se afanaba en intentar que su mal entrenado caballo se portara.

Lo asombraba aquella exhibición de disciplina. Una vez más. El no habría logrado que una docena de jinetes griegos guardaran tanto silencio sin la esperanza de conseguir un succulento botín.

Aún no había terminado de pensarlo, cuando se preguntó si no estaría suponiendo mal. Quizá los griegos pudieran hacerlo igual de bien. Tal vez practicando, saliendo unas cuantas veces con patrullas sakje...

Samahe se puso en cuclillas y Kineas salió de su ensoñación para observar el terreno que tenía debajo. Los dos oteadores montados eran casi invisibles, incluso desde arriba, pero pequeños movimientos en los árboles revelaban su posición a un atento observador. Ahora bien, a diferencia de Samahe, Kineas no lograba ver a Ataelo ni a su acompañante, de modo que lo primero que advirtió de su avance fueron un par de flechas que surgieron de las rocas de la derecha y cayeron silenciosamente sobre los oteadores.

—¡Ahora! —gritó Samahe en sakje, y se montó de un salto en su caballo y salió cuesta abajo a una velocidad que aterrorizó a Kineas, quien iba justo detrás de ella y no podía, por el bien de su honor, ir más despacio. Llegó al fondo del valle al galope, ya sin sentir miedo por lo malo que había sido el descenso en sí, y preparó una jabalina mientras cruzaban el prado a la carrera. Ahora veía el campamento, y le pareció que estaba lleno de hombres y caballos, docenas de ellos. Algunos llevaban arcos. Uno levantó el suyo y disparó, pero la flecha pasó muy por encima de Kineas, que se agachó sobre las crines de su caballo y siguió galopando, directo al centro del campamento de bandidos.

El caballo de Samahe esquivó un obstáculo en el prado, y ella disparó en la colina siguiente; su flecha lamió las flores y la hierba antes de derribar a uno de los pocos bandidos que iba a lomos de un caballo. La segunda flecha ya estaba en el aire.

Las chicas sármatas no estaban disparando. Gritaban con todo el entusiasmo del guerrero joven, desprendiéndose así de su miedo y su euforia, y arremetían directamente contra los bandidos que estaban junto al río.

Kineas atravesó el campamento sin tocar las riendas. Nadie le opuso resistencia y dejó atrás al grupo de bandidos de la orilla para subir la cuesta de una loma hasta un claro de bosque donde había una granja abandonada y la manada de los bandidos. Había diez hombres en el claro y, pese a los gritos que llegaban desde la ribera, parecieron sorprenderse cuando apareció allí en medio, y dos de ellos cayeron sin tiempo a coger un arma.

Kineas hizo girar a su caballo y extendió el brazo, aprovechando el impulso del movimiento para cambiar de mano el asta y las riendas en una sola zancada de su montura, y un círculo de gotas de sangre salieron volando de la punta de su jabalina en rotación.

Se sintió como un dios, al menos por un instante.

Uno de los hombres llevaba un arco y disparó contra su caballo, que se desplomó en otra zancada; Kineas cayó, quedándosele una pierna atrapada debajo, y luego rodó por el suelo hasta perder la jabalina. Se levantó apoyándose en un árbol, y lo rodeó para poner el tronco entre él y el arquero.

El arquero se rió.

—¡Toma ésa! —gritó en persa. Disparó. La flecha dio en el árbol y se hizo añicos, y el persa se volvió a reír. Tenía la barba negra y los ojos pintados con khol como un noble bactriano.

Abajo, en el río, los hombres perecían. Barbanegra lanzó otra flecha.

—¡Coged caballos! —gritó por encima del hombro, y dos chicos corrieron a obedecerle.

Kineas se quitó la clámide y se la enrolló en el brazo, al tiempo que corría hacia un árbol mayor que quedaba a su derecha.

—¡Toma ésa, griego! —Barbanegra disparó otra vez y su flecha impactó en el nuevo árbol.

Kineas dio un salto y recuperó su jabalina, evitando las coces de su montura geta agonizante y escondiéndose detrás de otro árbol justo cuando una tercera flecha rozó la corteza y golpeó la clámide que llevaba enrollada en el brazo.

—¡Toma ésa, ramera! —gritó Kineas, y le arrojó su jabalina. Entonces avanzó, saltando por encima de un árbol caído en su carrera, haciendo caso omiso de sus pocas posibilidades. Mejor eso que dejar que un maestro arquero se tomara su tiempo, además algo había ido mal en la lucha junto al río.

Su jabalina se clavó en el hombre que estaba junto al arquero, y lo derribó como al venado. El arquero dio media vuelta y echó a correr, Kineas tras él. Había más hombres en el claro y se dispusieron a detenerlo, pero ninguno puso la vida del arquero por encima de la propia, y Kineas corrió a través de ellos, derribando a uno con la espada al pasar.

Los dos chicos habían cogido un par de caballos cada uno y Barbanegra tomó el primero que pilló, apartó de un empujón al chico que lo sujetaba y montó de un salto, haciendo girar la cabeza del animal. Al otro lado del claro apareció Samahe disparando mientras se acercaba, y el otro chico cayó chillando con una flecha clavada en el vientre. Kineas se vio cruzando aceros con otro persa, otro noble, a juzgar por el púrpura de su andrajosa capa. Manejaba bien la espada y era muy agresivo.

Barbanegra dio la vuelta a su caballo y disparó. Lo mismo hizo Samahe. Ninguno de los dos dio en el blanco. Ambos se movían deprisa, pegados al lomo del caballo, y luego Kineas ya no pudo prestarles más atención.

El persa dio un salto y lo golpeó con fuerza en la cabeza. Kineas paró el golpe y sonó un entrechocar de aceros, y el persa le dio una patada en la espinilla. Kineas empujó su espada hacia arriba rompiendo la guardia de su oponente y entonces deslizó un pie detrás del tobillo del hombre y empujó otra vez, con la esperanza de derribarlo; pero el persa saltó hacia atrás, cortando alto.

Era todo un espadachín.

Kineas lo esquivó y contraatacó, y le hizo un tajo en la mano. Pero el persa ya había visto antes aquella jugada y efectuó una defensa alta que convirtió en un golpe por encima de la cabeza, golpe que Kineas esquivó por los pelos, recibiendo un mandoble en el hombro que no llegó a rajarlo. Con la mano izquierda, agarró la fusta sakje que llevaba sujeta en la faja a la espalda, la empuñó y cambió de postura poniendo el pie izquierdo por delante, manejando la fusta a modo de escudo.

El persa tenía una faca en la mano izquierda y avanzaba pisando fuerte, con el arma por delante.

Kineas retrocedió, pateó la pinaza y se arriesgó a mirar por encima del hombro.

Ataelo disparaba detrás de él, en la dirección por la que había venido. Algo iba muy mal.

El persa sonreía. Lo rajó con la faca, tan sólo un amago que apenas lo hizo sangrar. Kineas se retiró un paso y la sonrisa del persa se ensanchó. De pronto cambió de ritmo, pivotando sobre el pie izquierdo y acometiendo con la espada para luego intentar atrapar la espada de Kineas con su faca.

Kineas a duras penas logró eludir la trampa, retorciendo el cuerpo, desgarrándose un músculo del cuello, renegando para sus adentros. Retrocedió un poco más, consciente de que aquel duelo estaba durando demasiado. Ataelo gritó en sakje algo a propósito de una herida.

Kineas efectuó un ataque alto con la espada, logrando sólo un golpe ligero contra el antebrazo de su oponente y suscitando un contraataque con la misma técnica; pero esta vez Kineas lo azotó fuertemente con la fusta de montar en la mano que sostenía la espada y luego cortó bajo con la espada, de manera que alcanzó al persa en la cadera, donde le hizo un corte profundo. El hombre dio un traspié hacia atrás. Ya no sonreía, pero tuvo la gentileza de saludar con la mano de la faca.

Kineas dio un salto al frente y golpeó con dureza el sable del persa, que no tuvo más remedio que soltarlo; el azote le había hecho daño y Kineas se dio cuenta.

—¡Ríndete! —gritó en persa.

El persa echó un vistazo por encima del hombro y vio que Samahe lo apuntaba a la espalda con una flecha. Asintió tres veces, como si se le acabara de ocurrir una cuestión filosófica, y tiró su faca al suelo.

—Me rindo —dijo.

Kineas levantó su espada, se apartó de él y fue en busca de Ataelo y Niceas. Ataelo estaba con la manada, gritando órdenes. De Niceas, no había ni rastro.

El espadachín fue el único prisionero. Su primo, Barbanegra, no había salido con vida del duelo de arquería contra Samahe y Ataelo, y el resto de su tropa había sido degollado o había huido. Kineas estaba un poco sorprendido con la violencia de los sakje, pero sólo un poco. Más le preocupaba Niceas.

Niceas yacía en el prado de flores con una flecha en las costillas. No estaba muerto, tan sólo inconsciente a causa de la caída, y una flecha le había rajado el costillar de abajo arriba, hasta abrirle una herida en el hombro.

—¡Mierda! —exclamó Kineas.

—Yo lo salvaré —dijo Nihmu.

Kineas giró en redondo. No la había visto acercarse, no había visto su caballo. Llevaba un arco colgado del hombro y el carcaj vacío. Se volvió y corrió por el prado hacia el campamento de los bandidos, y Kineas se quedó para poner lo más cómodo posible a su camarada. Enrolló la clámide de Niceas, se la puso bajo la cabeza y cortó

los restos de su túnica para liberarle el cuerpo.

Nihmu regresó con un cuenco de cobre lleno de agua, todavía humeante de la hoguera de los bandidos.

—Parece peor de lo que es —dijo con la confianza de un adulto. Luego, en voz más baja, agregó—: Sirven ha muerto.

—¿Sirven? —preguntó Kineas.

—La hija mayor de Lot. La chica rubia. —Nihmu se encogió de hombros—. Le dije que moriría si luchaba aquí. Y, cuando bajó, todos pelearon por su cuerpo. A Ataelo le han hecho un tajo. —Señaló a una niña pelirroja de catorce años que lloraba—: Su hermana ha perdido un dedo y le han dado un flechazo en la pierna. Todos están muy enfadados.

Hablaba como la niña que era y, además, como una niña disgustada.

Kineas sintió que le sobrevenía la fatiga posterior al combate, ya que el daimon que lo poseía durante la lucha le dejaba el cuerpo vacío de cualquier otro sentimiento salvo el pesar.

Nihmu lavaba la herida con agua caliente, el pelo moreno le colgaba en mechones tapándole la cara.

—Todos están muy enfadados —repitió—. Por eso han matado a todos los bandidos.

—¿A todos? —preguntó Kineas, volviéndose para mirar a su prisionero.

—Deberías ir con él. Un día te devolverá el favor. Eso si Ataelo no le corta antes la cabellera.

Kineas dio media vuelta y trotó hacia la penumbra en busca de su persa.

Lo encontró enterrando a Barbanegra. Kineas oía a los sármatas llorar la muerte de Sirven con su hermana. «Mosva —pensó—. Se llama Mosva.» Kineas dejó trabajar a su prisionero persa y bajó al río en busca de Ataelo.

—¡Estúpida niña! —maldijo Ataelo amargamente—. Estúpida niña bárbara sármata. —Tenía los ojos anegados en lágrimas y le temblaba la voz—. Luchan como locas, espada contra espada contra hombres adultos, hombres duros. ¡Y yo por idiota! Demasiado tiempo luchando con estúpidos griegos.

Kineas abrazó al pequeño sakje, y apretó la mano de Samahe, y también abrazó a la princesita pelirroja, que se aferró a él y lloró hasta incomodarlo, y luego un buen rato más, de modo que se quedó mirando la creciente oscuridad y dándole palmaditas en la cabeza, pensando vaguedades sobre el bien y el mal y sobre lo lejos que estaba de ser un hombre virtuoso si era incapaz de consolar a una chiquilla que acababa de perder a sus hermanas. Pero finalmente ella percibió su incomodidad y se apartó con una disculpa, y luego él se castigó a sí mismo yendo a ayudar al persa a enterrar a su primo. Después se sentó junto al fuego y preparó sopa de cebada para Niceas, que seguía inconsciente.

—Vine a buscarte —dijo Nihmu, arrodillándose a su lado—. No me gustó que mataran a los prisioneros. Me dio miedo.

—Matar prisioneros nunca está bien. A veces hay que hacerlo, cuando están heridos y no puedes ayudarlos. A veces... ocurre.

Se encogió de hombros, a su mente acudió la imagen del geta que había matado un año atrás y sintió un escalofrío.

—Es la hora. ¿Ya estás trepando al árbol? —le preguntó Nihmu.

Kineas asintió.

—Sí.

—Te vi en el mundo de los sueños; hace tres noches, creo que fue. Eres un águila —dijo la niña.

Kineas se estremeció de nuevo por una razón bien distinta. Hablar del mundo de los sueños de aquella manera era como hablar de sexo; le constaba que muchos hombres lo hacían, pero él no. Hablar del mundo de los sueños con aquella... aquella niña, le resultaba casi imposible.

—Sí —afirmó, reprimiendo sus sentimientos lo mejor que pudo.

Nihmu le sonrió fugazmente y añadió unas hierbas a la sopa de cebada.

—No morirá —sentenció, como si la supervivencia de Niceas fuera algo obvio para cualquiera.

Kineas miró a Niceas y notó que se le saltaban las lágrimas. Tenía un nudo en la garganta y no podía hablar. Sabía que Niceas podía morir en cualquier refriega, cualquier día, pero la realidad de su cuerpo inerte era profundamente dolorosa.

—Necesitas un caballo —dijo la niña.

Kineas tomó aire para negarlo, pero se vino abajo.

—Sí —admitió.

—Tengo un caballo para ti —soltó la niña—. Un animal magnífico que te llevará desde ahora hasta el día en que caigas.

Kineas sonrió.

—Tal como monto, igual me caigo mañana.

Nihmu lo miró con la intensidad propia de un niño y la impaciencia que muestran los niños ante el humor de los adultos.

—Sabes a qué me refiero. Toma el caballo —dijo. Y Kineas se avino.

El persa se llamaba Darío; al parecer, todos los primogénitos de su generación llevaban el mismo nombre. Estaba cansado de la guerra, que había sido su vida desde los diecisiete años. Ahora tenía veintitrés.

Refirió la historia de su vida sentado junto a una pequeña fogata en la que calentaba agua para limpiar a Niceas, que seguía inconsciente y no controlaba sus funciones corporales.

—Salí de mi casa hace seis años para luchar contra el Gran Rey —dijo. Y sonrió con ironía—. Es decir, contra el usurpador, Darío. —Se encogió de hombros—. Para los auténticos persas, los verdaderos persas de la gran estepa, nunca fue nuestro rey.

Se quedó mirando el fuego, rodó sobre sí mismo para coger más leña y el corte en la cadera le hizo esbozar una mueca de dolor.

Kineas movió la cabeza afirmativamente.

—Y vuestro Alejandro arremetió contra nuestra rebelión —prosiguió Darío—. Nos derrotó en el oeste. ¿Estuviste allí?

Kineas volvió a asentir.

—En el río Pinaro. Servía con la Caballería Aliada.

Darío meneó la cabeza:

—Yo todavía era un rebelde. Luego, después de que Alejandro venciera, quedó claro para la mayoría de nobles, muy claro para mi padre, que si nos empeñábamos en la rebelión estaríamos entregando nuestro imperio al extranjero. De modo que marchamos para reunimos con el supuesto Gran Rey en Ecbatana y lo seguimos a Gaugamela. —Se encogió de hombros—. ¿Estuviste allí?

Kineas se lo dijo.

—En nuestro flanco izquierdo.

Darío se mostró sorprendido.

—¿Nuestro flanco derecho? ¡Yo estaba allí! —Hizo otra mueca—. Por el fuego, me hiciste un buen tajo.

Kineas comenzó a intentar darle sopa a Niceas. Más allá de la fogata, los sármatas y los sakje honraban a la fallecida cantando himnos junto a su pira. El olor a carne de caballo era muy penetrante.

—Podría haber sido más profundo —dijo Kineas. El persa asintió.

—En efecto. Estuve en Gaugamela, y por poco os aplastamos.

—Pero no lo hicisteis —dijo Kineas con satisfacción. Quizá ya no estuviera al servicio de Macedonia. De hecho, seguramente era enemigo de Macedonia cuando los bandos contaban; pero Gaugamela había sido el último combate de los helenos

contra los persas, y estaba orgulloso del papel que había hecho allí. Había ganado el laurel al valor porque su olvidada Caballería Aliada había resistido cuando la caballería persa amenazaba con romper el flanco de Parmenio para hundir a los taxeis bajo una avalancha de persas.

—Fue la batalla más larga que recuerdo. Perdí dos caballos y salí con vida —dijo Darío.

Kineas se mostró de acuerdo con un ademán. Por experiencia, sabía que la mayoría de las batallas se decidían bastante deprisa y el bando perdedor se llevaba un buen castigo cuando rompía filas. En Gaugamela, la decisión se mantuvo en equilibrio durante más de una hora, y ambos bandos sufrieron un sinfín de bajas.

—Concluida la batalla, mi padre estaba muerto y mi familia dispersa. Mi primo reclamó el señorío; era mayor que yo y... —El persa se encogió de hombros con un elocuente ademán—. Nunca regresamos a casa. Fuimos hacia el norte, a Hircania, pero allí ya había demasiados lobos y seguimos avanzando hasta que llegamos aquí. Pensábamos establecer un reino lejos de los helenos. —Sonrió con desprecio hacia sí mismo, aquella sonrisa de cuando había perdido la espada durante el combate—. Y hemos terminado como bandidos.

—Estas tierras podrían dar un buen reino —dijo Kineas. Y señaló a Niceas—: Es lo que él piensa. —Guardaron un cordial silencio durante un rato. Finalmente, Kineas preguntó—: ¿Vales un rescate?

—Si madre vive, poseo riquezas en algún lugar —admitió Darío. Se encogió de hombros otra vez. Lo hacía muy a menudo—. Aunque lo dudo. Ahora todo lo que hay en los alrededores de Ecbatana es vuestro, de los griegos, y la mayoría de nuestras propiedades orientales también. Teníamos una torre en Bactria; no creo que ni siquiera hayan intentado encerrar a vuestro rey loco en ella.

—No es mi rey loco —repuso Kineas. Era su turno, y el joven persa con su perpetuo encogerse de hombros era una grata compañía. Kineas tenía intención de ganárselo como amigo y asignarlo a un escuadrón; era un buen espadachín, demasiado bueno para desperdiciarlo. Pero Niceas eligió ese momento para espurrlear una cucharada de sopa. Sufrió un espasmo y la sopa le salió a borbotones de la boca.

Tenía los ojos abiertos.

—¿Qué carajo? —dijo.

Kineas notó que se le saltaban las lágrimas.

—¡Maldito cabrón! —le dijo con el tono de quienes habían nacido para el ágora de Atenas—. ¡Te has caído del caballo!

Niceas sonrió.

—Más sopa —dijo.

Al día siguiente los alcanzó Diodoro. Su sección del ejército acampó encima de

ellos, en los cerros donde el camino giraba al este para descender hasta el país del Rha. Diodoro bajó del cerro con una docena de jinetes entre los que se contaban Coeno y Eumenes.

Diodoro fue derecho hacia Niceas, igual que Coeno. Después ordenó que montaran una tienda para el strategos, y Eumenes fue a buscarla.

—Me dijeron que el viejo había muerto —comentó Diodoro. Todavía tenía el rostro congestionado por la emoción, quizá por haber llorado—. Me ha salvado la vida más veces de las que mi niñera me zurró en el trasero. He venido tan deprisa como he podido.

Kineas asintió. Se había pasado el resto de la noche durmiendo en cuanto el sueño de Niceas había dado paso a saludables ronquidos, y se sentía diez años más joven.

—Llegué a pensar que se nos iba —admitió Kineas.

Coeno daba al hipereta más sopa de cebada.

—Aún tiene una pinta horrible —comentó Diodoro.

Niceas graznó algo sobre sentirse mejor.

Kineas meneó la cabeza.

—Una flecha lo alcanzó en el costado. No llevábamos armadura. Mala decisión por mi parte. Y los bandidos eran buenos, condenadamente buenos. Fue un duro combate.

Coeno señaló con el mentón al persa que atendía la sopa.

—¿Prisionero?

Kineas asintió:

—Y recluta. Cuando Eumenes regrese, ponlo en su escuadrón. Es espadachín, tan bueno como yo. Supongo que sabe montar.

Coeno se rió.

—Es persa —tosió—. Tú y Ataelo habéis matado a todos sus amigos...

—Tengo la impresión de que no los echa de menos. Si nos degüella a todos, será que me he equivocado. —Kineas se arrebujó con la clámide—. Me quedaré aquí con Niceas.

Coeno y Diodoro intercambiaron una mirada.

—No —repuso Coeno—. Eres el strategos. Esta no es la única banda de bandidos; pregúntale a Ataelo. A decir de todos, las llanuras están infestadas. Tú ve y manda. Déjame aquí con mi sección y os llevaré al viejo cuando esté en condiciones.

Diodoro dio un paso al frente.

—Lleva razón, Kineas.

Kineas se rascó la barba.

—Ambos estáis en lo cierto, por supuesto. Muy bien. Coeno, enviaré tu sección monte abajo. Diodoro, vayamos en busca de Ataelo y planeemos las próximas marchas. Lot está cinco días detrás de ti. Que alguien vaya a decirle que su hija ha

muerto.

Diodoro hizo una mueca como si se hubiese cortado.

La altiplanicie entre el Tanais y el Rha estaba cuajada de bandidos, una multitud de persas sin amo, forajidos nómadas y desertores macedonios, de modo que no había una sola granja intacta entre ambos ríos. Cuatro años de guerra en Hircania y el sur había llenado las tierras altas con el desecho humano de la contienda. Eran hombres desesperados, como lobos a las puertas de un duro invierno; cuando se veían obligados, se alimentaban los unos de los otros, banda contra banda. Todos asaltaban los asentamientos en las crecientes márgenes del desierto que habían creado ellos mismos. Ataelo ya había perdido a tres hombres a manos suyas antes de luchar contra los bandidos a orillas del Tanais, y sus prodromoi estaban sedientos de venganza.

Kineas y Diodoro designaron el segundo escuadrón, reforzado con los celtas, como apoyo para Ataelo. Kineas se encargó de la columna y Diodoro de exterminar a los bandidos. No atrapó a tantos como hubiese querido, pero el grueso del ejército atravesó los altiplanos hasta los valles del Rha sin perder un solo caballo u hombre, y, cosa insólita para ellos, los sindones y los meotes los bendijeron, agradecidos. Diodoro condujo el grupo mayor hacia el norte a través de los pantanos; en dos ocasiones sorprendió a sendas bandas, y los celtas y los sármatas los aplastaron. Trajeron de vuelta unos cuantos caballos, algunos muy buenos, y suficiente oro y plata para complacer a los hombres que habían dado la batida. Las bajas eran gratificadamente escasas, tal como era de esperar empleando semejante fuerza.

Kineas llamó a su nuevo caballo Talasa, después de montar varios días al magnífico animal probando distintos nombres provisionales (Bestia parecía el más probable, ya que el animal sacaba un palmo de estatura a casi todos los demás caballos de combate). El imponente corcel era del color del mar un día de tormenta. Mantenía el pie firme y mostraba una asombrosa calma, no falta de espíritu sino algo similar a la paciencia, que resultaba apropiada para el caballo de un comandante. Y el día que Safo insistió en que tan noble animal necesitaba un nombre mejor que el de Bestia, la vanguardia del ejército coronó la última sierra de la frontera del Rha y vio el Caspio centelleante a lo lejos, la bahía del Rha llena de barcos y, como hicieran los setenta hombres de Jenofonte años antes, saludaron a gritos al mar, y entonces el nombre le fue dado.

La travesía no había sido especialmente ardua salvo para los reclutas y los hombres del segundo escuadrón que habían pasado una semana luchando contra los bandidos, pero el suministro de grano del ejército comenzaba a escasear; a la mayoría de los hombres sólo les quedaba grano para un día en el morral, o menos si no habían sido previsores. La visión de cincuenta naves pequeñas en la bahía levantó los ánimos de todos, y la presencia de Filocles en la playa de grava y lodo suscitó una gran

aclamación. Kineas lo abrazó.

—¿Tiene nombre este lugar? —preguntó Kineas. Filocles olía a limpio.

—Los meotes lo llaman «Errymi». —El espartano sonrió con socarronería—. Me alegra mucho verte, Kineas.

Kineas le respondió con otro abrazo.

—¿Todos esos barcos son para nosotros? —preguntó.

—Si podemos pagar, sí —contestó Filocles—. De lo contrario, sospecho que me asesinarán y se largarán.

Kineas observó las mulas que bajaban la última ladera cargando con el tesoro del ejército, custodiadas por los hombres más dignos de confianza.

—¿Y dónde pasaremos el invierno? —inquirió.

—En el norte de Hircania —respondió Filocles—. Strategos, tu reino te aguarda.

Kineas meneó la cabeza.

—No quiero un reino.

Filocles le dedicó una sonrisa enigmática.

—¿Y qué me dices de una mujer? —preguntó.

Kineas se rió.

—Ya tengo mujer. Está a diez mil estadios de aquí, pero la alcanzaré.

Filocles lo miró extrañado.

—¿Has hecho una ofrenda a Afrodita, hermano? —preguntó.

—¡No! —contestó Kineas riendo. Filocles le sonrió con aire ausente.

—Pues deberías hacerlo. —Miró hacia el mar—. Nuestro campamento de invierno está en un reino gobernado por una mujer que... que me conmovió, y yo no soy dado a encariñarme de las mujeres. Temo por ti.

Kineas, herido en su amor propio, arrugó la frente.

—¿Qué motivos te he dado yo para que temas por mi conducta con una mujer? —preguntó.

Filocles siguió observándolo con el aire de un hombre de mundo.

—Preferiría que cruzaras el Caspio con los ojos bien abiertos. Esa mujer desea poder, y los hombres poderosos la fascinan. Dicen que se acostó con Alejandro. Ahora nos aguarda a nosotros. —Echó un vistazo alrededor—. Ofrece un montón de tesoros para nuestra campaña de primavera.

Kineas se encogió de hombros.

—En mi opinión, lo mejor es reanudar la marcha en primavera. Hasta ahora todo ha ido bien, y los bandidos de los montes han añadido algo de oro a nuestras arcas. —Miró hacia los barcos—. ¿Y nuestro aliado, el factor de León?

—Su difunto esposo. Ella sigue siendo aliada, y pagó un montón de deudas que León tenía pendientes sin poner objeciones; pero dudo de ella. Ojalá seas inmune a sus encantos.

Kineas meneó la cabeza con fingido asombro.

—Soy inmune —afirmó. Nihmu se rió.

—Ningún hombre es inmune a la yátavu de Hircania —dijo la niña—, salvo aquellos que sólo aman a los hombres. —Iba y venía del grupo de mandos, el pelo rojo cual crestón de yelmo anunciaba su llegada. Estaba montada a lomos de su gran caballo blanco en medio del lodo y los desechos de la playa—. Si fallas, strategos, tus hijos no gobernarán aquí.

—¿Qué? —Kineas se encogió de hombros y le dio la espalda. Nihmu hablaba como un oráculo pero era una mocosa, y él estaba muy ocupado—. Piensa lo que quieras. Esta conversación es absurda. ¿Con quién hay que hablar para pagar esos barcos? —preguntó a Filocles.

Filocles explicó que cada capitán operaba por su cuenta. Las naves eran pequeñas, la mitad de grandes que un pentecóntero griego, y algunas de tamaño aún más reducido, con diez o doce remos por banda. Sólo unas pocas tenían velas; parecían grandes barcas de pesca. Kineas les echó una ojeada y negó con la cabeza, cambiando de tema para recobrar la calma—. No veo transporte para dos mil caballos —dijo.

Filocles se frotó la frente, se tapó con el manto para abrigarse del viento otoñal y miró a Kineas a los ojos.

—Doscientos caballos cada vez —dijo—. Es lo mejor que he podido conseguir.

Kineas asintió disculpándose.

—No quería decir que no te hubieses esforzado —aclaró—. Bastante has hecho con esperarnos aquí, y además con comida y un buen transporte. ¿Cuántos días?

—Dos días en cada dirección, con suerte y viento favorable. Es un mar muy pequeño.

Kineas se protegió los ojos del sol con la mano, echándose el sombrero de paja hacia atrás para apartar el ala de su campo visual.

—Hemos capturado unos cuantos caballos de camino hacia aquí —informó—. Organicemos sacrificios a Poseidón y unos juegos; las carreras de caballos son lo que más valora el Portador del Tridente. Celebremos su poder esta noche. Y luego empecemos a cargar. El otoño toca a su fin y el invierno se nos echa encima.

Kineas se contó entre los últimos hombres que zarparon rumbo al campamento de invierno en Hircania. Se quedó en la playa de Errymi para organizar el traslado por mar de la tropa, mantener alta la moral en la playa, prevenir incidentes con los lugareños... y aguardar a Niceas.

Con el transcurso de las semanas, mientras las tormentas retrasaban a los transbordadores, las reservas de alimentos menguaban y las condiciones de vida en el campamento costero empeoraban, se encontró con que su presencia daba ánimos a

sus hombres y con que tenía que echar mano de todas sus dotes de mando para impedir malas artes e incluso homicidios. Puso a la caballería a cavar terraplenes, insólita exigencia que sirvió para levantar una barrera contra el viento constante y, más importante si cabe, contra el aburrimiento, al menos hasta que las murallas estuvieran terminadas.

Los caballeros del príncipe Lot fueron más reacios a cavar que los aristócratas griegos, pero el tiempo y el ejemplo del propio príncipe Lot puso manos a la obra a la mayoría de ellos, y Kineas era demasiado ducho en liderazgo militar como para pensar que todos los sármatas tuvieran que ponerse a cavar. Algunos salían de caza, en busca de comida y de bandidos. La muerte de la hija mayor de Lot fue un error por el que los forajidos de los altiplanos pagaron durante tres meses, y el agresivo luto de los sármatas sólo cesaría cuando las últimas naves metieran los remos en el agua para dejar el campamento vacío. No obstante, Kineas no tenía intención de quemar las chozas que habían construido. En lugar de eso, entregó la obra terminada a un grupo de granjeros meotes, hombres desposeídos que habían huido al pantanal para buscarse la vida después de que sus familias hubieran sido quemadas por los bandidos. Con el campamento convertido en un asentamiento fortificado, sería mucho más probable que salieran adelante. Una docena de celtas, demasiado malheridos en las refriegas del otoño para emprender la travesía, se quedarían como milicia de la colonia.

Kineas descubrió que era a Niceas a quien esperaba cuando vio la inconfundible silueta de anchas espaldas de Coeno descender de los montes del oeste. Más de cerca, saltaba a la vista que aquella docena de soldados no era una patrulla de regreso, y más cerca aún, Kineas llegó a ver a Niceas, envuelto en vestiduras de pieles a lomos de un gran poni.

Kineas envió a un chico a por su caballo de montar y salió a su encuentro con un nudo en la garganta. El nudo todavía le apretaba cuando abrazó a Niceas, que hizo una mueca y soltó una maldición, y a Coeno, y a Crax y Sitalkes y Antígono. Niceas parecía veinte años más viejo, y a Coeno se le veía considerablemente más flaco, pero los demás sonreían mucho y se atribularon cuando Kineas los ensalzó.

En privado, Coeno fue menos optimista.

—No es el mismo —dijo. Niceas estaba sentado, arrimado a la lumbre, absorbiendo visiblemente el calor—. No tengo claro que vuelva a combatir. Pero está vivo, y es duro como la sandalia de un esclavo.

Coeno apuró su vino, su tercera copa, y engulló un puñado de aceitunas.

—¿Habéis tenido un viaje difícil? —preguntó Kineas.

—En absoluto —contestó Coeno—. La mejor cacería de mi vida. Como la idea que tenía Jenofonte del Elíseo. Cuando llegó Lot, montamos una expedición para recolectar grano, y luego los granjeros venían a nosotros. No ha sido nada aburrido, y

esos hombres que me diste son muy buenos. —Sonrió con cierta timidez—. Me lo he pasado en grande. —Y entornó los ojos—. Niceas dice que deberíamos establecer un reino en estas tierras.

Coeno, por lo general tan meticuloso, lucía una barba espesa y se la mesaba sin cesar como si se avergonzara.

—Yo me apunto —agregó—. Levantaré un santuario a Artemisa en ese valle; sé el lugar exacto. Cazaré hasta que sea demasiado viejo para montar y entonces me pasaré el día sentado perdiendo los dientes y contando mentiras. —De pronto, dejó de sonreír y señaló a Niceas con el mentón—. Lo único difícil ha sido verlo —concluyó.

Niceas tenía la piel cenicienta por el cansancio y se acostó pronto.

Kineas se tumbó al lado de Niceas en la tienda. Este dormía más profundamente que antes de sufrir la herida y permanecía muy quieto, como si estuviera muerto, de modo que Kineas a menudo lo escuchaba como haría un padre con un niño enfermo, inclinándose sobre el cuerpo del hombre mayor para oír su queda respiración. Aquella noche, Kineas tenía a Filocles al otro lado; la noche era fría y húmeda, en el aire flotaba la amenaza de una gélida lluvia, y todos los hombres del ejército se arrimaban a sus compañeros de tienda.

Kineas estaba agotado por la preocupación y el alivio, pero no lograba conciliar el sueño y se quedó tendido escuchando los ruidos que hacía la guardia nocturna: los doscientos caballos que dormían al raso, los pocos soldados que se demoraban hasta tarde en torno a sus fogatas. Ellos también se sentían aliviados sabiendo que les aguardaban las naves.

Y entonces, tan sutilmente como los primeros copos de nieve, se encontró... de pie en medio de los huesos a los pies del árbol, rodeado por el silencioso combate de amigos muertos contra enemigos muertos. Alcanzó una rama y se encaramó hasta que el combate que se libraba debajo de él hubo cesado, y miró hacia arriba. El árbol se encumbraba hasta tocar el cielo. Reparó en que no presentaba el aspecto neblinoso de sus primeros sueños; ahora era tan palpable y sólido como cualquier árbol de fuera del mundo de los sueños.

El búho bajó en picado, se posó con aparatosa fanfarronería en una rama más alta que la suya y ululó. Kineas le sonrió.

—Sé por qué estoy aquí —le dijo al búho. En lugar de trepar lentamente, alcanzó una rama más alta, plantó los pies en ella y saltó para agarrar la siguiente.

Quedó colgado de ella un momento, la tensión en los brazos era tan real como cualquier cosa en el mundo exterior, y fijó la concentración de todos los años pasados en la pista de diversos gimnasios para subirse a la rama, donde se tendió, jadeando durante un minuto entero antes de incorporarse y ponerse en pie...

En el ágora de su juventud con una saca de pergaminos colgada del brazo, con

catorce años, demasiado joven para ser un hombre y lo bastante mayor para desear serlo. Diodoro y Graco caminaban a su lado, atentos a posibles problemas. Demóstenes se había pronunciado en la asamblea contra Filipo de Macedonia, y toda el ágora lo comentaba. Kineas y sus dos mejores amigos deambulaban de un corrillo a otro, abandonando la seguridad de su propio grupo de niños ricos para escuchar las conversaciones de los mayores.

Había un nutrido círculo de hombres reunidos en torno a Apolión, y Kineas lo rodeó. Apolión, el alto, guapo y rubio Apolión, a quien la asamblea amaba y que luchaba en la primera fila de la falange, había hecho insinuaciones, justo el día anterior, dejando claro que podía impulsar la carrera de Kineas como orador si Kineas le chupaba la polla durante unos cuantos años. Lo había expresado de manera menos grosera, pero la ira de Kineas, y su miedo, pues Apolión era un hombre grande, peligroso en combate y en la asamblea, le impidieron comportarse racionalmente. Había pegado a Apolión delante de todos los presentes en el gimnasio, y huido después.

El susodicho levantó la vista de la multitud a la que arengaba y dedicó a Kineas una sonrisa rapaz.

Kineas se quedó paralizado, atrapado entre las ganas de desafiarlo y el impulso de huir.

Diodoro no titubeó.

—Es como encontrar a Sócrates hablando en el ágora —dijo, levantando la voz.

Muchos de los hombres de más edad rieron con ganas. Apolión gustaba de citar a Sócrates con bastante frecuencia, sólo que Sócrates tenía fama de haber sido muy feo. Era una espada de doble filo.

Sonriendo como el astuto zorro que era, Diodoro dio un empujón a Kineas para que siguiera caminando.

—Pareces un venado deslumbrado por las antorchas —murmuró Diodoro entre dientes—. Pensaré que estás prendado de él.

Graco, que admiraba a Apolión, meneó la cabeza.

—Yo me lo haría con él ahora mismo. —Sonrió; era dado a sonreír—. ¡No entiendo que ve en ti!

Le pegó un manotazo en la pierna a Kineas.

—Se reserva para Focionte —repuso Diodoro, y Kineas, que finalmente se dio por aludido, le dio una bofetada en la oreja. Focionte, el mejor soldado de Atenas, los entrenaba en el manejo de la espada y en el uso de la lanza. Eso los distanciaba de los demás niños ricos, muchos de los cuales desdeñaban el servicio militar por considerar que era para los necios que no sabían ganar dinero.

Kineas los llamaba idiotai, siguiendo el ejemplo de Tucídides.

En el mundo de los sueños, Kineas sabía lo que se avecinaba, y una parte de su

mente se resistía a ello, incluso mientras lo revivía...

Habían cruzado el ágora y bajado un buen trecho de la avenida que conducía a las puertas, lejos de los lugares que frecuentaban, y seguían escuchando a los hombres contar chismes y disertar. Se encontraban en una zona mala de Atenas, adonde los hombres iban en busca de vino malo y sexo barato.

—Deberíamos irnos de aquí —dijo Graco en voz baja.

Diodoro miró alrededor.

—¡Esos de ahí son burdeles! —exclamó. Parecía interesado—. Algún día me compraré una hetaira y me la follaré cada minuto del día.

—¿Eso viene antes o después de que hayas navegado más allá de las Columnas de Hércules? —bromeó Kineas. Pero entonces un alboroto en el umbral del lupanar más cercano atrajo su atención.

—He pagado por una jodida hora, y quiero hasta el último jodido grano de arena del reloj —gritó un hombre. Parecía extranjero, corintio o tebano. Tenía a un chico agarrado del cuello.

El chico era bajo, fuerte, con profundas ojeras. Estaba desnudo y le corría sangre por las piernas.

No lloraba. Tenía los hombros en tensión. De repente reaccionó, zafándose del extranjero. Pero el hombre fue demasiado rápido: hizo una zancadilla al chico y acto seguido, mientras éste se caía, le propinó una patada brutal en el estómago, de modo que el chico tuvo una arcada y vomitó. El extranjero se apartó. Luego se volvió hacia el encargado del burdel.

—¡Me lo follaré en la calle si me da la gana! —protestó, su voz estaba tan desprovista de tono o inflexión que a Kineas se le erizó el pelo del cogote.

—Tenemos que largarnos de aquí —dijo Graco.

Kineas sintió algo en su fuero interno, una extraña mezcla de sus propias ideas sobre lo que era correcto, del deseo de Apolión de obligarlo a mantener relaciones sexuales con él y de su enojo por no haberle plantado cara.

El encargado del burdel negó con la cabeza.

—Respetado señor, no debes abusar de él; y si te rechaza, tienes que marcharte. —El encargado del burdel no era un hombre menudo y no se dejó acobardar. No habría mantenido su posición si la violencia lo intimidara—. El chico no es un esclavo. Tú eres extranjero. Si armas un escándalo, haré que te arresten.

De pronto el extranjero se movió, agarrando al encargado del burdel por las orejas y estampándole la cabeza contra la jamba de la puerta. Acto seguido, le dio un rodillazo en el mentón.

—¿Alguien más quiere recibir? —preguntó a la calle. Se agachó y recogió al chico. Más de cerca, Kineas vio que el chico no era tan joven como había creído; de hecho, sería unos cuantos años mayor que Kineas, sólo que estaba escuálido y

desnutrido.

Diodoro alargó el brazo, pero llegó tarde. Kineas se escabulló y se plantó ante el extranjero, cuyos ojos destellaban con algo que Kineas no había visto nunca hasta entonces.

—¡Suéltalo! —gritó Kineas.

El extranjero era soldado; su cuerpo presentaba las marcas de quien viste armadura, y en el cinturón llevaba un puñal de los que usaban los soldados cuando no tenían espada.

—¿Y si no, qué? —repuso el hombre. No sonrió ni frunció el ceño. Era como si su rostro estuviera muerto. La voz de Kineas se quebró a causa del miedo, pero se mantuvo firme.

—¡Suéltalo! —insistió Kineas—. Y ni se te ocurra hacerme daño a mí... —El «mí» le salió como una nota chillona, y el hombre dejó caer al chico en la inmundicia de la calle—. Mi padre es...

—¡Tu padre me importa un carajo, culo-coño! —interrumpió el hombre. Era rápido, y asestó un puñetazo a Kineas en la sien que lo pilló desprevenido. La cabeza le estalló de dolor y, al dar un traspié, chocó contra la pared del burdel y rebotó, cayendo casi en brazos del extranjero.

Guiado por los dioses.

El movimiento pilló desprevenido al extranjero, y Kineas le dio un empujón al tiempo que su mano derecha, de motu proprio, agarraba su puñal. El hombre lo apartó, enojado, y Kineas trastabilló hacia atrás con el puñal en la mano.

—Suelta eso si no quieres que te arranque la carne de la cara —advirtió el hombre.

Graco no tenía un pelo de tonto, llamó a la guardia a voz en cuello, y corrió de regreso al ágora porque la guardia no solía rondar aquel vecindario.

Una piedra golpeó la cabeza del hombre. Fue un buen lanzamiento, un irregular trozo de argamasa desprendido de los sórdidos edificios, que cuando dio en el blanco hizo un ruido como el de un melón al caer. El hombre se volvió hacia Diodoro.

—Date por muerto —dijo, sin cambiar la expresión de su rostro. Avanzó un paso en pos de Kineas.

El chico, que no era tan chico, le agarró una pierna. El hombre tropezó, dio un traspié y Kineas paró parte del golpe con el brazo izquierdo y clavó con fuerza el puñal, empujando con todo el peso de su fornido cuerpo. Pero apuntó demasiado alto y el puñal alcanzó el esternón del hombre y resbaló hacia arriba, cortándole el tendón, abriéndole un tajo hasta el hombro.

El extranjero gritaba y pegaba puñetazos, izquierda-derecha-izquierda, y uno alcanzó a Kineas, desplazándolo hacia atrás con la mandíbula rota y la nariz ensangrentada. Se le saltaron las lágrimas.

Pero no soltó el puñal ni perdió de vista a su oponente. Esa parte de las enseñanzas de Focionte no la olvidó. Era consciente de que aquélla era una pelea a muerte y de que perder el control a causa del dolor supondría el fin. Pero, aparte de eso, su cuerpo parecía participar en la pelea por su cuenta, sin que el cerebro fuese capaz de afectar al resultado.

Y, por encima de todo, Kineas el soñador ya conocía el resultado. Y el sufrimiento.

La calle se empezaba a llenar de curiosos, y muchas personas llamaban a la guardia mientras que cruzaban apuestas.

Kineas adoptó la postura de la lucha con espada; la pierna izquierda adelantada, el brazo izquierdo levantado a modo de escudo y el puñal pegado al cuerpo. Sangre, lágrimas y mocos le corrían por la cara, y la cabeza entera le dolía.

El extranjero también estaba herido. Aprovechó el respiro para pisar al chico tendido a sus pies, rompiéndole las costillas con un crujido audible. El chico chilló de rabia, miedo e insoportable dolor.

El hombre pasó por encima de él y señaló a Diodoro.

—Huye —advirtió— o después te mataré a ti.

Diodoro le arrojó un adoquín. El lanzamiento no fue muy certero porque la piedra pesaba mucho, de modo que en lugar de golpearlo en la cabeza le cayó encima del pie derecho.

El hombre chilló de dolor y la pierna derecha le falló. Pero aun con una rodilla en tierra se las arregló para derribar a Diodoro, encajándole un puñetazo que dejó inconsciente al muchacho pelirrojo.

Kineas se obligó a atacar. Avanzó con los miembros pesados por el miedo y blandió el puñal con indecisión. El hombre recibió un corte en el brazo y se movió para dar un puñetazo a Kineas; pero, al apoyar su peso en el pie aplastado, la pierna le falló y se desplomó.

Kineas se abalanzó sobre él dejando a un lado la caballerosidad. Cayó sobre la espalda del hombre y le clavó el puñal en los riñones; no una vez, sino tres o cuatro.

El hombre se lo quitó de encima, rodando sobre sí mismo e inmovilizándolo con un solo gesto. Alargó el brazo hacia atrás, buscando con los dedos los ojos de Kineas, la garganta. Kineas apuñalaba como un loco, se retorció, asestó un corte superficial que aun así provocó un estremecimiento reflejo en el hombre, y de repente se vio a sí mismo de pie, bañado en la sangre del hombre.

El hombre chorreaba sangre. Se incorporó, tratando de levantarse.

—¡Por Ares! —se quejó, como si estuviera conversando—, divino lancero, ¡me están matando dos putos en un callejón!

—¡No soy ningún puto, mercenario! —masculló Kineas entre los labios partidos, la sangre y la mandíbula rota. Notó que cambiaban las tornas. Iba a vencer. Se

creció.

De pronto, el extranjero se sentó.

—Me has matado —dijo, como maravillado—. ¿No eres un puto, dices? —Ladeó la cabeza cual perro observando a su amo—. ¿Tienes agallas para rematarme, chico? ¿O vas a quedarte ahí viendo cómo me desangro?

—Soy Kineas, hijo de Cleano, un ciudadano de Atenas.

Kineas sostuvo la mirada brillante del hombre, se acercó a pesar de aquellos brazos y le clavó el puñal en la garganta como si estuviera acuchillando la pintura del poste de entrenamiento que Focionte tenía detrás de su casa.

Y entonces llegó la guardia, y el padre de Diodoro, y luego su propio padre. Se vio envuelto en mantas, en atenciones y amor, incluso en admiración. Había muchos testigos para dar fe de la brutalidad del extranjero, y el encargado del burdel estaba muerto. Los padres no preguntarían hasta más tarde qué hacían los tres muchachos delante de un burdel.

Kineas insistió en que el esclavo de su padre llevara a su casa al chico herido. Un médico le colocó las costillas en su sitio y Kineas le hizo compañía, noche tras noche, día tras día. Diodoro iba y hacía sus turnos, igual que Graco. El chico yacía postrado, tan quieto que Kineas a menudo pensaba que estaba muerto, y entonces se inclinaba sobre él para escucharlo respirar, pero poco a poco las manchas oscuras de las magulladuras y las ojeras fueron desapareciendo, y un buen día abrió los ojos.

Meses después, mientras los cuatro escalaban un risco en una de las granjas de su padre para buscar huevos de aves silvestres, Kineas le preguntó:

—¿Por qué eras puto?

—No tenía otra jodida elección —contestó Niceas. Toqueteó el amuleto que llevaba colgado al cuello—. Lo único bueno que tengo es que soy libre. No un jodido esclavo. —Se frotó la nariz con aire meditabundo—. Ser un hombre libre no te da de comer.

—¿Es mejor ser mi mozo de cuadra? —preguntó Kineas. Niceas se encogió de hombros.

—¡Qué pregunta más estúpida! —exclamó. Y entonces fingió asestar un puñetazo a Kineas, que se agachó y... despertó.

Al día siguiente, Niceas respondía a Kineas con gruñidos. Nunca renegaba. Si no quería algo, se limitaba a volver la cabeza como un niño. La noche antes de embarcar rumbo a Hircania, de repente se volvió hacia Kineas.

—No quiero morir así —dijo Niceas.

Kineas no le había oído pronunciar una frase tan larga en toda la semana. Y dejó de servir vino.

—No te estás muriendo —repuso.

Niceas se encogió de hombros, cabizbajo, encorvado.

—Te equivocas. Tú no lo ves, pero yo sí.

Las insistentes preguntas de Kineas no revelaron nada, y la promesa de un médico sólo sirvió para que Niceas volviera la cabeza una vez más.

Luego, con los preparativos para navegar por el mar Caspio, olvidó esas preocupaciones y otras se abatieron sobre él.

Un duro sol invernal proyectaba su fría luz sobre la gélida playa cuando el pentecóntero se puso al paio en la bahía señalada de la costa de Hircania, echando el ancla de piedra mientras los remeros ciaban contra el viento hasta que la nave por fin se detuvo, si bien fue un reposo relativo porque Poseidón los mecía.

Un manto de nieve cubría el País de los Lobos cuando Kineas por fin desembarcó, caminando con las piernas desnudas por el agua bajo el lóbrego crepúsculo y maldiciendo la frialdad del mar, mientras los lobos aullaban a lo lejos. Crax y Sitalkes se descolgaron por el costado del pentecóntero llevando a Niceas en una litera, mientras Coeno empujaba a los caballos para que saltaran por la borda y nadaran hasta la orilla por su cuenta. Habían perdido a uno en el mar, una muerte lenta y aterradora para la yegua favorita de Coeno, un terrible y doloroso suceso por el que el hombretón estaba alicaído; pero, cuando por fin estuvieron todos en la playa, ofició una plegaria de agradecimiento a Poseidón y luego cantaron el himno de Apolo bajo los últimos rayos del sol.

Los puestos de los mercaderes en lo alto de la playa de grava, o bien estaban cerrados a cal y canto o bien cubiertos de nieve. No los recibió ningún comité de bienvenida. De modo que almohazaron a los caballos tan bien como pudieron, secándolos con paja de un almiar medio desmoronado que Crax había encontrado, y luego se dirigieron tierra adentro siguiendo el único camino visible. Kineas envió a Crax y a Sitalkes como exploradores, se aseguró de que todos sus hombres fueran armados y regresó a la playa para liquidar el segundo pago del pasaje al capitán, una suerte de pirata persa que se llamaba Ciro.

—¿A cuánto está el campamento? —preguntó, mientras el persa contaba las monedas y comprobaba las de plata con los dientes.

—A tres estadios. Quizá menos. —El persa sonrió, mostrando demasiados dientes—. Antes de que bajaran las aguas, la ciudad estaba en la playa. —Se encogió de hombros—. Hay que acatar los deseos de los dioses, ¿no es así?

Kineas estuvo de acuerdo.

—Vas a luchar contra Alejandro, ¿eh? —preguntó el persa. Y no fue la primera vez. Tenía un mondadientes de oro que destellaba en torno a sus labios cuando hablaba.

—Sí —contestó Kineas.

Ciro le tendió la mano.

—Buena suerte. Dicen que es un dios.

Kineas asintió.

—Es él quien dice ser un dios.

—Excelente argumento —reconoció el pirata—. Dicen que a lo mejor estableces una guarnición en el fuerte que construiste en Errymi.

—Es posible —replicó Kineas, ansioso por marcharse pero sin querer ser grosero.

—Buen asunto para los negocios. Se puede sacar tajada del comercio de grano. —Ciro le guiñó el ojo—. Barcos como el mío pagarían una tasa para disponer de un puerto de verdad en el norte.

—Lo pensaré —dijo Kineas, y volvieron a estrecharse la mano.

El campamento estaba a menos de tres estadios tierra adentro, al este de la playa y al sur de la ciudad, tal como había dicho el persa, y al aproximarse vieron un par de torres construidas con leños y escombros, y más de cerca, murallas de adobe y ordenadas hileras de barracones. Extramuros había un arrabal de chozas más rudimentarias y tiendas de cuero. Y por la puerta que se abría entre las dos torres de madera, salía un escuadrón de caballería griega encabezado por Diodoro y Filocles.

La nieve que flotaba en el aire acentuaba el olor a roble quemado procedente de los hogares, y más cerca del mercado olía a aceite de oliva, cosa que ninguno de ellos había visto en un mes. Niceas levantó la cabeza al lado de Kineas.

—Huele como en casa —observó.

—Es que me parece que hemos llegado a casa —precisó Kineas.

Kineas tardó varios días en dejar de maravillarse por la calidad del campamento, y sus alabanzas primero fueron apreciadas y luego motivo de ofensa, porque daban a entender que no había esperado tanto de sus hombres. De hecho, Diodoro tenía mucha experiencia en la construcción de campamentos fortificados y Filocles había elegido un buen emplazamiento: junto a un arroyo de agua clara, con un gran prado que se extendía hacia el norte para realizar maniobras. La ciudad de Namastópolis quedaba encima de ellos, tres estadios hacia el sur, rodeada de minúsculas granjas de subsistencia. No era un lugar rico, parecía más el feudo de un déspota sin escrúpulos que una ciudad, y la ciudadela era una fea fortaleza de piedra tosca sita en lo alto de la acrópolis, aunque corría el rumor de que el interior era todo lo opulento que de prosaico tenía el exterior.

Más abajo, muchos de los elementos más indeseables de la ciudad se habían trasladado para instalarse a las puertas del campamento militar, porque los soldados traían dinero y la ciudad contaba con medios para hacerse con él. El arrabal en cuestión comprendía un mercado, casi un ágora, donde los soldados compraban comida y aceite para sus ranchos. Allí había comerciantes legítimos, con vino y aceite de oliva, armas y armaduras. También una docena de tascas, desde una taberna de recios muros recién construida, con su chimenea y sus prostitutas asomadas al balcón de la exedra, hasta tiendas de cuero sin curtir con una tabla sobre dos caballetes y

unas cuantas ánforas de vino incrustadas en la nieve. Abundaban los seguidores, desde prostitutas de ambos sexos en el mercado hasta nuevas esposas en los acogedores barracones que se alineaban en las calles del recinto amurallado con precisión militar. El pequeño ejército de Kineas constaba de casi mil doscientos hombres y mujeres, no menos de la mitad de la población de la ciudad y la ciudadela que tenían encima.

La ciudad y la ciudadela tenían sus propios soldados, una mezcla de mercenarios griegos licenciados de los ejércitos de Alejandro, desertores y supervivientes de diversos ejércitos persas. Se daban aires y caminaban pavoneándose, pero los olbios no les hacían mucho caso, y los sármatas de Lot habían matado a un par de ellos en reyertas, básicamente para ponerlos en su sitio, según Diodoro.

Kineas prestó atención al informe de Diodoro después de haber comido, dormido, calentado y corrido. Escuchó a su vez los partes de novedades que sus oficiales le dieron, rascándose la barba mientras León los ponía al día sobre la situación del tesoro del ejército (información que dejó muy meditabundo al estrategos) y Eumenes hablaba sobre el estado de los caballos tras la larga marcha y la corta navegación (información que deprimió a todos los jinetes allí presentes).

Licurgo forzó una sonrisa.

—Todos seréis hoplitas antes de la próxima nevada —señaló.

—Necesitamos un montón de caballos de refresco —masculló Niceas, siendo ésta una de sus pocas intervenciones.

—Primero salvemos a los que tenemos —sugirió Kineas—. Coeno, ¿qué hay que hacer?

Coeno leía un pergamino.

—Diría que Jenofonte, que combatió toda su vida a caballo, menciona este problema. —Meneó la cabeza—. Comprar más grano. Alimentarlos como si los engordáramos para un sacrificio. Saldré en busca de un buen pasto de invierno con el suelo pedregoso; esas pobres bestias están mojadas hasta los menudillos. —Miró alrededor—. Tendremos que comprar más caballos —añadió como disculpándose.

—No disponemos de tanto dinero como querría —repuso Kineas—. Tal como están las cosas, habrá que enviar un convoy de regreso a la bahía del Salmón en busca de más dinero. León y yo tendremos que vender fincas. ¡Por Ares y Afrodita! ¡Derrochamos como si el dinero nos lloviera del cielo!

Filocles fingió contemplar la ciudadela entre los leños de la cabaña.

—Yo sé dónde hay dinero —observó.

—¿Otra de tus soluciones espartanas? —preguntó Kineas.

—Es una ramera y una soberana cruel. Los campesinos la detestan. Los exprime y luego hace ostentación del dinero que les saca.

Llamaron a la puerta. Darío, ahora jefe de sección en el segundo escuadrón, hizo

una reverencia.

—Ha venido un mensajero de palacio. Lo he retenido en la puerta de acuerdo con las órdenes permanentes de Niceas.

Niceas asintió.

—Escoltadlo hasta el cuerpo de guardia y que os dé el mensaje. Que no pase del cuerpo de guardia.

Kineas meneó la cabeza.

—¿A qué viene tanta confrontación con palacio? —preguntó a sus oficiales.

Safo entró por la puerta y se apartó de la cara la clámide que llevaba puesta como si fuera una toca.

—¿Ya habéis tenido problemas con la reina? —inquirió Kineas.

Su sala de audiencias era mayor que todo el espacio del que disponía en el cuartel de Olbia. Diodoro y Filocles ocupaban sendas sillas bárbaras, Niceas yacía en un diván y Coeno estaba recostado con un tubo de pergaminos, mientras que Eumenes y León estaban sentados al escritorio haciendo cuentas. Ataelo guardaba silencio en otra silla bárbara, conversando con el príncipe Lot y Samahe. Safo se sentó en una silla que, obviamente, le habían reservado.

Kineas se preguntó por qué estaría allí presente.

—Me alegra que todos os hayáis acomodado en mi ausencia —manifestó.

Darío regresó, y una corriente de aire frío entró con él.

—El strategos está invitado a visitar a la reina —informó con voz neutra.

Kineas paseó la vista por la estancia con un atisbo de fastidio, puesto que nadie contestaba a sus preguntas.

—¿Os desagrada la reina? Filocles, ¿os ha causado problemas?

Filocles arqueó una ceja.

—No soy la clase de hombre que tendría problemas con la reina —replicó Filocles, y se echó a reír—. No, no nos ha causado problemas.

Eumenes se sonrojó y mantuvo la cabeza gacha.

—¿Qué nos está costando todo esto? —preguntó Kineas.

—En realidad, sacamos un beneficio de unas pocas minas mensuales. Vamos a defenderla durante el invierno, ¿no es cierto? —Diodoro sonrió sardónicamente—. Hasta ahora, no me había dado cuenta de que las estrategias de venta formaran parte de mis deberes.

Kineas asintió.

—¡Bien hecho!

—No todo son gilipolleces —observó Diodoro—. Estos miserables reinos de Hircania andan a la greña entre sí. Nuestra llegada garantiza a sus campesinos una cosecha segura, y eso bien vale unos cuantos acres de tierra durante un invierno. —Entonces miró a los presentes—. De una manera u otra, la tropa ha puesto un montón

de plata en manos de los lugareños.

Diodoro otorgaba a sus palabras la entonación de un actor; de un actor cómico. Tenía una cicatriz nueva en la frente, a consecuencia de los combates librados en otoño, que lo hacía parecer mayor. Y su mata de pelo rojo estaba salpicada de canas que Kineas no había visto hasta entonces; sin duda, el precio de ostentar el mando.

Finalmente, abrió las manos, juntó las yemas de los dedos y sentenció:

—Habrá un Hades que pagar en primavera.

Los demás hombres asintieron con la cabeza.

Kineas, por su parte, hizo girar el vino en su copa y aguardó.

—Ella piensa que caeremos en sus brazos y que conquistaremos a sus vecinos — agregó Diodoro. Él y Safo intercambiaron una mirada, y Safo enarcó una ceja depilada antes de volver a bajar la vista a su pergamino.

León dejó de hacer cuentas y tomó aire como para ir a decir algo, pero luego se lo pensó mejor.

Kineas tuvo que sonreír, pese a su firme decisión.

—¿Es una ramera? —preguntó.

—No es ninguna ramera —contestó Filocles—. Ya lo verás con tus propios ojos. —Hizo una pausa—. Es inteligente.

Diodoro se inclinó hacia delante.

—Se hace llamar Banugul. Es el nombre de una santa zoroástrica. Los campesinos la llaman Asalazar, que significa «el demonio de la miel». —Diodoro sonrió torciendo los labios—. Y no lo dicen a modo de cumplido.

Herón, que hasta entonces había permanecido callado, habló:

—Dicen que es la hija bastarda de Artabazo, la hermana de Barsine. Barsine sigue con Alejandro. Son rivales en todo. También cuentan que es la más encantadora de las dos y que, aunque Alejandro la prefería a ella, necesitaba la alianza con el sátrapa.

Kineas meneó la cabeza.

—¿Por eso se ha conformado con un trozo de la Hircania? No será tan hermosa, o habría conseguido algo mejor. ¿La Capadocia, tal vez?

Todos rieron. Hircania era pura roca; los campesinos que trataban con los soldados siempre se quejaban de lo pobre que era el suelo.

—Me parece que todos lleváis demasiado tiempo apartados de la civilización y, con perdón de Safo, parecéis personajes de Lisístrata. Tal vez la améis más de lo que amáis a los dioses, pero cuando el suelo se endurezca y nuestros caballos tengan las pezuñas firmes y sus pelajes de verano, nos marcharemos a Maracanda —anunció Kineas—. Srayanka nos aguarda, y el ejército de Alejandro no para de crecer.

Diodoro asintió.

—Preferiría luchar contra Alejandro ahora mismo. —Él y Safo volvieron a intercambiar una mirada.

—Debo ir a ver a esta diosa —dijo Kineas. Diodoro interrumpió:

—Pretende utilizarnos contra su padre. Y es peligrosa.

Kineas asintió, pero ya tenía la mente puesta en el logistikon que León estaba compilando.

—¿Hay suficiente grano y forraje en este reino para la marcha que emprendemos en primavera? —inquirió.

León carraspeó.

—Sí —respondió. Bajo su piel oscura empezaba a sonrojarse—. Pero requerirá bastante trabajo reunirlos. No hay suficientes carros que podamos comprar. Necesitaremos más bueyes para tirar de los carros y ganado vacuno como carne.

Kineas volvió a mirar a Diodoro.

—¿Por qué íbamos a luchar contra su padre?

Diodoro se encogió de hombros.

—¿Por dinero?

Safo levantó la vista y volvió a bajarla; una vez más.

—Me parece que ladráis a las sombras —sentenció Kineas. Tras un minuto de silencio, dio media vuelta y se dirigió a sus aposentos a cambiarse para la audiencia con la reina.

Un esclavo llevó vino a Kineas mientras rebuscaba entre su equipaje. Intentaba leer una obra nueva, al menos nueva para él, de Aristóteles. Al parecer su publicación había encolerizado a Alejandro, pero por el momento apenas la había comenzado. Acaba de encontrar sus mejores sandalias en el petate de cuero que tenía debajo de la cama, cuando oyó un ruido a sus espaldas. Levantó la vista al oír el frufú de la cortina que cerraba sus aposentos y se puso en pie de un brinco cuando vio que se trataba de Safo, quien entró adoptando una sonrisa enigmática.

—A veces —dijo ella—, casi merece la pena haber sufrido tres años de sexo forzoso y la pérdida de mi marido y mis niños para tener la libertad de entrar en los aposentos de un hombre y decir lo que pienso.

Kineas se disponía a contestar, pero su mente lidiaba con lo que ella acababa de decirle y lo único que salió de sus labios fue un escueto:

—Lo siento.

Safo sacudió la cabeza.

—Yo también. Pero me complace contar con tu plena atención.

Kineas asintió.

—¿Vino? —propuso para disimular su confusión. Ella negó con la cabeza.

—No, ya he tenido bastante. Escucha, strategos. Tú eres un hombre como mis hermanos y mi padre. Como Diodoro. Un hombre que hace cosas; cosas encomiables. Sé como sois.

Sus ojos pintados con khol eran grandes y verdes, y estaban muy cerca de los suyos. Kineas retrocedió un poco.

—Lo siento —repitió.

Safo hizo ademán de reír.

—Creo que no debes ir a verla a solas. Hablo en nombre de Srayanka, que no está aquí.

Kineas entornó los ojos.

—Me gustan los desafíos —replicó.

—Por eso caerás —vaticinó Safo—. Tu arrojo y tu gusto por los desafíos te traicionarán, y caerás. —Volvió a erguirse—. Mírate, y eso que sólo estás hablando conmigo. Me miras a los ojos, te fijas en mi cuerpo, oyes que han abusado de mí; podría hacer que me besaras tan sólo acercándome más y poniendo una mano aquí.

Convirtió sus palabras en actos, encajando su cuerpo contra el suyo y apoyando una mano en su nuca, y Kineas se encogió, apartándose para ocultar su inmediata excitación y la verdad de su aserto.

Safo se rió.

—¡Basta! —protestó Kineas volviéndose, indignado ante su propia debilidad y ante el acierto de Safo. Asintió bruscamente—. Ahora me percaté de que todos os tomáis esto muy en serio, y deduzco, de lo que decís y de lo que calláis, que esa mujer ha suscitado tensiones. —Se alejó y eligió un quitón, sin saber cómo proceder, tratando de disimular su confusión y su repentina erección—. Estoy convencido de que todos veláis de corazón por mis intereses. —Cada vez estaba más enojado; enojado con ellos, enojado consigo mismo—. Pero no me gusta que penséis que, en el fondo, soy un niño.

—Te controlas tanto que eres como de arcilla para quien a su vez te controla —observó Safo—. Por favor, llámalo como quieras. Haz un sacrificio a la Nacida de la Espuma y quédate en casa esta noche. —Sonrió con afecto—. Reconócelo, tú también eres como un personaje de Lisístrata.

Kineas negó con la cabeza.

—¡Quiá! —exclamó—. Soy un comandante, no un colegial.

Safo meneó la cabeza.

—Atenea, lo he intentado —dijo, y se retiró hacia la cortina. Antes de salir agregó—: Filocles se ha ofrecido voluntario para intentar hablar contigo primero. Pero lo de encararme contigo antes de que fueras a verla ha sido idea mía.

Kineas asintió, despidiéndola.

—Agradezco el voto de confianza, señora —dijo. En ese instante la odiaba; su femenina superioridad, la facilidad con la que su físico se había adueñado de él. Luego se sentó en la cama, planteándose hasta qué punto se había apartado de lo que él consideraba una buena conducta.

Al cabo de unos minutos, se vistió apresuradamente.

Andrónico estaba sentado en su caballo de combate con diez de sus celtas montados a la zaga, ataviados con sus mejores galas en la calle que conducía a la puerta. Sitalkes pasó a Kineas las riendas de Talasa, y Kineas echó la pierna sobre los anchos lomos de la yegua, recordando por un instante sus primeros intentos por montar un caballo alto en medio del Pinaro mientras le llovían flechas persas sobre el peto y el espaldarón.

Su titubeo hizo que empujara a la yegua medio círculo antes de subir la pierna, dejándolo de cara a Coeno, que estaba de pie en la nieve con una saca de pergaminos al hombro, como un escolar gigante camino del ágora.

—¿Tú también? —preguntó Kineas.

Coeno se encogió de hombros.

—¿Yo también, qué? —preguntó—. ¿Te echo una mano?

—¡No! —le espetó Kineas. Y luego siguió al caballo durante otra media rotación sin conseguir subir la pierna.

Coeno se partía de risa. La escolta hacía lo posible por no reír. Cuando la intentona de Kineas le llevó a dar otra vuelta entera, Coeno agarró la brida de la yegua.

—¿Una mano? —preguntó de nuevo.

—¡Hay que joderse! —protestó Kineas—. Sí.

Coeno sujetó la brida mientras León juntaba las manos para auparlo. Kineas saltó a lomos de la yegua y se envolvió con la clámide.

—No son estúpidos —dijo Coeno, señalando hacia la puerta abierta del barracón de oficiales—. Todos te aprecian y sólo quieren lo mejor para ti. Maldita sea, es lo que siempre ha hecho Niceas. —Coeno sonrió torciendo los labios. Pese a estar de pie, la cabeza le llegaba a la altura del pecho de Kineas—. Soy un aristócrata presuntuoso, no un orador ducho en retórica. Si Niceas estuviera bien, renegaría un montón y tú te callarías. La reina es peligrosa. Escribe cartas a Alejandro. Ten cuidado.

Kineas se encontró con que podía sonreír.

—Eso ya lo había deducido —repuso.

Coeno arqueó una ceja.

—Pues, en ese caso, espero que disfrutes de una espléndida velada en palacio. — Le hizo el saludo militar.

Kineas sacudió la cabeza, hizo retroceder unos pasos a Talasa y giró en redondo.

—Andando —le dijo a Andrónico, y éste intercambió una mirada divertida con Coeno, gritó una orden y se puso en marcha.

La cabalgada cuesta arriba fue más fría y larga de lo que Kineas había esperado.

Procuró no pensar en nada durante el camino. La ciudadela se alzaba cual sombrío recordatorio de lo que Hircania era en realidad. Las fortificaciones eran altas y recias, con hiladas de sillares viejos en la parte inferior y revestimientos de piedra nueva, una puerta doble y torres cada medio estadio. Kineas silbó con admiración profesional al cruzar las puertas.

—¡Menudo fuerte! —le dijo a Andrónico, que se encogió de hombros.

—Podríamos tomarlo en una tarde. La guarnición es una mierda —repuso Andrónico. Y escupió—. Las murallas no son mejores que el bronce que hay tras ellas.

Como para ilustrar el comentario del celta, una pareja de perezosos centinelas con los petos de bronce salpicados de manchas verdes los recibieron bajo la puerta interior.

—¿Qué queréis, señor? —preguntó el centinela de más edad.

—Invitación de la reina —respondió Andrónico.

El hombre asintió y se enderezó un poco, sin llegar a ponerse firme pero al menos cuadrando los hombros. Tendió la mano y Andrónico le soltó una moneda.

—Da gusto lo pronto que aflojan la mosca estos jodidos extranjeros —dijo el centinela a su compañero en persa y con desdén.

Andrónico sonrió y asintió como un bárbaro idiota. Había servido cuatro años en Persia. Se negó a que los mozos de cuadra del palacio se ocuparan de sus caballos y ordenó a cuatro de sus jinetes que los llevaran a los establos. Los demás hombres acompañaron a Kineas al interior, donde unos esclavos se hicieron cargo de sus clámides y sandalias y les lavaron los pies.

El suelo estaba embaldosado y caliente. El interior de la ciudadela era tan distinto del exterior como en el palacio-ciudadela de Olbia. Pero el tirano de Olbia no había invertido tanto en mosaicos y suelo caliente. Ni en esclavos. Kineas rara vez había visto tantos esclavos dedicados al servicio personal. En su mayoría eran mujeres, todas muy bellas, e iban desnudas o poco les faltaba. Los mosaicos, en cambio, adolecían de tosquedad.

Igual que en un gimnasio, el palacio estaba más caldeado a medida que uno se iba adentrando en él, y las decoraciones eran más costosas, más coloristas, pasando de las baldosas blancas y beige de los barracones y las salas de acceso al rojo y el púrpura y a los refulgentes mosaicos del corazón del castillo: una sala del trono más caliente que la sangre con hombres y mujeres desnudos y relucientes de aceite que atendían a una docena de cortesanos y a la propia reina.

La reina no iba desnuda, sino ataviada como una matrona persa, con el peinado adornado con sartas de perlas y lapislázuli y las extremidades y los senos bien cubiertos. En medio de aquella plétora de posibilidades sensuales y estéticas, el suyo era el cuerpo que llamaba a ser contemplado, a ser acariciado con los ojos. Incluso

vestida, modesta, aparentemente sin adornos, era hermosa. Sus proporciones eran dignas de una estatua, desde la delicada curvatura de los pies hasta sus inteligentes ojos y su recta nariz griega.

—Bienvenido, Kineas de Atenas —saludó—. Soy Banugul.

Le dedicó una mirada apreciativa, como si él fuese un caballo y ella una sakje. Cruzó las piernas y los pantalones medos de seda le descubrieron una, dejando a la vista un tobillo y una ajorca.

—Tus hombres te adoran como a un dios —prosiguió Banugul. Su entonación dio a entender que probablemente Kineas no merecía semejante adoración.

Kineas sonrió de oreja a oreja, aunque lo hizo con la sonrisa que mostraba al luchar.

—Sólo me adoran de lejos. En persona, solemos discutir.

Banugul era más menuda de lo que le había parecido a primera vista. Apoyaba el mentón en su pequeño puño, un gesto varonil que le sentaba muy bien.

—Tus hombres dan la impresión de ser muy disciplinados. ¿Sobre qué discutís?

—Mi divinidad. Somos griegos, señora mía. Adoramos con un sinfín de discusiones.

Miró a su alrededor, dando a entender mediante el lenguaje corporal que podría invitarlo a tomar asiento.

Banugul se irguió. Cuadró los hombros y su porte emanó dignidad.

—Conozco a Alejandro —declaró. Sonrió y enarcó casi de modo imperceptible una ceja depilada y maquillada. Su elección de palabras griegas fue perfecta, y la expresión de su rostro decía: «Me he acostado con Alejandro y quiero que lo sepas, pero no soy una ordinaria, y no me impresionó.» Era una ingente cantidad de información la que contenían una ceja apenas arqueada y un par de palabras en griego. Banugul sabía comunicarse con desenvoltura.

La opinión de Kineas a propósito de su inteligencia mejoró considerablemente.

—Afirma que es un dios —comentó Kineas con cierta reserva.

—¡Hum! —exclamó Banugul—. Conmigo nunca pretendió ser un dios. Afirmaba descender de un linaje de dioses, pero todos tenemos dioses entre nuestros ancestros, ¿verdad?

Kineas asintió.

—¿No te impresiona Alejandro? —preguntó Banugul.

—Estuve a su servicio durante unos años —contestó Kineas—. Es el mejor general que he conocido jamás; sin embargo, se comporta como un hombre testarudo capaz de cometer errores y maldades.

—Me replicas como un filósofo —repuso Banugul—. Y, como buen sofista, no has contestado a mi pregunta.

—Sí —respondió Kineas—. Me impresionó. —Hizo una pausa y pensó «¿Por

qué no?»—. Lo amé —dijo.

—Pero te rechazó, ¿no es así? —Banugul sonrió, y la sonrisa cargó de significado su expresión; su sonrisa decía que la felicidad no era el estado normal de su ser, desde sus ojos verdes hasta el mentón afilado. Su sonrisa mitigaba lo hiriente de sus palabras; no pretendía ofender ni establecer una comparación. Ella también había sido rechazada—. Tengo entendido que despachó a todos sus griegos.

—Estás bien informada —dijo Kineas.

—¿Y ahora vas a declararle la guerra? —preguntó Banugul.

—Sí —contestó Kineas.

Banugul asintió.

—¿Por qué no te sientas? —sugirió—. Pensaba que serías un soldado común, un sujeto jactancioso de esos que se comen a mis chicas con los ojos. Ruego disculpes mi pobre hospitalidad.

Hizo una seña y un par de esclavos le acercaron una silla.

Kineas se sentó.

—¿Qué puedo ofrecerte para que en primavera luches contra mi padre en vez de contra Alejandro? —preguntó la reina. Con su delicada mano de uñas almendradas, hizo otra seña a un esclavo y una copa de plata llena de vino apareció junto al codo de Kineas. Tomó un sorbo. Era excelente.

—Nada, mi señora; nada influirá en mis planes para la primavera —contestó Kineas—. En cuanto el suelo esté duro, nos marcharemos.

Banugul asintió.

—¿Qué te dio Alejandro cuando te licenció? —preguntó.

—Oro —contestó Kineas.

—Pues saliste bien parado —dijo Banugul—. Yo obtuve un pequeño trozo del País de los Lobos y ningún perro para protegerlo. ¿Qué opinión te merecen mis guardias?

Kineas bebió un sorbo de vino.

—Me parecen aceptables —respondió. Miró a su capitán de la guardia, un tesalio a quien no se había molestado en presentar.

—Rara vez se oye lisonjar a alguien con elogios tan comedidos —se extrañó Banugul, y se rió, echando el mentón hacia atrás de modo que su garganta bailó a la luz de las antorchas—. ¿Te gusta leer? —preguntó.

Kineas se quedó perplejo.

—Sí —contestó. Estaba resuelto a dejar de hablar con monosílabos, pero aquella mujer lo empezaba a sacar de quicio. Se sentía como en un combate de lucha en la palestra sin conseguir ninguna llave—. Ahora estoy leyendo lo último de Aristóteles. —Hizo una mueca para sus adentros por la puerilidad del alarde.

Banugul se inclinó hacia delante, cual lobo a punto de saltar.

—¿Tienes el último Aristóteles? —inquirió.

—Me hice transcribir una copia antes de partir de Olbia. Llegó a la ciudad con los barcos de grano atenienses. —Sonrió ante su entusiasmo—. Si tienes escribas, puedo prestártelo para que te lo copien.

—¡Ja! —soltó Banugul—. ¡Nada de trabajar en mis impuestos este invierno! —Le brillaban los ojos—. ¿Te gusta cantar? —preguntó.

—Me gustan las conversaciones que no parecen interrogatorios —repuso con cuidado.

Banugul volvió a apoyar la barbilla en la mano.

—Me disculpo otra vez, pero es que en Hircania andamos escasos de compañía bien educada. ¡Tú eres de Atenas! Sólo he tenido ocasión de conocer a otros nueve atenienses. —Se encogió de hombros—. Los hombres esperan que las mujeres hagan todas las preguntas y conduzcan la conversación. Sobre todo, las mujeres bonitas.

Kineas sonrió.

—Me gusta cantar. Me encanta leer. Soy un excelente soldado y en primavera no emprenderé una campaña en tu nombre. —Removió los hombros—. Me ocuparé de que tu feudo esté protegido todo el invierno, y tal vez podamos negociar una guarnición o unos pocos oficiales para ayudar a tus tropas.

Banugul asintió.

—Sólo negocios. Muy bien. —Se incorporó—. Estás acostumbrado a tratar con mujeres, ¿verdad? —preguntó—. Alejandro no.

Kineas se encogió de hombros.

—Mi madre no fue Olimpia —desmintió. En Grecia, la madre de Alejandro era sinónimo de crueldad y manipulación. Se puso de pie.

Banugul se levantó con gracilidad, a pesar de haberse tomado dos copas de vino en menos de una hora.

—Esperaré con ilusión tu próxima visita —dijo—. Ardo de deseos de ver tu ejemplar de Aristóteles.

Eso hizo sonreír a Kineas.

—Si lo quieres, tendrás que aguardar a que lo termine —le advirtió, e hizo una reverencia.

Banugul inclinó la cabeza e indicó a un esclavo que lo escoltara.

—En Hircania, el invierno es largo y riguroso —sentenció—. Tendrás tiempo de leerlo muchas veces. Espero poder proporcionarte entretenimientos que no desmerezcan.

La tarde siguiente, Kineas estaba sentado con León y Eumenes junto a la humeante chimenea de su megaron de madera, leyendo pergaminos a la luz de veinte derrochadoras lámparas de aceite. Niceas permanecía recostado, maldiciendo el humo

y mascullando consejos.

Un prudente golpeteo contra los leños del vestíbulo anunció a Licurgo, que entró a través de las varias mantas de lana que cubrían la puerta. La arquitectura militar griega no estaba pensada para el frío de las tierras altas de Hircania.

—Las patrullas han interceptado a un soldado —informó—. Diez jinetes lugareños como escolta. Un caballero ateniense. He supuesto que querrías verlo. —Kineas se echó tan hacia atrás que su banqueta crujió.

—¡Lo que sea, con tal de librarme del papeleo! —exclamó. Se acercó a la chimenea, agitando una mano delante de la cara e intentando no respirar. Se puso a recomponer el fuego, tratando de hallar una combinación de leña y tiro que pusiera fin al incesante humo.

—Leóstenes de Atenas —anunció Licurgo al regresar.

Kineas había conseguido encender una llama. No hizo caso al intento de León por relevarlo, pues el muchacho olvidaba con demasiada facilidad que ya no era un esclavo doméstico, y alimentó la llama, añadiendo ramitas. Lo que quería era un tiro como el de su equipo de campaña, pero no lo conseguía. Se agachó para soplar al fuego. León también sopló desde el otro lado. Ambos hombres empezaron a toser y tuvieron que volverse hacia el aire frío que tenían a sus espaldas. Kineas se llenó los pulmones de aire limpio y cogió un cañón de pluma de encima de la mesa. Se arrimó lo bastante al fuego para chamuscarse las cejas y sopló a través del cañón. Las ascuas comenzaron a crepitar, el tenue quejido de la madera anunciaba que faltaba poco para la ignición. Ambos hombres redoblaron sus esfuerzos y de repente todo aquel infierno prendió, como por arte de magia. La súbita luz apartó las sombras del invierno hasta los rincones de la estancia, y una bocanada de aire caliente obligó a Kineas a retirarse.

—No tenéis pinta de comer bebés —dijo una voz en aristocrático griego del Ática.

—Cuesta comerlos, si no puedes asarlos —replicó Niceas.

Leóstenes y Kineas se cogieron de los antebrazos. Kineas sonrió, y al otro ateniense se le iluminó el semblante. Leóstenes era de estatura mediana, bien proporcionado, de pelo negro rizado y felinos ojos verdes. Se sentó en una esquina de la mesa sin aguardar invitación.

—El famoso Kineas de Atenas —señaló histriónicamente.

Kineas se rascó la barba, descubrió que se la había chamuscado e hizo una mueca. Se encogió de hombros.

—¿De qué parte del Hades sales, niño?

—¿Tres años al servicio del ejército de Alejandro y me sigues llamando niño? Como quieras; supongo que tengo que vérmelas con todos estos años de culto a tu heroísmo. —Se volvió hacia los demás hombres—. Kineas era el pupilo predilecto de

Focionte; el mejor espada, el mejor oficial. Todos lo adorábamos. Pero se marchó a servir a Alejandro. —Leóstenes sonrió—. Cuando tuve edad suficiente, seguí tus pasos.

—¡Por todos los dioses! ¡Qué gusto me da verte, Leo! —Kineas no podía dejar de sonreír—. ¿Has estado en casa?

—¿En casa? —preguntó Leóstenes. Negó con la cabeza y se sonrojó—. No, no he estado en casa. He estado en Partía y voy de regreso.

—¿Entonces eres rico? —preguntó Kineas.

—¡Ya sabes cómo trata Alejandro a sus mercenarios! —contestó Leóstenes con amargura—. Escuadrones de segunda fila. Guarniciones. El muy tonto nunca conquista realmente ningún sitio, y deja que sean las guarniciones las que hagan el trabajo sucio. —El joven visitante se encogió de hombros, y Kineas vio que en verdad había perdido buena parte de su juventud. A primera vista, no se había fijado ni en que iba un poco encorvado ni en que tenía ojeras—. ¿Te acuerdas de Arbela?

Kineas asintió.

—¡Pues claro que sí! —exclamó Leóstenes. Se volvió hacia los demás oficiales y prosiguió—: Fuiste un héroe, al frente de la caballería griega. Yo estaba con los hoplitas en segunda línea. No llegamos a combatir. Luego pasé seis meses persiguiendo tribus con Parmenio.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —preguntó Kineas.

—Estaba en la guarnición de Ecbatana —dijo Leo—. Aquello se está yendo a la mierda. Reuní a unos cuantos amigos que pensaban como yo y nos largamos.

Kineas adoptó un aire meditabundo.

—Desertasteis —soltó cansinamente.

—Va a declararse la guerra entre Parmenio y Alejandro —reveló Leo—. Pero no en el campo de batalla; será una guerra de guerrillas. Parmenio me envió con un mensaje para el rey y pensé que iba a ser ejecutado. De modo que sí: deserté. Con unos cuantos amigos. Entramos al servicio de uno de estos reyes hircanos; estos montes y las tierras bajas del sur están llenos de hombres de los ejércitos de Alejandro.

Kineas se sorprendió rascándose la barba.

—Esto no es una visita social, ¿verdad Leo? —preguntó.

Leóstenes tuvo la elegancia de mostrarse avergonzado.

—No —admitió.

Niceas soltó un resoplido.

Kineas se volvió hacia Eumenes.

—Ve a buscar a Filocles y Diodoro —ordenó—. Y pide a Sitalkes que nos traiga vino. —Se volvió hacia Niceas—: Tengo que comprar un esclavo —dijo irritado. Tener esclavos le fastidiaba, pero estaba demasiado ocupado para ocuparse del vino y

mantener el fuego encendido.

—¿Habéis conocido a vuestra jefa? —preguntó Leóstenes. Tuvo que notar que todos los presentes inspiraban bruscamente—. ¡Ya veo que todos la habéis conocido! —dijo riendo.

—No seas grosero, Leo. —Kineas sonreía, pero lo dijo con dureza—. A mí me cae bien.

Diodoro apartó las cortinas y entró seguido de Filocles, que cargaba con una saca de pergaminos.

—Todos la hemos conocido —dijo Diodoro con ironía—. ¡Caramba, mira quién está aquí! La falange debe de estar vaciando la guardería.

Kineas se levantó y presentó al visitante.

—Leóstenes, hijo de Cratero de Atenas. Un viejo amigo. —Kineas estaba sonriente, cosa poco habitual en él aquellos días—. Más bien un viejo estudiante, en realidad —añadió con los ojos brillantes.

Leóstenes sonrió a su vez.

—Puedo ganarte, cruzando espadas. Cuando tú digas, viejo.

Kineas negó con la cabeza.

—Tengo un persa, Darío —replicó—; antes tendrás que vencerlo a él. Probablemente sea mejor que yo. —Sonrió—. De hecho, me gustaría verlo.

Filocles se sirvió vino, luego sirvió a los demás y distribuyó las copas. Los alfareros locales hacían buenas copas que encajaban en la mano, moldeadas en forma de pecho femenino con un pezón en lugar de pie. La broma consistía en que no podías dejar la copa; tenías que acabarte el vino. O, al menos, ésa era una de las bromas.

Sitalkes entró a través de las mantas.

—¿Tendrías la amabilidad de prepararnos un ponche de vino, muchacho? —pidió Kineas.

El chico geta se puso manos a la obra sin quejarse. Hacía sólo unos meses que era liberto y aún no tenía inconveniente en servir si se le pedía con educación.

—Así que ya la conoces —repitió Leóstenes.

—Sí —dijo Kineas, guardando luego un silencio tan denso como el de la humareda que poco antes llenaba la sala.

—¿Y? —insistió el ateniense.

Kineas se encogió de hombros.

—Es bella. Inteligente. Educada.

—La encarnación del mal —observó Leóstenes con dulzura.

Kineas volvió a encogerse de hombros. Dejó vagar la mirada por la habitación. Ya casi no quedaba rastro del humo.

—No te la tiraste, ¿verdad? —dijo Niceas—. He oído mil veces lo apasionante

que es, pero tú no te habrás quedado prendado de ella.

Kineas negó cansinamente con la cabeza.

—Mi vida privada es asunto mío. No voy a poner en peligro esta expedición por satisfacer mis apetitos.

Filocles se puso de pie, haciendo una mueca y una reverencia.

—¡Te saludo, filósofo! Y me disculpo. Estaba convencido de que caerías de cabeza en sus redes.

—Disculpa aceptada —asintió Kineas—. Sí, la he conocido. No hizo particular gala de su sensualidad, pero se aseguró de que apreciara su inteligencia. Quiere que montemos una campaña en primavera. Puede pagar muy bien. Estoy tentado.

—El objetivo es mi jefe —repuso Leóstenes—. Estoy aquí para compraros.

Kineas refrenó el impulso de rascarse la barba.

—¿Cómo dices?

—Ella quiere el sur de Hircania. Su reciente y muy llorado marido poseía todo el territorio hasta Partía; Banugul perdió buena parte cuando asesinó a su marido y permaneció leal a Alejandro. —Leóstenes se encogió de hombros—. Estoy al servicio de Artabazo, el padre de Barsine; sátrapa de Alejandro, aunque su mandato no llegue hasta aquí. Es un viejo y astuto zorro. Lo único que tiene que hacer es sobrevivir hasta que Parmenio liquide a Alejandro, y entonces será rey.

Kineas asintió. Ya sabía que Artabazo era el objetivo de la campaña de primavera, pero no quería revelarlo.

—Y nos ha contado muchas cosas sobre ella. No es griega. Más bien un demonio persa, una especie de monstruo.

Leóstenes se inclinó hacia delante, subrayando sus argumentos.

Kineas se apoyó contra el respaldo.

—Niño, traes a mi mente la fábula de la zorra y las uvas.

Leóstenes rió a carcajadas, echando la cabeza hacia atrás.

—Me parece que en eso llevas razón. —Siguió riendo—. Los persas no han leído a Esopo. ¡Deberían hacerlo! —exclamó, llevándose las manos a la barriga. Kineas se levantó.

—Quédate a cenar, niño —invitó—. Pero no me insistas sobre este punto. Yo respeto mis tratos, y no me sentaría aquí a bromear con tu zorro persa aunque fuese diez veces más mercenario de lo que soy ahora. —Asintió, a modo de conclusión, e intercambió una mirada con Niceas—. Si no fuera porque se trata de ti, estaría tentado de crucificar al mensajero para dejar clara mi postura.

Leóstenes asintió con sobriedad.

—Eso le dije yo a mi jefe. Suerte tengo de ser quien soy.

—Esta vez, pasa —dijo Kineas—. La próxima podríamos tomarte por otro.

En cuanto Leóstenes y sus diez nobles hircanos se hubieron marchado a casa de noche, Kineas se envolvió en su clámide. Niceas y Filocles seguían en sus respectivos divanes.

—Me voy a palacio —declaró Kineas.

—Y yo que pensaba que no habías sucumbido —dijo Filocles.

—No he sucumbido. Pero apuesto a que tiene excelentes fuentes de información en este campamento, o al menos en el ágora que ha surgido ante nuestras puertas, y en cuestión de una hora estará enterada de lo que nos han propuesto. Quiero asegurarme de que le llega el mensaje correcto. Y redoblad la guardia. No me gusta nada este sitio. —Kineas apuró el vino de su copa y la dejó de lado sobre el aparador. ¿Había sucumbido? Desde luego, tenía las mismas necesidades que cualquier soldado.

Filocles asintió, haciéndole ver que estaba de acuerdo.

—Necesito tu autorización para meter un infiltrado en palacio —dijo.

—¿Un esclavo? —preguntó Kineas.

—Mejor que no lo sepas —contestó Filocles. Kineas constató lo incómoda que le resultaba aquella conversación a su amigo. Y éste desistió con un gruñido.

La cabalgada colina arriba en plena ventisca y el calor del palacio gracias a su hipocausto no podían contrastar más. Kineas se quitó la clámide y las sandalias en una antecámara y entró, vestido sólo con la túnica, al sanctasanctórum donde la reina estaba sentada con mucha ceremonia en medio de esclavos y cortesanos.

—Has tenido visita —dijo alegremente en cuanto Kineas entró.

—Un viejo amigo —contestó él—. Le enseñé a blandir la espada.

Banugul se levantó, cogió una copa de vino que le ofreció una esclava cuyo vello púbico estaba rasurado a semejanza de la letra alfa del alfabeto griego y se la llevó a Kineas con sus propias manos. Kineas llegó a oler el aroma de Banugul; un atisbo de aroma que se adueñó de su olfato. Un aroma limpio y delicado, como de menta. Su cabeza le llegaba a la altura de los hombros, y con la ventaja que le daba la altura vio más partes de ella que admirar. Alzó su copa.

—¿Qué te ha ofrecido para traicionarme? —preguntó Banugul, muy cerca de él.

Kineas se preguntó si habría un asesino a sus espaldas. Iba desarmado, y el tono de voz de su anfitriona desdecía de la limpia pureza de su aroma; estaba enfadada y no tendría reparos en hacerlo asesinar.

—Me he negado a escuchar su oferta —dijo Kineas.

—¿En serio? —preguntó ella. Por primera vez había dicho algo que la tomaba por sorpresa. Regresó a su trono y se sentó. A Kineas, los movimientos de la reina le parecían muy despaciosos.

—En serio —contestó Kineas.

Banugul suspiró.

—Me gustaría confiar en ti —observó.

Kineas meneó la cabeza con un amable ademán.

—No te fíes de nadie —le dijo. Miró a su alrededor—. ¿Podrías pedirme una silla?

Banugul esbozó una sonrisa.

—Puedo ofrecerte algo mejor que una silla.

Hizo una seña y le trajeron un auténtico diván. Mientras Kineas se acomodaba en él, trajeron otro para ella. Llegaron más divanes y los cortesanos, media docena de hombres ataviados con una mezcla de vestidos griegos y persas que se instalaron en los suyos con manifiesta incomodidad. Ella se arrellanó en el suyo con su gracia habitual, se apoyó en un codo y brindó con Kineas en su copa de oro.

Kineas derramó una libación a los dioses y luego brindó con ella pronunciando una cita de Aristófanes que le hizo sonreír.

Banugul bebió un largo sorbo de vino y luego se tumbó boca abajo.

—Si hago que te maten ahora mismo, puedo comprar a tus soldados y emprender la campaña que me plazca —dijo.

A Kineas se le encogió el estómago. No era inmune al miedo, y sus manos lo traicionaron. Apretó la copa. Banugul hablaba en serio.

—Mis soldados tomarían por asalto esta ciudadela y pasarían a todo el mundo por la espada —repuso él, fingiendo serenidad en la medida de lo posible. Oyó el eco del miedo al final de la frase.

El capitán de la guardia real se dejó ver a la derecha de su campo visual, y soltó un desdeñoso resoplido.

—¡Inténtalo, jodido griego!

Banugul le dedicó una enigmática sonrisa y señaló a su capitán de la guardia con el mentón.

—Este es Teraponte, mi firme brazo derecho.

Kineas respiró hondo. No volvió la cabeza, aunque se fijó en el lugar que ocupaba.

—Todos tus hombres son sobornables —soltó—. Tenéis poca disciplina, tan poca que ahora mismo las torres del norte de la ciudadela están vacías porque los hombres no quieren pasar tanto frío. No hay nadie vigilando la muralla norte.

—Nadie puede trepar por la muralla norte —precisó la reina, pero sus ojos se desviaron hacia el capitán de la guardia y éste miró hacia otro lado.

—Al igual que Leóstenes, Diodoro, mi segundo, es un amigo de infancia ateniense. Jamás podrías sobornarlo, señora. A diferencia de este perro tesalio que tienes para intimidar a tus guardias, mis hombres son soldados que acaban de lograr una victoria este verano. —Empezaba a convencerse a sí mismo y sus palabras fluían más deprisa—. Si me asesinas, todos vosotros moriréis.

Banugul le sostuvo la mirada con desenvoltura y sonrió. No fue una sonrisa seductora, pero sí de puro cálculo. No era joven. Tampoco mayor. Estaba en ese momento decisivo de la edad en que las arrugas de los ojos no estropeaban su apariencia, sino que le conferían dignidad.

—¿Cuál ha sido la oferta de Artabazo? —preguntó por segunda vez.

—Me he negado a escucharla —repitió Kineas. Abrió más los ojos una fracción de segundo y luego los entornó.

—¿Por qué? —quiso saber.

—No puede tentarme algo que no he oído —respondió Kineas—. ¿Conoces al famoso soldado Focionte?

—Conozco su nombre y su reputación. Su sentido del honor es proverbial.

Enarcó las cejas, expectante. Sonrió, y Kineas tuvo claro que no iba a morir. Pensó que la había calado.

—Solía decirnos que la mejor manera de evitar la tentación —Kineas notó que se liberaba de la tensión— es evitar la tentación.

Banugul asintió, con las cejas todavía enarcadas.

—A menudo busco la tentación —confesó—. Pero soy reina. —Miró las uvas que había en un cuenco cercano—. Cada una de estas uvas —dijo, cogiendo una—, ha sido despepitada en mis cocinas por los esclavos. Ese es el destino que te aguarda si descubro que has recibido a más mensajeros de Artabazo. ¿Te ha quedado claro?

Kineas no se dejó amedrentar.

—Si el ateniense Leóstenes viene a mi campamento, siempre lo recibiré, Despoina. Y acto seguido me presentaré aquí para que me interrogues.

—Eres un hombre extraño —observó Banugul. Lo estuvo mirando un rato mientras comía uvas—. ¿Yo soy una tentación?

—Sí —afirmó Kineas.

Banugul asintió con el semblante serio.

—Sin embargo, no me evitas.

Kineas se frotó el mentón y se comió una uva.

—Te concedo la razón.

Banugul se inclinó hacia delante, interesada.

—Los hombres no suelen aceptar la victoria de una mujer en las conversaciones. Me concedes la razón. ¿Pero? ¿Hay algún pero?

—Eres perspicaz, mi señora. Pero eres mi jefa y evitarte daría pie a malentendidos. Eres reina, y cualquier tentación que ofrezcas tendrá suficientes púas como para colgar a un salmón del Euxino.

Banugul levantó la barbilla y se permitió sonreír para indicar que su argumento tenía mérito.

—Me hice mujer en una corte persa. Mis dos tíos fueron envenenados. Mi madre,

asesinada con una espada. Ahora mi padre quiere matarme. ¿Lo entiendes?

Kineas asintió, las manos se le iban calmando progresivamente.

—Mantienes desnudos a tus esclavos para ver si llevan armas.

La reina dobló las piernas bajo su regazo y se inclinó hacia él.

—Desarmo a mis enemigos sirviéndome de cualquier medio —repuso Banugul—. Tengo muy pocas armas. Si fuese un hombre, sería fuerte. Soy una mujer. ¿Qué quieres que haga?

Kineas meneó la cabeza.

—Yo soy un pez astuto. Veo el anzuelo y el cebo, e incluso la barca.

Banugul torció el gesto.

—¡Prudente respuesta!

Hizo una seña a alguien que estaba detrás de él, y un hombre con una lira se sentó en una banqueta y comenzó a cantar. Era todo un artista y su talento exigía silencio. Kineas volvió la cabeza y vio que el rapsoda iba vestido; no era esclavo.

—¿Persa? —preguntó a Banugul cuando terminó la primera pieza.

—Licio —contestó ella—. O cario.

Kineas se acarició el mentón.

—La letra es extraña, aunque la cadencia remite a Homero.

Banugul tenía el cuerpo de cara al rapsoda, pero volvió la cabeza hacia él, estirando el cuello y la espalda. Su sonrisa era hermosa como el amanecer en las montañas, e igual de fresca.

—¿Todos los atenienses están tan bien educados como tú? —preguntó.

—Sí —contestó él. Tapó su copa con la mano para que el esclavo encargado del vino no le sirviera más—. ¿Dónde aprendiste griego? —Y apartó la mirada hacia el rapsoda.

Teraponte lo estaba fulminando con la mirada. Su odio ponía el contrapunto emocional al magnetismo de Banugul, y Kineas se apoyó en él.

—El jefe de los eunucos de Darío era griego —explicó la reina—. Y mi hermana y yo fuimos prisioneras de Alejandro durante dos años. —Sonrió como si fueran conspiradores—. Mientras tú aún le servías.

Kineas se sintió idiota por haber pasado por alto el dato de que ambos habían compartido la campaña entera.

—¡Por supuesto! —exclamó—. ¿Os apresaron con las mujeres después de Issos?

Banugul rodó por el diván y Kineas fue consciente de su cuerpo pese a la distancia que mediaba entre ambos.

—Recuerdo cómo aclamaban tu nombre cuando ganaste el laurel —dijo Banugul—. Nosotras estábamos con la matrona, preguntándonos si vosotros, los bárbaros, nos violaríais. —Se las arregló para que el recuerdo de aquella experiencia pareciera intrascendente—. Pero estabais demasiado ocupados dándoos palmadas en la espalda

para que nos prestarais atención. Pasaron días hasta que Alejandro se dignó ir a vernos.

Kineas había estado inconsciente varios días después de Issos, pero por alguna razón dudaba que Banugul hubiese oído aclamar su nombre. Torcía el gesto cuando intentaban adularlo.

—Me parece extraño que estuviéramos tanto tiempo en el mismo campamento —dudó.

—¡Hum! —exclamó ella, consciente de haber dado un paso en falso, e hizo una seña al rapsoda para que actuara—. No es tan extraño —repuso—, puesto que los dioses así lo dispusieron.

Sin frío por primera vez en días, Kineas cabalgó colina abajo hasta el ordenado campamento militar. En cada torre se acurrucaban dos centinelas, y había veinte hombres en el cuerpo de guardia anexo a la puerta. Pasó revista a todos, charlando con los centinelas, escuchando el aburrimiento de los sármatas y las quejas de los griegos, hasta que comprobó satisfecho que estaban alerta. Volvía a tener frío, frío a causa de un viento que parecía arrebatarle el calor corporal por la cabeza. Antes de envolverse en pieles y mantas para dormir, juró para sus adentros que abandonaría el helenismo y se haría con un gorro sakje. Permaneció un rato tendido, tiritando, intentando imaginar que tenía a Srayanka a su lado. Le costó trabajo verle el rostro, pues tendía a convertirse en otra cara más estrecha con el pelo rubio que le hacía estremecer.

—Tengo que marcharme de aquí —dijo en voz alta.

La transición de la inquieta vigilia al sueño fue tan repentina que... le pilló desprevenido la presencia del árbol y los dos aguiluchos chillando encima de él. Gritaban y se balanceaban sobre el interminable combate de los muertos, picoteando a enemigos muertos. Ajax y Graco y Nicomedes parecían más superados en número que nunca, pero nada iba a disuadirlo. Tenía que encontrar a Srayanka. Alargó una mano hasta la rama de arriba, se columpió para coger impulso, levantó una pierna, enganchó el pie y se encaramó. En un momento, estuvo rodeado de zarzas y helechos, plantas espinosas que le arañaban la piel y le pinchaban las manos, los antebrazos, los ojos.

Trepaba por un matorral, o gateaba a través de él, ciego. Tenía que alcanzar a Srayanka, y ella estaba en alguna parte al otro lado de las zarzas y las púas; así que se arrojó contra la masa espinosa y flexible sin conseguir abrir una brecha, tan sólo arañarse los brazos y dejar rastros de sangre en el tronco del árbol.

Se esforzaba por avanzar, enojado, frustrado...

Despertó con la clámide enredada en los pies, su pesada manta hircana remetida entre las piernas, la lana peluda raspándole la piel. Tenía frío.

Se levantó, moviéndose con cuidado en la oscuridad, y rehízo la cama, añadiendo otra manta de su petate. Luego se acostó abrigado con las mantas y aguardó a que lo venciera el sueño. En cada pensamiento que evocaba, en cualquier plan que le acudía a la mente, la imagen que veían sus ojos era la de Banugul volviendo la cabeza para sonreírle. Finalmente venció aquella sonrisa con un recuento de los carros de grano que el ejército precisaría en primavera y volvió a dormirse, abrigado y frustrado.

Durante aquella estación, el tiro con arco se erigió en el deporte de la tropa. El invierno de Hircania era más crudo que cualquier otro que hubieran conocido las ciudades del Euxino, con nevadas en los ventisqueros y gélidas lluvias todas las semanas, pero aún era lo bastante clemente para ejercitar a los caballos y hacer prácticas de tiro con los arcos sármatas.

Comenzaron Lot y Ataelo, disponiendo atados de paja contra los muros de adobe de la ciudadela del campamento y disparando para que se hicieran apuestas. Kineas sabía si algo era bueno en cuanto lo veía; un deporte que beneficiaba a sus tropas y que costaba muy poco, ayudaba a matar el rato y mantenía la disciplina: perfecto. Ofreció premios para un torneo semanal, buenos premios, y él mismo compitió.

Las primeras semanas reunieron a los prodromoi de Ataelo y a todos los sármatas para reírse de cómo tiraban al arco los griegos. Algunos eran tiradores natos o se habían entrenado, sobre todo los aristócratas de las ciudades del Euxino; Herón era un buen tirador, como varios de sus jinetes. Eumenes tiraba con una suerte de cansina resignación, como si su apolínea destreza fuese una maldición y no un don divino. Pero otros no eran tan afortunados. Un joven de la falange se las arregló de algún modo para partir el arco al tensarlo, y el consiguiente latigazo de la cuerda lo hizo sangrar. Muchos de los miembros de las tribus lo consideraron la mejor chanza que habían visto jamás, cosa que no fue precisamente favorable para el daimon de la milicia y que provocó un par de incidentes desagradables. Otros hombres simplemente no daban en el blanco, aun practicando semana tras semana; Diodoro amenazó con dejar de competir alegando que su excepcional habilidad para disparar flechas por encima de las dianas de paja estaba socavando su autoridad.

—¿No aprendiste a disparar cuando eras un efebo? —preguntó Kineas con malicia. De hecho, recordaba cómo tomaba el pelo a Diodoro cuando el desdichado adolescente erraba el tiro una y otra vez.

Diodoro respondió con un gruñido. Sin embargo, cuando entrada la mañana se enfrentaron en un combate de lucha, Kineas reparó en que estaba siendo arrojado al gélido barro con molesta regularidad. Diodoro se había enojado. A partir de ese momento, Kineas se guardó sus pullas para sí.

Seis semanas de tiro al arco sin tregua se tradujeron en que hasta el peor de los hoplitas era capaz de disparar contra una bala de paja, y los mejores se estaban volviendo muy competentes. Kineas cursó pedidos de arcos y flechas a los artesanos locales. Conocía lo bastante bien su particular Anábasis como para darse cuenta de que armar a todas sus tropas con arcos, aunque sólo fuera para llevarlos con el

equipaje, las haría más capaces de responder a las amenazas con que se enfrentarían en los desfiladeros y los angostos valles de las montañas, donde la táctica de la falange y el romboide de caballería perderían la eficacia que presentaban en el campo de batalla.

Algunos hombres prefirieron la onda, y Diodoro convenció a Kineas de que las hondas eran un arma con un alcance aceptable, de modo que podía verse a varias docenas de griegos euxinos usándolas para lanzar pesadas piedras contra las balas de paja. Tenían menos alcance, pero la potencia del golpe era capaz de derribar a un buey, demostración que Diodoro llevó a cabo ganándose el aplauso general durante la fiesta de invierno de Apolo.

Los bárbaros sármatas constituían un reto de liderazgo mucho mayor que los griegos euxinos. Estaban muy lejos de casa, pasando el invierno en un campamento militar, sujetos a normas que apenas entendían y rara vez respetaban. Pero los éxitos militares contra los bandidos y la buena disposición de los líderes griegos a predicar con el ejemplo y a ser vistos fallando en los torneos de tiro al arco y otras competiciones acortaron las distancias.

La mayor dificultad atañía al incumplimiento de la disciplina y a cómo debía castigarse. Kineas recordaba una amarga discusión que había tenido con Srayanka acerca de las ideas griegas sobre el castigo. Ella sostenía que tendría que matar a un hombre de sus clanes para hacerle acatar la disciplina griega, porque cualquier otra medida conduciría a enemistarse con todo el clan. El recuerdo de Srayanka y la progresiva comprensión de las costumbres tribales hacían prudente a Kineas. No podía mostrar un trato de favor con los bárbaros, pero su juicio debía adaptarse a sus propias ideas acerca de la justicia.

Kineas nunca tenía tiempo de aburrirse.

El ejército había sufrido dos ventiscas y llevaba ocho semanas acampado en Hircania, cuando Kineas celebró su segunda audiencia pública y varias unidades le llevaron a sus infractores para que fueran juzgados. A veces las autoridades locales hircanas exigían que el reo fuese enviado a la ciudadela, cosa a la que Kineas siempre se negaba. Cada negativa conllevaba una visita a palacio.

Los sármatas, con su arrogancia y su escaso interés por las sutilezas del comercio y la adquisición, a menudo eran llevados a juicio por ladrones, acusación que las más de las veces conseguía que incluso el lacónico Lot perdiera los estribos. Los caballeros sármatas sólo eran ladrones en sus respectivas tribus si robaban caballos, acto que sólo constituía un «crimen» cuando el caballo robado pertenecía a su propia tribu. El robo de caballos se castigaba con el exilio inmediato o la muerte. El arresto de un o una noble sármata por robo inducía a celebrar asambleas al aire libre para juzgarlos. Los griegos euxinos disfrutaban con estas asambleas al aire libre tanto como los sármatas con los torneos de tiro al arco. El entretenimiento que les

proporcionaban ayudaba a hacer la nieve más llevadera.

—El mercader dice que robaste el valor de la chica —dijo Kineas en un sakje aceptable. El jinete sármata, un señor entre su gente, vestido con una túnica púrpura con placas de oro y pantalones bombachos de tafilete de caribú bordado con pelo de venado, se mantenía erguido como una flecha. Su actitud era tan respetuosa como orgullosa. Se llamaba Gwair. Kineas pensaba en él como Gwair Caballo Negro para distinguirlo de otro Gwair sármata, también señor, que montaba un caballo gris. Pese a su etimología sakje, los nombres sármatas lo superaban.

—No, señor —negó Gwair sin alterarse. Sus ojos buscaron los de Kineas y sonrió—. Ella me gustó y yo a ella. —Se encogió de hombros—. Fornicamos. Calentó mi cama. —Sonrió—. Nos complacemos el uno al otro, de modo que puede quedarse conmigo.

Kineas suspiró.

—Es una esclava del burdel de este hombre —repuso. Señaló al mercader hircano que tenía a su lado, un hombretón por derecho propio. Junto a él se encontraba Teraponte, el capitán de la guardia de Banugul.

Gwair sonrió.

—¿Quiere luchar conmigo por ella?

Kineas negó con la cabeza.

—No me vengas con ésas, Gwair.

Caballo Negro volvió a sonreír.

—Un mercader idiota no puede quedarse con una chica como ésa. Una chica como ésa es para héroes. Y tú lo sabes.

Teraponte removió los hombros.

—Me enfrentaré a él —dijo—. Y, cuando lo mate, la reina estará satisfecha.

—No tan deprisa —atajó Kineas. El problema era que Kineas sabía que, entre los sármatas, las esclavas se iban con quien podía retenerlas; al menos hasta que intervenían las mujeres. Las mujeres sármatas combatían con la lanza y el arco igual que los hombres, y no era fácil contrariarlas, y los hombres que se casaban con ellas tenían que ser héroes. Kineas se volvió hacia Lot, que estaba sentado a su lado.

—¿Tendrías la amabilidad de mandar a buscar a alguna de tus nobles? —le pidió—. Me parece que necesitamos su ayuda.

Era importante que todo el mundo viera que Kineas hacía cuanto podía antes de ordenar que se castigara a un sármata o de permitir que éste entablara un duelo a muerte que seguramente perdería. Teraponte era un hombre peligroso y ninguno de los sármatas estaba a su altura.

Lot enarcó una ceja y se puso de pie. La impresión inicial de Kineas de que Lot era un hombre pausado y cauto había resultado ser fruto de la barrera idiomática. Lot miró a Kineas entornando los ojos, echó un vistazo a Teraponte como evaluando su

potencial y asintió con resolución.

—Sí —contestó—. Aunque, como sin duda sabes, no puedo enviar a nadie a llamarlas. Debo ir yo en persona a pedírselo.

Kineas asintió.

—¿Voy yo? —preguntó.

—Sería lo mejor —dijo Lot.

—Esta asamblea aguardará mi regreso —dijo Kineas, y se levantó.

—Acabemos de una vez —dijo Teraponte—. Castiga al bárbaro y pasemos al siguiente caso. Tengo frío.

Kineas hizo caso omiso del tesalio y se volvió hacia Niceas.

—¿Puedes encargarte de los infractores griegos mientras yo esté ausente?

Niceas esbozó una sonrisa lobuna, muy propia de su antiguo talante, y voceó el nombre de un par de hoplitas que habían iniciado una pelea con los mercenarios locales. Kineas se envolvió con la clámide y enfiló la calle principal del campamento, pasando ante su megaron de leños y el carromato pesado de Lot hasta donde las yurtas de los sármatas se alineaban formando calles con un orden militar que las hacía parecer fuera de lugar, como gatitos regimentados.

En su mayoría las mujeres vivían con sus hombres, pero las doncellas nobles tenían una yurta para ellas. Por lo general contaban entre catorce y veinte años, aunque había un puñado de más edad: arqueras solteras que decidían llevar vida de soldado.

Kineas llamó con su fusta a la jamba de la puerta y asomó la cabeza una joven doncella que se ruborizó de inmediato, haciendo una venia.

—¡Señor Kineas! —dijo.

Kineas sonrió. Ningún griego lo llamaba «señor Kineas», y resultaba irónico que los sármatas le plantearan la mayoría de los problemas de disciplina porque todos ellos, tomados por separado, lo adoraban, algo que distaba mucho de suceder en el grueso de las tropas olbianas.

—Quisiera ver a la señora Bahareh, si es que me puede recibir —solicitó Kineas.

Bahareh acudió a la puerta de la tienda, lo tomó de la mano y lo condujo al interior. Era una guerrera mayor, con canas en las trenzas y un rostro más de cuero curtido que de pétalo de flor. También era una de las mejores lanceras del ejército, y su profunda voz femenina se imponía en cualquier conflicto. No ostentaba ningún rango en concreto, aunque solía estar al mando en tiempos de guerra.

Kineas aceptó la taza de té que ésta le ofreció.

—Quisiera que vinieras a ayudarme a juzgar a Gwair Caballo Negro —le rogó.

Bahareh arqueó una ceja con ademán imperioso.

—Le arrebató esa chica infiel al esclavista. ¿Eso es delito?

Kineas asintió.

—Un esclavo es como un caballo; algo que tiene valor para el amo del burdel.

Bahareh frunció el ceño.

—O sea que debería comprarla. —La sármata sonrió—. Es toda una pieza.

—El amo del burdel quiere que se la devuelva. No desea vender a esa mujer.

—«Comprársela ha sido lo primero que intenté», pensó Kineas.

Bahareh chasqueó los dedos y un par de adolescentes la ayudaron a ponerse su abrigo largo forrado de pieles. Pesaba casi tanto como una armadura. A diferencia de los abrigos de hombre, se ceñía a su figura; era una prenda muy elegante, aun siendo bárbara. Otra chica le recogió el pelo en lo alto y le puso un gorro sakje, anulando por completo su género. Presentaba el aspecto de cualquier sakje de buena posición. Tras ponerse de pie, Bahareh preguntó:

—¿Está preñada, la chica?

Kineas tuvo ganas de darle una palmada en la espalda.

—No se me ha ocurrido preguntarlo —respondió—. Supongamos que lo está.

Iban caminando por la calle. La señora Bahareh tenía las piernas más largas que Kineas, así que éste tenía que apurar el paso para no rezagarse.

—Entonces cuando dé a luz, si sobrevive, será una mujer libre del clan. El le da unos cuantos caballos como obsequio por el parto y el bebé forma parte de la familia. Así es la ley.

Kineas gruñó:

—Ya veo cómo juzgar esto. Escucha, señora, convendría que hicieras saber que los hombres de las tribus que visiten los burdeles tienen que pagar cada vez, y que el próximo hombre que se lleve una de esas chicas a su yurta sufrirá el mismo castigo que si hubiese robado la chica a otra tribu. Si haces esto por mí —la detuvo en medio de la calle, porque caminaba tan deprisa que iban a llegar a la asamblea antes de tener lista la estrategia—, yo mentiré para salvar a Gwair Caballo Negro.

Bahareh era alta, casi de la misma estatura que él. Frunció el ceño.

—No te corresponde a ti castigar a los hombres de las tribus, don Kineas. Eso debe hacerlo nuestro príncipe.

Kineas le sostuvo la mirada.

—Señora, no llegaremos al final del invierno como amigos, a no ser que todos obedezcan. Sin duda, ocurre lo mismo en un campamento de invierno sármata.

Bahareh toqueteaba su fusta.

—Sí —asintió—. De acuerdo. Salva a Gwair; es un idiota, pero casi todos los hombres lo son. Yo meteré a los hombres en cintura. —Su fusta cortó el aire—. Lot hace bien en seguirte —agregó.

Kineas dedicó la mayor parte de la hora siguiente a regatear con el amo del burdel y el autoproclamado arconte sobre el valor de la mujer, mientras que Teraponte, al verse sin pelea, se largó indignado. Kineas se sirvió de la falsa preñez para liberarla

de su amo. Hizo que el clan entero pagara un precio inflado, dejando así a Gwair mal parado entre su gente. El proceso requirió cuatro veces más tiempo y dinero de lo que habría requerido castigar a uno de los suyos.

—Vamos a tener un invierno muy largo —le dijo a Niceas.

—Eso no pinta bien —dijo Diodoro, señalando hacia la puerta.

Dos jinetes venían al galope bajo una intensa nevada. Uno de sus destacamentos. Pasaron directamente a la asamblea.

—Hay un barco en la playa —informó Sitalkes. Su aliento echaba vapor igual que el de su caballo, audible desde el interior—. Viene del fuerte que construimos en Errymi. Alguien de Olbia.

—Eso no pinta bien —repitió Diodoro.

Kineas envió una patrulla con caballos de refresco a la costa, a tres estadios de allí, y Sitalkes al mando. Regresó con Nicanor, un liberto que ahora era el encargado de la antigua casa de Nicomedes. Kineas hizo que lo condujeran al megaron, donde se arrimó al fuego para entrar en calor.

—Pensaba que nunca más volvería a estar caliente —dijo—. He pasado tres días en ese barco, helado y calado hasta los huesos.

Suspiró. Era gordo, llevaba demasiada ropa y estaba completamente fuera de lugar, y su tono quejumbroso no era algo que se oyera con frecuencia en el campamento de Kineas.

—Gracias por venir tan deprisa. ¿Traes un mensaje para mí? —preguntó Kineas amablemente.

El hombre sacó de entre los pliegues de la túnica un tubo para rollos. Aunque ni siquiera el tubo de hueso había resistido bien la humedad, el papel de vitela se podía leer bastante bien.

Likeles a Kineas de Atenas, saludos.

Amigo, he recibido tu solicitud de fondos y no puedo satisfacerla. La ciudad está casi en estado de guerra; las facciones han intentado asesinar a Patroclo y su hijo en dos ocasiones. No me atrevo a sacar riquezas de la ciudad por miedo a que las roben y las utilicen contra nosotros. Te envío a Nicanor para que comprendas lo presionado que estoy. Si no has llegado demasiado lejos, regresa, por favor. Y juntos aplastaremos a estos arribistas.

Me consta que te he fallado en esto, pero no veo otra opción.

Adjunto una carta que llegó desde Atenas en memacterión.^[6] Seguramente, si tu ciudad cuenta con que emprendas campaña contra Anfípolis, el deber te llama.

Kineas leyó la carta, y después también la carta adjunta de Demóstenes de Atenas, o de alguien de su facción, con creciente alarma. Se las pasó a Filocles, que había estado interrogando a Nicanor. El antiguo esclavo ya estaba reducido al llanto.

—Has sido muy valiente al cruzar el Caspio en esta época del año —dijo Kineas. Lanzó una mirada al espartano, como diciendo: «¡Mira lo que has conseguido!»

Nicanor negó con la cabeza, los ojos clavados en el suelo.

—Tenía que venir —repuso—. El amo Likeles dijo... que tenía que alcanzarte... y... y lo he hecho.

Filocles terminó de leer las cartas y se las pasó a Diodoro.

—No están en condiciones de gobernar la ciudad —dijo Nicanor. Seguía mirando al suelo—. He venido para decirte eso. Serví a Nicomedes como factor jefe durante diez años. Sé cómo van estos asuntos. Likeles quiere emprender una acción directa; pagó por un asesinato. Me consta; yo mismo reuní el dinero y pagué a los asesinos.

Kineas asintió. Lo había visto venir; sospechaba que en realidad ya lo sabía.

—¿Alceo? —preguntó.

Nicanor dio un respingo y le temblaron las manos.

—¿Lo sabías? ¿Lo ordenaste tú?

Kineas negó con la cabeza.

—Se erigirá en tirano —prosiguió Nicanor—. No puede negociar. Y Patroclo es débil; amable y bienintencionado, pero débil. Está perdido sin mi amo, es decir, Nicomedes, y su amigo Cleito. Titubea. Sus aliados lo abandonan.

Kineas respiró hondo.

—Como bien decía Diodoro, esto pinta mal —dijo.

El megaron se estaba llenando de sus oficiales más allegados. Los rumores circulaban deprisa en el campamento, y eran una comunidad reducida. Herón estaba fuera patrullando y Lot rara vez mostraba interés por la política de los griegos, pero el resto acudió con prontitud, deslizándose entre las mantas que cubrían la puerta.

León asintió.

—Necesitamos dinero. Sin él, tendremos problemas para conseguir caballos de refresco en primavera. Ya estoy preocupado por la próxima paga de los hoplitas. —Rodeaba con un brazo los hombros de Nicanor—. Estoy cerrando tratos aquí; cuento con el respaldo de Olbia y Pantecapaeum para avalar el crédito que me conceden. De no ser así, tendremos un montón de acreedores enfadados cuando llegue el buen tiempo; y mis nuevas perspectivas de negocio se irán al garete.

—Likeles intenta hacernos regresar —señaló Diodoro—. Detesto ser yo quien lo diga, pero alguien lo manipula. Trata de retener tu dinero para obligarte a volver.

—¿Atenas? —preguntó Filocles.

—¿Macedonia? —preguntó Safo—. Es un secreto a voces que vas a combatir contra Alejandro. Esa mujer del palacio aún está a su servicio. Me juego la vida.

—Curiosa coincidencia de intereses —dijo Filocles. Estaba pensativo—. Suponiendo que tú regresaras a Olbia, el ejército se quedaría aquí toda la primavera, ¿no es así? —Miró a la concurrencia—. ¿Qué dices, Kineas?

Kineas suspiró.

—Si regreso, jamás volveré a marcharme. Lo presiento.

Diodoro se encogió de hombros.

—¿Habéis llegado a un acuerdo sobre la campaña de primavera tú y la reina? —Volvió a encogerse de hombros—. Lamento preguntarlo, pero guarda relación. Si vamos a efectuar una campaña de primavera, tenemos tiempo para enviar a alguien de regreso.

—Quiere mucho más que una simple campaña de primavera —dijo Kineas, provocando sin querer que todos se sonrieran con complicidad.

Niceas hizo oír su voz ronca:

—Deja que Diodoro dirija la campaña de primavera. Así tendrás tiempo de ir a Olbia, ponerlos a todos en su sitio y volver. Nos trasladaremos en pleno verano.

Diodoro sonrió.

—Lo admito, deseo estar al mando otra vez —dijo mirando a Niceas—. Aunque no creo que Kineas vaya a tenerlo tan fácil. Si esto es lo que creo que es, los poderes ocultos tras esta llamada contarán con varios medios, todos perfectamente legales, para retener a Kineas en Olbia.

Kineas asintió y miró a Filocles. El espartano apoyó el mentón en la mano.

—Tiene sentido lo que dice Diodoro. Tal vez restablezcas el orden en cuestión de días. —Se incorporó—. O tal vez no. Puedes verte embrollado en meses de debates, un año de acusaciones.

Diodoro volvió a pronunciarse.

—Y la flor y nata del ejército, los votos que siempre te respaldan, estarán aquí.

Filocles inspiró profundamente.

—Y es muy posible que te hagan matar.

La voz de Eumenes se oía como un murmullo de fondo, explicándole la situación política a Darío, cuya juventud persa lo privaba de la menor experiencia sobre la volubilidad de una asamblea griega.

—Sí —asintió Coeno—. Zorro, para variar llevas razón. Los acontecimientos superan a Likeles, eso está claro. —Coeno sonrió—. Pero os garantizo que no es deshonesto. Diodoro, tú deberías saberlo. Siempre ha estado de nuestra parte. Aunque a veces puede ser un idiota. —Diodoro asintió, admitiendo la verdad de ambas afirmaciones. Coeno prosiguió—: Pero es uno de mis más viejos amigos. Envíame a mí. No es que sea precisamente lo que pensaba hacer este invierno. —Lo que Coeno tenía previsto hacer aquel invierno era pasarlo con Artemisa, la cortesana más bella de Banugul. Se encogió de hombros—. Kineas, si vas tú, te hundirán en el lodo, tal

como aquí nuestro Ulises sostiene. Si me envías a mí, nadie se gastará ni un dáríco en matarme, y en cambio puedo ayudar a Likeles a poner orden, conseguir que me dé dinero en efectivo y trasladarlo por barco. Probablemente no estaré de vuelta hasta bien entrada la primavera; en cualquier caso, hasta que el lago Meotis se abra a la navegación. Pero nadie me retendrá. Y además —se encogió de hombros—, tengo cierto renombre. No es muy probable que se metan conmigo.

Diodoro lanzó una mirada a Safo.

—Lleva razón. Yo prefería el plan en que comandaba la campaña de primavera, pero lleva razón.

Filocles se mostró de acuerdo.

—Ha pasado el otoño cazando en los desfiladeros que conducen al Tanais. Conoce el terreno; será el más rápido.

Kineas detestaba renunciar a uno de sus amigos más íntimos. Echó una mirada a León y a Eumenes, pero ambos tenían vínculos con facciones de la ciudad y por tanto no podrían hacer lo que era preciso.

—Estás preparado para comandar un escuadrón —observó Kineas—. Haz esto por mí, Coeno, y lo tendrás.

—¡Quiá! —exclamó el aristócrata—, no me tienes que sobornar para que haga el viaje. Si no voy, Likeles quedará como un idiota y todos saldremos perdiendo. Además, ahora soy ciudadano de Olbia. Es mi deber para con la ciudad, no lo olvides. —Miró a los miembros del Estado Mayor—. Juradme que no os acercaréis a la cama de Artemisa. Puede que me case con ella.

Todos lo juraron entre risas.

Coeno navegó hacia el norte con los diez hombres que le habían acompañado en otoño. Zarparon un clemente día de invierno con viento favorable. Nicanor se quedó para encargarse de la casa de Kineas. Dijo que prefería conquistar Asia antes que volver a cruzar el Caspio otra vez. Le bastó un día para comprar cuatro esclavos, y Kineas ya no tuvo que servirse más el vino.

Dos días después llegó la tercera ventisca. Caían copos de nieve como las plumas de un ave monstruosa, según había descrito Heródoto, que el viento del norte arremolinaba.

—Coeno estará sano y salvo en la desembocadura del Rha, bebiendo vino caliente en nuestro antiguo fuerte —dijo Filocles.

Kineas rezó a Poseidón y al día siguiente sacrificó un cordero con sus propias manos. En la ciudadela, seguía negándose a emprender una campaña de primavera el día siguiente a la festividad de Perséfone, pese a las lisonjas y al oro que le prodigaba la reina.

Oyeron decir que Antípatro, el gobernador de Macedonia en ausencia de

Alejandro, había infligido una contundente derrota a Esparta.

Oyeron decir que Alejandro se había esfumado de los confines orientales del mundo; que estaba en Bactria, o tal vez en Sogdiana.

Oyeron rumores de que Parmenio estaba alineando a los sátrapas de Occidente para destruir a Alejandro si regresaba. Leóstenes les había dicho que Artabazo estaba aliado con Parmenio y que su jefa, la reina Banugul, lo estaba con Alejandro y condenada a caer. Y que Atenas estaba preparada para liberarse del yugo y declarar la guerra a Antípatro.

León se sentaba en el mercado, o en el megaron, y oía hablar a los mercaderes sobre el este; la ruta comercial que atravesaba montañas, desiertos y estepas hasta un remoto país llamado Kwin. Sus ojos ardían con algo semejante a la lujuria. Los comerciantes hircanos y los nómadas de la estepa que inveraban en Hircania contaron a León que la seda procedía de Kwin.

De todas direcciones, este, oeste y sur, les llegaban rumores de revuelta y de guerra; hasta que la nieve vino en serio.

Y entonces la nieve se cuajó como las murallas de una blanca fortaleza, y todos los rumores cesaron.

Hasta la primavera.

Parte III

El país de los lobos

Filotas sostenía con desenvoltura la fulminante mirada de Alejandro.

—¿Qué se supone que he hecho exactamente, majestad? —preguntó.

—¡Más respeto cuando hables con el rey, Filotas! —le espetó Hefestión. El mejor amigo y amante ocasional del rey iba vestido con sencillez, sin adornos en el cabello bronceado, pero parecía haber ganado estatura de la noche a la mañana y su tono acusatorio restalló como el látigo de un arriero.

Filotas volvió la cabeza con exagerada lasitud, como si mirar a Hefestión le costara mucho trabajo.

—Soy respetuoso —protestó. Y se encogió de hombros—. También estoy ocupado. —Sus ojos volvieron a buscar los del rey, y el rechazo a Hefestión y a todo lo que a éste atañía fue palpable. Ambos hombres siempre se habían detestado mutuamente. Filotas era hijo de Parmenio, y el mejor oficial de caballería del ejército. Su arrogancia era de esa clase que tanto gusta a la tropa; una arrogancia respaldada por sus muchos logros. Ser guapo y de noble linaje no le perjudicaba; sin embargo, no había medrado valiéndose sólo del nombre de su padre. Era valiente, calculador y, por encima de todo, implacablemente exitoso. Algunos de la vieja guardia decían que, sin él, la batalla de Arbela quizás hubiese terminado en derrota.

La posición de Hefestión se fundamentaba en su privilegiada relación con el rey. Los observadores perspicaces, y en la corte militar en torno al rey de Macedonia abundaban, se fijaban en que cada vez que se daban órdenes, órdenes de combate, incluso el enamorado Alejandro pasaba por encima de su amigo para beneficiar a Filotas.

Así pues, pese a los rumores que circulaban por el campamento desde hacía un par de días, Filotas estaba en posición de descanso ante el rey.

—He oído muchas habladurías —dijo Filotas—. ¿Se me acusa de algo, majestad?

—Se te acusa de participar en un complot para asesinar al rey —reveló Hefestión. Alejandro permaneció callado.

Filotas siguió mirando al rey.

—¡Eso es una gilipollez! —exclamó—. Soy absolutamente leal y todo el mundo lo sabe.

—Los conspiradores te han delatado —dijo Hefestión.

—Me importa un pelo de cono lo que tus torturadores hayan arrancado a un campesino —dijo Filotas.

—¿Por qué no acudiste a mí cuando Cebalino te acusó? —preguntó Alejandro con voz cansada.

Filotas asintió bruscamente.

—Ya me figuraba que se trataba de esto. Escucha, Alejandro —Filotas, como noble y Compañero, tenía derecho a dirigirse al rey con familiaridad—, ya sabes las malas pulgas que llega a tener el idiota de Cebalino. Como cualquier amante —y aquí Filotas sonrió a Hefestión con evidente mofa—, se pone mujeril y cotillea. De modo que oyó algo mientras le daban por el culo. Me lo contó. Me pareció que era una sarta de sandeces. Y no le hice caso.

—Pues no eran sandeces —repuso Alejandro—. Tenemos confesiones.

—Si me equivoqué —dijo Filotas en un tono que daba a entender que pensaba que todo aquello era un montaje—, presentaré mis más sentidas disculpas. Su majestad debe creer que yo jamás permitiría que un complot contra él prosperase. Por otra parte...

Aquí hizo una pausa porque se dio cuenta de que estaba a punto de entrar en terreno prohibido. «Si informara de todos los complots contra ti, nos quedaríamos sin ejército», no parecía algo muy apropiado para decir en aquel momento.

—No parece que te incomode demasiado la idea de una traición —soltó Hefestión.

—Eso es un montón de basura —dijo Filotas. Estaba perdiendo la paciencia. Era una acusación demasiado ridícula para tomarla en serio.

—En privado, dices que salvaste al rey en Arbela. Que tú y tu padre habéis ganado todas las batallas; que el rey no tiene competencia para dirigir un ejército.

Filotas se alarmó por primera vez y se notó. Levantó el mentón. Pensando deprisa, optó por la sinceridad.

—Quizás haya fanfarroneado estúpidamente, estando ebrio. —Procuró ganarse una sonrisa del rey—. Se da con frecuencia entre los soldados. —Al ver que el rey no sonreía, Filotas abrió más los ojos—. No puede ser que hables en serio. Me disculparé ante el ejército si es preciso, majestad, pero la fanfarronada de un borracho dista mucho de una traición.

—Tu padre lleva años conspirando contra mí —dijo Alejandro de repente. Parecía de mal humor.

—¿Qué? —exclamó Filotas. Ahora sí que se alarmó—. Eso no es cierto. ¡Por los huevos de Ares, Alejandro, ni siquiera serías rey de no haber sido por mi padre!

En cuanto hubo pronunciado aquellas palabras, se dio cuenta de que Hefestión había estado jugando con él. Fulminó al favorito con la mirada. Hefestión se la sostuvo.

—¡Traidor! —le espetó.

Filotas se irguió.

—¡Demuéstralo, subalterno!

Hefestión se volvió hacia Alejandro.

—Confesará bajo tortura.

—¡No puedes torturarme! —soltó Filotas—. ¡Soy el comandante de los Compañeros! ¡Por los huesos de Aquiles, el mejor de los aqueos, juro que no soy un traidor! ¡Y nunca podrás demostrarlo ante la asamblea!

Se quedó allí plantado, alto y bien parecido, la viva imagen del oficial gallardo.

Pero la asamblea pensó diferente dos días después, cuando fue llevado ante ellos sin dientes, con buena parte de la cara arrancada. Parecía un traidor con las manos rotas. Hefestión dijo que había confesado su culpa, y el rey lo corroboró. Nadie entendió a Filotas cuando habló.

Lo ejecutaron.

—Ahora puedo hacer limpieza —confesó Alejandro a Hefestión. Era un consejo privado, con sólo unos pocos hombres: Eumenes, Kleistenes y Hefestión.

—Tienes que matar a Parmenio —instó Hefestión—. Cuando se entere...

—¡Sí, Patroclo! —Alejandro le revolvió el pelo—. Ya lo sé. El padre debe perecer, ahora que se ha demostrado que el hijo es un traidor.

Incluso a Kleistenes, sofista y propagandista profesional, se le heló la sangre en las venas al oír que el rey llamaba traidor a Filotas en privado. El rey se había convencido a sí mismo, sentando un peligroso precedente.

El cardío Eumenes mantuvo la compostura.

—Espitamenes ha aceptado nuestras propuestas sobre la negociación —dijo. Eumenes había aprendido a no usar palabras que el rey pudiera interpretar como si los macedonios estuvieran haciendo un requerimiento a la paz con un sátrapa rebelde. La verdad era que Espitamenes, con los restos del ejército persa de Besos y el apoyo de los masagetas y los dahae, estaba retrasando su conquista del norte de un modo difícil de digerir.

El rey bebió un poco más de vino.

—Cuando Parmenio haya muerto, tendré la retaguardia segura —aseguró—. Dispondré de todo el tiempo necesario para conquistar el resto del mundo. No necesito a Espitamenes. Dile que se joda.

Hefestión rió a carcajadas.

Eumenes, que había trabajado todo el invierno para montar una ronda de negociaciones, inspiró profundamente.

—A Espitamenes le interesan las cuestiones religiosas, majestad. No desea ser Rey de Reyes. —Estaba imparable y dijo la verdad—. Mientras cuente con las tribus escitas, puede cruzar el Jaxartes cuando quiera. Y nosotros no podemos seguirle.

Alejandro se volvió y clavó sus ojos de loco, pintados de blanco, en la cabeza de Eumenes.

—No hay ningún lugar al que mi ejército no pueda ir —dijo.

Eumenes desvió la mirada hacia Hefestión, confiando en que aquel hombre tan consentido recordara lo que le convenía.

Hefestión hizo girar el vino de su copa y se inclinó hacia delante.

—Si emprendemos una campaña a la otra orilla del Jaxartes, perderemos toda una temporada de campaña en India.

Tendría que haber sido actor, pensó Eumenes. Se enjugó la frente.

Alejandro se tumbó en su diván.

—De acuerdo. Incluso Aquiles escuchaba cuando Fénix hablaba. Di a Espitamenes que quiero una amazona; o mejor aún, una docena. Di a Espitamenes que me consiga doce amazonas.

Este era el tipo de exigencia que podía desbaratar una negociación en un momento, pero Eumenes conocía la voz de su amo. Asintió.

—Sí, majestad —dijo.

Y Kleistenes se estremeció.

Las primeras flores se abrían a través de las últimas nieves de Hircania y los vientos que llegaban del Caspio eran todavía bastante fríos para los hiperbóreos, y tan fuertes que desalentaban incluso a los arqueros más aguerridos.

Kineas se sentía gordo. Había comido demasiado bien y hecho muy poco ejercicio, por más que hubieran construido un gimnasio y lo utilizaran con cierta frecuencia. No había pasado tanto frío en su vida como en lo más crudo del invierno de Hircania, cuando la nieve azotaba como la arena y los lobos aullaban cada noche. Y, demasiado a menudo, todo el ejercicio que hacía era subir la empinada cuesta de la ciudadela, donde la reina lo entretenía con historias en griego y persa, las cuestionables travesuras de sus esclavas y el placer sensual de sus suelos irradiantes y sus lujosos baños, así como con los placeres más intelectuales de los pergaminos, los rapsodas y la poesía.

Después de que Teraponte la hubiese obsequiado con varias versiones sesgadas de cómo era el tribunal de Kineas, Banugul pidió con una sonrisa bajar la colina y asistir a uno, y de paso visitar el campamento. Kineas no tenía manera de negarse, así que al día siguiente su cabalgata descendió serpenteando desde la ciudadela: una docena de caballeros locales y algunos de sus guardias con el bronce pulido a toda prisa. La reina llevaba una capa forrada de pieles encima de una chaqueta escita con muchos bordados y pantalones de lana remetidos en unos botines, un alto sombrero medio y un velo que le cubría los ojos sin ocultárselos.

Y una espada.

El suelo estaba endurecido por la helada y los hombres de Kineas hicieron una exhibición a caballo y a pie. La caballería olbiana lanzó jabalinas, los prodromoi dispararon sus arcos y los hoplitas efectuaron maniobras para mostrar un cambio de frente a la manera espartana, ganándose la sonriente aprobación de la reina. Tiraron al arco y ella insistió en participar; disparó bastante bien, aunque Kineas se permitió recordar que Srayanka habría llenado de flechas las dianas cabalgando al galope.

Banugul echó un vistazo a las tabernas y burdeles del mercado del campamento.

—¿Estoy proporcionando todas las mujeres a tu ejército, Kineas? —preguntó.

Kineas miró hacia otro lado.

—Trajimos algunas con nosotros —dijo.

—Sí, y una hetaira para controlarlas —repuso Banugul. Se rió—. Qué buena organización. ¿Los hombres hacen cola aguardando su turno cuando no consiguen campesinas hircanias? ¿O se quedan sin? —Entonces se puso a recitar:

*Frustrado tu deleite amoroso
qué triste es tu situación.
Con compasión veo tu caso;
pues me consta que duro te resulta.
¡Qué ser humano podría soportar
esta imprevista tensión doméstica,
sin que haya un solo indicio
de mujeres serviciales en el lugar!*

Pronunció los versos con voz grave porque se trataba del coro masculino de Lisístrata, y todos rieron con ella. Teraponte miró a Filocles.

—Quizá no tengan necesidad de mujeres, mi señora.

—Si tal fuera el caso —replicó Banugul—: «¿Por qué esconden esas lanzas que sobresalen bajo sus túnicas?» —La maliciosa paráfrasis de Aristófanes hizo que todos volvieran a reír.

Filocles se acercó a la reina. Levantando la vista hacia ella, declamó:

—«Ella, la ramera, lo hizo todo; ella, con sus atroces malabarismos.»

Teraponte dio media vuelta rápidamente, pero Banugul desmontó de su caballo y tomó la mano del espartano.

—Me gustan los hombres cultos —dijo—. ¿Eres Filocles, el sofista?

Filocles se rió, obviamente halagado.

—Soy Filocles, el espartano, mi señora. No recuerdo que me hayan llamado nunca sofista, salvo aquí el amigo Kineas.

Banugul le dedicó una sonrisa radiante.

—Si tú puedes llamarme ramera, yo puedo llamarte sofista.

—Tendré más cuidado con mis epigramas —dijo Filocles, a todas luces picado.

Banugul le lanzó un beso.

—¿Por qué no vienes a visitar mi corte, espartano? Todos los demás vendrán, excepto Diodoro, que ha dejado de visitarme. Pero siempre faltas tú.

—La sofistería ocupa todo mi tiempo —respondió Filocles con gravedad.

Diodoro se puso tan rojo que se volvió, e incluso Kineas tuvo que reprimir una carcajada, mientras que Banugul se ruborizó un poco pero sin arredrarse.

—¿Das a entender que los malabarismos ocupan todo mi tiempo?

—Yo no he dicho eso —repuso Filocles, arrastrando las palabras.

—La pederastia, más bien —corrigió Teraponte en voz baja, aunque haciéndose oír.

Kineas se interpuso entre ambos.

—Filocles, la señora no es un blanco para tu ingenio.

—Puedo defenderme sola, Kineas —protestó Banugul—. Por todos los dioses, ahora veo lo que me he perdido quedándome en mi ciudadela. Y también entiendo por qué Kineas es capaz de lidiar con mis agudezas, si éste es su entrenamiento cotidiano.

—Más que entrenar —dijo Teraponte—, quizá se entretengan el uno al otro exclusivamente. —Lanzó una mirada lasciva.

Filocles pareció no hacer caso a las pullas del tesalio hasta más tarde, cuando los olbianos mostraban a la reina y su séquito el gimnasio construido con leños. Filocles tenía el brazo y el oído de la reina, y le hablaba de la lucha griega y del pancracio,^[7] un combate deportivo sin armas, hasta que ella dio una palmada de entusiasmo.

—¡Me encantaría verlo! —exclamó—. He leído mucho sobre ello.

Filocles sonrió, y el guerrero que acechaba bajo la piel del filósofo salió a la superficie.

—Será un placer mostrártelo, mi señora —dijo—. Seguro que Teraponte tendrá ganas de enfrentarse a mí a pecho descubierto.

Teraponte no era la clase de hombre que rehuía un desafío, y se desnudó.

—No pienso dejar que te coloques detrás —se burló—. Sé muy bien lo que hacen los griegos desnudos.

—Luchamos desnudos —dijo Filocles a la reina a modo de disculpa.

—Mi puterío comprende la desnudez masculina —repuso Banugul.

Filocles dejó caer su grueso manto y se sacó el quitón de lana por la cabeza, revelando el cuerpo de una estatua. Teraponte pesaba más que él y empezaba a echar barriga, aunque también tenía los brazos más largos e inmensamente fuertes. Kineas trató de llamar la atención de su amigo.

Banugul apoyó una mano en el hombro desnudo de Filocles.

—Me lo tomaré a mal si haces daño a mi capitán —advirtió. Sus uñas acariciaron el pecho de Filocles cuando retiró la mano. Su sonrisa fue privada, sólo para Filocles, y Kineas se consternó al notar un hormigueo de celos ante su intimidad.

Luego los dos hombres daban vueltas en la arena, agachados, concentrados. Dieron tantas vueltas que la reina comenzaba a aburrirse y sonreía de manera afectada a su anfitrión, cuando de pronto un cambio de postura o intención juntó a los dos contendientes, agarrándose los brazos en alto, los pies bien retrasados mientras medían sus fuerzas. La tensión resaltaba los músculos y, a pesar del frío, el brillo del sudor cubría a ambos hombres.

Banugul se inclinó hacia delante con los brazos en jarras. Kineas la observaba mientras ella miraba a los contendientes.

Filocles cambió su peso de repente, como si sucumbiera al abrazo del tesalio, pero le hizo girar el cuerpo al embestirlo. Apartó un brazo y golpeó al tesalio en la cabeza con su antebrazo; de pronto Teraponte quedó tendido boca arriba y Filocles se

abalanzó sobre él, vaciándole los pulmones de aire.

—Eso me lo hace cada dos por tres —protestó Kineas compungido.

Banugul se volvió hacia él con los ojos brillantes de picardía.

—La de cosas que me cabría insinuar —dijo. Pero alargó el brazo, le apoyó una mano en el pecho y le dijo—: He sido muy grosera. No pretendía ofender.

Era la primera vez que lo había tocado. La calidez de la palma de su mano en el pecho pareció encender una pequeña hoguera. Cuando la reina retiró la mano, él aún estaba sorprendido.

Filocles se puso en pie de un salto y tendió la mano a Teraponte, pero éste la rehuyó. Se levantó y comenzó a limpiarse la arena y el sudor, fulminándolo con la mirada. Filocles se la sostuvo.

—¿Otro asalto? —preguntó.

—Tal vez en otra ocasión —contestó el tesalio, y fue en busca de su quitón. A Kineas no le gustó nada la mirada que el tesalio lanzó a su amigo. No presagiaba nada bueno.

La visita de la reina dio pie a una nueva ronda de visitas entre el campamento y la ciudadela, y los nuevos lazos que se estrecharon entre ellos no acababan de ser del agrado de Kineas. Lo primero que le molestó fue Darío, cuya habilidad con el arco y las ganas de aprender le granjearon el afecto de los olbianos. Kineas se estaba acostumbrando a ver a sus oficiales en los pasillos de la ciudadela de vez en cuando; Banugul había dejado claro que serían bien recibidos. Pero Kineas veía a Darío con demasiada frecuencia, casi a diario, y estaba preocupado, tanto por el muchacho persa como por sus lealtades.

—Pasas mucho tiempo aquí —le dijo Kineas unas semanas después de la visita de la reina al campamento.

Avergonzado, el joven persa se encogió de hombros. Olía a perfume.

—Me gusta oír hablar en persa de vez en cuando —declaró—. No son muy distintos a mi gente —prosiguió con el tono de un adolescente indignado. Pese a su porte erguido, contestaba con el quejido propio de los jóvenes, y eso aún fastidiaba más a Kineas.

—Hoy estás en la lista de turnos —dijo Kineas.

—Sólo como retén —repuso Darío. Y se encogió de hombros—. No nos van a llamar. ¡Caray!, ¿acaso Alejandro va a venir con toda esta nieve?

Kineas intentó decidir si lo que sentía eran celos por el olor a perfume o irritación por el tono inocente de niño mimado.

—¿Por qué no bajas al campamento y pasas un rato en las murallas mientras reflexionas sobre la diferencia entre insolencia y desobediencia? —sugirió Kineas.

Darío no era tonto. Saludó y se marchó. Indagaciones posteriores revelaron que había pasado el turno entero en las murallas. Kineas desestimó el incidente.

Sin embargo, cuatro días después, Kineas volvió a encontrarse a Darío en la ciudadela estando de servicio y a duras penas refrenó su mal genio. Tenía la impresión de que sus órdenes se desacataban abiertamente; peor aún, sospechaba que él mismo estaba siendo injusto: visitaba la ciudadela, y era el comandante, el hombre con más responsabilidad de todos. Daba mal ejemplo.

No obstante, pese a sus propias transgresiones, o quizás a causa de ellas, Kineas perdió los estribos.

—¡Baja ahora mismo al cuerpo de guardia y no te muevas de allí! —ordenó a voz en cuello.

A última hora de aquella misma tarde, Kineas encontró a Darío sentado en el megaron.

—Tienes prohibido ir a la ciudadela hasta nueva orden —dijo Kineas.

—Vaya, eso sí que es justo —replicó Darío con evidente sarcasmo.

—Una palabra más y espalarás nieve el resto del invierno —le advirtió Kineas.

Darío parecía tener ganas de decir algo más, mucho más. Cuando el persa se marchó, su silencio hizo que Kineas se sintiera como un matón, sobre todo cuando Darío lanzó tal mirada de súplica a Filocles, quien justo entraba entonces, que éste estrechó con un brazo los hombros del muchacho y salió a la calle nevada para hablar con él. Cuando Filocles volvió a entrar, negaba con la cabeza.

—¡Tú vas a palacio, strategos! —protestó Filocles.

—Soy el comandante, y el responsable de nuestras relaciones con la reina.

Kineas ofreció una copa de vino al espartano.

—¡Por Ares y Afrodita! ¿Y tú me llamas sofista? —preguntó Filocles sonriendo. Luego dejó de sonreír—. Escucha, he venido por un asunto serio. ¿Has visto a León y Eumenes? ¿Juntos?

Kineas hizo una mueca y negó con la cabeza.

—¿Acaso debería? ¿Qué pasa, son amantes?

—Estás más ciego que un murciélago. No, más bien lo contrario. Se enfrentan como dos campamentos armados en una llanura. —Filocles apuró su vino—. Tienes que mantenerlos separados.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó Kineas.

Filocles entornó los ojos y frunció el ceño.

—Tal vez espíe para ti de vez en cuando, o para mi patria. Pero no me dedico a contar chismes sobre mis camaradas. —Dejó la copa boca abajo y se marchó pisando fuerte.

Una vez alertado, a Kineas ya no le pasó por alto la creciente competitividad entre Eumenes y León. Kineas no sabía cómo había comenzado ni a qué se debía, pero se les estaba yendo de las manos. El incidente que desencadenó el desaguisado fue una carrera de antorchas por la nieve en la que los jinetes competían para llevar fuego al

altar de Deméter durante el festival del equinoccio de primavera, una tradición que Olbia y Atenas compartían. Los contrincantes daban una vuelta al circuito que rodeaba el campamento y terminaban galopando por la calle principal hasta el edificio que servía de templo para todos sus dioses. Eumenes perdió cuando su caballo, al doblar a toda velocidad la esquina de uno de los barracones, resbaló en el hielo, sacudió las piernas y terminó hiriendo a una docena de espectadores. Kineas vio el giro y también la dureza con que se habían picado Eumenes y León momentos antes de la caída.

Cuando Kineas hizo indagaciones, se topó con miradas de complicidad que le hicieron ver que la mayoría de sus mandos ya sabían que algo ocurría entre ambos muchachos, pero que no iban a informar acerca de ello. Cuando Kineas confrontó a los dos combatientes, se fulminaron con la mirada como dos gallos de pelea. Cuando los reconvinó en privado, adoptaron una actitud de humillación y disculpa.

Fue una semana después, al ver a León conversando con la hija superviviente de Lot, Mosva, cuando Kineas comenzó a ver por dónde iban los tiros. Pues, mientras observaba a León, que había perdido todo su distinguido barniz de refinamiento en presencia de Mosva y exhibía un lenguaje corporal de cachorro de perro, removiéndose, encogiéndose y haciendo girar la cabeza, también vio a Eumenes espiando a la pareja con una expresión de lo más sombría.

¡Aja!, pensó Kineas. Pero eso no resolvió el asunto.

Fue más o menos por aquel entonces cuando Kineas subió a la ciudadela para hablar con Banugul sobre una cuestión de logística y se encontró con que no estaba en condiciones de recibirlo. El caballo ruano de Darío estaba en las cuadras de la ciudadela. Kineas cabalgó colina abajo con un humor de perros. Llamó a Diodoro.

—Quiero que des de baja al maldito persa. Me ha desobedecido por última vez.
—Kineas estaba tan enfadado que derramó el vino.

Filocles entró a través de las múltiples mantas que hacían las veces de puerta.

—¿Problemas? —preguntó.

Kineas guardó silencio. Diodoro enarcó una ceja.

—El muchacho persa de Kineas se está volviendo demasiado popular en palacio
—dijo Diodoro. Hizo una mueca.

—¡Que te zurzan! —replicó Kineas—. Le he dado una orden directa y me ha desobedecido. Acabo de ordenar que se le dé de baja.

—Reaccionas de forma exagerada —protestó Diodoro—. Es un jinete excelente y un luchador de primera. Tú mismo has dicho que es mejor espadachín que tú, y tú eres el mejor que conozco. Tengo previsto ascenderlo a filarco.

—¡Que lo despidas! —dijo Kineas con acritud.

—¡No seas idiota! —insistió Diodoro.

Filocles meneó la cabeza.

—Más valdrá que lo despidas —dijo al cabo de un momento.

Diodoro se mostró dolido.

—El strategos no está pensando con la cabeza —dijo.

Filocles arqueó una ceja.

—Y yo digo que será para bien.

—¡Muy bien! —exclamó Diodoro—. Obedeceré. Aunque creo que los dos sois idiotas.

Kineas no volvió a ver al persa, pero corría el rumor de que el muchacho se había puesto al servicio de la ciudadela de inmediato, en la guardia real.

Kineas se sintió como un idiota, aunque eso no lo llevó a disculparse. El invierno estaba pasando factura. Y, pese a todo su empeño, era incapaz de poner fin a sus propias visitas a la ciudadela. Kineas procuraba limitarlas a las de cariz profesional, pero era consciente de que ampliaba esos límites para dar cabida a sus caprichos. Mientras el invierno aullaba fuera de su megaron tuvo que admitir que, cual un borrachín sin sus copas de vino, cuatro días de nieve le habían negado su adicción y se empezaba a poner cascarrabias. Decidió castigarse por el despido de Darío evitando la ciudadela. Al quinto día de abstenerse de los encantos de Banugul, habló con brusquedad a Filocles y el espartano sonrió.

—Puedo buscarte una chica hircana guapa y limpia que reducirá esa hinchazón en un periquete —bromeó.

—Vigila esa lengua —le espetó Kineas.

—«La situación se hincha y genera tensión. Algo explotará pronto» —citó Filocles, riendo—. Encuentro que Aristófanes cubre casi todas las situaciones de la vida sexual.

—¡Que te zurzan, espartano! —gritó Kineas.

—Lo mismo cabría sugerirte, strategos.

Filocles esquivó un puñetazo y se escabulló por la puerta.

Dos días después, Leóstenes, el ateniense, los visitó de nuevo y Kineas consideró que tenía una excusa válida para subir a la colina. Era pasada la media tarde cuando fue admitido. Banugul estaba recostada en un diván, sola, disfrutando de un banquete en compañía de una docena de invitados en sus respectivos divanes. Ni rastro de Darío por ninguna parte.

—Querido Kineas —dijo Banugul—. Te habría invitado, pero temía tu rechazo. Por favor, únete a nosotros.

Iba vestida modestamente con un quitón jónico que le dejaba los hombros a la vista. La lana era fina y de un blanco inmaculado, y su piel se le podía comparar. Se incorporó para sentarse, dio unas palmadas y un par de esclavos salieron corriendo de la estancia.

—Siéntate conmigo, strategos —dijo, dando unas palmadas a su diván. Dirigió un lánguido ademán a sus invitados.

—¿Todos conocéis a Kineas de Atenas? —preguntó—. Sartobases fue un leal oficial de la familia de mi madre y me ha seguido hasta aquí. —El persa, a todas luces incómodo en un diván, se incorporó para sentarse e hizo una profunda reverencia—. Filippo sirve en la casa de mi hermana Barsine —dijo, indicando a un macedonio que apenas había superado la infancia. Parecía el único hombre de la sala que estaba cómodo en su diván.

—Te felicito por haber cruzado los puertos de montaña con este tiempo —declaró Kineas.

—Tenía buenos guías, señor —contestó el muchacho con cortés entusiasmo—. ¡Y me sobraban razones para alcanzar mi objetivo!

Kineas sonrió ante la sinceridad del joven.

—¡Bien hecho! —exclamó—. ¿Viniste desde Ecbatana? —preguntó con fingida indiferencia.

—¡Qué va! —repuso Filippo—. El rey está en Kandahar, igual que mi señora. Parmenio controla Ecbatana.

—¿Kandahar en Sogdiana? —preguntó Kineas.

—Tal vez podrías demostrar más interés por tu anfitriona y un poco menos por espiar a Alejandro —sugirió Banugul perezosamente. A Filippo le dijo—: Mi buen strategos va a llevar un pequeño ejército al este para declarar la guerra a tu amo.

Fue como si a Filippo le hubiese picado una avispa. Luego su rostro se relajó.

—Mi señora se complace restando importancia a mi juventud —replicó—. Ningún griego se atrevería a declarar la guerra a Alejandro.

Los esclavos regresaron con otro diván, que situaron al lado del de la reina. Kineas no se dio cuenta de lo cerca que habían estado hasta que se sentó solo en su propio diván y la distancia que los separaba se le antojó como un golfo de estrellas; pero el soldado analítico que moraba en su cabeza ya calculaba los estadios hasta Kandahar.

—¿El rey ha hecho las paces con Sogdiana, entonces? —inquirió Kineas, granjeándose una mirada iracunda de Banugul.

Filippo meneó la cabeza, dando a entender que era un hombre de mundo.

—Lo que queda del imperio persa sigue en rebelión. Espitámenes, un rebelde contra Darío y ahora contra mi señor, está aliado con los bárbaros escitas del mar de hierba. Mi señor no tardará en castigarlos.

A ninguno de los persas allí presentes complacía aquel discurso, y Sartobases, que tenía un rostro de rasgos pronunciados y podría haber interpretado al Viejo Néstor en una tragedia, hizo ademán de escupir.

—Escucha, chico —intervino—. Tu amo tal vez haya ganado Siria y Palestina y

Egipto con su lanza, pero el país de los bactrios y los medos no está conquistado.

—¡Cállate, tío! —protestó Banugul—. Aquí todos somos amigos.

Kineas no pensaba lo mismo. Miró a Banugul, entendiéndola mejor. ¿Cuántos complots había en aquella sala de mosaicos?

—¿No me vas a preguntar sobre Leóstenes? —susurró Kineas a media voz.

—¿Por qué? ¿Ha vuelto a visitarte? —preguntó Banugul, como si no tuviera importancia—. Aguarda a que estemos solos.

Eran hombres cultivados y, por antojo de Banugul, hablaron sobre astrología, sobre signos de cosas que habían visto suceder, sobre sueños y presagios. Kineas admitió tener sueños que le enviaban los dioses, y Filipo escuchó con cara de inocente cuando el más joven de los persas relató un caso de intriga y asesinato basado en predicciones sacadas de las estrellas. Luego Banugul hizo que el cario actuara. Cantó en su propia lengua y después, con una reverencia a Kineas, cantó la «Elección de Aquiles», de la Ilíada, y Kineas le aplaudió. Entonces el cario cantó en persa una canción de amor prohibido. El persa de Kineas era lo bastante bueno para captar la naturaleza ilícita del amor, pero no los detalles. Estaba más interesado en observar cómo el viejo Sartobases miraba a Banugul con aire desaprobatorio.

La velada no se parecía en nada a un simposio; ninguna ceremonia con el vino que servían los esclavos, nada de concursos ni actuaciones de los invitados. Filipo no perdía de vista a la esclava de pelo moreno que le servía el vino, como un halcón ante un pedazo de carne, y comenzó a acariciarla a cada oportunidad hasta que la anfitriona hizo una seña y la muchacha fue reemplazada. En un aparte, preguntó a Kineas:

—¿Es cierto que los griegos se permiten ser complacidos en público cuando asisten a fiestas?

Kineas notó que se sonrojaba.

—Los jóvenes... ¡hum! Sí. Aunque no en las de cierto postín.

Banugul se rió, y su irritación se esfumó al verlo tan apurado.

—¡Te estás sonrojando! ¿Acaso tú lo has hecho? —Soltó una carcajada—. No me lo imagino.

Kineas se incorporó.

—No seas mojigato. Es toda una imagen. —Banugul meneó la cabeza. Los demás invitados discutían el derecho de Besos a ser Rey de Reyes—. Eres tan reservado...

—Era joven. Todo me resultaba fascinante. Y fácil. Y se trataba de un reto...

—¿Es eso lo que buscas, Kineas? —preguntó, acercándose más a él—. ¿Un reto? —Su rostro estaba a un palmo del suyo—. ¿Debo desafiarte a que goces con una de mis sirvientas? —preguntó, con ojos chispeantes.

—He perdido la práctica en esta clase de bromas —contestó Kineas. Se puso boca abajo por distintas razones.

—Ya lo veo —respondió Banugul, dedicándole una media sonrisa desafiante por encima del hombro mientras se volvía hacia otro invitado.

Se conducía como la anfitriona perfecta, recatada cual doncella persa, ingeniosa cual hetaira ateniense. Contentando a todo el mundo, pensó Kineas. Se dijo que debía presentar su informe y marcharse cuanto antes.

Pero no lo hizo.

Sus invitados se fueron marchando de uno en uno, y Kineas fue consciente de estar demorando su partida; pero ella le había pedido que se quedara y aún tenían pendiente el asunto de Leóstenes, o eso se decía a sí mismo.

Sartobases fue el último en marcharse, y enarcó una elegante ceja persa mirando a Kineas.

—Tenemos asuntos que tratar —dijo Banugul, señalándole.

Sartobases se encogió de hombros.

—Ya me lo imagino —le respondió en persa a Banugul.

—Habla persa —le reveló Banugul, señalando a Kineas.

Sartobases hizo una profunda reverencia y se sonrojó.

—Mis disculpas, señor.

Kineas negó con la cabeza.

—No hay de qué disculparse, señor. Estamos en el País de los Lobos.

Sartobases asintió, entrecerrando los ojos. Luego se fue y los dejó a solas, con la salvedad de la veintena de esclavos que recogían la cena.

—Ven a estirarte a mi lado —invitó sin darle importancia, dando unas palmadas en su diván.

—Prefiero no hacerlo —repuso Kineas, detestando el tono de mojigatería que traslucía su voz.

—¿Quién dice que te excitan los desafíos? Entonces dame tu informe y vuelve a tu cuartel. —Banugul se incorporó.

—Lo siento. Sólo quería decir que...

—No seas tan débil —interrumpió Banugul, sonriendo con desdén.

—Te encuentro... —comenzó Kineas, con el ánimo de excusar su rechazo.

—Conseguirás que me enoje, Kineas. Haz tu voluntad y sólo tu voluntad. Esa es la ley de los reyes y reinas. Si no es tu voluntad, pues que así sea; no es culpa mía lo que hayas decidido —dijo mezclando persa formal y griego en cada frase.

Herido en lo más vivo, Kineas se recostó en su diván.

—Creo que el vicio y la virtud pesan más que mi voluntad —declaró.

Banugul le sonrió.

—No —repuso—. Toda vuestra filosofía sólo es para encubrir la debilidad de quienes son incapaces de lograr las cosas que desean o dominarlas una vez que las logran. Tu virtud es mera abstinencia, y si evitas el vicio es tan sólo cobardía, miedo

a las consecuencias.

—¿Miedo a las consecuencias? —se desconcertó Kineas.

Sin duda, Banugul estaba enfadada. Y había dejado de complacer a todo el mundo.

—Alejandro ha descubierto la filosofía de los reyes —comentó—. Yo la aprendí de él. ¿Tal vez él la aprendió de vuestro Aristóteles? «No hay ley.» Esa es la única ley —dijo muy en serio.

—No me harás caer en tus brazos mediante el debate —dijo Kineas, levantándose.

—¿Eso crees? Obtengo más respuesta de ti así que con cariño. —Se levantó a su vez y caminó derecha hacia él.

—Tu filosofía...

—Al Hades con la filosofía, Kineas. —Banugul se le acercó, y Kineas pudo verla al contraluz de las antorchas de la pared norte desde las rodillas hasta los hombros a través de la fina tela de su quitón—. Necesito que protejas mi pequeño reino en primavera. —Cuando estuvo bien cerca, levantó el rostro, cuyos ojos pintados estaban moteados de oro. Su voz era grave, ronca y cansada, pero olía a primavera—. En otoño estuve dispuesta a pagar el precio. Ahora estoy ansiosa por hacerlo.

En algún lugar a espaldas de ella, un esclavo dejó caer una pesada bandeja de plata con un ruido semejante al de un gong, o al de una diosa aclarándose la garganta. Kineas dio un paso atrás y le besó la mano, recobrando la compostura.

—¡Cobarde! —exclamó Banugul—. Puedo sentir tu deseo. Y no soy una ramera pintarrajeada.

Kineas tomó aire, y lo único que respiró fue su fragancia.

—Soy un cobarde —afirmó. No podía apartar sus ojos de los de ella—. No eres una ramera pintada.

Ella se encogió de hombros y se alejó.

—Vete —le ordenó.

Cabalgando colina abajo, Kineas sólo sentía vergüenza por su indecisión.

Kineas juró no regresar. Una vez más.

Porque sus caballos estaban flacos y necesitaba monturas de frescos, porque Coeno debía regresar con el oro, porque la nieve había cerrado los desfiladeros y todos andaban preocupados por la falta de noticias... y porque la reina había abandonado el recato, Kineas ansiaba entrar en acción. Por eso, en cuanto las primeras flores asomaron entre la nieve, Kineas convocó a sus amigos y les sirvió lo que quedaba de su buen vino de Chian.

—Quiero estar listo para marchar —dijo. Miró alrededor.

Todos los hombres presentes lo miraron a los ojos y mascullaron que estaban de

acuerdo. A su lado, Filocles asintió. Niceas, que se había dejado crecer una barba muy poblada, se la rascó.

—Forraje —soltó Niceas. Kineas asintió.

—Ese es el problema. Necesitamos forraje. El forraje deben suministrarlo los campesinos de la reina. Para empezar, la odian, y nosotros tampoco somos muy de su agrado ahora mismo, porque vamos a marcharnos y a dejarla a merced de los buitres de Parmenio.

—Ésa es una de las razones —dijo Filocles, a quien no se le escapaba detalle cuando estaba sobrio.

Diodoro se frotó los ojos. Le escocían por culpa del humo de la chimenea y, como tantos otros en el campamento, los tenía enrojecidos.

—Sus propios mercenarios están dispuestos a venderla a Artabazo. Esa ciudadela no durará nada en cuanto nos marchemos. Todo el mundo apuesta por Parmenio.

Kineas hizo una seña a Nicanor, quien ordenó a un esclavo que llenara la copa de Kineas. Kineas se levantó.

—Es inteligente, hábil y peligrosa como un lobo. Quiero que alguno de los aquí presentes se haga cargo de la guardia hasta que nos marchemos. Quiero fijar una fecha y hacerla pública. Pero partiremos con dos días de antelación, en orden de combate. Y quiero que los prodromoi salgan en cuanto Ataelo esté preparado para cubrir la ruta hacia el este hasta el mismo borde del desierto.

Nadie puso objeciones a su plan.

Diodoro tendió el brazo para que le llenaran la copa.

—Deberíamos instruir a la tropa en el orden de combate antes de marchar. Habría que hacerlo por secciones; así será menos evidente para quien pueda estar vigilando.

Kineas frunció el ceño.

—Bien pensado. Traza un plan y pásaselo a los oficiales mañana. Nicanor, ¿podrías hacer de escriba para Diodoro?

Nicanor asintió.

Herón había vuelto a crecer durante el invierno.

—Dos cosas, señor. Primera, ¿necesitamos un plan de operaciones por si es preciso que recojamos el forraje nosotros mismos? Y segunda, si nos vamos —se sonrojó—, me resisto a emplear el término hostil, pero si la reina no es amiga nuestra cuando nos vayamos, ¿qué será de Coeno y el oro?

Kineas, que había pasado todo el invierno preocupado por Coeno, suspiró profundamente.

—Enviaremos un mensajero al fuerte de la orilla norte del Caspio para que le diga a Coeno que no venga aquí, y le enviaremos guías para ayudarlo a seguirnos.

Herón apretaba la mandíbula con insistencia.

—Sería más fácil tomar una ciudad costera y esperarlo —opinó Herón—. Con

una guarnición que luego le haga de escolta.

Eso sumió a la concurrencia en el silencio. Kineas miró a Filocles.

—Yo había pensado dejar a la infantería detrás, o enviarla de regreso a casa — dijo.

Licurgo, que había oído comentar esa idea a lo largo del invierno, negó con la cabeza.

—Podemos mantenernos firmes, si es preciso. Pero por el Hades, estrategos, el plan del muchacho no es malo. Marchar costa arriba y tomar por asalto una de las ciudades de los lobos. Nos llevará tres o cuatro días; allí arriba no hay nada que pueda detener a trescientos hoplitas.

Diodoro intervino:

—Yo aún iría más lejos. Leóstenes dice que Hircania está llena de helenos, desertores de uno y otro bando. Los he visto; dos grupos de hombres han estado husmeando en torno al campamento, buscando que los recluten. Podríamos comprarlos.

Kineas negó con la cabeza.

—Mi objetivo es asestar un golpe contra Alejandro con Srayanka. No me interesa la conquista de Hircania; además, si permitís que os lo diga, eso sería un hueso más duro de roer de lo que al parecer pensáis.

León meneó la cabeza.

—¿No podemos seguir a buenas con la reina? —Al igual que Herón, León había crecido durante el invierno. En su caso, no sólo era mayor, sino que también estaba más seguro de su condición de hombre libre. Miró a Kineas con el ceño fruncido—. Ahora tengo dinero comprometido en este sitio. Como tú. Si la reina repudia todos los contratos que he firmado, habré desperdiciado el invierno.

Kineas gruñó.

—Escúchame, Kineas —insistió León—. En el mundo hay más cosas de las que Heródoto creía. Durante dos años Nicomedes y yo hemos oído rumores sobre un gran Imperio de Oriente, más allá del mar de hierba. El lugar de donde procede la seda. — Miró en derredor a todos los presentes, con los ojos encendidos, y Kineas sonrió para sus adentros porque estaba claro que León ya no era un esclavo—. Se llama Kwin, o Qu'in —dijo, con la voz embargada de emoción—. ¡Tengo intención de ir allí!

—¡Así me gusta, muchacho! —exclamó Niceas con una sonrisa.

León sonrió.

—Me dejo llevar por el entusiasmo —admitió León—. Pero lo que digo es que si abriéramos esa ruta, si pudiéramos controlar aunque sólo fuese un diezmo del comercio de esa vieja ruta, seríamos más ricos que Cresos.

Eumenes frunció el ceño.

—Me parece que aquí se habla de guerra, no de comercio. El comercio es para los

mercaderes.

León levantó el mentón.

—Tu padre era mercader.

—¡Cállate la boca! —protestó Eumenes. Se puso en pie.

—Y un traidor —agregó León, como si tal cosa.

Diodoro no precisó una mirada de Kineas para encargarse de los adolescentes. Puso una mano en el hombro de cada uno de los combatientes.

—Los dos sois unos groseros y vuestros comentarios no tienen sitio en una junta de mandos. Disculpaos o sufrid las consecuencias —ordenó, y aun sin levantar la voz, sus palabras se hicieron oír por encima del murmullo de las conversaciones. La sala se sumió en el silencio.

—Me disculpo —dijo León. Se puso tan colorado que la sangre parecía teñirle la piel negra.

—Me disculpo por los malos modales de León y los míos —dijo a su vez Eumenes—. Pasó demasiado tiempo como esclavo y aún no lo ha superado.

Eumenes habló de prisa, todavía enfurecido, y luego se quedó acongojado por lo que había dicho en voz alta.

Kineas enarcó una ceja.

—Retírate a tu barracón, Eumenes. No hables con nadie. Luego iré yo a verte. —Aguardó un momento mientras el atónito muchacho permanecía inmóvil—. Ahora, Eumenes.

Eumenes salió aturdido de la sala cargada de humo.

Cuando se hubo marchado, Kineas se sorprendió a sí mismo mesándose la barba y se obligó a dejar de hacerlo. Bebió un sorbo de vino, una reserva excelente, con aroma a bayas silvestres, oscuro como sangre de buey, y asintió.

—No estamos aquí para abrir una ruta comercial —observó. Enarcó una ceja mirando a Herón—. Tampoco para proporcionarte una base de operaciones contra Pantecapaeum. Pero, si podéis hacer realidad vuestros sueños mientras obedecéis las órdenes de este consejo, no tengo nada que objetar.

La familia de Herón había proporcionado generaciones de tiranos a Pantecapaeum y ahora se hallaba en el exilio. Herón no guardaba en secreto sus ambiciones de ser tirano allí; tal vez incluso rey del Bósforo. Sonrió con cautela.

—Agradezco tu ayuda. Cuando sea rey...

Niceas se rió.

—¿Herón primero?

Filocles también rió y dijo:

—Más bien, Eumeles. El melodioso. ¿No será éste tu nombre de monarca?

Herón sonrió con ironía.

—Descubres todos los secretos.

Filocles negó con la cabeza.

—No puede decirse que sea un secreto. ¿De modo que seremos más ricos que Creso?

Niceas se rió.

—Ser más ricos que Creso está bien —dijo, sonriendo a León. Le guiñó el ojo a Herón—. ¿De verdad tus padres te llamaban Eumeles?

—Aún no me habían oído la voz —contestó Herón con su ronquera habitual.

Diodoro se inclinó hacia delante, interrumpiendo para retomar el asunto que estaban discutiendo.

—¿En serio piensas que podemos prescindir de la infantería? —preguntó. Tenía el semblante iluminado por una gran idea.

Kineas contestó que sí, procurando mostrarse cauto.

Diodoro se volvió hacia el resto de oficiales.

—Dejamos a Licurgo. El comienza a reclutar mañana. Puede mantener la calidad alta, conseguir mil hoplitas y entrenarlos a nuestro nivel. La reina está a salvo: ninguna fuerza de Hircania puede desalojar a mil hoplitas de este fuerte y de la ciudadela. Nosotros quedamos a salvo: tenemos una ciudad segura en la retaguardia. Coeno puede venir aquí. Nuestros contratos se salvan.

—Hasta que Artabazo envíe a todas las tropas de la satrapía. —Kineas miró a sus oficiales y se encogió de hombros—. No está mal. ¿Licurgo?

El viejo mercenario se encogió de hombros.

—Es un mando muy grande. Necesitaré a otro oficial. —Se encogió de hombros—. Vine hasta aquí para seguir a Kineas, no para guarnecer una ciudad bárbara. —Volvió a encogerse de hombros—. Pero acato las órdenes. —Sonrió—. Le haremos pagar un ojo de la cara.

Herón se levantó.

—Yo me quedaré —dijo.

Todos los caballeros presentes tuvieron claro que Herón veía la ciudad como un trampolín para reclutar mercenarios y volver a tomar Pantecapaeum, tal como Kineas había predicho. Pero, siendo Herón como era, no ocultó su motivación. Simplemente fue a por ello sin pensar en las consecuencias. Kineas sospechaba que compartía la filosofía de Banugul. «Haz tu voluntad.» Una virtud muy apropiada para un tirano.

Kineas no tardó en darse cuenta de que muchos de ellos no tenían tantas ganas como él de marcharse a combatir contra Alejandro. Habían tenido todo un invierno para oír historias sobre los desiertos orientales y las infranqueables montañas que se extendían hasta los confines del mundo.

Pero el plan de Diodoro era sensato.

—Lo pensaré —repuso Kineas.

—No te olvides del forraje —recordó Niceas, y tosió, salpicándose el puño de

rojo. Aunque procuró ocultarlo, Diodoro y Kineas intercambiaron una mirada de preocupación.

Al día siguiente salió el sol y no llovió en los campos de barro que rodeaban el campamento y la ciudad.

Diodoro, León y Nicanor aprovecharon el buen tiempo para garabatear filas de caracteres griegos que representaran a todos los hombres en la línea de marcha y para dar a los oficiales un manual con el que entrenar a sus hombres. Al otro lado de la pista de instrucción, junto a la puerta del campamento, Licurgo reclutaba e instruía a hombres que había descartado todo el invierno, griegos rapaces y persas anodinos. A su lado, el herrero Temerix, envuelto en una zamarra de cordero, también reclutaba personal entre los forajidos que acudieron a la puerta cuando se enteraron de que Kineas pagaría con plata sus servicios.

Éste no quería ir al palacio. Él y Banugul no tenían nada que decirse, salvo como mercenario y patrón. Echó un vistazo en torno a la sala llena de humo, buscando a un hombre que pudiera ir en su lugar.

Diodoro estaba ocupado y, además, Safo no le perdonaría que enviara a su hombre.

Eumenes estaba bajo arresto domiciliario, y Kineas tenía intención de aguardar a que se pusiera nervioso antes de levantarle la sanción.

León podría hacerlo. Sólo que también andaba atareado, y enviarlo pondría de manifiesto sus pocas ganas de hacer lo que debía.

«Haz lo que tienes que hacer.» Eso decían los hombres cuando pedían que los mataras o cuando cerraban un trato en la Acrópolis. Estaba eludiendo su responsabilidad. Sólo a él correspondía enfrentarse a la reina.

Sabía con la rotundidad de una profecía oracular que si subía a la colina otra vez caería en sus brazos, fuese o no una vulgaridad. Banugul pensaría que le ofrecía el servicio de su infantería como una concesión a sus encantos. Y él no estaba hecho de piedra ni de hierro.

Cobardía.

Una ráfaga de viento recogió polvo y nieve seca de debajo de los aleros de las chozas y los esparció por la plaza de armas en un sucio remolino blanco, y cuando se disipó, vio la figura menuda de Nihmu cabalgando a través de la pista de instrucción.

—¿Nunca apareces como las demás personas? —preguntó Kineas, a modo de saludo.

Nihmu se rió, pasó una pierna por encima de la cabeza de su caballo y saltó al suelo en un solo movimiento efectuado con desenvoltura.

—El mundo está a punto de cambiar —dijo la niña, poniéndose súbitamente seria—. He venido a decírtelo.

Kineas asintió.

—La mujer del palacio, la hechicera, es muy peligrosa para ti; hoy y mañana y también pasado mañana. Ponte en guardia.

Los extraños ojos de Nihmu lo miraron de hito en hito. Kineas aprobó de nuevo.

—Precisamente en eso pensaba cuando has llegado. —En ocasiones, al tratar con Nihmu, era posible olvidar que se trataba de una niña. Otras veces resultaba dolorosamente obvio—. Este invierno no te he dedicado tanto tiempo como debería.

Nihmu estuvo de acuerdo.

—Vas mucho al palacio —advirtió—. Todos los sakje me temen. Tengo ganas de hablar contigo. Y mi padre lo ordena. —Miró en torno a ella—. Me gusta tu Nicanor. Es divertido y hace buenos pasteles.

—Estoy convencido de que Nicanor no hace los pasteles él mismo. —Kineas no podía imaginar al pomposo y más bien aburrido Nicanor entreteniendo a un chiquillo. Nihmu hizo una mueca.

—Estás en la inopia, strategos —replicó la niña riendo.

Detrás de ella, en la pista de instrucción, Licurgo ordenó romper filas a los hombres que entrenaba y éstos se dispersaron y formaron corrillos que alborotaron un poco. Otro grupo, compuesto mayormente por olbianos, se dirigía a los burdeles del ágora, y a voz en grito saludaron a un tercer grupo que regresaba de allí. El nivel de ruido aumentó.

De pronto, todas las voces de la pista de instrucción tomaron la forma de una sola voz.

—Tu ceguera matará con la misma efectividad que tu espada —dijo con el tono de un dios.

Kineas dio un paso atrás. Nihmu tenía los ojos como platos y el rostro crispado; no era el rostro de una niña, sino el de una sacerdotisa. Y entonces agarró la brida de su caballo y echó a correr, llorando.

Cuando hubo puesto sus ideas en orden, Kineas mandó llamar a Ataelo, que acudió cabalgando con la mirada puesta en el cielo.

—Mañana sol otra vez —vaticinó—. Para secar la tierra.

Kineas asintió.

—Necesito que tú y los prodromoi realicéis un inventario de forraje —dijo.

Ataelo se encogió de hombros.

—¿Qué?

Kineas comenzó otra vez.

—Necesito que tú y los exploradores salgáis cada día y me deis un informe sobre las granjas que estén a menos de un día de distancia; el número de carros, la cantidad de forraje que tienen en sus establos y graneros.

Ataelo sonrió.

—Para contar carros y para explorar el camino al este. ¿Algo más para los exploradores?

Kineas abrió las palmas de las manos.

Ataelo, por su parte, se agachó desde lo alto de su caballo.

—Temerix para contar graneros y carros. Ataelo para explorar el este.

Ataelo nunca descuidaba los detalles y nunca temía discutir con su jefe, cosa que era de agradecer, incluso cuando las noticias eran malas.

—Tienes razón —observó Kineas.

Ataelo asintió:

—Sí. Si el sol está para brillar, los escoltas cabalgan mañana. Regreso cuando la luna está llena. —Se encogió de hombros—. Excepto por muerte. Siempre excepto.

Kineas señaló a la multitud de aspirantes a guerreros que había junto a la puerta.

—¿Alguien que valga la pena reclutar para los prodromoi?

Ataelo no volvió la cabeza.

—No —dijo.

Tras haber descartado a cientos de jinetes hircanos con una sola palabra, Ataelo sonrió.

—¿Algo más, strategos? —preguntó. A Ataelo le encantaba aquella palabra; la usaba con demasiada frecuencia.

—¿Te llevas a la chica, la hija de Lot? ¿Mosva?

—¿Para cabalgar al este? No. Se queda con su padre. Último hijo. No para explorar.

Kineas se rascó la barba y apartó la mano de golpe.

—Preferiría que fuera —confesó.

—¡Aja! —exclamó el escita. Asintió y sonrió de oreja a oreja—: Bien. Yo por hablar con Lot.

—Ve con los dioses, Ataelo.

—Voy con caballos. Para volver con los dioses. —Ataelo sonrió. Luego dio la vuelta a su caballo y se alejó al trote.

Kineas se disponía a poner fin a un castigo.

Se deslizó entre dos capas de clámides y mantas para entrar en el barracón que Eumenes compartía con Andrónico y otros seis caballeros. El hogar estaba frío, también la habitación, y las paredes encaladas sólo servían para acrecentar la sensación de frialdad. No había mesa ni sillas ni divanes, sólo una hilera de catres hechos por carpinteros locales con montones de mantas y pieles. En la otra punta del barracón, uno de los jinetes, un celta llamado Hama, fornicaba a oscuras con una lugareña, moviéndose lenta y rítmicamente bajo una tienda de mantas. Se decían cosas al oído, gemían y reían juntos. Eumenes, amargado, estaba sentado en su cama e intentaba fingir que no estaba allí.

—Demos un paseo —propuso Kineas.

Eumenes cogió su clámide del umbral y salió con Kineas al día soleado.

Kineas trepó a la muralla por la pendiente de nieve que habían acumulado las ventiscas. La tropa era castigada con turnos para espalar la nieve en la parte exterior de la muralla, donde se mantenía una zona despejada en todo momento. En el interior del recinto, a veces la nieve acumulada aumentaba la altura del fuerte.

—Tú y León estáis compitiendo por Mosva, la hija de Lot —dijo cuando estuvieron a resguardo del viento. Eumenes asintió.

—La he mandado al este con los prodromoi —le informó Kineas—. Sugiero que te apliques en tu trabajo como un soldado profesional. Compra los favores de una chica si sientes necesidad. Ese arranque de ira en el consejo tenía mala intención y no es bueno para la disciplina. Y tú lo comenzaste. Espero que me entiendas.

Eumenes se sonrojó a pesar del frío.

—No es justo. Llamó traidor a mi padre —protestó.

Kineas apoyó las manos en los hombros del muchacho.

—Lo que quieres decir es que no es justo que tu padre fuese un traidor. Lo fue. Y León fue un esclavo. Ambos sois oficiales importantes en esta compañía, y necesitamos que os comportéis como adultos y no como niños descerebrados.

—¡No es justo! —farfulló Eumenes. Estaba llorando.

Kineas abrazó al muchacho; había sufrido mucho durante el último año y ahora lloraba por la pérdida de una chica y de cierto prestigio. Obviamente, su abrazo reconfortó al joven, y Kineas pensó en Mosva llorando en sus brazos después de la refriega en las tierras altas de poniente y en lo mal que se le daba reconfortar a nadie.

Lo hacía lo mejor que podía.

Sin proponérselo adrede, Kineas no subió a la colina de la ciudadela ese día ni el siguiente. Los veinte jinetes de Ataelo salieron al trote por el barro una mañana despejada y desaparecieron en los montes orientales antes de que el sol hubiese ascendido un palmo sobre el horizonte. Los mercenarios, nuevos y viejos, hacían instrucción en la plaza de armas bajo la atenta mirada de Licurgo, con Diodoro observando y León tomando notas. Eumenes estuvo a cargo de la caballería todo el día, acondicionando a los caballos, llevándolos de aquí para allá, cabalgando por periodos breves, y el muchacho fue despiadado con el entrenamiento que se impuso a sí mismo y a todos los jinetes a su mando. Los hombres de Temerix salieron en grupos de dos y de tres, desarmados, y emprendieron la interminable tarea de localizar forraje. Kineas vigilaba el Caspio por si avistaba alguna nave procedente del norte y las montañas del este a la espera de un jinete de Ataelo.

Transcurrió un día más sin que Kineas subiera a la colina.

A última hora de la tarde del tercer día, Filocles se reunió con él en el porche del

megaron. Ya era primavera, el aire se había atemperado, tres días de sol habían provocado avalanchas en las laderas y, probablemente, abierto los desfiladeros del sur. Los azafranes de primavera brotaban entre la inmundicia y las cortezas de árbol que se habían acumulado junto a los cimientos del megaron, y Kineas se maravilló ante su colorido como sólo puede hacerlo un hombre que ha sobrevivido a un largo invierno. Extramuros se fijó en un hombre a caballo que pasó de largo ante sus centinelas, derecho hacia lo alto de la colina de la ciudadela.

—Hay mucha belleza en el mundo —suspiró Filocles.

Kineas sonrió. Apoyó una mano en el hombro de Filocles; le encantaban esos momentos en que el filósofo que había en su amigo salía a relucir y decía cosas como aquélla.

—En efecto —dijo Kineas. Y, con más seriedad, agregó—: Y mucha cobardía.

Filocles se sentó en el escalón del megaron. Estiró las piernas delante de él y bebió un sorbo de vino antes de ofrecérselo a Kineas.

—¿La reina? —preguntó Filocles, en voz cuidadosamente neutra.

—La deseo. Reúno un montón de argumentos contra ella; todos excelentes, debería añadir. Srayanka. Los hombres. Los suyos... ¡Bah! Me faltan palabras para expresarlo. Y, sin embargo, vuelvo a ella como una mariposa nocturna a una lámpara de aceite. Y luego me resisto. —Se encogió de hombros—. Es como una competición.

Filocles arqueó una ceja.

—A ti te encantan los desafíos —le recordó.

—Es más que eso —dijo Kineas.

Filocles se apoyó sobre un codo.

—¿Crees que podría tomar un sorbo del vino que he traído para los dos? Gracias. ¿En serio? ¿Más que un desafío? El campamento está lleno de putas; podrías tener a la que quisieras sin que ello diera pie a un incidente diplomático. Podrías follarte a diez y nadie le diría ni pío a Srayanka. Es más, no creo que sea asunto de Srayanka. Pero en vez de una saludable penetración con una puta para aliviar tus humores masculinos, te metes de cabeza en un juego con la reina. Se trata de un juego de dominio y sumisión. El sexo no es más que una ficha en el tablero. Deja de dramatizar. Dentro de pocas semanas nos marcharemos; fóllatela y olvídala o no te la folies y olvídala. Ninguno de los dos se someterá nunca al otro.

Kineas rió un tanto atribulado.

—Cuando has salido con el vino, me estaba diciendo lo agradable que resultas cuando te pones en plan filosófico. —Cogió la copa y la apuró—. Ella dice que nuestra filosofía es cobardía y que cada hombre debería obrar según su propia voluntad.

Filocles asintió.

—Esa es la filosofía de un déspota; o de una mujer que intenta seducir.

—Pero se equivoca —dijo Kineas, inseguro de si eso era una pregunta o una respuesta.

Filocles miró la copa de vino vacía y frunció el ceño.

—Te has bebido todo mi vino. —Parecía dolido—. El buen vino que sabe a bayas.

Kineas sacudió la cabeza.

—Y ahora voy a subir a esa colina a ver a la reina.

Filocles lo aceptó.

—Creo que se ajusta mucho al modo en que los dioses conducen a los hombres a la acción el hecho de que este invierno insistiera en prevenirte contra ella y que ahora use mi lengua como acicate para que subas a la colina. —Extendió el brazo con la copa—. Puesto que vas a entrar a cambiarte, ¿te importaría traerme otra copa de vino? Buen chico. —Aguardó a que Kineas estuviera en el umbral—. Ella no se equivoca. Tampoco está en lo cierto. Esto no va sobre ella ni sobre ti.

Kineas se detuvo un momento y asintió. Cuando regresó con una túnica de lana buena, clámide y una jarra de bronce llena de vino, Nicanor y Diodoro se habían sumado a Filocles. Nicanor sirvió vino y tomó una copa para él.

—De modo que no hay quien te pare, ¿eh? —dijo Diodoro—. Safo dice que tengas cuidado.

Kineas torció el gesto.

—Lo tendré —repuso. Y se bebió de un tirón una segunda copa de vino, haciendo que sus amigos se miraran entre sí.

Licurgo enarcó una ceja. Estaba apoyado contra una columna, contemplando el ágora.

—Se ve mucho movimiento de mensajeros —comentó.

Sitalkes le trajo el caballo, uno de los sementales reales que montaba para que Talasa descansara. Más allá de la puerta, el resto de su escolta le aguardaba. El atardecer era sereno, cálido y curiosamente silencioso, salvo por los mensajeros. Kineas escuchó un momento y diagnosticó el problema; hacía una temperatura propia de la primavera, pero aún no había insectos.

En el oeste, el sol se deslizaba hacia las frías aguas del Caspio.

Kineas montó en su corcel, se acomodó y se volvió hacia Licurgo y Diodoro.

—Doblad la guardia y poned el cuartel en estado de alerta —ordenó—. Me dan miedo las sombras.

Detestaba comportarse así; con una sola frase había condenado a cuarenta hombres a pasar la noche en vela.

Diodoro negó con la cabeza.

—No vayas; yo también lo noto. Todos los mendigos se han largado de la puerta.

Quédate aquí.

Licurgo asintió manifestando su acuerdo.

—Algo ha cambiado. No me gusta.

Kineas se encogió de hombros.

—¿Después de dos días armándome de valor? ¡Al Hades con eso!

Filocles se acercó a Diodoro.

—Ambos dais palos de ciego. Vas a darle buenas noticias. —Meneó la cabeza—. Aunque yo también estoy preocupado —confesó Filocles—. Mi hombre en el palacio lleva tres días sin darme novedades.

Kineas asintió, pero la decisión ya estaba tomada.

—¡Deberías llevarte una espada! —gritó Diodoro mientras Kineas daba la vuelta a su montura.

Kineas negó con la cabeza y se dirigió hacia la puerta.

En la puerta de la ciudadela había más vigilancia que de costumbre. Ocho hombres de servicio y los ocho con armadura completa. Pareció sorprenderles la aparición de Kineas y mandaron avisar al capitán de la guardia en lugar de dejarlo pasar.

Kineas primero se malhumoró y luego se preocupó. Detrás oía a Sitalkes hablar a media voz con sus hombres, todos ellos fornidos celtas.

—No os separéis de vuestras armas —ordenó Kineas—. Algo va mal.

El capitán de la guardia salió con un casco de hierro bien lustroso y con almófar y cota de escamas. Iba armado para la guerra.

—La última persona que esperaba ver —dijo a modo de saludo.

—Esperáis un ataque —respondió Kineas cansinamente. El capitán se encogió de hombros.

—No me corresponde a mí decirlo. La reina te recibirá, si entras conmigo. Tus hombres deben aguardar en el patio, desarmados.

Kineas negó con la cabeza.

—No. He estado en la ciudadela decenas de veces y nunca han desarmado a mis hombres.

El capitán se encogió de hombros.

—Entonces que aguarden fuera y aguanten el viento —dijo.

Kineas se volvió hacia Sitalkes.

—Lo siento —se disculpó—. Pasaréis frío. Me encargaré de esto en cuanto hable con ella.

—No te preocupes por nosotros —repuso Sitalkes—. Llévate a Cario, por lo menos.

Cario era el hombre más alto del ejército; le sacaba dos palmos a Kineas. Montaba caballos grandes y los hombres se apartaban de su camino adondequiera que

iba.

Kineas se volvió de nuevo hacia el capitán.

—Un guardaespaldas —dijo—. Armado. —Le entregó una lechuga de plata.

El capitán gruñó, pero cogió la moneda.

—¡Qué carajo! Un hombre. Hace frío, andando.

Kineas dio su caballo a Sitalkes, que lo cubrió con una manta. Aguardaron soportando el viento gélido en el camino de gravilla bajo las murallas y Kineas pasó al interior, al sensual calor, conducido por una de las esclavas de la reina.

Cario gruñó dos veces; la primera cuando el calor de los suelos penetró en sus sandalias y la segunda cuando vio a la primera esclava untada de aceite. Aparte de esto, no dijo nada. Kineas dejó su clámide y sus sandalias en las cámaras exteriores. Cario lo siguió en silencio.

Entonces Kineas percibió la tensión en cada ligamento visible de los esclavos. Siguió a la esclava hasta el salón del trono.

Todo fue igual que en su primera visita, salvo que la reina volvía a lucir prendas de matrona persa y que la mayoría de sus cortesanos varones llevaban armadura. Guardaron silencio cuando él entró. Había un hombre con cota de malla plateada, apostado a su vera, con trazas de príncipe. Tenía el rostro cubierto por la mentonera, pero le resultaba familiar.

—Haces el idiota viniendo aquí, Kineas de Atenas —lo reprendió Banugul.

Kineas se mostró de acuerdo. El hombre que estaba a su lado era Darío; aunque había percibido todos los indicios de que el persa estaba cambiando de bando, los pasó por alto.

—Vengo con una propuesta para la campaña de primavera —anunció, pensando todavía en comprar su complacencia. Tal vez sólo fuera una mano de su partida. La mano del miedo.

—¡Eres un idiota, Kineas! —repitió Banugul, y esta vez con tristeza—. La campaña de primavera ya es historia. Necesito tus soldados. Y, si no puedo tenerlos yo, no los tendrá nadie. —Parecía al borde del llanto, pero recobró la compostura. Hizo una seña a Darío—: ¡Mátalo!

Cario soltó su tercer gruñido. Kineas giró en redondo y vio cómo clavaban una daga al celta por la espalda a través de su clámide contra la armadura. Llevaba una dura coraza hecha de capas de lino acolchado, de medio dedo de grosor, y la daga resbaló sobre la coraza y le hizo un corte en el cuello. El celta gruñó por cuarta vez y desenvainó su pesada espada. Mató a dos hombres de sendos mandobles y dispersó a los guardias, obligando a su capitán a retroceder como si se tratara de un gigante enfrentado a un disturbio de niños.

Kineas no llevaba arma ni armadura, pero sabía dónde estaba el hueco. Saltó hacia atrás ante la primera embestida, agarró una bandeja de cobre y paró un golpe

mortal del hombre que se escondía allí, y otro de uno de los cortesanos próximos al trono. Darío había bajado del estrado y se dirigía hacia él.

—¡Filocles! —gritó el persa, y arrancó otra espada de manos de un cortesano y se la lanzó a Kineas.

Kineas clavó el borde de la bandeja en la nariz de un hombre. Luego le agarró el brazo, lo hizo girar y se lo rompió, haciendo que chillara como un caballo herido. Kineas afianzó los pies y lo lanzó con los brazos como aspas contra la línea de guardias, dio patadas con los pies descalzos, apoyó la espalda contra la pared y agarró la espada cuando rebotó a su lado. «¿Filocles?», pensó, y su mano derecha empuñó la espada, un arma corta y curvada como una pequeña machaira, con una sólida guarnición que le cubría por completo la mano. La izquierda sujetaba la bandeja por una de las asas con forma de grifo, y la lanzó como un disco contra la multitud que defendía el trono. Los hombres que estaban frente a él retrocedieron un paso.

Cario bramaba como un toro. Había tres hombres en el charco de sangre que tenía a los pies, otros dos se tapaban heridas con las manos y ningún otro guardia se atrevía a aproximársele.

Darío despachó a uno de los cortesanos de un tajo en el pecho, sin derrochar esfuerzos. Los dos supervivientes que quedaban junto al trono se volvieron para mirarlo y Sartobases le chilló «¡Traidor!» en indignado persa.

—¡Filocles! —gritó Darío otra vez.

Las mujeres chillaban y el olor a muerte y despojos flotaba en el aire húmedo y caliente. Kineas entrevió a Banugul alejándose del trono, señalando con una mano a Darío.

Darío derribó a otro hombre y se reunió con Kineas junto a la pared.

—¡Trabajo para Filocles! —dijo como si fuese un grito de guerra, y las palabras penetraron en el cerebro de Kineas. Se rió y atacó a los hombres que tenía delante, que se desperdigaron; pero abatió a uno cortándole la retirada, y entonces la parte delantera del salón del trono comenzó a llenarse de guardias de la reina.

—¡Sígueme! —gritó Darío. Se deslizó tras un tapiz. Kineas no iba a abandonar tan a la ligera a su guardaespaldas.

—¡Cario! —chilló—. ¡A mí!

El celta blandía la espada con bravura, de modo que la hoja se veía borrosa, adelante y atrás, y de pronto dio un salto hacia atrás, dando dos mandobles amplios para cubrir su retirada. Derribó a una esclava, asestó un puñetazo al rostro de un hombre a quien se le saltaron los dientes, y corrió por el suelo resbaladizo.

Un guardia lanzó una jabalina. Apuntó con tino y dio a Cario en la espalda, pero le faltó potencia y la armadura lo protegió. Aun así, el gigante dio un traspié. Los guardias se animaron y arremetieron contra él.

Kineas arrancó el tapiz de la pared, una procesión persa de pueblos conquistados

que portaban obsequios, y se metió por la puerta excusada.

—¡Sígueme! —le gritó. Notó que Cario se metía por la puerta a sus espaldas. Estaban en un oscuro corredor. Detrás de ellos, la voz de Teraponte llamaba a los arqueros.

Giraron bruscamente a la derecha y el pasillo subió un tramo de escaleras iluminadas por teas de brea.

—¡Rétenlos aquí! —ordenó Kineas al hombretón celta, que jadeaba de agotamiento, miedo y dolor—. No dejes que los arqueros te alcancen. Usa la curva de la pared. ¿Entendido? ¡Volveré a por ti!

Cario apoyó la espalda contra la pared. Se obligó a erguirse cuan alto era.

—¡Sí, señor! —respondió. Y sonrió—: ¡Sí!

El esfuerzo para erguirse dejó una mancha de sangre en el yeso del enlucido. Toda la caja de la escalera apestaba a brea quemada y al sudor del miedo.

Kineas dio media vuelta y siguió a Darío otra vez.

—¿Adonde vamos? —preguntó.

—A la poterna —contestó Darío—. Llevo tres días intentando avisarte; tiene intención de atacar el campamento. Esta noche.

—¡Está loca! ¡La habríamos matado!

Darío se encorvó, apoyándose en el descansillo, y Kineas vio que estaba herido; la sangre manaba negra a la media luz de las teas.

—Habrías matado a sus hombres, si no fuera porque has venido. Además cuenta con algunos de tus nuevos reclutas. O, al menos, eso cree.

Darío estaba pálido de fatiga.

—¡Vayamos hasta esa poterna! —exclamó Kineas.

Entraron por una puerta en un suntuoso apartamento y luego bajaron por un largo tramo curvado de escalones tallados en el muro exterior. La escalera era oscura como boca de lobo y gélida como los pozos del Hades, con ráfagas de viento que se colaban por las aspilleras. Fuera, Kineas oía voces griegas; seguramente su escolta exigía novedades. El ruido de la pelea les llegaba a través de los muros. Cario seguía matando hombres, bramando en su desafío.

Bajaron más y más hasta alcanzar una puerta.

Había una docena de hombres aguardándolos allí.

—¡Mierda! —soltó Darío en persa, y su espada destelló cuando le cortó la cabeza a un hombre—. ¡Huye, Kineas!

Demasiado tarde para huir. Kineas se situó junto al persa y mató a un hombre de un golpe en la cabeza. La hoja pasó justo por encima del escudo y se le clavó en el ojo; Kineas empleaba la curvatura de su espada para despistar a sus oponentes en la penumbra iluminada por las teas. El hombre se desplomó como una bestia sacrificada y Kineas hincó una rodilla en el suelo y blandió su hoja por debajo del escudo del

oponente de Darío. Pese a ser una hoja más corta y ligera, el tajo seccionó los ligamentos del hombre justo por debajo de la rodilla. Cayó hacia atrás, chocando contra sus compañeros, con lo cual regaló unos segundos a Kineas.

Kineas ya estaba desnudando el cadáver del hombre que tenía a sus pies. Le arrancó el escudo del brazo rompiendo las correas, tajando con su hoja el brazo del hombre muerto; el por-pax del escudo se había enganchado en la muñeca y la mano, un anillo, un brazalete; Kineas tiró, profiriendo maldiciones, hasta que el escudo se soltó. Darío dio un paso atrás cuando un hombre con armadura arremetió contra él. Kineas, descubierto, giró sobre sí mismo cortando con la espada, intentando afirmar aún el escudo en su brazo. Blandió bajo, blandió alto, y en ambas ocasiones se topó con el escudo de su oponente. Desesperado, intentó un truco de escuela: retrocedió un paso, puso un pie en el escudo de su adversario y empujó.

El hombre cayó hacia atrás. Carecía de entreno en un gimnasio, pues de lo contrario habría conocido el truco. Kineas entró de nuevo por la puerta. Darío estaba más arriba en la escalera. El escudo le cayó al antebrazo, arrancándole carne, y la empuñadura fue a parar a su mano izquierda.

—Cuando baje tu celta, estaremos acabados —dijo Darío. Cario estaba tres habitaciones por detrás de ellos, sus berridos se oían incluso a través de la piedra. Kineas oyó el tenso humor de la voz del persa—: Aunque preferiría tenerte a mi lado.

Kineas no pudo evitar reírse.

—Quédate pegado a mi escudo y dale a quien intente adelantarme —dijo—. Ninguno de ellos está a tu altura. Saldremos de ésta. —Volvió la cabeza y sonrió de oreja a oreja al muchacho.

Darío se irguió. Sostuvo la mirada de Kineas a la luz de las teas.

—Estuve tentado... —comenzó.

Kineas gruñó y se abalanzó hacia la puerta, pasando por alto cualquier confesión que el muchacho tuviera en mente.

—¡Cúbreme! —gritó.

Los hombres del otro lado no esperaban que los atacara.

Arremetió con el escudo en la cara, cortando por abajo, empujando, y los obligó a retroceder. Su segundo revés, más afortunado o atinado que los demás, cortó por encima del escudo de un guardia, y la punta le segó los ojos y el puente de la nariz de modo que cayó muerto en un suspiro sin llegar a ver el golpe que le había robado la vida.

—¡Atenea! —rugió Kineas con toda la potencia de su pecho.

Gritos confundidos al otro lado de la pared.

—¡Atenea! —bramó de nuevo, cortando, empujando, golpeando, arremetiendo. Darío le cubría un lado a lo largo del muro, dando estocadas con implacable energía para obligar a retroceder al adversario.

Kineas se quitó el escudo, cogió el de otro hombre con el borde del suyo y tiró. Entonces su espada salió disparada y se hundió en el pecho del hombre. Hincó demasiado la espada que había tomado prestada y se le atrancó entre las costillas; hizo palanca con el pie, tiró, empujó con su escudo mientras el hombre agonizante chillaba.

La espada se rompió a la altura de la empuñadura, dejando a Kineas con un palmo de hierro en la mano.

Demasiado tarde para vacilar.

Arrojó la empuñadura contra el rostro del siguiente oponente. Entonces, usando una llave de pancracio que le había enseñado Focionte, embistió, lanzando la pierna del lado del escudo hacia atrás, y con la mano vacía de la espada agarró el borde del escudo del siguiente oponente y lo usó para hacer palanca, desencajándole el brazo y rompiéndoselo. Estampó su escudo contra la cara descubierta del hombre mientras éste caía e intentó arrebatarle la espada, pero se le resbaló. La espada del hombre rebotó contra el adoquinado del suelo y desapareció en la oscuridad. Una lanza golpeó contra su escudo, penetrando en el revestimiento de bronce y clavándose en el forro de madera. Kineas aprovechó el apalancamiento para liberar el escudo de un tirón. La lanza arremetió de nuevo contra él, y esta vez le rasgó el mentón, porque el golpe era bajo y no lo vio venir. Dio un paso atrás y el lancero avanzó al frente de una formación de tres hombres en cuña que llenaba el pasillo.

Darío seguía luchando contra un hombre de la última acometida. Dio un grito y su adversario soltó un alarido cuando Darío le cercenó la mano. El hombre reculó, del muñón salía sangre a borbotones, y los tres lanceros perdieron varios segundos al intentar cubrirle.

—¡Espada! —gritó Kineas. Echó la mano hacia atrás.

Darío plantó su propia espada en la mano abierta.

Así, sin más.

Kineas dio un paso al frente, paró con el escudo la punta de lanza del líder para poder notarla y empujó, inutilizando el arma de aquel hombre, que clavó los pies en el suelo y empujó a su vez, ayudado por sus compañeros. Y cuando Kineas notó la presión, dio un quiebro y se agachó, pasando el escudo por debajo del borde del de su oponente, arrodillándose en la piedra húmeda. Asestó un golpe bajo, notó el impacto y se levantó, haciendo fuerza con las piernas mientras Darío acudía a cubrirle la espalda y el jefe se tambaleaba hacia atrás, gritando que le habían hecho un tajo, y los demás se separaron, huyendo a todo correr del terror de la sangre y la oscuridad.

Darío se alzó a su lado, tras haber hallado la espada del hombre cuya muñeca había cercenado.

—Gracias —dijo Kineas. El daimon del combate lo abandonó y las rodillas empezaron a temblarle. ¡Estaba vivo! Faltó poco para que se desplomara. Tenía el

quitón empapado en sudor.

—No hay de qué —le correspondió Darío en persa cortésano. Tenía el semblante ceniciento, pero aun así esbozó una sonrisa forzada—: ¿Crees que podría recuperar mi espada?

Kineas lo miró a los ojos. Intercambiaron espadas, y algo más.

Entre ambos lograron abrir la poterna con manos temblorosas. En vez de huir, dejaron entrar a los guardias de Kineas, quienes, atraídos por sus gritos, ya estaban forzando la puerta desde el exterior. Después, habiendo dejado a cuatro hombres apostados a la entrada bajo las órdenes de Sitalkes y enviado un caballero al campamento, Kineas comandó al resto de regreso a la ciudadela en busca del celta.

Lo hallaron vivo, le abrieron paso y esquivaron una descarga de flechas. Cario estaba herido en más lugares de los que Kineas podía contar en la oscuridad, y había dejado de sonreír.

—¡Ven! —le gritó, seis o siete veces antes de que perdiera el conocimiento. Pero el celta se desplomó a escasos centímetros de la poterna y nadie podía cargar con él, así que lo arrastraron a un lado del pasillo y se dispusieron a atrincherarse allí mismo, apilando mesas y baúles contra las paredes para ponerse a cubierto de las flechas.

—Será mejor que te marches, señor —sugirió Sitalkes.

—Sí —dijo Darío. Seguía sangrando, pese al vendaje improvisado, y su palidez había alcanzado límites insospechados. Hablaba como un sonámbulo.

Kineas quería marcharse, pero su propio sentido de la humanidad no se lo permitía.

—No —repuso.

Esperaron una desbandada de guardias. En dos ocasiones, éstos se asomaron a la esquina más alejada del pasillo, el bronce destellando a la oscilante luz de las antorchas. La más cercana se estaba incendiando y pasó la brea a la madera sólida, que ardía más rápido pero daba menos claridad. El humo de la madera de pino se mezcló con el hedor de la inmundicia y empezó a inundar el pasillo.

Una flecha silbó en la oscuridad. Pasó rozando el peto de caballero de Sitalkes y rasgó la mano de la brida de otro hombre, para luego acabar incrustada en una mesa patas arriba.

Todos se pusieron cuerpo a tierra, tanto para mantener la cabeza alejada del humo como para evitar las flechas.

—¡Preparaos! —ordenó Kineas.

—¡Escuchad! —gritó Darío, y se desplomó. Le fallaron las dos piernas a la vez, y de repente cayó al suelo y se golpeó la cabeza contra una mesa con un golpe seco.

—¡Mierda! —exclamó Sitalkes. El y uno de los celtas agarraron al persa por debajo de los brazos y lo arrastraron fuera de la línea de fuego y de vuelta a la relativa seguridad que ofrecía la puerta.

—Yo también lo oigo —dijo otro hombre—. ¡Luchan!

Ahora Kineas lo escuchaba con claridad. Alguien luchaba en algún lugar. «¡Por Ares! ¿Qué diablos está pasando?» Se puso en pie y se asomó a la poterna. Había movimiento en la ladera que había justo debajo, una hilera de siluetas subía la empinada cuesta. Las observó durante un buen rato —uno de los más largos de su vida—, y luego algo en la capa y en los singulares movimientos del hombre que lideraba el grupo le resultó familiar.

—¡Diodoro! —llamó.

Por momentos, en la poterna se apiñaban hombres acorazados, soldados de infantería. Andrónico se hizo cargo de todos los celtas. Y Diodoro abrazó a Kineas.

—¡Pensábamos que estabas muerto! —dijo.

—Aún no. —Un estruendo sacudió las vigas—. ¿Qué diablos...?

—Antes de recibir tu mensaje, Filocles y Niceas dijeron que algo iba mal. Se dirigen a la entrada principal.

—¡Por Ares y Afrodita! ¡Los matarán! —Kineas miró alrededor con los ojos desorbitados, incluso cuando Nicanor avanzó, casi sin aliento tras haber subido la cara más empinada de la colina, el yelmo y el peto de Kineas estaban firmemente sujetos contra la barriga.

—Bien —dijo Diodoro. Miró arriba y abajo en el pasillo inundado de humo—. Andrónico, coge a tus hombres y baja por ese pasillo. Eumenes, tú coge a los tuyos y venid conmigo. ¡Matadlos a todos!

Kineas se metió el peto por la cabeza.

—Diodoro... —dijo.

Diodoro pasó delante.

—¿Estás listo, strategos? Hagamos nuestro trabajo. ¡Bien, sígueme!

Kineas se negó a amedrentarse. Con el escudo robado aún al brazo, embistió por detrás de Darío. Apartaron de su camino los obstáculos improvisados con un prolongado empujón.

—No cometas ninguna locura, Kineas —advirtió Diodoro.

—¡Sé cómo llegar a la puerta! —protestó Kineas. Una flecha surgió de la oscuridad.

—¡Mierda! —exclamó Diodoro—. ¡A la carga! —gritó, y echó a correr por el pasillo.

Kineas se esforzó para no rezagarse y una marea de hombres a las órdenes de Eumenes se agolpó tras él. En la esquina, Eumenes apartó a su strategos de en medio y siguió adelante. Codo con codo con Diodoro, despejó el pasillo, matando a un arquero e hiriendo a otro antes de que el grueso de ellos se batiera en retirada, chillando de pánico.

Los helenos entraron en tropel detrás de ellos. Más hombres llegaron a través de

la poterna y siguieron a ciegas a sus jefes respectivos, adentrándose en el humo y la oscuridad. León pasó por delante de Kineas sin reconocerlo y corrió pasillo abajo hasta Diodoro y Eumenes, quienes estaban a unos diez pasos y subían por un tramo de escalera que nadie defendía. Kineas a duras penas lograba que las piernas lo tuvieran en pie. Lo adelantaron otros dos hombres. Se acercaban a los ruidos de la pelea.

—Estamos encima de la puerta —dijo Diodoro, al parecer a Eumenes.

A lo lejos, «¡Apolo, Apolo!», y los chillidos de hombres heridos. Aquél era el rugido de Filocles. Kineas sintió que los dioses le devolvían las fuerzas a las piernas, subió a la carrera el resto de la escalera, y vio el frío resplandor del peto chapado en plata de Eumenes al fondo de otro corredor y las piernas negras de León que brillaban a la luz de las teas. Kineas corrió; sus pies descalzos resonaron en la piedra.

Los estúpidos arqueros bárbaros huían en pos de sus amigos, conduciendo a Diodoro hacia la puerta. Kineas lo comprendió, mientras saltaba por encima de un arquero muerto en la penumbra. Había más humo que antes; algo estaba ardiendo.

—¡Atenea! —bramó Diodoro; costaba creer que un hombre tan flaco pudiera soltar semejante grito de guerra.

—¡Apolo! —se oyó más cerca.

Kineas estaba justo detrás de Eumenes, de otro jinete, Amintas, uno de los caballeros de Herón, y de León. Eumenes y León iban codo con codo, parecían dioses bajo el parpadeo de las teas. Diodoro arremetió con el hombro contra una puerta que cedió. Cuando León y Eumenes añadieron su peso, la puerta se abrió de repente y los tres tropezaron. Un arquero disparó. Fuera o no por pánico, la flecha pasó por encima de la cabeza agachada de León y se le clavó en un pie a Amintas. Kineas saltó sobre el hombre herido y derribó al arquero de un tajo. Daba gusto empuñar la propia espada. Alzó el escudo y paró una flecha, y luego otra, y siguió avanzando.

Una punta de lanza lo adelantó: Eumenes, que le cubría. Rugió su grito de guerra, que sonó quebrado y agudo: «¡Atenea!»; entonces notó resistencia contra su escudo, y Eumenes lo empujaba por detrás y él asestaba mandobles bajos. La resistencia cedió y notó una ráfaga de aire frío.

Había estrellas en el cielo. Estaba en la entrada a una torre, en lo alto de la muralla y cerca de la puerta principal.

De alguna manera, Filocles había abierto la puerta. Estaba en medio del patio, matando, con cuerpos esparcidos en torno a él y el grueso de la guarnición tratando de desalojarlos a él y a los hombres que lo acompañaban.

—¡Apolo! —bramó.

Y Kineas contestó:

—¡Atenea!

Y los soldados de la guarnición levantaron la vista y vieron su sino detrás de

ellos, encima de la muralla.

Con unánime desesperación, se vinieron abajo, y los helenos les dieron caza por los pasillos y mataron a cuantos encontraron. La ciudadela fue tomada por asalto, y en el asalto cayeron demasiados olbianos para esperar un comportamiento humano de los asaltantes. Eran animales, y como animales rugían por las salas y los pasillos, destruyendo, violando, matando.

Kineas no intentó detenerlos. Tampoco habría podido, de haberlo deseado; la ley de la guerra era estricta y la ciudadela había sido asaltada. Ya no le quedaban fuerzas para resistir. Bajó de la muralla sediento de venganza y la guarnición despejó el patio en un momento; había olbianos muertos por doquier, algunos quemados con arena caliente y otros atravesados por un sinfín de lanzas, y entre las piernas separadas de Filocles yacía el cuerpo de Niceas.

Kineas se abalanzó sobre el cuerpo de su amigo de infancia. A Niceas lo habían abrasado con arena, tenía un tajo en la cabeza sin casco y una lanza en el costado, pero aún respiraba.

—¡Está vivo! —proclamó Kineas.

Niceas negó gentilmente con la cabeza.

—Te ahorras el coste de un burdel —dijo, y tosió sangre.

—¡No! —gritó Kineas—. No... ¡Niceas!

—Graco me espera —sentenció Niceas. Sonrió como un hombre que ve su hogar al final de un largo viaje y murió.

Y Kineas permaneció abrazado a él un buen rato, hasta que la piel de su amigo comenzó a enfriarse.

—Matemos a todos los cabrones de este castillo —sugirió Filocles. No parecía él. Pero a Kineas le pareció un buen plan.

Amanecida. Humo de los galpones incendiados y de rescoldos de hogueras. Olbianos con el rostro negro de hollín, arracimados contra el viento, los cuerpos vencidos por el cansancio y la culpa. Más que saciados. Ningún hombre puede sobrevivir a una toma por asalto y llegar a olvidar lo que hizo cuando era una bestia.

Una alfombra de cuerpos desde el patio hasta el salón del trono.

Los suelos estaban fríos.

León había salvado a muchos de los esclavos de la ciudadela. El, Nicanor y Eumenes los habían metido en los aposentos de la reina y habían vigilado la puerta. Con las primeras luces del alba, Eumenes llevó a Banugul ante Kineas, que estaba sentado en su trono. La hoja de su espada egipcia estaba limpia, porque la había limpiado a conciencia con la capa de Sartobases. Justo al lado de Sartobases yacía el cadáver de Teraponte, que había muerto a manos de Filocles en la última refriega contra la guardia.

Kineas, Eumenes y Banugul eran los únicos supervivientes de la sala. Las escenas de orgía y disipación en las murallas resultaban tristes y patéticas.

—La he encontrado entre los esclavos —informó Eumenes.

Kineas asintió.

—Me han dicho que... que Niceas ha muerto —balbuceó.

—Niceas ha muerto —confirmó Kineas, y se le saltaron las lágrimas; lo mismo que a Eumenes.

Entonces Kineas se levantó del trono y caminó hacia ellos.

—Vine a ofrecerte la vida —dijo—, puta idiota.

Estaba tan furioso que podría matarla, pero la muerte no bastaba. Banugul le sostuvo la mirada con firmeza.

—No tenía elección —repuso—. Mátame si es lo que tienes que hacer. Arroja mi cuerpo a tus lobos para que me violen si eso te satisface. —La voz le temblaba de terror; no obstante, pese al terror, mantenía un impresionante dominio de sí misma—. Hice lo que tenía que hacer y fracasé. No iré al infierno por mentirosa.

Kineas le dio un puñetazo tan fuerte que le echó la cabeza hacia atrás, le hizo perder el equilibrio y caer desplomada.

—¿Cómo cabe excusar esto? —bramó Kineas. Banugul había caído sobre los cuerpos de varios de sus cortesanos, ensuciándose de sangre y cosas peores. Escupió sangre y se irguió, apoyándose en un brazo.

—Alejandro ha asesinado a Parmenio —dijo con un labio roto y la mandíbula magullada.

Kineas tropezó y fue a sentarse en el trono como si Ares le hubiese cortado los tendones de las piernas.

—¡Dioses! —exclamó.

—Mi presunto padre se abalanzará sobre mí antes de un mes con cinco mil hombres, ansioso por borrar me de la faz de la tierra antes de que le ataque Alejandro. —Mantuvo bien alta la cabeza magullada—. No soy una esclava y no agacho la cabeza. Alejandro es mi señor, y lucharé.

Kineas no quería mirarla. El impulso de matar aún no lo había abandonado. Cada vez que pensaba en el cadáver de Niceas en el patio le venían ganas de enviar más almas al Hades. Pero otra parte de él pedía a gritos la redención; aquella parte que había recorrido los pasillos exterminando arqueros que se habrían rendido y quizás unido a ellos si su espada les hubiese dejado vivir. No obstante, otra parte de él lo acusaba de comportarse mal, y buscaba vengarse de la reina por haberle puesto de manifiesto su debilidad.

—Perdona que te haya golpeado —se disculpó.

Banugul no respondió. Sus ojos recorrieron el salón, mirando a los muertos.

—Ve con él, pues —ordenó Kineas—. Coge a tus esclavos y vete.

—Tenías razón —comentó Banugul con la voz desprovista de emoción.

—¿Razón? —preguntó Kineas. ¿Qué esperaba oír?

—Mi guarnición no valía una mierda —dijo con frialdad—. Ojalá te hubieras unido a mí.

Kineas negó con la cabeza.

—Lárgate, antes de que cambie de opinión —le advirtió. En cuestión de una hora, se había marchado. Y él era el amo de una ciudadela sembrada de cadáveres.

Después de dos semanas de preparativos, los juegos funerarios de Niceas duraron tres días. Los esclavos, los libertos y los campesinos limpiaron la ciudadela y Kineas declaró que todos los impuestos y tributos se condonaban a cambio de un diezmo del forraje de primavera y carros. Tampoco ofreció otra alternativa; sus soldados recaudaron el diezmo con las armas desenvainadas. Fue un asunto desagradable, como todo lo relativo a Hircania tras la escalada de violencia.

Eumenes y León parecieron reconciliarse con el papel compartido de héroes, aunque su reconciliación sólo duró hasta que lucharon por el premio de los juegos fúnebres el tercer día, con Mosva observándolos. El combate se fue enrareciendo, y las viejas heridas se abrieron con una sola palabra cuando León dijo algo mientras sujetaba la cabeza de su rival en una llave; a partir de ahí lucharon como energúmenos.

León venció.

Ataelo había regresado con el resto de los prodromoi el tercer día de los juegos, a tiempo para unirse a los viejos compañeros y lanzar con ellos antorchas a la pira de Niceas. Lloró con ellos y arrojó su mejor daga chapada en oro a las rugientes llamas.

Filocles apenas había dicho palabra desde el asalto. Pasaba la mayor parte del tiempo sentado en silencio, borracho. Sólo Kineas, Diodoro y Safo sabían que había intentado matarse con su propia espada. Safo lo había sorprendido con las manos en la masa, y entre los tres lograron impedir que la hoja le hiciera daño tras un arduo forcejeo del que Safo salió con un corte y ensangrentada, hasta que Filocles gritó:

—¡Lo único que sé hacer es herir y matar! ¡Soltadme! —Y rompió a llorar. Eso sucedió pocos días después de la toma de la ciudadela. Filocles no era el único hombre desesperado.

En los juegos, guardaba silencio, siempre solo, y cuando los hombres iban a abrazarle, se daba la vuelta. Kineas no consiguió hacerlo reaccionar. Fue Ataelo quien venció su grosería. Se plantó delante del espartano con los brazos en jarras, llorando y despotricando sin tapujos a la manera de los sakje. Cuando captó la atención del silencioso Filocles, le preguntó:

—¿Niceas por matar enemigos?

El rostro de Filocles estaba surcado de lágrimas a la luz de las llamas.

—Sí —respondió.

—¿Cuántos en la última pelea? —preguntó Ataelo. Parecía que no viera o no le importara que Filocles estuviera sufriendo.

Filocles se estremeció.

—Dos —dijo. Ataelo asintió.

—Dos está bien —repuso—. ¿Y tú? —Miró al espartano con curiosidad—. ¿Por venganza? ¿Tú matabas?

—Pues claro —asintió Filocles con amargura—. Maté a unos cuantos. Seis o siete en combate; quizás al doble de hombres acobardados, indefensos. Al menos a una mujer. Y estoy muy orgulloso —agregó con sarcasmo.

Ataelo, inmune a su tono, lo aprobó.

—Bien. Veinte hombres; bien. ¿Y tú, Kineas?

Kineas se encogió de hombros.

—Lo mismo.

Ataelo meneó la cabeza.

—¡Por pensar mi amigo va al infierno solo! ¡Caras largas y lágrimas! ¡Muere como airyanám! ¡Mata dos, incluso por estar herido! ¿Y amigos que lo aman matan cuarenta hombres para que le sirvan en la muerte? ¿Por qué llorar?

Kineas lo agarró del brazo.

—Nos portamos como bestias —admitió. No sabía cómo explicarlo en sakje.

Pero Ataelo se zafó. Contempló las caras rubicundas iluminadas por la pira.

—La guerra para hacer todos los hombres bestias —dijo. Se encogió de hombros—. Cazar hombres, matar hombres, ser como bestia, matar como bestia. ¿Sí? —Meneó la cabeza—. Toda la guerra mala. Todo lo no guerra bueno. Pero cuando para hacer guerra, entonces para luchar como bestia. ¿Sí? —Se encogió de hombros—. Por amar a Niceas —dijo, y se golpeó el pecho. Luego abrazó a Filocles, que intentó eludir el abrazo pero se vio atrapado por el hombrecillo sakje.

Y uno tras otro, todos los viejos camaradas, los hombres que habían cabalgado hacia el norte desde Tomis casi dos años antes y los hombres que habían seguido a Alejandro desde Gránico hasta Ecbatana, y los hombres recién incorporados que habían detenido a Zopriente en la estepa, se abrazaron como hermanos, y luego todos abrazaron a Filocles.

Aquella noche, por primera vez en meses, Kineas soñó con el árbol. Niceas aparecía entre la maraña de raíces con Ajax, y ambos le ofrecieron manos llenas de arena. Despertó llorando, pero empezó a entenderlo todo. Tuvo miedo.

Cario sobrevivió, al igual que Darío. Ambos tardaron casi todo el mes siguiente en recuperarse, y Kineas tenía tantas bajas del asalto a la ciudadela que no pudo poner en marcha a su pequeño ejército. Además resultó que el tiempo, tras haber prometido una primavera temprana, había empeorado, y no volvieron a ver el sol hasta una semana después del funeral de Niceas. El suelo comenzó a secarse.

Kineas dejó a Herón y Licurgo al mando, según el plan inicial de Diodoro, con órdenes de hacerles llegar parte del oro y usar el resto para pagar a la guarnición y

cubrir las inversiones de León. La toma de la ciudadela les había reportado todo el tesoro de la reina, que no era el más rico del este, pero sí suficiente para satisfacer a un ejército de mil hombres durante unos meses y comprarles tantos caballos de refresco como pudieron encontrar.

—¿Estamos fundando un imperio? —preguntó Diodoro—. Primero el asentamiento en el Rha y ahora una ciudad en el mar Caspio.

Kineas lo observó.

—No exactamente —replicó—. El fuerte del Rha está en territorio sakje, y esto en la satrapía de Hircania. No los conservaremos mucho tiempo. Sólo el suficiente para asegurarnos la retirada.

Diodoro se rascó la barba. Ahora todos la llevaban: el invierno había eliminado al último hombre afeitado.

—Hoy han llegado otros cien mercenarios —informó Diodoro—. En su mayoría, griegos.

Kineas gruñó.

—Herón está intentando contratar a tu Leóstenes para ponerlo al mando de mil hoplitas —prosiguió Diodoro—. Y Leóstenes está dispuesto a abandonar la satrapía, el muy condenado.

—Siempre y cuando pagara con su propio dinero, le dije que no tenía inconveniente en que intentara hacerse con Pantecapaeum —dijo Kineas—. No tenemos amigos allí. También han exiliado a Demóstrates.

Diodoro silbó.

—Herón será un tirano peligroso —vaticinó.

Nicanor entró en el megaron.

—El príncipe Lot está listo para partir —anunció.

Kineas ya llevaba puesta la armadura. Salió al pálido sol de primavera, montó a lomos de Talasa y cabalgó hasta el frente de la formación, donde aguardaban todos los sármatas con sus dioses cargados en mulas y seis carros fuertes. Lady Bahareh le dedicó una inclinación de cabeza a su paso, y Gwair Caballo Negro alzó su lanza y profirió un grito exultante.

Lot cabalgó hasta el frente de su columna.

—Me alegra verme libre de este lugar —confesó en sakje.

Kineas lo rodeó con sus brazos y ambos se dieron un fuerte apretón, peto contra cota de escamas.

—Mantente a salvo. Y elígenos un buen campamento —le recordó.

—Date prisa, Kineas. ¡No te entretengas! —El príncipe sármata encabritó a su caballo por puro alardeo y acto seguido emprendieron la marcha, saliendo por la puerta del campamento.

—Ojalá cabalgáramos con ellos —susurró Diodoro junto a Kineas.

Kineas se encogió de hombros.

—Sí, a mí también me gustaría —admitió—. Ahora me toca hacer de malo.

Diodoro dio la vuelta a su caballo y alcanzó a Kineas.

—¿León? —inquirió.

Kineas asintió.

—Ve a buscarle, ¿quieres?

Cuando el joven nubio llegó, Kineas lo hizo aguardar en el porche del megaron mientras terminaba los informes de la jornada y una carta dirigida a Likeles, que se encontraba en Olbia. Luego pidió a Nicanor que hiciera pasar al muchacho.

—Te has convertido en un oficial muy importante —observó con frialdad—. Pero tu conducta en el funeral de Niceas fue propia de un esclavo. Permíteme hablar claro: cuando un caballero compite en unos juegos funerarios, lo hace en memoria del fallecido y no por un provecho personal o por la gloria. Deshonraste a Niceas con tu comportamiento.

A León le temblaban las rodillas, pero mantuvo el semblante inexpresivo. No lloró. Aguantó la reprimenda como lo hacían los esclavos, mostrando la menor emoción posible.

La ausencia de reacción enfureció a Kineas.

—¿Te da igual? Niceas siempre fue amable contigo. Niceas, que se prostituía incluso antes de ser un hombre... ¿Quién podía entenderte a ti y entender tu vida mejor que Niceas? ¿Y lo deshonras en sus juegos?

Nada. Aunque el cuerpo de León revelaba sus sentimientos, su rostro no transmitía nada en absoluto.

—Estoy tentado de mandarte a donde sea o abandonarte aquí. Habla. Dame un motivo para no tener que hacerlo.

León levantó los ojos.

—No lo hay —repuso con un tono desprovisto de esperanza.

—¿Aceptarás cualquier castigo que te imponga sin quejarte? —preguntó Kineas.

—¡Sí! —respondió León, con más emoción de la que había manifestado hasta entonces.

Kineas asintió.

—Espalarás nieve con los soldados rasos hasta que nos marchemos. Mañana por la mañana te disculparás en público ante Eumenes al frente de la formación y os daréis la mano. Ambos subiréis juntos al santuario de Apolo que hay en el monte y pasaréis la noche en observancia, ofreciendo un sacrificio por el bien de toda la expedición. Velaréis. Os disculparéis ante el fantasma de Niceas. No dormiréis. No llevaréis manto ni gorro. ¿Entendido?

León apartó la mirada.

—Sí —contestó con firmeza.

Los dos jóvenes subieron juntos al monte el día siguiente.

—¿Y si sólo regresa uno de los dos? —preguntó Safo. Estaba cogida del brazo de Diodoro, y su rostro se veía joven y lozano bajo los últimos rayos de sol, las mejillas coloradas por el frío, abrigada con un grueso manto de lana. Sus ojos iban sin cesar de un oficial a otro. Desde el incidente con Filocles, los vigilaba a todos atentamente.

Filocles cogió unas copas de vino a Nicanor y las repartió. Era agradable estar en el porche al calor de la tarde; un calor relativo. En cuestión de minutos, haría demasiado frío para estar fuera, y Kineas compadecía en secreto a los muchachos que trepaban al santuario.

—Regresarán los dos —afirmó.

—Kineas lleva razón —dijo Safo, levantando la mano para protegerse los ojos de los últimos rayos de sol—. Mi corazón acompaña a León.

Diodoro enarcó una ceja.

—¿León? Lo que hizo fue vergonzoso. Como hacer trampas en una competición funeraria.

Safo asintió.

—Cuando hayas sido esclavo, ya me dirás lo que piensas.

Filocles se volvió y sonrió a Safo.

—¡Bien dicho! —exclamó.

Safo se ruborizó y bajó la mirada.

—¿Elogios de un espartano? —se sorprendió—. Los elogios de tan gran soldado podrían subírseme a la cabeza.

Filocles inspiró bruscamente.

—¡Sí, claro! —replicó, mirando los posos de su copa de vino—. Soy un gran soldado. —Volviéndose hacia Kineas, le dijo—: Hablando de los grandes soldados, hoy tu persa me ha pedido que le enseñe las artes del gimnasio.

Kineas frunció el ceño.

—¿Por qué? —preguntó.

Filocles vació una copa de vino de un solo trago. Luego se limpió la boca con la mano.

—Está impresionado por cómo mataste a todos aquellos hombres —dijo. Señaló a Safo con el mentón—: Pero no acude a Kineas, no, acude a mí. —Se sirvió más vino de la jarra de Nicanor, derramando un poco en el suelo—. ¡Por todos los dioses! —exclamó arrastrando las palabras.

—No quería decir eso, Filocles —aclaró Safo, tocándole el brazo con suavidad—. En Tebas, ningún soldado se ofendió jamás...

Filocles dio un paso atrás como si su contacto le doliera.

—Tampoco en Esparta. No, allí los elogios de una mujer por la capacidad que uno tiene de matar siempre vienen antes de una propuesta de matrimonio.

Safo se soltó del brazo de Diodoro e hizo una seña a Temerix, el herrero. Se aproximaron a Filocles por ambos lados.

—¿Por qué no me cuentas cómo viven las espartanas, Filocles? —propuso Safo. Filocles echó una mirada a los hombres que lo rodeaban.

—Todavía no estoy borracho —advirtió, vigilándolos como a contrincantes en la arena del gimnasio.

Temerix sonrió mirando al suelo, avergonzado.

—¡Sí, señor! —dijo, abriendo los brazos.

—No me llames señor —le espetó Filocles. Temerix retrocedió.

—¡Sí, señor! —repitió. Safo lo agarró del brazo.

—Las espartanas —insistió.

—Demasiado valientes para mí —abrevió Filocles—. Igual que tú. —Alargó su copa a Nicanor que, tras lanzar una mirada suplicante a Kineas, se la volvió a llenar. Filocles, sonriendo, echó un vistazo a Kineas. Apuró de nuevo la copa—. Quiere aprender a matar mejor. Y a quién si no a mí sería mejor preguntar, ¿eh? Y cuanto más al este vayamos, mejor lo haremos, hasta que seamos capaces de matar a quien nos dé la gana. ¿Quizás unos a otros al final?

Dio un traspie y recobró el equilibrio, tendiendo la copa otra vez. Safo le tiró del brazo.

—Estás siendo grosero, espartano. Háblame sobre las mujeres de Esparta.

Filocles se irguió.

—Tú no eres espartana —protestó—. Tú eres de Tebas, de ahí que sea indecoroso que estés en público, disertando con los hombres; por eso yo no tengo que disertar contigo y tú no tendrías que estar aquí.

Kineas intentó que se le ocurriera algo que decir.

—Ya no soy una mujer de Tebas, como tampoco tú no eres un hombre de Esparta —repuso Safo—. Somos olbianos, ¿no es así? O tal vez seamos el pueblo de Kineas.

Filocles se rió.

—¡Los kineanos! ¡Y entre los kineanos era costumbre que las mujeres debatieran con los hombres en el ágora!

Diodoro se plantó al lado del espartano.

—Y enseguida fue costumbre que las mujeres sobrias debatieran con hombres ebrios. ¡Vete a la cama, Filocles! ¡Estás dejando en mal lugar a los hombres!

En torno a ellos, la gente se rió; ante una situación difusa, una risa amistosa. Y, cuando Filocles volvió a tropezar, Temerix estaba a su lado para sujetarlo. El herrero no tuvo inconveniente en echarse al espartano al hombro, y tampoco rechistó cuando el hombretón vomitó vino y bilis en su espalda.

Más tarde, Kineas oyó a Filocles hablar sobre el papel de las mujeres en una polis bien ordenada, y Temerix, cuyo griego apenas era apto para dirigir a una cuadrilla de

leñadores, gruñía en tono de asentimiento mientras lavaba al espartano. Sus voces parecían no tener fin y Kineas se durmió sin darse ni cuenta.

Los dos jóvenes regresaron del santuario a la mañana siguiente, y Kineas, que no había dormido bien, bebió vino con ellos y juntos rezaron a los dioses. Luego se volvió a acostar.

Cuando por fin se levantó, ya estaban concluyendo los preparativos del viaje. Con León y Eumenes a su lado, escogió a los mejores jinetes que había entre los hoplitas y los puso en la caballería. El resto se quedó como el núcleo de olbianos que, junto con los mercenarios, defenderían la ciudad. Dos docenas de hombres, demasiado malheridos para marchar pero que aún tenían esperanzas de recobrase, se quedaron como colonos militares.

La columna tenía alimento y agua para diez días, y mejores carros y carromatos que cuando habían emprendido la expedición, que ya había superado la etapa de los montes hircanos y aguardaba en un campamento al borde de las estepas. Más carros y todos los sármatas ya habían cruzado el desierto. Estaban tan bien preparados como León había podido disponer.

El mismo tiempo que fue testigo de los preparativos de la columna de Kineas para marchar contra Alejandro trajo de Licia a los primeros comerciantes de la primavera. Así como las lluvias primaverales limpiaban los lechos de los torrentes y traían árboles viejos desde las laderas, lo mismo ocurría con hombres maltrechos que bajaban de los montes, y mercenarios en busca de empleo, y desdichados que huían de catástrofes remotas. Antes de que la columna arrancara, Kineas oyó rumores sobre una docena de naciones en tres idiomas. Un desertor macedonio de regreso a casa dijo que el viejo Antípatro estaba paralizado por la noticia del asesinato de Parmenio. Se decía que había reunido una escolta tracia y que tenía miedo de que Alejandro también ordenara su muerte.

Un judío sirio del Líbano dijo a Kineas que todos los sátrapas al oeste de Media estaban formando un ejército.

Un cretense que, casi con toda certeza, había pasado el invierno viviendo como un forajido dijo que Alejandro había marchado al norte de Kandahar antes del deshielo. Corrían rumores de que Besos estaba muerto y Espitamenes negociaba una satrapía. Se decía que había enviado a Alejandro una docena de amazonas como obsequio.

Y la mañana final, cuando la columna principal estaba ya montada y los últimos hombres besaban a sus esposas hircanas por última vez, un tratante de caballos comunicó a Kineas que la reina de los masagetas estaba aliando a los clanes al este de Samarcanda para combatir contra Alejandro. Kineas le compró toda la reata de caballos.

Diodoro meneó la cabeza.

—¿Te acuerdas de cuando éramos mercenarios? —preguntó con nostalgia.

Un pálido sol emergió entre las orejas del corcel de Kineas. A la izquierda tenía a Diodoro, y a la derecha a Filocles, borracho de vino pero bastante entero.

—Vayamos a buscar a Srayanka —dispuso, con el corazón más alegre de lo que lo había tenido en meses.

—Y a Alejandro —apostilló Diodoro.

Parte IV

El árbol de la vida

—¿Majestad?

Eumenes, el cardio, entró con cautela en el sanctasanctórum donde la Ilíada reposaba en su cofre y las panoplias de los enemigos de Alejandro decoraban las paredes. Con cada campaña, Alejandro se iba volviendo más retraído, más extraño. Al cruzar las montañas había hecho gala de uno de sus arranques de actividad sobrehumana, incluso de empatía, rescatando a soldados afectados de ceguera pasajera causada por el resplandor de la nieve y hablando de manera improvisada con cada pelotón de piqueros que bajaba por el desfiladero. Pero ahora el arrebató de energía divina había pasado, y lo que quedaba era un hosco tirano sentado en medio de sus tesoros favoritos.

Levantó la vista, mostrando sus ojos disparejos.

—¿Qué hay, Eumenes?

—Espitámenes ha entregado a las amazonas, majestad. —Eumenes mantenía la cabeza ligeramente inclinada—. Y Banugul, la hermana de Barsine, ha llegado desde Hircania.

—La que se armará en el harén cuando se entere de que su hermana está conmigo. —Alejandro sonrió—. No puedo decir que lamente del todo su presencia, pero tendrás que ocultársela a Hefestión —dijo Alejandro—. ¿Por qué ha venido?

—Su explicación es compleja, señor. Culpa a su padre, pero también a un mercenario griego. De hecho, no esperaba encontrarnos aquí; cruzó las montañas desde Hircania con la intención de ir a buscarnos a Kandahar.

—Los mercenarios griegos nunca son de fiar. La creía más lista. Muy bien, toma nota de que la veré. Mantenía apartada de Hefestión. ¿Algo más? —preguntó Alejandro con petulancia.

—Como bien dices, Barsine se enfadará cuando se entere. —Al igual que las demás mujeres, se había quedado en Kandahar.

—Barsine me importa menos que la puta más rastrera que acarrea un saco de mijo para el ejército. Al menos Banugul es inteligente. —Alejandro se rascó la barba—. Estoy irritado, Eumenes. No hagas caso al rencor mujeril.

Eumenes se encogió de hombros.

—Dice que hay un ejército, señor, que viene desde el Euxino.

Alejandro lo fulminó con la mirada y el cardio se amedrentó.

—¿El Euxino? ¡Tonterías! Los escitas les devorarían las entrañas. Bien; las amazonas. Déjame verlas. ¿Son guapas?

—No mucho, señor.

—Por Ares, ¿acaso apestan?

Alejandro se puso de pie, se quitó la túnica persa que llevaba puesta y pidió a un esclavo que le llevara un quitón mejor, prenda que se puso por la cabeza. Eumenes se fijó en que estaba más delgado, los músculos resaltaban como cuerdas viejas. Las montañas habían robado un poco más de juventud al rey, tal como habían matado a los veteranos más añosos y envejecido a los demás. La marcha a través de los montes había desbaratado la iniciativa de los rebeldes y traído a Espitamenes, el jefe enemigo más peligroso, a la mesa, pero había segado la vida a más macedonios que cualquiera de las victorias del rey.

Eumenes se encogió de hombros.

—Huelen como caballos, majestad.

Alejandro se rió.

—Igual que nosotros —dijo. Se pasó la mano por el pelo y apartó a sus esclavos—. ¡Ven! —dijo imperiosamente.

Eumenes lo siguió fuera de las tiendas interiores hasta la tienda de recibir. Al ver que Alejandro salía de sus aposentos, Hefestión, percibiendo que algo importante podía suceder sin estar él presente, entró apresurado por la puerta principal.

A un lado de la puerta, dos mensajeros aguardaban a que el rey les prestara atención, mientras que al otro lado tres mujeres bárbaras con túnicas de seda y bombachos de cuero miraban en torno a ellas movidas por la curiosidad, bajo la atenta vigilancia de una pareja de Compañeros del rey.

—¿Qué novedades hay, Aquiles? —preguntó Hefestión.

Alejandro, por una vez sin humor para lisonjas, se encogió de hombros.

—Las amazonas de Espitamenes —dijo—. Avisa a Kleistenes.

Hefestión envió a un esclavo y luego sonrió al corrillo de mujeres con ropa de cuero.

—¿Unas bárbaras apestosas? Supongo que las enviarás a los burdeles...

Alejandro miró a su amigo con algo semejante al asombro.

—Son mujeres libres de las llanuras, Hefestión. Si las trato mal, los masagetas, los sakje y los dahae se enterarán y me causarán problemas. Mi deseo es que se sometan como hicieron con los persas. ¿Entiendes?

Hefestión, poco acostumbrado a que lo corrigieran en público, se sonrojó.

La mayor de las amazonas estaba embarazada de varios meses, pero aun así era bastante guapa. Tenía unas pobladas cejas negras, la piel perfecta de una estatua de marfil en un templo y sentido del humor. Dedicó media sonrisa a Alejandro.

—Los masagetas nunca se sometieron a los persas y nunca se someterán a ti. —Hizo una ligera reverencia—. Señor.

Alejandro se sentó en su banqueta de marfil y meneó la cabeza.

—¡Hablas griego! —exclamó asombrado.

—Por supuesto —contestó ella.

—Los masagetas se sometieron a Ciro y a Darío —sostuvo Alejandro con mayestática irrevocabilidad.

—Te han informado mal —replicó la mujer—. Los masagetas mataron a Ciro y eludieron a Darío.

Alejandro enarcó una ceja.

—Eso concuerda con lo que dice Heródoto, señor —terció Kleistenes, el filósofo griego.

—¡Mejor! —Alejandro miró en torno a él—. Esta versión me gusta mucho más. Cuando los conquiste, ¡seré el primero!

La mujer rió a carcajadas y tradujo para sus compañeras. Charlaron en su lengua bárbara y rieron con ella.

Alejandro se levantó y se acercó a las amazonas. Puso un dedo bajo la barbilla de la mujer embarazada para levantarle la cara y ella lo apartó de un manotazo con la rapidez de una leona.

—Tienes el rostro de una diosa. Pero estás preñada. ¿De quién es el hijo? —preguntó Alejandro.

—Mío —contestó ella—. Y de mi marido.

—¿Un guerrero masageta? —preguntó Alejandro, examinando a la amazona más joven, bonita pero musculosa como un hombre.

—¿Tengo aspecto de masageta? —preguntó la mujer. Volvió a reírse.

—Todos los bárbaros me parecen iguales —dijo Alejandro.

—Soy doña Srayanka de los sakje Manos Crueles. Recorremos la estepa a nuestro antojo, y nuestros campesinos labran la tierra en los valles del norte de Olbia.

Alejandro miró a Kleistenes y luego otra vez a la mujer.

—¿En serio? ¿Habéis recorrido todo el camino desde el Euxino a caballo? —Esto le recordó el chisme del cardio, pero no quiso mencionarlo ante Hefestión—. ¡Entonces es cierto que el mar de hierba se extiende desde el Jaxartes hasta el Tanais!

Srayanka asintió.

Hefestión se acercó a él.

—Ya hemos perdido bastante tiempo con estas bárbaras —dijo. Dio la espalda a las amazonas—. ¡Amazonas preñadas! La ramera nativa de un soldado de caballería, diría yo. No podría pelear ni contra un niño.

La mujer encinta entrecerró los ojos.

—Dame una espada y te rajo, muchacho.

Alejandro hizo una seña a Kleistenes.

—Léeme el pasaje de la Ilíada sobre Pentesilea, reina de las amazonas —ordenó.

Kleistenes meneó la cabeza, y regresó al interior de la tienda en busca del pergamino.

Hefestión, molesto y acostumbrado a salirse con la suya, pasó por delante de Alejandro y dio un puñetazo en la cara a la mujer embarazada. Grávida como estaba, siguió el movimiento del golpe, que recibió sesgado en la coronilla, y de pronto resurgió entre los brazos de Hefestión, quien retrocedió soltando un gruñido. Srayanka le había quitado la espada. Se puso lívido de ira.

—Jamás conquistarás ni a los masagetas con soldados como éste —dijo Srayanka a Alejandro. Empuñaba la espada con soltura a pesar de su abultado vientre—. ¡Libéranos, oh, Rey! No te hemos hecho ningún daño y el traidor de Espitamenes nos raptó en el mar de hierba. Es tu enemigo además del mío y, si me liberas, mis clanes le darán caza como a un perro.

Alejandro miró a su compañero desarmado con suma decepción y luego se volvió hacia Srayanka.

—Cuando vuestros hijos nazcan, serán unos rehenes estupendos —soltó—. Viviréis cómodamente con mis mujeres y cuando marche sobre vuestra tierra dentro de unos años, podréis ayudarme. —Se volvió hacia Kleistenes, obviando la presencia de Hefestión—. ¡El mar de hierba es real! ¡Podemos marchar sobre Tracia!

Kleistenes observaba a Hefestión.

—Parece una auténtica amazona, majestad.

Hefestión se serenó.

—Quiero a la joven para mí —dijo.

Srayanka seguía empuñando la espada.

—Es la señora de los Gatos Esteparios, una líder guerrera y dueña de mil caballos —repuso Srayanka. Su reacción devolvió el buen humor a Hefestión.

—Podrá abrirse de piernas para mí tan bien como cualquier otra mujer —dijo él, y algunos de los soldados que había en la tienda rieron—. Devuélveme la espada antes de que alguien se haga daño —añadió con el tono que empleaba para razonar con las mujeres y los animales.

Srayanka asintió, pensativa.

—Lo siento —le dijo a Alejandro, y cortó la parte alta del muslo de Hefestión, desprovisto de armadura, haciendo que la sangre manara como agua; no fue un corte profundo, pero sí doloroso. Entonces tiró la espada al suelo, a los pies de Alejandro, y los guardias la agarraron—. No creo que vuelvas a abrir muchas más piernas durante una temporada —gritó a Hefestión en medio del caos reinante.

Alejandro la contemplaba con una mezcla de horror y placer.

—¡Te llamaré Medea! —se le ocurrió.

Srayanka se encogió de hombros.

—Muchos hombres lo hacen —replicó—. Libérame o sufrirás las consecuencias.

Alejandro sonrió; la primera sonrisa espontánea desde que su variopinto ejército se había enfrentado a las ventiscas en el camino desde Kandahar.

—Jamás te liberaré, señora —dijo. Detrás de él, guardias y esclavos atendían a Hefestión.

Srayanka se irguió, y su preñez no hizo sino conferirle mayor dignidad.

—Eso ya lo veremos —contestó. Lanzó una mirada a Hefestión, que se levantaba con la ayuda de otros dos hombres.

—¡Serás violada por perros, y tus hijos nonatos te serán arrancados del vientre para alimentarlos! —gritó Hefestión—. Haré que te torturen hasta dejarte sin piel, hasta...

Alejandro lo abofeteó y Hefestión se calmó, pero sus ojos fulminaron a Srayanka con odio febril.

—Ya lo veremos —replicó ella.

La suerte, la buena fortuna, una planificación esmerada y la voluntad de los dioses acompañaron a las tropas de Kineas a través del desierto en plena floración primaveral, con agua en cada hondonada y flores entre las desoladas rocas. Quince días después de su partida, cuando se celebraba la fiesta de Plinteria en Atenas, el ejército se reunió al borde de la interminable estepa que se extendía hacia todos los horizontes excepto el que tenían detrás, cuyos espejismos, diablos de polvo bajo el perfil morado de las montañas en el ocaso constituían lo último de Hircania.

—Llevas un buen ritmo —observó Lot, agarrando el antebrazo de Kineas—. Te has convertido en un auténtico sakje.

Kineas se sonrojó ante semejante elogio.

—Hemos tenido un tiempo perfecto y agua en todas las pozas.

Lot sonrió. En sakje, dijo:

—Por eso cruzáis el desierto en primavera. Ven; tengo un poco de vino malo y Samahe está contando las aventuras de Ataelo en el este.

—Pareces contento —observó Kineas.

—¡Estoy en casa! —exclamó el príncipe Lot—. Creo que ya nunca más contaba con regresar. ¡Y aquí estamos! Mis mensajeros están en la estepa, camino de nuestras yurtas y nuestra gente. Nos encontraremos en las Montañas de Sal, ¡y entonces celebraremos un banquete!

Kineas asintió:

—¿Cuánto queda hasta las Montañas de Sal?

Lot lo condujo a su «tienda», poco más que un cuadrado de lino basto clavado sobre un par de lanzas. Mosva les sirvió vino en copas de oro.

—Las copas son mejores que el vino —comentó en tono jocosos—. En diez días estaremos en los montes. Diez arduos días, y luego tendrás todo el forraje que necesites para llegar hasta Srayanka. —El príncipe sármata olisqueó el aire, cargado de polvo y polen como en un mercado—. ¡Ese es el aroma del hogar!

—¿Nos abandonarás? —preguntó Kineas.

—¡Jamás! —contestó Lot—. ¡Ahora estás en mi tierra! Velaré por tu seguridad como tú has hecho conmigo. —Bebió de su copa y Kineas apuró la suya—. Diez días a buen ritmo y luego el banquete.

Kineas se volvió hacia Mosva. Por un lado, era una mujer; por otro, tan sólo uno de sus soldados.

—¿Quién te gusta más: León o Eumenes? —preguntó Kineas.

Mosva lució la sonrisa propia de una joven que empieza a descubrir su poder.

—Los dos —dijo, y se echó a reír. Lot asintió.

—Ambos muchachos son excepcionales. —Sonrió—. En mi pueblo, las mujeres eligen a sus compañeros. Los dos son ricos, bien relacionados, valientes y extranjeros. —Volvió a sonreír—. El hijo de mi hermana hereda mis tribus, no importa qué camino siga mi hija.

—¿El hijo de tu hermana? —preguntó Kineas.

—Upazan —contestó Lot, y frunció el ceño como si ese nombre le dejara mal sabor de boca.

«Diez días a caballo y a buen ritmo», se fue repitiendo por todo el ejército a medida que cabalgaban hacia el este. El desierto desapareció a sus espaldas mientras avanzaban por lomas de hierba nueva, verdes como las vestiduras de Perséfone, aunque los cursos de agua eran escasos y sólo la lluvia los salvaba de padecer las consecuencias; hasta que llegaron a un gran río que se cruzó en su camino, borboteando marrón entre las rocas con la crecida del deshielo que el suelo empapado no lograba absorber.

Kineas iba a lomos de su caballo de silla geta y dejó que éste se abrevara, pero poniendo cuidado en que no bebiera más de la cuenta. Diodoro y León hicieron lo mismo.

—¿Seguro que esto no es el Oxus? —preguntó Diodoro.

Kineas negó con la cabeza.

—Aún debemos estar a veinte días del Oxus —dijo. Se rascó la barba—. O más. ¡Lot! —llamó.

El príncipe Lot dio la vuelta a su caballo y se aproximó chapoteando entre los animales que bebían.

—¿Cómo se llama este río? —preguntó Kineas.

Lot se encogió de hombros.

—En sakje, es el Tanais.

León estaba sacando a su caballo castrado del agua porque el animal quería seguir bebiendo y León no tenía intención de permitirselo. Desde la otra orilla, voceó:

—¡Todos se llaman Tanais! Significa «río».

Lot se encogió de hombros.

—Que yo sepa, no tiene nombre griego —dijo.

León, que interrogaba a cuantos mercaderes y viajeros encontraban, fue a su petate y sacó un pergamino en el que había hecho algunas anotaciones.

—Éste tiene que ser el Sarnios —comentó—. Al menos, así lo llamaba el tratante de caballos.

Acamparon en un meandro del Sarnios. Kineas sacrificó en honor a la diosa del río un cordero nacido en el camino y ordenó que mataran unas cuantas reses para que

toda la tropa comiera una ración de carne con el rancho. Después, bien comidos y grasientos, se sentaron al raso, envueltos en sus clámides para resguardarse del frío, y contemplaron el firmamento, quedando como única luz el resplandor de la fragua de Temerix montada en el chasis de su carro. Antígono y Kineas trabajaban en los arreos, reparando bridas. Kineas vio que el amuleto que le había regalado Kam Baqca tiempo atrás, en el campamento de invierno a orillas del Borístenes, se empezaba a deshilar, de modo que lo recosió. Antígono había adquirido un capistro de bronce, una pieza de armadura de caballo, pero no conseguía ponérsela a su montura sin que molestara al animal. Cada noche se afanaba en hacerle arreglos.

—Ojalá supiera hablar —bromeó Antígono—. Así podría decirme si esta maldita cosa le queda bien encajada.

Kineas acabó su más sencilla tarea y observó cómo Darío hacía capuchones con muescas para los astiles de sus flechas a la luz de la hoguera. Era un trabajo que requería maña.

—¿No te sería más fácil a plena luz del día? —preguntó Kineas.

El persa tenía todo su equipo de armar flechas dispuesto sobre una manta clara.

—Sí —dijo. Renegó al resbalarle de la mano un capuchón que salió despedido hacia la oscuridad—. Pero Temerix compró carbón a un comerciante. Tiene suficiente para fundir bronce y está haciendo los capuchones esta noche.

Kineas sonrió.

—Aun así podrías montarlos de día —insistió. Darío asintió.

—Nunca hay tiempo. —Lanzó una mirada a Kineas—. Hoy los sármatas han visto huellas de venado. ¡No me cogerán desprevenido!

Kineas se rió.

—Has tenido todo el invierno para hacer flechas.

Darío ignoró el comentario de su comandante y se concentró en la tarea.

—¡Puaj! —dijo Filocles, que llegó con un cuenco y un pedazo de carne—. ¿Qué es ese olor?

—Pegamento —contestó Darío. Tenía otro capuchón listo y lo estaba ensamblando en la punta del astil de una flecha, donde encajaría la cuerda del arco. Mojó el capuchón en pegamento y lo hincó en su sitio, limpiando la cola sobrante con el pulgar. Luego cogió tres plumas cuidadosamente preparadas y las pegó en su lugar correspondiente. Clavó la flecha en el suelo y pasó a terminar la siguiente, encolando y colocando el capuchón.

—¡Hum! —exclamó Filocles, interesado muy a su pesar—. ¿Por qué no pegas las plumas directamente? ¿Para qué sirven?

A Darío se le cayó una pluma al suelo junto al fuego y volvió a renegar. Cuando la recuperó, la pluma estaba manchada de cola y Darío la tiró disgustado al fuego y comenzó a cortar otra.

—Parece que eso da mucho más trabajo que mi lanza —dijo Filocles.

Kineas no quería hablar. Era la primera vez que Filocles demostraba interés por algo desde hacía tiempo, por no hablar de sentido del humor.

Darío encajó una nueva pluma y puso las flechas junto a las otras seis que había terminado.

—Las flechas de caza son las más difíciles —explicó.

—¿Por qué? —preguntó Kineas, para que siguiera hablando y así mantener a Filocles interesado.

Darío se encogió de hombros con un gesto juvenil.

—Las flechas de guerra nunca las recuperas —dijo—. Ni siquiera les pongo capuchones; sólo corto una muesca en el astil y ato un cordel en la punta. Pero las flechas de caza, siempre esperas recuperarlas. Y las disparas más lejos, a blancos más difíciles. Tienen que estar bien hechas. Mi padre siempre decía que tenías que hacerte las tuyas y nunca fiarte de las flechas de otros hombres.

Filocles asintió.

—Entiendo. Pero ¿para qué son las plumas?

Darío meneó la cabeza.

—Vosotros, los griegos, siempre andáis preguntando por qué —repuso—. Pregúntaselo a un flechero de verdad. Yo sólo hago lo que mi padre me enseñó.

Kineas se rió. Filocles lo miró y enarcó una ceja. Kineas meneó la cabeza.

—Hay algo profundo en eso —dijo—, pero estoy demasiado ahído de ternera para poder hablar de ello.

Filocles se rió y le dio un puñetazo en el hombro.

Al otro lado del Sarnios, las flores se abrían y las chicas sármatas hacían guirnaldas que lucían al montar; Mosva parecía la encarnación de Artemis. Los cazadores batían venados en las faldas de los montes, y los hombres, cuando encontraban agua, dedicaban canciones a Deméter y a su hija de pies ligeros regresada del exilio. Darío abatió un venado en su primer día de caza y se puso insufriblemente ufano.

Pese a la predicción de Lot, tardaron otros diez días desde el Sarnios, y fue una de esas felices ocasiones que los soldados recuerdan cuando son viejos; no el aburrimiento, el frío o el calor, sino la hermosa primavera en las llanuras y las chicas sármatas cabalgando por los campos en flor. Había carne en abundancia, y caballos que habían estado al borde de la muerte de pronto recobraban las fuerzas.

Un mes después de salir de Hircania, los montes de Dahia se veían titilar por el calor en el horizonte más oriental. Los hombres refunfuñaban y se preguntaban abiertamente sobre su paga, y devoraban con los ojos a las chicas sármatas cuando éstas se quitaban las túnicas para montar a pecho descubierto bajo el sol primaveral.

Diodoro acercó su caballo al de Kineas.

—La tropa está mejor —dijo—. Ares, ¡da gusto estar lejos de la maldita Hircania!

Kineas asintió y miró a su amigo, olvidando su ensimismada preocupación por Srayanka.

Diodoro echó un vistazo a Filocles, que cabalgaba a solas sumido en sus pensamientos.

—¿Está mejor? —preguntó Diodoro.

Kineas sacudió la cabeza.

—Eso creo. ¿Y tú?

Diodoro se encogió de hombros.

—Soy soldado. No es el primer saqueo que he visto. Yo... —comenzó, y se calló.

Al verlos juntos, Filocles puso al trote a su semental hasta situarse a la altura de ellos. Filocles nunca sería un jinete nato, pero dos años en la silla de montar habían mejorado su técnica.

—Se os ve muy serios —comentó.

—Hablábamos de la tropa —dijo Diodoro—, y de su moral.

Filocles asintió.

—Vuelven a rezongar —observó el espartano—. Eso siempre es buena señal.

—¿Estás mejor? —preguntó Kineas. Filocles se encogió de hombros.

—Diferente —contestó. Kineas contempló a su caballería.

—Todos están diferentes —afirmó—. Yo también.

—Tú la dejaste vivir —dijo Filocles—. Yo no tengo ni un momento de piedad para acallar mi conciencia. Maté hombres hasta tener el brazo tan cansado que ya no podía seguir matando.

—Le dejé vivir prácticamente por lo mismo —observó Kineas—. Fue más por fatiga que por piedad.

—Esta es mi última campaña —dijo Filocles—. Te quiero, pero no puedo ser una bestia por siempre jamás.

Kineas afirmó lentamente.

—Iba a ser la última campaña de Niceas —señaló—. Me pidió que le comprara un burdel en Atenas.

—Pues entonces quizá yo sea el próximo en morir —dijo Filocles, y rió amargamente—. Aunque no quiero un burdel. —Miró hacia la llanura—. Fuiste clemente, pero dejarla con vida nos saldrá caro al final. Puede decirle a Alejandro...

Kineas negó con la cabeza.

—Tú y yo hemos sido espías, hermano. El mundo está tan lleno de espías —dedicó media sonrisa a Filocles—, que uno más no colmará el vaso.

Miró hacia la llanura, el mar de hierba, casi el mismo mar donde había conocido a Srayanka; salvo por la pincelada de marrón púrpura en el distante horizonte que

anunciaba una gran cordillera. El viento susurraba en la hierba nueva, rizándola de modo que se alternaban el verde claro y el oscuro, como si fueran las huellas de unos gigantes invisibles que corrieran por la estepa.

—Alejandro está acechando en algún lugar del mar de hierba —dijo Kineas.

Diodoro negó con la cabeza.

—Sea lo que sea que haga, no está acechando.

Kineas asintió. «Si no encuentro a Srayanka, no me importará», pensó.

Al cabo de dos días se encontraron con la escolta de las huestes sármatas, piquetes en las crestas de los verdes montes que observaban su aproximación y vitoreaban a su señor, que regresaba al hogar tras las guerras. Lot cabalgaba al frente de la columna y sus jóvenes amazonas lo hacían en los flancos, jactándose de sus hazañas y mostrando las cabezas de los hombres que habían matado. La columna coronó la primera sierra y desde allí vio la caldera de un antiguo volcán, con tierra fértil hacia la ladera opuesta que distaba varios estadios y un campamento de yurtas y tiendas que ocupaba la llanura en la otra orilla de un pequeño lago.

Entonces celebraron un gran banquete, dejaron descansar a los caballos y escucharon las noticias del mundo. La tregua había fracasado. Alejandro estaba en guerra con Espitámenes, y Espitámenes tenía sitiada Maracanda mientras Alejandro trataba de aliviar la presión que soportaban sus guarniciones del norte a lo largo del Jaxartes. Todas las tribus habían sido llamadas a reunirse en el Jaxartes para oponer resistencia en caso de que intentara cruzarlo por la fuerza, fijándose la mitad del verano para la asamblea de tropas.

Y los «occidentales», los sakje de Srayanka, estaban acampados a cuatro días de viaje, en un meandro del Oxus.

Kineas hizo lo posible por no impacientarse. En su mente ya veía la forma de la campaña; los caciques sármatas le habían bosquejado el terreno que pisaba, los montes y el desierto y los dos grandes ríos que discurrían por los altiplanos.

Lot y sus jefes dibujaron su mundo en el suelo de la caldera, construyendo con esmero las montañas sogdianas al este y las mesetas bactrianas al sur, de modo que las montañas formaban una especie de ola encrespada, o una mano ahuecada vista de perfil. En la base de la palma se hallaba Merv, una antigua ciudad comercial a orillas del río Margus, en el límite sur de la cordillera. Alejandro tenía una guarnición en Merv. En la cresta de la ola se hallaba Maracanda, la mayor ciudad de las llanuras, también al borde de las montañas. Maracanda estaba a orillas del Polytimeros, un río que fluía desde las montañas sogdianas.

Entre Merv y Maracanda discurría el caudaloso Oxus, el mayor río del este. El valle del Oxus se abría entre dos cordilleras: nacía en los confines de las tierras altas de Bactria para desembocar en el lago del Mar de Hierba, una distante masa de agua,

sita en el remoto norte, que Lot había visto y de la que León sólo había oído rumores.

La frontera más oriental de los sakje la fijaba el Jaxartes, cuyo sinuoso curso hacía pensar en una serpiente que se retorciera remontándose hacia las montañas orientales de Sogdiana y que también desaguaba en el lago del Mar de Hierba, más o menos paralelo al Oxus, trazando una diagonal desde el sureste hacia el noroeste. La tierra que separaba aquellos dos grandes ríos era el país de los masagetas, y la reina, según los rumores, estaba reuniendo a sus ejércitos en el Jaxartes, al norte de Maracanda.

Kineas halló desconcertantes las descripciones que le hicieron del territorio, aun contando con León para ayudarle a cartografiarlo y esclarecer sus complejidades. Los dos grandes ríos, el Oxus y el Jaxartes, parecían nacer muy cerca el uno del otro y desembocar en la misma masa de agua; no obstante, discurrían a cientos, o a veces miles de estadios entre ellos. Le costaba formarse un juicio de las distancias basándose en lo que los sármatas le contaban. Aquélla era su patria, y la vasta extensión de hierba, aquí verde y profunda, allá dispareja como la lana de una oveja enferma, definía su mundo. Tenían diez palabras extranjeras para las distintas calidades de hierba y ninguna que significara nadar.

Los soldados griegos y los miembros de los clanes sindones compitieron con sus anfitriones en torneos de lucha, tiro al arco, carreras a pie y a caballo. Kineas ofreció valiosos premios del tesoro de Banugul, y lo mismo hizo Lot. Temerix, el mejor arquero a pie, recibió un pesado arco con diminutas escamas de oro bajo un vidriado o barniz que de un modo u otro no reducía en absoluto la flexibilidad del arma. Su victoria provocó torvas miradas de Upazan, el heredero de Lot e hijo de su hermana, un apuesto rubio que parecía pensar que su tío ya había vivido demasiado y que cualquier competición que él perdiera tenía que haber sido amañada. Upazan poseía muchas cosas bellas: un casco de oro, una magnífica armadura de escamas, un arco esmaltado en rojo y un escudo chapado en plata que relucía como un espejo y tenía un dragón enroscado como emblema resaltado en rojo y oro macizo. Se lo mostró todo a Kineas con orgullo, dejando claro que quería más de lo mismo.

Lot explicó que el arco de Upazan, así como el que había entregado como trofeo, procedían del botín de incursiones efectuadas más al este, donde sostenía que existía un imperio más poderoso que el persa, cuyos soldados llevaban armaduras de bronce. León escuchaba embelesado. Lot, percibiendo el interés del nubio, les mostró otro arco, éste con una culata para apoyarlo contra el hombro y provisto de un gatillo de bronce. Kineas lo disparó para probarlo, el arco respondió bien y perforó un escudo sakje con suma facilidad. León no perdía detalle, hizo un dibujo del arma en su rollo de pergamino y añadió unas cuantas anotaciones. Estaba tan distraído que Mosva se mostró dolida y flirteó con su primo Upazan, cuyo deseo por ella era obvio pese a la desaprobación de los ancianos.

Kineas observó a Upazan. Upazan estaba amargado por haberse perdido la campaña en Occidente, más amargado si cabe porque ahora su tío era un héroe; y, para colmo del resentimiento, había sido eclipsado en los torneos por unos extranjeros. Cuando él y León lanzaron jabalinas y León lo venció, acertando a un escudo de cuero cinco veces de cinco al galope, Upazan reaccionó persiguiendo al joven negro y golpeándolo con una lanza, derribándolo de la silla con el asta.

En un abrir y cerrar de ojos, todos los olbianos se pusieron de pie. León era muy apreciado. Eumenes, poco amigo de los nubios, corrió a su lado y lo ayudó a levantarse. Upazan se rió.

—Así es como juegan los hombres —dijo—. ¿Demasiado brusco para vosotros, los occidentales?

Lot meneó la cabeza y exigió que el joven se disculpara, cosa que se negó a hacer. Se plantó delante de ellos impertérrito y se rió otra vez.

—¿Tantas madres necesita el chico negro? —preguntó—. ¡Si quiere resarcirse, podemos luchar! Lo mataré y entonces el trofeo será mío. Tendría que haber sido mío. Sois un atajo de idiotas.

Obedeciendo una orden directa de Kineas, León dio media vuelta y se marchó. Upazan se rió de los griegos y Kineas lo dejó reír.

Avanzado el día, Kineas conoció a la reina de Lot, Monae, quien había mantenido unidas a las tribus mientras él combatía en Occidente, campaña ya legendaria entre los sármatas. Se fijó en que miraba a Upazan con un desagrado rayano en el odio.

—La hermana de Lot lo era todo para él y murió al dar a luz. Lot nunca ha puesto riendas a ese caballo. —Señaló a Upazan con el mentón—. Causa más problemas que todos los demás chicos y chicas juntos; y muchos de ellos lo adoran, o al menos le temen. Entre los jóvenes, ambas cosas suelen ser la misma.

Kineas era muy mayor para que un muchacho enfadado le arruinara el placer de haber llegado hasta allí, y sus ansias por ver a Srayanka, demasiado grandes para que le importaran gran cosa las pasiones del futuro dirigente. Aceptó las disculpas de Lot en nombre del malhumorado y agresivo Upazan.

Más tarde, en torno a la hoguera del consejo, sentado en hermosas alfombras sármatas de lana variopinta bajo la bóveda celeste, Kineas escuchó a Lot hablar sobre la política de las tribus. Monae estaba con ellos, así como Diodoro, Filocles, Ataelo... y Upazan. No cabía evitar su presencia: al fin y al cabo, era el heredero de Lot.

—Farmenax, el rey supremo de todos los sármatas, ha hecho las paces por su cuenta con Alejandro; ha ido a reunirse con él —dijo Lot.

Kineas se quedó perplejo.

—Entonces vuestra guerra ha terminado —dijo.

Lot miró a Monae, que sonrió como un lobo.

—Nadie lo ha seguido. Ser rey de los sármatas no es muy distinto de ser rey de

los sakje, Kineas. Posee el título, pero ha tomado una decisión muy impopular y pocos de nosotros tenemos ganas de seguirlo. Ahora bien, si este Alejandro consigue grandes victorias, y si Espitamenes, el persa, y la reina Zarina de los masagetas son derrotados... ¡Hum! En ese caso, tal vez nos veas unirnos al rey Farmenax.

—Deberíamos salir al encuentro de Alejandro ahora mismo —sugirió Upazan—. Es más fuerte. Conquistará.

—¿Espitamenes? —preguntó Kineas, haciendo caso omiso de la intervención del muchacho—. Oí hablar de él en Hircania. ¿Me refrescas la memoria?

—Uno de los señores de Bactria. Le ha dado a Alejandro el antiguo usurpador, Besos. Se lo entregó; por maldad, según se dice. Besos es un buen hombre y un mal general —dijo Monae, meneando la cabeza apenada—. Ha sido un año muy movido, esposo mío.

Upazan se inclinó hacia delante.

—Esto no es una charla de mujeres, Monae. He hablado y espero ser contestado. Deberíamos ir a por Alejandro.

Kineas miró al chico sin decir nada. Lot levantó una mano.

—Upazan, el tiempo que fuiste rehén de los medos te volvió muy grosero. Las mujeres pueden participar en cualquier consejo.

—¡Bah! Las mujeres calientan camas y traen bebés al mundo. Somos idiotas dejándoles hacer más. Cuando yo sea rey, se acabará lo de las doncellas lanceras.

Lo dijo con el malicioso regocijo que sienten los adolescentes al manifestar una opinión a sabiendas de que ofenderá a sus mayores. Costaba saber si realmente creía en lo que decía.

—¿Besos era el sátrapa? ¿Besos? —preguntó Kineas.

—¿Sátrapa? Se hacía llamar Rey de Reyes. —Monae negó con la cabeza—. Tendrá un mal final, con la nariz cortada. Este Alejandro ha sido rápido como una serpiente en aprender las costumbres de los medos.

—Tengo la impresión de haber salido del fuego para caer en las brasas —dijo Kineas.

—Ningún aspecto de la vida bárbara es sencillo —confesó Lot. Se rió, pero lo hizo con el rostro crispado y desvió la mirada hacia Upazan.

—¿Quién es la reina Zarina? —preguntó Kineas.

—Una lancera que se erigió en reina —respondió Monae. Se llevó una mano a la garganta y tosió, y luego rió con desenfado; el mundo era un lugar divertido para ella, y enseñó todos los dientes—. Adora la guerra. No ama a Espitamenes, pero desea vencer a Alejandro. Ha llamado a asamblea a todos los escitas, desde el Euxino hasta las grandes montañas. Sakje, dahae, sármatas, masagetas, kandos y todos los demás. Jamás se ha convocado una reunión semejante desde los tiempos de las grandes guerras contra los persas. —Sonrió—. Quienes por cierto, también fueron una de

nuestras tribus. Me refiero a los persas. Las madres de clan lo recuerdan. —Meneó la cabeza—. Zarina se ve a sí misma como reina de todo el pueblo. ¿La aceptaremos? ¿La obedeceremos? —Se rió—. Pero todos asistiremos, incluso tu Srayanka. Aunque sólo sea por ver cuántas cabezas de caballo es capaz de reunir el pueblo y mostrar a este Alejandro lo que es el poder.

Kineas tomó aire y lo soltó lentamente. Lot echó un vistazo alrededor y luego se inclinó hacia delante.

—¿Qué intención tienes, señor? —inquirió.

—¿Por qué le llamas señor? —preguntó Upazan—. Es un extranjero, no nuestro señor.

—Tú nunca lo has visto dirigir una batalla, sobrino —repuso Lot, razonablemente.

—¡Tonterías! —Upazan tenía opiniones sobre todos los asuntos y no vacilaba en manifestarlas. Se levantó para marcharse de la hoguera, y al levantarse se las arregló para tirar arena a Kineas con el pie.

Kineas siguió ignorando al muchacho. Cuando Upazan se hubo ido, él se inclinó hacia delante.

—Primero quiero reunirme con Srayanka —manifestó—. Tengo entendido que está en Chatracharta, en el Oxus.

Lot y su esposa intercambiaron una mirada.

—Ahí es donde esperamos encontrar a los sakje —dijo Lot, cauteloso.

Kineas asintió.

—Si no me equivoco, podemos avanzar hacia el norte siguiendo el Oxus hasta el Polytimeros y luego... Bueno, luego no tengo muy claro cómo es el terreno. —Se encogió de hombros—. Pero acudiremos a la reunión en el Jaxartes.

Lot se inclinó hacia delante y bosquejó la ola y los dos ríos en la tierra.

—Todo el valle del Oxus está controlado por Iskander —dijo—. Y tiene fuertes a lo largo del Polytimeros y del Jaxartes. Esa es su frontera. Tendrás que cabalgar en torno a él para acudir a la reunión. Así lo dicen en las llanuras: quédate al norte de las hoces del Polytimeros y mantente a buena distancia de los montes sogdianos.

Kineas meneó la cabeza.

—Srayanka lo entenderá mejor que yo —dijo.

Una vez más, se fijó en que sus anfitriones intercambiaban una mirada, pero faltaba tan poco para encontrar a Srayanka que no le preocupaba la campaña.

Aquella noche, bien alimentado, un tanto ebrio de vino persa, con la cabeza llena de chismes sobre Oriente, Kineas se tumbó sobre su vieja clámide y enseguida cayó dormido.

Estaba a oscuras en el campo de Issos, una marea de espectrales persas venía

hacia él desde el río, y revivió los últimos momentos en Arbela: su caballo se adentraba entre los nobles medos; despojado del yelmo, luchaba por pura costumbre, porque sólo le quedaban instantes de vida en el vado del río Dios, y su cuerpo se revolvió inquieto mientras dormía. Y de pronto se encontró a los pies del árbol. Ajax le aguardaba allí con Nicomedes, y Niceas abrazaba a Graco, y los dos parecían hombres que hubiesen estado celebrando un gran festival y ahora se ayudaran mutuamente a regresar a casa. Los cuatro le miraban de hito en hito mientras se aproximaba.

—Ya falta poco —dijo Ajax—. ¿Estás preparado para unirte a nosotros?

Niceas gruñó.

—¡Mejor que encuentres a esa potranca tuya y la montes unas cuantas veces, porque aquí no hay nada de eso!

Los demás se rieron sombríamente.

—¿Sabes lo que hemos estado intentando decirte? —preguntó Ajax.

—Creo que sí —contestó Kineas. Era la primera vez que recordaba ser capaz de conversar con los muertos. Verlos, hablar con ellos, lo llenaba de una dicha absurda.

—Acaba lo que has comenzado —dijo Graco. Estaba serio, digno; tal como era él—. Podemos retenerlos hasta que trepes a lo más alto.

Nicomedes asintió.

—Hay que detener a Alejandro. Tú lo detendrás.

Y se puso a trepar. Encima de él, una pareja de águilas chillaba...

Kineas despertó notando la áspera corteza en los brazos y los muslos y la tremenda fatiga de sus miembros.

La tercera noche en la caldera, Kineas estaba sentado bajo un tosco refugio, con un tosco trozo de pergamino en el que había dibujado un mapa aproximado del terreno desde la caldera hasta el lejano Jaxartes. Filocles estaba tumbado a su lado y Diodoro sentado en el suelo junto a Safo, que ocupaba una banqueta. Eumenes y Andrónico se apoyaban en sus respectivas espaldas, ambos remendando bridas. León andaba por ahí interrogando a los mercaderes... o persiguiendo a Mosva.

Todos miraron el mapa e hicieron planes: un viaje rápido a través del suelo seco hasta el borde del mar donde estaban acampados los sakje de Srayanka, una gran reunión, y luego la toma de complicadas decisiones.

—Si la paga no nos alcanza pronto, y aunque lo haga, tengo que preguntarme cómo mantendremos unidos a los chicos —dijo Kineas.

Eumenes, callado hasta entonces, se incorporó a la discusión.

—Los hombres protestan porque están muy lejos de casa. Y muchos se quejan de que no cumplimos con el calendario de festivales y de que los dioses no estarán complacidos.

Diodoro asintió.

—Hay muchas quejas, Eumenes, pero yo lo veo como síntoma de que los muchachos se están recobrando de la marcha hasta aquí y del asalto a la ciudadela. No concedas mucha importancia a unas pocas quejas. —Pero a Kineas le dijo—: No veo qué vamos a conseguir aquí. Los masagetas, los sármatas, los dahae... tienen más jinetes que dioses. Podrían anegar a Alejandro en una marea de carne de caballo. ¿Qué podemos hacer nosotros con nuestros cuatrocientos?

—Tenemos una disciplina de la que ellos carecen, y ya nos hemos enfrentado a Macedonia antes —repuso Kineas—. Pero tomo nota. —Miró hacia el borde de la caldera y al azul oscuro del cielo—. El mundo es mayor de lo que nunca imaginé.

Diodoro parecía estar de acuerdo.

—Me gustaría ir en busca de mis tutores y traerlos aquí —declaró.

Kineas prosiguió como si su amigo no hubiese hablado.

—Pero Alejandro sigue siendo el monstruo. Por grande que sea el mundo, parece capaz de cruzarlo de un salto. Iré adonde él vaya.

Diodoro meneó la cabeza.

—Pues entonces supongo que te seguiremos —dijo. Miró un momento hacia el sol—. ¿Y luego qué ocurre? Es decir, primero combatimos con Alejandro. ¿Y luego qué?

Kineas se rió.

—Cuando derrotemos a Alejandro, intentaré convencer a Srayanka de regresar juntos a casa. —Se encogió de hombros—. Si sigo vivo.

Filocles meneó la cabeza.

—Siempre la misma canción. Lo que te estamos diciendo, strategos, es que si quieres que tus hombres te sigan hasta el fin del mundo para enfrentarse al mejor ejército que ha visto la Tierra desde que los aqueos de largas cabelleras navegaron hasta la ventosa Ilion, sería conveniente que tuvieras planeado qué hacer después de la victoria.

—O derrota —dijo Diodoro alegremente.

A la mañana siguiente, los hiperetas de cada escuadrón hicieron formar en columna a los hombres. Rezongaron y gruñeron y maldijeron su suerte mientras montaban, pero así lo hicieron. Kineas se fijó en que León abrazaba a Mosva, y vio que el semblante de Eumenes se oscurecía casi hasta volverse púrpura, igual que el de Upazan, aunque se guardó de intervenir. León hizo una seña al jefe sármatas; tan sólo un gesto con dos dedos. Upazan reaccionó de inmediato, corriendo hacia León, pero éste ya había montado. Sonriente, echó la zancadilla al sármatas con la espada y azuzó a su caballo. Un feo murmullo se extendió entre los sármatas más jóvenes.

Kineas pensó en intervenir. Pero no lo hizo.

Antes de que el sol se hubiese elevado un palmo en el éter, los exploradores sármatas que les habían prestado alcanzaron el borde de la caldera y el gran lago de las estepas resplandeció como un zafiro en el horizonte. Desapareció al descender la ladera de la caldera, pero al día siguiente volvieron a divisarlo. Avanzaban a buen ritmo por la estepa, los exploradores encontraban agua y dormían al raso custodiados por un montón de centinelas.

Kineas no los dejaba aflojar.

Cuando llegó la fiesta de las Esciroforias, ya abrevaban los caballos en las aguas del Oxus, y a la otra orilla del río veían caballos y hombres que lavaban camisas. Los olbianos y los sakje se reunieron como amigos y hermanos de armas que se hubiesen perdido de vista mucho tiempo atrás, de modo que la disciplina se fue al garete en cuanto entraron en el campamento sakje. Kineas cabalgó derecho hacia el círculo de carromatos del medio. El corazón le latía con fuerza en el pecho y tenía la boca seca. «¿Por qué no ha salido a recibirme? ¡Seguro que sus exploradores me han visto hace más de un día!»

Desmontó, con Ataelo a su lado. Parshtaevalt aguardaba para recibirlo, y su porte traslucía cansancio.

Kineas abrazó al lugarteniente de Srayanka, que suspiró aliviado.

—¿Dónde está? —preguntó Kineas sin más ceremonia. Parshtaevalt estrechó más el abrazo.

—Secuestrada —susurró—. Es prisionera de Alejandro. Y hemos sido traicionados.

La ausencia de Srayanka fue como un nubarrón de tormenta que amenazó con engullir a Kineas y llevárselo consigo. Sólo pensaba en el vacío que había dejado y, durante la primera noche en el campamento asagatje, en dos ocasiones lloró sin causa aparente.

Pese a su desespero, se dio cuenta de que Parshtaevolt lo necesitaba. Al líder guerrero, le venía grande ejercer de lugarteniente de Srayanka y anduvo rondando a Kineas y, entre titubeos, le habló dos veces de convocar al consejo de jefes, hasta que Kineas asintió para librarse de él.

La traición de Espitamenes no era la única novedad que le aguardaba en el campamento de los asagatje. Cuando Parshtaevolt convocó el consejo de los jefes de clan y todos se hubieron sentado en torno a la fogata que había delante del carromato de Srayanka, Kineas vio a un desconocido vestido de seda. Hizo una seña a Parshtaevolt.

—¿Quién es ése? —preguntó.

Parshtaevolt tenía el aspecto de un hombre que se está ahogando y a quien le han tendido un remo al que agarrarse.

—Ése es Qares, uno de los señores de Zarina. Vino del este confiando en llevarnos a la asamblea de tropas.

Kineas se rascó la barba. Tenía los ojos hinchados y le escocían, y no deseaba cargar con el liderazgo de los asagatje. De hecho, había rehuido a sus propios hombres durante un día.

Parshtaevolt alzó las manos al cielo.

—¿Qué podía hacer yo? ¡No soy el señor de los asagatje! —exclamó—. ¡Kineax! Libérame de esta carga. Puedo dirigir asaltos o incursiones. Pero ¿dónde vamos a pasar el invierno? ¿Debemos acudir a esta asamblea? ¿Cómo podemos rescatar a nuestra señora? —Estaba angustiado, con los brazos levantados al cielo como si implorase a los dioses—. ¡Yo no soy rey!

Kineas negó con la cabeza, desalentado.

—Yo tampoco —repuso—. Pero tú has convocado al consejo en mi nombre y no en el tuyo.

El jefe sakje se rascó la cabeza y suspiró.

—Soy un jefe guerrero —dijo—. Los consejos de paz me dejan confundido. Estaba... aguardando. Y mira, ¡has venido!

—Yo no soy el rey de los asagatje —insistió Kineas.

—Eres su consorte —dijo Parshtaevolt—. Con eso basta.

Y así resultó ser. El consejo dejó claro con su respetuoso silencio que deseaba que Kineas tomara el mando. Kineas tenía suficiente experiencia con los sakje para escuchar lo que no decían. Se levantó, enojado con su vacilación y su silenciosa insistencia.

—No soy vuestro rey. ¿Por qué aguardáis sentados a que os dé órdenes? —preguntó.

Ninguno de los jefes dijo nada. Varios de ellos miraron a Parshtaevalt como esperando que lo hiciera él. Finalmente, Bain, el más agresivo de los líderes militares, se levantó.

—Señor, eres el consorte de nuestra señora y fuiste nuestro líder durante todas las campañas del año pasado. Aunque Srayanka estuviera aquí, compartiría su autoridad contigo. ¡Guíanos!

Kineas suspiró profundamente.

—Quiero rescatar a Srayanka —dijo—. ¿Acaso aún será posible? Tenemos que saber qué ha sucedido en el mundo. He oído rumores de traición, y también de que la han tomado como rehén.

Mientras decía esto, sintió que el corazón se le hundía en una marea de desesperación. Por un momento, el dolor fue tan intenso que dejó de hablar y se quedó plantado en medio de los asagatje con la cabeza gacha.

Kineas había seguido a Srayanka durante meses, y allí, en medio del mar de hierba, la volvía a perder. Aquello era demasiado.

Una mano firme le apretó el hombro, cálida en el fresco de la noche.

—¡Coraje, hermano! —lo animó Filocles—. La encontraremos. —El espartano estaba sobrio, cosa rara habiendo anochecido, desde la toma de la ciudadela—. Venga, ateniense. Levanta la cabeza. Estas gentes cuentan contigo.

Kineas tragó saliva y levantó el mentón.

—De acuerdo —dijo—. Oigamos a quienes sepan algo sobre lo ocurrido.

Pese a los esfuerzos de Alejandro por evitarlo, había un constante intercambio de hombres e información entre las tribus que servían a Espitamenes y sus primos al servicio del rey macedonio, de modo que los rumores cruzaban las líneas en cuestión de días y ambos bandos conocían las intenciones del otro y lo que cada uno había hecho, y en el campamento de los asagatje había una docena de guerreros que sabían lo que había ocurrido en el Oxus y en el valle del Jaxartes durante el verano. Uno tras otro se fueron levantando para declarar ante el consejo o fueron mandados llamar por sus jefes.

Había tres ejércitos. Espitamenes sitiaba Maracanda, la legendaria ciudad de la ruta comercial, y el suyo era el último ejército persa que seguía combatiendo contra Alejandro, con veteranos jinetes persas y endurecidos nobles sogdianos, exiliados en su propia tierra, que habían luchado contra Alejandro durante tres y a veces incluso

cuatro años. Alejandro tenía una guarnición en Maracanda que defendía la ciudad con prudencia y tenía la vista puesta en Oriente, a la espera de que llegaran refuerzos del ejército real. Era en el este donde Alejandro tenía al grueso de su ejército, todavía empeñado en rescatar a las siete guarniciones que había dejado en el Jaxartes y en mantener al tercer ejército en observación. El tercer ejército lo constituía la horda escita, al mando de la reina de los masagetas. Su contingente era reducido, tan sólo de unos pocos miles de jinetes, pero había convocado una gran asamblea de tropas y parecía que la hierba misma estuviera cruzando la estepa hacia el punto de encuentro establecido.

Cuando uno de los caballeros de Bain describió las fuerzas de Zarina, Qares se levantó, aguardó a que lo reconocieran y dio un paso al frente para dirigirse al consejo.

—Soy Qares, de los masagetas de los Montes de Hierro —dijo, su voz con la misma tonalidad que la de Ataelo—. Vengo de la reina Zarina a vuestra reina. Veo una fuerza considerable aquí, una fuerza que los masagetas necesitan y que es mayor de lo que habíamos osado imaginar. —Su voz era firme. Llevaba el pelo recogido en doce trenzas, cada una terminada con una campanilla de oro, y era un hombre bien parecido—. Yo también lloro la pérdida de vuestra reina. Pero todos los sakje deben cabalgar juntos para enfrentarse a Iskander. La reina Zarina tiene buenas huestes, y tendrá más cada semana. Pero cuando Iskander libere Maracanda y derrote a Espitamenes, en quien no confiamos, entonces se volverá hacia el este. Tenemos que estar preparados. ¡Démonos prisa!

Kineas asintió y Qares se calló.

—Señor Qares —dijo Kineas alzando su fusta—. ¿Cuánto hay de aquí al campamento de vuestra reina?

—Veinte días cabalgando sin prisa —contestó Qares.

—¿Hay agua? —preguntó Parshtaevalt.

Qares se encogió de hombros.

—Ahora más que dentro de un mes —contestó.

El consejo no tomó ninguna decisión esa noche, y Kineas se mostró amargado cuando bebió vino con sus oficiales.

—Si hubiese querido ser arconte, podría haberme quedado en Olbia —confesó Kineas.

Filocles había bebido mucho. Los asagatje tenían una provisión de vino persa y Filocles había decidido agotarla.

—Sé más hombre —dijo arrastrando las palabras—. Esta gente te necesita.

—Vete a la cama —le recomendó Kineas.

—Está borracho —observó Diodoro. Pero cuando Temerix y Safo se llevaron a Filocles, admitió—: Tiene razón. Estas gentes te necesitan.

Kineas inspiró profundamente. Tuvo ganas de decir que lo único que quería era a Srayanka, y también de maldecir, pero se lo pensó mejor y soltó el aire sin haberlo usado.

Kineas estuvo silencioso por la mañana. Tras haber dormido en el carromato de Srayanka, se despertó oliendo su aroma en las mantas. Al amanecer, permaneció despierto en el lecho contemplando los dragones, grifos y venados de los gruesos tapices de fieltro que mecía la brisa matutina. Y cuando ya no pudo seguir tumbado, se levantó, fue en busca de Talasa y salió a las llanuras. Cabalgó solo, galopando por el mar de hierba hasta que Talasa estuvo tan cansada como él. Entonces desmontó de sus lomos y le tejió una guirnalda de rosas tardías mientras la yegua respiraba pesadamente y luego pastaba buscando la hierba verde que aún había bajo la hierba agostada que formaba olas doradas en el llano. El sudor dibujaba manchas negras en su pelaje gris plateado y Kineas le secó el cuello.

Le puso la guirnalda en la cabeza y Talasa trató de sacudírsela porque le picaba, pero luego se serenó y Kineas cantó un himno a Poseidón. Estaba solo bajo la bóveda del cielo, observándolo, hasta que finalmente un ave solitaria se alzó por el este a su derecha y describió grandes círculos en el cielo. Era un águila, y después de que el sol avanzara hacia el oeste, una segunda águila se le unió, y juntas bailaron sobre su cabeza antes de dirigirse a Occidente.

Kineas montó a lomos de Talasa y cabalgó al paso cruzando las llanuras hacia su campamento.

Aquella noche convocó al consejo de motu propio, y un tercio de la gente acudió, de modo que el murmullo de sus voces llenaba el aire nocturno. Los sakje se sentaron en corro con los olbianos, tal como hicieran un año antes. Kineas se levantó.

—¿Me aceptaréis como líder hasta que nos devuelvan a Srayanka? —preguntó Kineas.

Parshtaevalt se puso de pie de un salto.

—¡Lo haremos! —gritó a voz en cuello.

—Muy bien —dijo Kineas. Miró a su alrededor. Invitó a todos los jefes a hablar, y uno tras otro se fueron levantando para exigir el rescate de Srayanka, y para hablar sobre el forraje y el grano, sobre transgresiones de la ley, sobre los peligros de invernar en el mar de hierba.

Entonces Kineas se levantó, empuñando la fusta que Srayanka le había regalado. Primero bosquejó con palabras lo que sabía de la gran guerra que se libraba en el sur. Luego, describió tan bien como pudo cómo debían de haber traicionado a Srayanka. Hizo hincapié en que Alejandro carecía de motivos para hacer daño a sus rehenes, ni a Srayanka de los Manos Cruelles ni a su joven amiga Urvara de los Gatos Esteparios ni a su trompetera Irene.

Los hombres y mujeres jóvenes que habían cabalgado al extranjero se levantaron para contar lo que habían oído en el gran campamento de Maracanda, así como de boca de los mercaderes que transitaban por la ruta comercial. Hablaron demasiado, como suelen hacer los jóvenes, pero, a pesar de todo, en el círculo aumentó la excitación.

Y entonces Diadoro se levantó. Su sakje no era bueno, y llamó a Eumenes para que lo tradujera.

—Aquí no nos conocen —dijo. Se volvió hacia Qares—: Los masagetas no desdeñan a Espitámenes por su traición porque no conocen a Srayanka ni lo lejos que ha llegado. —Luego se volvió hacia Darío—: Espitámenes no está al corriente de la campaña que hicimos el año pasado. —Finalmente, se volvió hacia Kineas—: Alejandro no nos conoce. —Miró al círculo; rostros sakje, rubicundos a la luz de la hoguera, con adornos de oro que brillaban en el pelo, rostros griegos, con las barbas largas y a menudo entrecanas, y celtas con sus barbas de bronce y oro. Kineas los observó a todos; se sentía como si hubiese regresado a casa aun sin Srayanka. Aquéllos eran los camaradas de su última campaña y allí, entre ellos, podría haber estado a unos pocos estadios de Olbia, en otro trecho del mar de hierba.

Diodoro hizo una pausa y dejó que se prolongara.

—Es una lástima que no nos conozcan, pues de lo contrario ninguno de ellos habría permitido que nada de esto ocurriera. —Aguardó a que Eumenes terminara de traducir—. Hace un año, oí a Satrax decir esto cuando Macedonia se acercaba. —Hizo otra pausa y, en buen sakje, dijo—: Que sientan el peso de nuestros cascos.

En torno a la hoguera, olbianos, sindones y sakje profirieron sus gritos de guerra. Diodoro se volvió hacia Kineas.

—¡Guíanos contra el enemigo! —exclamó. Kineas se levantó.

—Propongo que rescatemos a Srayanka —dijo. Cuarenta voces bramaron asentimiento. Kineas levantó las manos pidiendo silencio—. Se requerirá paciencia y disciplina, como en la campaña contra los getas, y suerte, como en toda guerra.

El círculo de los cuarenta bramó su aprobación.

Kineas se volvió hacia Qares, el mensajero de la reina de los masagetas.

—Acudiremos a la asamblea de tropas. Pero antes debemos hacer cuanto podamos por rescatar a nuestra señora.

Qares negó con la cabeza.

—Quizá lleguéis demasiado tarde y sólo veáis un festín de cuervos.

Kineas asintió.

—Tal vez será como tú dices, pero sin Srayanka nunca habríamos venido al este. Dile a tu reina que acudiremos, junto con los sármatas, después de haber intentado lo posible por rescatar a Srayanka.

Qares miró a los componentes del círculo y optó por guardar silencio.

—Quiero enviar exploradores al sur —manifestó Kineas. Señaló a Ataelo—: Ataelo irá al este con Qares para reunirse con los masagetas. —Señaló a Filocles con el mentón—: Filocles llevará una patrulla hacia el sur en busca de Alejandro —dijo, y se miraron a los ojos. En el rostro de su amigo, Kineas vio desagrado y aceptación. Con su educación espartana y sus trazas, Filocles podría meterse derecho en cualquier unidad mercenaria de Alejandro y ser aceptado.

—Y pediré a Darío que cabalgue en pos de Espitamenes —agregó.

Darío levantó la vista y miró primero a Filocles y luego a Kineas. Asintió, aunque con cierta vacilación.

Los ojos de Kineas volvieron al círculo.

—Avanzaremos hacia el sur, adentrándonos en el valle del Oxus, manteniéndonos ocultos a todos excepto a los sármatas en la medida de lo posible. Ataelo me asegura que puede hacerse. Allí aguardaremos los informes de nuestros exploradores. Uno de los tres nos traerá noticias de Srayanka. Sólo entonces actuaremos. Hasta entonces no habrá ninguna incursión, ningún acto de venganza.

Sus ojos se apartaron de los griegos para dirigirse a Parshtaevalt y a los jefes de los clanes sakje. El joven Bain, el más desenfrenado de los jefes, le sostuvo la mirada.

—¡Esto va por ti, Bain! —gritó Kineas—. Si montas una incursión sin permiso, serás expulsado.

Bain lo fulminó con la mirada.

—¿Tendremos venganza? —preguntó.

Kineas asintió.

—Lo prometo —dijo.

Bain se puso en pie.

—Yo, Bain, el Arco del Oeste, juro no levantar la mano hasta que regresen los exploradores.

Los demás jefes, hombres y mujeres, asintieron con aprobación.

A la mañana siguiente Ataelo, Filocles y Darío abandonaron el campamento a orillas del río con sendas comitivas de miembros de las tribus, guías y reatas de caballos. Kineas tuvo que quedarse junto al río, entrenando a su caballería, mordiéndose la mejilla con preocupación durante el día y soñando con guerras, desastres y muerte por la noche.

Al cabo de una semana, los escoltas de Lot llegaron al campamento y ambos grupos se mezclaron. La hierba había desaparecido del lugar donde los sakje habían acampado y ambas tribus se desplazaron al norte y el oeste siguiendo el curso del río. Sus exploradores encontraron franjas de hierba pisoteada y las huellas de miles de cascos en la principal ruta comercial que cruzaba el Oxus justo al norte del Polytimeros.

Los sakje avanzaban hacia el este.

Kineas siguió avanzando hacia Oriente durante cinco días y luego dio descanso a sus olbianos, con Lot a un día de marcha tras ellos, más cerca de la ribera del Oxus. Sus manadas de caballos eran demasiado grandes para que fuera fácil acampar juntos cuando escaseaba la hierba, aunque había un constante tráfico en ambos sentidos, tráfico en el que León y Mosva participaban. La guerra y la caminata habían contribuido a que surgieran lazos de amistad y matrimonios mixtos, y Kineas se había fijado en que pertenecer a una tribu no era tanto una cuestión racial como de tradición, y cuando una familia prefería a un jefe distinto del suyo, trasladaba sus caballos a la manada de aquél y se unían a su tribu.

La noche siguiente, el contingente entero estaba congregado en las riberas del Oxus. Cuando sus manadas de caballos se mezclaron, agua marrón fluyó por un lecho tres veces más ancho que el arroyo a principios de verano, que se dividía y volvía a reunirse en veinte canales, creando miles de islas, unas cubiertas de hierba y otras de árboles. La fragancia de las madreselvas y las rosas silvestres embriagaba los sentidos, y el sonido de diez mil caballos pastando la abundante hierba de los prados ribereños ahogaba cualquier otro ruido. Por la noche, las fogatas de tamarisco olían a cedro del Líbano. Toda el agua sabía a barro.

Kineas se sirvió de su recién adquirida autoridad sobre los sakje para seleccionar a los mejores guerreros de todos los clanes y tribus que habían seguido a Srayanka. Los juntó en una compañía de doscientos hombres que puso al mando de Bain. Bain era un soldado magnífico, y eso le convertía en líder sakje. Kineas hubiese preferido que Parshtaevalt estuviera al mando de los hombres escogidos, pero lo habían votado jefe de los Manos Cruels y Kineas lo necesitaba en ese cargo.

Bain no se adaptó fácilmente a la instrucción, pero en cambio sí al mando; y Diodoro, que había trabajado tanto con adolescentes como con bárbaros, no tardó en hacer comprender al joven caballero que su autoridad dependía de su habilidad para mantener vivo el interés de sus jinetes por la instrucción griega.

—Nunca serán un regalo para la vista —dijo Andrónico. Se esforzaba en desempeñar las funciones de Niceas como hipereta del Estado Mayor. Cada vez que Kineas oía su acento galo, echaba en falta a Niceas, pero Andrónico reunía las condiciones para el puesto—. Aunque ya han aprendido la cuña y saben volver a formar obedeciendo a la trompeta, y con esas dos habilidades ganarán batallas.

Diodoro tenía planes más ambiciosos, según pudo comprobar Kineas la tarde siguiente. Dos escuadrones de olbianos formaron en línea con los sakje de Bain detrás de ellos. A una señal de la trompeta, los sakje comenzaron a disparar flechas por encima de los olbianos, que entraron a fondo a la carga apoyados por la lluvia de flechas que volaban sobre sus cabezas.

Diodoro cabalgó para reunirse con Kineas y se quitó el yelmo.

—¿Qué te parece? —preguntó—. Como los hippotoxotai de la época de nuestros padres.

Kineas se había fijado en que Barzes, un hircano que habían reclutado en Namastopolis, había perdido a su caballo, víctima de una flecha amiga. Se lo señaló a Diodoro.

—Si los sakje se encuentran con una sorpresa, si tropiezan con un obstáculo imprevisto o tu carga se queda corta, tendrás que comerte un montón de tus propias flechas.

—¡No seas muermo! —protestó Diodoro—. Esto revolucionará la guerra de la caballería.

Kineas se encogió de hombros.

—Eres el astuto Ulises —dijo, y sonrió—. Yo lo veo bien.

Diodoro sonrió.

—Si yo soy Ulises —dijo—, supongo que tú eres Agamenón.

Kineas hizo una mueca.

—¡Uff...! —exclamó.

Con los hombres de Lot que había seleccionado y su propia caballería, Kineas tenía casi ochocientos veteranos de la campaña del año anterior. Los instruyó, divirtiendo a los sakje y aburriendo a los sármatas, enseñándoles unas pocas órdenes de trompeta, la cuña y el romboide, así como a cargar y a volver a formar deprisa, hasta que los tuvo a todos al borde de la revuelta, y entonces les concedió dos días de fiesta y derrochó lo que quedaba de grano para alimentar a los caballos de combate.

Samahe llegó con la noticia de que los exploradores de Lot que habían ido hacia el oeste habían visto a Coeno. Todavía estaba lejos, más allá de las Montañas de Sal, pero había cruzado el desierto y ya tenía una escolta de sármatas. La noticia de su venida hizo más por los olbianos que cien discursos, porque traía vino y oro para su paga, además de novedades de la patria.

Samahe iba cubierta de polvo, y el olor a sudor de caballo la precedió al entrar en el carromato de Srayanka. Kineas le ofreció una copa de vino que saboreó con la delectación de una entendida.

—Verano en las llanuras —dijo Samahe—. Desierto apestoso. —Tiró el resto del vino—. No como en casa, donde hay hierba en verano. La hierba alta ha desaparecido.

—Ataelo volverá pronto —anunció Kineas, y Samahe sonrió.

—Apesto como un perro —reconoció—. ¡Baño de rosas para él!

Su alegría ante la inminente llegada de su pareja hizo que a Kineas se le partiera el corazón. Sonrió a la muchacha, pero su mente clamó: «¡Srayanka!»

Trabajaba para rescatarla, pero lo hacía con poca fe.

Kineas ofreció sacrificios a los dioses y rezó, y al octavo día se encontraba bajo el

sol despiadado con un sombrero de paja tan ancho como sus espaldas, almohazando a su caballo con un cepillo sakje, una herramienta maravillosa tejida como una cuerda con pelo de cola de caballo y cerdas de un animal misterioso que al parecer vivía en el lejano norte. Había almohazado a cuatro caballos a lo largo de miles de estadios y el cepillo seguía tan tieso y nuevo como el día en que Urvara se lo regaló, horas antes de la gran batalla en el vado. Significaba mucho para él. Andaba pensando en ella y Srayanka, cuando oyó un griterío procedente del campamento principal. Vio a un jinete surgir del sol, con piqueros llamándolo a ambos lados, y corrió ribera arriba hacia su campamento sin soltar el cepillo.

Era Nihmu quien parecía surgida del sol. Estaba exhausta, con los ojos hundidos en las cuencas y oscuras ojeras que asemejaban magulladuras. Su delgadez era comparable a la de una rama de tamarisco, y cuando desmontó junto a Kineas bebió toda el agua que éste le pudo ofrecer. El agua pareció hacerla crecer un poco, y de pronto sonrió radiante como el sol que atraviesa un cielo encapotado.

—«¡Prepara tus caballos, Rey!»», dice Ataelo, y Filocles dice que han encontrado una manera de rescatar a la señora.

Kineas sintió el corazón palpar con tanta fuerza en el pecho que parecía que no hubiese latido durante días o incluso semanas hasta ese momento.

—¿Cómo? —preguntó, cogiéndole las manos.

Nihmu se apartó el pelo de los ojos. Las trenzas se le habían deshecho con la cabalgada y tenía un halo de cabellos de bronce alrededor de la cara. Sacudió la cabeza aburrida.

—No por decirlo a mí. Dioses, parezco Ataelo. —Sonrió—. Llevo muchos días sin pensar en griego, señor. Me dijeron que debes llevar a la gente tan deprisa como puedas a las hoces del Polytimeros. Es todo lo que sé. Y tengo que decirte que Iskander está en el campo, que Cratero está en el Polytimeros y que Espitámenes sigue sitiando Maracanda.

Repitió esto último con el sonsonete de lo que se ha aprendido de memoria.

—Ve a acostarte, niña —ordenó Kineas. Se volvió a Diodoro—. Que Eumenes vaya a llevarle las novedades a Lot. Dile que partiremos por la mañana.

Diodoro asintió.

—¿Dónde están exactamente las hoces del Polytimeros? —preguntó en voz baja.

Kineas se rascó la barba.

—Será mejor que también le pidas unos guías.

Luego se tumbó al raso envuelto en su clámide, bajo las estrellas, en lugar de hacerlo en el carromato de Srayanka, y aguardó a que el velo del sueño se posara sobre él.

Reía porque ningún derroche de color, ninguna cacofonía de sonidos irreales,

ningún bestiario de monstruos imaginados lograba conmoverle como sus sueños le habían conmovido antaño. De hecho, estaba enfadado.

Kam Baqca se posó en una rama frente a la suya, la espalda acurrucada contra el tronco del árbol.

—Ya casi lo has conseguido —dijo.

Kineas estaba sentado con las piernas colgando. Encima de él, una pareja de águilas trazaba círculos cada vez más grandes en torno a su cabeza y chillaban. Kineas gritó:

—Vosotros, los dioses, me habéis convertido en una flecha y me disparáis con vuestro arco. Cualquiera día de éstos daré en el blanco y me haré pedazos, y mis días habrán terminado. Para vosotros, la flecha habrá cumplido con su cometido. Para mí, sólo existen Srayanka y la vida. La madreselva es dulce. Las rosas silvestres huelen a amor y las mujeres sakje se frotan con pétalos y hierbas aromáticas acicalándose para el amor, y yo habré muerto sin volver a verla.

Kam Baqca levantó la cabeza de modo que Kineas pudo ver que casi toda la piel se le había escamado del rostro, dejándole el cráneo a la vista. Era una imagen horrible pero, a la vez, reconfortante. Otra parte de su mente se preguntaba por qué Ajax aparecía incorrupto mientras que Kam Baqca, que había muerto el mismo día, se había podrido.

—¿Acaso eres un niño, para que te me vengas a quejar de lo injusto que es todo? —preguntó Kam Baqca con pícaro desdén—. Yo ya estoy muerta, ningún amante me tomará en sus brazos. —Se miró los brazos; huesos y tendones blanquecinos—. ¡Qué bonita soy! Si me froto con pétalos de rosa, ¿borraré el hedor a podredumbre?

Kineas la fulminó con la mirada.

—Tú elegiste tu camino.

Kam Baqca sonrió con sus horribles mandíbulas.

—Y tú elegiste el tuyo, Rey. Arconte. Hiparco. Viniste al este. Ahora termina tu labor como un buen artesano. Ve y lucha contra el monstruo...

Kineas se despertó y se halló inmerso en el ruido de diez mil quijadas mascando hierba. Se tumbó de nuevo y la desesperación lo envolvió como una niebla matutina hasta atragantarlo y hacerlo llorar. Pero, cuando se durmió de nuevo..., dejó atrás a sus amigos muertos y saltó al árbol otra vez y trepó sin mucho interés. Vio la copa encima de él y se maravilló al comprobar lo alto que había llegado. Miró hacia abajo y vio una llanura a sus pies, extendiéndose hasta unas montañas que se alzaban como una muralla y se prolongaban sin fin, y supo lo que era el asombro. Y entonces alargó la mano para seguir trepando...

—Si eres incapaz de controlarte mejor —dijo Focionte—, no me molestaré en enseñarte nada más.

Kineas estaba en la arena de la pista de prácticas. Tenía el brazo entumecido y

los ojos le escocían por culpa de las lágrimas.

—¡No es justo! —gimoteó.

La espada de madera de Focionte le golpeó una sien.

—Las bestias luchan con rabia —dijo—. Los griegos luchan con conciencia. Cualquier bárbaro puede tener más rabia que tú, niño.

—¡No soy un niño! —berreó Kineas. Quiso que sonara como un bramido, pero más bien profirió un chillido. Los demás jóvenes que aguardaban su turno se rieron con disimulo o guardaron un violento silencio.

El crimen de Kineas había sido declarar con total naturalidad que era el mejor pupilo de Focionte. Focionte había reaccionado desarmándolo repetidamente y vencéndolo con descorazonadora facilidad, no una sino diez veces seguidas. Usó un mismo movimiento muy simple una y otra vez, ejecutado con perezosa elegancia, y las respuestas de Kineas se fueron volviendo más y más torpes con cada encuentro, hasta que el muchacho rompió a llorar.

Focionte retrocedió unos pasos.

—Si eres un hombre, recoge esa espada y usa el cerebro.

Kineas caminó por la arena hasta su espada y la recuperó, ardiendo en deseos de vengarse. Pero pensó en Niceas y en Graco, y en la pelea en el callejón, y en el dolor y la sangre. Y en lo mucho que le debía a Focionte. Se irguió a pesar de sus diez nuevas magulladuras. Obligó a su cerebro a analizar el ataque de Focionte, una sutileza en la finta. Optó por una solución sencilla.

—Estoy listo —manifestó, adoptando la postura de combate, el escudo delante y la espada detrás. Se movió con cautela y Focionte bailó en torno a él, pero esta vez Kineas no le ofreció su espada. Se mantuvo detrás del escudo, encajó un golpe ligero en la cadera y un corte en la rodilla izquierda. Focionte dio un revés y Kineas tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para evitar la respuesta que le habían enseñado: un corte en la muñeca del adversario. En lugar de eso, se limitó a dar un paso atrás y bloquear con su escudo. Fue una maniobra sin brillo; el peso del escudo le dio un tirón en el brazo y, al cabo de unos minutos, Focionte amagó un golpe y le pegó en la cabeza, derribándolo. Focionte le tendió la mano y lo ayudó a levantarse.

—¡Eres un hombre! —exclamó. Y sonrió de oreja a oreja—. Tal como sospechaba.

Kineas asintió. Le dolía la cabeza.

Focionte le sonrió.

—¿En qué consiste mi nueva finta, Kineas? —preguntó.

Kineas se rascó la cabeza.

—Ni idea, maestro. Comienza con un falso revés. Sólo he necesitado diez intentos para establecerlo.

Focionte asintió.

—¿Y cómo la vences? —preguntó.

Kineas negó con la cabeza.

—Ni idea, maestro.

Focionte sonrió, pareciendo mucho más joven.

—Tal vez seas el mejor de mis alumnos, fanfarrón. Ve a untarte de aceite y date un buen baño.

Graco meneó la cabeza.

—No lo entiendo, maestro —dijo.

Focionte se encogió de hombros.

—Ya lo entenderás —aseveró.

Kineas sonrió a Focionte.

—Yo sí —dijo.

Y entonces se vio en una rama del árbol, más alto que cualquier otro en el que hubiera estado jamás

Y entonces soñó que era un dios, Zeus personificado, y que empuñaba el rayo cuyo fuego blanco brillaba y se agitaba en su mano y que, no obstante, parecía compuesto de hombres y caballos...

Se despertó con el sabor del orgullo desmedido en la boca.

Al cabo de una hora, la columna entera avanzaba. Cabalgaban hacia el norte y el oeste siguiendo el curso del Oxus, con los hermanos de Mosva, Héctor y Artú, así como con Gwair Caballo Negro al frente de la columna. Tenían diez mil caballos, y el conjunto de sus fuerzas se prolongaba cuatro estadios desde Kineas, que iba en cabeza, hasta las últimas doncellas sármatas, envueltas en pañuelos, que cabalgaban en la nube de polvo de la cola, vigilando el ganado.

En dos ocasiones vieron distantes figuras a caballo. Kineas ordenó a los exploradores que no las persiguieran, pero dispuso a más sármatas a modo de cortina defensiva. No quería que todos los jefes tribales de mil estadios a la redonda conocieran la composición de su columna.

Ahora se hallaban en la frontera macedonia. El Polytimeros marcaba el linde del territorio de Alejandro.

Entrada la segunda mañana después del regreso de Nihmu, los exploradores informaron de que tenían delante las hoces del Polytimeros, y una hora más tarde, mientras comían gachas frías y los caballos pastaban, regresó Ataelo. Besó a Samahe, ambos se entrelazaron como dos árboles en una isla azotada por el viento en el Egeo, y luego Ataelo se apartó de ella y se volvió hacia Kineas. Sonrió.

—Filocles dice «¡Ven ahora!» —dijo—. Suerte por estar al lado. Más cosas como Filocles por decir.

Ataelo se encogió de hombros, sonriendo.

Kineas hizo un gesto que abarcó toda la columna.

—Aquí estamos —soltó.

—¡Ven ahora! —insistió Ataelo.

—Te lo dije —recordó Nihmu, y Ataelo le revolvió el pelo y ella sonrió.

—¿Falta mucho? —preguntó Kineas.

—Dos días, para montar como sakje. —Ataelo lo recalcó con el puño—: Como sakje. —Sonrió otra vez—. Ven para rescatar a doña Srayanka. Dar golpe contra Iskander. —Dio un puñetazo contra la palma de la mano que sonó como una calabaza al romperse—. ¡Deprisa! Filocles dice... —el jefe de los prodromoi torció el semblante, recordando—, con la mayor celeridad. ¿Sí? —Miró a los amigos que lo rodeaban—. ¡Montar como sakje!

Kineas se volvió hacia Diodoro.

—Abrevad a los caballos. Que cada hombre tenga a mano su montura de refresco.

Diodoro hizo el saludo militar.

—¡Montar como sakje! —exclamó con regocijo.

Filocles los recibió en un bosquecillo de sauces cuatrocientos estadios más al este, en la ribera del Polytimeros, que allí se ensanchaba aproximadamente un estadio y fluía con una profundidad de apenas unos dactyloi. Los sauces eran viejos y había tres altares distintos erigidos bajo sus copas. Darío dormía bajo un toldo de clámides sujetas con lanzas.

Kineas desmontó agradeciendo el frescor de la sombra y se abrazaron.

—La he visto —dijo Filocles.

Kineas sintió que la lenta llama de la esperanza se reavivaba en su corazón.

—Pon tu columna de hombres a cubierto de los árboles y hablemos —prosiguió Filocles. Se le veía más flaco, y las oscuras ojeras convertían su semblante en la máscara del desespero.

Cuesta ocultar ochocientos guerreros con diez mil caballos, pero Diodoro, Andrónico y Bain hicieron lo posible mientras Kineas bebía agua y Darío se despertaba. Parecía tan hecho polvo como Filocles.

Una vez sentado, Filocles comenzó a explicarse.

—Tuvimos suerte —dijo—. Y te desobedecí. Convencí a Ataelo para que se quedara conmigo y dejara que el mensajero de la reina regresara a casa por su cuenta. Me llevé a Darío al campamento de Alejandro. El tiene a tantos rezagados desde las masacres en el Jaxartes que pasé entre los centinelas sin que nadie me preguntara. —Se encogió de hombros—. No lo disfrazaré de epopeya. Darío encontró a las mujeres haciéndose pasar por esclavo. Me enteré casi sin esfuerzo, debo admitir, de que una columna de mercenarios iba a marchar para liberar Maracanda.

Darío asintió.

—Resulta que Alejandro ha ordenado que las amazonas sean trasladadas a Kandahar. Hay una que está embarazada y Alejandro quiere que dé a luz entre sus mujeres. La escoltará la columna de los refuerzos para Maracanda. —Sonrió a Filocles—. Fue como si los dioses quisieran que lo supiéramos; las amazonas causan furor en el campamento y apenas hay control. Los hombres de las tribus van y vienen. Alejandro está reclutando sogdianos, y cualquier bárbaro provisto de un arco puede cruzar las puertas a caballo.

Kineas meneó la cabeza.

—Parece tanto un milagro que se diría una trampa. ¿Cuántos hombres forman la columna?

—Dos mil. La infantería griega mercenaria y una variopinta hueste de escoria que no te puedes ni imaginar. Un día más y me nombran decarco. Tuve que marcharme

antes de que me pusieran al mando de toda la expedición. —Sonrió cansinamente—. Cuatrocientos jinetes de caballería mercenaria bajo un oficial que no sé quién es. —Negó con la cabeza—. Escucha, Kineas, Alejandro está loco. Peor aún, la desconfianza y la política de ese campamento son las peores que haya visto jamás. No se trata tanto de un ejército como de una colección de facciones. La muerte de Parmenio ha sido un duro golpe.

—Hacía buena parte del trabajo —reconoció Kineas.

—También hay un puñado de hetairoi, unos cuantos soldados de infantería a caballo como prodromoi y cien jinetes de caballería a las órdenes de Andrómaco —dijo Darío, completando el informe. Señaló con el pulgar a los hombres que formaban la columna—. Podemos ganar.

Kineas hizo una mueca.

—¿Compañeros? —preguntó. Su tono les recordó el mal rato que un año antes les hicieron pasar unos pocos centenares de Compañeros montados en desdichados caballos exhaustos.

Filocles se rascó la barba.

—Haces bien en ser precavido. Los macedonios son peligrosos; cada uno de ellos es bueno como un espartiatá. Llevan tanto tiempo aquí que la única vida que conocen es la guerra.

Su tono era de franca admiración.

—Para que luego me vengas con filosofías de paz —bromeó Kineas.

—Nací espartano —dijo Filocles con parsimoniosa dignidad—. La filosofía la aprendí después.

—Sin embargo, piensas que podemos vencerlos. —Kineas comenzó a quitarse el peto.

Filocles se levantó.

—Justo aquí —dijo—. Llegarán dentro de dos días. Me colé en la tienda de los mandos y escuché a Cleito explicar a Farnuques, su general, la ruta de su marcha. Envié a Ataelo al norte y aguardé hasta que la columna partió. No hay otro paso tan fácil como éste en cien estadios.

Darío se rió.

—Incluso marchamos con la columna —agregó—. Las Amazonas llevan escolta a caballo; una docena de los Compañeros de Hefestión.

—Ahora está al mando de los Compañeros —terció Filocles, mientras Diodoro llegaba con los demás oficiales.

—¿Quién? —preguntó Diodoro. Iba sin armadura y cogió un yelmo lleno de agua que le pasó Ataelo y se lo echó por la cabeza—. ¡Caray, qué gusto!

Ataelo sonrió.

—Para poner enfermo; demasiada agua —observó.

—Hefestión está al mando de los Compañeros —dijo Filocles.

—¡Maldito calamite! —exclamó Diodoro—. Alejandro debe de andar escaso de jinetes.

Filocles se encogió de hombros y Darío se sonrojó. Diodoro levantó las manos para aplacarlos.

—Bueno, es un calamite. Manipula a Alejandro; siempre lo ha hecho. Hefestión sería incapaz de comandar un escuadrón de caballería en un cortejo religioso.

Filocles miró a Diodoro arqueando una ceja. Ambos hombres guardaron silencio y algo pasó entre ellos. Filocles se sacudió los hombros, como si hubiese estado soportando una carga de la que finalmente podía librarse.

—Como tú digas; vosotros dos conocéis a esa gente mejor que yo. Pero los soldados que custodian a Srayanka son lo mejor de lo mejor. Marchan justo en el centro de la columna.

Kineas asintió.

—Entonces ahí es donde hay que asestar el golpe —aseveró.

Hizo que salieran oteadores, unos cuantos sakje que cabalgaron cincuenta estadios al sur y al este, y luego él y sus oficiales de élite recorrieron las orillas del río veinte estadios al norte y al sur, pero sin duda el lugar que Filocles había elegido para la emboscada era el mejor. Al norte de la isla de los sauces había otra isla cubierta de álamos, y al sur había una tercera isla cubierta de rosales silvestres y tamariscos. Más tamariscos crecían en una maraña con forma de escudo, extendiéndose hacia el sur a lo largo de la orilla, de modo que ocultaban la línea de visión a las fuerzas enemigas.

Aquella noche reunió a todos los oficiales, hasta al más insignificante jefe de línea, y dibujó un mapa en la arena. Los orientó partiendo de la isla de sauces donde se encontraban.

—Aquí está el río —dijo, mostrando el curso del Polytimeros—. Esta es la ruta comercial por la que llegarán. Los árboles de la orilla dan sombra al camino y ofrecen cobertura. —Resiguió el camino con la punta del palo—. Justo al sur de aquí, hay una alameda con un matorral de tamariscos. El camino serpentea entre los árboles y el río. —Kineas señaló la ribera y el lecho del río—. El campo de batalla tendrá forma de diamante. Ellos entran en el diamante por aquí, cuando comiencen a pasar entre los bosques y el río. Sus exploradores no encontrarán a Temerix en los tamariscos, y seguirán camino abajo. Si son auténticos profesionales, cabalgarán rodeando los árboles hacia el sur. De ser así, podemos olvidarnos de ellos. El grueso de la columna entrará por aquí en el desfiladero —indicó la punta superior del diamante—, y marchará siguiendo el camino. Serán ochocientos en la primera división, y cubrirán dos estadios de camino. Cuando la cabeza de la columna se disponga a cruzar el Polytimeros por aquí —y señaló la isla de sauces donde se encontraban—, la mitad de la columna estará pasando por delante de Temerix. ¿Entendido? —Le respondió

un coro de afirmaciones y gruñidos—. En cualquier caso, mañana os lo mostraré. A no ser que un exaltado la pifie, la columna proseguirá la marcha a través del Polytimeros. La infantería de la primera división o bien cruzará y seguirá avanzando, si son idiotas, o bien cruzará y formará en orden de combate para cubrir a la segunda división, si actúan como soldados.

Eumenes, que traducía a su lado, hizo una pausa. Kineas entendió que estaba explicando a los sakje por qué los mercenarios griegos iban a formar una línea de batalla en la otra orilla. Kineas aguardó a que terminara. Los sakje asintieron y apretaron los labios con aprobación ante tan profesional maniobra; la idea de suponer que cada vez que se cruzaba un río había peligro de caer en una emboscada los impresionó.

—El escuadrón sakje estará aquí, detrás de la isla de los álamos —prosiguió. Estarían dentro del lecho del río, ocultos por la siguiente isla al norte y por la costumbre de los exploradores de cruzar las vías de agua lo más rápido posible. Tal vez no se les ocurrirá pensar que la propia vía de agua pudiera ser una carretera. Y, aunque así sea, pocos se aventurarán a alejarse más de dos estadios de la línea de marcha para explorar una isla.

Al menos, eso esperaba.

—Cuando se dé la señal, los sakje se dejarán ver y atacarán por detrás a la primera división —añadió—. Hostigadlos, disparadles una lluvia de flechas, pero no os acerquéis. Lo único que necesito es que la primera división sea incapaz de retroceder para apoyar a la segunda.

Bain se mostró de acuerdo, si bien el brillo de sus ojos decía otra cosa. Kineas decidió que Eumenes lo acompañaría para mantenerlo a raya.

—La caballería olbiana estará aquí. —Kineas indicó la base de los bosques, justo a un estadio del paso—. Los bosques nos ocultarán hasta que sea demasiado tarde. Si nos ven antes —Kineas se encogió de hombros—, lucharemos a brazo partido. Pero, si no nos ven, cargaremos derechos contra la escolta de las prisioneras. Si retroceden por el camino, serán carne para Temerix. Si huyen metiéndose en el río, les daremos caza. Recordad que Srayanka y Urvara nos aguardan. Rezad para que la suerte nos acompañe. —Hizo una pausa—. Al mismo tiempo, Temerix comenzará a disparar flechas contra la segunda división. Ellos, o bien contraatacarán metiéndose en el matorral, o bien huirán bajando por las orillas hasta el lecho del río. —Kineas señaló la otra punta del diamante—. Los caballeros sármatas estarán aquí, detrás de la isla de las rosas. Si los macedonios se meten en el río, los sármatas se encargarán de ellos. Repito —y aquí Kineas se volvió hacia Lot—, no estamos aquí para librar una batalla. Estamos aquí para rescatar a Srayanka y Urvara. Matad a unos cuantos macedonios si podéis, pero estad atentos a la segunda trompeta. —Miró a los hombres que tenía alrededor, a los sakje, a los olbianos y al moreno Temerix, que de

nuevo ocupaba la posición de máximo riesgo—. Cuando suene la segunda trompeta, os dispersaréis como una nube de golondrinas huyendo de un halcón en las llanuras y desapareceréis como la bruma matutina. Nos reuniremos en el último campamento a orillas del Oxus. A no ser que la pifiemos estrepitosamente, no habrá persecución; porque no tienen caballos para seguirnos a través de las llanuras. ¿De acuerdo?

Gruñidos de asentimiento.

—Suenan muy bien —dijo Diodoro sonriendo—. ¿Qué crees que sucederá en realidad?

Kineas no pudo evitar sonreír a su vez, porque aún tenía presente el sueño del rayo y porque la posibilidad de ver a Srayanka y abrazarla estaba en sus manos, y no era tan ingenuo como a veces parecía.

—Se irá todo al garete y tendremos que pelear para salirnos con la nuestra —contestó—. Mirad, amigos. Si todo lo demás falla, abrid paso hasta el centro de la columna y llevaos a las chicas. A no ser que los dioses estén contra nosotros, se habrán librado de la escolta por su cuenta.

Filocles se inclinó hacia delante.

—Srayanka está embarazada de meses —informó. Miró a los hombres que lo rodeaban con el pudor que la mayoría de hombres reservaba para tratar asuntos de sexo y de mujeres—. Quizá se me haya olvidado mencionarlo.

Un rayo. Kineas miró a su amigo boquiabierto, cual pez fuera del agua.

Filocles ladeó la cabeza.

—Se me olvidó mencionarlo —corroboró—. Le dijo a Darío que, si no estuviera tan grávida, ya se habrían largado hace semanas. Quizá no puedan escapar por su cuenta.

Kineas suspiró profundamente; en realidad, de algún modo ya sabía que estaba embarazada. Pero aquello era más real. Sintió un golpe en la boca del estómago y la súbita tenaza de la ansiedad como una flecha que se le clavara en un costado. Sin embargo, pensó en Focionte y se negó a sucumbir al destino.

—Abrid paso hasta el centro de la columna. Coged a las mujeres. Y luego corred como el fuego en la estepa. —Señaló a Temerix—. En cuanto vayan a por vosotros, bajáis corriendo por los senderos que habéis abierto y salís por la parte de atrás del bosque, un poco más allá de donde nosotros estaremos, y montáis en vuestros ponis. ¿Entendido?

Temerix nunca sonreía. Asintió de manera cortante, como un hombre a quien le dan órdenes innecesarias con condescendencia.

—¡Eh! —exclamó Ataelo. Habló rápido en sakje con los jefes y todos ellos sonrieron. Se volvió de nuevo hacia Kineas—: Si el viento para nosotros, les damos fuego en la cara.

Kineas apretó los labios y asintió.

—De acuerdo —dijo.

Por la mañana, los llevó a todos de gira por los límites invisibles de su diamante hasta que todos los hombres entendieron sus órdenes. Al anochecer, Samahe fue a decirle que la columna macedonia estaba acampada ochenta estadios río arriba.

Aquella noche volvió a soñar que sostenía el rayo con la mano y Ataelo lo despertó antes del alba con novedades de los oteadores. Los macedonios estaban en marcha.

Resultaba difícil esconder a ochocientos hombres. Equipos de sindones borraron las huellas del camino principal mientras el pequeño ejército ocupaba sus posiciones. Los hombres se apresuraban innecesariamente y se hacían daño. Un caballo cayó por el terraplén de una orilla y hubo que sacrificarlo, y la operación de descuartizarlo y deshacerse del cuerpo requirió tanto tiempo que Kineas estuvo a punto de gritar de frustración.

Aun después de cien yelmos llenos de agua, el lugar donde había muerto el caballo era una masa de sangre y moscas.

Kineas tomó medidas drásticas.

—¡Dejadlo! —ordenó, apretando los dientes y fulminando con la mirada al desdichado jinete sakje que había provocado el desastre—. ¡A vuestros puestos!

Kineas iba montado a lomos de Talasa. Era la primera vez que la yegua iba a entrar en combate, y se irguió alta y firme cuando Kineas la montó. Resopló, levantó la cabeza y luego se calmó.

—Eres un caballo de primera —le dijo Kineas. Chasqueó la lengua para que la yegua avanzara y toqueteó un cierre del peto. La primavera anterior lo tenía en perfecto estado, pero aquella parte de la armadura había recibido tantos golpes que se había deformado, y la correa del hombro ya no sujetaba con firmeza el espaldarón. Al botar, las dos piezas le desollaban el hombro. Decidió conseguir uno nuevo.

¿Dónde demonios encontraría un nuevo peto griego allí, en los confines del mundo? «En el cadáver de un macedonio, por supuesto.» Sólo que dudaba mucho de que aquel combate le dejara tiempo para desnudar a un cadáver.

Talasa se movía inquieta. Diodoro tenía a toda la caballería olbiana en posición detrás de los matorrales y cuatro sindones de Temerix borraban sus huellas. Uno de ellos llevaba una caja de mimbre atada a la espalda. Habían capturado un halcón joven y lo soltarían para señalar que el enemigo estaba a la vista; un viejo truco sindón, según le dijeron.

En el lecho del río, nubes de moscas saqueaban las piedras donde habían descuartizado al caballo, y el zumbido se extendía por el cauce como la manifestación de un dios maligno. Por lo demás, reinaba el silencio, aunque puntuado por los ruidos de los caballos con los bocados entre los dientes, o pastando, crujidos y

chasquidos de riendas, ligeros resoplidos... y por sus olores. El castrado que Kineas tenía detrás defecó, y la boñiga cayó al suelo con un pesado golpe sordo.

Kineas había participado en unas cuantas emboscadas de caballería. Aquélla era demasiado grande. La ingente cantidad de hombres y caballos implicados aumentaba las probabilidades de ser descubiertos. Intentó decidir qué haría cuando los descubrieran. El sudor le corría por la cara y el cuello, y por el hueco de la espalda que quedaba entre la armadura y la túnica.

Estar tan cerca de Srayanka y no salvarla... Apartó aquel pensamiento de su mente.

Pero, cuando miró por encima del hombro, no pudo dejar de pensar que iba a sacrificar a sus amigos para rescatar a su esposa.

Se tiró un pedo, largo y grave, y los hombres que tenía cerca rieron. Abría y cerraba los puños con los que sujetaba las riendas, y comenzó a darse golpecitos contra el muslo con la fusta.

Diodoro fue a su lado.

—Deberíamos desmontar —sugirió en voz baja—. Cansaremos a los caballos.

Kineas se mordió la lengua para no replicar de mala manera.

—Sí —dijo, y obró en consecuencia. Talasa gruñó cuando saltó de su lomo. Filocles ató su caballo a un arbusto en flor y se tumbó como si se dispusiera a dormir.

Kineas lo odiaba por la facilidad con que conciliaba el sueño.

Desmontado, lo único que veía eran trescientos caballos y sus jinetes y una muralla de álamos. «Tendría que haberme situado en una posición que me permitiera ver la llegada del enemigo», pensó. Las rodillas le flaqueaban. Miró al sol, que no se había movido un dedo respecto a la rama elegida como marca.

Buscó a Diodoro con la mirada. Estaba colorado y acariciaba el filo de su machaira. Cuando sus miradas se cruzaron, Diodoro se dirigió con su caballo al encuentro de Kineas.

—Me siento como un chaval virgen mirando a su primera chica —confesó Diodoro.

Filocles se levantó de su siesta.

—Los Juegos Olímpicos serán el año que viene —anunció, como si eso fuese una gran noticia—. Me imagino que los atletas ya habrán salido de sus casas para disputar los juegos en Eleusis.

Kineas miró desconcertado a su alrededor.

—Eso fue hace dos semanas —dijo.

—¡Hum! —Filocles miró en torno a sí como si viera a la caballería por primera vez—. Van a ganar una gloria inmortal en su lucha por la paz. Lo único que haremos nosotros es rescatar a unas bárbaras que Alejandro tiene presas. ¿Por qué estáis tan nerviosos? —sonrió—. Habéis elegido un sitio ideal para una emboscada, y las tropas

están en posición. Lo demás está en manos de los dioses.

Diodoro volvió a envainar la espada.

—Por supuesto. Jodido espartano.

Kineas suspiró para calmarse.

—Aquí corremos un riesgo enorme —observó, y Filocles sonrió.

—Amigos —dijo Filocles, levantando una mano temblorosa—, simplemente disimulo mejor mis temores.

Kineas efectuó un cálculo rápido.

—Estoy al borde del pánico —confesó—. Aún debemos tener para una hora. Soy tan estúpido como el muchacho que ha dejado que su caballo se cayera por el ribazo. Tendría que ir a ver cómo lo llevan mis hombres.

Se sacudió el polvo de las manos.

Entonces fue de un hombre al siguiente entre los olbianos, estrechándole la mano a cada uno de ellos e intercambiando algunas frases. Bromeó, se burló, felicitó y, detrás de él, trescientos griegos, celtas y otros jinetes profesionales de caballería respiraron mejor y sonrieron. Mientras deambulaba entre ellos, llegó una brisa como la caricia de una diosa amiga.

Kineas también respiró mejor. Tardó una hora en hacer la ronda de su tropa, constantemente alerta a la aparición de Ataelo o del halcón alzándose por encima del bosque. Así entretuvo la espera y sólo pensó en Srayanka unas cincuenta veces.

Cuando regresó, Filocles estaba orinando contra una piedra y Diodoro miraba fijamente la línea de tamariscos como si pudiera perforar un agujero con los ojos. Kineas hizo el número de evitar la piedra del espartano con muchos remilgos y luego se tumbó a la sombra de un álamo de hojas plateadas y se tapó los ojos con el sombrero de paja.

Las tripas se le revolvían y notaba que toda la tensión le oprimía el colon. Tenía la sensación de que una colonia de gusanos le reptaba por los pies y las manos le temblaban.

—Ya lo ha superado —dijo Diodoro irritado—. Ahora se echará un sueñecito.

Kineas sonrió debajo del sombrero. «Superado», pensó. Pese al creciente calor, estaba helado hasta los huesos. «Superado.»

Las emboscadas eran diferentes. En un campo de batalla, el comandante, igual que el soldado, puede observar el despliegue del enemigo, puede tomar nota del sinfín de errores del enemigo y consolarse, puede abstraerse en los preparativos, dando órdenes o recibéndolas.

En una emboscada, sólo puede aguardar, y las únicas opciones son la victoria o la catástrofe. Nadie queda a salvo en la retaguardia. Es raro que alguien escape a las garras de la guerra.

La mayoría de sakje, olbianos y sármatas eran presa del pánico, y los árboles y

arbustos temblaban con el estremecimiento de los hombres.

Aun así, bien pensado, su situación era mejor que la de la columna macedonia.

Faltaba poco para el mediodía cuando el halcón salió despedido al aire sobre el matorral espinoso que tenían delante; su vuelo fue tan ruidoso en el silencio reinante que los hombres que habían conseguido adormilarse se despertaron sobresaltados, reencontrándose de golpe con sus temores.

—¡Bebed agua y montad! —ordenó Kineas susurrando con autoridad. La orden fue de boca en boca. Los caballos relincharon pese a los esfuerzos de sus jinetes por evitarlo y, durante un momento, los olbianos hicieron tanto ruido como una bacanal. Kineas los fulminó con la mirada, pero no había nada que hacer.

—¡Estamos bien jodidos! —le dijo a Filocles.

El espartano se encogió de hombros y bebió agua de una calabaza.

—Los hombres que marchan no oyen nada —dijo—. Y «estamos bien jodidos» no es una declaración que aliente la confianza de la tropa en su comandante.

—Eso lo enseñan en Esparta, ¿verdad? —preguntó Diodoro—. Ahí tienes las ventajas de una buena educación, Filocles.

—Callaos los dos. —Kineas avanzó hasta el mismo borde de los árboles. Dio a Filocles las riendas de Talasa e hizo una seña a Diodoro—. Vamos.

—Sabes cómo guardar un caballo, ¿verdad? —preguntó Diodoro al espartano.

—Si me olvido, me pondré a correr dando vueltas y agitando los brazos y gritando a pleno pulmón hasta que vosotros, los atenienses, vengáis a rescatarme —contestó en un áspero suspiro.

Kineas se arrastró por debajo de las ramas del álamo, arañándose los antebrazos con las espinas de los rosales. Avanzó hasta que pudo ver por encima de una ligera elevación de tierra. Su ángulo de visión se limitaba al vado, la isla de los sauces y los ribazos de la otra orilla.

—Filocles está mejor —informó Diodoro, y Kineas le miró para hacerle callar.

El maldito halcón se había puesto a dar vueltas sobre el bosque de tamariscos, chillando como un poseso.

—Recuérdame esto la próxima vez que los sindones propongan un viejo truco —dijo Kineas.

Diodoro le dio un brusco codazo. La cabeza de la columna macedonia asomaba por la abertura entre el ribazo y el bosque de tamariscos. O bien avanzaban muy deprisa o bien habían soltado tarde al tres veces maldito pájaro.

Había una avanzadilla de soldados de infantería macedonios montados en jamelgos. Portaban jabalinas en vez de sus picas, pero sus coseletes y los yelmos cortos y sin guardas los identificaban. Sus caballos avanzaban con cuidado, a todas luces cansados. Mientras los vigilaba, los caballos de los exploradores se inquietaron

al descubrir el curso de agua y comenzaron a relinchar.

Un hombre subió la suave pendiente desde el vado hasta la emboscada olbiana. Tarareaba para sí e inspeccionaba el suelo con curiosidad profesional. Otro explorador se unió a él. Detrás de ellos, el resto de la avanzadilla siguió adelante, cabalgando deprisa, y giró hacia el norte para cruzar el vado y enfilarse rumbo a Maracanda. Los hombres se esforzaban en evitar que sus caballos bebieran agua, y de repente la avanzadilla se sumió en la confusión. Se gritaban órdenes, cualquier hombre que se detuviera perdía el control de su caballo dado que éste se ponía a beber.

—¿Más jodidos dahae? —preguntó el primer explorador. Señalaba algo que había en el polvo.

—Alguien ha descuartizado un caballo en el lecho del río —dijo el otro explorador—. Esto no me gusta nada. Si han pasado tan cerca de nosotros, tendríamos que ver su polvareda. —Levantó la vista, inspeccionando el mismísimo suelo donde Kineas y Diodoro estaban tendidos.

—¡Joder! —exclamó, con el acento macedonio y el deje ilirio acentuados por el miedo—. A no ser... ¡que estén justo aquí!

El primer hombre le dio un golpe.

—Contrólate —le dijo.

El segundo hombre meneó la cabeza.

—¡Que te jodan, hijo de puta! Mira esas huellas: borradas. Ninguna nube de polvo. Un caballo muerto.

Detrás de ellos, los últimos hombres de la avanzadilla giraron y por fin cruzaron el vado entre las quejas de los caballos. Su chapoteo en las someras aguas marrones llevó el olor a barro hasta los dos hombres tendidos entre los brezos.

—Farnuques es un inútil y un capullo —soltó el primer explorador. Ahora su voz también tenía el tono agudo del miedo—. Aunque estés en lo cierto...

El segundo jinete dio media vuelta y salió como una exhalación hacia la ruta comercial. Detrás de él, un escuadrón entero de caballería mercenaria bajaba por el desfiladero, en columna de a dos, bastante deprisa. Los hombres llevaban casco y armadura y miraban a derecha e izquierda. Sus caballos estaban tan sedientos como los de la unidad anterior.

—¡La caballería va delante! —susurró Diodoro.

A modo de respuesta, Kineas gruñó; el trote de la caballería cubría su voz. Aquello significaba que la infantería iría en la segunda división, resultando casi inmune a las flechas de Temerix si llevaban puesta la armadura.

Ahora no cabía hacer nada al respecto.

Un numeroso grupo de jinetes se detuvo desordenadamente al borde del vado al oír los gritos de los dos exploradores.

—Hetairoi —dijo Kineas. Comenzó a retroceder tan deprisa como pudo.

Cinco Compañeros Reales con túnicas blancas, clámides pardas y armadura pesada, un hombre vestido con prendas lujosas, clámide púrpura y amarilla y peto, y otro con una clámide roja. Tres mujeres con ropa sakje montadas en buenos caballos, una de ellas inclinada sobre su silla y con el rostro ceniciento por el esfuerzo, Srayanka, y otra, a todas luces Urvara, flirteando con los Compañeros Reales. Diodoro se arrastró marcha atrás.

—¡No importa! —dijo Kineas nervioso, contestando a una pregunta propia no expresada en voz alta. Ya no importaba que descubrieran la emboscada.

Como obedeciendo a una señal suya, oyó el alarido de la élite sakje de Bain, y los cascos de sus caballos hicieron temblar el suelo. Kineas montó de un salto a su alto caballo de combate. Echó la vista atrás. Allí estaban todos.

—¡Al paso! —ordenó, y comenzaron a avanzar sin aguardar el toque de trompeta de Andrónico.

Iban en una prieta columna de cuatro en fondo; habían abierto un camino para pasar en esa formación y, sin duda, los exploradores habían reparado en ello. Había canjeado un despliegue rápido por una ocultación perfecta. En cuanto su caballo salió de la senda al terreno despejado justo al sur del vado, gritó:

—¡Formación de frente! —Y la columna comenzó a organizarse dibujando un romboide a sus espaldas, mientras la cabeza seguía avanzando al paso.

Se volvió justo a tiempo para ver a los sakje de Bain disparar una descarga cerrada de flechas sobre la caballería mercenaria. Los alcanzaron en mala posición, con muchos de los caballos agachados para beber, y las pobres bestias sufrieron terriblemente con la primera lluvia de saetas; las grupas desprotegidas quedaron emplumadas como erizos. Dos docenas de caballos se desplomaron y la caballería mercenaria que venía detrás se disolvió en un caos mientras los sakje los adelantaban al galope por el lecho del río. Ahora cada guerrero disparaba a discreción y algunos cabalgaban increíblemente cerca. El propio Bain, luciendo el penacho apaisado de un oficial macedonio muerto tiempo atrás, se arrimó tanto a un oficial con coraza provisto de un kopis de una sola hoja que dio la impresión de que la punta de su flecha rozaría la clámide del hombre antes de que la disparase soltando un chillido que resonó a través de dos estadios y cientos de hombres.

Kineas asimiló el ataque de Bain de un vistazo. Se bajó la mentonera del yelmo y se abrochó el barboquejo. Ahora los mandos del enemigo estaban separados de su caballería. Podían conseguirlo.

Los mandos y los hetairoi se habían percatado de que cientos de caballeros bien instruidos estaban emergiendo por su flanco. El general de la clámide púrpura gesticuló, se volvió y chilló.

Los hombres de Kineas estaban a menos de un estadio. Srayanka parecía herida;

su postura y actitud le decían que algo iba muy mal. Alzó el brazo derecho empuñando una jabalina.

—¡Al trote! —ordenó.

Urvara sacó un kopis macedonio de la vaina de uno de los Compañeros Reales. Aprovechó el tirón para cortarle una mano y encabritó su caballo. Detrás de ella, un segundo jinete hetairoi desenvainó la espada a su vez, dispuesto a ejecutar a Srayanka. Irene, la trompetera de Srayanka, con las trenzas grises revueltas, se agarró al macedonio, envolviéndolo con ambos brazos para sujetarlo. Cayeron juntos al suelo y desaparecieron entre el polvo que se estaba levantando.

Srayanka, libre, hizo un corte a un tercer Compañero Real con su fusta, dio media vuelta a su caballo y cabalgó hacia los sauces de la isla. La confusión reinaba entre los mandos. Urvara golpeó a un segundo hombre, haciéndolo sangrar al atravesar las capas de cuero de su coselete.

El desdén de los macedonios por las mujeres les estaba saliendo muy caro.

—¡A la carga! —rugió Kineas. Su caballo voló como Pegaso sobre la grava y la arena.

La escolta del general era tan brava como diestra. Mantenían bien la formación pese a que Urvara, con sus excelentes dotes de amazona y sus frenéticos mandobles, estuviera sembrando el caos entre sus filas de retaguardia, y los cincuenta arremetieron en un contraataque. Pero la fila delantera sólo disponía de diez zancadas para cobrar impulso, mientras que los olbianos de Kineas contaban con toda la suave pendiente que ya quedaba a sus espaldas y con medio estadio al galope, e impactaron de lleno contra la escolta; sus caballos chocaron pecho contra pecho con los corceles macedonios como naves de guerra provistas de espolones, arrollándolos. Kineas no arrojó su jabalina, la usó para parar el xyston de un Compañero y recibió una dolorosa estocada de lanza en el mal protegido hombro izquierdo al acercarse, pero Talasa cumplió su cometido y sus dos primeros adversarios no se mantuvieron erguidos para enfrentarse a él. Kineas sólo tuvo que luchar cuerpo a cuerpo cuando la yegua perdió ímpetu al subir a la isla de los sauces por la cuesta de pizarra. Un Compañero Real que había perdido el casco se mantuvo firme a lomos de un poderoso caballo castrado y golpeó con fuerza con su largo xyston, blandiéndolo con ambas manos. Kineas lo esquivó, pasando el yelmo por debajo de la punta, y dejó seguir a Talasa. Con el encontronazo, ambos caballos se empujaron y corvetearon. Kineas agarró su propia lanza con las dos manos, la izquierda hacia la punta y la derecha hacia la base del asta, y acometió, desgarrando los brazos de su oponente, cortándole las riendas y clavándosela justo por encima del peto de bronce hasta atravesarle el cuello.

Y luego otro hombre, con una clámide roja. Kineas trató de derribarlo de la silla con la empuñadura de la lanza, pero el hombre le cortó el asta en dos de un potente

mandoblazo. Kineas se agachó para esquivar el revés y Talasa retrocedió. Después aprovechó la pausa para sacar su machaira egipcia de la vaina, y en ese preciso instante se le aproximaron dos hombres cuyos caballos se perseguían dando vueltas como perros peleando. Clámide Roja no era un maestro espadachín pero sí tan fuerte como un buey, recio, duro, bien armado, e incluso cuando Kineas le acertó de pleno en el hombro se limitó a soltar un gruñido. Ahora llevaba una daga corta en la otra mano y arremetió agachándose para clavársela a Kineas en el esternón, pero el coselete de bronce desvió el golpe. Kineas arremetió de nuevo, haciendo una finta alta que convirtió en ataque usando la fuerza de la parada del adversario contra él y girando el puño al cortar, de modo que su espada egipcia se hundió bajo el brazo armado del macedonio; pero el coselete de Clámide Roja resistió. Talasa retrocedía, los ojos de Kineas estaban empapados en sudor, agachó la cabeza y se puso a golpear a diestro y siniestro. Clámide Roja recibió un corte en el brazo y reaccionó con violencia, y la parada de Kineas no fue lo bastante firme para impedir que el golpe le esquilara el penacho y tirara del yelmo, rompiendo el barboquejo y torciendo bruscamente la cabeza de Kineas hacia atrás. Perdió el mundo de vista y, una vez más, Talasa le salvó la vida. Kineas notó que su montura se empinaba y se daba impulso con los cuartos traseros. Mientras el caballo caía sobre las manos, se le aclaró la visión y dio un mandoble alto, y las dos hojas se engancharon, el duro filo de la espada egipcia mordió el hierro dulce del kopis macedonio y ambos jinetes se arrimaron. El corpulento adversario forcejeaba buscando los muslos de Kineas con su daga, y Kineas se arrancó la fusta del fajín con la izquierda y azotó el brazo extendido del otro arrancándole un gruñido de dolor, y entonces ambos caballos se tambalearon juntos y se enderezaron con un lío de coces que los separó. Kineas había dejado atrás a Clámide Roja, liberándose de la melé. Miró por encima del hombro y vio que Diodoro lo asaetaba repetidamente con una jabalina, manteniéndolo a distancia. Clámide Roja chillaba pidiendo auxilio en griego macedonio.

Kineas hizo girar a Talasa, valiéndose sólo de las rodillas, con la intención de rematar a Clámide Roja. Se enjugó los ojos con el brazo y por primera vez sintió el daño del hombro izquierdo, y de pronto se vio frente a Clámide Púrpura, que sólo tenía una espada corta y estaba enzarzado con Urvara. Esta lanzó una mirada entre exasperada y furiosa a Kineas, que fue derecho a por el flanco del general enemigo, tirándolo de un solo golpe al suelo, donde Cario lo remató con su lanza. Con las piernas bien sujetas a los lomos de Talasa, Kineas se encontró entre un puñado de desesperados macedonios con las clámides sucias de polvo, seguramente la escolta de Clámide Púrpura. Pegó a diestro y siniestro, encajó otro golpe en el hombro izquierdo que le cortó las correas de cuero de la coraza y azuzó a Talasa con las rodillas, lanzándose a través de los enemigos hacia un claro, ciego de dolor. Quiso recuperar las riendas en vano, y aun así Talasa hizo una pirueta digna de un acróbata equino,

girando tan bruscamente que Kineas a punto estuvo de caerse de la silla. Los tres escoltas cruzaban aceros con Cario y Sitalkes. Kineas vio el penacho azul del yelmo de Diodoro al otro lado de la gigantesca silueta de Cario. Se agachó sobre el cuello de su yegua, aspiró una bocanada de aire y echó un vistazo a su hombro izquierdo, que no parecía herido pese al intenso dolor. Entonces hincó los talones en los ijares de Talasa y el caballo respondió con otra potente embestida, chocando de lleno contra el adversario de Sitalkes, a cuyo caballo derribó, haciéndolo caer de la silla. Sitalkes liquidó al jinete con brutal economía mientras Kineas se enfrentaba a su otro oponente, bloqueándole la espada con una parada alta, cortándole la mano de la brida con una finta circular por encima de la cabeza para luego matarlo de un tajo en el cuello.

Llevaba casi un minuto montando sólo con las rodillas, y Talasa reaccionaba magníficamente, pero entonces Kineas recuperó las riendas, mirando a izquierda y derecha, exhausto por la tensión mental y el esfuerzo físico. Respiraba agitadamente, y las rodillas amenazaban con dejar de sujetarlo a su montura. La muñeca derecha apenas le respondía.

Diodoro dio de lleno en el yelmo de Clámide Roja a la altura de la sien con todo el ímpetu de su jabalina de madera de corno, y éste se desplomó, muerto o inconsciente. Acto seguido, Diodoro comenzó a bramar a los olbianos para que se reagruparan. Eumenes se topó con los ojos de Kineas; había abatido a su hombre y también miraba alrededor. En el lecho del río, los corpulentos celtas habían hecho pedazos al resto de la escolta con sus caballos de combate y estaban barriendo con todo. Cario ya había desmontado y despojaba a los cadáveres de sus víctimas. Sitalkes sonrió satisfecho a Kineas, no por el derramamiento de sangre, sino por el placer de estar vivo.

El ruido ensordecedor de la melé se extinguió de repente, dejando sólo tras de sí la agonía de caballos y hombres.

Diodoro estaba en todas partes, reagrupando a sus hombres y vigilando la batalla. Kineas le dejó hacer. Cabalgaba al encuentro de Srayanka.

Hacia el norte, los jinetes de Bain perseguían cada vez más de cerca a los atribulados mercenarios y a la infantería macedonia montada, disparando flechas sin cesar. El combate entero se había convertido en una nube de polvo y una tremenda cacofonía. Los caballos morían relinchando en su agonía. Hacia el sur, algo había sucedido; Kineas no veía enfrentamientos, pero tampoco había rastro de la infantería mercenaria. Hacia el este, se alzaba la bruma de una batalla; alguien oponía resistencia a los sármatas en el lecho del río.

Todo eso podía aguardar mientras iba a saludarla. Srayanka había desmontado y se hallaba junto a uno de los antiguos altares.

—Srayanka —dijo Kineas.

Ella negó con la cabeza.

—Me siento como si fuera a morir —se quejó Srayanka, tan en su estilo que Kineas tuvo que sonreír a pesar de lo que le había dicho. Desmontó y permitió que Talasa pastara en medio de una batalla.

»¡Ve a luchar! —susurró Srayanka apretando los dientes. Y acto seguido profirió un lamento, algo entre un gruñido y un chillido.

—Tú... —dijo Kineas, y la abrazó.

—¡Bah! —murmuró ella con la cara hundida en su clámide—. Vas cubierto de sangre —observó, pero sonrió.

Detrás de él, Andrónico lo llamaba. Al volverse, vio que tanto éste como Ataelo venían del oeste a galope tendido.

—¡Mira! —gritó Eumenes. Señalaba hacia el oeste, más allá de Ataelo.

Kineas volvió a mirar.

Había una nube de polvo, una inmensa nube que se alzaba cual dios vengador sobre las llanuras. Era lo bastante grande para que fuera otro ejército, y ese ejército estaba cerca.

—¡Atenea nos ampare! —rezó Kineas, buscando su yelmo sin recordar que lo había perdido. Una flecha perdida cayó a pocos pasos. Filocles acudió corriendo, tirando de su caballo. Él también se puso a gritar a los olbianos que formaran de nuevo.

Antígono surgió de entre un puñado de celtas y comenzó a ordenarlos en columna.

—¡Romboide! —gritó Kineas a Diodoro.

Ataelo bajó al vado y los cascos de su caballo levantaron un rocío de cristal del agua terrosa. Su rostro era la máscara del pánico. El tiempo se detuvo. Kineas soltó a Srayanka y ésta se desplomó junto al altar.

Urvara le agarró una mano y rompió el hechizo.

—¡Está karsanth! —La mujer sakje dio media vuelta a su caballo y señaló a Srayanka—: ¡Karsanth! ¿Entiendes?

Kineas no lo entendía, y Ataelo estaba allí de nuevo. El tiempo volvía a correr.

—¡Gran columna: diez y diez, cien veces; más! ¡Por venir aquí! —gesticulaba como un poseso.

Kineas suspiró profundamente; la fragancia de la madreSelva y el olor a cobre de la sangre se mezclaron como una droga en su nariz.

—¿Karsanth? ¿Envenenada? ¿Por quién? —preguntó a Ataelo—. ¿Los macedonios?

Ataelo negó con la cabeza.

—Grande y rápida —dijo—. Por aguardar demasiado —murmuró con amargo reproche para sus adentros.

—¿Qué es karsanth? —les preguntó Kineas a Ataelo y a Eumenes.

Intercambiaron una mirada mientras Urvara negaba con la cabeza.

—¡Karsanth! ¡Karsanth! ¿Tan estúpido eres?

Estaba tan frustrada consigo misma como con él.

Los sakje de Bain habían salido del lecho del río, subiendo al ribazo de grava y arena, y cabalgaban rodeando lo que quedaba de los doscientos macedonios y jinetes mercenarios, que se venían abajo. Mientras Kineas observaba, Bain agitó su arco, y el trompetero dio un toque largo y complejo, casi como un pean, y los sakje giraron hacia el centro como un solo hombre y cayeron sobre los macedonios ocultos en la nube de polvo. Sólo que a los macedonios no se les consideraba la mejor caballería del mundo porque sí, y ni siquiera habían perdido la voluntad de combatir bajo una lluvia de flechas a las que no podían responder. En los pocos segundos que Kineas observó, vio perecer a Bain atravesado por una lanza.

—¡Dar a luz! —gritó Eumenes—. ¡Está dando a luz! ¡Está de parto!

El joven dio media vuelta a su caballo y la miró. Estaba acurrucada junto al altar, incapaz de moverse, el rostro transido de dolor.

Kineas contempló la nube de polvo, luego a su amada y, antes incluso de saber lo que iba a decir, alzó el brazo. Se volvió hacia Diodoro.

—Llévate a los olbianos; derecho por la orilla hasta los Compañeros —ordenó—. Aplastadlos. Recoged a los heridos; necesitamos una retirada despejada. Tenéis que abrir el camino. ¿Lo entiendes?

Diodoro golpeó con fuerza la mano de la espada contra su peto a modo de saludo. Su expresión era decidida.

—Lo entiendo perfectamente, strategos.

—¡Adelante! —Kineas se volvió hacia Andrónico—: En cuanto acabéis con los macedonios —dijo—, toca retirada. Hazlo sonar una y otra vez. ¿Entendido?

El corpulento galo asintió.

Finalmente, Kineas cabalgó hasta Srayanka, que apoyaba la frente en el altar, aguantando las convulsiones de su cuerpo. Urvara trotó hasta ellos, y la mirada que lanzó a Kineas le suplicaba que hiciera algo.

Kineas se agachó cuando Srayanka comenzaba a reponerse de sus contracciones. Sus ojos se encontraron, y luego sus manos, y Kineas hizo ademán de subirla a su silla.

—¡No me confundas con un pelele! —protestó Srayanka—. ¡Pienso montar! ¡Soy doña Srayanka de los Manos Cruelles, no una seguidora griega cualquiera!

—Tenemos que irnos —dijo Kineas, armado de paciencia. Detrás de él, su emboscada se deshacía y los hombres perecían.

Srayanka se mordió el labio y entornó los ojos.

—Pues que así sea —acató Srayanka. Con amargo sentido práctico, agregó—:

Aupadme a mi caballo.

Kineas y Urvara se las arreglaron para hacerlo. Srayanka no era liviana, pero ellos tenían fuerza y, a sus espaldas, la batalla cobró vida de repente.

A doscientos pasos de distancia, el romboide olbiano irrumpió en la refriega entre los sakje y los Compañeros. Los macedonios eran bravos y diestros, pero carecían del peso y el número necesarios para detener a los olbianos. El choque de los olbianos resonó como si cien cocineros locos se pusieran a aporrear calderos de bronce, y el estrépito se extendió por todo el campo de batalla.

Srayanka montaba un caballo macedonio; una belleza, pero no lo bastante fuerte para guerrear. Kineas le cogió las riendas y la detuvo con una mirada.

—No he recorrido todo este camino para perderte en una batalla de caballería — declaró Kineas.

—No me he pasado toda la vida a lomos de un caballo para caerme justo cuando estoy embarazada —repuso Srayanka. Le sonrió, pero tenía las comisuras de los labios blancas.

Talasa soportaba la fatiga sin ningún cambio aparente en sus andares. Subió el empinado ribazo del vado en dos saltos, y acto seguido Urvara apareció a su lado, con Srayanka una zancada más atrás. La trompeta de Andrónico tocó tres notas bien claras que enseguida repitió: retirada.

Kineas tiró del bocado de Talasa al borde mismo de la bruma de la batalla y se arriesgó a volver la vista atrás. La nueva polvareda estaba más cerca. Hacia el sur y el este, los hombres de Temerix ya habían montado en sus ponis y corrían a buen paso a través del último llano dirigiéndose al vado.

Desde su ventajosa posición a lomos de un caballo alto subido al ribazo, Kineas pudo ver a los sármatas. Sus corazas de escamas de bronce relucían en otro nudo de batalla, siguiendo el lecho del río medio estadio al este. De alguna manera, la infantería griega, los mercenarios, había llegado hasta allí.

Kineas meneó la cabeza porque todo aquello les estaba robando tiempo, y tiempo era, precisamente, algo que no les sobraba; ahora bien, mientras observaba, Lot se alejó en su caballo de la bruma de la contienda, buscando el origen del toque de trompeta. Kineas levantó el brazo y, con un gesto muy amplio, le indicó el noroeste. Lot se quitó el casco y lo agitó, y asintió exagerando el ademán como acusando recibo de la indicación. Aún se estaba atando de nuevo el yelmo, cuando desapareció en la nube.

Una flecha salió silbando de entre los árboles de la otra orilla y derribó de su poni a uno de los psiloi de Temerix. El hombre chilló y entonces Temerix desmontó, ordenando a sus hombres con señas que formaran en el terreno más seguro de la isla. Ya empuñaba su arco de oro, y lo cargó y disparó en un mismo movimiento muy fluido. Su primera flecha obtuvo como respuesta un grito de dolor entre los álamos de

la orilla opuesta.

Kineas se volvió hacia Eumenes y Urvara.

—Reunid a los sakje —ordenó—. Que formen y cubran la retirada de los sindones. —Miró a Filocles—. ¿Por qué vas a pie?

—Me he caído —contestó el espartano.

En otra ocasión, Kineas habría sonreído.

—Pues ve corriendo a decirle a Temerix que deje de jugar a la retaguardia y que se largue de aquí. Y luego vuelve. Nada de heroicidades; nos estamos entreteniendo demasiado.

Filocles hizo el saludo militar; era la primera vez que Kineas le veía hacerlo.

Srayanka alargó el brazo y le cogió una mano. Le clavó las uñas en el antebrazo y gruñó. Sudaba a mares. Kineas procuró serenarla.

Ataelo no apartaba los ojos de la batalla que se libraba en el vado.

—Espitámenes —dijo, como si pronunciara una sentencia de muerte—. Por jodidos persas.

Kineas miró por encima del hombro. Temerix tenía a los sindones formados en línea abierta; alzaron los arcos a la vez y lanzaron una descarga cerrada que se elevó considerablemente antes de caer más allá del matorral del borde del ribazo. Se oyeron gritos, y acto seguido un grupo de caballería persa salió de entre los árboles y descendió en línea recta hacia la orilla, montando como los sakje.

—¡Atenea nos proteja! —exclamó Kineas. Había al menos cien medos. Más bien doscientos.

Kineas miró a su espalda: Eumenes y quizá veinte sakje en un grupo. Si los persas subían al terraplén hasta la retaguardia de los olbianos, todo habría terminado. Los olbianos no lograrían recobrase.

Mala suerte. Con lo cerca que estaban de conseguirlo.

Temerix gritó otra orden y sus arqueros apretaron sus filas formando un muro lastimosamente pequeño en el borde de la isla, pero tenían una orilla de un metro de altura que defender. Dispararon de nuevo y sus flechas alcanzaron a la delantera de la carga macedonia; los caballos heridos se encabritaron enmarañando la carga al caer, mientras otros rehusaban subir a la isla. Llegó Filocles a la carrera y se puso a gritar instrucciones a Temerix, que no le hizo el menor caso. El jefe sindón se colgó el arco en bandolera y empuñó el hacha.

Eumenes tenía treinta jinetes, y Urvara otros diez.

—¡Lo siento, amor mío! —se disculpó Kineas. Su voz era la única que todos obedecerían, y no tenía a nadie con quien dejarla. Se llevó la mano a la cabeza para bajarse la mentonera y se encontró de nuevo con que no llevaba yelmo.

—¡Sakje! ¡Venid a daros un festín! —clamó Srayanka al lado de Kineas, y su voz clara llegó hasta donde la voz de un hombre se habría perdido. Desenvainó el puñal

largo que llevaba sujeto a la cintura.

Más jinetes surgieron de la bruma de la batalla a sus espaldas. Clamó de nuevo, y todos los sakje que alcanzaron a oírla sonrieron.

Kineas se llenó los pulmones considerando que había llegado el momento oportuno, cuando un jinete más se unió a Urvara.

—¡Seguidme! —gritó. Apuntó con la espada hacia el ribazo y todos se pusieron en marcha detrás de él. Volvió la cabeza y vio que Sitalkes, Darío y Cario se apostaban en torno a Srayanka.

La carga persa colisionó con los sindones, y Filocles bramó y su pesada lanza atravesó el peto de un persa, derribándolo del caballo. Su grito de guerra se impuso sobre la cacofonía de la batalla como el aullido de un gato montes sobre el borboteo de un arroyo, y heló la sangre a más de un enemigo.

El contraataque de los sakje parecía endeble y mal organizado, pero los sakje no eran griegos, no requerían filas apretadas para luchar con eficacia. En lugar de cargar contra la caballería persa, se separaron en dos grupos por la izquierda y la derecha, cada hombre y mujer agachado y disparando sin tregua. Los medos se asustaron, temiendo por sus flancos, y al ver de súbito desbaratado su plan de rodear a los sindones, se detuvieron y comenzaron a disparar. Siendo como eran una unidad de caballería asiática, fue una decisión normal, pero les costó la batalla.

Kineas se sentía idiota por haber arriesgado la seguridad de Srayanka y la suya propia. Ataelo, a su lado, se alzaba y disparaba una y otra vez, lanzando flechas metódicamente contra los persas que luchaban contra los hombres de Temerix. Ya era demasiado tarde para detenerse, demasiado tarde para virar bruscamente; de modo que Kineas dejó que Talasa siguiera adelante y remontara la ribera hasta la isla de los sauces. Cruzó espada con jabalina contra un persa veterano. Paró la arremetida de la punta de la lanza y el persa intentó usar la empuñadura para derribar a Kineas de su montura. Kineas soltó las riendas de nuevo, agarró la empuñadura y cortó repetidamente los dedos del persa, pero su cabeza estalló esparciendo hueso y sangre y cosas peores cuando Cario se la abrió con un hacha de mango largo desde el otro lado. Una flecha golpeó el peto de Kineas en el costado derecho como la coza de una mula, y vio el rostro de Srayanka, transido de dolor pero encendido de ardor guerrero, congestionado y pálido por el esfuerzo. Srayanka chilló algo que se perdió en el fragor de la batalla, y los medos respondieron a la señal de una trompeta y se batieron en retirada; no vencidos, tan sólo para evitar sufrir más bajas. Los sindones se pusieron de pie; excepto un puñado, la mayoría se había limitado a tumbarse y aguardar a que los medos se marcharan; fueron en busca de sus caballos, diseminados por medio estadio de isla.

—¿Qué estás haciendo aquí? —rugió Filocles a Kineas. Simultáneamente, un grupo de medos, perdidos o desesperados, se abrían paso entre los sindones en pos de

Kineas.

El espléndido corcel real se puso al galope en tres zancadas; sus pesados cascos armaban gran estrépito contra el suelo rocoso de la isla. Kineas empuñaba la lanza de su último oponente y, haciendo un molinete, golpeó con fuerza al primer jinete, un hombre de barba cobriza. En un instante de lucidez inducida por el miedo, Kineas se preguntó si había luchado antes con aquel hombre en Issos o en Arbela. Y entonces su lanza pasó por encima de la parada del hombre y por debajo de su albornoz, el hombre se desplomó hacia atrás, sobre la grupa de su caballo, con todos los tendones sueltos, y Talasa atravesó por en medio del puñado de medos al tiempo que sonaron dos ligeros golpes en el espaldarón de Kineas. De pronto, el joven Darío estaba allí, gritando insultos en persa, y la espada alzada chorreaba sangre hasta su mano, y Filocles se erguía sobre el cadáver de un medo, y los supervivientes corrían por la isla dirigiéndose al oeste. Uno de los hombres que huía era alto, montaba un caballo magnífico, llevaba una capa escarlata con bordados de oro y se sujetaba el costado.

Srayanka estaba sentada en su caballo. Empuñaba el cuchillo manchado de sangre con la mano derecha, y lo alzó hacia los medos que se retiraban.

—¡Vuelve y lucha, Espitamenes! —gritó. Estaba riendo con el rostro anegado en lágrimas y de pronto dejó caer los brazos y soltó un alarido como el de una yegua agonizante, un grito de guerra o un chillido de dolor; o ambas cosas a la vez.

—¡Por Ares y Afrodita! —imploró Kineas, por primera vez en su vida rezando a ambos dioses en lugar de maldiciendo—. ¡Ahora, deprisa!

Los hombres de Temerix no necesitaron que se lo dijeran dos veces, pese a los deseos de muerte de su capitán. En la orilla norte, los medos volvían a formar, ahora ya cansados, y señalaban río abajo hacia donde los sármatas se desvanecían en la polvareda que levantaban.

En la margen sur, Diodoro y Andrónico tenían a los olbianos a punto, o casi, y la orilla se iba llenando de jinetes con el regreso de los esforzados sindones. Flanqueados por Temerix y Filocles, Kineas y Srayanka coronaron juntos la ribera sur.

Diodoro marchaba al frente de los olbianos. Las últimas filas estaban un poco desordenadas, y los caballos exhaustos, pero los olbianos estaban preparados para cargar otra vez.

—¡Eres un idiota! —exclamó Diodoro alegremente—. Khaire, Srayanka.

—Aguantad aquí hasta que se hayan ido los sármatas —ordenó Kineas—. Luego vosotros. Los últimos sakje al mando de Eumenes y Urvara.

Kineas creía que iban a sobrevivir; lo creía porque se le soltaban los intestinos y le abandonaba el daimon del combate, dejándole sólo dolor en los huesos y el corazón. Pero había visto huir a los medos; no querían sufrir más bajas tan sólo por castigar a su retaguardia.

—Yo comandaré a los sakje —dijo Srayanka, levantando el mentón—. Eumenes y Urvara pueden ayudarme.

Kineas la saludó con una jabalina ensangrentada.

—Bienvenida a casa, señora de los Manos Crueles —proclamó en sakje. Juntos, los olbianos y los sakje la vitorearon, haciendo oír un rugido que debió de sonar zahiriente a los medos del otro lado del río. Srayanka alzó su puñal y los gritos sonaron otra vez.

Kineas notó el viento en el pelo y buscó a Ataelo. Lo vio desnudando el cadáver de Bain, recogiendo sus flechas. En todas partes, los sakje y los sármatas despojaban a los cadáveres de los caídos de sus pertenencias.

—¡Ataelo! ¡Encended las hogueras! —gritó Kineas.

Ataelo asintió, y uno de sus exploradores galopó hacia la polvareda.

Samahe vino del lecho del río con el gorytos vacío. Se detuvo al lado de Talasa y le dio a Kineas su yelmo, con el penacho azul rebanado y su soporte aplastado.

—¡Gracias! —exclamó Kineas, dándole una palmada en la espalda. Kineas forcejeó con su casco, que estaba deformado y no le entraba en la cabeza. Intentó devolverle su forma con las manos mientras observaba a los persas, pero el bronce era demasiado duro y no lo consiguió. Abrochó el barboquejo y lo colgó del puño de la espada.

—Se están preparando para arremeter otra vez —observó Darío a su lado. El persa tenía un corte en la cara que había sangrado mucho, y el albornoz de lino cuya capucha le cubría el casco estaba desgarrado y ondeaba al viento como un par de alas.

Pero los medos no mostraron más interés en ellos. Mientras las primeras llamas parpadeaban en la hierba y los olbianos volvían a formar en columna de cuatro en fondo y se retiraban, Espitamenes y sus bactrianos y medos comenzaron a perseguir a los mercenarios griegos hacia el este.

—¡Pobres desgraciados! —se compadeció Eumenes.

Lot hizo una mueca.

—Nosotros hemos hecho todo el trabajo —dijo en su propia lengua.

Detrás de ellos comenzó la matanza de mercenarios. Las contracciones de Srayanka eran cada vez menos espaciadas.

Diez estadios al noroeste del campo de batalla, la columna se detuvo donde había dejado los caballos de fresco. Los hombres cambiaron de montura y bebieron agua. A sus espaldas aún oían el combate y veían la polvareda.

Urvara rompió a llorar sin motivo aparente. Eumenes le estrechó los hombros. Y Srayanka, entre contracciones cada vez más fuertes y seguidas, preguntó por Irene. Kineas se agachó a su lado y le cogió la mano ensangrentada de luchar.

—La he visto caer —contestó.

Srayanka profirió un grito de lamento. Cuando se recobró, dijo:

—Era mi lancera, mi «memora». —Torció los labios al pronunciar la palabra griega.

—Me encargaré de que recuperen su cadáver —prometió Kineas. Maldijo su incapacidad para decir las cosas con más tacto, pero aún tenía la mente en el campo de batalla y Srayanka estaba pálida y bañada en sudor, con el pelo lacio y pegado al rostro. Se estaba muriendo.

Srayanka se tumbó en una manta de ensillar caballos, siendo su única intimidad la que le daban las espaldas de los amigos de Kineas; Filocles, Eumenes y Andrónico, Ataelo, Samahe y Lot, y Antígono sujetándose un brazo herido y murmurando hechizos. La joven Nihmu ejercía de comadrona. Srayanka gruñó con paciencia y luego chilló, bebió agua, y los rostros de los hombres reflejaron una clase de miedo y agotamiento que no tenía su origen en el campo de batalla. Nihmu se rió de ellos.

—¡Vamos, mi reina! —la instó—. ¡Empuja! ¡Las águilas picotean el cascarón!

Srayanka profirió un grito más, mientras Kineas se mordía el labio y vigilaba a los lanceros de su retaguardia y detestaba su vida y cada decisión tomada y su amada yacía agonizante en la arena empapada de su propia sangre. Srayanka se retorció y sudaba, y él sabía que la estaba perdiendo.

Los ojos de Nihmu, serenos y claros, buscaron los suyos.

—Confía en mí —dijo.

Kineas rezó.

—¡Cantad! —berreó Srayanka.

—¡Cantad! —gritó Nihmu.

Kineas y Diodoro se miraron a los ojos, y juntos comenzaron el pean de Atenea. Otras voces se sumaron, primero las del círculo de amigos y luego otras de más allá, y al son de su cántico marcial nació su hija.

Y un minuto después tuvo un hijo.

Los sostuvo en brazos mientras Nihmu hacía lo que correspondía y las mujeres lavaban a Srayanka. El niño gritó y la niña lo miró con unos enormes ojos azules llenos de preguntas, impávida incluso cuando le cortaron y anudaron el cordón, impertérrita mientras la lavaban. Luego alargó una mano y le agarró la barba y balbuceó, al parecer complacida con el mundo que veía. En su brazo derecho, su hijo berreó sin parar cuando le cortaron el cordón y luego se apoyó contra el peto de su padre, agitando los brazos, pestañeando ante la luz.

Eran muy menudos. Kineas jamás había sostenido algo tan pequeño en la vida. Y cuando Nihmu hizo ademán de cogérselos, vaciló. Pero en cuanto los dos se vieron sobre el pecho de su madre sus rostros cambiaron, y la niña contagió su calma al niño y ambos se adormilaron.

Los hombres le palmearon la espalda y las mujeres lo besaron en la mejilla. Tenía dos hijos y una esposa, y estaba vivo.

Y una hora después cabalgaban libres por la arena. Samahe llevaba a su hija a sus espaldas, y Nihmu a su hijo, y Kineas elevó una plegaria a Niké.

—Ha ido tan bien como cabía esperar —dijo Diodoro aquella noche, cuando estaban reunidos en torno a una fogata de tamarisco. Se pasaban una copa espartana de agua, porque era lo único que tenían.

Kineas se entretenía cosiendo las correas de su peto, haciendo agujeros con el punzón de Niceas y pensando en él, mientras Srayanka dormía apoyando la cabeza en su regazo. Sus hijos dormían en una canasta de mimbre tejida apresuradamente, arrimada al fuego para mantenerlos calientes.

—¿Qué parte de mi plan te ha gustado más? —preguntó Kineas.

Filocles estaba tendido sobre su clámide. Interceptó la copa.

—Me ha gustado que muriéramos tan pocos —respondió.

En efecto, si no hubiese sido por Bain y la media docena de sakje que habían presionado demasiado a los macedonios, la acción podría no haberles costado nada. Incluso con el ataque de los persas y el error de Bain, la emboscada había dejado muy pocas sillas vacías.

—Algún día trazaré un plan y lograré que funcione —dijo Kineas.

Filocles asintió.

—Eso será cuando te percares de que estás en los Campos Elíseos —contestó—. ¡Bah, sólo hay agua en esta copa!

Eumenes cogió la copa, bebió un sorbo de agua y enarcó una ceja.

—¿Polytimeros? —inquirió, haciendo girar el agua con cuidado en la copa—. ¿De anteayer? Buen limo, un retrogusto barroso...

Tuvo que agacharse para esquivar el odre de agua que León le tiró. Los jóvenes intercambiaron una sonrisa.

Mientras Filocles desaparecía en la oscuridad, Urvara apareció a la vera de Eumenes, tomó la copa, apuró el contenido y enarcó sus pobladas cejas.

—¿Acaso los griegos nunca os cansáis? ¡Por todos los dioses! ¡Es hora de dormir! —gritó.

Kineas habría jurado que se dirigía a Eumenes.

—Después de una batalla, a los griegos les gusta reunirse y decirse unos a otros que están vivos —explicó Diodoro. Se volvió hacia Ataelo, que apoyaba la espalda contra la de su esposa. Ambos estaban cosiendo; él reparaba una brida, y ella un par de mocasines. Diodoro preguntó—: ¿Qué hacen los sakje después de una batalla?

Ataelo entornó los ojos de tal modo que brillaron con el reflejo de las llamas.

—Por mentir sobre cuántos enemigos muertos —contestó.

Urvara se sentó en el suelo como si le hubieran fallado las rodillas.

—¿Cómo está Srayanka? —se interesó.

Kineas sonrió. No podía evitarlo; sonreía cada dos por tres a pesar del cansancio. Se negaba a acostarse, deseaba quedarse tal como estaba para siempre; victorioso, agitado, ebrio de alegría, con la cabeza de su amada en el regazo.

—Duerme —dijo—. Es dura como una sandalia de diez años.

Urvara miró a los niños.

—Pensaba que íbamos a morir —confesó—. ¡Ja! ¡Estoy viva!

Eumenes, por lo general tan silencioso, sonrió con aprobación.

—Me parece que lo has captado a la primera —comentó.

Urvara cruzó las piernas y se llevó la mano a la barbilla.

—No en la batalla, griego tonto. Cualquier idiota puede sobrevivir a una batalla. Tú lo has hecho.

Diodoro miró alrededor con una expresión de «¿por qué yo?».

—¡La captura! Srayanka siempre por decir que teníamos que irnos y dejarla, y nosotras siempre por decir que nos quedábamos con ella. Pero en mi cabeza pensaba: «¡Cabalgar o morir!» Igual que Irene... —Y entonces Urvara miró al fuego un momento.

Samahe habló:

—Irene murió como una guerrera. Era lancera.

Urvara acogió la declaración de Samahe con un gesto de asentimiento.

—Pero aun así por morir, ¿no? Pero Irene dice: «¡Vete, Urvara! ¡El Hombre de Bronce quiere hacerte daño!» Y yo le temía y temía por Srayanka. —Se encogió de hombros—. No puedo contarlo. Buena parte era miedo de mujeres y sin interés para los hombres; el vientre de Srayanka, los deseos del Hombre de Bronce, ningún ejercicio, y por tratarnos como sacerdotisas de la hierba.

Eumenes, pendiente de cada una de sus palabras, preguntó:

—¿Qué es una sacerdotisa de la hierba? —Como Urvara levantó los ojos y se encogió de hombros, Eumenes prosiguió—: Mi niñera solía hablar de ellas como si ejercieran, ¡hum!, la prostitución.

Urvara lo miró fijamente.

—¿Qué es prostitución? —preguntó.

—Cuando un hombre o una mujer cobra dinero por follar —explicó Eumenes en sakje, usando la palabra sakje más grosera para definir el acto. Aun a la luz de la hoguera, se le vio sonrojarse.

Kineas dio por terminado el remiendo de la correa de su peto. En realidad necesitaba un peto nuevo, pero la correa aún resistiría otra acción. Reía para sus adentros por el azoramiento de su joven capitán de caballería.

Urvara rió a carcajadas.

—Una sacerdotisa de la hierba es una chica que adora la hierba con la espalda —

se rió—. No por cobrar dinero. ¡Por cobrar nada! —Al ver que nadie se reía, se encogió de hombros—. Los macedonios nos tratan como si fuésemos para follar. — Meneó la cabeza—. Nunca por vernos como guerreras.

Kineas se sorprendió acariciando la nuca de Srayanka con la mano libre. Urvara no estaba contando toda la historia; quitaba hierro a algo que le dolía en lo más hondo, y Kineas, que conocía a los guerreros y a los sakje, supo interpretar su ira y su pesar. Pero no se le ocurrió nada que decir, y el momento pasó. Urvara se enjugó los ojos con la mano y se retiró del círculo.

En cuestión de segundos, Filocles surgió de la oscuridad.

—Reconócelo, soy el mejor hombre de este ejército —manifestó, mostrando un odre de vino. Los vítores que desató debieron de oírse hasta en Maracanda. Tras derramar una primera copa a la sedienta arena para los dioses, Filocles volvió a llenarla y la pasó.

León se sentó, y lo mismo hicieron Sitalkes y Darío, y luego los demás, y bebieron juntos. Nihmu apareció al lado de Kineas. Bajó la vista hacia él, con ojos pícaros. Se agachó y besó la frente de Srayanka, y luego le acarició la mejilla a él.

—Así es como te recordarán —le susurró.

—Gracias —respondió Kineas—. Por el parto de los niños.

Nihmu sonrió.

—Me enseñaron —dijo.

—Lo has hecho muy bien. Te estás haciendo mayor.

Kineas cogió una de las placas de oro del vestido de Srayanka, llevaba docenas alrededor del cuello, cortó una con cuidado y se la dio a Nihmu, que estaba radiante por sus alabanzas.

—¡Gracias, señor! —exclamó Nihmu.

Cogió la placa, le sonrió con timidez sin levantar la vista y se esfumó.

Eumenes bebió de la copa y charló con Filocles; luego también se retiró del círculo. Regresó al cabo de un rato acompañado de Urvara, a quien ofreció la copa de vino sin soltarle la mano.

Kineas los observaba sonriente, en cambio no sonreía cuando veía a Filocles apurar metódicamente el odre de vino, bebiendo en silencio para olvidar.

Los olbianos, los sármatas de Lot y los sakje acamparon juntos en un gran meandro del Oxus tras recorrer deprisa mil estadios para eludir las posibles represalias de Alejandro. Fueron a un lugar que Lot conocía en el norte, donde el río fluía hondo junto a la orilla interior y poco profundo en la exterior, y había pasto para diez mil caballos en los alrededores, pasto que ya habían usado otras tribus de paso aunque sin arrasarlo. Mil pabellones, yurtas y carromatos se establecieron a lo largo de las aguas más profundas, y salieron grupos en busca de leña y de venados que se

alejaron hasta veinte estadios. En aquel enclave estarían más cerca de Coeno, cuando éste viniera, y desde allí les sería fácil cruzar el río y dirigirse al este, a la cita en el Jaxartes, cuando los heridos se hubieran restablecido.

Eumenes y Urvara llevaron a un grupo de olbianos y sakje al lugar donde habían tendido la emboscada. Regresaron con más botín y los cadáveres de Irene y de Bain. A los dos se les dio sepultura en sendos kurgans en la margen externa del Oxus. Srayanka declinó officiar y Kineas, a instancias de Nihmu, asumió los papeles de sacerdote y de rey. Diodoro se burló y lo llamó campesino supersticioso, y no sin ánimo de ofender, pero todos acarrearón sus terrones, y la ceremonia y el festín contribuyeron a aplacar algo intangible.

—A este paso, en pocos años todos seremos sakje —dijo Diodoro, metiendo el dedo en la llaga.

—A Kineas le gusta ser sakje —apostilló Filocles.

Kineas estuvo a punto de reaccionar mal, pero se tragó lo que iba a decir y pensó un momento.

—Me gusta su libertad —explicó.

Filocles asintió.

—Sí —afirmó—. Y también que te adoren como si fueras un dios.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó Diodoro—. Yo ya llevo mucho tiempo mordiéndome la lengua. Eres un strategos brillante, Kineas. Por lo que a mí respecta, te seguiría a cualquier sitio. El último ha sido tu mejor trabajo. Hemos puesto en fuga a una fuerza de macedonios que nos doblaba en número y nos hemos escabullido del ataque de otro ejército. ¡Por Ares! Me encanta seguirte. —Miró al suelo entre sus pies y luego, lentamente, volvió a levantar la cabeza—. Pero esto ya empieza a ser demasiado, Kineas. La mayoría de nuestros soldados llevan cuatro duras campañas en dos veranos. Tienes que decirles cuándo podrán regresar a casa.

Filocles asintió.

—Cierto, amigo mío. Hemos salvado a Srayanka y asestado un duro golpe a Macedonia. En lo que a la mayoría de tus olbianos concierne, esta guerra ha terminado y ya es hora de regresar a la patria y contar un montón de mentiras. No son espartanos. Ni siquiera son campesinos macedonios a los que se les ha prometido el mundo. Son hombres que tienen una vida, y tienen ganas de volver a sus casas.

Kineas suspiró.

—Lo sé. Entre los celtas veo la misma fatiga que veo en Eumenes.

Diodoro volvió a inspeccionar el suelo entre sus sandalias.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Kineas se encogió de hombros.

—Cuando Srayanka esté en condiciones, nos vamos al este. —Frunció el ceño—. Los sakje sufren más o menos el mismo desánimo que nuestros olbianos, pero no

tienen adonde ir. Y ya han venido hasta aquí. Todos lo hemos hecho. ¿Qué importa atravesar un desierto más?

Diodoro levantó la vista y ladeó la cabeza como un cachorro alerta.

—No se trata del desierto, sino de la batalla que vendrá luego —dijo—. Y después el camino a casa. Algunos de nuestros heridos no se recobrarán a tiempo para otra acción. Hay soldados que se están poniendo... ¿Cómo decirlo? Si tuviéramos más vino, Filocles no sería el único que se pasa todo el día bebiendo.

Filocles miró sorprendido a Diodoro.

—Bebo lo mismo que cualquier otro hombre —replicó.

Diodoro se encogió de hombros.

—Lo que tú digas, espartano. Así pues, el desierto, la batalla y lo que venga. ¿Cuál es la historia?

—Eso es asunto mío —repuso Kineas. Y suspiró—. Y mi destino me aguarda en Oriente.

Filocles puso los ojos en blanco.

—¡No me digas! —le espetó—. ¿Eres un bárbaro supersticioso o un ateniense? Destino, mis cojones. Eres quien eres, y yo te acuso de usar tus sueños como excusa para seguir a Alejandro hasta el fin del mundo.

Kineas se cuadró, picado por su reprimenda.

—¡Vete al Hades, espartano! —gritó—. Tú has querido esta guerra contra Alejandro desde el principio. Conviene a Esparta. Conviene a Atenas. ¿Y ahora quieres suspenderla? ¿Aquí, en medio del mar de hierba? Con gran espíritu panhelénico, nos limitaremos a volver a casa, ¿verdad?

Filocles señaló a Kineas, ambas manos temblorosas.

—Rétennos aquí por tu gloria, si así debes hacerlo. Pídenos que luchemos para vengar a Irene; era muy apreciada, aun siendo tan esquiva. Pero ahórranos lo de tu destino. Eres griego, no un salvaje regido por tabúes. Su ciega devoción se te está subiendo a la cabeza, Baqca.

Kineas se vio enfrentándose a Filocles con los puños cerrados.

—Conozco bien mis sueños. No miento acerca de ellos —dijo.

Filocles le plantó cara, peligrosamente cerca.

—Cuando te conocí, eras la clase de hombre que se reía de tales sueños. Ahora, en cambio, te gobiernan. —El espartano respiraba pesadamente—. ¿Eres un bárbaro o eres un hombre?

Kineas no cedió terreno. Olía el aliento de Filocles y lo salpicaba su saliva cuando gritaba.

—¡Que te jodan! —soltó—. ¿Desde cuándo Moira no es griega? ¿Cuánto vale ahora tupreciado panhelenismo, espartano?

—¡Qué brillante razonamiento, ateniense! —replicó Filocles—. ¿Eso es lo mejor

que producen vuestras academias? Cualquier espartano puede hacerlo igual de bien...

—Vais a despertar a los bebés —dijo Srayanka. Salió de su carromato envuelta en un chal—. ¿Vais a pelear? Muchos sakje pagarán buen dinero por verlo; voy a buscarlos. Pero alejaros de los carromatos y no despertéis a mis hijos.

Kineas se puso derecho. Filocles mostró una sonrisa de borracho y abrió las palmas de las manos.

—¡Oh! —exclamó Srayanka con impostada desilusión—. Entonces sólo... —no supo cómo decirlo en griego e imitó a un semental encabritándose... como caballos, ¿eh? Pero sin pelea. —Les dedicó media sonrisa y luego se le agrió el humor—. Escuchadme bien, rey de los sakje y espartano. Los sakje van a la asamblea de tropas en el Jaxartes. Ningún hombre de Olbia me debe obediencia —y aquí fulminó a Kineas—, pero mi pueblo irá a la asamblea porque dijimos que iríamos. Llevamos seis lunas cabalgando por el mar de hierba y aun así vamos a ir.

Luego se desinfló como una tienda a la que le quitaran los postes.

—Y tienes razón, espartano —agregó Srayanka—. No tenemos otro sitio adonde ir.

Kineas la agarró por los hombros. En lugar de rechazarlo, como temía, se dejó abrazar.

—Sólo me han llamado rey en tu ausencia —dijo Kineas.

Srayanka dio media vuelta entre sus brazos, y sus ojos le escrutaron el rostro como si acabara de descubrir una imperfección oculta en una vasija.

—No. Tú eres rey. Los caballos de Nihmu y mi vientre te hacen rey. Y aun así no nos debes nada. —Frunció el ceño—. Satrax me advirtió contra este momento. Yo soy una bárbara y tú eres un griego.

Diodoro volvía a estar mirando al suelo entre sus sandalias, pero entonces levantó la vista otra vez.

—Sé justa, Srayanka. Los sakje han sacado un buen provecho de este ejército.

—Nosotros somos bárbaros para vosotros —repuso ella—, como también lo somos para Alejandro. —Escupió. Imitando a Diodoro con exacta pantomima, manifestó—: A este paso, en pocos años todos seremos sakje. —Se apretó la barriga—. Ningún destino podría ser más cruel —agregó en tono de mofa.

Diodoro hizo una mueca.

—Escucha, señora —dijo con los brazos en jarras—. Llevo años de guerra a mis espaldas. Estoy harto. Quiero establecerme en algún lugar y tener una familia y un futuro. Los sakje sois como hermanos para mí, pero añoro el mundo de la palestra y el ágora. ¿Acaso tú serías feliz si te obligara a vivir lejos de la estepa?

Srayanka bajó la cabeza.

Kineas intervino:

—Srayanka, pueden irse a casa si quieren... pero no lo harán. Protestarán y se

emborracharán. —Fulminó a Filocles con la mirada—. Pero... —La miró a los ojos, cuyo asombroso azul era casi negro a la luz de la hoguera—: Pero tienes otras opciones. Puedes regresar, y cuando esto termine... —apretando los dientes, prosiguió—: Las tierras altas entre el Tanais y el Rha... ¿A qué tribu pertenecen?

Srayanka se apartó el pelo de la cara con la mano.

—Es la tierra tribal de los meotes, y tierra de nadie desde hace más de diez años.

Kineas asintió.

—Deja que los granjeros se las arreglen —aconsejó—. La tierra alta es tierra de lobos, peor que Hircania. Nosotros despejamos el camino y pusimos un poco de paz; la suficiente para diez mil caballos. Y en cuanto estés allí para defenderla, los granjeros meotes y los sindones regresarán a sus granjas en el curso bajo del Rha.

Diodoro frunció la boca y miró a Kineas con una nueva clase de respeto.

—Eres más listo de lo que parece —observó. Filocles enarcó una ceja y pareció un sátiro cómico.

—O sea que has estado pensando en otros finales —dijo. Kineas les dio la razón.

—Tuve un invierno entero para oír lo que se decía en Hircania, así como los comentarios de León sobre el comercio oriental —explicó—. Muchos de los olbianos se irán a casa, pero si proclamásemos que vamos a fundar una ciudad, muchos se quedarían.

Filocles sonrió de oreja a oreja.

—¡No nos habías dicho nada de esto! —exclamó—. ¡Es una idea brillante!

Diodoro también sonrió.

—Una ciudad de mercenarios y sakje —dijo—. Me figuro que recibiremos a un buen número de viajeros curiosos.

Los ojos de Srayanka fueron de uno a otro.

—Los sakje se marchan al este, a la asamblea de las tribus —sentenció—. Con rey o sin él —agregó. Pero entonces observó a Kineas con más alegría—. Aunque las tierras altas entre el Rha y el Tanais son un buen sueño, y un sueño puede mantener vivo a un pueblo. —Se encogió de hombros, además que resultó curiosamente griego en ella—. ¿Quién sabe? Quizás incluso llegue a hacerse realidad.

Kineas la miró.

—Tal vez deberíamos casarnos, ¿no crees? —le preguntó.

—Esposo, llevamos casados desde la primera vez que hicimos de semental y de yegua —respondió Srayanka—. A los sakje nos trae sin cuidado la pompa mientras podamos coger la trompeta. Ahora bien —sonrió con complicidad—, nunca digo que no a una buena fiesta. Y todos nuestros hombres y mujeres necesitan algo que guardar en su mente que no sea miedo y muerte.

En el carromato se oyó un movimiento, un distante golpe sordo y un sonoro gemido.

—¡Oh, diosa! —maldijo Srayanka, y le echó una carrera a Kineas hacia la cama del carromato.

Según los cálculos de Kineas, el banquete para celebrar su boda y su victoria coincidiría con la Panathenia, un festival dedicado a Eros y Atenea. Calculó la fecha con un ojo atento a la hierba de las llanuras y a la velocidad con que su esposa y los heridos se recuperaban.

—Nada podría ser más adecuado —dijo Diodoro, cuando aún no era más que un proyecto. Se le veía con Filocles conspirando por todos los rincones del campamento.

La llegada de Coeno hizo posibles las celebraciones. Los exploradores se la anunciaron con antelación, y entonces Samahe lo localizó y trajo su columna al campamento, donde fue recibido con grandes muestras de júbilo tanto por parte de los sakje como de los sármatas y los olbianos.

La columna de Coeno llegó con veinte soldados de caballería para reemplazar las bajas, cien pesados caballos de combate de las llanuras del sur de Hircania, cuarenta talentos de oro, su nueva prometida Artemisia y noticias.

Y vino.

El vino corrió durante una semana como si estuvieran en las llanuras de la Arcadia en lugar de las de Sogdiana. Los olbianos pagaron a doncellas sármatas para que les tejieran guirnalda de unas hojas lustrosas que se parecían mucho al laurel, celebraron la fiesta de mediados de verano dedicada a Afrodita con unos pocos días de retraso y ningún hombre ni mujer anduvo del todo sobrio.

La mujer de Coeno estaba sentada con Safo, vestida recatadamente. Ambas habían estado cosiendo y bordando sin cesar, lavándose las manos con frecuencia y ocultando su labor de los ojos curiosos.

—Has explicado el plan a los caballeros, colijo —aventuró Coeno.

Kineas asintió, masticando pan ácimo hecho con harina buena.

—Se lo propuse a Srayanka, y también a Diodoro.

Filocles agitó su pedazo de pan para llamar la atención.

—Y a mí también —dijo con la boca llena.

Coeno extendió los brazos hacia el oeste.

—Pues ya se está haciendo realidad —anunció—. Herón puso a cien hombres en el fuerte del Rha a las órdenes de Crax y luego envió su escuadrón de caballería a despejarme el camino. Crax es el señor de toda la desembocadura del Rha y ha reclutado hombres en tu nombre. —Coeno sonrió con ironía—. Yo también recluté hombres en Olbia y Pantecapaeum, y añadí los míos a los suyos en vez de enviarlos a través del Caspio. Muchos de ellos ya habían adivinado cuánto oro y plata llevaba conmigo. —Se encogió de hombros.

—¿Y Likeles? —preguntó Kineas.

—Tampoco es tan tonto —contestó Coeno con cariño—. Aunque no tenía ni idea de cómo estaba siendo utilizado. Se lo dejé bien claro. Pero ya verás: habrá guerra en las ciudades antes del próximo verano. Heraclea, la plaza más poderosa del Euxino, está anunciando que se apropiará de las ciudades de la costa oriental, y ni Olbia ni Pantecapaeum están preparadas.

—¿Y Herón?

—Herón va reuniendo e instruyendo poco a poco un ejército compuesto por la escoria de Hircania, con Leóstenes como capitán y Licurgo como gobernador de Namastopolis. —Coeno sonrió—. No hace daño a nadie, y su oro retiene a los mejores hombres con nosotros. El resto ya ha ido al sur por las montañas hasta Partia. Allí abajo se la tienen jurada, como en cualquier otro sitio donde impera el mandato de Alejandro. Es una locura que permanezca en Oriente. Sus tierras más occidentales van a abandonarlo. —Coeno meneó la cabeza—. Y para colmo, él también está reclutando griegos.

Kineas negó con la cabeza.

—No soy de los que adoran a Alejandro —dijo—, pero hace un año el tirano de Olbia me contaba que Parmenio lo enterraría. Ahora Parmenio está muerto. Alejandro tal vez esté loco, por sus venas tal vez corra orgullo en lugar de sangre, pero es muy astuto en lo que a gobernar hombres se refiere.

Diodoro sonrió con dureza.

—Nosotros le hemos ayudado.

Coeno asintió.

—No voy a discutir con vosotros. Antípatro está muerto de miedo. Olimpia es un elemento a tener en cuenta, o eso dicen. —Bebió vino—. Ares, pero aquí todo eso parece muy lejano.

Diodoro sonrió como un zorro.

—La política tal vez quede lejos, pero el rey dios está a menos de mil estadios en aquella dirección. —Señaló hacia Oriente—. Probablemente, a menos.

Coeno se incorporó como si le hubiese picado una avispa.

—¡Pero si es menos distancia de la que separa a Esparta de Atenas!

—Precisamente. —Diodoro alargó el brazo más allá de su amigo y se sirvió vino—. Sus patrullas y las nuestras ya marchan por el mismo terreno. Si él no estuviera tan pendiente de Espitamenes, ya andaría tras nosotros.

—O sea que Crax se halla en el fuerte de Errymi —interrumpió Kineas.

Coeno se mesó la barba.

—Es un buen señor, y los meotes lo aprecian. Sus patrullas los mantienen a salvo. Ya se han establecido nuevas granjas a orillas del Rha, yo recorrí la línea divisoria hasta el Tanais; una entrada por salida, para entendernos. Hablé con los granjeros del

Tanais. Saben que ahuyentamos a los bandidos. A no ser que los gravemos con impuestos excesivos, se alegrarán de tener un señor y una ciudad.

Kineas volvió a negar con la cabeza.

—Todavía no he prestado juramento al respecto.

Coeno apuró los posos de su vino.

—¡Tonterías! —repuso—. Tal como están las cosas, pueden darse por hechas.

Safo sonrió, lo mismo que Artemisia, y Srayanka se rió, las tres con la vista puesta en los dos bebés.

Filocles dio una palmada a Kineas en la espalda.

—¿Serás rey? —inquirió.

Kineas aún se reía cuando Upazan pasó cabalgando cerca de allí y algo en la tensión de los hombros del joven le cortó la risa.

—Preferiría fundar una ciudad con una asamblea —contestó.

Srayanka se encogió de hombros.

—Nosotros también tenemos asambleas. Pero tenemos señores para la guerra. Si hacemos esto, creo que deberíamos tener un rey.

Nihmu entró en el círculo de los adultos y cogió un pedazo de pan caliente.

—El tiempo de los reyes se aproxima —vaticinó. Sonrió disculpándose, ya fuese por sus palabras o por el pedazo de pan—. El tiempo de las asambleas ya casi es parte del pasado. —Sonrió con timidez—. Eso es lo que dijeron los sacerdotes en Olbia.

Filocles la miró y frunció el ceño. Estaba adormilado por el vino.

—¿Por qué tiene que ser tiempo de reyes, niña? Esparta tiene reyes, y no puede decirse que esté en su mejor momento —observó—. ¿Y por qué siempre haces como si fueras una vidente bárbara?

Safo meneó la cabeza.

—La niña sólo dice la verdad, Filocles. ¿Y acaso no era griega Casandra, y no bárbara?

Kineas asintió.

—Nihmu, tus sacerdotes son aristócratas hasta el último hombre y desean una época de reyes. Los malos profetas predicen el futuro que les interesa. Los buenos profetas sólo dicen lo que los dioses les envían.

—Vaya, ahora resulta que la culpa es de los aristócratas, ¿no? —preguntó Filocles.

—Vete a la cama —repuso Safo—. Estás discutiendo, no debatiendo. —Susurró algo a Nihmu para que se marchara, y Kineas tuvo claro que ella había enviado a la niña en busca de Temerix.

Filocles se tomó a mal su tono. Se levantó.

—Lamento que mi ingenio no esté a tu altura, señora —dijo, y desapareció en la noche.

Tras dedicarle una mirada de preocupación, Safo tomó a Diodoro de la mano y se lo llevó consigo.

Srayanka le dio el pecho a su hija.

—Si esa niña es hija de Kam Baqca —quiso saber—, ¿quién fue su madre?

Kineas bebió vino y meneó la cabeza.

—Me lo dijo. Pero ya no me acuerdo. Su abuela era una señora que llevaba tu nombre.

—¿En serio? —exclamó Srayanka—. ¿Srayanka, la arquera? Eso nos convertiría en primas. ¿Por qué no la conozco?

—Ni idea, querida. Yo no me crié aquí. —Kineas le acarició el pelo y luego cogió en brazos a su hija, maravillándose una vez más ante sus diminutas manos y pies, y por cómo estaba saliendo todo. Y por lo que le hacía sentir sostener a una criatura en brazos.

—Me da miedo —dijo Srayanka—. Y, si Kam Baqca se acostó alguna vez con una mujer, creo que yo debería saberlo.

Kineas enarcó una ceja.

—A mí me cae bien. Incluso cuando hace de Casandra.

Srayanka cogió a su hija y le dio el otro pecho.

—¡Tragona! —murmuró—. A lo mejor me equivoco, amor mío. Kam Baqca era un ser muy extraño y sacrificó su virilidad, ¡hum!, hace siete años, o quizás ocho. De modo que puede ser.

Kineas entendía muchas cosas de los sakje, pero el cambio de género de Kam Baqca le revolvía las tripas y optó por cambiar de tema.

—¿Estás lista para la boda? —preguntó.

Srayanka cambió de pecho mientras Samahe vino a sacar al niño de la canasta y empezó a cambiarlo.

—Ya estamos casados, esposo. Pero será bueno para tus griegos asistir a la ceremonia, y todo nuestro pueblo desea beber vino. —Sonrió y a su vez cambió de tema—: Me gusta la esposa de Lot.

Kineas dejó que sus ojos siguieran a Upazan.

—Ojalá pudiera darle un hijo —dijo.

Srayanka chasqueó la lengua.

—Deja de pensar como un griego. Su hijo no será su heredero. Ésa no es la costumbre sármata, como tampoco lo es la sakje ni la masageta.

—Pero su hijo podría ser su heredero —repuso Kineas.

Srayanka asintió.

—Es menos probable entre los clanes orientales que entre los occidentales, aunque posible. Pero Upazan es su heredero y ningún hijo de Monae cambiará eso. Pero aún son jóvenes, y Lot está en la plenitud de su vida guerrera. ¿Qué te

preocupa?

—Upazan lo quiere muerto. Upazan nos odia, aunque no sé por qué motivo.

—El único motivo es la locura de juventud. —Sonrió—. Lot tendría que haberlo llevado a Occidente.

Samahe se levantó con su labor envuelta en un retal de lino.

—Esta niña ya ha tomado suficiente leche —dijo. Y alargó los brazos para coger a la niña, que lloró hasta que su padre la hizo callar. Kineas jugaba con ella mientras su hijo se agarraba al pezón de Srayanka por momentos.

—¿Cuándo los bautizaremos? —preguntó Kineas con su hija en brazos.

—Los bautizaremos en la ceremonia. Tendrán un mes, y es una buena edad.

—¿Nombres griegos o sakje? —preguntó Kineas, procurando que pareciera no dar importancia al detalle.

—Ambos, me parece —contestó Srayanka—. Sático, Satrax, para nuestro hijo. Y Melisa, Melita para ti, para nuestra hija.

Kineas hizo una reverencia.

—¡Buena elección! —exclamó—. Mejor para mí no haber intervenido. —Sonrió a su hija y le acarició la mejilla—. ¡Hola, abejita! —la saludó.

El bebé abrió los ojos de golpe y su diminuta mano le agarró el dedo.

—Ya te ha conquistado —rio Srayanka—. ¿Y qué ibas a saber tú de elegir nombres sakje? —le preguntó. Pero los ojos le brillaban. Se besaron.

—Tu vestido ya está casi terminado —comentó Samahe.

Srayanka se rió. Le encantaba vestir bien, y estaba contentísima con la idea de ponerse un vestido de seda.

—Me muero de ganas de verlo —confesó—. Tendré que vendarme los senos para no gotear leche.

Kineas entregó su hija a Samahe.

—Hay cosas que más vale que un hombre no oiga —dijo.

Al parecer, todo el mundo asistió a su banquete. Los sármatas, los sakje y los olbianos, y mercaderes persas e incluso uno del remoto reino de Kwin, que fue quien suministró la seda para confeccionar el vestido persa color crema de Srayanka, bordado en el dobladillo y todas las costuras con animales y otros motivos griegos y persas según la mujer que en cada momento había estado disponible para echar una mano en la labor. Srayanka lucía el pesado gorjal de oro propio de su rango y un peinado alto como el de una sacerdotisa, y a un costado llevaba la espada de Ciro con empuñadura verde en una vaina de oro. A Kineas le parecía una de las diosas antiguas que había visto en Ecbatana.

Kineas se despertó el día de su banquete para descubrir que él también tenía un magnífico regalo: en primer lugar, una túnica de lana del mejor paño sogdiano, hecha

uniendo dos chales y decorada con tal derroche de imaginación que ningún caballero ateniense la habría juzgado apropiada como prenda de uso cotidiano. Sus amigos griegos le habían restaurado las sandalias y también le entregaron una corona de laurel de oro para que se la pusiera en la cabeza.

Pero el regalo más espléndido aguardaba delante del carromato, colgado en una percha de armadura para que todos lo admiraran: una loriga de estilo sármata con hileras alternas de escamas de bronce plateado y de esmalte dorado y azul, cuidadosamente dispuestas en docenas de tamaños distintos para cubrirle el torso y los hombros a la perfección, estando las escamas cosidas a un nuevo thorax de cuero. La coraza resultante era pesada, aunque no más que sus deteriorados peto y espaldarón atenienses, y resplandecía bajo el sol veraniego junto a las espinilleras griegas doradas y un guantelete a juego que Temerix había hecho en secreto. Su yelmo, recompuesto, tenía un nuevo penacho azul.

Diodoro acarició el guantelete como si fuera el brazo de una mujer.

—En Italia los usan —comentó.

—Cratero llevaba uno en Arbela —comentó Kineas—. Todos lo admiramos. — Se rió—. Me figuro que no quedaría bien que llevara armadura para casarme.

—Demasiado pronto —repuso Nihmu, haciendo la vertical.

Hubo juegos, juegos sakje y juegos griegos, con carreras de caballos y combates de lucha y torneos de tiro al arco, de distancia y puntería, y en cuanto el vino y la leche de yegua fermentada comenzaron a correr, las competiciones siguieron su curso y los contendientes se apresuraron en busca de sus raciones de bebida. Kineas y Srayanka entregaron premios a los vencedores, sentados juntos de la mano en un montón de pieles bajo el rojo atardecer, con sus hijos en canastas a sus pies.

—¿Te acuerdas? —preguntó Kineas—. ¿En el mar de hierba, cabalgando para ir a ver a Satrax?

Srayanka se rió con él.

—Yo no sabía ni diez palabras de griego —confesó—. Pero ¡ay, cuánto te deseaba! —Lo miró a través de las pestañas, una mirada tanto más bella por lo poco que la prodigaba, siendo más a menudo generala de caballería que amante—. Nos dimos las manos, me parece.

Bailaron y comieron y bebieron vino hasta la puesta de sol, y entonces bailaron y cantaron y bebieron más vino tinto de Quíos que sabía a frambuesas, y comieron carne de venado sazónada con pimienta, que era muy fuerte para algunos de los griegos pero que hizo las delicias de otros. Tenían pan, sabroso y recio pan griego, porque Coeno había traído harina de Olbia a través de todo el mar de hierba. Y los olbianos tuvieron la salsa de pescado de los meotes, que tanto les gustaba, para sazonar su pan, y aceite de oliva por primera vez en tres meses, mientras que los sármatas y los sakje probaron la comida griega y ofrecieron su plato de cordero y

potro especiada con tortas y miel.

—Yo compré sidra —recordó Coeno—, pero ya se empezaba a picar cuando alcancé a Crax en el viaje de regreso, y nos la bebimos para que no se echara a perder. —Sonreía y hablaba despacio, el perfecto aristócrata aún borracho como una cuba—. Brindamos a vuestra salud, por supuesto.

Habían preparado una hoguera del tamaño de tres hombres de buena estatura, con tamarisco y sauce en lo alto, y el fuego prendió en un periquete tras la bendición de un sacerdote persa que había acudido con los mercaderes, y cobró vida rugiendo de tal modo que notabas el calor en la espalda incluso a una distancia de tres largos de caballo. El olor a cedro quemado del tamarisco se mezclaba con la madreselva tardía y el rosal silvestre que crecían en cada matorral del valle del río.

Les ofrecieron brindis y obsequios, y bautizaron a sus hijos bajo los últimos rayos de sol en la cima del kurgán de Irene y Bain, de modo que las espadas de los dos héroes caídos captaron la luz y parecieron ungir las cabezas de los dos infantes.

Ajenos a toda aquella gloria espiritual, los bebés rugieron contra el duro destino que les aguardaba y recibieron el aplauso de la multitud pese a sus malos modales. Al fin y al cabo, sólo contaban un mes.

Y luego muchos de los hombres griegos aparecieron, borrachos, cantando canciones obscenas cuyo significado Srayanka sólo podía adivinar; tampoco es que fuese una adivinanza complicada, dado que la mayoría de ellos llevaba gigantescos falos erectos sujetos a la entrepierna, y habían convencido a unas cuantas chicas sakje para que se mostraran lascivas. Aporreando sartenes y ollas, besuqueándose con buenas intenciones, esta escandalosa escolta los acompañó a su carromato. La serenata se prolongó hasta que Srayanka dijo que iban a despertar a los niños.

—¡Esto no se oye cada día en una boda ateniense! —gritó Diodoro, y enseguida se marcharon.

—Habrás más vino que leche en estos pechos —comentó Srayanka cuando por fin se quedaron a solas.

—No hay motivo para que los niños no compartan el banquete con nosotros —repuso Kineas—. En casa, habrías tenido un ama de cría.

—¿En Grecia, te refieres? Un ama de cría, y esclavos, y una vida en unas cuantas habitaciones. —Frunció el ceño—. Me temo que te has casado con una bárbara.

—Y bien, reina bárbara, ¿qué vas a querer como regalo de boda? —preguntó Kineas, besándole el cuello debajo de la oreja.

—¡Hum! —exclamó Srayanka—. ¿Mmmm? —murmuró. Se rió de él y lo apartó—. ¿Recuerdas lo que ocurrió la última vez?

—¿Los asesinos que atacaron el carromato? Por Zeus, eso parece de otra época. Se rió y se acurrucó a su lado.

—Incluso entonces, lo que quería era llevar a mi pueblo a la guerra contra

Alejandro —confesó Srayanka—. Y lo sigo queriendo. Cuando hayamos combatido con él, ganemos o perdamos, podremos regresar a las tierras altas del Tanais. Seremos el rey y la reina de un pueblo unido. Nuestros hijos gobernarán después de nosotros. —Le besó la mano—. Quiero que lleves a tu pueblo a la asamblea de tropas, rey Kineas. Eso es lo que quiero.

Kineas sabía cuánto le iba a costar cumplir aquella promesa. Soñaba con el árbol y el río casi cada noche. Pero la miró a los ojos y pensó que algunos destinos no eran tan funestos como parecían.

—¡Pues a por Alejandro! —dijo.

Parte V

La elección de Aquiles

—¿Acaso estoy rodeado de idiotas? —preguntó Alejandro a los oficiales reunidos. Silencio.

—Este país no está sometido —respondió Alejandro con detenimiento—. Estamos en guerra con cada roca y cada árbol. No hay lugar para la vacilación ni la duda, ni para descuidos militares.

Los oficiales macedonios estaban rojos de ira y vergüenza. El cuadro de oficiales persas y sogdianos allí presentes agravaba su humillación.

Alejandro no era muy dado al panhelenismo, pero éste tenía sus usos.

—Dos mil helenos han muerto a manos de bárbaros. Ni siquiera los superaban en número. Simplemente fueron poco cuidadosos.

Cratero, un oficial de los Compañeros, y Tolomeo, el jefe más joven de las falanges, intercambiaron una mirada. Alejandro los vio. Parecía que fueran a manifestar alguna discrepancia. Él estaba dispuesto a aplastarlos. Sin embargo, tras intercambiar la mirada, se calmaron.

Alejandro levantó un brazo.

—Caballeros, si tenéis la bondad de dirigir la atención al lecho del río...

Justo al norte, un afluente bajaba de los montes sogdianos hacia el Jaxartes. El lecho del río estaba prácticamente seco en pleno verano, y sucesivas incursiones habían arrasado con todas las ramas de maleza aptas para quemar y con todas las hojas verdes utilizables como forraje, de modo que el cauce parecía una mina a cielo abierto. En ese barranco se hacinaban seis mil prisioneros con la expresión perdida, atados con cuerdas cortas a estacas clavadas en el suelo arenoso. Alineados en ambos lados del cauce había soldados, veteranos macedonios y algunos de los reclutas sogdianos más recientes. Los sogdianos, en su mayoría, tenían vínculos familiares con los presos.

Alejandro dio la señal convenida y todos los hombres, macedonios y bactrianos, iniciaron la masacre de los seis mil prisioneros. Por lo general, las víctimas sucumbían a la fatalidad, aunque de vez en cuando algún hombre oponía resistencia, forcejeando inducido por el pánico o por ser demasiado testarudo para caer sin haber luchado. Los verdugos se acercaban a ellos con las espadas chorreantes de sangre y los liquidaban. Quienes plantaban cara tardaban más en morir y quienes agachaban la cabeza ante el filo acortaban su sufrimiento.

Alejandro asistió al macabro espectáculo el tiempo que tardaron en morir mil hombres.

—No quiero ni una equivocación más —declaró—. Y tampoco deseo ver ninguna

muestra de indulgencia. —El aire del atardecer apestaba a sangre, como si el ejército estuviera descuartizando bueyes para proveerse de carne—. Os quedaréis todos vigilando hasta que estos rebeldes hayan muerto. Luego podéis retiraros.

Dio media vuelta y se marchó, seguido por Hefestión y Crátera. Ninguno de ellos caminaba con su acostumbrado aire arrogante.

Alejandro se volvió antes de haber dado diez pasos.

—¡Eumenes! —llamó, y el único griego de su Estado Mayor acudió de inmediato.

Una vez en su tienda, chasqueó los dedos para que le sirvieran vino.

—Me preocupa que estemos enseñando a los rebeldes a no rendirse —dijo Eumenes.

Alejandro se sentó pesadamente en su diván e hizo girar el vino en la copa.

—A mí me preocupa lo mismo, pero había que dar un castigo ejemplar.

—¿Por Espitamenes? —preguntó Hefestión, y Alejandro negó con la cabeza al tiempo que entrecerraba los ojos.

—No —contestó—. Por esa reina escita, Zarina. Y por mis propios macedonios. —Se volvió hacia Eumenes—. ¿Tienes aislados a todos los supervivientes de la columna de Farnuques?

—¡Sí, majestad!

Eumenes percibía la furia del león desde la otra punta de la estancia como el calor de una hoguera.

—Había pensado ejecutarlos junto con los rebeldes —comentó Alejandro—. Pero me pareció que eso daría un mensaje erróneo. Aún le estoy dando vueltas. Diles de mi parte que, si llega a mis oídos un solo comentario del ejército sobre este desastre, haré matar a un hombre de cada fila. Y, si oigo más, los mataré a todos. —Inspiró profundamente—. ¿Queda claro? —preguntó al cabo de un momento—. Es una orden. —Miró a Eumenes—. También hemos perdido a nuestras Amazonas. Espitamenes se estará riendo con ganas a nuestra costa.

Eumenes eludió sus ojos.

—No creo que Espitamenes tendiera la emboscada a Farnuques.

Hefestión resopló sobre su copa de vino.

—¿Qué? —le espetó—. No seas idiota. Yo mismo interrogué a unos cuantos supervivientes.

Eumenes estaba hasta la coronilla de Hefestión, por eso no fue tan cauto como debía.

—¿En serio? ¿Y ninguno de ellos mencionó que el enemigo tenía caballería griega?

—¿Qué significa esto? —preguntó Alejandro, tajante como la espada de un verdugo.

Hefestión se encogió de hombros.

—Diomedes, el Compañero superviviente, dijo que había luchado contra un griego. Me parece que ha perdido el juicio.

Eumenes negó con la cabeza. Hefestión lo fulminó con la mirada, y el otro hizo caso omiso del favorito y miró al rey.

—Diomedes sostiene que toda la operación se montó para rescatar a las amazonas y que la llevaron a cabo dahae y griegos. —Envalentonado, agregó—: Pedí a Kleistenes que me asistiera en los interrogatorios. En su opinión, los soldados de la caballería enemiga que mejores corazas llevaban eran sármatas, con quienes no nos habíamos topado hasta el momento.

—¡Por el trueno de mi padre! —maldijo Alejandro—. ¡El rey de los sármatas duerme en mi campamento y come de mi comida, y sus guerreros sirven a Espitamenes! ¡Haced venir a Farasmenes! —A Eumenes, le dijo—: Maldigo la pérdida de las amazonas. Eran algo tangible. Una prueba visible de nuestras conquistas, como los elefantes. Algo para mostrar.

Hefestión se sonrojó.

Alejandro esbozó una sonrisa.

—Quiero recuperarlas. O reemplazarlas con otras igual de hermosas. Si tengo que cruzar el Jaxartes con el ejército, lo haré.

—Creo que no es el mejor uso que quepa dar a nuestro activo —murmuró Eumenes.

—Tú no eres indispensable, griego. ¡Aquí mando yo! He aplastado a los rebeldes y recuperado todos nuestros fuertes —dijo Alejandro con la mirada perdida en la distancia—. Cuando derrote a esa reina Zarina, habrá amazonas para cada hombre del ejército.

Eumenes sabía que se avecinaba la tormenta. Levantó la cabeza y miró a Alejandro directamente a los ojos.

—Te resultará casi imposible reclutar a más mercenarios —advirtió.

—Los soldados griegos son como la nieve en las montañas —repuso Alejandro con desdén.

Eumenes no dio su brazo a torcer.

—Cada uno de los sátrapas está reuniendo un ejército. La lección de Parmenio no ha sido en balde. Además estamos muy lejos de Grecia, majestad. No somos los que mejor pagan, y los matamos como si fueran reses. Mil con Farnuques, dos mil en los fuertes del Jaxartes... y éstas sólo son nuestras pérdidas más recientes.

—Los tesalios están al borde del motín —terció Cratero—. ¡Cabrones desagradecidos! —Avinagrado, agregó—: Y el joven Tolomeo dice que la moral de las falanges no es mucho mejor.

Eumenes miró a su alrededor.

—¿Desagradecidos? ¡Eran nuestra mejor caballería!

—Pero preferían a Parmenio antes que a mí —replicó Alejandro—. Lo mejor será mandarlos a casa.

—¿Y con qué los reemplazamos? —preguntó Cratero—. ¿Más persas?

—Bactrianos, sogdianos... Esos no son persas de mano blanda. Son hombres de guerra, como nuestros macedonios. Hombres de monte, como nosotros. —Alejandro se explicaba como si se dirigiera a un niño.

Cratero levantó la voz:

—¡Por los huevos de Ares, Alejandro! Deja ya de engañarte. ¡Son jodidos persas! ¡Orientales! ¡No ven la hora de apuñalarnos mientras dormimos!

Eumenes reprimió una sonrisa. Cratero recitaba su parlamento como si hubiese sido escrito para él, y sería él, y no Eumenes, quien padecería la ira del rey.

Sin embargo, Alejandro los sorprendió a todos al conservar la calma.

—Entiendo tu preocupación, Cratero; y la tuya, Eumenes. Pero debo tener caballería para esta guerra, y dejar a los sogdianos ociosos sería invitarlos a unirse a mis enemigos.

Levantó la pierna. Lo había alcanzado una flecha; una herida limpia, aunque seguía supurando pus y la víspera le había salido una astilla de hueso. Eso hacía que el rey se sintiera mortal y falible.

Eumenes exhaló lentamente.

—¿Podríamos, al menos, asegurar Maracanda en la retaguardia antes de cruzar el Jaxartes? —preguntó. Alejandro asintió.

—Yo mismo llevaré una columna en una incursión relámpago. —Miró a Hefestión, pareció a punto de decir algo y luego negó con la cabeza—: No, tendré que hacerlo yo; otro desastre como el del Oxus, y todo el tejido comenzará a deshilacharse. Estaré fuera dos semanas. Espitamenes no tiene agallas para oponer resistencia; romperá el asedio. Si soy lo bastante rápido, lo alcanzaré. Si no, regresaré e intentaremos tomar por sorpresa a los bárbaros y nos enfrentaremos con los masagetas. —Les dedicó una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora—. Su reina tendrá amazonas.

La mañana siguiente llevó a Kineas noticias de otro cariz sobre su banquete de bodas. Se habían dicho palabras malsonantes e intercambiado algunos golpes; miradas de soslayo, problemas en las filas de caballería, gritos.

Kineas oyó lo ocurrido de boca de Ataelo, que tenía un corte en el brazo, y observó a los hombres y mujeres que éste tenía detrás difundiendo el rumor con los ojos. Los prodromoi eran un grupo muy unido y se consideraban la élite de todo el contingente. Ataelo los estaba convirtiendo en su propio clan, proceso contra el que Srayanka ya le había prevenido. Kineas había aprendido lo suficiente sobre política escita para saber que los líderes débiles perdían a sus seguidores ante líderes fuertes, y que aun cuando un clan tuviera un gran líder, algunos hombres y mujeres se iban en busca de pastos más verdes.

—Garait, por besar a esta mujer —dijo Ataelo—. ¿Derva de los sármatas? ¿La conoces?

Kineas negó con la cabeza, quedando en evidencia al no conocer a toda su tropa.

—No —admitió.

Ataelo negó con la cabeza a su vez.

—Derva era *paradatám* de Aurvant de los sármatas. Pero estaba besando a Garait. —Se encogió de hombros e hizo una mueca, porque le dolió la herida del hombro—. Por eso Aurvant es para ir a Upazan, que es su jefe.

Srayanka se plantó detrás de su esposo con los brazos en jarras.

—No es una buena historia, Ataelo —comentó en sakje. Ataelo inclinó la cabeza, pero dijo:

—Estos jóvenes son mi pueblo. Derva ha negado su *paradatám* el número de días requerido.

—¿Y luego qué pasó? —preguntó Kineas. Ataelo frunció el ceño.

—Upazan y Garait por gritar —dijo en griego. Miró a Kineas a los ojos—. Upazan pega a Garait, y León pega a Upazan. Upazan saca una espada. Corta a Garait. Me interpongo para parar tonterías de chicos y me llevo esto. —Con un gesto avergonzado indicó su herida. Llevaba el brazo del arco en cabestrillo.

—¿Qué pinta León en todo esto? —inquirió Kineas, perdiendo la paciencia.

Srayanka entornó una pizca los ojos y meneó la cabeza.

—León ama a Mosva de los sármatas.

—¡Ya lo sé! —exclamó Kineas.

—Lo mismo que Upazan —dijo Srayanka, como si hablara con un niño un poco corto de luces—. ¿Qué quieres, Ataelo?

—Pido por matar a Upazan —solicitó Ataelo formalmente tras concluir su testimonio—. Hombre a hombre y caballo a caballo.

Kineas miró a Srayanka, que simplemente negó con la cabeza.

—¿Soy tu reina, Ataelo? —preguntó.

Ataelo miró alternativamente a Kineas y a Srayanka. Siempre había dejado clara su condición de masageta, no de sakje. De visitante, no de súbdito. Pero era un hombre de Kineas hasta la médula; Kineas lo había convertido en quien era. Esto también era política escita.

Aunque el día era caluroso, flotaba algo en el aire y se veían relámpagos por la parte del desierto. Kineas se inclinó hacia delante para hablar, pero Srayanka le puso una mano en el hombro para retenerlo.

Ataelo hizo una súplica muda a Kineas y, al no obtener respuesta, dijo:

—Sí.

—¿En serio? ¿Eres sakje? —Srayanka era implacable.

—Sí —repitió Ataelo.

Srayanka dedicó una breve sonrisa a Kineas.

—De acuerdo con lo que ha declarado, está sujeto a nuestra justicia. —Hizo un gesto de asentimiento—. Sería un agravio a las buenas costumbres permitir que lucharas con el hijo de la hermana de Lot. Tráeme a ese tal Garait.

Garait compareció con el pelo trenzado con esmero y su mejor túnica.

—¿Cuántos caballos tienes, Garait? —preguntó Srayanka.

—Tengo veinte caballos de mi propiedad —contestó él en sakje, y su orgullo fue ostensible para cuantas personas había en la tienda. Veinte era una excelente cantidad para un hombre tan joven; claro está que, naturalmente, después de dos años de guerra había tenido ocasión de reunidos—. Ningún poni. Ningún caballo para carne. Doce tesalios altos y fuertes. Cuatro ponis getas para todo tipo de trabajos. Cuatro caballos de los nuestros para montar.

Srayanka asintió.

—¿Y cuál es el precio de novia de Derva?

Garait se encogió de hombros.

—No lo sé —contestó.

Srayanka miró a Kineas.

—¿Confías en mí para manejar esto? —le preguntó en griego.

—Conoces las costumbres mejor que yo —contestó Kineas.

—Hablaré con el príncipe Lot. Mientras tanto —Srayanka se volvió de nuevo hacia Garait—, tienes prohibido acercarte a menos de veinte largos de caballo de ella. No puedes hablar con Upazan ni aceptar o retarlo a un duelo. Llegado el caso, me lo envías a mí.

—Sí, señora —asintió Garait con una inclinación de cabeza, gesto equivalente a

una reverencia entre los persas. Luego Srayanka llamó a León, que estaba sospechosamente cerca, también muy bien aseado y con su mejor túnica. Parecía que le estaba saliendo un buen moretón en torno al ojo izquierdo, con la piel negra casi púrpura bajo el sol.

—¿Tienes intención de casarte con Mosva? —preguntó Srayanka.

El negro asintió con gravedad.

—Si ella me acepta —respondió León.

—Acuerda el precio de la novia y págalo —le dijo Srayanka—. Y date prisa. Vuestro flirteo nos perjudica a todos, León.

León sonrió.

—No suelo tardar en cerrar un trato —se excusó—. Sólo que había pensado aguardar hasta que la campaña hubiese terminado.

—Escucha, nubio, si tuviera que aconsejarte, te diría lo siguiente: averigua el precio de la novia esta noche. Entabla conversación con Lot; pregunta con indirectas. Compra los caballos que necesites y estácalos con su manada, y rapta a Mosva de su tienda y llévatela a la tuya. Hazlo ya.

León hizo una reverencia.

—Vivo para servirte, señora —dijo.

Pero Srayanka parecía atribulada.

Cuando se hubieron marchado, Kineas se volvió hacia Diodoro.

—Esto es lo que ocurre cuando se está demasiado tiempo ocioso. Quiero más patrullas, al sur para vigilar a Alejandro y al este para seguir la ruta de nuestra marcha. Y un explorador que busque abrevaderos y pastos hacia el este; Ataelo no, que está herido. Tenemos que movernos.

Diodoro se rascó la barba, una barba que mostraba una sorprendente cantidad de canas.

—Sabrás que nos topamos con unos exploradores de Alejandro hace tres días, cerca del Oxus.

Kineas había tenido tiempo de enterarse pese al trajín de los preparativos del banquete. El encuentro había tenido lugar a dos días a caballo hacia el sur; no lo bastante cerca para que supusiera una amenaza para el campamento, pero sí lo suficiente para que le prestara atención.

—Lo sé. Que los exploradores salgan de inmediato. Casi todos nuestros heridos están en condiciones de montar. Me gustaría abandonar este campamento dentro de dos días.

Diodoro asintió.

—Cuanto antes, mejor.

Diodoro y Parshtaevalt organizaron una serie de patrullas por relevos que se alejaron hacia el sur, cubriendo un arco de posibles vías de aproximación entre los

macedonios, los persas y su campamento. Con la ayuda de los sármatas de Lot, contaron con guerreros de sobra para montar las patrullas y los relevos contribuyeron a aliviar el abuso que diez mil caballos hacían del pasto cercano, así como el aburrimiento. Kineas, Lot y Srayanka tenían mucho que hacer antes de emprender la travesía del desierto sogdiano para acudir a la asamblea de las tropas escitas.

Al día siguiente, Diodoro y Ataelo enviaron más lejos a las patrullas del este para que despejaran la ruta hasta el campamento siguiente. Necesitaban pasto y agua y un camino libre de enemigos. Había que explorar a conciencia.

El segundo día después del banquete, Kineas convocó a los oficiales y los jefes de clan a un consejo por la tarde, cuando el calor dejaba de apretar. Entonces se sentó con León a calcular provisiones y forraje, y obtuvo respuestas que no fueron de su agrado.

Diodoro llegó al campamento a mediodía, mucho antes de lo previsto. Tenía una patrulla de olbianos, su propio escuadrón, con veinte celtas impasibles rodeando a un grupo de jinetes polvorientos que a primera vista parecían prisioneros. Kineas fue a su encuentro, pero Diodoro le hizo una seña para que se mantuviera al margen; de modo que regresó a la sombra del toldo de fieltro sujeto a la trasera del carromato de Srayanka y se sirvió un poco de vino. Cuando Diodoro acudió, sirvió otro poco para él.

—Esto te quitará el polvo —dijo Kineas.

—Traigo problemas —advirtió Diodoro—. ¿Has visto a quién he traído?

—¿A Upazan? —preguntó Kineas.

—El mismo. Iba hacia el sur con un destacamento. No en una de nuestras patrullas. Y, francamente, merece una buena tunda. Es un bravucón y pone en entredicho la disciplina que hemos instaurado entre los sakje.

Kineas se encogió de hombros.

—¡Tráemelo! —ordenó.

Mandó a Samahe en busca de Srayanka. Vino con los dos niños y con Safo, y todos se sentaron sobre las alfombras de la tienda. Una vez se hubieron instalado, trajeron a Upazan.

Upazan se mantuvo erguido. Su rostro mostraba la expresión hosca propia de un adolescente, bastante fuera de lugar tratándose de un adulto. Lucía una magnífica guerrera de escamas de bronce chapadas en oro y un verraco de oro en lo alto del yelmo de bronce también bañado en oro.

Kineas asintió.

—Te saludo, Upazan. ¿Puedo ofrecerte vino?

—No quiero vino —repuso Upazan—. Quiero cabalgar libre. Correrá sangre después de esta afrenta.

Kineas lo aceptó y se volvió hacia León:

—Envía a Sitalkes a por el príncipe Lot, con mi respetuoso deseo de que venga y me ayude a tratar con Upazan.

León asintió y se marchó.

Volviéndose hacia Upazan, Kineas se encogió de hombros.

—Rechazas mi cortesía, de modo que no perderé más tiempo con cumplidos. Has abandonado el campamento sin permiso...

—Soy Upazan de los sármatas, y no necesito ningún permiso, griego. Puedo ir a donde me plazca, hacer incursiones donde me plazca. Suéltame o correrá sangre.

Kineas bebió un sorbo de vino y luego se aproximó al joven. Upazan era un dedo más alto, pero venían a tener la misma estatura. Kineas se le arrimó.

—¿La sangre de quién, potrillo? —preguntó—. Dudo que te refieras a la mía.

Las sonoras carcajadas sólo sirvieron para poner más furioso a Upazan. Sus propios seguidores se reían.

Srayanka dejó a Lita en brazos de Safo y se levantó.

—Upazan —dijo—, en su momento se acordó que todo el pueblo seguiría a Kineas y aceptaría su guía en asuntos de guerra. El príncipe Lot lo ha aceptado. Yo lo he aceptado.

Upazan negó con la cabeza.

—Pues yo no lo he aceptado. No he visto ninguna de sus grandes dotes. —Escupió y sonrió, sin dejarse intimidar por la proximidad de Kineas—. Lucharé contigo, viejo. Luego quizá me quede con tus caballos. Necesito caballos para comprar el amor de una sacerdotisa de la hierba.

—Ella no te quiere, Upazan —replicó Srayanka mientras Lot se abría paso bajo el toldo.

—Me trae sin cuidado. Será mía —concluyó Upazan levantando bien la cabeza.

Srayanka habló con lentitud y claridad.

—La mujer de quien hablas es hija de la hermana de tu madre. No es para ti. Se convertirá en esposa de León.

Lot interrumpió.

—El tiempo que pasaste con los medos te ha hecho olvidar nuestras costumbres. Ninguna mujer va a ninguna parte en contra de su voluntad. —Lot sonrió—. Podría hacerte daño.

Upazan miró en derredor.

—Estáis todos contra mí. Muy bien. —Se cruzó de brazos. Tenía dignidad para ser un hombre tan joven y tan enojado—. ¿Lucharás conmigo, extranjero?

León se puso de pie de un salto.

—¡Yo lucharé contigo!

Kineas pasó su copa de vino a León.

—Esto es una cuestión de disciplina, no una venganza —le dijo a León. Y luego a Upazan—: ¿Estás listo? Las apuestas son que, si gano, jurarás cumplir mis órdenes. Si ganas tú, seguirás obedeciéndolas.

Upazan escupió.

—Si yo gano, seré rey de los sakje —repuso.

Kineas negó con la cabeza.

—Esto no va así, muchacho. ¿Estás listo?

Por primera vez, Upazan vaciló; una minúscula fisura en su fachada.

—¿Listo? —preguntó.

—Ahora o nunca. —Kineas se quitó el arnés y se lo pasó a León, se despojó de la túnica y quedó desnudo. Upazan dio un paso atrás.

—¡No llevo armas! —exclamó.

Kineas sonrió.

—Me has retado. Entre los griegos y los sakje, eso me da derecho a elegir el arma. Y ya te advertí, muchacho, de que la próxima vez que me contrarieras te zurraría como a un crío. Bien, ¿estás listo?

Upazan entornó los ojos mientras las mujeres reían disimuladamente ante la desnudez de Kineas. Samahe exigió que Upazan también se desnudara.

—¡Hay cosas que Mosva tiene que saber! —gritó con descaro.

—¡Esto no es la lucha que quiero! —protestó Upazan—. ¡Es una degradante pelea de esclavos!

Kineas asintió.

—No es la clase de lucha que quieres, de acuerdo. De modo que puedes disculparte y retirar tu desafío o luchar.

Upazan miró en derredor en busca de consejo, del apoyo de los hombres que habían cabalgado con él. Habían acudido unos cuantos, vigilados por los celtas, pero sus semblantes eran cuidadosamente inexpresivos. Upazan se abrió la guerrera y la dejó caer sobre las alfombras. Tenía buenos músculos; incluso para los estándares griegos, estaba en buena forma.

Levantó los brazos.

—¡Estoy listo! —dijo.

Upazan no carecía de coraje y era fuerte. Pero era un mal luchador y nunca había visto boxear.

Kineas casi había acabado con él antes de que Filocles, que llegó rezagado, se terminara su vino. Se tomó su tiempo, tratando de poner en evidencia la impotencia del muchacho; una lección de humildad que a todas luces necesitaba. Encajó un golpe, potente pero mal dado, en el músculo del brazo y entonces le hizo una llave al sármata agarrándolo por el cuello, le giró el cuerpo para que el joven no pudiera alcanzarlo y le asestó un solo puñetazo en la sien. Upazan cayó inconsciente de sus

brazos.

Los sármatas y los sakje aplaudieron al unísono, y Kineas fue lo bastante humano para regocijarse con sus elogios mientras se pasaba el estrígil con ayuda de Filocles, disfrutando del olor a limpio del aceite de oliva en la piel. Srayanka lo observaba pensativa.

—Eres bastante apuesto —le dijo con media sonrisa—. Y el aceite resulta extrañamente atractivo. —Las cejas se le juntaron al fruncir el ceño—. Aunque habrías hecho mejor matándole.

Kineas se encogió de hombros.

—No puedo matarlo y a la vez conservar a los sármatas como aliados.

Srayanka enarcó una ceja.

—De todos modos, no podrás conservarlos, esposo mío. Y ahora... ahora será como una sierpe. —Volvió a fruncir el ceño, uniendo las cejas en una sola línea—. Ya hemos tenido antes esta conversación. Tuve razón entonces y sigo teniéndola ahora.

Kineas se encogió de hombros.

—A veces eres como una esposa griega —repuso.

El estrígil de Filocles pasó por la magulladura del brazo que le había causado el golpe de Upazan, y Kineas hizo una mueca de dolor.

Nihmu observaba con mal disimulado regocijo.

—Desperdicias tu clemencia con él, señor —advirtió—. ¡Él no la tiene con los demás!

—Razón de más para que el strategos se muestre clemente con él —dijo Filocles.

El consejo se reunió cuando el sol comenzó a ponerse por el oeste. El aire era casi frío y el polvo se había asentado. Kineas hizo que Nicanor encendiera una buena hoguera en el claro de detrás del carromato de Srayanka y dispuso tantas banquetas como pudo encontrar. Los jefes tribales acudieron en pequeños grupos, chismorreando acerca del banquete y de Upazan. Kineas reparó en que Parshtaevalt venía con Ataelo y León, mientras que Lot se mantenía aparte con Monae, su esposa. Upazan no asistió. Los oficiales olbianos estaban presentes en pleno.

Kineas se levantó después de que Nicanor hubiera servido vino a todos. Hizo una libación, vaciando una copa entera de buen vino sobre el fuego, de modo que una nube de fragante vapor se alzó en torno a él en la oscuridad.

—Empiezo por cantar a Atenea. La diosa espléndida —dijo—, la de ojos claros, la ingeniosa, la inflexible, la virgen pura, la salvadora de ciudades, la valiente, la Tritogenia. Nacida de la valiente frente del prudente Zeus, completamente armada de bronce y de oro, dejando asombrados a todos los dioses cuando la vieron. Y Atenea se plantó ante Zeus, que sostiene el aegis, agitando una reluciente lanza de hierro. El Olimpo tembló ante el ardor guerrero de sus brillantes ojos grises, y la tierra en torno a la montaña lloró de miedo, y el mar se embraveció y escupió oscuras olas y espuma

como en una súbita tempestad, hasta que la núbil Atenea se quitó de los hombros el glorioso bronce. Y el sabio Zeus estuvo contento. ¡Salve, hija de Zeus, que sostiene el aegis! Ahora te recordamos.

Luego se volvió hacia su consejo.

—Ha llegado la hora de luchar contra Alejandro —anunció—. Estamos aquí para discutir quién irá y cómo lo haremos.

—Estaremos mejor donde estamos —dijo Lot—. No hay tierras de pastoreo al este de aquí, y me han dicho que el campamento masageta y todos los escitas que llenan el valle del Jaxartes están acabando con la hierba. Aguardemos aquí hasta que Zarina nos vuelva a llamar.

—Ni siquiera nos enteraríamos, si hubiera una batalla —replicó Srayanka—. Zarina y el Jaxartes quedan a diez días a caballo de aquí.

—O más —apostilló Ataelo.

—Ya nos estamos quedando sin forraje —dijo Parshtaevalt. Había envejecido deprisa durante el cautiverio de Srayanka y, a diferencia de Upazan, nunca había demostrado interés por el gobierno más allá del que le imponía su sentido del deber—. Las manadas ya pastan a veinte estadios de aquí. —Sonrió con amargura—. Cada mañana envío a mis hijas a buscar mis monturas.

Srayanka asintió.

—La hierba no es de lo mejor.

Lot intercambió una mirada con su esposa.

—Estamos pensando en dejar a nuestros jóvenes y viejos con un retén y enviarlos de regreso a nuestros pastos de verano —dijo en un tono que parecía de disculpa.

Srayanka sorprendió a su marido mostrándose de acuerdo de inmediato.

—Nosotros deberíamos hacer lo mismo. Deberíamos transformarnos en una gran hueste guerrera en vez de movilizar a todo el pueblo.

—Los guerreros que no vayan se amargarán —dijo Parshtaevalt—. Se perderán la gran batalla.

Srayanka meneó la cabeza.

—Que todos los guerreros que se queden sean de los que sirvieron en el vado del río Dios —sugirió—. Y que hallen consuelo en que aún siguen vivos.

Kineas dio su aprobación, pero se inclinó hacia ella y le susurró:

—Entonces, ¿dejamos a nuestros veteranos? ¿Y nos llevamos sólo a los jóvenes?

Srayanka negó con la cabeza.

—Nos llevamos a los mejores, y sólo dejamos a un diezmo de ellos como guardianes. Es la costumbre. Los que se quedan se deciden al azar de entre los elegidos para ir. ¿Entiendes? —Lo miró muy seria—. Y, si nos vencen de mala manera, el pueblo seguirá contando con un ejército de soldados de valía.

Kineas asintió.

—Es un sistema muy bueno. Sí, lo entiendo. —Sonrió—. ¡Y entiendo que tengo mucho que aprender si pretendo ejercer de rey!

Srayanka se encogió de hombros.

—No más que cualquier otro hombre —repuso—. ¡O mujer!

Lot se rascó la barba.

—Me temo que no podemos acogeros en nuestros pastos de verano —soltó—. Lo siento. Hay resentimiento por culpa del chico; Upazan, aun siendo un exaltado, tiene muchos amigos. Además, tenemos muchos caballos, más de los que consigo recordar. —Meneó la cabeza adelante y atrás como burlándose de sí mismo—. Debo de ser un buen príncipe.

Srayanka miró a Kineas, quien bebió un sorbo de vino, ya a punto de acabarse, y estuvo de acuerdo.

—Creo que nuestra gente debería partir rumbo al oeste —declaró Kineas.

Hubo murmullos en torno al fuego.

Srayanka parecía sorprendida.

—¿Ahora? —preguntó.

Kineas asintió:

—Sí, ahora. Si salen pronto y viajan sin detenerse, no tendrán problemas de forraje. Dentro de tres meses estarán en el fuerte del Rha. Podemos enviar emisarios para decirle a Crax que compre grano de cara al invierno, y en los altiplanos habrá hierba abundante en primavera. —Miró a Lot—. En mi opinión, lo mejor es que viajemos por separado; no por tu alocado sobrino, sino porque así fue como cruzamos el mal terreno para venir aquí. Quisiera hablar sobre la ruta.

A Lot le pareció bien.

—Tal como lo veo —prosiguió Kineas—, existen dos rutas y dos tipos de riesgo. Si vamos derechos hacia el este, atravesamos el desierto; y la travesía en verano será muy distinta de la travesía en primavera. Juntos tenemos diez mil caballos. Quizá después de enviar a nuestro pueblo a sus pastos de invierno tengamos cuatro mil. —Se encogió de hombros—. Eso significa mucha agua.

En torno a la hoguera, los hombres y mujeres asentían, imaginándose la travesía del desierto.

—Si cabalgamos dos días hacia el sur, regresaremos a las hoces del Polytimeros. Según tengo entendido, podemos seguir el Polytimeros hasta el valle de Maracanda y luego ir al norte por el paso sogdiano rumbo al Jaxartes, y no pasar ni una noche sin agua.

—Allí está Alejandro —interrumpió Diodoro.

—Cada ruta tiene su riesgo —repuso Kineas—. Alejandro tendrá avanzadas en el Polytimeros. Cuanto más nos acerquemos a Maracanda, más peligroso será. Pero, si avanzamos como sakje, podríamos estar con la reina Zarina y los masagetas en

quince días.

—Si Alejandro nos alcanza en el valle del Polytimeros, tendremos un gran problema.

—Exploramos con cuidado y avanzamos deprisa. —Kineas miró alrededor—. Nos hemos demorado, amigos. Si estamos de acuerdo en ir a la asamblea de Zarina, en ayudarla a detener a Alejandro este verano, tenemos que irnos ya y movernos deprisa.

La gente asentía.

Kineas prosiguió:

—Tengo un argumento más que exponer. Es absurdo cabalgar hasta el Jaxartes y llegar con caballos reventados que necesiten pasar un mes pastando para estar en condiciones de combatir. El desierto... está claro: sufriremos bajas. El Polytimeros, por su parte, requiere que Atenea y Tique nos sonrían.

Lot se puso en pie.

—Eres persuasivo —observó—. Y te seguiré en la batalla. Pero esto debo hacerlo a mi manera. El desierto es el camino más seguro. Morirán caballos pero, salvo que tengamos mala suerte, ningún hombre o mujer perecerá. Los sármatas cruzarán el desierto.

Srayanka también se levantó.

—Los sakje irán por el Polytimeros si los olbianos siguen ese camino.

Diodoro miró a Kineas.

—¿De verdad tengo voto?

Kineas asintió. Diodoro se rascó la barba.

—Si hay que luchar, prefiero hacerlo en las condiciones en que nos encontramos ahora. Estoy con Kineas. Creo que podemos pasar por alto las avanzadas macedonias y desplazarnos trescientos estadios al día. A no ser que tengan una tropa preparada, habremos dejado atrás sus avanzadas sin darles tiempo a alcanzarnos.

Kineas miró a los presentes. No vio indignación y le pareció que ya se había hablado bastante.

—Entonces dividamos a quienes van a ir al encuentro de Zarina y a quienes van a ir a los pastos de invierno —resolvió—. Despedíos de quien corresponda. Porque mi intención es partir pasado mañana.

A Diodoro y Filocles les presentó otro argumento por la noche, mientras servía estofado de cordero con un cucharón junto al fuego de su rancho.

—Vamos a la asamblea de tropas de los escitas —comentó Kineas—. Nuestra caballería griega estará fuera de lugar, y en combate es posible que la confundan con el enemigo.

Nihmu, que no pertenecía a su cenáculo ni había sido invitada, se dejó caer al

suelo con su manta de montar, oliendo a madreSelva y sudor de caballo, e interceptó por las buenas el cucharón de estofado.

—¡Gracias, strategos! —exclamó—. He soñado que ibas a cocinar, por eso he venido.

Kineas la fulminó con la mirada y los demás hombres se rieron.

Filocles rió con los demás, rebañando el fondo de su cuenco de madera con una torta de pan. Después de reír, se mostró pensativo; la barba rubia parecía viva a la luz de las llamas. Nihmu se apoyó contra su espalda para comer. Diodoro meneó la cabeza.

—Ya no tienen la pinta de los chicos que partieron de Olbia, Kineas. Míralos en la formación matutina. No eres el único que lleva armadura sakje. Tenemos yelmos griegos... igual que la mayoría de sakje, ¿eh? Cuesta encontrar a un hombre que no se haya casado con una mujer de la estepa para que cosa para él; la mayoría lleva guerrera de cuero, y algunos hasta calzones bárbaros.

—A mí siguen pareciéndome griegos —opinó Filocles. Levantó su cuenco hacia Kineas—. ¡Buen cordero!

—En la estela de su tumba, podemos poner: «Kineas, strategos y cocinero» —bromeó Diodoro, riendo.

—¿Los celtas también? —preguntó Kineas, tratando de volver al tema que les ocupaba. Lo había dicho en broma, pero hizo que los otros dos reflexionaran.

—No —respondió Filocles—. No, los celtas no parecen griegos. Es por la forma de sentarse; o quizá por los tatuajes.

Diodoro sonrió con ironía y alargó el cuenco para que le sirvieran más.

—Estoy deseando ver a tu Cario reclinarsse en un simposio. ¡Ja! ¡Rompería el diván!

Kineas sonrió.

—Propongo que mandemos a los olbianos de regreso a Hircania al mando de Eumenes, con órdenes para relevar a Licurgo y a Herón. O bien —y aquí le falló la voz—, al mando de uno de vosotros.

Diodoro entrecerró los ojos, gesto que acentuó su aspecto de zorro.

—¿Así es como te vengas de mis críticas? —preguntó—. ¡Ni hablar! No pienso perderme la batalla.

Kineas negó con la cabeza.

—Es posible que no haya batalla.

Filocles también negó con la cabeza.

—Adondequiera que tú vayas iré yo, aunque sólo sea para mantenerte apartado de las estúpidas supersticiones de tu esposa. —Torció el cuello para mirar a Nihmu—. Y de las tuyas.

—¿Eumenes? —inquirió Kineas mirándolos.

—Obedecerá —contestó Diodoro.

—Dependerá del camino que siga Urvara —dijo Filocles—. Está enamorado de ella.

Kineas se dio cuenta de que, como de costumbre, Filocles percibía señales que él, Kineas, también debería haber notado.

—¡Pues claro! —exclamó—. Por eso ahora él y León son amigos —agregó riendo.

Diodoro se mesaba la barba.

—Sospecho que la lotería bárbara es menos justa de lo que parece —dijo—. ¿Habría que amañar el sorteo?

Kineas asintió.

—Una idea excelente, pero dejemos que lo haga Srayanka.

Diodoro estuvo conforme.

—¿Qué tiene que hacer Srayanka? —preguntó la aludida, saliendo de la oscuridad a la luz de la hoguera.

Kineas señaló a Filocles.

—Dice que Eumenes y Urvara están... juntos.

Srayanka fingió inspeccionar el cuenco vacío de Filocles a la luz de las llamas.

—No está mal. ¿Puedo tomar un poco de este cordero? —Alargó el cuenco hacia su marido. Y luego dijo—: Pues no están juntos... todavía —explicó, sonriendo.

Kineas le llenó el cuenco de guiso del caldero de bronce que tenía a sus pies. Se estaba deteriorando; los dos grifos que sujetaban el asa necesitaban nuevos remaches y, si su caldero requería una forja de bronce, todos los calderos del ejército estarían en iguales o peores condiciones. Aquélla sólo era una de las miles de cosas que precisaban.

Miró a Srayanka a los ojos y compartieron algo sobre comida y cocina; medias sonrisas que daban a entender que no había nada notable en que una esposa regresara de organizar patrullas nocturnas para que le diera de comer su marido, el general.

—¿Y los niños? —inquirió.

—Por extraño que parezca, dormidos —contestó Kineas—. Estaban tan callados que he tenido que ir dos veces a asegurarme de que todo iba bien.

Srayanka se alejó con su ración de cordero, dirigiéndose al carromato para verlo con sus propios ojos.

—Así pues, ¿estamos de acuerdo? —concluyó Kineas—. Mandamos a unos cuantos olbianos a casa como garantía para los sakje. Los celtas y los mercenarios y cualquier voluntario de los antiguos hoplitas pueden quedarse a las órdenes de Diodoro y Andrónico. Los hombres que vengan se quedan con los mejores caballos y tienen que hacer lo posible por hacerse con armaduras bárbaras.

Filocles enarcó una ceja.

—¿Y qué pasa con Temerix?

Kineas hizo una mueca.

—Es fácil olvidarse de él cuando no estamos combatiendo.

Me figuro que vendrá con nosotros al este.

Diodoro asintió. Frunció los labios y luego dijo:

—Todos esos sindones montan como centauros. Démosles buenos caballos, tenemos de sobra. Poco pueden hacer los psiloi en llano.

Kineas se comió su cordero y bebió una infusión de hierbas en vez de vino, que ya comenzaba a escasear. Filocles mascó pan y Diodoro contempló las estrellas hasta que Srayanka regresó. Nihmu tarareó una cancioncilla para sí y se durmió con la cabeza en el regazo de Filocles.

—Están bien —informó Srayanka al regresar.

—Nos gustaría montar a los sindones en caballos de refresco sakje —manifestó Kineas.

Srayanka preguntó:

—¿Cuántos? ¿Dos por cabeza?

—Como mínimo —precisó Diodoro. Como todos los oficiales griegos, Diodoro se había vuelto adicto al sistema sakje de llevar tres o cuatro monturas para cada jinete. Eso hacía que el ejército fuera prácticamente incansable.

—Doscientos caballos. Los tengo —confirmó Srayanka—. Y más también. Pediré a determinados sakje que nos cedan sus caballos; muchos han sido atendidos por la gente de la tierra, y ésta debería ser la recompensa.

Diodoro asintió.

—Gracias, Srayanka. Lo merecen. —Se recostó—. Desde que Niceas murió, Temerix no ha recibido la consideración debida. Estoy intentando llenar ese vacío.

—Me avergüenza que tengas que recordármelo —repuso Kineas.

Y los gemelos se despertaron al unísono, poniendo fin a la conversación.

—Cratero está en las hoces del Polytimeros —informó Coeno.

El sol despuntaba en un nuevo día, y Kineas ya se sentía acalorado y pegajoso. Sólo llevaba la túnica que se había puesto apresuradamente al enterarse de que llegaba un explorador. Coeno iba cubierto de polvo, su habitual atildamiento estaba arruinado, su rostro era una máscara cómica de arena parda surcada por regueros de sudor. Había insistido en comandar una patrulla porque, según él, «le faltaba práctica».

Kineas mandó a Nicanor a avisar a todos los jefes.

—¿Lo viste? —preguntó a Coeno.

—En persona. —La máscara polvorienta sonrió—. ¡No es un hombre fácil de olvidar! Mil soldados de caballería; quizá también una parte de infantería montada. No me quedé a inspeccionar la columna entera. Mosva acababa de llegar con otra chica sármata para decirnos que Espitámenes avanzaba hacia el norte; encontraron su campamento, y acto seguido me enteré de que nuestra avanzadilla disparaba flechas contra la suya. Vino en persona mientras yo aún intentaba calcular cuántos eran.

Kineas se mesó la barba.

—Nos cortará el paso.

Diodoro vino corriendo con Filocles y Eumenes pisándole los talones.

—En un día alcanzará nuestros carromatos —señaló—. ¿Qué demonios hace aquí?

Coeno meneó la cabeza.

—Va deprisa. Pero apuesto un dárlico contra una lechuza a que va en pos de Espitámenes para impedirle llegar al mar de hierba.

Diodoro empezó a abrocharse la coraza.

—Estás preparado para comandar ejércitos, Coeno. El problema es que habrá tomado a tu avanzadilla por la de Espitámenes.

Kineas se encontró con que Nicanor le traía la armadura. Mantuvo los brazos en alto mientras éste le pasaba la coraza de lino y escamas por la cabeza. En cuanto tuvo abrochadas las hombreras al peto, se puso a trazar líneas en el polvo.

—Si fueras Cratero y persiguieras a Espitámenes... —comenzó.

—Tomaría vino —interrumpió Coeno, tomándole el peso a una ánfora vacía. Nicanor le llevó una toalla y una botella de arcilla llena de agua; disfrutaba sirviendo a Coeno porque éste mantenía la clase de exigencias que él consideraba a la altura de su rango, a diferencia de Kineas, que no sentía necesidad de vestir a la manera ateniense en medio del mar de hierba—. Si yo fuera Cratero, daría media vuelta y

regresaría a casa. Si me topara con resistencia en el Oxus, pensaría que Espitamenes va por delante de mí.

—O insistiría en la persecución, confiando en dañarle la retaguardia —dijo Diodoro—. Aceptémoslo, eso sería más propio de Cratero. Es un terrier, en cuanto hinca sus fauces en una presa, nunca más la suelta. ¿Cuándo habéis visto que dejara de dar caza a un enemigo hasta que su caballo ya no se sostuviera en pie?

—¿Todos conocéis a este macedonio? —preguntó Filocles.

—Ahora es mayor —dijo Kineas a modo de respuesta—. Solíamos llamarlo «el puño izquierdo de Alejandro».

—Aunque ahora tampoco tiene a Parmenio para darle ánimos —terció Diodoro.

—O sea que podría hacer ambas cosas: emprender la retirada o caer sobre nosotros en cuestión de, ¿qué, cuatro horas? —Kineas miró a Coeno.

Llegó Ataelo con el brazo aún en cabestrillo. La herida se había infectado y supuraba pus sin parar. Ataelo parecía tener fiebre y caminaba con paso poco firme.

—No estás en forma para montar, Ataelo. Vuelve a tu camastro y a los cuidados de tu esposa. —Kineas vio a Samahe detrás de su marido—. ¡Llévatelo! —le dijo.

—Alejandro está de camino, ¿y tú por enviarme a la cama? —Ataelo dio un traspíe y se agarró al poste central de la tienda—. Necesitas exploradores. Necesitas para ver en las montañas. ¡Los prodromoi van! —Ataelo se golpeó el pecho—. Samahe va, Ataelo va.

Coeno, que siempre se había llevado bien con el escita, negó con la cabeza.

—Nos hartamos de explorar antes de que tú aparecieras en escena, hermano.

Ataelo sonrió.

—Un pequeño corte no me aparta de esto. Alejandro se acerca.

Coeno, algo más aseado, le pasó la toalla a Nicanor.

—No es Alejandro, Ataelo. Es sólo Cratero. Podemos arreglarnos sin ti.

Diodoro observaba las marcas que Kineas había trazado en el polvo.

—¿Dónde está Espitamenes? —preguntó.

—Ares, no tropecemos otra vez con la misma piedra —advirtió Kineas.

Diodoro cogió un palo. Y lanzó una mirada a Ataelo, que estaba a su lado, para que lo corrigiera si se equivocaba.

—A ver si lo entiendo. Pongamos que este hormiguero es Maracanda. Pongamos que esta línea es el Polytimeros, y esta otra el Oxus. —Diodoro dibujó una línea desde el hormiguero que representaba Maracanda y luego una segunda en ángulo recto que representaba el Oxus—. Si Alejandro ha levantado el sitio a Maracanda, tal como supongo, entonces Cratero está persiguiendo a Espitamenes hacia el oeste, derecho hacia nosotros. —Diodoro movió el palo resiguiendo la línea del Polytimeros y se detuvo en el Oxus, el palo de la T—. Si Espitamenes lo cruzara, desaparecería en el mar de hierba; al sur de nosotros, aunque no mucho más. Si las chicas vieron el

campamento correcto, los persas están al oeste y al sur de nosotros. —Trazó otra raya—. Si Cratero está en las hoces del Polytimos —prosiguió, señalando con el palo el lugar donde el Polytimos se encontraba con el Oxus—, tenemos tres puntos en un triángulo equilátero: nosotros en esta punta de la T, Espitámenes en la otra punta y Cratero en la base. Y, si Espitámenes decide intentar reunirse con la reina Zarina —continuó dibujando—, pasará justo por aquí, siguiendo el palo de la T. Con Cratero pisándole los talones.

—Y no puede evitarnos —dijo Coeno—. Por otra parte, si Cratero confundió a nuestros sakje con los sogdianos de Espitámenes, ya estará de camino. Y entonces está entre Espitámenes y nosotros.

Srayanka se frotó el puente de la nariz.

—Tenemos que luchar —declaró.

En éstas, llegó Lot con dos de sus caballeros.

—¿Alejandro está aquí? —preguntó.

—Es posible que a menos de un día de marcha. —Kineas recapituló para ponerlo al corriente de la situación—. Es el general Cratero de Alejandro. El rey está en Maracanda. —Kineas se encogió de hombros—. O eso creemos.

—Nuestro pueblo debe marchar al norte —dijo Lot—. Casi todos estamos listos. Los carromatos de los sakje nos retrasarán.

—Sin ellos, muchos morirán este invierno —replicó Srayanka.

Kineas observó a su alrededor, escrutando las miradas.

—Que salgan los prodromoi. Nosotros nos mantendremos firmes aquí. A lo mejor incluso intentamos negociar.

Diodoro enarcó una ceja pelirroja, y acto seguido se marchó a toda prisa. Filocles se quedó.

—¿Con quién piensas negociar? —preguntó.

Kineas meneó la cabeza, mirando fijamente el mapa que había dibujado en el suelo.

—Alejandro es el enemigo contra el que hemos venido a combatir —respondió—. Espitámenes vendió a Srayanka a los macedonios.

Filocles se rascó la barba.

—Estoy harto de la guerra —protestó—. Ninguno de los dos me parece tan malo a mí. Alejandro es un tirano, pero heleno. Espitámenes es medo, pero patriota. —Se encogió de hombros—. ¿Quién es el enemigo?

Kineas seguía mirando el mapa.

—Cratero llegará aquí el primero, si es que viene —dijo—. Si lo retenemos y enviamos un mensajero a Espitámenes, podríamos vencerlo aquí mismo. —Kineas miró a su alrededor.

Filocles hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—¿En verdad tenemos que luchar? —preguntó.

Kineas asintió.

—Los carromatos saldrán dentro de dos horas —precisó—. Tenemos que resistir aquí, al menos hasta que anochezca; si no, la avanzadilla de Cratero se nos puede echar encima entre las columnas.

Los escitas viajaban por el mar de hierba en tres columnas paralelas de carromatos, con las manadas y los rebaños entre ellas, vigilados por una vanguardia y una retaguardia de jinetes jóvenes. Las columnas levantaban tanto polvo en las llanuras agostadas que llegaban a verse a quince estadios de distancia, y la retaguardia a menudo quedaba cegada por la polvareda.

—Conducirá a sus hombres hacia las columnas de polvo —añadió Coeno—. ¿Puedo hablar con franqueza, amigo?

A Kineas le sorprendió su tono de voz.

—¡Por supuesto! —exclamó. Coeno se terminó el agua y preguntó:

—¿De verdad quieres tender una emboscada a Cratero? ¿Con qué propósito?

Filocles asintió como si estuviera de acuerdo; sin embargo, tras una pausa de asombrado silencio, dijo:

—¡Por la liberación de Grecia! —Se irguió como un orador—. Cualquier derrota que sufra Alejandro debilita su opresión sobre Grecia. Si lo vencemos aquí, todos los estados de Grecia se alzarán y serán libres. Esparta, Atenas, Megara.

Coeno se rió.

—No seas tan crédulo, Filocles. Hallarán la manera de joderla, créeme. Lucharán entre sí. —Meneó la cabeza con tristeza—. Tampoco es que tenga mucho interés en liberar a Grecia. Ahora soy un caballero de Olbia.

Srayanka se humedeció los labios y luego sonrió.

—Deberíamos derrotar a Alejandro porque representa una amenaza —dijo—. Porque es como un perro rabioso y, si no lo matamos, atacará a nuestros rebaños.

—Cratero es el enemigo. Espitámenes, un posible aliado; y si no, una mera interrupción. Espitámenes no supone una amenaza para Olbia. —Kineas miró en derredor y recibió muestras de asentimiento—. Me alegra que coincidamos; asunto zanjado —resolvió Kineas. Llevaba puesta la armadura, como la mayoría de hombres allí presentes—. ¡En marcha!

Las columnas emprendieron la marcha antes de que el sol asomara por el horizonte. Los sármatas iban delante, aunque Lot y sus mejores guerreros se quedaron con las tropas de Kineas para defender la meseta de la margen occidental del Oxus. Los sármatas ocupaban la derecha de la línea, ocultos en un pliegue del terreno justo debajo de una serrezuela que corría paralela al camino de la ruta comercial. Kineas puso a la bien instruida caballería griega en el centro, a las órdenes

de Diodoro, con los olbianos a la derecha bajo Eumenes y Antígono y los celtas a la izquierda bajo Coeno y Andrónico. En el flanco derecho, Srayanka conducía a los sakje con Parshtaevalt y Urvara. Kineas se quedó con una caballería mixta, compuesta de sakje y griegos, hombres y mujeres que habían hecho la instrucción juntos durante un mes, asumiendo en persona el mando de la retaguardia. La suma de sus tropas no llegaba a ochocientos soldados porque más de un tercio del contingente protegía las columnas y conducía el ganado.

Darío había partido en busca de Espitámenes para intentar convencerlo y conseguir su alianza, o al menos su tolerancia, pese a las objeciones de Srayanka.

Ataelo y sus prodromoi, con Coeno y sus mejores hombres, habían bajado por el valle del Oxus hacia el sureste.

Ya era mediodía cuando el campo de batalla estuvo listo y todos los hombres en sus puestos. Kineas se hallaba en la cresta de la colina con León, Filocles, Diodoro y un puñado de doncellas sakje que hacían las veces de mensajeras. No había sombra, y el sol los pintaba de fuego; ni un soplo de viento removía el polvo. Cualquiera parte del cuerpo cuya piel al montar entrara en contacto con la armadura, cosa de lo más frecuente, quedaba señalada por una línea de dolor. Kineas usó su clámide para cubrir la coraza y lo sofocó el calor arenoso de un manto de lana.

Tenía la boca tan llena de polvo que aun después de enjuagársela y escupir, las muelas le rechinaban como si masticara restos de cerámica.

León escrutaba los bosques del valle con toda la tensión de un amante preocupado por su amiga. Y no era de extrañar. Mosva estaba allá abajo con Ataelo en lugar de detrás de la serrezuela con su padre.

Transcurrió una primera hora, y luego una segunda.

Una tercera hora.

Una cuarta.

El sol había iniciado su descenso. Había refrescado. Los caballos estaban inquietos, ansiosos por beber el agua que olían en el lecho del Oxus, manifestando su desagrado con estridentes relinchos, pateando y mordiendo las riendas.

Kineas lo observaba todo sumido en una agonía de duda e indecisión. «¿Y si doy agua a los caballos y aparece justo entonces? ¿Y si Espitámenes se niega a cooperar? ¿Y si Espitámenes llega el primero? ¿Y si Cratero viene del este por esta margen del Oxus? ¿Y si los caballos necesitan agua ahora mismo? ¿Ahora? ¿Ahora? ¿Dónde está? ¿Dónde está? ¿Dónde está Cratero?»

Vieron la nube de polvo antes de que los exploradores les trajeran novedades. La polvareda parecía hallarse a cuarenta estadios o más, pero las distancias eran engañosas en las llanuras. Mientras todos sus amigos debatían qué podía significar, Samahe vino al galope levantando una polvareda que parecía un nubarrón de

tormenta. Su guerrera de cuero rojo se veía marrón de tan sucia de polvo como estaba, pero su cadena de placas de oro destellaba con el sol.

—Viene Cratero —advirtió—. Por matar a un enemigo disparé. —Imitó el gesto de tirar con el arco—. Ataelo por decir «¡Corre y dile a Kineas que viene!», y Ataelo dice palabra. Dice «¡Iskander se despliega!». —Samahe señaló—: ¡Y por sogdianos que muerden polvo! Luchan por Iskander, luchan por Espitamenes. Lo mismo.

Kineas se inclinó hacia delante.

—Samahe, ¿estás segura de que son hombres de Cratero y no los sogdianos de Espitamenes?

—Griegos con bronce y capa como la tuya —dijo, asintiendo. Y señaló.

Kineas miró alrededor.

—¿Hay tiempo para que el ejército abreve a los caballos? —preguntó.

—Fácil —respondió Samahe—. Una hora. Quizá más.

Kineas asintió.

—¡Abrebad a los caballos! —ordenó—. Cratero viene a por nosotros. Tenemos una media hora. Que baje todo el ejército, que las bestias beban agua; luego regresad a vuestros puestos. Que los prodromoi crucen el río para cubrir a los que abreven. Decidle a Eumenes que tenga lista una sección para reforzar la línea de piquetes según convenga.

Y observó angustiado, aguardando a que los macedonios se abalanzaran sobre sus caballos mientras bebían.

No apareció ningún macedonio, pero había alguien oculto en el matorral de tamarisco de la otra orilla del Oxus, y cada vez más polvo sobre la línea que marcaba el nivel de las crecidas, y reflejos de color, y destellos de acero, movimiento. Al cabo de media hora, los prodromoi de Ataelo estaban bajo una constante, aunque poco precisa, descarga de flechas procedentes de la meseta del otro ribazo. Nihmu regresó, llevando a pie a su semental real que gañía de dolor con una flecha clavada en la cruz. A Nihmu le sangraba un hombro. Estaba pálida pero caminó hasta donde Kineas se encontraba.

—Ataelo pide refuerzos. Nos está costando mucho —dijo.

Kineas asintió.

—Que te curen esa herida.

La niña tenía a lo sumo trece años; a juicio de Kineas, era demasiado joven para entrar en combate. Sin embargo, mientras la miraba, Nihmu le sacó la flecha al caballo, cantándole con voz suave mientras usaba una navaja para liberar la lengüeta clavada. El animal no pifó ni una sola vez. Cuando hubo terminado la rápida operación, la niña montó en la silla de un salto.

—Baja al río y di a Eumenes que dirija su misión de combate a la otra orilla —ordenó Kineas. El abreviar a las caballerías estaba llevando demasiado tiempo, y

enviar olbianos para dispersar a los sogdianos sólo serviría para demorarlo más.

Eumenes llevó casi a la mitad de sus tropas al otro lado del Oxus. Kineas los observó cruzar al trote por el vado principal y girar al sur hacia el bosquecillo de tamariscos del valle, abriéndose en línea de escaramuza. Todos los hombres empuñaban sus jabalinas, listos para lanzarlas. Fueron barriendo el terreno hacia el sureste, y de pronto hubo un remolino de polvo y se oyó un chillido de lamento, y a Kineas se le hizo un nudo en el estómago. Había sogdianos saliendo a caballo de la maleza; eran al menos cuarenta.

No podía oír a Eumenes ni tampoco ver lo que estaba ocurriendo, y su imaginación era peor que la realidad mientras el polvo se arremolinaba y se iba haciendo más espeso. Se aferraba a las riendas y cabalgaba inquieto de un lado a otro del cerro. Observaba a la gente que abrevaba a sus caballos e intentaba instarlos a darse prisa, a atajar entre la muchedumbre de la ribera, a formar otra vez en orden de combate.

—Eumenes se desenvuelve bien luchando contra los bárbaros —lo tranquilizó Filocles.

—Salvo cuando los bárbaros lo superan en número —repuso Kineas, meneando la cabeza—. Atenea, no nos abandones en nuestra hora de necesidad. —Kineas se volvió hacia Diodoro—. ¿Deberíamos enviar refuerzos?

Diodoro negó con la cabeza.

—Aguardemos su parte de novedades. Ares, me estoy hartando de todo esto.

Justo cuando Kineas se disponía a ordenar a Diodoro que fuera al matorral, Eumenes regresó, cabalgando a través del vado con seis sillas vacías. Estaba herido, llevaba una pierna cubierta de sangre y torcía el gesto de rabia y dolor.

—El matorral está infestado —informó—. Son cientos. Sogdianos, me parece; no sé si son de Cratero o de Espitamenes. ¿Quién demonios puede saberlo? —Negó con la cabeza—. Hemos caído en una emboscada. Lo siento. Es culpa mía.

Kineas observaba.

—Samahe dice que son de Cratero.

Los sakje, con las caballerías abrevadas, despejaban el Oxus y regresaban ya a sus posiciones. Los olbianos iban más despacio y los sármatas, con sus pesadas corazas, estaban acostumbrados a que las arqueras se ocuparan de tales menesteres mientras ellos se cocían al sol. Eran lentos.

Kineas maldijo la mala suerte de todo ello, así como la reducción de monturas y tropas que habían requerido las manadas de caballos y las columnas de carromatos. Luego alargó el brazo y estrechó la mano de Eumenes.

—En la guerra, perdemos hombres —dijo—. Cargamos con esa responsabilidad. —A sus oídos, esas palabras sonaron insoportablemente ampulosas—. Has hecho lo que te ordené. ¿Les hiciste daño?

Eumenes meneó la cabeza, reprimiendo un sollozo.

—Me he metido en la boca del lobo —confesó—. Nos aguardaban en la maleza. Tendría que haberme dado cuenta. —Hoscamente, agregó—: Les hemos hecho daño. Les hemos hecho salir de la maleza y retroceder al ribazo, pero volverán. —Miró al otro lado del río, donde el polvo de la escaramuza flotaba quieto en el aire, y se enjugó la frente. Había perdido la cinta con la que se sujetaba el pelo.

Filocles buscó en su macuto y sacó otra.

—Deja que te ate el pelo, muchacho —dijo con gentileza.

Eumenes seguía castigándose, mirando el suelo, encorvado.

—Tendría que haberlo hecho mejor —se reprendió a sí mismo.

Kineas se rascó el mentón.

—Ponte derecho y aguanta el tipo —ordenó.

Ante la provocación de Kineas, Eumenes se enderezó.

—Mucho mejor —dijo Kineas. Y asintió—. Deja que Filocles eche un vistazo a esa herida, luego vuelve con tu tropa y abrevad al resto de los caballos. Ya lloraremos a los muertos después. Ahora ayúdame a ganar.

Eumenes saludó. Desmontó y dejó que Filocles le atara el pelo y echara un vistazo a su herida. En esto, llegó Srayanka.

—Deja que envíe a Parshtaevalt —pidió—. Hay que despejar esto antes de que los jodidos sogdianos decidan atacar a nuestros sármatas.

Kineas quiso negarse, pero antes miró a Filocles y a Diodoro.

—Me fastidia tener que dividir a mis tropas —lamentó.

Eumenes se quitó el yelmo, tenía el rostro colorado por el esfuerzo. Habló con prudencia, consciente de su derrota.

—He sufrido bajas tratando de ponerlos nerviosos —reconoció—. Creo que... —Vaciló un momento antes de proseguir—: Creo que Srayanka lleva razón.

Diodoro asintió.

—Bastará con unas cuantas flechas tuyas para sembrar el caos entre los sármatas —dijo—. Están tramando algo que no me gusta nada.

Kineas aguardó un momento más, conteniendo la respiración; los pensamientos se sucedían en su mente como un caballo al galope y de pronto exhaló.

—¡Adelante! —le dijo a Srayanka. Ésta se volvió e hizo una seña a Parshtaevalt, que alzó su arco y apuntó con un extremo a cierto jinete, y en un abrir y cerrar de ojos se habían ido; cien guerreros a caballo desaparecieron en el matorral de tamarisco del valle del Oxus. Parecían cabalgar a una velocidad imposible pese al estado del suelo, pasando como una exhalación entre las líneas de los prodromoi de Ataelo. Samahe, visible por su coraza de cuero rojo y oro, levantó el arco a modo de saludo cuando los sakje pasaron al galope, y Parshtaevalt profirió su grito de guerra.

Una bandada de pájaros salió volando del follaje del otro lado del río y acto

seguido diez sakje estaban en lo alto del ribazo. Iban agachados sobre el cuello de sus monturas, y cabalgaban deprisa, deslizándose sobre el terreno más como gatos en fuga que como hombres y mujeres a caballo.

¿Y si el matorral estaba lleno de sogdianos? ¿Dónde estaba Cratero? ¿Estaría explorando otro vado del Oxus? A Kineas le revolvía las tripas la indecisión o, para llamar a las cosas por su nombre, el miedo. El sudor del yelmo le chorreaba por la frente y luego por el rostro como lágrimas, y Kineas llegó a oler la suciedad de su barboquejo, pestilente como el queso rancio. Rezó para que soplara el viento. Rezó para haber atinado. Escudriñó la polvareda que se iba levantando. La luz iba menguando a medida que caía la tarde.

Un coro de gritos débiles en la brisa vespertina, jinetes que surgieron en estampida del follaje más lejano, a dos estadios de la otra orilla del río turbio, descargando una lluvia de flechas sobre los sakje, que dieron media vuelta y huyeron como si sus caballos no tuvieran ímpetu ni huesos; huían como un banco de peces del Egeo ante la acometida de un depredador, una marsopa o un tiburón. Los jefes de los sogdianos perseguían implacables al puñado de sakje, y un hombre a lomos de un ruano iba a galope tendido en pos de Parshtaevalt, visible por los tachones de oro de los arneses de su caballo. El jefe sakje volvió el torso con una rotación imposible de tres cuartos y disparó recto por encima de la grupa del caballo contra su perseguidor, dándole en el vientre y segándole así la vida. Entonces Parshtaevalt aminoró la marcha y agarró las riendas del hombre muerto, profiriendo su grito de guerra. Blandió su arco mientras una docena de sogdianos se le venía encima y otro puñado disparaba contra él. Sonrió, agitó el arco y reanudó el galope, profiriendo de nuevo su grito de guerra de tal modo que resonó en las laderas del valle del Oxus mientras las flechas llovían en torno a él y toda la serrezuela se encendía con un clamor de vítores.

Los sogdianos, ahora ciegos de ira, se cebaban hostigando al puñado de sakje, y cada vez más jinetes surgieron del matorral para vengar a su guerrero caído. Estaban por alcanzar las colas de los caballos escitas cuando los otros veinte sakje salieron del lecho del río, dispararon una única descarga de flechas y cargaron contra el enemigo bajo su propia lluvia letal, vaciando una docena de monturas en otros tantos instantes.

Destrozados, los sogdianos rompieron filas y huyeron. Los sakje los persiguieron sin cuartel ribazo arriba, y el polvo los envolvió cuando los cascos de sus caballos pisaron la tierra seca. Al cabo de un momento regresaron, chillando y agitando sus arcos y lanzas. Parshtaevalt volvió al lugar donde había derribado a su hombre y, haciendo caso omiso de las flechas perdidas de los últimos sogdianos, se apeó y cortó la cabellera de su enemigo caído antes de saltar de nuevo a lomos de su poni. Reunió a sus jinetes con un gesto de la mano y poco después se encontraban entre los oficiales en el lecho del río.

Parshtaevalt iba manchado de sangre hasta los codos, y unos regueros rojos se le

habían escurrido hasta el torso al levantar los brazos para mostrar sus trofeos.

—¡Llevaba mucho tiempo haciendo de niñera! —gritó en su excelente griego—. ¡Yijaaa!

Srayanka le dio un beso, y buena parte del resto de los sakje se arracimaron para tocarlo.

Kineas sonreía.

—¿Ése era Aquiles? —preguntó con sorna.

Filocles correspondió a su sonrisa con una de las suyas.

—Rara vez he visto algo tan hermoso —observó. Se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano—. Alabado sea Ares por haberme permitido presenciar un acto tan valeroso. ¡Ah!

Conmovido, Filocles cantó:

*Ares, el fuerte en extremo, el auriga con yelmo de oro,
el del corazón aguerrido, el portador de escudo, el salvador de
ciudades, el de la armadura de bronce.
De brazo firme, incansable, vigoroso con la lanza,
¡oh defensor del Olimpo!, padre de la belicosa Victoria,
aliado de Temis, severo gobernador de los rebeldes,
arbitro de los hombres honrados, sumo rey de la virilidad,
tú que haces girar tu ardiente esfera entre los planetas
en sus siete trayectorias a través del éter
donde tus centelleantes corceles por siempre te sostienen
sobre el tercer firmamento del cielo;
¡escúchame, ayudador de hombres, dador de intrépida juventud!
Derrama desde lo alto un rayo favorable sobre mi vida,
y dame fortaleza para la guerra, que así sea capaz de apartar
lejos de mi cabeza la amarga cobardía
y aplastar los engañosos impulsos de mi alma.
Refrena también la ira ciega de mi corazón
que me incita a seguir sendas de lucha cuajadas de sangre.
En cambio, ¡oh bendito!, dame audacia para acatar
las inofensivas leyes de la paz, eludiendo el conflicto
y el odio y a los violentos demonios de la muerte.*

Los griegos se unieron al cántico, y los olbianos tenían buenas voces. Cantaron a voz en cuello los versos como si cada uno de ellos fuese un campeón, y el sonido se propagó sobre la hierba agostada y la arena hasta los sogdianos, que estaban reunidos

en su orilla sin más ganas de meterse en el cauce inundable y el matorral de tamarisco, apenas visibles tras la columna de polvo y arena que había levantado el enfrentamiento. Sus caballos piafaban y relinchaban pidiendo agua.

Cuando la canción terminó, la caballería griega agrupó sus monturas y las arrastró fuera del agua y ribera arriba hasta su promontorio. Ocultarse carecía de sentido, pero de todos modos Kineas los mandó de regreso al otro lado de la serrezuela; eso era más fácil que asignarles nuevas posiciones donde podrían hallar cierta protección. Las sombras eran alargadas, y sin embargo el sol seguía imperando en las llanuras.

Los sármatas todavía abrevaban a sus caballos. Al pasar junto a ellos, Kineas tuvo ocasión de oír a Lot maldecir a un grupo de rezagados que seguían en el arroyo. Uno de ellos agitó su yelmo de oro y los otros quince montaron. El hombre con el yelmo de oro dio la vuelta a su caballo, levantando rociones de agua. Puso el caballo al galope en pocas zancadas y cabalgó derecho hacia Mosva, que abrevaba el caballo de su padre. Mosva levantó la vista y sonrió, pensando que se trataba de un juego. Gritó algo y murió con aquella sonrisa en el rostro, porque Upazan le separó la cabeza del cuerpo con un solo golpe de su hacha de mango largo. Acto seguido, dio media vuelta otra vez y cabalgó hacia Lot.

—¡Ahora lucha conmigo, viejo cobarde! —desafió jactancioso, cabalgando hacia el príncipe.

León, al lado de Kineas, agachó la cabeza e hincó los talones en los ijares de su montura. Llevaba una yegua menuda de pecho ancho y cabeza pequeña, un hermoso caballo que León adoraba. La bestia cruzó el curso de agua limpiamente, sus cascos parecían rozar apenas la superficie. Ya demasiado tarde para salvar a Mosva, León siguió galopando. Upazan, con todo su empuje puesto en la carga contra Lot, avanzaba hacia su objetivo e ignoró al nubio, pero la yegua menuda embistió contra el corpulento castrado sármata en la grupa, obligando al caballo a tropezar y hacerse a un lado, casi derribando a su jinete.

Upazan asestó un golpe a León con el hacha. La yegua de León reculó y el hachazo falló, y la lanza de León acometió, pinchando a Upazan en el costado. Kineas, todavía pasmado al ver a dos de sus hombres luchando, tuvo tiempo de recordar el mañoso estilo de lucha de Nicomedes. El nubio se servía de su yegua para esquivar los tajos y dio dos lanzadas más que hicieron manar sangre.

Los camaradas de Upazan bullían confundidos y, de pronto, uno de ellos dejó a los demás y cabalgó en pos de León.

Lot estaba paralizado, sin dar crédito a lo que veía.

—¡Desgraciado! —gritó, reaccionando de pronto, y espoleó a su caballo.

Otro de los hombres de Upazan sacó un arco y disparó. La flecha pasó entre Filocles y Kineas. Una segunda flecha rebotó en la coraza de Lot.

Upazan se irguió, aferrando las rodillas a los lomos de su caballo, y se inclinó

hacia delante, haciendo girar el hacha con la correa de la muñeca para tener más alcance. Dio a León en el escudo de cuero de toro que llevaba sujeto al hombro izquierdo a la manera de los sakje y el hacha resbaló hacia arriba, haciendo resonar el yelmo del nubio. En ese preciso instante, León hincó de nuevo la lanza, que esta vez penetró en el rostro de Upazan. Brotó sangre bajo el yelmo y Upazan se desplomó.

León cayó al río, y Filocles y Kineas corrieron a socorrerlo mientras los amigos de Upazan liberaban a éste del peso de su caballo y echaban a correr hacia la otra orilla del arroyo.

—¡Cagones! —bramó Filocles, forcejeando con su caballo y tratando de sostener a León con un brazo—. ¡Traidores!

Lot seguía maldiciendo. Las filas de los sármatas avanzaban como un cadáver cuajado de gusanos.

—Debo calmar a mi pueblo —dijo Lot con voz áspera. Parecía un hombre recién herido. El cuerpo decapitado de su hija yacía en la otra orilla del río, y el agua se teñía de un horrible marrón rojizo allí donde su sangre se mezclaba con el cieno.

Varios de los exploradores de Ataelo la rodearon. Otros corrieron a rodear a León. Filocles y Eumenes sacaron a León del agua en volandas. Kineas lo tendió en la orilla y le cortó el barboquejo. Tenía sangre en la base del cráneo y un corte tan profundo en el cuello que se le veían los músculos. Había sangre por doquier.

—La ha matado, ¿verdad? —preguntó León con voz ronca.

Filocles había desmontado y estaba allí.

—Conmoción cerebral —determinó—. Déjame a mí. Tú comanda a tu ejército.

Kineas delegó agradecido aquella responsabilidad y volvió a montar. Al hacerlo, el caballo trazó un círculo, otro mal agüero para sus entrañas.

Los compinches de Upazan habían cruzado el río derechos hacia el sur, y luego cabalgado hacia el este sin apartarse de la orilla. Los sakje, confundidos, no habían disparado ni una sola flecha. Incluso los prodromoi los dejaron marchar.

Dos estadios al sureste, un hombre con una clámide teñida de polvo y festoneada de púrpura en los bordes se detuvo en la lejana orilla del río. Detrás de él había una densa columna de clámides azul y púrpura: caballería macedonia y un puñado de hetairoi reales. Las trompetas sonaron y el hombre rubio ordenó el avance de una docena de jinetes para interceptar a los amigos de Upazan. Luego la nube de polvo lo envolvió todo.

Kineas se volvió hacia Diodoro.

—Eso es lo que llamamos un presagio adverso —observó. Era incapaz de apartar los ojos de la sangre que corría en el agua. Cuando lo hizo, lo único que vio fueron sármatas subiendo poco a poco a la serrezuela.

Diodoro torció el gesto.

—¿Y si Espitamenes viene ahora y decide ponerse de nuestra parte? —preguntó.

Kineas subió por la ladera que ocultaba a su caballería. Se detuvo en lo alto. Los sármatas se habían diseminado en grupos a lo largo y ancho de varios estadios de terreno pedregoso, y estaba claro que todos discutían. Kineas bajó al valle del otro lado en busca de Lot. Cuando lo encontró, en medio de una docena de guerreros furiosos, fue derecho en su busca.

—¿Resistirás? —inquirió Kineas—. ¿O tengo que batirme en retirada?

Aguijoneado, Lot se enderezó.

—Resistiremos —sentenció.

Kineas echó un vistazo a los guerreros sármatas, que le sostuvieron la mirada con firmeza. Kineas señaló la cresta de la colina con su espada.

—Durante dos veranos nos hemos cubierto mutuamente las espaldas —dijo—. Ningún niño, ningún parricida va a robarnos la victoria.

Gruñidos y asentimiento.

—Aguardad a mi señal —ordenó Kineas, y enfiló de nuevo la ladera hacia Diodoro, sintiendo mucha menos confianza de la que acababa de manifestar.

—¡Estaros jodidos! —exclamó Kineas, mostrando a Diodoro lo que veía—. Aunque un tercio de ellos decida apoyar a Upazan y atacar al resto, Cratero podrá cruzar a voluntad.

Diodoro asintió.

—Por la verga palpitante de Ares —murmuró con amargura—. Lo tenemos. Cratero llega tarde para hostigarnos y nosotros ya estamos derrotando a sus sogdianos. ¡Míralos! —Diodoro señaló la orilla opuesta. La huraña mala disposición de los soldados de caballería sogdianos se transmitía mediante posturas y movimientos, pero para un par de caballeros veteranos como Diodoro y Kineas aquello era como un grito.

Kineas hizo una seña a Srayanka y bajó del promontorio a medio galope, invisible desde la posición de Cratero. Una vez fuera de su campo visual, comenzó a gesticular con las manos.

—¡Mira eso! —gritó a Srayanka mientras ésta se le acercaba.

Srayanka se quitó el casco y sus trenzas negras se desenroscaron.

—¿Que mire, dices? Esposo, mis ojos llevan una hora sin ver otra cosa. ¿Aquella era Mosva? —preguntó.

—Sí —escupió Kineas asqueado—. Apuesto a que resistirán, pero quiero que estés preparada para cubrir nuestra retirada. Si Cratero quiere cruzar, mi intención es hacérselo pagar. —Vaciló un instante—. Es posible que incluso lo ataque. —Señaló al otro lado—. Si lo dejamos aquí, se acabó nuestro sueño de viajar por el Polytimos.

Srayanka asintió.

Kineas se volvió hacia Ataelo, que acababa de traer a los prodromoi a través del Oxus y aguardaba órdenes.

—Ve al norte, detrás de Srayanka, y luego vuelve al matorral. Cubre mi flanco izquierdo —ordenó.

Ataelo estaba pálido, llevaba abultados vendajes en el hombro y el brazo, pero los ojos le brillaron.

—¡Claro! —exclamó. Dio la vuelta a su caballo e hizo una seña con la fusta, y todos los prodromoi, a lomos de caballos de refresco, trotaron hacia el norte.

Kineas señaló por encima del hombro.

—Nuestros carromatos están sólo a una hora a paso ligero al norte de aquí —señaló, sin necesidad de hacerlo dado que Srayanka lo sabía tan bien como él—. Tenemos que combatir.

Le dio un beso y volvió con los olbianos.

—¿Qué carajo está pasando con los hornos andantes? —preguntó Eumenes, señalando a los sármatas y usando la expresión griega para designar a los hombres con armadura completa.

—Upazan ha tratado de erigirse en rey —respondió Kineas—. Ha matado a Mosva y seguramente tenía intención de matar también a Lot.

—El la amaba —dijo Eumenes. Tragó saliva—. Yo le tenía... mucho cariño... —Pese a su esfuerzo por mantenerse lacónico, terminó sollozando.

Kineas le dio un abrazo.

—Procura que no te vea la tropa, hijo —le aconsejó, ocultando al muchacho con su clámide—. Desahógate en mi hombro. Eso es... ¿Estás listo?

—Sí —contestó Eumenes. E inspiró profundamente.

—Que Urvara no te vea llorar por esa chica —advirtió Diodoro.

Kineas lo fulminó con la mirada.

—¡Diodoro! —protestó Kineas—. Me parece recordar... —comenzó, y Diodoro sonrió atribulado.

—Yo también lo recuerdo —interrumpió. Juntos cabalgaron de nuevo hasta la cresta de la serrezuela.

Un puñado de sogdianos de Cratero cruzaba el Oxus bastante más al oeste levantando rociones de agua.

—Demasiado al oeste para que supongan una amenaza inminente —observó Kineas.

Diodoro descolgó el odre de agua que llevaba al hombro.

—¡Mmm! —dijo—. Fangosa y tibia. Además, con un leve aroma a cabra. —Sonrió en señal de apreciación—. A estas alturas, Cratero ya se ha enterado de que tenemos problemas por culpa del cagón de Upazan, de modo que centrará sus esfuerzos en ese punto débil y luego nos atacará de frente. —Sonrió—. Por descontado, ahora ya ve todo el polvo que Lot está levantando. No tiene idea de cuántos somos ni de dónde está Espitamenes. —Se quitó el yelmo y lo colgó del puño

de la espada—. Hasta el Perro se tomará su tiempo. Puesto que no somos Espitamenes, probablemente no tiene por qué combatir. —Diodoro miró a un lado y al otro—. Pero, conociendo a Cratero, seguro que aún no ha colegido que no somos su presa. Y apuesto a que pasa por alto el hecho de que sus sogdianos nos temen.

Kineas asintió.

—Y no ha abrevado a sus caballos —apostilló.

Diodoro se rascó el mentón.

—Debo admitir que pensaba que estabas loco por intentarlo, pero no cabe duda de que ahora jugamos con cierta ventaja.

Kineas permaneció inmóvil. *Talasa* se mantenía erguida entre sus rodillas, las ancas quietas, la cabeza en alto, como si fuese una fresca mañana de primavera y tuviera ganas de salir a correr. Jamás había tenido un caballo igual. Le palmeó el cuello con afecto.

—Que el hipereta toque «avance por escuadrones» —ordenó.

—¿Atacamos? —preguntó Diodoro.

—Vamos a mostrarnos confiados. La tarde toca a su fin y necesitamos que caiga la noche. —Kineas señaló con su fusta *sakje*—. ¡Mira!, es el Granjero.

Entre todos le habían puesto aquel apodo afectuoso; era un bastardo de la realeza macedonia llamado Tolomeo. A diferencia de Cratero *el Perro*, que había sido odiado y temido, el Granjero tenía muchos amigos.

—Al mando de los Compañeros —supuso Diodoro.

—Te equivocas, está con los sogdianos —corrigió Kineas—. ¡Pobre bastardo!

Detrás de Kineas, Andrónico tocó la trompeta. Los escuadrones olbianos coronaron la serrezuela en tropel. La formación era impecable y el sol de la tarde encendió sus corazas de bronce.

—Toca «alto» —ordenó Kineas—. Veamos qué hacen.

Kineas observó. Transcurrido un minuto, había mensajeros volando entre los macedonios del otro lado del río.

—Tan sólo tienen, ¿qué, ochocientos caballos? —aventuró Kineas.

Eumenes miraba de un lado a otro.

—¡Más bien el doble, diría yo!

Diodoro rió.

—La juventud se desperdicia en los jóvenes —sentenció—. Kineas lleva razón. Y la mitad son sogdianos.

Kineas escrutó la ribera de un extremo a otro. A un estadio del río, el suelo era como el desierto en ambas márgenes, sólo hierba agostada y gravilla. Pero el valle medía dos estadios de anchura y era verde; a veces pantanoso, a veces puro prado con arboledas de tamarisco y rosal silvestre. En la otra orilla había dos grupos separados de caballería sogdiana y, a la izquierda de Kineas, un par de escuadrones muy

pegados de profesionales macedonios. La línea entera se movía porque los caballos del enemigo estaban inquietos. Se movían tanto que levantaban una nueva nube de polvo, haciendo que resultara difícil verlos.

—Voy a ir a por él —dijo Kineas, con súbita decisión. Se sintió mejor de inmediato, con el estómago aposentado. Lo había visto claro—. Tenemos poco que ganar, sentados al sol. Sus caballos están cansados, y los míos no. Si nos derrotan, nos retiramos hacia el ocaso. Él está a mil estadios de su campamento. ¿Te parece bien?

Diodoro respondió cogiendo su yelmo, colgado por el barboquejo de la empuñadura de su espada, para ponérselo. Sonrió al abrocharlo.

Kineas miró alrededor buscando un mensajero. Sus ojos tropezaron con León, que llevaba el coselete blanco manchado de sangre y un abultado vendaje bajo su yelmo beocio de ala ancha.

—León, ve en busca de Ataelo. ¿Me oyes, muchacho? ¿Estás bien?

El nubio asintió con vehemencia. Se quitó el casco para oír mejor.

—Ve hasta donde está Ataelo —insistió Kineas—. Dile que cruce y hostigue el extremo izquierdo de las líneas enemigas. ¿Entendido? Repítelo.

—Hasta Ataelo. Hostigar el flanco izquierdo enemigo.

—¡Arreando! —gritó Kineas. Buscó otro mensajero. Encontró a Hama, el cacique de los celtas—. Hama, ve hasta Srayanka y dile que avance en alineación de tiro y que comience a disparar contra la caballería macedonia; aquellos de allí. ¿Los ves?

Hama asintió.

—Dile que apoye a Ataelo por su izquierda. ¿Lo entiendes? —preguntó.

Hama asintió y sonrió como quien ha capitaneado varios combates.

—Digo a tu esposa que hostigue a los jinetes de enfrente y que ayude a Ataelo a desviar a su flanco —repitió.

—Perfecto. ¡Adelante! —dijo Kineas. Luego cabalgó hasta la cresta e hizo señas a los sármatas con el brazo hasta que Lot reparó en él. Entonces señaló hacia la orilla oriental. Lot le respondió de modo semejante.

Kineas regresó a la cima de su promontorio, echó otro vistazo a las posiciones macedonias y se bajó la mentonera.

—¿Listos? —preguntó—. Con paso lento y firme mientras pisemos terreno pedregoso. Si mantenéis la formación y os mostráis duros, los sogdianos se esfumarán. Estad preparados para virar a la izquierda por escuadrones. Vamos a subir el ribazo y giraremos al norte hacia el flanco de su caballería real. ¿Está claro? —Volvió la vista atrás por encima del hombro y vio que los sármatas se estaban moviendo; el yelmo de Lot relumbró cuando él y sus hombres comenzaron a bajar por el extremo de la serrezuela a la derecha de Kineas. En la otra orilla, el grupo sogdiano más a la derecha comenzó a bullir confundido.

—¡Toca «avance»! —chilló Kineas.

Las líneas olbianas avanzaron al paso, cuidando donde pisaban, resbalando y patinando en la arena, y una vez llegadas al amplio prado del valle fluvial, recompusieron la formación en perfecto orden. Kineas se situó en la punta del romboide olbiano izquierdo, con Cario y Diodoro a sus espaldas.

En cuanto entraron en el valle verde, Kineas perdió la visión panorámica del campo de batalla. Empuñaba la primera jabalina y se contoneaba amoldándose al vaivén de *Talasa*, que tanteaba el camino por el herbazal evitando las matas de espino. Los olbianos, veteranos en lo que a cabalgar por terreno escabroso atañía, fluyeron en torno al matorral y volvieron a formar automáticamente sin que fuera preciso dar órdenes.

—¿Listos? —preguntó Kineas a voz en cuello. Tenían el valle verde para ellos; los sogdianos no bajaban por la otra ribera.

Llegaron al propio río y *Talasa* lo cruzó salpicando. Los rociones que levantaban sus cascos daban gusto. Kineas cogió las riendas con una mano.

—¡Derechos a lo alto del ribazo! ¡Dispersaos! ¡Subid tan deprisa como podáis! —Gesticuló con los brazos—. ¡Dispersaos! ¡Intervalos de a dos!

No había toque de trompeta para eso, pero fue obedecido y los otros dos grupos siguieron su ejemplo. Una arboleda de tamariscos ocultaba a los sármatas. Demasiado tarde para preocuparse.

—¡Al trote! —Hincó las rodillas en su caballo y enrolló la correa de lanzar a su primera jabalina.

Antígono tocó la llamada e iniciaron el ascenso de la cuesta. *Talasa* estuvo arriba en dos saltos, y Kineas fue recibido por una descarga de flechas; una le dio en el yelmo. Se inclinó hacia delante y la yegua se empinó sobre los cuartos traseros, y Kineas hincó los talones en sus ijares, se alzó cuanto pudo en la silla y rugió:

—¡A la carga!

Lo recibió un único jinete enemigo. Daba la espalda a Kineas y bramaba a los sogdianos que resistieran. Era un oficial con el fajín blanco atado a una prenda bactriana que llevaba encima del peto. Se cubría la cabeza con un pañuelo, pero Kineas lo reconoció: el Granjero.

Kineas sonrió y blandió su pesada jabalina *lonche* como un hacha de dos manos, cogiéndolo desprevenido y derribando al macedonio de su silla. Después gritó a su hipereta, que ya frenaba su montura.

—¡A formar! —gritó Kineas, y la trompeta sonó.

Kineas asintió a Antígono cuando los soldados se reagruparon.

—¡Permaneced juntos! —ordenó—. ¡Adelante!

La trompeta sonó otra vez. En algún lugar de la polvareda, *Ataelo* la oiría, igual que *Lot* y *Srayanka*.

Kineas se dirigió hacia la nube siguiendo al enemigo que huía.

De repente, la nube marrón y gris se llenó de jinetes. Kineas se impresionó al ver a tantos. Bactrianos, pensó, deduciéndolo por las cabezas de los caballos y las vistosas mantas de las sillas. Y cayó sobre ellos.

No plantaron cara; parecían confundidos, ajenos al peligro que corrían hasta el último instante. Kineas no se molestó en lanzar la jabalina, sino que se limitó a derribar hombres con el asta a diestro y siniestro. Detrás de él, la punta cada vez más ancha del romboide atravesó sus líneas desgarrándolas como una tela apolillada. Hombres y caballos huían despavoridos de Kineas y su escolta para desaparecer pisoteados o entre la polvareda.

—¡Reagrupaos! ¡Reagrupaos! —voceaba Kineas, y la trompeta volvió a sonar.

»¡Cambio de frente! ¡A la izquierda! —gritó Kineas a Antígono. El galo levantó la trompeta y dio el toque correspondiente. Kineas no veía más allá de dos filas, porque ahora el polvo y la arena se movían como una densa niebla llena de fantasmas, pero hizo girar a *Talasa* y pasó de ser la punta a ser el flanco derecho de la formación.

«Confía en tus hombres.» Si la maniobra se había llevado a cabo bien, su romboide ahora estaba encarado directamente al flanco macedonio. Con tanto polvo, no veía nada.

—¡A la carga! —gritó Kineas.

Antígono tocó la trompeta. La formación avanzó y cobró velocidad, y Kineas comenzó a encontrar adversarios: hombres confundidos que hacían girar a sus caballos en la bruma de la batalla. La dirección de la carga y la formación enemiga, o mejor aún la ausencia de ella, dejó a Kineas y a su flanco sin oposición. Cabalgaron despacio, manteniendo contacto con el centro de la formación, cuyos hombres libraban toda la batalla.

Samahe supo dónde encontrarlo exactamente, leyendo su mente con la precisión de un chamán, probablemente guiada por los toques de trompeta.

—¡Eh! ¡Kineas! —gritó al salir de la polvareda.

Kineas respondió a voz en cuello:

—¡Samahe! ¡Aquí!

—¡Por joder como dioses! —La sonrisa de Ataelo era tan ancha que le partía la cara redonda en dos cuando salió de la bruma tras su esposa—. ¡Ja! ¡Son todos míos! —Agitó en alto el brazo sano—. Cabalgo todo el camino alrededor de su flanco. Cratero se retira. ¿Sí?

Kineas tuvo que sonreír.

—Voy al norte —gritó.

Ataelo gritó:

—¡Sí! —Y regresó a la polvareda.

—¡Da el alto! —ordenó Kineas a Antígono. Y aguardó mientras la trompeta sonaba—. ¡Frente a la derecha! —gritó Kineas, y de nuevo la voz estridente de la trompeta sonó a través del polvo. Le costaba oír bien y no veía más allá de diez largos de caballo. Para orientarse, sólo contaba con el último vistazo al campo de batalla y con su instinto.

Volvía a estar en la punta del romboide, suponiendo que aún hubiera formación.

—¡Al trote! —volvió a gritar, sujetándose a *Talasa* con las rodillas. La yegua estaba muy tranquila y lo llevaba con soltura. Kineas apoyó una rodilla en medio de sus lomos y se irguió un momento, pero no pudo ver nada y a punto estuvo de caerse de la silla cuando *Talasa* esquivó un obstáculo.

Cuando consideró que había transcurrido el tiempo suficiente, comenzó a virar hacia el oeste, guiando a la formación si es que aún contaba con ella, trazando un arco a lo largo del río, pero un estadio más al norte, en busca de la caballería macedonia.

El polvo comenzó a dispersarse. Tras un par de zancadas de *Talasa*, Kineas pudo verse las manos, pudo ver una mata de hierba en su camino; acto seguido, había salido y observaba la nube de polvo y el escuadrón de caballería sogdiana aguardando con patente indecisión justo al lado de la ascendente columna de polvo. La bruma de la batalla era tan densa que subía al cielo como si la misma hierba estuviera en llamas.

Kineas se quitó el pañuelo que llevaba anudado al cuello para evitar que la coraza le rozara, se enjugó el sudor que le escocía en torno a los ojos y la boca y se lo volvió a poner.

Siguió desviándose hacia el oeste. Después volvió la vista atrás.

El romboide aún estaba tras él. Cario, Antígono y Diodoro emergieron de la cortina de arena, y luego Hama, Dercorix y Tasda, y cuatro más a la zaga. El espaciado distaba mucho de ser perfecto y le pareció que faltaba un ala entera, quizá diez hombres; sin embargo, tras dos enfrentamientos a ciegas y una carga, aquello era un milagro.

Los otros dos escuadrones no se veían por ninguna parte.

Los sogdianos del frente izquierdo acababan de verlos. Se movían; se trataba de un sutil movimiento de hombres y caballos como el de la hierba alta mecida por el viento que denotaba miedo e indecisión.

Kineas dio media vuelta a *Talasa*, sin perder la sujeción a la silla.

—¡Derechos a través de ellos! —chilló.

Sus hombres respondieron con un grito cansino. Ganaron velocidad.

De la polvareda que tenían a su izquierda, un único jinete a lomos de un caballo negro surgió como un rayo oscuro. Kineas supo que era León en cuanto vio el escudo de piel de toro que le cubría el brazo.

León iba disparado hacia los sogdianos. Su jefe, un hombretón de barba cana, dio la vuelta a su caballo en el último momento, como si no hubiese esperado que el nubio cargara derecho hacia ellos; pero lo hizo tarde. La jabalina lanzada por León se le clavó en el bajo vientre y lo tiró al suelo, y el enorme caballo castrado de León chocó contra su montura y siguió avanzando hacia el frente de la formación sogdiana.

Los lugareños estaban pasmados como si un verdadero rayo hubiese fulminado a su cacique. León desapareció en medio de ellos. Su portaestandarte, otro hombre grandullón a lomos de un caballo gris con un mástil rematado por una cabeza de toro de bronce, gritaba órdenes frenéticas, y los sogdianos comenzaron a cerrar filas. Una descarga de flechas salió despedida de su formación para caer en dirección a Kineas.

A diez zancadas, Kineas levantó su jabalina ligera. Cinco zancadas después la lanzó, y justo cuando la cabeza de su caballo pasaba por encima del cadáver del cacique, bajó la punta de su lanza pesada para desmontar al hombre que llevaba el estandarte con la cabeza de toro. *Talasa* derribó al caballo enemigo, que cayó a la arena sacudiendo las patas, y saltó por encima de él; la jabalina de Kineas se quedó clavada en el cadáver del jinete.

Los fugaces momentos de buena visibilidad se habían terminado, y de nuevo se vieron sumidos en la densa bruma de Ares. Kineas se dispuso a empuñar su preciada espada egipcia, pero ésta se resistió a salir de la vaina. Levantó el guantelete de la mano de las riendas para parar un golpe y lo recibió en el costado. El dolor y la rabia explotaron en su interior. *Talasa* dio media vuelta debajo de él.

Otro golpe contra las escamas de su coselete y de pronto se vio libre en el remolino de arenilla. Le dolía el costado, pero el daimon del combate estaba en él y sujetó la vaina entre el brazo de la brida y la cadera y arrancó la espada, cayendo casi de la silla por el ímpetu del esfuerzo.

Estaba solo. Volvió la cabeza de *Talasa* en la dirección que creyó correcta y la instó a seguir adelante.

Cario salió de la polvareda con su pesada lanza chorreando sangre y vísceras.

—¡Ja! —exclamó a modo de saludo.

Detrás de él, Hama avanzaba sin flaquear.

—¡Por aquí, señor! —le gritó Hama.

Los tres cabalgaron hacia el velo de arena arremolinada.

Un hombre que cubría su yelmo abombado con una banda de tela estrelló su caballo contra *Talasa*, y Kineas se vio de nuevo en la melé. Asestaba y paraba golpes, cada vez más consciente del dolor que tenía en el costado y de la creciente marea de sonidos. Aquello era una lucha enconada, no una derrota aplastante. Los sogdianos ya no cedían terreno.

«Los olbianos no están venciendo.» Oía sus llamadas entre los gritos de los sogdianos.

Condujo a Talasa derecha contra el caballo de su oponente y dio tres tajos, sacrificando la astucia en aras de la fuerza bruta y la velocidad. Uno de sus golpes alcanzó al sogdiano, que se tambaleó llevándose las manos a la cara mientras su caballo sacudía las cuatro patas para no perder el equilibrio. Kineas lo dejó atrás.

—¡Apolo! —gritó.

En torno a él, en la bruma de la batalla, oyó que otras voces repetían el grito:

—¡Apolo!

Entrevió los penachos de crin de algunos de sus hombres a su derecha; tan sólo una imagen fugaz cuando una esporádica racha de brisa barrió el polvo en suspensión. Apretó bien las rodillas contra los lomos de *Talasa* y volvió a gritar a pleno pulmón:

—¡Apolo!

La yegua respondió con renovadas fuerzas, derribando a otro jinete sin que Kineas diera un solo golpe. Luego un hombrecillo que parecía ir cubierto de oro asestó una estocada con su lanza contra el pecho de Kineas. Las escamas de la coraza desviaron el golpe; el hombre había calculado mal la distancia. Kineas dio un tajo al asta sin conseguir partirla, pero apartando bastante la punta, de modo que pudo acercarse. Agarró el asta con la mano de la brida y estampó repetidas veces la cabeza de Medea de la empuñadura contra el rostro de su adversario mientras sus caballos daban vueltas como perros peleando, mordiéndose y dándose coces. Kineas alargó la mano de la brida en torno a la espalda del otro hombre, que llevaba armadura completa. La mano izquierda de Kineas se aferró al cinto de la espada del sogdiano y arrancó la hoja de su propia espada de donde había quedado bloqueada entre los torsos de ambos; arriba y otra vez arriba con cada empujón de los caballos. *Talasa* se empinó sobre los cuartos traseros, mordiendo salvajemente la grupa del otro caballo y golpeándolo con las manos, y Kineas giró la cintura de modo que el filo de la espada egipcia ascendiera hasta la mandíbula del sogdiano...

Un roción de sangre, y el hombre de oro se desplomó; un peso muerto que casi lo hizo caer de *Talasa*, y un golpe contra su yelmo...

Cario bramaba como un toro enloquecido a su lado, ayudándolo. «¡Apolo!» Hama estaba a su otro lado y el escudo de León salía de la sofocante bruma. Se incorporó; el dolor disminuía y masculló su inaudible agradecimiento a Cario y Hama.

Había perdido la espada. Amaba aquella espada, la espada que Satrax le había regalado.

«Una razón estúpida para morir, de todos modos.» Antígono avanzaba entre la bruma.

—¡A formar! ¡Toca a formar! —gritó Kineas. Su voz le sonó extraña. Había perdido el casco.

Buscó alrededor, esperando ver el brillo de la cabeza de Medea entre la hierba

dorada que tenía a sus pies. En cambio, lo que vio fue la sangre que le chorreaba por el muslo, procedente de debajo del coselete.

El mundo se convirtió en un túnel. En el otro extremo, Antígono, ¿o era Niceas?, gritaba:

—¡A formar! ¡A formar!

Niceas se volvió como si el mundo se hubiera deslizado hacia un lado y el suelo se alzara para sostenerlo. Luego había un cráneo que le hablaba desde una pared de arena.

—*Escucha, strategos. Desviaremos al monstruo hacia el sur, lejos del mar de hierba. ¡Deja que juegue con los huesos de otros hombres! Tus águilas reinarán aquí y se preservará la vida del pueblo. Este es mi propósito, y también el tuyo.*

Kineas dio un respingo.

—*No soy el sirviente de nadie.*

—*¡Por el retorcido hijo de Cronos, chico! Podrías morir. Absurdamente, en una pelea ajena, en una reyerta callejera, defendiendo a un tirano que te desprecia. O por una flecha bárbara en plena noche. No hablamos de Homero, Ajax. Hablamos de mugre, falta de sueño, chinches e inmundicia. Y, el día de la batalla, eres un hombre anónimo bajo tu yelmo; no Aquiles ni Héctor, sólo un remero que empuja a la falange hacia el enemigo.*

Se oía a sí mismo, mucho más joven e irresponsable, decir todo aquello.

El cráneo habló con la voz de Kam Baqca, como si estuvieran sentados juntos en la plácida potrera de Calco moteada de sol.

—*Ese habría sido tu destino; la cara hundida en el lodo de una pelea callejera, la herramienta de hombres maliciosos. Y tú eres mejor que todo eso.*

Kineas se vio cosiendo un cabestro. «¡Oh dioses! —pensaba—, parece que haya pasado mi vida adulta entera reparando arneses.» Se enfrentaba a uno de los más comunes fastidios del hombre que cose cuero: le faltaban tres puntadas para terminar y no le quedaba hilo. Casi nada de hilo. Tendría que coser con mucho cuidado, enhebrando el hilo en la aguja antes de cada puntada para luego sacarlo y volver a enhebrar, y así hasta el final. Ni aun así lo conseguiría; ya lo veía venir.

El apuesto guerrero se agachó y tiró del hilo que colgaba, y éste se alargó, aunque sólo un poco.

—*Eras mercenario y decidiste ser algo mejor. Ve y muere como rey...*

Era de noche. Él era Kineas. Los bebés lloraban y Srayanka le estrechaba la mano.

—¡Oh, amor mío! —exclamó ella en sakje. Le apretó la mano con fuerza, con

tanta fuerza que el dolor de los huesos casi igualó el daño que le hacía el costado izquierdo.

—¿Deduzco que vencimos? —preguntó Kineas.

Srayanka lo besó.

—Casi te pierdo —dijo.

—¿Pero vencimos? —insistió Kineas.

—Eumenes reagrupó a los olbianos y fue a combatir con tu flanco, que aplastó la última resistencia. Mis sakje hostigaron a los macedonios a lo largo de treinta estadios. Algunos de mis guerreros todavía cabalgan.

Más que satisfecho, Kineas volvió a caer dormido; y durmió sin soñar, sin que le hablara ningún cráneo.

A la mañana siguiente, tan entumecido que apenas podía ni montar, subió a lomos de *Talasa* con ayuda de Filocles y fue a despedirse de muchos amigos, dado que las dos columnas se separaban y sus mujeres y niños y muchos guerreros se dirigían hacia Oriente u Occidente.

Aun sin sus heridas, las despedidas habrían resultado igualmente dolorosas, y no faltaron quienes, como Diodoro y Filocles, intentaron argumentar que él debería marcharse con la columna que partía hacia el oeste. No obstante, la herida del costado se reducía a unas cuantas costillas fracturadas; la nueva coraza había resistido. Tenía cortes en un muslo y en los brazos, pero lo mismo le ocurría a cualquier hombre que hubiese tomado parte en la acción. Y le dolían todos los músculos del cuerpo.

Igual que a cada uno de los soldados de caballería. Kineas no tenía intención de dirigirse al oeste.

Los dedos rosas de la aurora encendieron jaeces de oro al rozarlos. La plata y el acero se tiñeron del delicado rosa de las nuevas flores, y la propia hierba se cimbreaba como el bronce recién forjado. Los carromatos de los sakje ya habían emprendido la marcha y el polvo que levantaban era del mismo rosa ahumado que el cielo y las nubes del horizonte. En lo alto, a la derecha, un águila de buen agüero volaba en círculos, buscando una presa con las primeras luces del alba.

A orillas del último curso de agua antes del Polytimeros, estaba Kineas junto a *Talasa*, rodeado de sus mejores amigos. Srayanka y Filocles, uno a cada lado, para servirle de apoyo. Diodoro con Safo montada a su lado; Coeno y la dulce Artemisia con Eumenes y Urvara, resplandeciente con su gorytos de oro y un collar de oro y lapislázuli; Antígono y Andrónico en silencio, sus torques de oro como lenguas de lava que les envolvieran el cuello; Sitalkes con su capa geta, sostenido por Ataelo y Samahe; y Parshtaevalt, deslumbrante con un peto macedonio de bronce cincelado a semejanza de un torso musculoso; León, callado y quieto con una clámide olbiana; Nicanor, que lloraba abiertamente. Nihmu los observaba con una calma que

contradecía su juventud, como si sus jóvenes ojos pudieran guardar cada instante como la tablilla de cera de un escriba. Temerix se mantenía en un segundo plano, trenzando tiras de cuero con los dedos, incluso mientras Safo se despedía de él. El herrero sindón había sido su aliado para ayudar a Filocles.

De todos los compañeros más íntimos de Kineas sólo faltaba Darío, pues todavía andaba en algún lugar del mar de hierba buscando a Espitámenes.

Uno tras otro, quienes se marchaban al oeste besaron a quienes se marchaban al este. Coeno ostentaría el mando. Eumenes conduciría a los olbianos y Urvara a los sakje, con un diezmo de los mejores guerreros. Con ellos irían Nicanor y Safo, y Artemisia y Andrónico serían los hiperetas de Eumenes.

Coeno abrazó a Srayanka. Luego se volvió hacia Kineas.

—El corazón me dice que no volveré a verte nunca más —dijo.

Kineas se enjugó rápidamente las lágrimas.

—No, amigo mío. Si lo que he visto en las puertas de cuerno es verdad, no cazaremos juntos a este lado de los Campos Elíseos.

Coeno era un aristócrata de Megara. Se mantuvo erguido, sin derramar una lágrima. Incluso llegó a sonreír. Cogió a Kineas de ambas manos.

—Honro a los dioses, Kineas, pero después de los dioses te honro a ti —confesó—. Que Moira tenga a bien dejar el hilo de tu vida intacto para que podamos cazar juntos en los valles del Tanais. Erigiré un templo a mayor gloria de Artemis, y nunca dejaré de pensar en ti. Y si el hilo de tu vida debe cortarse, que sea por un buen fin.

Diodoro habló como si se asfixiara.

—En ocasiones como ésta es cuando más añoro a Agis —dijo. A los demás, que no habían conocido al gentil tebano, les explicó—: Agis era nuestro sacerdote. Murió en el Vado del Río Dios. —Cogió una mano de Coeno—. Hemos cabalgado juntos durante años, y me cuesta imaginar la vida sin todos vosotros.

Filocles carraspeó.

—Carezco del don divino del gentil Agis —admitió—, pero intentaré desempeñar su papel.

Por fin el Lucero del Alba anunciaba

la luz con que el manto de azafrán de la Aurora bañaría el mar,

las llamas decayeron y el fuego comenzó a morir.

Entonces los vientos volvieron a casa al otro lado del mar tracio
que rugía y bullía azotado por ellos.

El hijo de Peleo dio la espalda a la pira y se tendió,

vencido por el arduo trabajo, hasta que se sumió en un dulce
[sueño.

Entonces, quienes andaban con el hijo de Atreo acercaron un

*[cuerpo,
y lo despertaron con el ruido y el trajín de su venida.
El se irguió y dijo: «Hijo de Atreo, y todos los demás príncipes
[de los aqueos,
lo primero es verter vino tinto por todo el fuego y sofocarlo;
reunamos luego los huesos de Patroclo, hijo de Menecio,
eligiéndolos con cuidado: son fáciles de encontrar,
pues se hallan en el centro de la pira mientras que todo lo demás,
tanto hombres como caballos,
ha sido amontonado para que ardiera a su alrededor.
Pondremos los huesos en una urna de oro, entre dos capas de
[sebo,
para preservarlos del tiempo hasta que yo mismo baje a la casa
[del Hades.
En cuanto al túmulo, no os esforcéis en erigir uno muy grande,
basta con que sea razonable. Después, dejad a cuantos aqueos
[puedan dejarse en las naves,
y cuando yo haya partido, construidlo ancho y alto.»*

Cuando terminó, todos guardaron un minuto de silencio. Entonces, Safo abrazó a Diodoro una vez más y Eumenes estrechó la mano de Kineas.

—Construiremos tu reino —dijo Eumenes.

—Vuestra ciudad —repuso Kineas—. Nunca mi reino.

Y luego Coeno montó en su caballo, reunió a sus camaradas y cabalgó hacia el amanecer.

A Kineas le dolían demasiado las costillas para montar, de modo que viajó en una litera montada entre dos caballos durante tres días de presuroso avance hacia el noreste, siguiendo el curso del Polytimeros. Srayanka iba al mando. En ningún momento perdió el conocimiento, y tampoco tenía fiebre, pero pasaba los días aturdido por el dolor. Al cuarto día ya pudo montar, aunque la punzada cuando su montura daba un paso en falso era importante, si bien breve.

—Costillas fracturadas —diagnosticó Filocles por cuarta vez, tensándole los vendajes.

—Un peto de bronce habría desviado esa punta sin una magulladura —dijo Kineas—. Pero el coselete sakje de escamas es más fácil de llevar todo el día y cubre mejor. Cada pueblo tiene sus costumbres.

—¡Gracias, Sócrates! —exclamó Filocles, sonriendo.

En cuanto Kineas volvió a montar, Srayanka convocó un «consejo de marcha». Todos los jefes, tanto griegos como tribales, cabalgaron a la cabeza de la columna.

León entregó a Kineas la espada egipcia.

—He pensado que querías recuperar esto —dijo—. Logramos resistir.

Diodoro dio una palmada al nubio en la espalda.

—León envió a uno de los hombres de Temerix a buscarme. He traído aquí al resto de los olbianos y a Parshtaevalt. —Su sonrisa petulante pasó a ser de franca alegría—. Tu esposa cruzó hasta su flanco y Eumenes cabalgó hasta el otro lado. Echamos por tierra sus planes.

—Ni siquiera le plantaron cara a Lot —terció Filocles—. Dieron un espectáculo lamentable para Macedonia.

Kineas negó con la cabeza.

—Eso no era Macedonia —repuso—. Sólo un puñado de oficiales macedonios con un montón de ayudantes lugareños. Alejandro tiene que andar apurado de recursos. —Tosió y le dolieron las costillas.

Antígono soltó un gruñido que recordó a los de Niceas:

—¡Y sacamos algo de botín! Oro. Caballos. Y prisioneros.

Kineas miró alrededor, entre contento con la victoria y un poco malhumorado porque la hubieran alcanzado sin él.

—¿Cuántos prisioneros? —inquirió.

—Una docena —respondió Filocles—. Jinetes rasos salvo por un oficial. Poco hablador. —Filocles sonrió con ironía—. Me cae bien.

Diodoro acercó su caballo.

—Un bastardo macedonio —comentó.

Todos los oficiales se sonrieron con complicidad. Kineas no les hizo caso y dejó el asunto del prisionero para más tarde.

—Deduzco que eran bastantes más de los que creíamos —señaló Kineas.

—No —desmintió Diodoro—. Dos escuadrones; el doble de tus efectivos, si cuentas los exploradores de Ataelo. Cabalgaste en círculos en torno a ellos. —Eché un vistazo a los demás oficiales. Parshtaevalt lo miró a los ojos y ambos hombres sonrieron torciendo la boca, como si hubiesen alcanzado un mayor entendimiento mientras Kineas estaba herido—. Aparecimos nosotros y aplastamos a los supervivientes.

—¿Y ahora qué? —preguntó Kineas.

Ataelo contestó:

—Iskander controla toda la margen sur del Polytimeros. Patrullas todo el día, pero cautas. —Sacudió la cabeza—. Por estar cagado después de la lucha, creo.

Kineas también asintió. Divisaba montañas en la distancia, aunque ya no quedaban tan lejos. Alcanzables, en vez de imposibles.

—¿El Polytimeros baja de esos montes?

—Sí —contestaron Ataelo y Temerix al unísono—. Y fuertes macedonios tan apiñados como tus dientes. Seis fuertes y un campamento. —Temerix añadió—: Los exploré yo. En persona.

Kineas miró a su esposa y a Diodoro.

—¿Y bien? —inquirió.

Srayanka dijo:

—Ayer decidimos que hoy acamparíamos temprano, cargaríamos agua y abandonaríamos el Polytimeros para adentrarnos en el mar de hierba. Luego, nos dirigiremos al noreste rodeando los Montes Sogdianos hasta llegar al desierto. Hay que hacerlo así.

Diodoro estaba de acuerdo.

—Querrá volver a interceptarnos, Kineas. Y estamos firmando nuestra sentencia de muerte; cuanto más remontemos el río, más cerca estaremos de su ejército. De su ejército principal. —Meneó la cabeza—. ¡Mira!, apenas le hemos causado bajas y vemos a sus exploradores a diario. Esto no va a dar resultado. Tenemos que viajar por el desierto.

Kineas se frotó la mandíbula. Se encontraba fatal: le dolían todos los huesos y los músculos, y al respirar sentía una tremenda punzada en el pecho. No obstante, tenía la cabeza sorprendentemente despejada.

—Cratero aún está en el Polytimeros —observó Kineas—. Pero Alejandro avanza hacia el este. Es lo que haría yo: intentar combatir con la reina de los masagetas antes de que ésta se reúna con Espitamenes.

Diodoro entrecerró los ojos.

—¿Cómo dices?

Kineas extendió el brazo hacia la orilla sur.

—No somos ni un grano en el culo de Alejandro —dijo. Cuando este comentario fue traducido, los jefes sakje sonrieron y soltaron alguna carcajada—. Alejandro marcha a Oriente. Ha contenido el problema que tenía en Maracanda y ahora se centrará en luchar contra la reina Zarina. En las llanuras sólo hay polvo y hierba seca, con lo cual apenas hay forraje. ¿Cierto?

Ataelo asintió. Avanzaron un breve trecho sin hablar.

—Alejandro no podrá centrarse en su lucha por mucho tiempo —prosiguió Kineas—. No hay bastante comida. Y Zarina tiene todas las praderas al norte del Jaxartes disponibles para alimentar a su ejército. Además, a los sakje se os da mucho mejor vivir de estos llanos que a los macedonios.

Diodoro dijo:

—Ya lo entiendo. No puede dar media vuelta para combatirnos sin desbaratar sus planes.

—Le estamos echando una carrera —dijo Kineas—. Apuesto a que está a menos de cien estadios al sur, avanzando hacia el este tras una pantalla de patrullas. A un día a caballo de aquí.

Srayanka se encogió de hombros.

—¿Y qué? ¿Acaso eso cambia algo de lo que hemos acordado?

—No —respondió Kineas—. En absoluto. Significa que teníais razón. Debemos darnos prisa si queremos alcanzar a Zarina antes de que Alejandro lance su ataque. Sin duda tiene intención de cruzar el Jaxartes y efectuar una campaña contra los masagetas a finales de verano.

Srayanka entrecerró los ojos y agitó las trenzas.

—Pues entonces es idiota. En verano no hay agua en las llanuras.

—Alejandro no es idiota, querida —repuso Kineas—. Es capaz de llevar a sus hombres y bestias al límite. Condujo a su ejército a través de los montes más altos, ¿no? Incluso los sakje hablan de ello. Si quiere que marchen por el altiplano, lo harán. —Miró a su alrededor—. Al fin y al cabo, ¿no es exactamente lo mismo que nos proponemos hacer nosotros?

—Pero nosotros somos unos pocos cientos —rebatía Srayanka—. ¿Te parece bien que nos dirijamos hacia el norte? ¿O vamos a tener que discutir aquí sobre el vuelo de los gansos y los movimientos de los venados en la estepa?

Kineas la miró enarcando una ceja.

—Sí —contestó—. Vayamos al norte.

Cuando el grupo de mandos dio por finalizada la reunión, Kineas se acercó a su esposa.

—Me gustaría que manifestaras tu opinión en los consejos —dijo—. Detesto que te quedes callada, temiendo interrumpirme.

—¿Qué costado te duele más? —preguntó Srayanka, fingiendo darle un puñetazo en el izquierdo.

Tras la siguiente parada, Srayanka envió a los prodromoi hacia el norte y encargó a Parshtaevalt que los cubriera por el sur. Acamparon temprano en un meandro del Polytimeros, donde las ruinas de un pueblo con murallas de adobe narraban la epopeya de los años de guerra que ya había conocido aquella región. Kineas se reunió con el grupo de su rancho y se sentó recostándose contra una roca que el sol había calentado. Srayanka se apoyó en su hombro y le pasó a Lita. La roca anunciaba que el terreno cambiaba iniciando el ascenso hacia el este. Habían llegado a las faldas de los Montes Sogdianos.

Darío se puso en cuclillas con una copa de vino arrebatado al enemigo. Iba vestido como un medo de la cabeza a los pies y parecía avergonzarle la desnudez de los numerosos olbianos que se bañaban en las aguas del Polytimeros.

—¡Bienvenido seas! ¿Encontraste a Espitamenes?

Darío asintió. Kineas le estrechó los hombros.

—Deduzco que Espitamenes ha jurado mantenerse alejado de nosotros —dijo, haciendo caso omiso de la vestimenta de Darío.

—Le mortifica haberse granjeado nuestra enemistad —explicó Darío. Lanzó una mirada a Srayanka y, acto seguido, apartó la vista como si Artemis lo hubiese cegado—. Sostiene que no tenía idea de lo que Alejandro se proponía hacer con las amazonas; fue inducido a creer que el rey simplemente tenía ganas de conocer a alguna. —Se irguió—. Siente que su honor está mancillado por lo sucedido y promete cualquier reparación que tú y tu señora exijáis.

Srayanka lo estaba escuchando todo. Puso a Sátiro en brazos de Kineas.

—Eso, como decís los griegos, es un pestilente cagarro de perro. No obstante —sonrió Srayanka—, a todos conviene que finjamos creerle.

Darío se escandalizó:

—¡Lo juró por su honor!

Kineas se sorprendió ante la ingenuidad del joven.

—¡Te cayó en gracia!

—Será un gran rey —dijo Darío muy serio.

—Acabará con la cabeza clavada en una lanza, o algo peor. —Srayanka acomodó a su hija en su regazo—. Jamás olvidaré que él me entregó a Alejandro; pero mi memoria es larga y el tiempo corto. —A su hija le dijo—: Igual mamarás parte de mi repugnancia por ese persa con mi leche, angelito.

Darío llevaba una hermosa espada, un *xiphos* de hoja recta con adornos de oro como los de una espada *sakje*. Kineas la señaló.

—¿Un regalo? —preguntó.

—Sí. Le asombró gratamente que alguien de mi linaje siguiera vivo. Tiene en gran estima a los nobles que le quedan. Muchos hombres que conocí hace tiempo sirven en su caballería. —Sonrió a Filocles, quien venía hacia ellos desde la arboleda de tamariscos que coronaba el risco—. ¡Espitamenes envía vino!

Filocles sonrió y gritó algo que se perdió entre el ruido de ochocientos caballos abrevando.

Kineas asintió.

—Darío, puedes irte con él, si eso es lo que deseas. Me has servido bien y no me debes ningún rescate. Maté a tu primo; eso siempre se interpondrá entre nosotros. Pero nunca olvidaré cómo me ayudaste en el castillo de Namastopolis.

Darío guardó silencio. Hasta que por fin preguntó:

—¿Estoy despedido?

—¡Ni hablar! —negó Kineas—, pero comprendo la fuerza de los lazos de sangre y tradición. Espitamenes es un señor de tu pueblo. Si deseas cabalgar con él, ve con mi amistad.

—Y con la mía —agregó Srayanka.

Darío fue incapaz de sostenerle la mirada a Srayanka y desvió los ojos hacia Filocles, que acababa de bajar la cuesta; entonces se sonrojó, hizo una reverencia y tomó la mano de Kineas.

—Creo que por el momento seguiré cabalgando contigo —dijo. Luego, tras una incómoda pausa, señaló las ruinas de la ciudad—: Besos se alzó contra Darío hace cuatro o cinco años. Desde entonces no ha vuelto a haber paz en esta frontera. Sea cual sea el bando que domine la situación, el otro paga a los dahae y a los masagetas para que ataquen. Ahora Espitamenes sigue los pasos de Besos.

—¿Serviste con Besos?

—Yo no, mi padre —contestó Darío—. Yo serví con el Rey de Reyes. —Esbozó una sonrisa que no llegó a iluminarle los ojos—. Es costumbre entre los nobles bactrianos; un hijo para cada ejército, o incluso dos; gane el bando que gane, el clan se mantiene fuerte.

Diodoro llegó con un hombre barbudo que vestía una toga roja muy sucia encima de un peto macedonio, con la estrella de la casa real grabada en el pecho. Tenía la nariz aguileña y la frente despejada. Aparentaba unos cuarenta años, o quizá más, pero era de complexión robusta, los músculos de atleta.

—Mirad a quién han encontrado los perros —dijo Diodoro, sonriendo—. ¿Os acordáis de este bastardo engreído?

Kineas lo miró.

—¡Tolomeo! —exclamó Kineas, acariciando la cabeza de su hija. No se levantó, pero sonrió al prisionero—. ¡El Granjero!

El macedonio inclinó la cabeza.

—Te recuerdo bien, Kineas de Atenas —declaró—. Favorito de los dioses —agregó con una reverencia, exagerando el saludo.

—Antes no creías en los dioses —replicó Diodoro, atizándole.

Tolomeo se rascó el mentón y citó a Aristófanes.

—«Si no hubiera dioses, no podrían haberme abandonado» —citó, y todos rieron.

Filocles le pasó un cuenco de comida.

—¿Cordero? —preguntó Tolomeo.

—Potro —respondió Kineas—. Lamento el enfrentamiento, Tolomeo. No te conocía con ese atuendo.

Tolomeo bajó la vista a la toga de lino que llevaba sobre la coraza. Luego miró detenidamente a los congregados en torno a la fogata.

—Tampoco es que vosotros tengáis mucho aspecto de hippeis atenienses —observó—. ¿Dónde están los mechones rizados de antaño? ¿Las elegantes clámides?

Kineas sonrió.

—«Si volviera la paz y nos viéramos libres del penoso trabajo, no guardéis rencor a nuestros mechones rizados ni a nuestra piel ungida.»

Tolomeo aplaudió.

—Bien citado. Aunque no veo muchos mechones rizados por aquí.

Diodoro volvió a atizarle.

—¡Aquí el espartano tiene rizos de sobra para todos! —exclamó.

—La última vez que te vi, lucías un peto cincelado en plata que habías comprado a un saqueador en Ecbatana —recordó Kineas—. No somos los únicos que han conocido tiempos difíciles.

Tolomeo meneó la cabeza.

—¡Maldita Sogdiana! —dijo—. Es brutal.

—¿Sigues en los hetairoi? —preguntó Kineas.

—Serví con Filipo Kontos antes de que regresara al oeste. —Se encogió de hombros a la luz del fuego—: Después de que matara a Artemis, lo abandoné por la falange.

Kineas se movió como si el costado le doliera.

—Entonces, ¿está muerta?

El macedonio se llevó comida a la boca con los dedos. Cuando la hubo masticado y tragado, levantó la vista.

—Nos traía buena suerte, igual que te la traía a ti —relató—. Kontos la mató cuando decidió quedarse con nosotros, el muy cabrón. Ella no quería irse a Occidente con él Diodoro había conocido a Artemis, lo mismo que Antígono, pero el galo estaba en su fogata. Diodoro soltó un resoplido para disimular su pesar. Artemis había dirigido a los seguidores del campamento mientras estuvieron en el ejército de

Alejandro. Había sido la mujer de Kineas desde Issos hasta Ecbatana.

—No —dijo Diodoro, mirando a Kineas—. Claro que no. —Y alzó su copa—: ¡Por su recuerdo!

Tolomeo aceptó la copa y derramó un poco de vino por el espíritu de la fallecida.

—¡Así sea!

Kineas vertió un poco del suyo y bebió.

—Abatí a Kontos —confesó.

Se hizo el silencio en torno al fuego.

—¡Qué pequeño es el mundo! —exclamó al fin el macedonio—. Sin duda, los dioses lo habían dispuesto así; que tú, a quien más amaba ella, la vengaras.

—Dudo que me amara más que a cualquier otro —repuso Kineas, complacido aunque sus palabras lo desmintieran—. Soñé que estaba muerta —agregó—. Podrás marcharte por la mañana. Te daremos un caballo. Filocles te acompañará para que no tengas problemas con nuestros vigías.

Tolomeo estiró las piernas hacia el fuego. Las noches eran sorprendentemente frías, pese al calor infernal que hacía a mediodía.

—Loado sea Ares por haberme hecho preso de griegos —murmuró—. Tal vez tenga sentido rezar a los dioses, después de todo. Ya me veía con los huevos arrancados de cuajo por los bárbaros. ¿No pedirás un rescate?

Kineas miró a Diodoro y a Filocles. Ambos negaron con la cabeza.

—No. Puedes irte en paz. También apresamos a una docena de jinetes. Puedes llevártelos contigo.

Tolomeo asintió. Y miró en derredor.

—Alejandro te perdonaría en el acto, Kineas. Y contrataría a todo tu contingente. ¿Los sakje? ¿Con los griegos? Pon un precio.

—No estoy en venta —replicó Kineas—. Y tampoco he hecho nada que deba ser perdonado, macedonio.

—¿Acaso esto es un mal concebido complot ateniense? ¡No seas idiota! —Tolomeo se acercó más—. Permíteme aprovechar esta oportunidad enviada por los dioses. ¡Escúchame! Sabíamos que alguien estaba atacando a nuestras avanzadillas. Desde el principio del verano nos han llegado informes sobre una unidad de mercenarios griegos en el Oxus. Ahora que te he encontrado, ¡ven conmigo! Sea cuanto sea lo que te paga Espitamenes, ¡el rey te pagará más!

En torno al fuego, los amigos de Kineas rieron.

—Espitamenes no tiene amigos aquí —dijo Srayanka. Su dominio del griego ya era más que notable.

—¡Tú eres la amazona! —se sorprendió Tolomeo. Era típico de un macedonio, Kineas bien lo sabía, que tras haberse cerciorado de que era una mujer, y para colmo lactante, hubiese prescindido de ella otorgándole menos importancia que a la manta

sobre la que estaba sentado—. ¿Es tu chica?

—Mi esposa, doña Srayanka, reina de los Asagatje —respondió Kineas, presentándosela.

Srayanka se sonrió al tiempo que acomodaba mejor a su hijo para que alcanzara el pezón y se sostenía la teta.

Tolomeo la miró con más detenimiento. Luego miró a Kineas como si lo viera por primera vez.

—Si mataste a Kontos es porque derrotaste a Zoprionte, ¿no es cierto? —inquirió. Kineas sonrió lenta y maliciosamente.

—No lo hice yo solo —precisó.

Tolomeo estaba pálido, incluso a la rojiza luz de las llamas.

—Entonces... —comenzó. Todo rastro de amistad se desvaneció de su voz—. ¡Cabrón ingrato! Alejandro te convirtió en quien eres.

Kineas notó que le subía la sangre al rostro. Sin embargo, se esforzó en mantener la calma, aunque sólo fuera para enfurecer más al macedonio.

—Soy ateniense —manifestó.

—Eres un puto heleno que lucha para los bárbaros. —Tolomeo estaba furioso y, como a la mayoría de combatientes, le traían sin cuidado las consecuencias.

Kineas no tuvo inconveniente alguno en sostenerle la mirada, incluso cuando el macedonio se puso de pie, apretando los puños con rabia.

—Tú eres un bárbaro que lucha para los bárbaros —replicó Kineas. Se irguió, dejando de estar recostado—. No le debo nada a Alejandro. Fue él quien me despidió, y luego me vi en el exilio por haberle servido.

—¿Atenas ha enviado un ejército a este desierto embrujado? —preguntó Tolomeo desmoronándose—. ¡No es posible!

—Mi ciudad es Olbia —dijo Kineas con orgullo—. Soy el hiparco de Olbia. Todos los hombres de esta fogata son ciudadanos de Olbia. Las ciudades del Euxino se unieron con los sakje, los asagatje, para destruir a Zoprionte. Habría esclavizado a todos los hombres y mujeres del Euxino, Tolomeo. Lo quería todo para él. —Kineas se levantó, entregó su hija a Darío y escupió al fuego—. Perdimos a cientos de jinetes. Ni un solo niño macedonio vivió para ver a su madre en una granja cerca de Pella. Ni un solo caballo trotó por la hierba hasta su pasto en las colinas.

La voz de Srayanka, que no se levantó, rezumaba enojo y arrogancia.

—Di a tu rey que, si viene a las llanuras, le daremos más de lo mismo. El mar de hierba no es para Macedonia. Mi padre murió enseñando a Filipo esa lección, y a ninguno de nosotros le dará miedo instruir a su hijo.

—¿Olbia? —preguntó Tolomeo. Su ira se había aplacado—. ¿Dónde demonios está Olbia?

Eso hizo que los presentes en torno a la fogata rieran, porque tan sólo dos años

antes todos ellos se habrían preguntado lo mismo.

Kineas apuntó una sonrisa.

—Es la ciudad más rica del Euxino. —Mientras lo decía, podía ver la ciudad como si estuviera en lo alto del risco a orillas del Borístenes, contemplando el templo de Apolo y los delfines dorados—. Junto con Pantecapaeum, más rica que todas las ciudades de Grecia juntas.

Tolomeo controlaba su ira, consciente de que era un macedonio apresado.

—Eso tampoco significa gran cosa —repuso—. He visto Persépolis y Ecbatana. Grecia es pobre.

—Lo bastante rica, con sus aliados sakje, como para detener a Macedonia para siempre —rebató Kineas, y volvió a sentarse.

El rostro alargado y meditabundo de Tolomeo mostró una penetrante mirada.

—Recorre a tu sofistería cuanto quieras —protestó—. El rey nunca te perdonará. Ni siquiera estamos autorizados a mencionar el nombre de Zoprionte. A los supervivientes de la batalla en el Polytimos, los amenazó con diezmarlos: uno de cada diez, ejecutado. De hecho, ejecutó a media docena antes de ordenar que pararan. ¿Lo sabías? Y hemos jurado silencio eterno sobre la derrota.

Filocles asintió.

—Así preserva el mito de su invulnerabilidad —dijo. Y luego, estudiando el rostro del macedonio, agregó—: ¡Tú lo odias!

Aguijoneado en lo más vivo, Tolomeo dio un traspié al alejarse de Filocles. Antígono, que llegaba entre las sombras con un odre de vino del botín, lo agarró de los hombros para sostenerlo.

—¡Cuidado, muchacho! —advirtió Antígono en griego con su marcado acento.

Tolomeo miró alrededor y volvió a desmoronarse. Suspiró.

—Todos lo amamos y lo odiamos. Es mitad dios y mitad monstruo. —Levantó la cabeza—. Igual que tantos otros hombres, me gustaría volver a casa. Me gustaría dejar de jugar al interminable juego de la traición y la política y la búsqueda de poder y el dominio sobre el ejército. Me gustaría construir algo. Algo real.

Filocles enarcó una ceja, frunció el ceño y asintió.

—Pues déjalo.

Tolomeo negó con la cabeza.

—No puedo.

—¿Por qué no? —preguntó Filocles.

—Porque, si Tolomeo deja de jugar, alguien que esté por debajo lo tendrá que matar para ascender —respondió Kineas, y Diodoro mostró su acuerdo—. Nosotros nunca hemos jugado al juego macedonio; somos meros griegos. Pero sí que hemos visto cómo otros jugaban.

Kineas miró el semblante de Tolomeo y pensó en el sinfín de veces en que

Filocles le había hecho a él preguntas como aquéllas con la misma insistencia. Resultaba interesante ver cómo se lo hacía a otro hombre, constatar el efecto, la confusión, la súbita duda acerca de uno mismo.

—Lo mejor sería que te unieras a nosotros —le aconsejó Diodoro—. Tenemos nubios y celtas, megaros y espartanos. Hay un judío babilonio en el segundo batallón, o al menos eso dice él. Y tenemos un par de persas. ¿Por qué no un macedonio?

Tolomeo se rió.

—Eres un... —Miró en torno a la fogata—. ¡Ja! —soltó, meneando la cabeza—. ¿De verdad dejaréis que me vaya?

Kineas asintió:

—Por supuesto.

Tolomeo se puso firme.

—El honor me obliga a informar sobre todo lo que he visto y oído —advirtió.

Filocles habló de nuevo.

—Pero ¿lo harás? —preguntó.

De repente, Tolomeo pareció más joven y vulnerable que en todo el rato que llevaba junto al fuego.

—Es... Es mi deber —contestó.

Filocles se encogió de hombros.

—Pero, si se lo cuentas todo al rey, jamás volverás a casa. En primer lugar, porque los tiranos culpan al mensajero. ¿Me equivoco, Kineas?

—¿Me lo preguntas porque conozco a muchos tiranos o porque yo mismo lo he sido? —preguntó Kineas—. Da igual, la respuesta es que sí.

—Cosa que tú sabes de sobra, ¿no? —dijo Filocles a Tolomeo, poniéndose de pie—. Y porque, si le cuentas a Alejandro todo lo que sabes, lo obligarás a cambiar la estrategia de la campaña. Su amazona, ¡su premio!, está justo aquí. Igual que el hombre que derrotó a Zoprionte. —Filocles nunca había parecido tanto un filósofo, pese a la túnica manchada y las piernas sucias, como en ese momento, resplandeciente a la luz dorada de las llamas, inclinado hacia delante como la estatua de un orador—. Si se lo cuentas, dejará todo lo demás para combatir contra nosotros; en el mar de hierba. Jamás volverás a casa. —Los ojos de Filocles brillaban—. Y tú lo sabes.

Diodoro, todavía recostado, dijo:

—Tienes un dios a tu vera, Filocles.

Los demás callaron. Un sorbetón de Lita rompió la solemnidad del momento.

Tolomeo se marchó por la mañana con los demás prisioneros. Filocles cabalgó con él hacia el sur, acompañado por Ataelo, y regresó solo a mediodía, cuando la columna entera estaba tan alejada en el mar de hierba que los árboles del valle del

Polymeros se confundían en la calima. Sólo los montes que se alzaban al este estropeaban el cuenco perfecto de la tierra.

Al anochecer, la naturaleza desértica del suelo comenzó a pasar factura. Los exploradores habían encontrado abrevaderos, y sus campamentos dependían de éstos; pero ningún lugar ofrecía agua suficiente para abrevar a ochocientos caballos. Kineas tuvo que fragmentar a su contingente en cuatro grupos, basándose más en la resistencia de los caballos que en la de los hombres. Srayanka y los sakje estaban en otro manantial. Permaneció despierto escuchando a los caballos inquietos por la escasez de agua. No estaba acostumbrado a dormir solo y echaba de menos a sus hijos. Se despertó con la boca seca. Bebió agua de la fuente después de los caballos, y halló más limo que refresco.

A mediodía tenía la boca como de pergamino, la lengua había adquirido un volumen inaudito y su cantimplora de cerámica, de un tamaño perfecto para Grecia donde decenas de arroyos surcaban los llanos, estaba casi vacía. Había viajado por desiertos con anterioridad, en Persia y en Media y también en Occidente, así como en Hircania, de modo que conocía el truco de ponerse un guijarro debajo de la lengua y ponía cuidado en racionar el agua del odre. Se aseguró de que Antígono y los suboficiales vigilaran en todo momento a los griegos y los celtas, haciéndoles beber y atentos a cualquier síntoma de enfermedad.

Incluso con todos esos problemas para abastecerse de agua, volaban. Libres del suelo escabroso de las faldas de los Montes Sogdianos, las cuatro pequeñas columnas avanzaban a un ritmo que sólo cabía mantener si cada hombre contaba con un mínimo de dos caballos. Montaron el segundo campamento en el mar de hierba tras un trayecto de casi trescientos estadios; una marcha increíble para una jornada. Los prodromoi iban y venían de una columna a la otra, informando sobre el agua que les aguardaba más adelante y sobre la distancia que a cada una le faltaba hasta el siguiente campamento; sin embargo, los caballos no tardaron en oler el agua y poco después vieron un arroyo que descendía de las montañas, montañas que se habían desplazado desde el horizonte oriental hacia el sur y ya estaban más cerca. El agua del arroyo era fresca, así que los caballos relincharon al olería y a duras penas se dejaban controlar.

—Por preocupar —confesó Ataelo mientras observaban cómo los caballos se precipitaban al arroyo—. Por un día en Gran Estepa. —Señaló en silencio hacia el caos que habían armado las bestias—. La próxima vez, cuatro días. Y una noche sin agua.

Se encogió de hombros. Lo hizo con un ademán tan griego que bien podría haber estado en el ágora de Atenas.

—Sobreviviremos —dijo Kineas.

Ataelo le dedicó una mirada como dando a entender que el optimismo de los

mandos no pondría remedio a una noche sin agua.

Gracias al arroyo, acamparon todos juntos. Kineas se acurrucó junto a Srayanka, que se le arrimó.

—Te he añorado —confesó ella—. Sé que te perderé, por eso me fastidia separarme de ti. Sigo siendo una niña tonta.

—No —repuso Kineas, oliendo el dulce aroma a hierba, humo de leña y caballo que emanaba de ella—. ¿Cómo lo han llevado los niños?

Srayanka movió las caderas, arrimándose más a él.

—Pues como bebés. Cuando se les seca la boca, lloran. Me preocupa más cuando no lo hacen. —Volvió la cabeza hacia él—: Casi todas las mujeres con hijos pequeños se han marchado, las demás son doncellas. Ojalá tuviera a quien preguntar...

—¿Preguntar qué?

—Lita no se mueve tanto como me gustaría —contestó Srayanka. Y le dio un beso—. Soy una madraza. No me hagas caso.

Kineas se quedó un rato callado.

Srayanka cambió de postura para mirarlo a la cara.

—¿En qué estás pensando? —inquirió.

Kineas la observó a la luz de las estrellas, y respondió:

—Pienso en la cantidad de cosas de las que hay que preocuparse. Bebés y agua, caballos y agua. Alejandro. La muerte.

Srayanka le puso una mano en la nuca.

—Se me ocurre una cosa que podemos hacer para dejar de preocuparnos —dijo, con la mano derecha juguetona—. ¡Pero no hagas ruido!

Kineas sofocó la risa besándola. Iba a decir algo ingenioso, pero de pronto fue incapaz de seguir pensando.

Un par de minutos después, algo golpeó el trasero de Kineas.

—¡Menos ruido! —exclamó Diodoro, y cuarenta hombres y mujeres rieron.

—Te he dicho que no hicieras ruido —susurró Srayanka, pero su risa no se prolongó demasiado.

Parte VI

La almenara

—De modo que ese grupo mixto de griegos y escitas dejó que te marcharas sin más. —Hefestión empezaba a ver a Tolomeo como un competidor, y según su credo los competidores debían ser aniquilados.

Tolomeo se esforzaba por no ponerse nervioso ni perder los estribos. Con su imparcial mente de comandante, se preguntó si un hombre podía sentir miedo y cólera al mismo tiempo. El Poeta siempre decía que el uno incitaba a la otra.

Pero el Poeta nunca había estado en Sogdiana.

—Los griegos se aseguraron de que me marchara —explicó—. Había un mercenario espartano. Me condujo hasta el linde de sus líneas.

Alejandro, lejos de estar enojado, parecía complacido.

—O sea que los bárbaros sakje tienen aliados griegos —concluyó. Se frotó la incipiente barba del mentón—. Eso da aliciente al combate, ¿no crees?

Hefestión aún no lo había captado.

—Es posible, si das crédito a esta estúpida historia.

Alejandro miró a su más allegado camarada con cierto escepticismo. Enarcó una ceja.

—¿Los sogdianos toman prisioneros? —preguntó.

—No —contestó Hefestión—. Por supuesto que no.

—¿Los dahae? ¿Los sakje? ¿Los masagetas? —Alejandro era igual que su tutor cuando machacaba un argumento. Adoptaba un aire de suficiencia insufrible, pero como su víctima era Hefestión y no él, Tolomeo estaba más que dispuesto a presenciar el espectáculo.

—No —repitió Hefestión, hosco al comprender lo que estaban señalándole.

—Exacto. Si su historia fuese falsa, no estaría aquí. De modo que Cratero perdió ¿cuántos, setenta sogdianos? —Alejandro chasqueó los dedos y recibió una copa de vino. Otra le fue ofrecida a Tolomeo, mientras que Alejandro compartía la suya con Hefestión.

Tolomeo asintió.

—Más bien un centenar, señor.

Alejandro hizo girar el vino en su copa antes de levantar la vista.

—Cratero debe ser reemplazado —sentenció.

Tolomeo negó con la cabeza.

—¿Quién habría esperado toparse en este páramo con un comandante instruido? ¿O con un enemigo capaz de cambiar tres veces de dirección en unos pocos estadios?

La mirada firme y bicolor de Alejandro no se alteró.

«Tanto peor para Cratero», pensó Tolomeo.

—¿Tomarás el mando de la caballería sogdiana? —preguntó Alejandro.

—No —respondió Tolomeo sin pensarlo ni un instante—. Me gustaría volver a comandar a mis taxeis.

—Muy bien —dijo Alejandro. Su fastidio fue patente; le subieron los colores—. Vuelve a ensuciarte los pies, con mis cumplidos por tu informe. —Con un ademán, le indicó que podía retirarse. Tolomeo hizo una breve reverencia, un gesto intermedio entre la inclinación de cabeza macedonia y la reverencia persa, y se retiró.

Cuando Tolomeo se marchaba, Alejandro se volvió hacia Hefestión.

—Ese mercenario griego nos ha hecho daño en varias ocasiones. Me cuesta creer que sea espartano; no tienen cabeza para la caballería. Agesilaos era la excepción, no la regla.

Hefestión hizo un mohín.

—Jenofonte era espartano —repuso.

Alejandro rió.

—¿Qué hacías tú mientras yo me instruía con mi tutor? —preguntó—. Jenofonte era ateniense.

Hefestión apuró la copa de vino y se encogió de hombros.

—Muy bien —dijo—. Quiero el mando de los sogdianos.

Alejandro lo miró con afecto.

—Tú eres el comandante de mis Compañeros —replicó.

—Necesitas a un soldado de probada competencia al frente de los sogdianos, para poner fin a las derrotas que hemos sufrido en las pequeñas batallas libradas a lo largo del Oxus. —Dicho esto, Hefestión irguió la cabeza.

Alejandro se encogió de hombros y le dio la espalda.

—¡No! —exclamó.

—Quiero... —comenzó Hefestión.

—¡No! —repitió Alejandro en tono autoritario—. Tráeme a Eumenes, por favor.

Hefestión salió de la tienda pisando fuerte y al cabo de un rato entró Eumenes solo.

—¿Gran Rey? —saludó, después de hacer una reverencia.

—Necesito un capitán de caballería para cubrir el avance por el Jaxartes. ¿A quién debería designar?

Eumenes se encogió de hombros.

—¿No es el trabajo que Cratero tiene encomendado? —preguntó.

Los ojos de Alejandro taladraban los del cardo, pero Eumenes se mantuvo firme, sin dar el menor indicio de estar al corriente de lo sucedido. Al cabo de un momento, Alejandro meneó la cabeza.

—Cratero ha sido derrotado —confesó.

—Pues ya lo haré yo —dijo Eumenes. Su tono daba a entender que no deseaba hacerlo.

—¿Poner a un griego a dar caza a un griego? —preguntó Alejandro—. Justo lo que pensaba. Hay un mercenario griego conchabado con Espitamenes. Coge a los sogdianos, un escuadrón de caballería mercenaria y tanta infantería como consideres necesario y atrápalo. Según parece, tiene cuatrocientos caballos. Quizás el doble. Eumenes asintió.

—¿Dónde está ahora? —preguntó.

Alejandro tenía un bosquejo aproximado de Sogdiana sobre su mesa de campaña, aunque en él sólo figuraban ciudades, ríos y montañas. Y para colmo, las distancias eran meras conjeturas, incluso tras un año de lucha.

—Aquí arriba, donde el Polytimeros se une a los Montes Sogdianos. Estará en la margen norte del río, siguiéndonos de cerca.

Eumenes observó el mapa.

—Si está en el Polytimeros, lo atraparemos contra la vertiente norte del valle.

—¡Exacto! —dijo Alejandro. Echó un vistazo por la puerta de la tienda, sin duda para ver qué hacía Hefestión—. Si ha sido lo bastante listo como para vencer a Cratero, también lo será para evitar verse atrapado.

—¿Y si no está en el Polytimeros? —preguntó Eumenes.

—Síguele el rastro. Pero, ante todo, mantenlo alejado de mí, y también a Espitamenes, mientras yo maniobro. Tengo que concentrar a treinta mil hombres en el Jaxartes, y si uno de esos bandidos se me pone en mi retaguardia... —Alejandro se encogió de hombros. Los macedonios andaban bajos de moral. Era poco probable que desertaran o combatieran mal, pero siempre cabía la posibilidad de un amotinamiento cuando pensaban que los habían tratado injustamente. Ambos lo sabían. Marcharían eternamente sin vino ni aceite, siempre y cuando estuvieran contentos.

—Así pues, ¿te vas al Jaxartes? —preguntó Eumenes. Había oído rumores, pero en los ejércitos siempre corrían rumores.

—Ya estoy en ello —contestó Alejandro—. He comenzado a enviar una parte de la tropa. Tengo que vencer a los masagetas, antes de que se unan con Espitamenes y se conviertan en un problema.

—Los masagetas no han dado un paso para atacarnos —observó Eumenes.

—Salvo enviar a sus hombres a hostigar nuestros puestos de avanzada y prestar jinetes a Espitamenes. —El tono de Alejandro era autoritario—. Cuando los venza, Espitamenes se doblegará.

Eumenes no había ascendido al poder junto al rey por su cobardía.

—No estoy de acuerdo, señor —objetó—. Espitamenes se doblegará de todos modos. No tenemos necesidad de combatir contra los masagetas. De hecho, un mensaje reconociendo que son amos del mar de hierba seguramente pondría fin a su

campaña.

—¿También debería ofrecerme a pagarles un tributo? —preguntó Alejandro, en voz muy baja.

Eumenes asintió lentamente.

—Muy bien, señor —dijo—. Ya has tomado tu decisión.

—Así es. Ve y castiga a ese griego. Recluta a los supervivientes y reúnete conmigo. No iniciaré el combate contra Zarina hasta dentro de veinte días.

—Hefestión desea este mando —le reveló Eumenes, no porque tuviera afecto al camarada del rey, sino porque lo último que deseaba era dar caza a un griego astuto con aliados sakje en el mar de hierba.

—Amo a Hefestión con toda mi alma —admitió Alejandro—, pero le falta iniciativa para mandar con independencia. Y si me entero de que has repetido estas palabras...

Eumenes bajó los ojos para ocultar el brillo que sin duda los iluminaba. «¡Aja! —pensó—. Ahora sí que merece la pena seguir el juego.»

—Atraparé a ese griego —afirmó Eumenes—. Y tal vez también te traiga una amazona.

Alejandro suspiró.

—Me gustaba la que tenía —dijo—. Incluso preñada, tenía presencia. ¡Y qué ojos! —Alejandro rió—. Pero ¿por qué te cuento estas cosas, Eumenes?

«Porque no puedes decírselas a Hefestión», pensó Eumenes con satisfacción.

Alejandro lo detuvo en la puerta de la tienda.

—Llévate al salvaje. ¿Cómo se llama? ¿Urgargar?

—¿Te refieres a Upazan, señor?

—Ese. Conoce el terreno y está lleno de odio. Hagamos que lo ponga a nuestro servicio.

El rey se sentó y bebió un poco más de vino.

—Llevamos caballería detrás —dijo Diodoro en cuanto montó. Hacía cuatro días que habían abandonado el Polytimos para cabalgar hacia el norte, con las colinas del Abii a su derecha y los Montes Sogdianos como una mancha borrosa en el sur. Diodoro iba tan sucio de polvo que su clámide, su rostro y su túnica eran todos del mismo color. Su sombrero de paja de ala ancha tenía los bordes raídos—. ¡Buf!, cabalgar con tantas trabas es como para desalentar cualquier idea de gloria.

—¿Cuántos son? —preguntó Kineas. Volvió la vista atrás, aunque lo único que se veía era la polvareda que levantaban. Estaban un día y una noche al norte del último arroyo y, pese a haber hecho acopio de toda el agua que podían cargar, la carrera a través de las llanuras secas ya había causado bajas equinas.

—¿Ochocientos? ¿Mil? Sin caballos de refresco, según Ataelo. —Diodoro usó el pañuelo con el que se cubría la cabeza para limpiarse la cara—. Estaban acortando distancias con nosotros, pero Ataelo los atacó por sorpresa mientras abrevaban a las bestias.

El último abrevadero quedaba casi a cien estadios detrás de ellos.

—Jamás nos alcanzarán —comentó Kineas. Diodoro sonrió.

—Eso mismo dijo Ataelo —corroboró, y tosió—. Y eso fue antes de que les birlara cincuenta caballos.

Filocles se apartó el pañuelo de la nariz para hablar:

—No los subestiméis. Cruzaron montañas y desiertos para venir hasta aquí. —Hizo ademán de asentir—. Si tenemos problemas de agua, no podremos volver atrás.

Kineas asintió.

—Justo lo que necesitaba, otro motivo de preocupación —dijo.

—Por algo eres el strategos —repuso Diodoro—. Yo antes comandaba dos escuadrones de caballería, pero ahora sólo soy jefe de patrulla. —Se rió—. A este paso, dentro de pocas semanas me veré como comencé: soldado raso de caballería.

Kineas se cubrió la cara con el pañuelo.

—¿Tan malo era? —preguntó.

—¡Qué va! —contestó Diodoro.

Aquella noche hubo agua, la suficiente para hacer enloquecer a los caballos, aunque no para saciarlos. Pese a las precauciones tomadas, surgieron problemas. La gente se mostraba adusta, las monturas se hacían daño a sí mismas y los principios de la disciplina griega entraron en conflicto con las ideas sakje sobre el cuidado de las

caballerías.

Kineas trataba de imponer su autoridad sin perder la calma; pero, al no conseguirlo, propinó un puñetazo a un celta que estaba perdiendo la cabeza y luego gritó hasta enronquecer. Enojado consigo mismo y con su mando, se dirigió a la fogata de su rancho y se sentó con sus hijos en brazos mientras Srayanka pasaba revista a la guardia con Diodoro. La única poza arenosa del lecho del arroyo daba el agua justa para abrevar a un caballo cada pocos minutos, con lo cual todo el mundo se exponía a pasar la noche en vela.

Srayanka regresó cuando la luna ya se había ocultado. Suspiró y se dejó caer contra la espalda de Kineas, y juntos contemplaron las estrellas.

—¿Han dormido? —preguntó Srayanka.

—Sí —respondió Kineas. Había reservado el agua de su cantimplora para ellos durante todo el día y les dio cuanto quisieron antes de acostarlos. Habían dejado lo suficiente para que la cantimplora hiciera un atrayente ruido al agitarla. Se la pasó a su esposa, que bebió un sorbo, lo retuvo en la boca y se lo tragó.

—Toma tú el resto —dijo Srayanka.

A Kineas le supo a ambrosía.

Y entonces todos se quedaron dormidos.

Estaba de pie a los pies del árbol y tenía a Ajax y a Niceas frente a él.

—¿Preparado? —preguntó Niceas.

—No —contestó Kineas.

Niceas asintió.

—Pues prepárate —repuso. *Más allá de sus espaldas, en el llano, había miles de cadáveres; unos putrefactos, otros desmembrados. Cerca de Ajax, se erguía un guerrero geta con una mano cortada y un limpio pinchazo en el vientre.*

»¡Haz lo que tengas que hacer! —dijo en griego. *Aquellas habían sido sus últimas palabras, pero las había pronunciado con cierto apremio. Le hizo un tajo a un guerrero sakje con una hermosa armadura de escamas; Satrax, por supuesto. Pero el rey lo abatió de un solo mandoble.*

Detrás de los getas había más hombres, mayormente persas. El hermanastro de Darío intentaba hacer retroceder a Graco.

—Éstos son todos los hombres que he matado —dijo Kineas. *Empezó a tener miedo, incluso en el sueño. Los hombres que había matado eran muchos. ¿Y para qué? Mientras aguardaba a perder su propia vida, se encontraba valorándola más que nunca. Y cada uno de ellos la había valorado de igual modo.*

Ahora intentaban abrirse paso entre otros fantasmas, presos todavía de la furia del combate.

Niceas lo agarró de la mano y lo empujó hacia el árbol. Sus manos eran

huesudas.

—¡Vete! —le dijo—. ¡Trepá! —Parecía desesperado—. ¡No permitas que esto haya sido en balde! —gritó.

Y entonces Kineas se vio en el árbol, mirando hacia abajo al círculo de amigos muertos que repelían la creciente marea de cadáveres. Arrancó sus ojos de aquella visión y trepó más arriba, balanceándose de una rama a la siguiente a un ritmo que habría sido imposible en el mundo de la vigilia, pero sintiendo una fatiga absolutamente real. Tenía la boca seca. Había subido tanto que el propio árbol, pese a su inmensidad, se movía, de modo que la parte alta se balanceaba como el mástil de un barco; ¿o acaso el pensar en un mástil le imprimía el movimiento?

El ascenso devenía mucho más dificultoso a medida que se acercaba al final; la inmensidad del cielo del ocaso le llenaba la cabeza. Los rayos jugaban en cada rama y el tronco se movía debajo de él como un animal salvaje.

En medio de su camino, las ramas delgadas de arriba se entretejían como las de un olivo viejo, formando una barrera semejante a un canasto de mimbre encima de su cabeza, e hizo una pausa, tratando de abrir un hueco. Parecía que fueran las ramas las que lo empujaban a él, y las más finas le azotaban el rostro y las manos sacudidas por el viento.

Empujó, usando la fuerza del sueño contra las ramas, y mientras empujaba tuvo la impresión de que lo engullían; ya no sabía, como ocurre en los sueños, si estaba trepando o cayendo, atrapado en un túnel oscuro de ramas que tiraban de él y lo oprimían, y...

Al otro lado del río había un árbol; un sauce solitario alcanzado por un rayo en un pasado inconcebiblemente remoto, pues seguía siendo un árbol imponente incluso muerto, y sus primos crecían dispersos en la orilla opuesta.

Lo que quedaba de la caballería enemiga buscó refugio tras el árbol muerto. Un guerrero con una armadura magnífica y un yelmo de oro intentaba reagruparlos, señalando con su arco hacia el río. Unas cuantas flechas disparadas contra ellos se quedaron cortas, y Srayanka sonrió; una sonrisa cansada. El correspondió a la sonrisa y le hizo una seña, y Srayanka se llevó la trompeta a los labios. Sobre el remolino rojo de polvo vio el último retazo de cielo azul, y un águila volaba en círculos en lo alto.

—¡A la carga! —gritó.

Hizo el gesto...

Y estaban en el río, cuerpos apilados como peces, destripados, durante la crecida de primavera del Tanais. Su sangre teñía de rosa la espuma del río al atardecer. Avanzaron salpicando a través del río; las gotas atrapaban el sol como joyas y el agua fría era una bendición después de una dura jornada de batalla.

Los castigados *taxeis*, con lo que quedaba de ellos ya de regreso, se esforzaban

por volver a formar con un solo oficial que tenía malherido el brazo de la espada y los instaba a reagruparse.

El hombre del yelmo de oro sacó su arco, pese a que sus camaradas lo abandonaban...

Kineas estaba en mitad del río, su corcel gris acero avanzaba con cuidado a causa de la grava y las rocas, y entonces sintió un golpe en la barriga. Cielo, frío, agua...

—¡Estás despertando a los niños! —susurró Srayanka. Parecía asustada. La escuchó arrullar a los niños y sintió... nada.

Tardó mucho tiempo en volver a dormirse.

Por la mañana, los caballos estaban débiles y mal dispuestos. Había poca agua en el campamento y aún les quedaban dos días de viaje para volver a abastecerse. Las columnas emprendieron la marcha con un mínimo griterío de órdenes, como si dos años de campaña no hubiesen sido más que prácticas para aquellos días en que cada minuto contaba. El suelo era todo hierba seca y grava endurecida, y avanzaban tan rápido como el estado de los caballos permitía. Srayanka tenía mala cara; perdía fluidos con la leche y estaba preocupada por los niños.

—¡Esto es de locos! —le dijo Kineas—. Cabalgo hacia mi muerte y tú me sigues a la tuya. Los niños... Tenemos que dar media vuelta.

Cada palabra pronunciada suponía un gran esfuerzo, y tenía la boca como la de un borracho tras una larga noche bebiendo.

—¿Media vuelta? —replicó Srayanka—. ¿Tan débil me crees? —Se volvió y saludó con la mano a las silenciosas figuras que marchaban penosamente a través del polvo—. Nuestros hijos son todo lo fuertes que necesitan ser. —Se dobló por la cintura un instante y acto seguido se enderezó—. Hay que encontrar agua.

Kineas se rascó la barba.

Cuatro tragos de agua después cruzaron una serrezuela y, tras encontrarse con Nihmu, que hacía las veces de guía, se dispusieron a girar hacia el este, alejándose del sol. Las montañas permanecían a mano derecha, y lo único que se veía a lo lejos era la reverberación de la calima.

Nihmu se aproximó a Srayanka y, sin mediar palabra, le dio un odre de vino lleno de agua.

La columna se había detenido para cambiar de caballo, era el único alivio que tenían, y todos los ojos se clavaron en el odre de vino como si resplandeciera con el fuego de un dios triste.

—Para los niños —dijo Nihmu. Su tono de voz era curioso, casi triunfante, o de

regodeo.

Srayanka asintió y aceptó el odre. Luego hizo una seña a Samahe; desde la muerte de Irene, Samahe se había convertido en su hipereta.

—Que todo el mundo beba un sorbo —dijo—. Yo tomaré lo que quede.

Se lo dio a Samahe, que lo inclinó con el brazo y se lo pasó a Diodoro. Diodoro lo miró con asombro, y luego la miró a ella. Pero también él lo alzó brevemente antes de pasarle el odre a Antígono, que se lo pasó a Parshtaevall, y así sucesivamente a lo largo de la columna. Kineas podía seguir el traslado del odre por el alboroto que armaban los caballos, casi como si un camello anduviera entre ellos.

Cuando cambió de caballo eligió a Talasa porque estaba descansada, con la cabeza en alto, y como con ganas de que la montara. Le costó tres intentos subir la pierna a sus lomos, de agotado que estaba. Oyó que el odre regresaba hacia la cabeza de la columna. Le ocupó la mente como algo soñado y las ansias de agua apartaron cualquier otro pensamiento. Imaginó que el agua aún estaría fría, vigorizante, procedente de algún arroyo de las montañas que Nihmu había explorado.

—Nadie beberá —dijo Nihmu a su lado. La niña estaba tan bronceada que rivalizaba en aspecto con León, y llevaba un sombrero de paja sobre un griñón de lino para protegerse la cara del sol—. El agua es para los niños, y tu pueblo lo sabe.

Kineas la miró anonadado. Dudó tener la disciplina necesaria para renunciar a su trago de agua.

El odre de agua ya había llegado a manos de Cario. Cario lo miró con evidente nostalgia, pero no se lo llevó a la boca, optando por pasárselo a Kineas. El odre estaba lleno hasta más de la mitad; algunos jinetes habían bebido un sorbo. Pero su disciplina era digna de encomio, toda una lección de humildad. Kineas bebió el agua justa para recuperar el movimiento de la lengua.

—Hay que conseguir agua esta noche —observó Nihmu—. O muchos morirán.

Kineas la miró.

—¿Por qué no buscas agua?

—Ya lo he hecho —repuso—. Esa agua. —Kineas aún tenía el odre en sus manos, y se lo pasó a Srayanka—. Hay un largo camino hasta esa agua, señor. Puedo llevarte allí. Ataelo ayudará. Pero tú debes conducirnos. —Nihmu volvió la cabeza para mirar hacia el horizonte.

—Gracias —dijo Srayanka—. Pero ¿crees que soy capaz de beber cuando toda mi gente está sedienta?

—Cada uno ha tenido su parte, señora —dijo Kineas—. Ahora te toca a ti.

Los ojos de Kineas ardían con lágrimas contenidas y Srayanka dejó caer la cabeza. Pero bebió.

Mientras bebía, moviendo la garganta con cada trago de agua, los ruidos que hacía al tragar y los de los caballos y las conversaciones y la voz aguda de Nihmu se

entretejieron como el ribete de una prenda de ropa, de modo que en un instante eran hilos distintos y al siguiente la voz del dios.

—*El momento se acerca. Es hora de concluir.*

Kineas se puso tenso, el pelo de la nuca se le erizó como el del lomo de un perro y se le encogieron las tripas.

Ninguno de ellos olvidaría aquella tarde que se prolongó lo indecible. El sol ardía como si los dioses apuntaran a la columna con una lente de aumento, y la hierba agostada reflejaba el calor como un espejo de bronce la luz. Los caballos daban zancadas más cortas y el polvo que levantaban a su paso ascendía al cielo como el humo de una pira funeraria.

Al caer la noche, Kineas dio el alto. Los caballos protestaron. Condujo a Talasa a través del gentío hasta Diodoro, la yegua aún tan brava como a mediodía.

—Dos horas —dijo—. Luego montamos otra vez y seguimos. La sed —hizo una pausa para frotar la lengua contra el paladar— no nos hace ningún bien.

Diodoro asintió.

Filocles aguardó a que Kineas desmontara y estacó a su caballo. Luego fue en su busca y le tendió un vaso.

—Bebe, hermano —dijo.

—Ni hablar —repuso Kineas—. No voy a beberme tu agua.

—Tienes que mandar. Y esto es vino aguado; el último que queda de Cratero. Vertamos una libación a los dioses y bebamos.

Kineas cogió la copa del espartano y arrojó una buena parte al polvo.

—Por Zeus que agita los cielos y Poseidón que agita la tierra; Apolo, Señor del Arco de Plata, y Hera, cuyos pechos son tan blancos como la nieve del Olimpo; Atenea, la sabia guerrera; Ares, vestido de bronce; Afrodita, que surgió de las olas, y Hefestión, el herrero cojo; Artemis, la cazadora; Hermes, dios de los viajeros, que quizá nos alivie en esta travesía del desierto, y por todos los dioses —dijo. Y bebió.

Cuando devolvió la copa a Filocles, el vino ya se le subía a la cabeza, de modo que arrojó su clámide sucia al suelo caliente junto a Srayanka y antes de que ésta hubiera dado de mamar a Lita, estaba...

En el fango a los pies del árbol en medio del espeluznante silencio de la bruma de la batalla del sueño, acosado por cien manos lisiadas y huesudas. Un puñado de amigos muertos luchaba codo con codo; Ajax y Nicomedes y Niceas todavía resistían, pero Gracoyano...

Empuñaba la espada y golpeaba las manos que intentaban retenerlo y se echaban sobre él mientras retrocedía hacia el árbol, y el hedor que emanaba de la ensoñación

penetraba por su nariz; era como si el aire viciado de todos los osarios del mundo, de todas las matanzas de cada campo de batalla, le saturase el olfato, y en lo alto el cielo estaba oscuro como la más negra tempestad en el mar, y el rayo rasgaba el hierro oscuro de los cielos.

Tenía algo a sus espaldas, algo demasiado horrible para ser contemplado, algo que le buscaba la garganta y la mente con sus zarcillos, manos, garras; y luego desapareció, liberándolo como cuando se levanta un velo de neblina, y giró sobre sí mismo y cayó de rodillas a la inmundicia. Acto seguido, comenzó a hundirse en el suelo nauseabundo.

—¡Levántate! —le dijo una voz conocida—. ¿Acaso di mi vida para que tú fracasaras?

Artemis se erguía ante él, su garganta degollada era la menos espantosa de las heridas que la rodeaban. Había nuevas fuerzas en el campo, y el muro de enemigos muertos que gritaban en silencio había retrocedido varios pasos. La diosa lucía la misma coraza que llevara la noche antes de Arbela, cuando bailó las danzas espartanas como un hombre y dos mil soldados la aclamaron.

Kineas se puso en pie. Ella le dio la espalda, pero volvió la vista atrás cuando le oyó poner el pie en el árbol.

—Yo tenía muchos amigos —dijo la diosa sonriendo.

Y entonces se vio a sí mismo trepando, volando, montado a una bestia de pesadilla que trepaba con él a cuestras como un lagarto o una ardilla deforme, derecha a lo alto y a la barrera de espinos y ramas entretejidas como el seto de un granjero, y entonces fue mortal, ya no volaba, desprovisto de su montura. Metió la cabeza entre las ramas y éstas opusieron resistencia, pero dio un fuerte empujón, tal como habría hecho Filocles contra una pantalla de escudos...

La flecha cayó del cielo, ardiendo como un meteorito en el ocaso, y él cayó...

Solo en el patio, aislado de sus amigos y agotado, recibiendo un golpe tras otro en la cabeza y los brazos, y entonces...

De pie junto al cadáver de Nicomedes, cada mandoble tirando a un enemigo al polvo con un estrépito de bronce, y el grito del ejército, ¡Apolo!, y supo que la victoria...

Con un brazo sujetándole el cuello, ella arremetía con pies y manos, sin que el pánico la privara de astucia; pero la otra mano enemiga empuñaba un hierro que le quemó la garganta, y una caliente humedad le cayó sobre los pechos, y ella gritaba sin que le saliera la voz y cayó en la negrura...

Solo bajo el estandarte, por todas partes caían allegados que lo protegían, lo cubrían, coraza cual llama de oro...

Muerto en combate victorioso, el impacto del frío hierro en sus entrañas, podría haberse echado a reír, pero no había nada...

El llanto de un niño...

Gritando, rojo por doquier y el dolor partiéndole las carnes como un rayo, olas que venían tan seguidas que no daban respiro, y nada más que el rayo y las olas, olas húmedas de dolor que la aproximaban al túnel de hierro; un grito de respuesta desde debajo de sus pies, y la presión aliviada, mas no así el dolor, y toda su vida manando entre sus piernas...

El lamento de un niño, conocido; y todo muerte alrededor, el túnel de hierro aferrándolo con piernas de jinete, el cuerpo preso, los brazos sujetos. El llanto de un niño...

Paralizado de miedo cuando el hombre del yelmo con el penacho rojo tira al suelo al jefe de la fila; el ruido nauseabundo cuando la lanza le aplasta el esternón y lo rompe, sangre a chorros; el escudo pesa demasiado para levantarlo y defenderse; paralizado, el repentino...

El llanto de un niño...

Luz.

Tres viejas brujas al final de un hilo y la diosa de miembros tersos con una lechuza aleteando junto a su hombro, y ella sonrió... Luz...

Se despertó a oscuras. Los niños lloraban. A su lado, Nihmu se puso en cuclillas y el fino cuero de sus calzones, bordados con mil animales que daban vueltas en una maraña geométrica de pezuñas y astas y conos de oro, tintineó en sus espinillas y tobillos.

—Hay que cabalgar, señor —dijo.

—Sí —contestó Kineas. Tenía la impresión de estar hablando desde el fondo de un túnel lleno de sonido y luz y movimiento y vida, demasiada vida—. Se volvió hacia Srayanka con los ojos anegados en lágrimas: —Lo he hecho —dijo. Su voz transmitía asombro y, por primera vez en su vida, Kineas no tuvo miedo.

Srayanka se incorporó, se puso de rodillas y le acarició la cara.

—¡Ay! —exclamó—. ¡Cuánto te adorará el pueblo!

Kineas la abrazó.

—No digas eso —repuso—. Llevemos a esta gente hasta el agua.

Tenía la boca seca pero podía hablar. Aún notaba el sabor del vino, y rezó en silencio a la diosa, sonriendo en la oscuridad.

Recorrieron penosamente veinte estadios en dos horas, nunca habían ido tan despacio; luego cabalgaron otros diez estadios en cuestión de minutos, porque los caballos olían el agua. Esta vez no hubo manera de retenerlos, ninguna disciplina, ningún intento de detener a las bestias o al gentío. Kineas dio rienda suelta a Talasa y la yegua alargó la zancada, galopando los últimos estadios en un periquete. Incluso Kineas era capaz de oler el agua. Relucía como una mancha líquida a la luz de la luna

nueva, un estanque cavado por los prodromoi, que se mantuvieron apartados mientras los caballos se precipitaban en él y bebían, agolpándose en tal cantidad que los primeros en llegar se vieron empujados fuera del agua y los más débiles acabaron siendo derribados. Una yegua relinchaba postrada y su desespero atrajo a otros caballos; su jinete intentaba ponerla en pie, pero los caballos estaban enloquecidos de sed.

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Para más agua! —gritaba Ataelo una y otra vez, porque había un segundo abrevadero en la oscuridad, a tan sólo cien pasos del primero. Kineas tuvo que arrastrar a Talasa, por lo general el más obediente de los caballos, tirando del cabestro con ambas manos, escoriándole la boca hasta que le hizo levantar la cabeza, salir del agua y moverse, y entonces por fin entendió el mensaje de que había un segundo manantial y soltó un estridente relincho y corrió, dejando a Kineas con las manos despellejadas, tumbado en la arena. Otra yegua que siguió sus pasos pasó rozándolo y una tercera le pateó las costillas, justo donde las tenía fracturadas. Kineas soltó un alarido, y entonces Ataelo y León lo alejaron de los caballos mientras muchos de los sementales y yeguas salían disparados hacia el segundo abrevadero.

Kineas yacía en la arena.

—¿Está malherido? —preguntó Diodoro asustado.

—Se ha quedado sin aliento —dijo Filocles—. Creo que le han dado una coz.

Ambos estaban muy lejos.

Dejaron atrás la hierba agostada y llegaron al valle del lago del Jaxartes dos días después de que los prodromoi encontraran agua. Habían coronado unas lomas con tan poca pendiente que las habían subido sin siquiera darse cuenta, y al asomarse a la otra vertiente no vieron desierto sino estadios de agua que se extendían hacia las montañas que ahora se alzaban al sur. Habían muerto caballos y aún había más en malas condiciones, en su mayoría debido a la última carrera hacia el agua y la brutal melé subsiguiente; pero ningún hombre, mujer o niño había perecido. Los caballos habían sufrido, y sus agotados jinetes tuvieron que pelear con ellos, hombre y mujer contra caballo, para sacarlos a rastras del agua antes de que se suicidaran bebiendo más de la cuenta.

La gente de Lot ayudó, pues había pasado por lo mismo una semana antes. Habían aguardado en el primer abrevadero, confiando en que Srayanka los alcanzaría. La esposa de Lot se había marchado a las tierras altas con los jóvenes, los ancianos y todas sus yeguas, y Lot parecía más viejo. La pérdida de sus hijas y el desierto le habían encanecido el pelo, aunque no le habían robado su proverbial cortesía.

—Mis disculpas —dijo a Srayanka, pero ella lo interrumpió con un rápido abrazo y un beso en la mejilla.

—¿Acaso somos griegos? Tú atendiste a tu pueblo, y yo al mío; y aquí estamos.

Lot sonrió, pero la sonrisa se le borró al contemplar a Kineas, que yacía envuelto en una manta, despierto pero mudo.

—Una coz —explicó Filocles.

—Parece que oye todo lo que decimos —dijo Srayanka.

Lot asintió.

—Tuvimos varios casos muy malos; todos entre los que menos agua bebieron.

Su tono dejó entrever que ocultaba algo. Kineas estaba recostado con una copa espartana de agua que no había tocado.

—¿Se recobraron? —preguntó Srayanka, como si la pregunta careciera de importancia.

—Uno sí —contestó Lot.

—¿Uno de cuántos? —preguntó Filocles, y luego repitió la pregunta en sakje.

—Uno de cuatro —contestó Lot. Y se encogió de hombros—. Me disculpo otra vez. De no ser por Upazan, el rey habría tenido a Iskander en el Oxus. Es una pesada carga la que llevo en mis hombros.

—¿Más pesada que la pérdida de una hija? —preguntó Kineas, levantando la cabeza—. La he visto, junto al árbol.

Todos los comandantes, tanto griegos como sakje como sármatas, dejaron de hablar.

Lágrimas surcaban el semblante de Lot.

—No, señor. No más pesada que la pérdida de Mosva.

Los ojos de Kineas se desviaron más allá de la cabeza de Lot, hacia el cielo azul.

—La muerte no es como piensas —dijo. Luego bajó la cabeza, y la luz de sus ojos menguó, y se durmió.

Era consciente del paso del tiempo, aunque dicha conciencia era imperfecta y lo sabía, tal como un hombre con fiebre es consciente de que el tiempo no pasa por igual para él y para la esposa que le refresca la frente y le aseaa la cama. Oía las voces tranquilizadoras de aquellos a quienes más amaba, amigos y esposa, los balbuceos y el llanto de sus hijos, y sentía tal pasión por ellos que era como un dolor corporal, como una jabalina atravesándole el pecho, directa al corazón.

Sabía que había venido un extranjero que hablaba un extraño dialecto, parecido al sakje, con muchas palabras iguales pero con un tono distinto, más musical. Él escuchaba, pero no abrió los ojos durante mucho tiempo.

Cuando lo hizo, ya se encontraba mejor y podía respirar sin resollar. Intentó incorporarse y dio un grito, acurrucándose en posición fetal, y entonces Srayanka acudió a su lado.

—¡Calla, Kineas!

—Estoy mejor —repuso él con voz ronca—. ¡Oh, qué mala suerte he tenido! Justo donde me alcanzó la lanza.

Srayanka le acariciaba la mano.

—Tengo noticias —anunció.

—He oído a un extranjero —dijo Kineas.

—Un mensajero de la reina de los masagetas, pidiéndonos que acudamos enseguida a la asamblea de tropas. Resulta que mi esposo es un guerrero famoso. Tanto que su fama ha llegado a oídos de la reina de los masagetas.

Kineas sonrió y se durmió.

Durante un día, fue consciente de la comida, consciente del vino, consciente de las caricias de Srayanka en la mejilla. Habría cogido en brazos a sus hijos para sentir la penetrante saeta del amor. Lo veía todo a través del velo de los sueños, y nada tenía la inmediatez de sus pensamientos, que corrían sin cesar como una manada de venados perseguida por una jauría de perros. No era muy distinto de las calenturas que había padecido de niño.

Una noche se despertó y encontró a Srayanka llorando con los niños en brazos. Su esposa lo miró y susurró:

—¡No soy una maldita griega! ¡Habría sido mejor que murieras en vez de

dejarme con este cadáver andante!

Y Kineas pensó que lo que decía era cierto, a su manera, pero no importante. «Estoy muerto —se dijo—. ¿Qué esperabas?»

Otro sol, y otro día en la silla, las caderas contoneándose con soltura siguiendo el paso del caballo, la cabeza en las nubes. En torno a él, todos charlaban. ¡Cuánta cháchara! Sobre él, sobre el tiempo, sobre los masagetas y los dahae y las tribus reunidas en una gran horda delante de ellos, sobre el ejército de Alejandro al otro lado del río. Y luego se hizo de noche, y soñó con la asamblea de Atenas y escuchó a Demóstenes y a Focionte debatir sobre la conveniencia de seguir apoyando a Alejandro, reviviendo el momento en que el consejo le designó general de los jóvenes más ricos de la ciudad para apoyar a Alejandro. El sueño fue tan claro como la experiencia real.

Se puso a llorar porque nunca había pensado que volvería a ver Atenas y porque la añoraba mucho. ¿Cómo había olvidado que el Partenón brillaba tanto a la luz de la luna?

—¿Qué es la muerte, hermano? —preguntó una voz a su lado.

Seguía llorando y apenas recordaba por qué. Pero la pregunta fue de lo más oportuna. Le ocupó la mente y dejó de llorar. Contempló el firmamento y finalmente dijo:

—La cesación del cuerpo.

—¿Y la verdad? ¿Qué es la verdad?

Kineas inspiró profundamente. Iba montado otra vez, las caderas se le movían con vida propia.

—No tengo ni idea —dijo, y las costillas le dolieron como una magulladura reciente al reír. Y al decirlo en voz alta cobró conciencia de todo, desde las puntas del pelo hasta el dolor de sus heridas. Iba sentado en su montura geta, las piernas aferradas a su estrecho lomo, y en torno a él había miles de caballos pastando la hierba del valle del Jaxartes, y él era Kineas.

—¿Qué has dicho? —preguntó Srayanka, acercándose esperanzada.

—Te amo —susurró Kineas. Alargó el brazo hacia ella con una mueca por la punzada de dolor.

Srayanka dio un chillido como los que a veces murmuraba en la intimidad.

—¡Has vuelto!

—Nunca he estado muy lejos —repuso él. Sonrió y se rascó la barba.

—¿Has trepado al árbol? —preguntó Nihmu, rebosante de entusiasmo. Era de noche y estaban cenando en un campamento en el valle del Jaxartes.

—Esfúmate, pájaro de mal agüero. Esfúmate con tu bárbara concepción de la vida.

Filocles hizo ademán de ahuyentar a la niña bronceada de Kineas como un

granjero espanta a las gallinas de su patio.

—¡Calma, hermano! —exclamó Kineas. Sonrió a Filocles. A Nihmu le dijo—: He trepado al árbol. Ahora lo he dejado a mis espaldas. —Se encogió de hombros—. No creo que mi árbol y el tuyo sean el mismo.

—¿Tu muerte? —preguntó Nihmu.

—Eso es asunto mío, niña —espetó Kineas.

—¿Y Alejandro? —preguntó León.

—Es un comandante muy capaz, con un buen ejército. —Kineas sonrió—. He soñado con él y he pensado en su ejército. —Se encogió de hombros—. Pero está al otro lado del río, según tengo entendido.

Filocles sacaba brillo a su casco, usando un estropajo envuelto en estopa para aplicarle sebo y arenilla.

—Hemos tenido refriegas con sus avanzadillas a diario desde que te pusiste malo, hermano. Ayer mismo le arrojé a Upazan mi mejor lanza. —Filocles sonrió con amargura—. Resulta que todos los deseos de paz que me induce el vino desaparecen en cuanto tengo ocasión de matar. —Dejó el yelmo en el suelo y se puso una gorra de fieltro, y luego el yelmo otra vez, pasando de filósofo al espíritu de Ares en un abrir y cerrar de ojos—. ¿Qué sentido tiene, Kineas? ¿Cuál es el sentido de tanto marchar, tanto esforzarse, tanto matar? ¿Te lo ha dicho tu querido árbol?

Se quitó el yelmo, claramente insatisfecho con cómo le quedaba. Miró las ataduras con detenimiento.

Kineas a menudo se sentía perdido cuando debatía con Filocles, pero esa noche las respuestas manaban de su mente como el Jaxartes crecido fluía a través de los llanos.

—Venga, hermano, conoces muy bien la respuesta. —Rio al ver cómo lo miraba su brillante y filosófico amigo. Le dio un abrazo—. ¿Qué te diría Aquiles, espartano? ¿Qué diría Sócrates?

Filocles bebió agua de un odre. Se estaba sonrojando.

—Dirían que el sentido es la virtud —respondió.

—Exacto. —Kineas tomó aire como si le encantara saborearlo—. A veces matamos porque somos hombres de virtud y a veces nos abstenemos de matar por la misma razón. A veces un hombre puede decidir beber vino y en otra ocasión quizá decida abstenerse. El modo de hacer las cosas es lo que granjea la gloria. No deberíamos precisar ni recompensa ni alabanza.

Nihmu miraba a uno y a otro.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó con la irritación de una jovencita que piensa que se están burlando de su ignorancia—. ¿Es una cosa griega?

Kineas sonrió y meneó la cabeza.

—Tal vez sí, tal vez no, niña. La búsqueda de la virtud.

Kineas arrebató el yelmo a Filocles.

—Eres el último hombre de la Tierra que lleva casco corintio, hermano. ¿Qué le pasa? —preguntó.

—Tiene el forro raído.

Kineas asintió.

—No tiene remedio. Hay que separar el cuero y coser uno nuevo.

—Me daba pereza. —Filocles sacó la navaja del cinto, cortó los hilos y arrancó el forro de un tirón—. Ares me asista si nos atacan ahora —dijo.

Nihmu meneó la cabeza.

—No entiendo nada de lo que estáis diciendo —protestó, y se fue muy ofendida.

Cuando se hubo marchado, Diodoro se unió a ellos, con León y Srayanka. Ataelo se sentó pesadamente en el suelo. Se le veía muy flaco.

—Reina Zarina —dijo Ataelo—. Por preguntar por ti. —Señaló hacia el horizonte oriental—. Por muchos mensajeros.

Diodoro asintió y preguntó:

—¿Cuándo llegaremos hasta ella?

Srayanka se desperezó.

—Dos días más y llegaremos a la reunión de tropas. Aun yendo despacio. Los caballos están recobrando el pelaje.

Kineas asintió.

—Antes quiero hablar con Espitamenes —dijo—. Tiene que estar cerca.

—Dioses, ¿lo sabes por ser baqca? —preguntó Diodoro.

Kineas se frotó el mentón y se mesó la barba, gozando con la incomodidad de su amigo.

—No —replicó Kineas—. Es por llevar diez años en la silla. Piénsalo, amigo. Cuando estábamos en el Oxus, Espitamenes estaba cien estadios al sur de nosotros. No nos alcanzó en el Polytimeros. Nadie ha dicho que Alejandro lo atrapara. Todos nos dirigimos al mismo sitio. No puede andar lejos.

Filocles rió.

—Y llamamos zorro a Diodoro. ¡Bien razonado, Kineas!

Ataelo gruñó.

—Podrías haber preguntado a mí. Los jodidos persas en el segundo abrevadero hoy. —Se encogió de hombros—. Garait lo dijo.

Kineas se volvió para besar a Srayanka.

—Primero quiero hablar con el viejo bandido. Luego vamos a la asamblea de tropas.

—El viejo bandido me vendió a Iskander —repuso Srayanka.

—Quiero zanjar este asunto antes de entrar en campamento ajeno —dijo Kineas.

Srayanka puso los ojos en blanco.

Al día siguiente Kineas se reunió con Espitamenes. Garait localizó su campamento y Ataelo le condujo allí. Darío ejerció de intermediario, y Kineas cabalgó con un reducido séquito para compartir un almuerzo con el último persa que seguía combatiendo a Alejandro.

El líder persa era alto y enjuto, con una barba pelirroja entrecana. Era un hombre bien parecido pese a su gran nariz aguileña, y su presencia imponía. Montaba un magnífico corcel y era profundamente religioso, de modo que incluso en medio de su primer encuentro con Kineas, hizo una pausa para rezar.

Teniéndolo delante, Kineas constató que aquel hombre era un fanático. ¿Cómo iba a ser de otro modo? Y, enfrentado a él, era como si su recién adquirida sabiduría fuera puesta a prueba contra sus antiguos odios. Espitamenes había vendido su esposa a Alejandro por lo que él consideraba una causa superior. La táctica había fallado y ahora el persa lo lamentaba, pero su disculpa fue tan fría que indicaba que volvería a hacerlo si eso sirviera para expulsar al odiado invasor del sagrado suelo de Persia.

A su lado se sentaba Darío, que traducía libremente, si bien Kineas tenía un buen dominio del persa y muchos otros hombres hablaban ese idioma. Pero Darío no miraba a Espitamenes con adoración o siquiera admiración. Poco después, Espitamenes señaló a Darío mientras éste saludaba a sus amigos y compañeros de filas olbianos.

—Ése te ama más a ti que a su patria —dijo Espitamenes.

—Somos amigos y compañeros de armas —contestó Kineas—. Me ha salvado la vida varias veces.

Kineas observaba a los persas, medos y bactrianos sentados en torno a las fogatas. Espitamenes tenía menos de mil hombres e igual número de caballos. Había perdido la campaña de aquel verano y sus hombres lo acusaban: sucios, cansados, con la mirada apagada. Se sentaban en la hierba con las mantas de la silla como asiento. No tenían seguidores, ninguna mujer y muy poca charla. Encendían sus hogueras directamente en la hierba en lugar de cavar hoyos como hacían los griegos, de modo que todo el campamento olía a hierba quemada y de vez en cuando la hierba prendía y ardía hasta que un guerrero cansado la apagaba a pisotones. Iban muy sucios, pero se mostraban orgullosos, con la cabeza bien erguida; lo fulminaban con la mirada como si él y Filocles fueran la encarnación del enemigo.

Espitamenes apartó la mirada, obviamente contrariado. Luego preguntó:

—¿Dónde está tu bella esposa?

Cuando Kineas fue a visitar a los persas, Srayanka se quedó en casa con el resto

de los sakje. Se trataba de una cuestión de sangre. Ningún sakje podría perdonar semejante afrenta.

—En el campamento, afilando su hacha —dijo Kineas.

Espitamenes asintió.

—Haría mejor cuidando de tus hijos, ¿verdad? —inquirió.

No quedó claro si aquella pregunta era sincera o maliciosa.

—Cometiste una estupidez al ofrecerle mi esposa a Alejandro —contestó Kineas. No veía motivo alguno para andarse con chiquitas—. Ahora ella te desprecia y todo su clan desea tu cabeza.

Espitamenes se echó hacia atrás.

—¡Cuánta franqueza! —dijo. Se rascó la barba—. Y yo que esperaba que fuésemos amigos.

Kineas rió y comió más cordero especiado con los dedos.

—Permíteme recordarte, señor, que la vendiste como rehén a Iskander; la vendiste, aunque no te debía lealtad ni vasallaje.

Espitamenes se encogió de hombros.

—Estaba a mano —dijo—. El dios exigió que tomara duras decisiones por mi grey. Es hija de extranjeros. ¿Por qué tenía que haberme contenido?

Filocles, sentado al lado de Kineas, se atragantó con un pedazo de cordero y se tapó la boca con la mano.

—¿Tu amigo desea hablar, tal vez? —preguntó Espitamenes. Sus ojos brillaban peligrosamente.

Filocles carraspeó otra vez.

—Tu dios debería haber tenido más ojo con las consecuencias —dijo en griego—. La señora tiene aguijón en la cola y un millar de amigos bien armados.

Kineas tradujo.

—No blasfemes contra lo que no tienes cerebro para entender, extranjero —amenazó Espitamenes, endureciendo el tono de voz, y a su alrededor los caballeros persas empuñaron las armas.

Kineas tomó otro bocado de guiso. Cuando terminó de masticar, dijo:

—O bien Espitamenes es un hombre de palabra, en cuyo caso esto es sólo pose y deberíamos disfrutar de la cena, o bien es un bellaco traicionero y vamos a morir. —Kineas sonrió a Espitamenes—. Y luego Espitamenes morirá. ¿No has pensado que mi esposa está ahí fuera, al amparo de la noche?

Kineas meneó la cabeza como un padre comprensivo que discute con su hijo favorito, y luego siguió comiendo.

Espitamenes se irritaba más cada vez que Kineas abría la boca, pero era un hombre de honor y Kineas pudo terminar la cena sin trabas.

—No volveré a invitarte —dijo Espitamenes mientras los griegos montaban para

irse.

—Como no te has molestado siquiera en disculparte por el rapto de Srayanka, te iba a ser muy difícil hacerme venir otra vez —replicó Kineas—. Tu tiempo se acaba. Los sakje están en condiciones de detener a Alejandro o no hacerlo, según les convenga. Cuando le enviaste amazonas como rehenes, los perdiste como aliados; y este verano no has hecho más que perder prestigio en cada acción. Estás acabado.

La voz de Kineas tuvo el tono de una sentencia o una profecía.

Espitamenes se sobresaltó como si hubiese pisado una serpiente.

—¡Lárgate antes de que lamente mi hospitalidad! —gritó.

—Mantente alejado de nuestro camino, persa —advirtió Kineas—. Si te encuentro, te liquidaré yo mismo.

Filocles percibió el desapasionado tono de Kineas; no era una amenaza, sino una exposición de hechos. Como una voz de profecía mezclada con otra de mando.

Espitamenes frunció el ceño.

—Me habían dicho que eras profeta.

Kineas hizo recular a su caballo y asintió.

—¿Quieres que profetice para ti, señor?

Aun diciendo que no, la voz de Espitamenes revelaba sus ansias y su vacilación, y Filocles tuvo la impresión de que Kineas era el mayor de los dos. Y entonces el persa preguntó:

—¿Habrá una gran batalla?

Kineas asintió.

—Sí.

—¿Iskander perderá? ¿Me alzaré con el triunfo? —preguntó Espitamenes.

Kineas permaneció callado un rato, un rato incómodo con docenas de persas provistos de antorchas rodeándolo en la oscuridad. Finalmente, dijo:

—Iskander no vencerá. Pero tú perderás. Yo moriré. —Entonces se rió, como si la vida entera fuese un chiste—. Tu muerte se avecina, pero la mía está próxima.

—¿Cómo moriré? —preguntó Espitamenes, acercándose al caballo de Kineas.

El semblante de Kineas se contrajo de miedo o repugnancia; a Filocles le costó discernirlo a la luz de las llamas. Miró al hombre que estaba al lado de Espitamenes.

—Mal —respondió Kineas—. No me preguntes más.

Espitamenes dio media vuelta y gruñó algo a uno de sus lugartenientes. La multitud de las antorchas se dispersó.

—Vete, antes de que me vuelva contra ti —le advirtió Espitamenes.

Kineas asintió. Luego hizo retroceder al caballo, comprobó que sus amigos estuvieran listos y se marchó.

Aquella noche acamparon en un pinar al borde de un acantilado sobre la orilla del

Jaxartes. La hierba había sido cosechada hacía poco y Ataelo informó sobre una docena de campamentos sakje en los alrededores. Kineas veía sus fogatas, así como las del ejército de Alejandro en la otra orilla. Y olía el humo que llenaba el valle del Jaxartes, el cual no había visto a tanta gente desde que se había producido el deshielo de los Montes Sogdianos, cuando los dioses eran jóvenes.

Srayanka había ordenado montar un campamento con una pesada pieza de cuero como techumbre y un par de lanzas que sujetaban un toldo de ramas para dar sensación de intimidad, justo debajo de los pinos que servían de sostén al conjunto. Distaba mucho del lujo en el que viviría un oficial ateniense, y sin embargo emocionó profundamente a Kineas; nadie más disponía de un refugio desde que los carromatos habían partido hacia el noroeste, y habían sido precisas muchas manos para levantarlo. Incluso había un hoyo circundado de piedras para el fuego que exhalaba aroma a cedro.

Cuando terminó de ocuparse de Talasa, Srayanka le dio una copa de vino que bebió a pequeños sorbos mientras admiraba la finura de los nudos de las cuerdas de cáñamo que sujetaban las lanzas; obra de Sitalkes, sin duda. Luego cogió la mano de Srayanka y se besaron.

Filocles llegó al reducido claro que albergaba su campamento. Miró en torno a él como desconcertado, y Kineas se percató de que estaba ebrio.

—¡Qué bonito! —dijo Filocles. Se tambaleaba un poco.

Diodoro lo seguía por el sendero, y tras él venían León y Sitalkes y alguien más caminando a oscuras.

—¿Qué se os ofrece, caballeros? —preguntó Kineas, un tanto irritado por haber sido interrumpido mientras besaba a su esposa.

Filocles volvió la cabeza, dio un bandazo y eructó.

—Perdonad, caballeros. No me encuentro muy bien. —Sonrió a Kineas—. No sabía que querías estar solo. Te extrañaba.

Diodoro se acercó y apoyó una mano en el hombro del espartano.

—Vámonos, Filocles.

—Dice que pronto habrá muerto. ¡Y no volveremos a verlo! —Filocles meneó la cabeza. Alzó su copa—: ¡Divino Kineas, comparte esta copa de vino! —dijo, y derramó parte del vino en la pinaza, aunque no fue nada fácil saber si lo hizo por torpeza o en deliberada invocación.

Diodoro agarró a Filocles. El espartano se zafó y dio un salto hacia atrás, pero con el aturdimiento del vino se olvidó de las dos lanzas y las cuerdas y tropezó. Filocles cayó al suelo con gran estrépito y todo el refugio se vino abajo con él, que bramó al rodar sobre el fuego, apagándolo.

—¡Hades! ¡Filocles, eres un maldito idiota!

Kineas agarró al espartano del brazo y tiró de él para ponerlo de pie, sacudiéndole

las brasas. Al parecer, Filocles se había golpeado con un puntal.

—Ha sido sin querer... ¡Dioses! ¡Srayanka! ¡Lo siento!

Apartó a Kineas de un empujón y se puso a juntar los restos del refugio. Dio un traspié y sólo consiguió recoger una única cuerda.

Sitalkes salió de la oscuridad, lo mismo que Temerix. Temerix cogió a Filocles del hombro.

—Ven —dijo con su marcado acento—. Ven, amigo. Nosotros arreglamos esto. ¡Ven!

Filocles lloraba.

—¡No hago más que romper cosas! —Sollozaba mientras el herrero sindón se lo llevaba a rastras—. ¡No hago nada a derechas!

Srayanka sonrió.

—Sitalkes, vuelve a montar esto, por favor —dijo. Y se volvió hacia Kineas—. Tiene el alma destrozada, ve a confortarlo. —Detrás de ella, Sitalkes había sacado su equipo para encender fuego y soplabla el rescoldo tratando de avivarlo; los ojos de Srayanka destellaban—. Pero no tardes demasiado —agregó mientras Kineas se alejaba.

Kineas encontró a Filocles en su fogata con una jarra de vino en la mano y Temerix sentado a su lado.

—Lo siento —se disculpó Filocles. Estaba más huraño que arrepentido, y tenía los ojos encendidos.

Kineas se acercó y le cogió la jarra de vino. Bebió un trago y vació el resto del contenido sobre el fuego.

—¡Eh! —gritó Filocles.

—¿Me amas, hermano? —preguntó Kineas.

Filocles se quedó paralizado. Luego se irguió.

—Sí. Claro que sí.

Kineas asintió.

—Yo también te amo. Demasiado para verte matar con vino al héroe que llevas dentro. Ésa ha sido tu última copa, hermano. Júrame por todos los dioses y por mis hijos que nunca más volverás a beber vino.

Filocles se quedó horrorizado.

—¿Nunca?

—Nunca, bajo ningún concepto. Júralo, si somos amigos. —Kineas vio un ánfora clavada en el suelo y la arrancó—. Temerix, ¿esto es tuyo?

Temerix escupió.

—Nunca doy vino a Filocles —dijo—. Amigo.

Kineas se la metió bajo el brazo.

—Ahora es mía. ¡Jura, Filocles!

Filocles adoptó un aire hosco y taimado, dos expresiones para las que no había sido hecho su semblante.

—¿Y si no lo hago? —preguntó.

Kineas se encogió de hombros.

—Tal vez nunca más conteste a otra de tus malditas preguntas. O quizá simplemente te destierre y siga luchando sin ti. En cualquier caso, si no dejas de beber vino, olvídate de ser mi camarada.

Filocles se acercó.

—¡Jódete! —protestó, alargando el brazo hacia el ánfora.

Kineas le dio un puñetazo en la barbilla. Luego dejó con cuidado el recipiente en la tierra mientras el espartano retrocedía. Kineas levantó las manos. Filocles dio otro paso hacia atrás y se detuvo. Adoptó la postura de guardia del pancracio, con las manos abiertas y en alto para cubrirse el rostro, y la izquierda adelantada. Acto seguido arremetió de prisa, alargando la izquierda para agarrar a Kineas.

Kineas dio un paso al frente, esquivando su izquierda, y asestó dos golpes seguidos, dejando estupefacto a Filocles, que retrocedió un paso sin que Kineas se lo impidiera.

Se quedaron frente a frente.

Filocles soltó un alarido, un grito de ira, casi el lamento de un hombre herido, y cargó. Sus dos fintas no fueron las propias de un hombre borracho, y Kineas encajó la segunda y acto seguido se encontró tumbado boca arriba en la tierra, pero rodeó las rodillas de Filocles con sus piernas y giró las caderas, haciendo tropezar al corpulento espartano que cayó al suelo cuan largo era. Asió sus dos manos con las suyas y forcejearon, dándose impulso con los pies y las espaldas para agarrarse, cubiertos de polvo.

Carecía de sentido que Kineas tratara de vencer al espartano en un forcejeo, pero siguió intentándolo hasta que Filocles le hizo una llave con la cabeza y un brazo detrás de la espalda y el dolor fue tan agudo que lo dejó sin aliento.

Y entonces, de improviso, Filocles, que lo tenía a punto de rendirse, se dejó caer en el suelo, tumbado boca arriba como si le hubiesen golpeado en la cabeza con un madero. Luego se puso de pie y le tendió una mano.

Kineas la aceptó y las palmas sonaron al chocar.

—Juro por Zeus y por todos los dioses, y por el espíritu de mi madre que murió al parirme, y por la fuerza de mi amor por ti, Kineas, que nunca volveré a estar borracho en tu presencia, que nunca más beberé vino en exceso. Y, si deshonor este juramento, que todas las Furias destrocen mi alma. —Filocles pronunció el juramento con voz sobria.

—Que los dioses te oigan y te apoyen en tu juramento —dijo Kineas—. Pero, cuando yo me haya ido, debes seguir este camino, pues no hacerlo será tu perdición y

tu muerte.

El espartano y el ateniense se abrazaron.

—¡Lo siento! —se disculpó Filocles, y rompió a llorar.

—Tienes que dejar la vida de soldado, hermano —dijo Kineas—. Es el matar lo que te empuja a beber.

Filocles lloró un rato más y luego se recompuso.

—¿Qué hace la gente cuando no bebe? —preguntó.

Kineas recogió el ánfora.

—Averígualo. ¡Tú eres el filósofo!

Y, por fin, tras haber pasado un año en el campo de batalla, el ejército de Olbia, representado por los trescientos hombres más fuertes, y los asagatje occidentales, representados por cuatrocientos jinetes seleccionados por dos veranos de guerra, y los sármatas occidentales, representados por los doscientos de Lot, llegaron a la reunión de todos los pueblos sakje.

La reina Zarina había acampado el grueso de sus fuerzas en un meandro del Jaxartes, con la certidumbre de que el agua a sus espaldas era profunda y fría y de que las montañas que se alzaban en sus flancos constituían un obstáculo infranqueable para cualquier enemigo. Había congregado en el valle del Jaxartes a treinta mil guerreros, y otros tantos vivían en campamentos satélite, uno tan sólo a un día a caballo y otros a no menos de diez; de tal manera que, si los sakje hubiesen sido granos de arena sobre un pergamino, sería como si los dioses lo hubiesen inclinado hasta hacer que una esquina contuviera toneladas de arena en un área reducida.

Los pastos estaban devastados, y el ejército entero había tenido que trasladarse dos veces. No había un solo venado para cazar en cincuenta estadios a la redonda, ni un solo pez en el río, nada de leña. Cada tribu había enviado a sus miembros más débiles a sus zonas de invernada para reducir su población, e incluso la reina tenía que hacer rotar a sus tribus entre las praderas y el río para vigilar a Iskander.

En la otra margen del río, el ejército de Macedonia concentraba fuerzas de los campamentos establecidos a lo largo del Jaxartes, el Polytimeros y el Oxus en una sola masa de hombres, caballos y máquinas. Se había puesto fin al sitio de Maracanda dejando en la ciudad una mínima guarnición. La artillería de sitio del rey fue arrastrada por bueyes hasta su campamento a orillas del Jaxartes, la mayor horda enemiga que los sakje habían visto jamás; y aun así los oficiales macedonios contemplaban las nubes de polvo del otro lado del río y se estremecían. Tanto podían ganar como perder contra un enemigo cuyas fuerzas iban todas a caballo.

Al noroeste del ejército de Alejandro, un contingente menor, de tan sólo dos mil sogdianos, bactrianos y mercenarios y un puñado de sármatas, avanzaba por la orilla sur del Jaxartes, buscando un vado, bajo las órdenes de Eumenes.

Kineas se fue poniendo al corriente a través de los exploradores, de los sakje, de Srayanka y finalmente del propio Ataelo antes de que concluyera el último día. El sol se ponía en el valle del Jaxartes y bajo ellos se arremolinaban veinte mil caballos, todos buscando los últimos restos de hierba junto al río. Los muchachos hacían carreras y tiraban al arco. Las mujeres afilaban armas y remendaban arreos. En algunos lugares se levantaban tiendas de fieltro, y en otros había unos pocos

carromatos, pero en general era un campamento militar y la gente dormía en el suelo con las riendas de los caballos a mano.

Ataelo hizo un ademán que abarcó toda aquella extensión de gente que cubría el terreno hasta donde la vista alcanzaba.

—El poder de los masagetas, los sakje, los dahae. —La sonrisa de Ataelo era tal que le borraba los pómulos—. Yo fui chico aquí.

Filocles se rascó la barba y observó, petrificado, mientras asimilaba lo que Kineas acababa de decirle.

—¿O sea que Alejandro intentará desviar a los sakje hacia la izquierda? —preguntó.

—Alejandro vendrá derecho a través del río —respondió Kineas de modo terminante—. Aunque me huelo que enviará una columna a hacer un amago a los escitas por su izquierda. Y eso es lo que dice Ataelo.

Filocles casi lo veía.

—¡Por Ares! —exclamó—. ¿Cruzará el río hasta aquí?

—No —dijo Kineas sonriendo—. Aquí no hay vado. La reina eligió bien el campamento. Cruzará diez estadios río arriba.

Lo dijo con convicción, y Ataelo asintió. El sakje apretó los labios.

—Viaje corto —dijo—. A la batalla —agregó tras una pausa.

—Sabiendo todo esto, ¿seguro que puedes vencer a Alejandro? —preguntó Filocles. Kineas negó con la cabeza.

—¿Tengo pinta de jefe sakje? Aquí no mando yo, espartano. Todo cuanto puedo hacer aquí es dar mi opinión a la reina Zarina. Vayamos a verla.

—Pero ¿estamos en condiciones de vencerlo? —insistió Filocles.

Kineas detuvo su caballo y se inclinó hacia él.

—No tengo ni idea, hermano. No soy vidente, sólo comandante de quinientos soldados de caballería. De modo que, pese a tu preocupación por el panhelenismo, quizá podrías dejar de hablar sobre la puta batalla.

Filocles se rió.

—¡Estás nervioso! ¡Jamás lo hubiese dicho! —exclamó.

Kineas lo fulminó con la mirada, pero se mordió la lengua.

Filocles exclamó una vez más entre risas:

—¡Vayamos a conocer a la reina del mar de hierba!

Cuando dieron el alto a la columna, tuvieron que acampar en un lugar que ya había sido usado y abandonado por otros contingentes, y llevó tiempo embutir a ochocientas personas y el cuádruple de caballos en un rincón del inmenso campamento. La ubicación era buena y el agua abundaba, pero de la hierba no quedaban ni las raíces. Antígono dispuso a los caballos casi en el lecho del río, el único lugar donde había algo de pasto que no hubiesen devorado otros grupos, y

duplicó los piquetes de vigilancia, porque se veía a los macedonios a tan sólo dos tiros de arco desde la otra margen del río. Lot llegó acompañado de doña Bahareh desde el final de la columna, donde estaban los sármatas. El y Kineas se dieron un fuerte apretón de manos.

—Ella y Zarina son viejas amigas. Nosotros, Zarina y yo, hemos cruzado los aceros algunas veces.

—Bien —dijo Filocles—. Podemos escondernos todos detrás de Bahareh.

La lancera sármata sonrió, era delgada como una rama de árbol y tenía el pelo del color del hierro.

—Yo te protegeré, principito —sentenció—. Saludos, don Kineas.

Srayanka llevó consigo a Ataelo y Parshtaevalt, y Kineas, a León y Diodoro. Filocles nunca precisaba invitación. Fueron sin escolta y dejaron a su gente preparando la cena. Cabalgaron deprisa hacia la tienda de la reina, tan sólo a una docena de estadios pasado el siguiente meandro del río.

Habiendo viajado más de cuatrocientas parasangas desde el vado del río Dios en el pequeño Borístenes hasta el curso superior de Jaxartes, la reina Zarina fue casi una decepción.

Qares, el mensajero de Zarina que había ido a verlos a principios del verano, fue el primero en reconocerlos. Ordenó a un grupo de chicas adolescentes que se ocuparan de los caballos y los acompañó a la tienda de la reina, una magnífica estructura roja y blanca. No había guardias, y la tienda estaba llena de jefes tribales y caballeros sakje, además de otros masagetas vestidos con más sencillez y una docena de esclavos. Si Qares no hubiese estado junto a él guardando un respetuoso silencio, con toda la atención puesta en una mujer de corta estatura enfundada en un simple vestido, Kineas quizá no habría sabido cuál de las mujeres allí presentes era la reina. Había varias con regios atuendos, dos de ellas con armadura, pero la reina se hallaba un tanto apartada del grupo, mirando astas de flecha. Las iba mirando una por una, haciendo comentarios en voz baja a un niño que estaba a su lado con su gorytos de oro, hasta que hubo elegido trece. Las descartadas se las llevaron de la tienda. Kineas tuvo ocasión de observarla mientras hablaba a media voz con el niño y con un hombre de su misma edad que estaba a su lado.

Zarina era una mujer baja, con el pelo gris como el hierro recogido en trenzas muy rectas entretejidas con hilos de oro, y un gorjal de oro era el único signo de realeza que lucía en su persona. En un perchero lacado que tenía detrás descansaban una coraza que alternaba hileras de escamas de hierro y de oro, otro gorjal de oro tan suntuoso como el de Srayanka y un yelmo de oro coronado por un grifo cuyos ojos eran sendos granates. El niño, a todas luces su escudero, volvió a colocar el gorytos en el perchero y le llevó un hacha de mango largo y doble filo. Zarina pasó el dedo por las hojas, primero una y luego la otra, y sonrió. Y, al sonreír, levantó los ojos y de

un vistazo reparó en la presencia de Qares y del grupo que lo acompañaba.

—¡Los has encontrado! —exclamó, adelantándose. La tienda se sumió en el silencio al levantar ella la voz, y todas las cabezas se volvieron.

Srayanka fue a su encuentro. Inclino la cabeza, siendo éste el ademán más parecido a una reverencia que jamás haría un sakje.

Zarina le tomó ambas manos.

—Tú debes de ser doña Srayanka de los Manos Cruelles —dijo en sakje. Tenía una voz grave y ronca para ser mujer, pero su tono fue cariñoso y cordial.

—Soy doña Srayanka. He traído a cuatrocientos de los míos a la asamblea de tropas, y mi esposo ha traído a doscientos griegos que son nuestros aliados. Y al príncipe Lot —agregó volviéndose hacia él para invitarlo a aproximarse, y el señor de los sármatas inclinó la cabeza y sonrió.

—Zarina y yo somos viejos amigos —dijo Lot.

—Y acérrimos enemigos —repuso Zarina—. A veces.

Se miraron de hito en hito y en la tienda reinó el más absoluto silencio. La tienda de Zarina alternaba toda ella lienzos rojos y blancos untados en aceite y casi traslúcidos. La luz que se filtraba a través de los lienzos se proyectaba de manera diferente sobre los presentes en la tienda; la reina estaba bañada de luz bajo un lienzo blanco, mientras que Lot estaba cubierto de un rojo sangre. El príncipe hizo otra reverencia.

—Entonces, ¿no has seguido al charlatán de Farmenax? —le preguntó Zarina a Lot—. ¿Sigue haciéndose llamar rey de todos los sármatas?

—El príncipe Lot se ha pasado todo el verano luchando contra Iskander —terció Qares.

Kineas se dio cuenta de que la vieja enemistad mencionada no carecía de fundamento. Había tensión en la postura de Zarina, y Lot estaba más estirado de lo que era habitual en él.

—Sólo un idiota seguiría a Farmenax —dijo Lot.

—Te prohibí ir al oeste —lo reprendió Zarina.

—Dije que regresaría con aliados —replicó Lot—. Y lo he hecho.

Bahareh se adelantó para distraer a la reina, y las dos mujeres se abrazaron.

—Pero que conste que lo prohibí —insistió Zarina.

Kineas pensó que sólo se dirigía a Bahareh. La sármata pegó a la reina en el hombro y protestó:

—Ha hecho lo que dijo que haría, ¿no?

Zarina frunció el entrecejo, pero acto seguido la expresión de su rostro cambió. Se dirigió a Lot.

—Es cierto. ¡Bienvenido!

Como si todos hubiesen estado conteniendo la respiración, un suspiro inundó la

tienda y se reanudaron las conversaciones.

La reina Zarina hizo una seña y Kineas se le acercó. Al acortar la distancia, se fijó en que tenía los ojos verdes más oscuros que jamás hubiese visto en un ser humano. Sus manos estaban tan curtidas como las de un leñador.

—¿Es verdad que has venido desde el lejano mar de la Oscuridad? —preguntó Zarina.

—Madre de los clanes, es bien cierto que hemos cabalgado desde el mar Occidental —respondió Srayanka—. Prometí venir y aquí estoy, aunque menos de un diezmo de nuestras tropas han venido conmigo.

Zarina hizo un ademán para restar importancia a aquella reducción de efectivos.

—¿Y las ciudades del mar Occidental enviaron un contingente? ¿De modo que unos griegos irán a luchar contra otros griegos? No he dejado de recibir informes en este sentido durante todo el verano y sigo sin salir de mi asombro.

La mirada de Zarina volvió a posarse sobre Kineas, a quien examinó con el detenimiento que cualquier sakje pondría en un caballo que estuviera pensando comprar o robar.

—Dicen que eres baqca —comentó Zarina.

Kineas hizo una reverencia.

—Soy el strategos de Olbia —precisó—. Un jefe militar.

—¡Hum! —exclamó Zarina. Y no se demoró más en Kineas, dado que Srayanka procedió a presentarle a otros líderes: Diodoro, cuya cabellera y barba pelirrojas hicieron reír a la reina, y Parshtaevalt, y León, cuya piel oscura tocó varias veces. A continuación, le llegó el turno a Ataelo. Zarina enarcó una ceja.

—Tú perteneces a mi pueblo, ¿no? —preguntó Zarina.

Ataelo se encogió de hombros a la manera griega.

—Me marché al oeste hace muchos años, señora —contestó—. Ahora sirvo a doña Srayanka.

Zarina frunció los labios y pasó al siguiente hombre que iban a presentarle, y entonces Filocles dio un paso al frente. Lo miró de arriba abajo.

—¿Tú eres espartano? —inquirió.

—Lo soy —contestó Filocles, obviamente complacido de que allí, en los confines del mundo conocido, se conociera la palabra «espartano».

—¡Hum! —murmuró la reina. Las dos mujeres que llevaban armadura rieron; ambas tenían aspecto de ser muy fuertes. Una de ellas se abrió paso para palpar los bíceps de Filocles. Asintió con un ademán de aprobación.

—Así es como debe ser un hombre —le dijo a Srayanka—. ¿Por qué no te casaste con éste?

Srayanka soltó un resoplido.

—¡No sabía montar! —repuso entre risas.

Zarina se rió tanto que tuvo que llevarse las manos a la barriga. Cuando se serenó, siguió sonriendo de oreja a oreja.

—Sed todos bienvenidos a mi campamento —dijo—. Veré si mis esclavos pueden haceros un hueco para la cena. Esta noche establecemos el orden de batalla. ¿Vuestros caballos están preparados para entrar en combate?

Srayanka sacudió la cabeza.

—Lo suficiente. Echamos de menos el grano de casa. Ninguno de nuestros caballos de batalla está en plena forma.

Zarina asintió.

—Estamos agotando los pastos. Iskander está agotando los suyos. La lucha no puede demorarse.

La cena fue frugal y le recordó a Kineas las cenas con Satrax: cordero especiado servido en el mismo caldero de bronce en el que se había guisado, y cada hombre y mujer rebañando con pan ácimo la olla. El cordero estaba delicioso, pero no había ni vino ni aceite. Nadie hablaba. Los invitados allí reunidos comieron deprisa y sin distraerse, y luego aguardaron en silencio a que Zarina se pusiera de pie.

—Ahora —anunció a sus invitados—, discutiremos cómo mostrar a Iskander nuestra fuerza.

La reunión de los jefes de todos los escitas hizo que Kineas recordara que realmente se hallaba entre bárbaros. Hablaban todos a la vez y sin parar. Los caciques en ningún momento abordaron consideraciones tácticas, sino que se limitaron a exigir a gritos preferencia en la batalla, ya fuera para situarse a la izquierda o a la derecha de la línea o para ocupar la posición que custodia el estandarte, basándose en antiguas tradiciones o en privilegios ganados a pulso por los barbudos señores de la guerra.

La reina Zarina se mostraba indiferente y observaba a sus jefes tribales con evidente orgullo, segura de su fuerza. Kineas, rodeado por Diodoro, Srayanka y Ataelo, guardaba silencio, susurrando de vez en cuando su indignación ante tan caótica exhibición de arrogancia.

Lot sonrió con ironía.

—Había olvidado cómo era esto —dijo.

Ataelo meneó la cabeza.

—Por luchar demasiado tiempo con griegos —repuso—. Sakje por hablar.

—¿Saben quién es Alejandro? —preguntó Diodoro—. ¿Creen que pueden cabalgar en círculos por el llano disparando flechas y alzarse con la victoria?

Filocles llevaba más de una hora callado.

—Admiro a este pueblo —confesó—, aunque nadie ha propuesto que nos larguemos sin más y dejemos que Alejandro se muera de hambre en los altiplanos. ¿Dónde está la sabiduría de los asagatje? ¿Dónde está su Satrax?

Srayanka se tiró de una trenza, inquieta por sus hijos.

—Ya no me acordaba de cómo éramos en tiempos de mi padre —dijo—. Lo cierto es que Kam Baqca y Satrax nos hicieron más grandes. Y tú también, esposo mío. Vosotros tres hicisteis que cada líder viera su lugar.

—A lo mejor si hablaras con la reina... —le sugirió Diodoro.

Srayanka negó con la cabeza.

—Aquí soy tan extranjera como cualquiera de vosotros. Debo ir a atender a mis hijos. Tengo los pechos llenos. —Besó a Kineas en la mejilla.

Lot torció el gesto como si oliera algo podrido.

—Conozco a Zarina desde hace mucho tiempo —observó—. No te resultará fácil decirle nada. Aprecia más a las mujeres que a los hombres, aunque menos a las que tienen hijos. —Miró a Srayanka, que asintió mostrándose de acuerdo—. Estima a los hombres, pero sólo por su fuerza, no por su sabiduría, ni siquiera en la guerra. —Lot echó una mirada a Filocles—: Quizás el espartano pueda transmitirle un mensaje. Le han impresionado su fortaleza y su ascendencia. Y doña Bahareh la conoce desde hace años.

Los caciques siguieron discutiendo a gritos hasta el ocaso, y llegaron exploradores para informar de que Iskander había situado ballestas a orillas del río y estaba ensamblando balsas. Srayanka se marchó. Kineas se mesó la barba mientras escuchaba la creciente excitación. Los rumores sobre el inminente ataque de Alejandro no hicieron sino alimentar el griterío, y la reina observaba con una expresión tolerante y divertida que la revelaba más interesada en ser la señora de la guerra de aquellos jefes que en trabajar para vencer al enemigo común. Diodoro meneó la cabeza.

—Van a servirles sus cabezas en bandeja. ¡Por los huevos de Ares, Kineas! ¿Hemos cabalgado quince mil estadios para ver cómo Alejandro despacha otra horda de tribus como hizo con los tracios? Larguémonos; la derrota será aplastante.

Kineas estaba harto de aguardar sin hacer nada.

—Hay cierta ironía divina —interrumpió— en que todos veamos cómo Alejandro va a atacar sin que nadie se digne a prestarnos atención.

Se encogió de hombros y sacó a sus camaradas de la gran tienda. Atardecía sobre el campamento sakje, cuyas tres mil fogatas titilaban a lo largo del meandro del río. El aire olía a caballo y a leña quemada.

—Deberíamos regresar mientras aún quede algo de luz —sugirió Kineas.

—Yo intentaré hablar con la reina, si me lo permites —propuso Filocles. Miró a Bahareh y Ataelo.

—¿Cuándo has necesitado mi permiso? —Kineas dio una palmada en el hombro al espartano—. Esto no pinta tan mal como todos pensáis. Su propio caos les será propicio contra Alejandro. Es casi imposible planear una batalla contra cien generales. Nuevas fuerzas llegarán al campo de batalla a lo largo de todo el día, y

cada cual actuará según lo estime conveniente, sin ataduras de precedencia o estructura.

—¿Qué quieres hacerle saber a la reina? —preguntó Bahareh.

Kineas buscaba sus caballos, atados junto a una manada de magníficos corceles traídos por doscientos jefes. Le complació que Talasa encabezara la suya, rodeada de admirados niños masagetas y una docena de respetuosos adolescentes. Una muchacha muy seria le entregó las riendas y asintió.

—Es todo un caballo —dijo—. ¿La vendes?

Kineas sonrió, imaginándose los potros de Talasa.

—Jamás —respondió en sakje—. Pero deseo que encuentres un caballo tan bueno como ella.

Se saludaron inclinando la cabeza y Kineas se sirvió de su lanza para montar de un salto a la silla, alardeando ante los niños como si fuese un guerrero mucho más joven. Se inclinó hacia Bahareh.

—Pide permiso a la reina para remontar el río hacia el norte hasta el próximo vado —le recordó— y así precavernos contra un ataque por el flanco. Dile que pensamos que Alejandro ordenará cruzar a su mejor caballería y a su más curtida infantería al alba de mañana o pasado, y que nosotros enviaremos un contingente aguas arriba, hacia el norte. Pídele que nos autorice a repeler la ofensiva por el norte. —Hizo girar a Talasa con una pirueta para gran admiración de todos.

—¿Eso es todo? —preguntó Filocles—. ¿Alejandro cruzará y nosotros lo repeleremos en el vado del norte?

Kineas asintió.

—Eso es todo. Intentar explicar a esta gente cómo luchar contra Alejandro sería como intentar enseñar a debatir a un ateniense. Cualquier cosa aprendida a medias no hará más que entorpecerlos.

Bahareh miró a Kineas con respeto.

—Eres sabio —afirmó—. Temía que quisieras decirle a la reina cómo debe combatir.

—Esperadnos. Es tan posible que nos reciba como que no. En cualquier caso, tardaremos poco —dijo Filocles.

Diodoro sonrió con complicidad.

—Si le muestras tus músculos no tardarás tan poco, espartano —bromeó—. Toda la noche, quizá.

Filocles golpeó al ateniense en la rodilla, lo bastante fuerte para que le doliera.

—Valora a los hombres en su cama justo en la misma medida en que yo valoro a las mujeres —repuso el espartano.

Bahareh se tapó la boca con la mano y carraspeó. Filocles hizo una seña a Ataelo, que se encogió de hombros mirando a Kineas y lo siguió, y luego su desteñida capa

roja revoleó antes de desaparecer en la penumbra.

Kineas iba de un lado a otro en su caballo. Se le acercó un chico a lomos de una hermosa montura, un corcel del que con razón estaba orgulloso, y Kineas, empujado por un daimon, aceptó el desafío a echar una carrera. De la oscuridad surgieron antorchas y otros jinetes mientras Diodoro lo acusaba de portarse como un crío.

—¿A qué viene esta chiquillada teniendo una batalla mañana?

—¡Calla! —gritó Kineas—. Estoy haciendo un sacrificio a Poseidón.

Diodoro frunció los labios.

—Espero que no sea pura jactancia —voceó mientras Kineas se dirigía a la lanza de salida.

La carrera fue como nadar en oscuridad y fuego desde el primer impulso de los cuartos traseros de Talasa hasta las últimas zancadas que dio el pelotón de cabeza al irrumpir en el círculo de teas de la meta, donde lo recibió semejante griterío que se alzó por encima de la discusión en la tienda de Zarina como una ofrenda al Caballo-Dios, a quien Kineas elevó una plegaria mientras los sakje lo abrazaban por su victoria.

Diodoro, sentado en su caballo de combate, meneaba la cabeza.

—¿Acaso tienes doce años? —preguntó.

Kineas negó con la cabeza.

—Ofrezcamos ese sacrificio a Poseidón.

Kineas se las arregló para dar a entender que quería comprar una cabra y le trajeron el animal. Un baqca masageta, resplandeciente con su cornamenta de caribú y sus vestiduras de seda, los condujo más allá de la tienda de Zarina hasta el altar del campamento. Kineas sacrificó al animal con sus propias manos, degollándolo y apartándose a tiempo del chorro de sangre con la soltura de quien tiene práctica. Entonó el himno con León y Diodoro.

*Poseidón, Señor de los Caballos,
tú que amas el rítmico batir
de cascos en la dura batalla
y a quien los relinchos suenan a gloria,
y que cuando nuestros caballos de negra crin
ganan la copa de los vencedores,
su rapidez alegra al soberano
de la procelosa mar oceána...*

Lo entonaron hasta el final, y Kineas sonreía como si tuviera la mitad de su edad. Filocles vino cantando el himno, y con él muchos de los comandantes de Zarina, y

detrás de ellos la propia Zarina, hablando con mucha gesticulación con Ataelo, que arrugaba la frente.

Kineas estaba con Talasa junto al altar, rodeado de guerreros masagetas y dahae, muchos de los cuales se acercaban a tocar a su caballo. Vio que una niña le arrancaba unos pelos de la cola, y se disponía a interrumpirla cuando se encontró frente a frente con Zarina.

—Ahora entiendo que mi joven prima se casara con un griego —dijo, y asintió gravemente—. Ve al norte si allí es donde ves al enemigo, Kineax. He escuchado al espartano; he entendido lo que me ha dicho. —Se encogió de hombros—. Ninguna reina se ha enfrentado jamás a una batalla tan grande, con todo el poderío del pueblo. No soy persa, no beso y abrazo a mis jefes hasta que se van hoscamente a ocupar una posición cuidadosamente fijada en la línea de batalla. Y tampoco soy Qu'in, con carros de combate y caballos y filas de hombres como fichas en un tablero de juego. Soy la reina de los sakje y mis jefes lucharán como perros para ocupar una buena posición en la línea de batalla. Haz lo que quieras; eres un militar. Estas son las órdenes que te doy, las mismas que doy a todos los jefes: eres un hombre libre. Haz lo que quieras.

Mientras regresaban al lugar que tenían asignado, Filocles parloteó sin cesar sobre el rato que había pasado con Zarina.

—Es exactamente la clase de bárbara que Solón o Tales habrían admirado. Totalmente libre. —Meneó la cabeza, apenas visible a la luz de la luna—. Le he advertido que Espitamenes está de camino. Lo conoce. Deduzco que se trata de un matrimonio de conveniencia.

—Mientras él esté a la derecha y nosotros a la izquierda —observó Kineas—. Ahora bien, como se ponga delante de Srayanka, ella lo matará y al Hades con las consecuencias.

Llegaron a su campamento con el último resplandor en el horizonte de poniente. Las hogueras estaban encendidas y los guerreros comían su rancho. León aguardó hasta que se llevaron los caballos para estacarlos.

—Tenemos comida para veinte días más, y luego a apretarse el cinturón —señaló.

—Toda la hueste de los sakje se encuentra en la misma situación —dijo Diodoro amargamente—. Lo único que tiene que hacer Alejandro es aguardar mientras desaparecemos.

—Hace dos horas estabas dispuesto a marcharte —recordó Kineas.

—He cabalgado hasta aquí por algo —repuso Diodoro, sobreponiéndose a sus propios comentarios.

—Alejandro está en la misma situación. Ha reunido a todos sus ejércitos de Oriente al borde de un desierto, y ha pasado el verano combatiendo contra partisanos.

No cuenta con las provisiones de comida a las que está acostumbrado. Nos enfrentaremos a él, mañana o pasado mañana. Apuesto a que será pasado mañana.

Srayanka vino con Antígono y el resto de los jefes y oficiales, como si Kineas hubiese convocado un consejo. Permanecían callados, y Kineas sonrió al pensar en el alboroto que habían armado los sakje ante la tienda de seda roja y blanca de la reina.

—¿Están bien? —preguntó Kineas a Srayanka.

Srayanka sonrió.

—¿Crees que vendría aquí a hablar de guerra si mis hijos no estuvieran bien? —preguntó ella a su vez. Miró irónicamente a Samahe—. Me estoy volviendo como mi madre. De joven cabalgó con las lanceras, pero en su madurez fue ante todo madre y se ablandó.

Kineas le cogió el mentón y la besó.

—Dudo mucho que tú te ablandes —le dijo.

—Dejemos que Espitamenes se ponga a tiro y ya veremos —repuso ella.

—El enemigo es Alejandro —señaló Diodoro.

—Alejandro fue educado —observó Srayanka. Sacudió la cabeza hacia atrás—. Hefestión, a ése sí que lo castraría, aunque sólo fuera por Urvara.

Kineas notó que se le encogía el estómago.

—No sabía nada de esto —confesó.

Srayanka se encogió de hombros.

—Es una chica dura —aseveró—. No la destrozó, y el joven olbiano la ama, y se ha curado. No es preciso decir más. Pero Hefestión...

Ninguno de quienes miraban a Srayanka a la luz de la hoguera tuvo que preguntarse si la maternidad la había ablandado. Srayanka ladeó la cabeza.

—Y bien, esposo, ¿ves la batalla en tu cabeza?

Kineas bosquejó su plan allí mismo, a pie de fogata. Hizo dibujos en el polvo con la punta de un cuchillo que había encontrado junto al fuego.

—Ataelo y yo —explicó— estamos de acuerdo en que Alejandro enviará un contingente al norte, ya sea a sus órdenes o al mando de alguien que goce de su confianza. Eso lo aprendió de Parmenio. Seguramente será Filotas, ¿no creéis?

—¿A Filotas lo asesinó! —corrigió Diodoro—. La edad te está afectando.

—Tanto peor para él —repuso Kineas—. Filotas era su mejor oficial después de Parmenio. Entonces, ¿Eumenes, tal vez? ¿El cardío?

—¿Y Cratero? —preguntó Filocles—. Yo nunca serví al monstruo, pero conozco algunos nombres. ¿Por qué no Cratero?

Kineas se encogió de hombros.

—Alguien peligroso, con buenas tropas, seguramente sólo caballería. Sigo viendo a Filotas. —Hizo una pausa y vertió una libación al espíritu del fallecido—. Marcharán al norte hasta el próximo vado, el que Ataelo ya ha localizado, e

intentarán arremeter contra el flanco de la reina. Si actuamos rápido, los detendremos en el vado. Es el mejor servicio que podemos prestar a este ejército.

Todos estuvieron de acuerdo.

—Y, si Zarina pierde, tendremos el camino despejado para regresar a casa —agregó Srayanka. Kineas asintió.

—Sí —confirmó, sin entrar en detalles.

—Supongamos que detenemos a ese macedonio y que lo hacemos huir en desbandada por donde ha venido —aventuró Samahe. Se encogió de hombros, mirando extrañada a su alrededor—. ¿Por qué me miráis así? ¡Somos famosos por las batallas que hemos ganado!

Su comentario fue recibido con risas.

—Entonces, ¿qué? ¿Eh? —preguntó desafiante.

—La verdad es que no lo sé —admitió Kineas—. Podríamos cruzar detrás de ellos y devolverles el favor, aunque me inclino a pensar que el combate no nos dejará en condiciones de atacar su flanco; además, somos muy pocos. No obstante, deberíamos ser capaces de cerrar filas en nuestro bando —el cuchillo de Kineas trazó un surco negro a lo largo de la orilla sakje de la línea que representaba al Jaxartes— y arremeter contra el flanco de su contingente principal.

—Nuestros caballos estarán reventados —señaló Srayanka meditabunda.

Diodoro había encontrado un canasto que usaba a modo de banqueta. Se inclinó hacia delante, haciéndolo crujir con su peso, y señaló el mapa dibujado en el suelo con un palo.

—¿Qué pasa si Alejandro lleva el grueso de sus tropas al vado del norte? —preguntó.

—¡Hum! —exclamó Filocles—. ¿Cuánto duraríamos?

Kineas meneó la cabeza.

—Yo ni siquiera lucharía, aparte de provocar alguna escaramuza para que le costara cruzar. —Sonrió con amargura—. No duraríamos mucho.

—No —corroboró Diodoro—; y, en cualquier caso, no valdría la pena. Este ejército sakje no es una falange, Filocles. Si atacas a los sakje por el flanco, dan media vuelta y atacan otro día. Si Alejandro quiere una batalla, tendrá que acosarlos, no darles opción y atacar.

Srayanka asintió como si estuviera conversando consigo misma.

—Escuchad. Luchemos como asagatje. Llevemos allí a todos los caballos de fresco. —Indicó un lugar justo al oeste del vado y luego señaló a Diodoro—. Si las peores previsiones de Diodoro se cumplen y Alejandro viene por el norte, podemos batirnos en retirada, cambiar de caballos y desaparecer. Aunque nos persigan, nadie nos alcanzará si tenemos caballos de fresco. ¿Sí?

En torno a la hoguera, todos los jefes y oficiales asintieron. Lot le dio una

palmada en la espalda.

—Manos Crueles, seguís siendo los más astutos.

Srayanka prosiguió, dedicando una sonrisa muy poco maternal a su marido.

—Si nos enfrentamos a ese flanco y vencemos, nos tomamos nuestro tiempo para cambiar de caballos y acudimos a la batalla principal con monturas de refresco.

Kineas la abrazó y le dio un beso. Los demás líderes armaron jolgorio riéndose de ellos. Cuando sus labios se separaron, Kineas meneó la cabeza.

—Besas mejor que cualquiera de mis demás capitanes de caballería —dijo. Y Srayanka le dio una patada en la espinilla.

Diodoro volvió a mirar el mapa dibujado en la arena.

—Deberíamos trasladarnos esta noche —sugirió— Miró a Srayanka y se encogió de hombros con ademán de disculpa—. Cuarenta estadios a la luz de la luna no son nada después del desierto. Y así no habrá polvo que nos delate.

—Ulises, como de costumbre, lleva razón —declaró Kineas. El y Srayanka intercambiaron una larga mirada porque les estaban arrebatando unas horas preciosas que nunca volverían a tener.

—Montaremos juntos, como hacíamos cuando nuestro amor era joven —dijo ella, y comenzó a fallarle la voz, aunque no se le llegó a quebrar—. Te preguntaré los nombres de las cosas en griego y tú me preguntarás palabras en sakje, y nos olvidaremos del futuro y sólo conoceremos el presente.

Filocles no pudo soportarlo y se dio media vuelta.

Ataelo ya estaba dando órdenes para reunir a los caballos y Antígono fue a transmitir la impopular decisión, pero el resto permaneció junto al fuego. La noche caía deprisa en las llanuras.

—¿Dónde estará Coeno? —preguntó Diodoro. Aguardó un momento y luego decidió que Kineas no lo había oído—. ¿No te preguntas... —comenzó, y Kineas se volvió.

—Coeno debe de estar contemplando el amanecer sobre las montañas de Hircania —aventuró Kineas.

—¡Por Atenea y Hermes! ¿Tanto hemos cabalgado por el desierto? —preguntó Filocles.

—Sí —gruñó Ataelo.

Diodoro se mesaba la barba.

—Cada vez que besas a Srayanka añoro más a Safo —confesó.

Kineas le dio una palmada en el hombro.

—Se avecinan días de grandeza —dijo. Estaba triste y contento a la vez. Y luego, tras una pausa, agregó—: Cuida de Filocles cuando yo me haya ido.

Diodoro tosió para disimular las lágrimas que relucían sobre sus mejillas.

—Me resisto a creer que ocurrirá lo que dices; que sepas la hora de tu muerte. —

Se sorbió la nariz—. ¿Estás seguro?

Kineas le dio un abrazo.

—Conozco esta batalla —se limitó a decir—. Yo muero.

—¿Filocles? —preguntó Diodoro, enjugándose los ojos con el dorso de la mano—. ¡Por Ares! ¡Srayanka es quien va a necesitarnos!

—No —repuso Kineas—. Srayanka será reina, y todos los sakje serán su marido. Filocles sólo te tendrá a ti.

Diodoro se mordió el labio.

—¿Recuerdas las clases de espada con Focionte? —preguntó.

—Pienso en ellas sin cesar —respondió Kineas. Los dos hombres seguían abrazados.

—Seré el último que quede —observó Diodoro. Lloraba, y las lágrimas le resbalaban por las mejillas como las aguas lodosas del Jaxartes.

—Pues debes de ser el mejor —dijo Kineas—. Cuando yo caiga, asume tú el mando. Y no sólo para una acción. Te dejo el legado de mis batallas.

Diodoro retrocedió, tapándose el rostro con la mano.

—Nunca he sido el strategos que tú fuiste —se quejó.

Kineas lo agarró del cuello.

—Hace dos años, eras soldado de caballería —le recordó—. Pronto lucharemos contra Alejandro. Sabes mandar. Te encanta mandar.

—Los dioses saben que es cierto —asintió Diodoro.

—Te dejo el legado de mis batallas —repitió Kineas.

—Deberías ser rey. Rey del Bósforo entero.

Kineas notó sus propias lágrimas al pensar en todo lo que se perdería. Sus hijos, lo que más.

—Convierte a Sátiro en rey —dijo—. Yo soy demasiado ateniense para serlo.

El otro ateniense se irguió.

—Lo haré —afirmó con resolución.

Cubrieron cuarenta estadios en un sueño de oscuridad con el tenue brillo de la luna en la arena, y la mano de Artemis cazadora los ocultó. Los prodromoi de Ataelo aguardaban en cada obstáculo y cada giro, guiándolos en torno al campamento sakje en la noche, mostrándoles por dónde cruzar un barranco con un borbotante arroyo en el fondo y alrededor de una colina de esquisto que podría haber lastimado a los caballos a oscuras, hasta que llegaron a la parte de atrás de una larga serrezuela perpendicular al Jaxartes. Ataelo cabalgó hasta Kineas.

—Para luchar —dijo en voz baja. Señaló risco abajo hacia el río donde un pronunciado meandro relucía a la luz de la luna—: ¡Iskander! —exclamó Ataelo, y señaló al otro lado del río, donde mil estrellas naranjas brillaban a los pies de los

Montes Sogdianos: las fogatas de los ranchos de Alejandro.

Siguieron cabalgando por espacio de una hora; la columna serpenteaba a sus espaldas hasta perderse de vista entre las sombras de los montes. Doce estadios después, según cálculos de Kineas, bajaron por un abrupto sendero hacia el río, al que oían sin llegar a verlo.

Kineas cabalgó hacia el fondo del valle, sin preocuparse de que hubiera o no patrullas enemigas, ansioso por inspeccionar el terreno lo mejor posible; y Srayanka fue con él, seguida por su séquito. Montaban codo con codo, casi en silencio.

Se detuvieron al llegar a la orilla del vado.

—¿Y bien? —preguntó Srayanka.

Kineas meneó la cabeza y sonrió.

—No sé qué significa, pero éste no es el lugar de mi sueño —dijo—. El cauce es demasiado estrecho. —Señaló al otro lado—. No hay árboles derribados. Ningún árbol gigante en la otra orilla.

Srayanka exhaló como si llevara todo el día conteniendo la respiración.

—¿Y entonces? —preguntó. Kineas miró al cielo.

—No habla mi orgullo desmedido —respondió—. Cuando los macedonios vengan a este campo, triunfaremos.

Se volvieron sin decir más y cabalaron a lo largo de los riscos para acampar, y tal vez robar unas horas de sueño a lo que quedaba de la noche antes del nerviosismo previo a la batalla.

Aunque Kineas no durmió. Permaneció despierto, con el cuerpo entrelazado en el de Srayanka. Ya no necesitaba dormir. Ya no tenía intención de ceder un solo instante al sueño.

El final estaba tan próximo como la punta de su lanza.

—Quiero que el enemigo sólo vea a los sakje —declaró Kineas. Srayanka asintió, lo mismo que Lot.

Sentado sobre su clámide, Kineas fijaba el penacho de crin azul a su yelmo. Tenía una extraña sensación, como si ya hubiese hecho todo aquello muchas veces antes y él fuese un actor que interpretase el mismo papel durante sucesivas funciones en el teatro.

A su alrededor, los olbianos sacaban brillo a su equipo y fijaban los penachos de sus yelmos; el hipereta de cada escuadrón se paseaba entre los hombres inspeccionando su trabajo. Unos usaban cenizas de la última fogata para dar un lustroso acabado a sus bronce. Otros manejaban con destreza las piedras para afilar puntas de lanza y espadas. Unos cuantos celtas hablaban en voz alta, aunque en general guardaban silencio.

Filocles estaba sentado en una roca, sobrio, peinándose el pelo. A sus espaldas, el borde rojo del sol asomaba a las distantes montañas del este.

Sitalkes, que antaño había sido esclavo de Kineas, vino provisto de un par de jabalinas de astas largas y finas con cordones de lino para lanzarlas.

—Pensaba que no tenías ninguna —dijo, mirando al suelo.

—¡Que Ares te bendiga, Sitalkes! —El placer de una buena arma hizo sonreír a Kineas—. Se me había olvidado por completo. ¿De dónde las has sacado? —Sopesó una—. ¡Son hermosas!

Sitalkes miró a Temerix, que los observaba de lejos, fulminándolos con los ojos bajo las pobladas cejas.

—Temerix hizo las puntas. Yo las monté. —Sonrió—. Buena madera. De lanzas rotas.

Las dos puntas eran como gemas: emitían destellos rojos y azulados con las primeras luces, un trabajo mucho mejor del que solía verse en jabalinas. Kineas abrazó a Sitalkes y luego fue a abrazar a Temerix, que se dejó abrazar mirando al suelo y luego rió a carcajadas cuando el strategos se hubo dado la vuelta.

Kineas pensó que nunca hasta entonces había oído reír al herrero sindón.

La hueste de Srayanka patrullaba la orilla del río según lo previsto, sus formas, visibles, eran como destellos de oro y de bronce sobre cuero rojo. La mayoría de sus guerreros estaban ocultos en arboledas a aquel lado del Jaxartes, y un puñado, los más audaces, merodeaban por la orilla opuesta.

La fuerza enemiga se anunció justo antes de que terminara de amanecer, cuando las sombras aún eran alargadas en el suelo y las puntas de las lanzas parpadeaban en la última oscuridad. Su nube de polvo mostraba que avanzaban con cuidado, y sus avanzadillas se toparon con los prodromoi de Ataelo, haciéndolos retroceder fácilmente. Kineas observaba desde un grupo de árboles en lo alto del risco, con el yelmo bajo el brazo, sus reservas ocultas tras un pliegue del terreno a sus espaldas.

Al borde del agua, una hora después, dos escuadrones de bactrianos cruzaron el río y arremetieron sin contemplaciones contra Parshtaevalt, barriendo de un plumazo sus heroicidades y la febril descarga de sus arqueros, obligando a los sakje a huir para salvar el pellejo. Srayanka se vio obligada a descubrir a sus emboscados para contener la desbandada. Su contraataque detuvo a los bactrianos en la orilla y vació numerosas monturas, pero dejó patente el reducido tamaño de sus tropas.

El comandante enemigo llegó con su Estado Mayor y caballería de refuerzo.

—Eumenes —dijo Kineas con satisfacción. Reconoció al cardio de inmediato por su físico atlético y fornido. La historia era que Filipo, el padre de Alejandro, lo había visto luchar en una competición deportiva y lo había reclutado en el acto. El cardio nunca había decepcionado ni al padre ni al hijo, y su físico, aun siendo soberbio, quedó eclipsado por su mente.

Eumenes enseguida reagrupó a los bactrianos y sus tropas comenzaron a desplegarse a lo largo del río, rodeando holgadamente a Srayanka por ambos flancos. Los hombres del comandante enemigo llevaban caballos frescos y los carcaj llenos de flechas, y los sakje comenzaron a amedrentarse, cedieron terreno desde la orilla y luego abandonaron por completo la hilera de árboles.

—¡Chupatintas! —profirió Diodoro con repulsa, aludiendo al puesto de secretario militar del cardio. Estaban tendidos en la gravilla al borde del risco—. La personificación de la cautela.

Kineas le dio un codazo y señaló con suma precisión, dirigiendo la atención de su amigo hacia el brillante resplandor de un yelmo de oro.

—El no será tan cauto —dijo.

Upazan agitaba su lanza apuntando hacia el río.

A cosa de un estadio río arriba, los prodromoi de Ataelo salieron de sus escondites en pos del flanco de un escuadrón de caballería mercenaria, disparando al galope. La caballería enemiga se desprendió de unas cuantas filas para detenerlos.

Al otro lado del río Eumenes hizo un exagerado ademán de asentir, como si el descubrimiento de la emboscada de Ataelo lo hubiera decidido. Los soldados de la caballería bactriana bajaron sus arcos. Upazan ya estaba en el agua con treinta sármatas provistos de armadura.

—¡Por los huevos de Ares, Kineas! —Diodoro rodó por el suelo para alejarse del borde del risco y se puso en pie—. ¡Está vadeando el río! —exclamó Diodoro como

si acabaran de invitarlo a una magnífica fiesta.

Kineas meneó la cabeza.

—Tendría que dejarlo correr. Carece de sentido insistir en una carga que encuentra resistencia contra un flanco.

Diodoro usó su lanza a modo de pértiga para saltar a la silla de su caballo de combate sin tocarle el lomo, una espectacular manera de montar que causó murmullos de aprobación entre los jinetes olbianos. Hizo una reverencia.

—¡Al Hades con la táctica! ¡Vienen hacia aquí!

Kineas se rascó la barba.

—¡Cabrón engreído! —dijo a Diodoro, y montó de un salto en su segundo caballo de batalla sin tocar la espalda del castrado. Sonrió a Diodoro, que meneó la cabeza.

—¿Quién es ahora el cabrón engreído, strategos? —preguntó.

Kineas cogió las lanzas que Cario le ofrecía.

—Y ahora, a por la victoria —gritó a los celtas y olbianos allí reunidos. Hincó los talones en los ijares del castrado y avanzó con cuidado hacia el borde del risco hasta que pudo ver de nuevo el valle del Jaxartes.

Igual que en el Oxus, los macedonios y sus aliados habían formado un frente amplio con la intención de engullir las reducidas fuerzas de Srayanka. Seis escuadrones de caballería bactriana, sogdiana y mercenaria cubrían casi cuatro estadios a lo largo de la ribera, un tanto desparramados porque a veces el ribazo era demasiado alto o el matorral demasiado tupido para los caballos. El trompetero de Eumenes dio un toque largo que luego repitió, y todo el contingente cruzó a la carrera. Hacían gala de tener mejor disciplina de la que Cratero había demostrado, y la opinión de Kineas a propósito de Eumenes, el cardio, mejoró varios puntos.

El grupo de Srayanka disparó de cerca una descarga cerrada y se dispersó, retrocediendo a medio galope, ganando fácilmente terreno a los jinetes que cruzaban el río. En su mayor parte, el río tenía sólo unos pocos dactiloi de profundidad, pero los caballos o bien tenían sed o temían lo que pudiera haber debajo del agua y avanzaban con cuidado.

Eumenes, visible con su clámide púrpura y un casco beocio plateado con una corona de laurel al valor en lo alto, escrutaba la acción haciendo visera con la mano, y dirigió su mirada al risco donde Kineas estaba sentado en su caballo. Se volvió y gritó algo a su hipereta. Kineas tuvo el impulso de esconderse, un deseo irracional dado que, casi con toda certeza, era ya demasiado tarde para que Eumenes salvara a sus tropas de la trampa que Kineas les había tendido.

Kineas murmuró una plegaria a Tiqué para que no lo castigara por su orgullo. Por descontado, el resultado aún estaba en manos de los dioses.

El trompetero levantó su corneta prácticamente al mismo tiempo en que Diodoro condujo al trote a toda la caballería olbiana sobre el risco y la ponía a galopar. El

risco no era gran cosa, la altura de unos pocos hombres en el punto más alto, pero fue suficiente para imprimir impulso a los olbianos.

La trompeta de Eumenes terminó de sonar.

Kineas observó cómo cientos de jinetes enemigos vacilaban en el río, o recién llegados a lo alto del ribazo. La señal era a todas luces un toque de retirada.

Kineas se volvió hacia Darío, que estaba a su lado.

—Dile a Lot que «ahora» —ordenó.

Darío sonrió y puso su caballo al galope.

A su lado, Filocles se rió.

—Llevo toda la mañana temiéndome que al final tendría que luchar a caballo.

—Eres un buen jinete —observó Kineas.

—El mejor de Esparta —confirmó Filocles. Seguía riendo.

La caballería olbiana se topó con los bactrianos y los sármatas a orillas del Jaxartes y arremetió contra ellos, desmontando a docenas de hombres de sus monturas y derribando caballos al suelo o al agua. Su cuña estaba un poco desordenada, pero Diodoro seguía al frente conduciéndolos derechos al Jaxartes, apuntando con una flecha al comandante enemigo.

A la derecha de Kineas, Srayanka reagrupaba a los suyos con un brazo en alto; hizo una pirueta con el caballo como una acróbata en el circo de Atenas y los condujo de vuelta contra el enemigo. Sus guerreros formaron cuña al trote y ella no les permitió seguir corriendo, de modo que alcanzaron la maraña de bactrianos a tiempo para aniquilarlos.

Kineas veía el yelmo de Upazan en la melé, y también que León se abría paso en busca del joven sármata. León abatió a un enemigo que llevaba una excelente armadura, atravesándole la cara con la lanza que recuperó para parar el golpe de un hombre desmontado, y tuvo que hacerse a un lado para evitar que lo desensillaran a su vez. Sitalkes remató al hombre con la lanza y León siguió adelante, pero Upazan dio la vuelta a su caballo, parando golpes de tres olbianos, y luego huyó.

Privado de su presa, León reuló y le arrojó la lanza. Ésta voló por encima de los celtas que tenía delante y golpeó a Upazan de lleno entre los hombros, pero rebotó contra las escamas de su coraza.

Eumenes, el cardio, miró alrededor en busca de apoyo, y después se retiró, con su séquito a la zaga y Diodoro pisándole los talones. El ateniense alcanzó al trompetero de Eumenes al borde de la creciente bruma de la batalla y lo derribó de la silla con un solo mandoble de su espada.

En el norte, la caballería mercenaria del enemigo había cruzado la corriente y se reagrupaba en un flanco de Srayanka, avanzando a un trote contenido y formando un sólido tetragono. A diferencia de Eumenes, el comandante mercenario había visto su lugar en la trampa a tiempo para reaccionar, giró para enfrentarse a los sármatas de

Lot en terreno llano, un estadio al norte del vado, y ambos contingentes desaparecieron en una nube de polvo.

Al otro lado del Jaxartes, Antígono hacía sonar el toque de reagrupamiento. Kineas contempló el campo de batalla una vez más.

—¡No se puede tener todo! —suspiró—. Los sármatas están combatiendo. ¡Vamos!

Hizo una seña a su escolta, la única reserva que tenía, y salieron a toda velocidad del risco y a través de la nube de polvo de la última melé de Srayanka. Su gorjal de oro resplandecía como el sol, de manera que le resultó fácil encontrarla.

—¡Tengo que ayudar a Lot! —le gritó Kineas.

—¡Nuestros caballos están cansados! —repuso Srayanka, pero envió a docenas de sus caballeros a engrosar sus filas mientras cabalgaban hacia el norte siguiendo el curso de Jaxartes. Los mercenarios no cedían terreno de espaldas al río, visibles a través de la neblina como espíritus del averno.

—¡Al trote! —ordenó Kineas.

Contaba con cincuenta hombres que comenzaron a desplegarse a ambos lados para formar una cuña. Hizo girar a su caballo para estar bien seguro de que arremetería contra los mercenarios sin desordenar a los sármatas y luego el polvo lo cegó, y se encontró en un túnel de ruido, furia y miedo. Una lanza surgió de la melé y rajó el cuello de su castrado geta justo cuando lanzaba la primera jabalina; no llegó a ver si daba en el blanco. Acto seguido, cruzó la espada contra un griego y el caballo geta se hundió entre sus piernas. Recibió un mandoble en el guantelete de la mano de la brida, asestó un tajo al adversario entre su yelmo y su coraza y ambos cayeron a la vez, y entonces fue arrollado por el caballo que venía detrás. Se acurrucó en el suelo, casi sin sentir el costado tras encajar una cox en el mismo sitio por tercera vez en cuatro semanas. Notó que tenía arenilla entre los dientes y trató de escupir. Su caballo agonizaba entre relinchos y otro tropezó contra él y le cayó encima, y el peso de la grupa del caballo aplastó a Kineas contra la tierra, arrancándole un alarido de dolor.

Pero los dioses no lo habían abandonado por completo, y su buen castrado geta compartió el peso del caballo. Ambas bestias rodaron alejándose, enloquecidas, y sin embargo ningún casco le golpeó. Kineas se arrastró unos pocos metros.

—¿Hermano? —preguntó Filocles. Tendió una mano forzada, levantó a Kineas de la tierra y lo izó a lomos de su corcel como si Kineas pesara menos que Nihmu—. Habría jurado por todos los dioses que me habías dicho que evitara a toda costa caer del caballo durante una batalla.

Kineas se agarró a la cintura del espartano.

—¡Que te zurzan! —rezongó agradecido.

El combate terminó antes de que Kineas tuviera ocasión de volver a montar, y él fue la única baja. Sus escoltas estaban profundamente avergonzados porque ninguno

de ellos lo había visto caer, y sus disculpas tuvieron todo el dramatismo que los celtas podían llevar a cualquier teatro.

Lot surgió de la polvareda y se quitó el casco. Su armadura de oro estaba rayada en varios sitios y había perdido la espada.

—¡Por todos los dioses! —exclamó—. Ha sido un combate memorable. ¿Quiénes eran? ¿Tus primos?

Kineas observó que los últimos griegos en cruzar el Jaxartes hostigados por los exploradores de Ataelo aún mantenían la formación en cierto orden.

—Griegos y persas bajo un buen oficial —contestó Kineas. El costado le dolía al reír o respirar hondo. Tenía algunas costillas fracturadas.

—¿Te refieres a este oficial? —preguntó Lot, tirando de las riendas de un caballo. Lo montaba un hombre en actitud desafiante. Tenía el pelo rubio y un semblante de duras facciones. Kineas no lo conocía.

—¿Rescate? —preguntó Kineas a Lot, torciendo el gesto de dolor.

Lot se encogió de hombros.

—Ha sido valiente. Lo derribé al final y pensé que podría quedármelo.

En el vado sonaban las trompetas de Diodoro y Srayanka.

—¿De dónde eres, hiparco? —preguntó Filocles.

El hombre fue mirando las lanzas griegas una tras otra sin salir de su asombro.

—De Anfipolis —respondió—. ¡Sois todos griegos!

Lot escupió.

—¡Cómeme el escroto! —profirió en sakje.

—Escucha, oficial de Anfipolis —dijo Kineas. Percibía la presencia de la diosa a su lado—. Escucha, amigo. Márchate. Eres libre. Tu rescate es éste: ve en persona al Partenón y dedica un sacrificio a Atenea.

El oficial griego se irguió.

—Así lo haré —obedeció sin ánimo. La euforia por haber escapado a la muerte daba paso a la conciencia de su derrota.

—Sólo me quedaré tu caballo —dijo Lot, tirando de las riendas—. Todo tuyo, señor.

—¡Estupendo! —exclamó Kineas. Montó agradecido a lomos del corcel tesalio, aunque necesitó ayuda y se le resintió el costado. Señaló hacia el lejano risco donde aguardaban los caballos de fresco y tocó a Filocles en el hombro—. Vamos a buscar al resto.

Los olbianos, los celtas y los sármatas se marcharon, y dejaron a un soldado griego de caballería solo y sin montura en medio del polvo.

Cuando llegaron al vado, Eumenes se había ido, pero alcanzaron a oír a sus hombres formar en el terreno llano de encima del Jaxartes, a no menos de tres estadios de allí.

—No volverá —vaticinó Diodoro.

Kineas observó a los macedonios haciendo visera con la mano, respirando pesadamente.

—Atenea, por un momento pensé que estaba acabado. —Seguía alerta—. Creo que llevas razón. Se va a otra parte.

Kineas se volvió hacia el vado.

—¿Le hemos hecho mucho daño?

Filocles negó con la cabeza.

—Treinta o cuarenta hombres. Una picadura de abeja.

Kineas asintió.

—Que los prisioneros se marchen —ordenó—. A pie. Hoy no nos darán guerra si tienen que caminar. —Se desplomó—. Tengo que lavarme en el río y necesito que alguien, Filocles, me envuelva las costillas para poder montar.

—Podríamos largarnos sin más —sugirió Diodoro.

Srayanka asintió.

—Los hemos repelido —observó—. Nadie puede decir que no hemos cumplido con nuestra parte.

Kineas se apeó del caballo y Sitalkes ayudó a Filocles a quitarle la armadura. Procuraron hacerlo con cuidado, pero Kineas sintió que perdía la vista y en dos ocasiones gritó de dolor. Libre por fin de la coraza de escamas, se repuso y entró en el agua. El frío le sentó bien, igual que la sensación de desprenderse de la arenilla. Se echó agua al torso haciendo muecas, porque cada movimiento del brazo izquierdo le enviaba una punzada de dolor que le bajaba del pecho a la entrepierna.

Srayanka le tendió un trozo de lino a modo de toalla.

—Todas mis doncellas están celosas —dijo.

Kineas procuró sonreír. Se sentía mejor, pero eran tantas las capas de dolor y fatiga que no estaba seguro de poder desempeñar sus funciones. Había sufrido mucho en el polvo mientras su caballo moría debajo de él.

Filocles cogió otro trozo de lino que le dio León y se puso a enrollar el torso de Kineas con toda la fuerza de sus brazos. Kineas apenas podía respirar; sin embargo, el dolor del costado disminuía.

—Creo que hemos cumplido con nuestra parte —insistió Diodoro. Obviamente, no le gustaba lo que estaba viendo.

—¿Y cuál era nuestra parte? —preguntó Kineas—. Cumplimos con nuestra parte cuando detuvimos a Alejandro en el Oxus; cuando te rescatamos a ti, señora. Cuando detuvimos a Zoprionte.

Filocles le estaba envolviendo el pecho, dando vueltas y más vueltas a la parte alta del tórax. A Kineas le costaba respirar, y Srayanka se dio cuenta.

—Estás herido. Cojamos a los niños y a los demás heridos y emprendamos la

marcha hacia poniente —propuso—. Aún burlaremos esta profecía.

Kineas inspiró tanto aire como pudo y estuvo encantado al constatar que ya no sentía la punzada de dolor, al tiempo que su visión volvía a ser normal y le permitía ver a lo lejos.

—Ahora mismo, Zarina está ganando o perdiendo esta batalla —dijo—. ¡Escuchadme! Su plan era alinearse en la ribera. Alejandro tiene su artillería de sitio. ¡Adivinad qué ocurrirá! Las falanges tendrán espacio de sobra para afianzarse en la orilla. Cuando Alejandro ordene a su caballería vadear el río, ¿resistirán los dahae y los masagetas?

Diodoro se encogió de hombros.

—¿Y qué? —repuso—. Huirán hasta ponerse a salvo. Alejandro proclamará su victoria. Nada habrá cambiado. ¿No es eso lo que hemos aprendido en las llanuras?

Filocles montó en su caballo de combate, el mismo caballo que Satrax le había regalado en la nieve hacía más de un año.

—Ahora Kineas quiere enseñarnos otra lección, amigo —dijo.

Kineas cogió a sus hijos de brazos de Nihmu y los besó.

—¿Los protegerás? —preguntó.

—Hasta que sean ellos quienes me protejan a mí —contestó Nihmu—. Adiós, baqca.

Kineas se volvió hacia su caballo. Filocles le dio una mano y Srayanka lo empujó, y entre los dos montaron a Kineas a lomos de Talasa.

—Abrevad a los caballos —ordenó Kineas—. A todos.

Srayanka asintió, lo mismo que Lot.

Kineas permaneció callado un buen rato y, poco a poco, sus amigos, su Estado Mayor, los caciques y todo lo demás se fueron sumiendo en el silencio.

Estaba a punto de hablar, cuando divisó el águila.

Señaló hacia el sur. El águila ascendía lentamente desde el otro lado del río, a todas luces cargada con algo, probablemente un conejo. Las entrañas de la presa colgaban entre las alas del águila, desequilibrando su vuelo. El ave giró hacia ellos, batiendo despacio las alas.

Entre los griegos y los sármatas cesaron las conversaciones, y todos observaron el vuelo lento y errático del ave; cuando ésta se acercó, Kineas vio que había estado comiendo del cuerpo del conejo, cuya sangre manchaba su pelaje blanco. El águila volvió a ascender empujada por una corriente de aire cálido al llegar sobre el meandro del Jaxartes donde se habían reunido los oficiales mientras Kineas se curaba las heridas. Entonces el águila soltó un estentóreo chillido, viró sobre la punta de un ala y soltó el cuerpo del conejo, que cayó en picado al suelo, asustando a Talasa y rebotando hasta la altura de la cabeza de un hombre antes de quedar desplomado casi a los pies de Kineas. El águila volvió a chillar y giró para alejarse, dejando a Kineas

impresionado con la feroz y loca inteligencia de sus ojos dorados. Liberada del peso del conejo, voló como el mismísimo viento, subió a los cielos y desapareció.

Las punzadas de dolor que sentía al montar habían desaparecido con el águila. Enderezó la espalda y levantó la voz.

—Escuchad —dijo—. ¿Abandonaríais a un hermano en una pelea? Aquí no se trata de ganar. Ganar consiste en lo que Diodoro acaba de decir. Aquí lo que está en juego es la virtud.

—¿Y morirás por la virtud? —preguntó Diodoro, con los ojos fijos en el cielo.

—¿Acaso no lo harías tú? —repuso Kineas—. Tú no me abandonaste en el ágora aquel día, Diodoro. Y podrías haber huido.

Diodoro se protegió los ojos con la mano.

Kineas inspiró una dolorosa bocanada de aire.

—Esto es lo que hacemos, amigos. Hagámoslo bien.

Srayanka le dio un beso. Luego él se levantó, sujetándose a su yegua con las piernas e irguiendo la espalda.

—¡Sakje! —gritó—. ¿Seguiréis al rey a la batalla?

—¡Baqca-Rey! —rugieron; fue un rugido interminable como el de los leones al caer la noche.

Srayanka lloraba. Muchos de ellos lloraban, pero el polvo secaba sus lágrimas al cabalgar.

Cabalgaron cinco estadios o más, viendo sólo indicios de contienda: un jinete en fuga, un caballo errante con las vísceras colgando y relinchando de dolor. El tiempo había transcurrido como los ríos en la estepa y ya era por la tarde, y a pesar de los caballos de frescos, se sentían cansados.

Entonces oyeron la batalla antes de verla, una cacofonía de ruidos de caballos y metal que llenaba el aire. Remolinos de polvo flotaban sobre la serrezuela que tenían delante como expelidos por la batalla, o como si los espíritus de los muertos huyeran del lugar.

Kineas detuvo su caballo a los pies de un risco. Hizo una seña a Ataelo.

—Ve y sé mis ojos —le dijo. Ataelo sonrió con tristeza.

—¡Por ti! —gritó, y él y su esposa galoparon en diagonal hasta lo alto del risco.

Kineas se volvió hacia sus oficiales.

—Desmontad. Que los soldados beban —ordenó—. Cuando crucemos estas colinas, tendremos a los sakje a la derecha, a los sármatas en el centro y a los olbianos a la izquierda, donde es menos probable que se enreden con los dahae y los masagetas. —Los miró a todos—. A no ser que Ataelo me informe de algo desconcertante, una vez que crucemos iremos derechos a la vorágine.

Diodoro se sentaba muy tieso en su caballo, como si estuviera desfilando en Atenas.

—¿Cuál es nuestro objetivo? —preguntó. Kineas enarcó una ceja.

—Mi intención es abrirme paso hasta Alejandro —respondió—. Pero, si eso falla, recordad lo que dijo Zarina. Sois guerreros. Haced lo que queráis. —Se permitió esbozar una sonrisa—. ¡Guerreros obedientes en formaciones ordenadas!

El comentario le valió una sonrisa de Diodoro.

Estaba considerando la posibilidad de dar un discurso de despedida, la clásica plegaria de batalla, cuando vio que Ataelo y Samahe bajaban a toda prisa del risco. Su manera de montar anunciaba un desastre, y Kineas descartó la idea de una despedida formal.

—¡Montad! —ordenó.

Aguardó hasta que todos los jinetes hubieron montado.

—¡Al paso! —gritó. Hizo señas con los brazos para indicar que los sármatas y los sakje debían formar puntas de flecha a su derecha según lo previsto. Srayanka le tendió la mano, una mano dura con el dorso de terciopelo, y se dieron un fuerte apretón como los soldados.

—¡Adiós! —dijo Srayanka—. ¡Aguárdame al otro lado del río!

—¡Larga vida, reina mía! —gritó Kineas en sakje, y se separaron. La columna de Srayanka comenzó a formar a la derecha mientras que la suya emprendía el ascenso por los riscos. Ataelo se situó a su lado.

—El estandarte de Zarina ha caído —dijo—. Los dahae abandonan el campo.

—¡Ares nos asista! —exclamó Diodoro.

Y Kineas pensó: «Esto no es lo que vi.»

Incluso Talasa subió penosamente la última cuesta; sin embargo, antes de que el sol descendiera la anchura de otro dedo, Kineas coronó la colina y el campo de batalla entero se abrió ante él: una hondonada de guerra que cubría ocho estadios o más de una serrezuela a la otra. Y lo que vio le impresionó.

En el sector más próximo a él, los guerreros escitas de la ladera de la colina se batían en retirada, disparando flechas ante las sólidas líneas de la caballería enemiga, una mezcla de macedonios, griegos y sármatas. Los escitas estaban diseminados y cedían terreno deprisa sin siquiera intentar reagruparse.

Abajo, en medio de la hondonada, los piqueros de la falange habían establecido una línea a través del vado y avanzado un buen trecho. Los cuerpos de los caballos muertos, visibles aun desde aquella distancia, señalaban la futilidad de la resistencia sakje. Pero sólo había una falange; la segunda se divisaba, con las picas erectas, al otro lado del río detrás de las máquinas de sitio.

Sólo a lo lejos, en el límite de la visión sobre el flanco derecho sakje, parecía que el ejército macedonio estuviera recibiendo la peor parte. Allí, y sólo allí, el movimiento como de hormigas del adversario era de retroceso. Años de observar batallas y tomar parte en ellas habían dotado a Kineas de la facultad de captar al instante el significado de cientos de señales; los ruidos, los movimientos, incluso el tipo de reflejo de la luz podían decirle en qué dirección avanzaba un hombre. El flanco izquierdo macedonio estaba perdiendo. El resto de su ejército estaba a punto de alzarse con la victoria.

Por encima de todo ello, la niebla de Ares ascendía del suelo arenoso para oscurecerlo todo salvo los espectrales movimientos y los destellos más fuertes del metal bruñido. Los sakje todavía emitían destellos dorados, de modo que incluso a través de la bruma de la batalla Kineas podía estimar sus posiciones.

No veía por ninguna parte a la reina Zarina, que tendría que haber estado en el centro. En cambio, justo en medio del centro enemigo, justo detrás del combate, Kineas alcanzó a ver una clámide púrpura rodeada de asesores. Ante sus ojos, Alejandro encabezaba una cuña de Compañeros contra los nobles masagetas que tenía delante.

Y detrás de las líneas macedonias se encontraba el río. Árboles muertos llenaban el vado y, al otro lado del río, un enorme árbol muerto se alzaba imponente sobre el campo agreste; entonces Kineas sintió todo el peso de su sino. Se estremeció y le dolió el costado, algo líquido parecía moverse dentro de su piel, y se balanceó en la silla. Comenzó a hacer girar a su caballo; pensaba en cómo podría, después de tanta

pose, abandonar el campo, huir con honor. O sin él.

«¡No quiero morir!», pensó. El aire que respiraba le ardía en la garganta, y el corazón parecía bombear la última sangre que le quedaba, haciéndole sentir frío.

El sol del ocaso era rojo como la sangre de un hombre agonizante y brilló reflejado en sus hombres cuando éstos coronaron la colina, haciendo imposible retirarse, y le recordaron quién era él. Eran fuertes, invictos, tres nítidos triángulos que oscurecieron la ladera causando una inmediata conmoción en el centro macedonio, y entre los sakje que había en las faldas de la colina cundió el pánico porque los tomaron por macedonios. Contempló a sus hombres, los celtas y los antiguos hoplitas de Olbia, vestidos con restos de corazas griegas, con arreos sakje y alguna que otra armadura sármata, muchos con pantalones bárbaros, algunos luciendo gorras sakje en lugar de sus yelmos.

Justo a su lado, Hama sonrió.

—¡Ahora, a por la gloria! —gritó Hama. Lanzó al aire su espada, que voló como una rueda de fuego y Hama la recogió al vuelo por la empuñadura. Todos los celtas rugieron de entusiasmo.

«Gracias, Hama.» Tomada la decisión, Kineas inspiró profundamente. En lo más hondo de su ser anidaba el miedo, pero allí también había euforia. Había incluso felicidad, la felicidad de un artesano que está a punto de concluir una tarea larga y pesada. A su derecha, los sármatas coronaron la colina y formaron sus filas, con destellos de bronce y de hierro en cada hombre, mujer y caballo. Gwair Caballo Negro, el hombre más a la izquierda en la primera fila, se volvió y saludó con el brazo; el sol encendió la armadura de Lot, pero por más que su bronce y su oro brillaran, Srayanka era el sol en persona mientras cabalgaba por la cresta, su yelmo y su gorjal eran demasiado brillantes para que Kineas los mirara.

Kineas tenía un nudo en la garganta por todo aquello: el orgullo, el terror, la alegría. Tuvo la sensación de oler manzanas.

Dejó la punta de la cuña olbiana y cabalgó por la cresta con la espada en alto hasta que estuvo seguro de que las tres cuñas habían formado por completo y estaban preparadas. Si aquél iba a ser su momento, no lo echaría a perder con un simple error. Los vítores lo seguían, y en el valle que tenía a sus pies percibió el cambio. Eran demasiado dorados para ser macedonios. Mientras regresaba a su puesto a medio galope, el bramido oceánico de los vítores sakje comenzó a hallar su eco en el centro cuando por fin los masagetas cayeron en la cuenta de que su prolongado combate en el centro no era en vano. Y la clámide púrpura parpadeó con el sol poniente entre el polvo; estaba retrocediendo.

Kineas ocupó su puesto, con Diodoro a un lado y Cario al otro.

—¡Atenea! —gritó, y los hombres rieron a carcajadas; el poder fluyó por sus venas como el icor de un dios. Y olbianos, helenos y celtas juntos cantaron el pean de

Atenea al iniciar el avance, y muchos de los sakje e incluso de los sármatas se sumaron a ellos, pues lo habían oído infinidad de veces en torno a las hogueras, soportando la lluvia, el calor abrasador de la estepa y las nieves de Hircania.

¡Ven, Atenea, ahora más que nunca! ¡Permítenos contemplar tu Gloria! ¡Ahora, Reina y Señora, te rogamos que des a tus siervos la victoria!

Las tres cuñas bajaron de la cresta al paso. En cuanto los caballos notaron la pendiente, Kineas los dejó avanzar cuesta abajo a un trote rápido y luego a medio galope, y vio que Lot y Srayanka, a la cabeza de sus respectivas formaciones, mantenían el mismo ritmo.

La caballería que tenía enfrente rompió filas un estadio antes de que pudiera alcanzarlos. La jornada no había sido fácil para ellos, hostigados por las flechas escitas y obligados a subir la colina. Ahora su mundo se había puesto del revés y huían hacia el vado. Sólo la caballería macedonia se mantuvo firme y contraatacó. Sus caballos cansados avanzaban trabajosamente cuesta arriba, y los sármatas del centro chocaron contra ellos con un estruendo como de tormenta de verano.

Kineas se negó a dar rienda suelta a Talasa y la hizo frenar, con un ojo puesto en el yelmo dorado de Lot mientras usaba su lanza pesada contra los macedonios peor armados, ya desalentados al saberse abandonados por sus aliados. Los macedonios, poco acostumbrados a la derrota, opusieron resistencia un rato más, luchando con agallas, y luego también rompieron filas, y los sármatas comenzaron a recomponer su cuña sobre la marcha.

El azar quiso que la colina y el terreno condujeran sus formaciones más hacia el vado que hacia las picas macedonias que ya estaban abriendo filas para plantarles cara tan deprisa como podían, aunque era demasiado tarde; a no ser que su rey se apartara del centro para salvarlos, y si lo hacía, la batalla quedaría en tablas.

Kineas lo presentía.

Acababa de dejar atrás la última colina, se hallaba en terreno llano en medio de la bruma de la batalla. A su derecha sonaban trompetas: Alejandro llamaba a sus hetairoi para salvar la batalla.

—¡Toma el mando! —gritó Kineas a Diodoro, desgañitándose. Y acto seguido—: ¡Giro a la derecha! —indicó a voz en cuello a Antígono, que tocó la trompeta transmitiendo la orden. Kineas hincó los talones en los ijares de Talasa para ponerla al galope y la yegua obedeció de inmediato, volando sobre el suelo. Kineas levantó su lanza pesada por encima de la cabeza, mostrando a las tres formaciones la nueva dirección a seguir, y los tres triángulos giraron con cierta confusión debido a la poca distancia y al escaso tiempo de reacción. Kineas se situó delante de los sármatas.

—¡Gira, Lot! ¡Gira a la derecha!

Lot comenzaba a perderse de vista entre el polvo, pero levantó su lanza y un momento después su trompetero tocó.

«Srayanka los alcanzará primero», pensó Kineas. Dio rienda suelta a Talasa y la yegua aceleró, rozando apenas la tierra con los cascos. ¿Cuán lejos estaban los hetairoi de Alejandro?

Enseguida vio el resplandor dorado de Srayanka y frenó al ver que ella se acercaba.

—¡Gira a la derecha! —gritó Kineas.

Srayanka levantó su hacha de mango largo a modo de saludo y su trompetera dio el toque pertinente mientras Kineas se arrimaba a ella, haciendo girar a Talasa.

—¡Alejandro está justo enfrente de nosotros!

Srayanka rió de pura alegría.

—¡Hefestión es mío! —gritó—. ¡Yijaaa!

Dio rienda suelta a su caballo y los sakje se perdieron entre el polvo al tiempo que Kineas se desviaba hacia el centro. Si se había formado una idea correcta de la situación, las tres cuñas arremeterían contra los Compañeros macedonios en tres acometidas sucesivas, como tres mandobles de espada.

Estaba casi a la altura de Lot, cuando las clámides rojas surgieron de la bruma. Hizo girar a Talasa y se sumó a la formación sármata segundos antes de que los dos triángulos chocaran.

El estruendo del impacto ahogó todo pensamiento. Kineas no tuvo ocasión de lanzar su jabalina. Talasa chocó, pecho contra pecho, con un caballo macedonio que no pudo esquivar al tiempo que Kineas esquivaba la lanza del jinete, y las dos bestias se levantaron agitando las manos, empujadas sobre los cuartos traseros. Kineas apretó bien las piernas y blandió la jabalina como si fuese una espada; clavó la punta entre los brazos del Compañero y se apoyó en el arma mientras Talasa empujaba para ponerse de nuevo a cuatro patas y el jinete enemigo caía al suelo, perdiendo la montura pero por lo demás ileso. Kineas siguió avanzando de inmediato. Lanzó la jabalina contra un hombre que se enfrentaba a doña Bahareh, reconocible por sus gruesas trenzas grises, y el lanzamiento de Kineas lo alcanzó bajo el brazo de la brida y lo tiró al polvo, y ella también siguió hacia delante y se oyó otro estruendo a su izquierda cuando la cuña olbiana topó con los macedonios.

Kineas ya no era comandante. Cogió la lanza y la empuñó con dos manos por encima de la cabeza mientras los hombres y los caballos se iban apiñando; las dos cuñas arremetían con saña y las apretadas filas de caballería se vieron reducidas a luchar como hoplitas, cuerpo a cuerpo, con las piernas aplastadas entre los caballos. Su siguiente oponente aún buscaba a tientas su espada cuando Kineas le hincó la lanza, acertada hasta tener el puño izquierdo en la punta, entre el rostro y la coraza.

Sonó un golpe contra su espaldarón de escamas, y luego otro. Se volvió hacia un macedonio que se las había arreglado para penetrar en su formación y le asestó un golpe con el puño de la pica, aunque la coraza lo repelió. Recibió un golpe en los brazos levantados, brazos provistos de armadura gracias al regalo de Srayanka, y Talasa, interpretando el movimiento de su cuerpo, reuló y soltó un par de coces, acertando ambos cascos contra el caballo enemigo con el ruido de un hacha que parte leña. Kineas arremetió de nuevo hacia atrás al tiempo que recibía un golpe en el yelmo, y su pica quedó atrapada bajo el muslo del adversario, desgarrándole la pierna cuando el caballo se vino abajo, arrastrándolo en su caída. Kineas vio un brillo de oro, un destello de un nuevo enemigo en la periferia de su campo visual, y blandió la lanza con ambas manos, de atrás hacia delante mientras volvía la cabeza, y todo el peso de su lanza de madera de corno chocó contra un lado del yelmo de oro de Alejandro, rompiéndole el barboquejo, y el rey de Macedonia flaqueó, y un puñado de jinetes suyos acudieron a socorrerlo a la desesperada; sin embargo, Kineas estaba encima de él y golpeó las piernas del rey, abriendo un profundo tajo, antes de que dos espadas sonaran contra su casco; golpes débiles que no obstante bastaron para apartarlo de su presa. Se defendió, levantó el puño de la lanza y lo usó como si fuese un esclavo barriendo con una escoba para parar golpes, clavando la punta en rostros y muslos sin armadura, logrando derribar a bastantes hombres; pero Alejandro se estaba escabullendo, desplomado en su silla.

La pared de sármatas ya avanzaba; Kineas lo presentía. Estaba muy adentrado en la formación macedonia y veía a Alejandro pocas filas más allá, con unos Compañeros tirando de sus riendas. Le había dado; y le había dado fuerte. Kineas recibió un golpe en el costado, el costado herido; el dolor lo cegó y el entreno le hizo arremeter a diestro y siniestro con la punta de la lanza para cubrir su sufrimiento, y otro golpe que no vio venir le partió la lanza en dos, dejándolo con un trozo en cada mano. Pero Focionte lo había preparado para enfrentar tales situaciones, y arremetió con ambos trozos, descargando golpes sin tregua contra sus adversarios, con todo su ser concentrado en alcanzar a Alejandro. Pese a ello, empezaba a padecer visión de túnel y faltó poco para que perdiera la silla cuando un kopis le atizó en el costado derecho por debajo del brazo, esparciendo escamas y trazando otra línea de dolor en su pecho. Talasa notó el cambio de peso y reuló y soltó coces, concediéndole unos instantes de respiro. Kineas arrojó al suelo las mitades de su lanza y desenvainó la espada egipcia. Apenas podía respirar.

Una lanza larga surgió de detrás de él y derribó a un Compañero, y Kineas reaccionó ante los nuevos oponentes repartiendo mandobles como un poseso, sin herir a nadie pero aún con vida, al tiempo que se le aclaraba la vista. Tenía macedonios a ambos lados, tan cerca que sus castigadas rodillas estaban aplastadas contra las de ellos, y su fusta pareció acudir a su mano de montar como un regalo de

Ares. Dio un revés hacia la izquierda y luego hincó el puño de la fusta bajo la mandíbula del jinete y se dio la vuelta, con todo el peso de su cuerpo y el movimiento de Talasa imprimiendo impulso a la espada; rompió la defensa del otro hombre, y la hoja resbaló desde su hombro y aún tuvo fuerza suficiente para rebanarle un buen tajo de carne del brazo derecho desprovisto de armadura. Kineas arremetió con la fusta; uno, dos, tres golpes consecutivos contra el rostro del hombre por encima de sus armas cruzadas, y el hombre se desplomó, perdiendo más carne del brazo al apartarse, y soltó un alarido, aunque no pudo caer al suelo de tan prieta como era la pina de caballos y hombres.

—¡El Rey ha caído! —gritó en griego con acento macedonio, y renovadas fuerzas llenaron a Kineas. Pero con los músculos de Talasa crispados entre sus piernas no podía moverse, atrapado entre los hombres que había abatido; y los Compañeros, a quienes no podía alcanzar con la espada, se inclinaban sobre las cabezas de sus monturas intentando golpearle, y tuvo que ponerse a parar golpes para proteger la cabeza de Talasa. La yegua intentó encabritarse y Kineas se abrazó a su cuello para impedirselo, pues temía que en semejante melé perdiera el equilibrio y cayera.

—¡Cógela! —oyó a sus espaldas. La lanza volvió a la altura de su hombro, y él se arriesgó a mirar atrás para ver a Lot—. ¡Cógela! —le gritó otra vez.

Kineas no quería una lanza en aquella insensata melé.

—¡Cúbreme! —gritó él a Lot, parando más golpes para proteger a su caballo, y el príncipe sármata hundió la lanza en la cabeza sin casco del macedonio, dándole muerte. De pronto Darío apareció allí, y Cario, y luego Sitalkes, abriéndose paso a través de la melé como un joven Aquiles, sin casco y con la lanza roja y dorada bajo el sol del ocaso.

Darío hizo una locura, alzándose sobre el lomo de su caballo para luego saltar al caballo del último hombre al que Kineas había abatido, moviéndose como un acróbata. Con la espada dejó ciego a un hombre y se puso a golpearle el casco hasta hacer que se agachara y se cayera.

Cario, con su mastodóntico caballo, se limitó a empujar a través de la melé y, por un instante, pareció que con su implacable avance fuera a derribar a Kineas de la silla. Junto a él, al borde la conciencia de Kineas, estaba Filocles asestando golpes sin tregua contra sus oponentes como Ares redivivo.

Como un atasco de troncos en un río tracio en primavera, los macedonios cedían terreno muy despacio. Talasa avanzó un poco; una sola zancada. Kineas sólo podía repeler golpes, ya no le quedaba fuerza en los brazos para asestar los potentes mandobles que hacían falta para derribar a un hombre con armadura. Sin embargo, no tuvo que parar ningún golpe. Darío y Cario habían ocupado su lugar en la línea. Tiró de las riendas de Talasa para que Lot pudiera adelantarlo. Sitalkes abatió al trompetero cuando éste se llevaba el instrumento a los labios, y Sitalkes le arrebató la

trompeta de oro y la alzó, exultante, y murió así, con una lanza macedonia atravesada en el costado.

Cuando otro caballero sármata lo adelantó, Kineas flaqueó y dejó que todos lo adelantaran mientras la melé se iba alejando; primero unos pocos metros, luego un océano de ruido más allá. Un sármata que lo tomó por enemigo le dio un golpe en la espalda; Kineas se tambaleó y el sármata se disculpó y se lo llevó de allí, sosteniéndolo a lomos de Talasa.

—No me has hecho daño —dijo Kineas.

—Estás malherido —observó el hombre. Decoro; tenía un nombre que sonaba así. Kineas no podía levantar la cabeza.

—No —repuso. En realidad, sí que tenía una herida bajo el coselete de la armadura de escamas. Notaba mojada la parte alta del costado izquierdo, y en el derecho tenía un corte y muchas magulladuras. Le volvía a doler respirar, incluso más que antes—. Vuelve a la lucha, Dekris.

—Gracias, señor. —El joven soldado se bajó el yelmo, sacó la lanza de debajo del muslo y miró a izquierda y derecha—. Parece más despejado por allí —dijo, y se dirigió hacia la izquierda.

Kineas se quedó solo, sentado en su caballo el tiempo suficiente para desear tener consigo un odre de agua. Un golpe había partido la correa de su cantimplora de cerámica. Levantó la cabeza, se sonó la nariz y miró a su alrededor. Seguía sin soplar nada de viento, y el polvo que flotaba en el aire lo volvía pesado.

Los prodromoi seguían detrás de las formaciones enfrentadas. Mientras respiraba jadeante, llegaron Ataelo, Samahe y Temerix, que compitieron por darle agua. Temerix tenía un poco de vino. Se sintió mejor de inmediato. Temerix le dio un trozo de salchichón con ajo, sin duda el botín de alguna escaramuza, dado que los sakje no tenían nada parecido, y lo engulló. Llevaba horas sin comer, de modo que se sentó a un cuarto de estadio del más encarnizado combate de caballería que hubiese visto jamás, compartiendo un salchichón con sus exploradores. Fue recobrando su percepción de la batalla a pesar del polvo.

El sol se ponía, y el aire en contacto con su rostro quemado y sucio parecía más fresco.

—Gracias por el salchichón —dijo a Temerix, que sonrió—. Vamos a ganar esta batalla —vaticinó, cosa que sonó bastante pomposa; pero así era como él lo veía.

La melé lo había dejado atrás. Los Compañeros no rompían filas; simplemente, perdían. Alrededor de Kineas, jinetes escitas de ambos sexos cabalgaban a medio galope; no nobles con armadura, sino simples guerreros de todas las tribus. Unos cuantos lo saludaron con el nombre de Baqca, y todos se abalanzaron a la melé, a menudo gritando a los prodromoi que se habían sumado a ellos. Pero los exploradores aguardaron con la disciplina aprendida durante dos años de campañas.

Comprendió que aquello era lo que Zarina había querido decir. Los escitas llevaban toda la vida cazando coordinadamente en las llanuras. Sabían cuándo una bestia estaba herida, y cabalgaban a la lucha, cada guerrero en el momento que consideraba oportuno. Sus pocos cientos ahora sólo eran la punta de la lanza, y miles de sakje y dahae llegaban detrás de ellos, cabalgando hacia la tormenta bélica para disparar flechas o asestar mandobles con sus espadas. Muchos habían cambiado de caballo tras el momento de pánico inicial, y sus monturas estaban relativamente descansadas. La conmoción estaba superada y olían la victoria.

Kineas también la olía, y olía a sudor de caballo y a polvo, con un matiz de manzanas. Talasa relinchó y dio un paso adelante, cosa extraña que se moviera de motu propio, y Srayanka surgió de entre las tinieblas.

—¡Yijaaa! —chilló, y se abrazaron. Y luego hizo recular a su yegua—. Estás herido.

Kineas se limitó a sonreírle. Luego alargó el brazo derecho y la atrajo hacia sí, su gorjal chirrió sordamente contra las escamas, y se besaron como dos seres que podrían haberlo perdido todo.

—¡Podríamos marcharnos! —dijo Srayanka cuando se separaron. La mano que había puesto en el costado izquierdo al abrazarlo estaba ensangrentada.

—Demasiado tarde, mi amor —repuso Kineas.

—Le he dado un buen tajo al jodido Hefestión —dijo Srayanka, como si se lo estuviera pasando en grande. Le dio una jabalina—. Un regalo de bodas tardío —agregó. Apretó los labios—. Lot ha caído a la hierba.

—¡Oh, no! —exclamó Kineas, olvidando el dolor por un momento. Las trompetas tocaban retirada—. Yo he dejado a Alejandro fuera de combate. —Lloraría por Lot más tarde. Y entonces pensó: «No tardaré en reunirme con él», y sintió de nuevo el dolor, empapado de sangre como estaba. Pero aun así rió. Su sonrisa era real. El miedo se había esfumado; en realidad, ya estaba muerto y aquel último abrazo era un favor de Atenea. Volvió a erguirse sobre Talasa, todavía con fuerza en las piernas—. Acabemos con esto —dijo.

Los ojos de Srayanka se clavaron en los suyos por última vez.

—¡Llévanos contigo! —suplicó Ataelo a su lado—. ¡Caballos frescos!

Kineas miró alrededor.

—Pues formad una cuña —dijo, y Ataelo y Samahe comenzaron a dar órdenes en varios idiomas y los exploradores formaron. Avanzaron al trote.

Juntos, Kineas y Srayanka cabalgaron hacia la tormenta de Ares. Ahora la melé entera estaba en movimiento, y los guerreros les abrían paso a medida que avanzaban. Todas sus fuerzas estaban entremezcladas, empujando al adversario con la fuerza de la victoria mientras el sol se ponía teñido de rojo como una herida abierta a sus espaldas, cegando al enemigo cuando lograba penetrar en el polvo, y el daimon

estaba en todos ellos, y los olbios gritaban «Apolo» y «Niké» y unos pocos gritaban «Atenea», mientras los sakje y los sármatas gritaban otra cosa, algo que parecía carecer de sentido pero que fue formando una palabra a medida que avanzaban, de modo que todos los gritos inconexos comenzaron a ser esa palabra, repetida una y otra vez, mil voces cansadas sumándose para dar voz al dios de la guerra.

—¡BAQCA! —gritaban.

Y el sonido se llevó a Kineas hacia delante. Tuvo tiempo de pensar: «Esto es como ser un dios», y sintió que Niké, la euforia de la victoria, se adueñaba de él. Y los macedonios rompían filas tras haber cubierto su retirada, exhaustos, profesionales, espléndidos, pero ahora acabados. Filotas quizá los habría hecho resistir más, o Parmenio, pero Hefestión ya había abandonado el campo de batalla a causa de lo que él llamaba heridas, y los mil espíritus veleidosos que doblegan incluso a los mejores los indujeron a huir.

Kineas irrumpió en la primera fila y lanzó la jabalina, un lanzamiento largo y alto que alcanzó la grupa de un caballo a la fuga.

—¡Buen lanzamiento! —exclamó Filocles—. Lo encuentro un poco distinto —dijo, como si prosiguiera una conversación anterior.

El dolor causado por el lanzamiento afectaba a la visión de Kineas, pero éste se las arregló para sonreír al espartano.

—¿Hum? —dijo, como si estuvieran en el porche del megaron de Hircania, hablando de filosofía.

—Una melé de caballería. Es lo mismo. Mucho empujar, pero con un animal haciendo la faena. —Filocles sonrió. Tenía la mano derecha roja, la muñeca roja y el brazo con el que sostenía la lanza manchado de chorretones de sangre, disimulaba su tono de voz—. Creo que me gusta. Una buena manera de librar la última batalla.

Kineas rió, y se le resintió el costado.

—Eres un buen hombre —dijo.

Filocles sonrió.

—No me canso de oírtelo decir.

La bruma se iba disipando porque los escitas estaban demasiado cansados para perseguir a nadie y, además, el agua del Jaxartes ya llegaba a los corvejones de sus caballos. Los falangitas cruzaban a trompicones el vado que habían ganado con tanto esfuerzo. La carga de Alejandro los había salvado, pero no tenían órdenes y daban el día por terminado.

Kineas volvió la cabeza y los reconoció a todos, a cada hombre y mujer, y vio cómo el sueño era verdad y no lo era. Miró al frente y vio un ejército derrotado al que sólo le faltaba el golpe de gracia. Justo a los pies del gran árbol muerto, un jinete solitario aguardaba sentado en un caballo con armadura, el yelmo dorado pintado de

rojo por los últimos rayos del sol poniente. Sostenía un arco.

La voz de León, lejana a la izquierda, sonó en la penumbra roja.

—¡Es mío! —gritó, y echó a correr hacia el agua. Diodoro dijo:

—¡Vuelve a la línea, por Ares!

Kam Baqca estaba a su vera. Es hora de cruzar el río, le dijo.

Kineas levantó la espada, y lo inundó una ola de dolor. Por encima del remolino rojo de polvo, vio el último retazo de un cielo azul, y en lo alto un águila volaba en círculos.

—¡A la carga! —dijo. Hizo una seña...

Epílogo

Al día siguiente, a plena luz del sol, Srayanka cruzó el río con treinta jinetes, todas doncellas lanceras con la armadura limpia, los caballos almohazados y el pelo adornado con aros de rosas y hierba. Srayanka llevaba la espada de Ciro cuya empuñadura de jade destellaba emitiendo su propio mensaje bajo el sol.

En la margen enemiga encontraron una escolta de macedonios que no iban muy limpios, y Srayanka asintió para sí misma. La escolta estaba al mando del macedonio por Kineas conocido, Tolomeo, que presentaba una herida. Srayanka lo miró inexpresiva. Cabalgaron a través de un silencioso campamento de macedonios; silencioso salvo por los quejidos de los heridos y el estridente dolor de los caballos. Quienes pudieron se asomaron para verla pasar.

Srayanka condujo su columna más allá de las máquinas de sitio que custodiaba un pelotón de hombres armados, y más allá de las hileras de tiendas y refugios improvisados con mantas, hasta donde había una docena de pabellones armados juntos; y Tolomeo los hizo pasar al patio que formaban esos pabellones.

—El rey te recibirá aquí. Está herido —dijo Tolomeo, levantando mucho la voz, como si hablara con una sorda.

—Mi esposo lo dejó fuera de combate —repuso Srayanka en griego, y su sonrisa fue tan desagradable como el murmullo de los soldados macedonios. No desmontó, pese a que Tolomeo se lo indicara con señas varias veces.

—El rey te aguarda —insistió Tolomeo.

—Dile que venga él aquí. Yo no desmonto en campamento enemigo.

Levantó la barbilla. El corazón le latió con fuerza en el pecho hasta que se dijo a sí misma que no tenía nada que perder. Mantuvo la cabeza bien alta y finalmente la portezuela de la tienda más grande se abrió, y Alejandro salió. Estaba pálido y cojeaba, y en cuanto le llevaron un asiento se sentó.

—Sólo una amazona sería objeto de tanta cortesía, señora. Cualquier otro rey vencido viene y se arrodilla.

Srayanka se encogió de hombros.

—Seré amable, entonces. No te pediré que te arrodilles.

El rostro de Alejandro se convirtió en una máscara de ira al instante.

—Eres tú la derrotada.

Srayanka sostenía una bolsa con la mano izquierda. La abrió y tiró al suelo el objeto que contenía. Era el casco de oro de Alejandro.

—Podría haberlo puesto en lo alto de un trofeo como el que levantan los griegos al otro lado del río —señaló—, y nada podrías haber hecho para impedírmelo. —Ante

su silencio, asintió—. Consérvalo con mi agradecimiento por tu cortesía cuando fui tu rehén.

Alejandro tomó aire para hablar, pero Srayanka levantó la mano.

—Escucha. No he venido a burlarme. Has matado a mi esposo, pero no daré mi brazo a torcer. Tú no cruzarás el Oxus ni el Jaxartes, y los sakje no apoyarán más al usurpador Espitamenes, a quien odio. Esta es mi palabra. Cruza los ríos y muere. Ve a otra parte y conquista a tu antojo.

—Conquistaré el mundo —dijo Alejandro. Su ira la habían sofocado su ardiente curiosidad, su interés, su reconocimiento.

—No vuelvas al mar de hierba, Rey —replicó Srayanka. Se encogió de hombros—. Di a tus esclavos que hemos venido a rendirte tributo, si es preciso. Pero no vuelvas al mar de hierba. —Desenvainó la espada de Ciro—. Mi pueblo dice que ésta es la espada que el gran rey Ciro llevó al mar de hierba. La dejó con nosotros. Cruza el río y veremos qué dejas tú. He dicho.

Lo dejó sentado en su trono de marfil, sosteniendo su yelmo. No aguardó a su escolta de macedonios, que habían desmontado esperando una negociación más larga. Reunió a sus doncellas y se marcharon al paso sin que nadie levantara una mano contra ellas.

Al otro lado del río, en lo alto del risco que dominaba el vado del Jaxartes, un hombre corpulento, desnudo bajo el sol, apilaba todos los trozos de armadura macedonia que sus amigos habían quitado a los muertos. Lloraba mientras trabajaba, pero trabajaba duro, y muchas manos lo ayudaban. Construyó el trofeo con cuidado hasta que descolló sobre el risco, y el yelmo que coronó la cima tenía un penacho azul, y el bronce reflejó el sol y ardió como una almenara.

Glosario

Airyánám (avestano): Noble, heroico.

Aspis (griego clásico): Escudo redondo y grande que solían llevar los hoplitas griegos; salvo los macedonios.

Baqca (siberiano): Chamán, mago, hechicero.

Daimon (griego clásico): Espíritu.

Epilektoi (griego clásico): Los hombres elegidos de la ciudad o de la falange; soldados de élite.

Estadio (del griego clásico): Medida de longitud que equivale a 1/8 de milla, la distancia que se recorre en un estadio, 178 m 30 estadios equivalen a una parasanga.

Eudaimonia (del griego clásico): Bienestar. Literalmente, «con buen espíritu». Véase daimon, arriba.

Falange (del griego clásico): Formación de infantería utilizada por los hoplitas griegos en la guerra, de ocho a diez columnas en fondo y tan ancha como lo permitieran las circunstancias. Los comandantes griegos probaron formaciones con más y menos columnas, pero la falange era sólida y muy difícil de romper, presentando al enemigo un auténtico muro de puntas de lanza y escudos, tanto en la versión macedonia con picas como en la griega con lanzas. Asimismo, «falange» puede aludir al grueso de los combatientes. La falange macedonia era más profunda, con lanzas más largas llamadas sarissas, las cuales suponemos que eran como las picas que se usaron en tiempos más recientes. Los miembros de una falange, sobre todo de una falange macedonia, a veces se denominan falangitas.

Filarco (del griego clásico): El comandante de una fila de hoplitas, que podía ser de hasta dieciséis hombres.

Gamella (griego clásico): Festividad griega.

Gorytos (griego clásico y posiblemente escita): El carcaj abierto por arriba que llevaban los escitas, a menudo muy ornamentado.

Hiparco (del griego clásico): El comandante de la caballería.

Hipereta (del griego clásico): El trompetero del hiparco.

Hippeis (griego clásico): En el ámbito militar, la caballería de un ejército griego. En sentido general, la clase de la caballería, sinónimo de caballeros. Por lo general, los hombres más ricos de una ciudad.

Hoplita (griego clásico): Soldado griego de infantería que porta un aspis, el escudo redondo y grande, y combate en la falange. Representa a la clase media de hombres libres en casi todas las ciudades, y si bien a veces parecen caballeros medievales por su aspecto, también son la milicia de la ciudad y en sus filas se cuentan artesanos y pequeños granjeros. A principios de la época clásica, un hombre con tan sólo doce acres de cultivo tenía derecho a portar aspis y servir como hoplita.

kopis (griego clásico): Especie de puñal de hoja curva parecido al que suelen llevar los gurkas. Aparece en obras de arte de la Grecia antigua, y ciertos cuchillos domésticos tenían su forma.

Machaira (griego clásico): La pesada espada de la caballería griega, más larga y resistente que la espada corta de la infantería. Su objeto es dar más alcance al jinete y no tiene utilidad en la falange. También es aplicable a cualquier otra arma blanca de puño.

Parasanga (del griego clásico, del persa): Medida de longitud equivalente a 30 estadios. Véase más arriba.

Pous (griego clásico): Medida de longitud de aproximadamente un pie (33 cm).

Psiloi (griego clásico): Soldados de infantería ligera, por lo general armados con arcos y hondas, y a veces jabalinas. En las guerras de las ciudades-Estado griegas, los psiloi se reclutaban entre los hombres libres más pobres, aquellos que no podían costearse la carga económica de una armadura de hoplita y el entrenamiento diario en el gimnasio.

Sastar (avestano): Tiránico. Un tirano.

Taxeis (griego clásico): Los regimientos de picadores macedonios. Cada taxeis tenía entre mil y dos mil hombres, en función de las bajas y las deserciones. Sinónimo aproximado de «falange».

Xiphos (griego clásico): Espada de infantería de hoja recta, usada habitualmente por los hoplitas y los psiloi. En el arte clásico griego, sobre todo en la cerámica de arcilla roja, hay muchos hoplitas que las llevan, pero sólo se han recuperado unas cuantas y sigue abierto el debate sobre su forma y uso. Se parece mucho al gladius romano.

Nota histórica

¿Alejandro vencido?

¿A qué vienen semejantes disparates revisionistas?

La continua sucesión de victorias de Alejandro ya fue puesta en tela de juicio en su tiempo y, por tanto, no es preciso tildársela de «revisionista» al historiador que decide creer que Alejandro era falible. La mayoría de nuestras fuentes sobre Alejandro datan de mucho después de los acontecimientos de su vida; pero, a semejanza de los evangelios, sospechamos que los autores antiguos (como Diodoro Sículo, Arriano y Plutarco) tuvieron acceso a obras contemporáneas que hemos perdido. Tanto si se acepta esto como si no, merece la pena señalar que Peter Green, el que en mi opinión es el mejor biógrafo de Alejandro, tenía la impresión de que Alejandro fue vencido el primer día en el Gránico y sólo la intervención directa de Parmenio lo salvó el segundo día.

De igual modo, si bien hay historiadores que dan crédito a Arriano cuando sostiene que Alejandro venció en la batalla del Jaxartes, invito al lector a echar un vistazo a las fuentes con la dosis de cinismo de todo lector de periódicos moderno. Algo salió espantosamente mal en la campaña del Jaxartes, y creo que la mayoría de historiadores estará de acuerdo con eso. Se enviaron tropas a casa y se sufrieron derrotas. Y al final Alejandro decidió no conquistar las estepas y ni siquiera se adentró en ellas.

Hay que señalar que Ciro en verdad perdió la vida y a su ejército contra los masagetas, y que Darío tuvo graves problemas contra los escitas occidentales. En cambio, parece poco probable que el ejército de Alejandro pudiera lograr una victoria decisiva contra los nómadas, aun cuando llegara a cruzar el río. Nótese que, aun aceptando que ganara la batalla, no avanzó un paso más allá del campo de batalla. Comparemos esto con sus acciones en otros campos y reflexionemos...

Yo pienso que perdió, o más bien, tal como la novela da a entender, pienso que no logró vencer.

Para los lectores poco versados en esa época, el asesinato de Parmenio por orden de Alejandro y la pérdida de la columna al sur de Maracanda son hechos históricos, igual que la «traición de Filotas» y sus posteriores tortura y homicidio, la masacre de varios miles de prisioneros sogdianos y las riquezas y poder de las ciudades del Euxino y de las tribus escitas del Mar de Hierba. En mi página web, <http://www.hippeis.com>, hay abundante bibliografía. Para quienes conocen bien estos hechos, he creado mi propia cronología basándome en las espléndidas tablas comparativas que figuran en el anexo de *History of Alexander the Great and the*

Ephemerides of Alexander's Expedition (1953), de Robinson, que permiten al lector comparar cada hecho según las versiones de Arriano, Diodoro, Justiniano, Curtio y Plutarco.

Nota del autor

Muy poco sobrevive del idioma escita, y yo soy autor, no lingüista. He decidido representar algunas palabras escitas en avestano, otras en siberiano moderno y otras en osetio, siempre con la intención de mostrar las dificultades que impone una barrera idiomática, incluso cuando muchas palabras comparten raíces comunes. Soy muy poco ducho en griego clásico, y desconozco los demás idiomas mencionados, de modo que cualquier error de traducción sólo debe atribuírseme a mí. He traducido parte de los poemas por mi cuenta, y los demás pasajes proceden de traducciones del siglo XIX y principios del XX, ¡que son excelentes! En particular, el Himno a Deméter de la página 76 procede de la traducción inglesa de Hugh G. Evelyn-White. Los extractos y citas de Lisístrata de Aristófanes de la página 248 son de la traducción inglesa de John Lindsay de 1926. El Himno a Ares de la página 436 también es de la traducción inglesa de Hugh G. Evelyn-White. El poema de las páginas 455-456 procede, por supuesto, de la traducción inglesa de Samuel Butler de uno de los pasajes más famosos de La Ilíada. Y, en la página 523, aparece otro himno homérico; es obra mía (¡con ayuda de Perseo!).

Además, cuando uno escribe sobre una época que adora (y yo estoy enamorado de ésta), no deja de aprender. Y, a medida que aprendo, algunas palabras pueden cambiar o cambiar de uso. A modo de ejemplo: en Tirano usé el Hipárquico de Jenofonte como guía para casi todo. Jenofonte llama machaira al «arma ideal». Estudios posteriores me han revelado que los griegos eran bastante laxos respecto a la nomenclatura de sus espadas (en realidad, todo el mundo lo es, excepto los entusiastas de las artes marciales), de modo que la machaira egipcia de Kineas probablemente fuese llamada kopis. De ahí que en el segundo libro la llame kopis sin ningún reparo. Otras palabras pueden haber cambiado; desde luego, mis ideas sobre la mecánica interna de la falange hoplita lo han hecho. Cuanto más aprendes...

Agradecimientos

Siempre lamento terminar una novela histórica, porque escribirla es el mejor trabajo del mundo y la investigación que conlleva es lo más divertido que me cabe imaginar. Abordo cada época con una cesta llena de preguntas. ¿Qué comían? ¿Cómo vestían? ¿Cómo funciona esa arma? Esta vez, las preguntas me han llevado a comenzar a recrear el periodo en cuestión. Los «recreadores» del mundo clásico han constituido un recurso muy importante para mí mientras escribía, tanto por los detalles sobre vestimenta, armaduras y comida como por ser una fuente inagotable de inspiración.

A ese respecto, quisiera dar las gracias a Craig Sitch y Cheryl Fuhlbohm de Manning Imperial, quienes hacen algunas de las mejores reproducciones del mundo de objetos cotidianos de la cultura de la antigüedad clásica (<http://www.manningimperial.com>). También quisiera dar las gracias a Paul McDonnell-Staff por sus profundos conocimientos y la constante disposición a contestar preguntas, así como a los miembros de la Melbourne and Sidney Ancients por el permiso para utilizar sus fotos, y a muchos recreadores de Grecia, el Reino Unido y otros lugares por su ayuda. Gracias también a Ridgely Davis (¡y a Jack!) que se prestó a enseñarme a lanzar la jabalina a caballo. Y años de gracias a los miembros de mi grupo de hoplitas, los Taxeis Plataea, por hacer de conejillos de indias de buena parte de los experimentos en materia de cultura cotidiana y artes marciales. ¡Adelante con la maratón!

Kineas y su mundo surgieron de mi deseo de escribir un libro que me permitiera abordar en serio asuntos de guerra y política que nos rodean a todos hoy en día. Volví a estudiar y volví a mi primer amor: la historia clásica. Y deseaba escribir un libro que mi amiga Christine Szego quisiera tener en su tienda, la librería Bakka-Phoenix de Toronto. La combinación de historia clásica, filosofía de la guerra y cierto elemento chamanístico dio pie al volumen que tiene el lector en sus manos.

Por el camino conocí al profesor Wallace y al profesor Young, ambos muy eruditos y vinculados desde hace años a la Universidad de Toronto. El profesor Wallace contestó a todas las preguntas que le hice, proporcionándome un sinfín de fuentes y dándome a conocer las laberínticas elucubraciones de Diodoro Sículo, para terminar presentándome a T. Cuyler Young. Cuyler tuvo la amabilidad de iniciarme en el estudio del Imperio persa en tiempos de Alejandro y de debatir la posibilidad de que Alejandro no fuera, ni de lejos, infalible. Deseo expresar mi más profundo agradecimiento a estos dos hombres por su inestimable ayuda para recrear el mundo griego del siglo IV a. de C, así como la teoría sobre las campañas de Alejandro que

sustenta esta serie de novelas. Toda la erudición es suya y cualquier error que haya es, sin duda, mío. Nunca olvidaré el placer de sentarme en el despacho del profesor Wallace, o en la sala de estar de Young, y comer tarta de chocolate mientras debatíamos el mito de invencible que acompaña a Alejandro.

También quisiera dar las gracias al personal del Departamento de Clásicas de la Universidad de Toronto por su constante apoyo, y por reavivar mi adormecido interés por el griego clásico, así como al personal de la biblioteca Toronto Metro Reference Library por su dedicación y apoyo. ¡Qué importantes son las bibliotecas!

Ahora tengo una página web, fruto de mucho trabajo y creatividad, que le debo a Rebecca Jordan; por favor, visítadla. La dirección aparece más abajo.

Quisiera agradecer a mis viejos amigos Matt Heppe y Robert Sulentic su apoyo al leer la novela y comentarla, ayudándome a evitar anacronismos. Ambos poseen conocimientos enciclopédicos sobre la historia militar clásica y helenística, y, una vez más, asumo cualquier posible error. Además, debo ocho años de agradecimiento a Tim Waller, el mejor corrector del mundo. ¡Y unas cuantas cervezas!

No podría haber abordado tantos textos griegos sin contar con Perseus Project. Este recurso online, patrocinado por la Universidad de Tufts, da acceso en línea a casi todos los textos clásicos en griego y en inglés. Sin él aún estaría bregando con el segundo verso de Medea, por no mencionar la Ilíada o el Himno a Deméter.

Tengo una deuda de gratitud con mi excelente editor, Bill Massey, de Orión, por dar una oportunidad a este libro, por su buen humor ante las sentencias del autor y por su apoyo en todas las etapas. También quisiera dar las gracias a mi agente, Shelley Power, por sus indefectibles esfuerzos en mi nombre.

Por último, me gustaría dar las gracias a las musas del Luna Café, que amén de servir café lo hacen siempre con muy buen humor; sin ellas, desde luego, no habría habido libro. Y todo mi agradecimiento, el de una vida entera, para mi esposa Sarah, a quien dedico este libro.

Si tiene alguna duda o desea ver más o participar (¿quiere ser un hoplita en Marathón?), por favor venga a vernos a <http://www.hippeis.com>. Y quienes tengan interés en leer más aventuras podrán encontrar en la página web una novela breve de 80 páginas (sin coste adicional) sobre los días y semanas posteriores a la muerte de Kineas, titulada Leons Story.

Christian Cameron
Toronto, 2008



CHRISTIAN CAMERON, es escritor e historiador militar. Es veterano de la Armada de Estados Unidos, donde sirvió como aviador y oficial de inteligencia. Reside en Toronto, y actualmente está escribiendo la siguiente novela de la serie TIRANO mientras trabaja en su doctorado en lenguas clásicas.

Notas

[1] Los hetairoi («compañeros») constituían la caballería de élite del ejército de Alejandro Magno. <<

[2] Moira, la fatalidad, y Tiqué, la fortuna, eran la personificación del destino y de la suerte o prosperidad de una comunidad. <<

[3] Guarnición en forma de salsa y frutas fritas o confitadas. <<

[4] Antigua unidad persa de longitud, equivalente a 5,6 km. <<

[5] Animal fantástico con la mitad superior del cuerpo de águila y la inferior de león.

<<

[6] Mes del calendario ático que viene a corresponderse con el mes de noviembre. <<

[7] El pancracio era una competición de los Juegos Olímpicos Antiguos. Este deporte era una combinación de boxeo y lucha, que hace pensar hasta cierto punto en las artes marciales mixtas modernas. <<